



JOHN BARTH

La ópera flotante /  
El final del camino

TRADUCCIÓN DE MARIANO PEYROU



Lectulandia

En *La ópera flotante*, finalista del National Book Award en 1956, vemos el sinsentido del mundo a través de los ojos de un hombre que decide suicidarse. *El fin del camino* nos presenta a un personaje, el joven Jack Horner, que también sigue esa senda plagada de pensamientos oscuros, pero que acaba poniéndose en manos de un doctor, una brillante mezcla de santo y diablo, con quien iniciará la más extraña de las «curas». Ambas pueden considerarse novelas filosóficas en las que priman un fatalismo existencialista y un nihilismo en parte deudores de Sartre, Camus y el Zeitgeist de posguerra; aunque no están exentas (para deleite de los lectores) de una evidente carga de humor e ironía, marca de la casa; en ambas hay un triángulo amoroso más que peculiar y ambas están escritas en un estilo que, aunque llamativo y original, es más bien realista en contraposición a las incursiones en la metaficción que veríamos en obras posteriores de Barth.

Lectulandia

John Barth

**La ópera flotante / El final del  
camino**

ePub r1.0

Titivillus 18.02.2019

Título original: *The Floating Opera / The End of the Road*

John Barth, 1956, 1958

Traducción: Mariano Peyrou

Imagen de portada: Bernie Fuchs, Illustration for *Ladies' Home Journal*

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0



---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE DOUBLEDAY ANCHOR

Mis libros suelen venir a pares, como su autor; soy la mitad de una pareja de gemelos de distinto sexo.

Nuestros padres no lo planearon así. Tampoco lo hizo el progenitor de mis primeras dos novelas publicadas, *La ópera flotante* (1956) y *El final del camino* (1958). Si a comienzos de los años cincuenta tenía algún plan relacionado con la literatura, era simplemente tratar de escribir una novela publicable y tal vez durante el proceso enterarme de quién era yo, al menos en el ámbito de la escritura.

Como ocurre con casi todos los aprendices de artista, yo había estado años intentando, sin éxito y por medio del método de ensayo y error, descubrir qué trataba de decirme mi musa, si es que trataba de decirme algo. Los mensajes más elementales, que parecen tan evidentes *a posteriori*, pueden no ser en absoluto claros para el escritor principiante. ¿Cuál es su tema principal? ¿Cuál será su manera característica de tratarlo? Tras descubrir o decidir (como hice yo a los diecinueve o veinte años) que tu verdadera vocación es la escritura en vez de, por ejemplo, la música, y, además, que es la narrativa en vez de la poesía o el teatro o el periodismo, es posible que todavía tengas que hacer frente a unas cuantas preguntas cuyas respuestas no son nada evidentes: ¿Eres esencialmente un novelista o un autor de relatos breves? ¿Tu musa es la dama sonriente o la dama triste? ¿Eres un realista o un soñador? ¿Debes dedicarte al arte por el arte o comprometerte al servicio de alguna causa noble? ¿Te interesa más lo que se dice que la forma de decirlo (concibes el lenguaje como un limpiacristales) o viceversa (concibes el lenguaje como un vitral)? ¿Es cierto que menos es más? ¿Has de cantarles a las ballenas blancas o a las letras escarlatas o a los extraterrestres verdes o a los negros de clase baja o a los blancos que viven de fábula o a nada de lo anterior, y has de hacerlo basándote en tu experiencia personal o evitar los elementos autobiográficos como evitas a los exhibicionistas y a los borrachos que quieren contarte su vida?

Es frecuente que los buenos poetas líricos den lo mejor de sí a una edad temprana: Rimbaud *dejó* de escribir poesía a los diecinueve años. Los narradores, en cambio — y los novelistas en particular— no suelen encontrar las respuestas a estas preguntas hasta más adelante.

En mi caso, ocurrió cuando tenía veinticuatro años. En esa época vivía y daba clases en la región central del estado de Pensilvania, mantenía a duras penas a mi mujer y mis tres hijos con un salario de profesor auxiliar y no terminaba de aceptar el hecho de que, tras cinco años de diligente formación literaria, las cosas no acababan de funcionar, en el plano de la inspiración. Había publicado un par de relatos en efímeras revistas literarias, pero mis dos primeros proyectos de libros enteros —una novela al estilo de Faulkner y un ciclo boccacciano de cien cuentos ambientados en la bahía de Chesapeake— no habían logrado encontrar editor. Su autor no era ni

Faulkner ni Boccaccio. Antes, después del instituto, había descubierto (en la escuela de música Juilliard) que no tenía cierto talento que esperaba tener. Pero en esa época estaba soltero, y era un jovencito sin apenas experiencia y con múltiples opciones universitarias por delante; cambiar de orientación profesional no era ningún drama. Pero ahora la situación era más apremiante y la presión se notaba: mi familia no llegaba a fin de mes y, sin publicaciones importantes ni el doctorado, yo no tenía ningún futuro académico. Además, mientras que antes había pensado que quería ser músico, ahora sabía que quería ser escritor. De hecho, en mi interior, y a pesar de que había abundantes pruebas en contra, sabía que ya lo era —quizá eso fuera lo único que sabía de mí mismo con certeza— tan claramente como sabía que nada de lo que había escrito hasta entonces era «de verdad». Una *vocación* implica una llamada y cierto talento; yo tenía la voluntad, pero no el oficio.

En retrospectiva, creo que mi problema era cómo integrar en un terreno conocido —la zona de las marismas de Maryland donde me había criado y donde mi imaginación hundía sus raíces como la hierba en los pantanos— las dos grandes fuentes de inspiración literaria ejemplificadas por esos dos proyectos primerizos abortados: los grandes modernistas como Joyce y Faulkner, con cuyas obras había tenido mis primeras experiencias como aprendiz, y los antiguos contadores de historias como Sherezade y Boccaccio, cuyas obras había devorado extracurricularmente. Pero el tiempo pasaba. Parecía que me vería obligado a renunciar a mi puesto de profesor en la Universidad Estatal de Pensilvania, pedir dinero prestado Dios sabe dónde y volver a Johns Hopkins para terminar, si podía, el doctorado en Estética Literaria que había abandonado para probar suerte con la musa. Pero antes de tomar esa triste decisión tenía unos meses (el semestre de primavera de 1955) para intentar sacar adelante un «último» proyecto literario.

Varado en las tierras altas de Pensilvania, solía mirar con mucha atención y nostalgia los álbumes sobre Maryland de A. Aubrey Bodine, un fotógrafo de Baltimore. En uno de ellos encontré unas imágenes del *Teatro Flotante Original del Capitán James Adams*, un barco remolcado que recordé haber visto de niño en el muelle de mi ciudad natal (Edna Ferber estuvo toda una temporada a bordo escribiendo su novela *Showboat*, en la que está basado el musical de Jerome Kern; pero el navío sencillo y recio del capitán Adams, típico de la bahía de Chesapeake, estaba a años luz del estilo gótico de los barcos que navegaban por el Misisipi). Su ominoso nombre sugería algo alegórico; yo tomé unas notas para un proyecto narrativo que tendría la forma de... bueno, que sería un *minstrel show*<sup>[1]</sup> filosófico. Yo había captado, en el *Zeitgeist* de la posguerra, algo de los existencialistas franceses, y había incorporado cierta sensación de desencanto procedente de mi propia experiencia. Me imaginaba como una especie de nihilista, pero, por temperamento, un nihilista sonriente, no uno de los tristes. Escribiría un *minstrel show* nihilista, o algo así.

Se convirtió en una novela, *La ópera flotante*, porque el concepto del *minstrel show* me pareció demasiado artificial como para defenderlo y porque, mientras inventaba un relato que tuviera que ver con las mareas del cual la escena del teatro flotante sería el clímax, descubrí, por una feliz casualidad, al novelista brasileño de finales del siglo XIX Joaquim Machado de Assis (*Memorias póstumas de Brás Cubas*, *Quincas Borba*, *Don Casmurro*, etc.). Machado —influido, a su vez, por *Tristram Shandy*, de Laurence Sterne— me enseñó algo que yo no había terminado de aprender en el *Ulises* de Joyce y que no creo que hubiera aprendido directamente de Sterne, si lo hubiese leído: cómo combinar un enfoque formalmente lúdico con emociones auténticas y un alto grado de realismo. Sterne, anterior al Romanticismo; Joyce surge cuando el Romanticismo está concluyendo, o justo después de su conclusión; Machado pertenece al Romanticismo y además es romántico en el sentido cotidiano del término: es juguetero, nostálgico, pesimista, intelectualmente exuberante. Y, al igual que yo, es un provinciano, aunque sus novelas se encuadran en el sofisticado ambiente del Río de Janeiro de finales del XIX, como su carrera. El tono y el estilo de Machado, tanto como sus técnicas narrativas, me mostraron cómo podía reunir a mis diversos ídolos en un teatro flotante de Maryland.

Sean cuales sean sus defectos, *La ópera flotante* surgió con más seguridad y rapidez que nada de lo que había escrito antes. Hice el borrador durante la primavera del 55, me pasé el verano revisándola *in situ* en Maryland y durante el otoño escribí, más rápidamente incluso, el borrador de una pieza que funcionaba como su pareja, *El final del camino*. El problema de la supervivencia económica no desapareció: la *Ópera* tardaría casi un año en encontrar su primer editor (que insistió en que debía concluir con un toque menos «nihilista»: véase, más abajo, mi prefacio a la edición revisada que apareció en la editorial Doubleday en 1967, que restaura el final original, apocalípticamente desapegado). Pero yo sabía que por fin estaba de verdad en el buen camino. Mientras el manuscrito iba de un lado para otro, mi familia logró apañárselas durante otro semestre mientras yo terminaba y revisaba *El final del camino*, comenzaba *El plantador de tabaco* y, obstinadamente, postergaba el abandono de mis ambiciones literarias. A comienzos de 1956, cuando dicho abandono ya no podía posponerse más —de hecho, había vuelto a pedir plaza y había sido readmitido en el programa de doctorado de Baltimore—, llamó mi agente y me dijo que por fin tenía un contrato de edición para *La ópera flotante*. Un tanto eufórico e indescriptiblemente aliviado, decidí no mudarme y volví a mi escritorio para no abandonarlo jamás.

Sin duda, cierta decepción procedente de esa época difícil, disfrazada de principios filosóficos generales, emerge en *La ópera flotante* e incluso más en *El final del camino* (cuyo sombrío título fue otra concesión a las demandas editoriales: mi título provisional había sido *Qué hacer hasta que llega el médico*; mi editor de la época, el difunto Edward Aswell, de Doubleday, temía que la gente confundiera la novela con un tratado de primeros auxilios). La *Ópera* me parecía una comedia

nihilista, y el *Camino* una catástrofe nihilista: la misma melodía reorquestada en una tonalidad más lúgubre y cantada por una voz más austera. Sus tramas tienen en común que están narradas por el tercero de un triángulo adúltero más o menos reconocido, complicado por un embarazo ambiguo. Los personajes que forman parte de estos dos triángulos —su edad, su posición social, su ideología y sus valores morales— son diferentes, pero los narradores comparten una alienación radical que en aquel momento me resultaba fascinante. «Un hombre puede sonreír y sonreír y ser un canalla», nos recuerda Shakespeare. Todd Andrews, de la *Ópera*, encarna mi convicción de que uno puede sonreír y sonreír y no sólo quitarse la vida, sino también hacer que vuele por los aires toda la función, o, si fracasa en el intento, encogerse de hombros y llegar a una conclusión que va más allá de lo planteado por Camus (en, por ejemplo, *El rebelde* y *El mito de Sísifo*): que uno puede seguir viviendo porque no hay una justificación mejor para el suicidio que para seguir viviendo. Jacob Horner, de *El final del camino*, encarna mi convicción de que uno puede alcanzar un grado tal de distanciamiento de uno mismo como para no sentir ninguna relación coherente y duradera con el pronombre de primera persona del singular. Horner improvisa un «yo» para hacer frente a la crisis de la trama —conseguir que le hagan un aborto ilegal a su amante embarazada para que no se suicide—, pero todo su esfuerzo conduce a un fiasco mortal, y Horner acaba renunciando por completo a tener una personalidad. Si el lector considera que alguno de estos egregios problemas (tal como se encarnan en los narradores) es meramente psicopatológico —es decir, que es algo más sintomático que emblemático—, las novelas no tienen sentido desde un punto de vista moral o dramático.

Para cuando se publicó *La ópera flotante*, su hacedor había dejado de lado el realismo y el minimalismo (es decir, lo que según mi criterio eran el realismo y el minimalismo) para dedicarse a las enérgicas extravagancias de *El plantador de tabaco* y su especie de hermano gemelo, *Giles, el niño cabra*. Aunque la *Ópera* había tenido la suerte, especialmente teniendo en cuenta que se trataba de una primera novela, de ser nominada para el National Book Award de aquel año, su existencia en tapa dura fue breve; ha vivido la mitad de su vida, gratificadamente larga, en ediciones en rústica. Lo mismo le pasó a *El final del camino*, aunque inspiró lo que tendría que haber sido una película excelente: Stacy Keach representó a Jacob Horner; James Earl Jones, al Doctor; Harris Yulin, a Joe Morgan; y Dorothy Tristan, a Rennie Morgan. Esos ingredientes de primera no lograron hacer un plato de primera; la película fue clasificada x por el Consejo de Calificación Cinematográfica por ciertas escenas que no aparecían en la novela (un hombre violando a unas gallinas, etc.) y clasificada z por las musas. «La principal diferencia entre la novela y la película», afirmó el crítico John Simon, «es que la novela concluye con un aborto desgarrador, mientras que la película es un aborto desde el principio hasta el final». Lamentablemente, es un comentario justo.



Por tanto: 1) un intento fallido de asesinato en masa / suicidio por parte de un abogado provinciano de mediana edad con problemas de próstata y una enfermedad cardíaca imprevisible; y 2) un aborto fallido que resulta fatal para la madre y que tiene que llevarse a cabo por culpa de un condón estropeado en una época en que todavía no se había reformado la ley del aborto, organizado por un antihéroe adúltero, un vacío ontológico con patas: éstas son las dos tramas de mi primer par de novelas, una pareja de gemelos de distinto sexo. El hecho de que *La ópera flotante* y *El final del camino* vuelvan a reeditarse treinta años más tarde hace pensar a su autor que quizá sean algo más que los elementos «nihilistas» que las componen: que al menos tan importante como las historias que se cuentan en ellas es el cómo se cuentan.

Para decir la verdad, lo supe desde el principio.

JOHN BARTH

# LA ÓPERA FLOTANTE

NOTA INTRODUCTORIA A LA EDICIÓN REVISADA DE *LA ÓPERA FLOTANTE*  
(1967)

*La ópera flotante* se escribió durante los tres primeros meses de 1955; *El final del camino*, la pieza que funciona como su pareja, durante los tres últimos meses de ese mismo año. *La Ópera* fue mi primera novela; tenía veinticuatro años, había dedicado los últimos cinco a escribir laboriosamente y no había tenido ningún éxito con los editores, ni había merecido tenerlo. Al final uno aceptó publicar la *Ópera*, pero con la condición de que su hacedor realizara ciertos cambios importantes en su construcción, particularmente en la zona de la popa. Los hice, la novela fue publicada, los críticos reprobaron sobre todo su final y aprendí una pequeña lección relativa a la construcción de barcos. En esta edición, se ha restituido el final original y correcto a la historia, así como unos cuantos pasajes menores. *La ópera flotante* sigue siendo la primera novela de un joven, pero me satisface que ahora pueda flotar o hundirse con su diseño original.

JOHN BARTH

## 1. AFINANDO MI PIANO

Para alguien como yo, cuyas actividades literarias se han limitado desde 1920 sobre todo a redactar informes jurídicos y a la escritura de la *Investigación*, lo más complicado de la tarea que me ocupa —es decir, el relato de un día de 1937 en que cambié de opinión— es ponerse a ello. Nunca he intentado hacer algo parecido, pero me conozco lo bastante como para darme cuenta de que una vez haya roto el hielo, las páginas se sucederán con fluidez, ya que no soy, por naturaleza, un tipo reservado, y el problema entonces será atenerme a la historia y, al final, callarme. No tengo ninguna duda al respecto: casi siempre puedo predecir correctamente lo que voy a hacer, porque aunque aquí en Cambridge se piense lo contrario, lo cierto es que mi conducta es bastante coherente. Si otras personas (mi amigo Harrison Mack, por ejemplo, o su esposa Jane) piensan que soy excéntrico e imprevisible, es porque mis actos y opiniones son incoherentes con *sus* principios, si es que tienen alguno; pero puedo asegurar que son muy coherentes con los míos. Y aunque mis principios puedan cambiar de vez en cuando —este libro, recuerda, trata de un cambio de ese tipo—, siempre tengo numerosos principios, más de los que puedo emplear, y por lo general son compatibles, de modo que mi vida no es menos lógica sólo por ser poco ortodoxa. Además, por regla general, acabo lo que empiezo.

Por ejemplo, ahora he empezado a escribir este libro, y aunque probablemente todavía falte bastante para que nos pongamos con la historia, por lo menos ya nos dirigimos hacia ella; y yo, por mi parte, he aprendido a conformarme con cosas así. Quizá cuando haya terminado de contar el día ese que mencioné antes —creo que debió de ser el 21 de junio de 1937—, quizá cuando llegue al momento de irse a la cama de aquel día, si es que llego alguna vez, vuelva y destruya estas páginas sobre la afinación del piano. O quizá no: tengo la intención de presentarme de inmediato, prevenirte contra ciertas posibles interpretaciones de mi nombre, explicar el significado del título de este libro y mostrarme muy amable contigo, como un anfitrión que se esfuerza con sus invitados, para que te sientas cómodo y te vayas introduciendo poco a poco en la serpenteante corriente de mi relato. Se trata de una serie de actividades útiles de las que no conviene prescindir.

Pero permíteme llevar el concepto de «serpenteante corriente» un poco más lejos: siempre me ha parecido, en las novelas que he leído de vez en cuando, que los autores les piden mucho a sus lectores cuando empiezan sus historias frenéticamente, por la mitad del relato, en vez de avanzar con lentitud hacia él. Sumergirse de ese modo en la vida y el mundo de otro, como sumergirse en el río Choptank a mediados de marzo, tiene, en mi opinión, poco de placentero. Por lo tanto, ven conmigo, lector, y no temas por tu débil corazón; el mío también es débil, y conozco las ventajas de meter primero un dedo del pie, después todo el pie, después la pierna, las caderas y el estómago muy lentamente y al final meterte entero en mi relato, tomándote para ello

todo el tiempo que te resulte necesario. Al fin y al cabo, te estoy invitando a una inmersión por placer, no a un bautismo.

¿Dónde estábamos? Iba a comentar el significado del *v. g.* que usé antes, ¿verdad? ¿O iba a explicar la metáfora de la «afinación del piano»? ¿O lo de mi débil corazón? Santo cielo, ¿cómo se escribe una novela? Quiero decir, ¿cómo puede uno atenerse a la historia si tiene algo de sensibilidad hacia el significado de las cosas? Por mi parte, ya veo que la narrativa no es lo mío: cada nueva frase que escribo está llena de figuras e implicaciones que me encantaría poder ahuyentar hasta que regresaran a sus guaridas, pero el intento de ahuyentarlas generaría nuevas figuras y la necesidad de ahuyentarlas también, de tal forma que estoy seguro de que nunca podría empezar mi historia, y mucho menos acabarla, si diera rienda suelta a mis inclinaciones. En otras circunstancias, no me importaría —un libro me parece tan bueno como cualquier otro—, pero es que de verdad quiero explicar lo que ocurrió ese día (no sé si el 21 o el 22) de junio de 1937 cuando cambié de opinión por última vez. Tendremos que quedarnos en el cauce principal, por lo tanto, aunque naveguemos en un barco de bajo calado, y olvidarnos de los riachuelos y las caletas, por muy bonitos que sean. (Esta metáfora no es gratuita, pero olvidémonos también de ella por ahora).

Bueno. Mi nombre es Todd Andrews. Puedes escribirlo con una *d* o con dos; me llegan cartas de las dos maneras. Estaba a punto de prevenirte contra escribirlo con una sola *d* por miedo a que dijeras: «*Tod* significa muerte en alemán; quizá el nombre sea simbólico». Yo, personalmente, uso dos *des*, en parte para evitar ese simbolismo. Pero ya ves, al final no te he prevenido, porque se me ocurrió que el *Todd* con doble *d* también es simbólico, y mucho. *Tod* es muerte, y este libro no tiene demasiado que ver con la muerte; *Todd* es casi *Tod* —es decir, casi muerte—, y este libro, si llega a escribirse, tiene mucho que ver con la «casi muerte».

Un último comentario. ¿Alguna vez te has puesto de mal humor por culpa de esas historias que parecen prometer una revelación y que al final, por medio de algún ardid, logran incumplir su promesa? Yo me he encontrado más veces de lo que hubiera querido con historias sobre un invento maravilloso —una máquina que desafía la gravedad, o un telescopio lo bastante poderoso como para ver hombres en Saturno, o un arma secreta capaz de desencajar el sistema solar—, pero nunca se explica el funcionamiento por el que se vence a la gravedad, ni se trata la cuestión de la habitabilidad de Saturno, ni se nos dice cómo construir desencajadores del sistema solar para uso privado. Bueno, pues este libro no es así. Si te digo que he comprendido ciertas cosas, te contaré qué cosas son y te las explicaré con toda la claridad posible.

Todd Andrews, pues. Y ahora, fíjate en cómo soy capaz de avanzar cuando realmente lo deseo: tengo cincuenta y cuatro años y mido un metro ochenta, pero sólo peso sesenta y cinco kilos. Tengo el aspecto que creo que tendrá Gregory Peck, el actor, cuando tenga cincuenta y cuatro años, salvo que siempre llevo el pelo muy corto para no tener que peinarme y no me afeito a diario. (La comparación con el

señor Peck no es jactanciosa, sólo descriptiva. Si yo fuera Dios, al crear el rostro de Todd Andrews y de Gregory Peck modificaría algunos detalles aquí y allá). Mi posición es bastante desahogada: soy socio del bufete de abogados Andrews, Bishop y Andrews —el segundo Andrews soy yo—, y el ejercicio del derecho me proporciona todo el dinero que necesito, tal vez unos diez mil dólares al año, quizá nueve; nunca me ha interesado averiguarlo con exactitud. Vivo y trabajo en Cambridge, la capital del condado de Dorchester, en la costa este de Maryland. Ésta es mi ciudad natal y también la de mi padre —Andrews es un apellido antiguo aquí— y nunca he vivido en ningún otro sitio salvo los años que pasé en el ejército, durante la Primera Guerra Mundial, y los que estuve en la Universidad Johns Hopkins y en la Facultad de Derecho de la Universidad de Maryland, un poco más tarde. Soy soltero. Vivo en una habitación individual en el hotel Dorset, en High Street, justo enfrente del juzgado, y mi despacho está a una manzana de distancia, en el «barrio de los abogados», en Court Lane. Aunque con el ejercicio del derecho me pago la habitación, no considero que dicho ejercicio sea más mi carrera que otro centenar de cosas: navegar, beber, pasear por la calle, escribir mi *Investigación*, mirar las paredes, cazar patos y mapaches, leer, hacer politiqueos. Me interesan unas cuantas cosas, pero ninguna me entusiasma. Llevo ropa bastante cara. Fumo cigarros Robert Burns. Mi bebida es el whisky de centeno Sherbrook con ginger ale. Leo con frecuencia y asistemáticamente, es decir, tengo mi propio sistema, pero no es ortodoxo. No tengo prisa. En resumen, vivo mi vida —o la he vivido, al menos, desde 1937— de un modo muy similar al que estoy escribiendo este primer capítulo de *La ópera flotante*.

Casi me olvido de mencionar mi enfermedad.

La cuestión es que no soy una persona sana. Lo que me ha hecho recordarlo en este momento es que mientras estaba dándole vueltas al nombre de *La ópera flotante*, sentado en mi mesa, en el hotel Dorset, rodeado por los archivos de mi *Investigación*, he empezado a tamborilear con los dedos sobre la mesa, siguiendo el ágil ritmo del letrero de neón que hay fuera. Tendrías que ver mis dedos. Son la única deformidad de un cuerpo que, por lo demás, es servible y, según me han susurrado en algunas ocasiones, no carece de atractivo. Pero menudos dedos. Parecen garrotas. Acaban en unas uñas enormes, gruesas, amarillentas. He padecido (probablemente todavía padezca) una clase de endocarditis bacteriana subaguda con una complicación especial. La padezco desde joven. Me ha dejado los dedos como garrotas, y de vez en cuando, aunque no con demasiada frecuencia, me hace sentir débil. Pero lo que complica las cosas es que también soy propenso al infarto de miocardio. Eso significa que cualquier día podría caerme muerto súbitamente, sin previo aviso; quizá antes de terminar esta frase, quizá dentro de veinte años. Lo sé desde 1919: desde hace treinta y cinco años. Mi otra preocupación es una infección crónica de la próstata. Me dio problemas cuando era más joven —varias clases de problemas, como sin duda explicaré más adelante—, pero desde hace ya muchos años me limito a tomar una pastilla de hormonas (un miligramo de dietilestilbestrol, un estrógeno) todos los días

y la infección no me molesta en absoluto, salvo alguna noche, de tanto en tanto, en que me impide dormir. Tengo unos dientes estupendos, salvo un empaste en el último molar inferior izquierdo y una corona en el canino superior derecho (me lo rompí contra la barandilla de un transbordador en 1917, luchando con un amigo mientras cruzábamos la bahía de Chesapeake). No sufro de estreñimiento jamás, y mi visión y mis digestiones son perfectas. Por último, un sargento alemán me dio un ligero bayonetazo en Argonne, durante la Primera Guerra Mundial. Me dejó una pequeña cicatriz en la pantorrilla izquierda, donde se me atrofió un músculo, pero no me duele. Maté al sargento alemán.

Sin duda, cuando le coja el truco a esto de contar historias, tras un capítulo o dos, iré más rápido y divagaré menos.

Bueno, vamos con lo del título y luego veremos si podemos empezar con la historia. Cuando decidí, hace dieciséis años, escribir sobre cómo había cambiado de opinión una noche de junio de 1937, no tenía ningún título en mente. De hecho, no fue hasta que empecé a escribir esto, hace una hora, más o menos, que me di cuenta de que la historia tendría como mínimo la duración de una novela y decidí, por lo tanto, darle un nombre novelesco. En 1938, cuando resolví contarla, pensaba que sólo sería un aspecto del estudio preliminar para uno de los capítulos de mi *Investigación*, de la cual las notas y los datos ocupan la mayor parte de mi habitación. Soy minucioso. La primera tarea que emprendí, una vez hube jurado plasmar en papel aquel día de junio, fue recopilar, del modo más exhaustivo que me fuera posible, todos mis pensamientos y actos de dicho día, para asegurarme de que no dejaba nada de lado. Esa pequeña tarea me llevó nueve años —trabajando sin prisa— y las notas acabaron llenando las siete cestas de melocotones que tengo ahí, junto a la ventana. Después tuve que leer un poco: algunas novelas, para pillarle el tranquillo a contar cosas, y algunos libros sobre medicina, construcción de barcos, filosofía, juglaría, biología marina, jurisprudencia, farmacología, historia de Maryland, química de gases y una o dos cosas más, para prepararme bien y asegurarme de que comprendía, al menos de manera aproximada, lo que había ocurrido. Esto me llevó tres años; fueron unos años bastante desagradables, porque tuve que abandonar mi sistema habitual de elección de libros para dedicar tiempo a esas lecturas comparativamente especializadas. Los últimos dos años los pasé revisando mis recuerdos de aquel día, resumiendo los comentarios de siete cestas de melocotones hasta que ocuparon dos, de las cuales tenía la intención de extraer comentarios de un modo más bien azaroso cada media hora, más o menos, a lo largo del proceso de escritura.

Ay, cómo soy. Todo, me temo, me parece significativo, y nada me parece importante, en última instancia. Ahora estoy bastante seguro de que mis dieciséis años de preparación no serán tan útiles como había pensado, o al menos no tendrán la utilidad prevista; comprendo los acontecimientos que tuvieron lugar ese día bastante bien, pero en cuanto a los comentarios... creo que lo que haré es intentar no comentar nada en absoluto, sino limitarme a los hechos. Sé que divagaré bastante, en cualquier

caso —la tentación siempre es fuerte, y se vuelve irresistible cuando sé que el final del relato es irrelevante—, pero por lo menos tengo cierta esperanza de llegar al final, y cuando mi historia decaiga o pierda ritmo, podré como mínimo felicitar me por mis buenas intenciones.

¿Por qué *La ópera flotante*? Podría estar explicándolo hasta el día del juicio final y la explicación quedaría incompleta. Creo que para entender totalmente cualquier cosa, por ínfima que sea, hace falta entender todas las demás cosas del mundo. Por eso algunas veces me desespero ante las cosas más simples; también por eso no me importa dedicar toda la vida a prepararme para comenzar mi *Investigación*. Bueno, *La ópera flotante* es parte del nombre de uno de esos barcos que llevaban un teatro a bordo y recorrían las marismas de Virginia y Maryland: *La original y sin par ópera flotante de Adam*; Jacob R. Adam, propietario y capitán; entradas a 20, 35 y 50 centavos. La *Ópera flotante* estaba amarrada a Long Wharf el día en que cambié de opinión, en 1937, y una parte de este libro sucede a bordo de ella. Eso ya sería motivo suficiente para usarla como título. Pero hay un motivo mejor. Siempre me ha parecido una buena idea construir uno de esos barcos con teatro a bordo que tuviera sólo una enorme cubierta y que las obras se representaran continuamente. El barco no estaría anclado, sino que se deslizaría por el río, abajo y arriba, llevado por la corriente, y el público podría situarse a ambas orillas. Así los espectadores podrían enterarse de la parte de la trama que tuviera lugar mientras el barco pasara frente a ellos, y después tendrían que esperar hasta que la corriente lo trajera de vuelta para enterarse de otra parte, si seguían allí sentados. Para rellenar los huecos, deberían emplear su imaginación, o preguntar a otros miembros del público más atentos, o ver si se corría la voz desde río arriba o río abajo. La mayor parte del tiempo no entenderían en absoluto lo que estuviera sucediendo, o creerían entenderlo sin entenderlo realmente. Muchas veces podrían ver a los actores, pero no oírlos. No hace falta que explique que así es, en muchos aspectos, la vida: nuestros amigos pasan flotando a la deriva; nos implicamos con ellos y con sus cosas; siguen su curso y tenemos que fiarnos de lo que nos enteramos de oídas o perderles por completo la pista; después vuelven a pasar flotando, y o bien recuperamos su amistad —y nos ponemos al día—, o bien descubrimos que ni ellos nos entienden ni nosotros los entendemos. Y así será también este libro, estoy seguro. Es una ópera flotante, amigo, cargada de curiosidades, melodrama, espectáculo, lecciones y entretenimiento, y va flotando caprichosamente, llevada por la corriente de mi errática prosa: la avistarás, la perderás de vista, la volverás a ver; y quizá requiera un gran esfuerzo de atención e imaginación —además de cierta paciencia, si eres una persona normal— para seguir el curso de la trama, que se muestra y se oculta mientras el barco navega.



## 2. EL CLUB DE EXPLORADORES DE DORCHESTER

Supongo que debí de despertarme a las seis de la mañana, ese día de 1937 (voy a decir que fue el 21 de junio). Había pasado mala noche; ése fue el último año que tuve problemas de próstata. Me había levantado más de una vez a fumar, o a dar una vuelta por la habitación, o a tomar algunas notas para mi *Investigación*, o a asomarme a la ventana y quedarme mirando fijamente la oficina de correos, que estaba al otro lado de High Street. Después, justo antes del amanecer, había conseguido dormirme, pero la luz, supongo, me despertó alrededor de las seis, como todas las mañanas.

Entonces tenía sólo treinta y siete años, y, como era mi costumbre, saludé al nuevo día con un trago de la botella de Sherbrook que tenía en la repisa de la ventana. Ahora sigo teniendo una botella ahí, pero no es la misma; ni mucho menos. El hábito de rendir homenaje al amanecer empujando el codo era un resto de los tiempos de la fraternidad universitaria. Había llegado a disfrutarlo de verdad, pero lo dejé hace algunos años. Me libré de esa costumbre deliberadamente, de hecho, sólo por practicar el ejercicio de librarme de costumbres.

Abrí los ojos y la botella, pues, y tomé un buen trago; me estremecí de la cabeza a los pies y observé mi habitación. Era una mañana soleada, y aunque mi habitación da al oeste, entraba suficiente luz como para que todo estuviera radiante. Una pena: el hotel Dorset se construyó a comienzos del siglo XIX, y mi habitación, como muchas damas de cierta edad, presenta su mejor aspecto a media luz. Entonces, como ahora, la única ventana estaba manchada con pequeños círculos de polvo que las gotas de lluvia habían dejado al secarse; las paredes de yeso verde claro estaban afiligranadas con grietas antiguas, como si fueran un mapa en relieve de las ciénagas de Dorchester; una lata de estofado de carne vacía, mi cenicero, rebosaba de colillas (en aquella época fumaba cigarrillos) sobre mi escritorio, un mueble estrafalario que me había proporcionado la dirección del hotel; las notas para mi *Investigación*, que entonces llevaba preparando siete años, apenas llenaban tres cestas de melocotones y una caja de cartón con la etiqueta TOMATES MARAVILLOSOS DE MORTON. Una de las paredes estaba parcialmente cubierta, igual que lo está todavía, por un mapa costero geodésico del condado de Dorchester, no tan anotado como lo está ahora. De otra colgaba un cuadro al óleo, obra de un aficionado, que representaba lo que parecía ser la concepción de un ciego de catorce cisnes silbones posándose simultáneamente en el Atlántico con viento frescachón. No recuerdo cómo di con él, pero sé que lo he tenido ahí colgado por inercia. De hecho, sigue ahí, en la pared, pero una vez, estando borracho, mi amigo Harrison Mack, el magnate de los pepinillos, dibujó una especie de desnudo en la parte de arriba con una cera. Por todo el suelo (entonces, no ahora) estaban diseminados los bocetos de un barco que yo estaba construyendo en aquel tiempo en un garaje, junto a las luces guía del riachuelo; me había llevado los bocetos a la habitación el día anterior, para trabajar un poco en ellos.

A mí me parece que cualquier disposición de las cosas es un orden. Si estás de acuerdo, de esto se deduce que mi habitación estaba tan ordenada como puede estarlo una habitación, aunque no se tratara de un orden habitual.

No saques la conclusión de que llevaba o llevo una vida «bohemia» o «rebelde». Si entiendo correctamente estos términos, no es así. En primer lugar, en 1937 no sentía ningún entusiasmo por el arte en ninguna de sus formas, aunque sí sentía, y sigo sintiendo, cierta curiosidad por él. Mi habitación no estaba sucia ni me resultaba incómoda; sólo estaba llena de cosas. Probablemente al día siguiente vinieran las chicas de la limpieza, que estropeaban mi orden colocando las cosas «en su sitio», es decir, fuera de la vista. Por último, vivo demasiado bien para considerarme un bohemio. El whisky de centeno Sherbrook cuesta cuatro dólares con cuarenta y nueve la botella, y yo consumo un montón de botellas.

En fin. La verdad es que es una habitación muy adecuada para mí, y aquí sigo. Esa mañana, pues, me desperté, le di un trago al whisky, recorrí la habitación con la vista, salí de la cama en silencio y me vestí para ir al despacho. Incluso me acuerdo de la ropa que me puse, aunque la fecha —el 21 o el 22— se me haya olvidado, tras dieciséis años de recordar: llevaba un traje de sirsaca gris y blanco, una camisa de lino color tostado, cualquier corbata, unos calcetines color tostado y mi canotier. Estoy seguro de que me lavé la cara con agua fría, me enjuagué la boca, limpié mis gafas de lectura con papel higiénico, me acaricié la barbilla para convencerme de que no hacía falta que me afeitara y me aplané un poco el pelo en lugar de peinármelo; estoy seguro de todo esto porque lo he hecho, en ese orden, casi todas las mañanas desde que desde 1930, cuando me vine a vivir al hotel. Fue en algún momento durante la realización de este ritual —el instante en que el agua fría entró en contacto con mi cara parece bastante probable— cuando todas las cosas del cielo y de la tierra me resultaron obvias, y me di cuenta de que aquel día sería mi último día; aquel día me suicidaría.

Me erguí y sonreí ante la cara chorreante que me miraba desde el espejo.

—¡Desde luego!

¡Qué ataque de euforia! Emocionado, no pude contener una risita.

—¡Por el amor de Dios!

¡Qué día trascendental! ¡Qué raptó de inspiración! ¡Podía dejar de lado el antiguo problema! ¡Podía centrarme en la nueva, última y definitiva solución!

¡El suicidio!

Salí de puntillas de la habitación y me reuní con mis colegas, los miembros fundadores del Club de Exploradores de Dorchester, para tomar un café.

Como los hoteles de muchas ciudades pequeñas, el Dorset es más grande de lo necesario. La mayoría de sus cincuenta y cuatro habitaciones se encuentran vacías durante el invierno, e incluso con el añadido de los diversos visitantes que se instalan en el hotel en verano, cuando suben las temperaturas, por lo general hay suficientes habitaciones libres como para alojar a un circo ambulante o a una convención de

cazadores de ratas almizcleras que pudieran presentarse en la ciudad sin previo aviso. Si los propietarios no se ven obligados a echar el cierre, por lo visto, es sólo porque el edificio se pagó hace ya unas cuantas generaciones y la dirección actual lo ha heredado libre de cargas; porque los costes generales y de mantenimiento son muy bajos; y porque hay unos cuantos ancianos y ancianas que han tenido la desgracia de sobrevivir a su momento de esplendor en este mundo y se han visto obligados por las circunstancias a hacer del hotel su última parada en el camino hacia el próximo. Estos supernumerarios, y en particular los hombres que hay entre ellos, constituyen el Club de Exploradores de Dorchester, que se reúne todas las mañanas de seis y cuarto a siete menos cuarto. El CED, fundado y bautizado por mí, permanece vigente, aunque de los miembros fundadores soy el único que sigue con vida.

Esa mañana, si no me equivoco, sólo había otros dos presentes: el capitán Osborn Jones, un pescador de ostras retirado de ochenta y tres años, lisiado por la artritis, y el señor Haecker, de setenta y nueve, director de instituto jubilado y que, aunque gozaba de buena salud, carecía de familia y era el último de su estirpe. Como el capitán Osborn tenía dificultades con las escaleras, nos reuníamos en su habitación, que estaba en el mismo piso que la mía.

—Buenos días, capitán Osborn —dije, y el anciano soltó un gruñido, como era su costumbre. Llevaba una brillante gorra gris, un jersey de lana negra indescriptible y unos vaqueros azules tan desteñidos que se habían vuelto casi blancos.

—Buenos días, señor Haecker —dije. El señor Haecker llevaba su habitual sarga negra inmaculada, sin una sola arruga, una corbata de seda y una camisa de rayas limpia aunque un tanto deshilachada.

—Buenos días, Todd —contestó él. Recuerdo que estaba encendiéndose su primer cigarro de la mañana con una mano y revolviendo el café con la otra. Yo había comprado un pequeño hornillo eléctrico para el club hacía unos meses, que por acuerdo mutuo se ubicó en la habitación del capitán Osborn—. Rico y calentito —dijo, ofreciéndome una taza de café.

Le di las gracias. El capitán Osborn comenzó a maldecir sin parar, monótonamente, mientras se golpeaba la pierna derecha con el bastón. El señor Haecker y yo lo observamos mientras nos tomábamos el café a sorbos.

—No consigue despertarla, ¿eh? —dije. Todas las mañanas, en cuanto el capitán Osborn se vestía y se sentaba, la pierna se le dormía y él comenzaba a darle golpes hasta que la sangre se ponía a circular. Algunas mañanas tardaba más que otras en conseguirlo.

—Tómese el café, capitán —aconsejó el señor Haecker con su habitual tono de voz amable—. Le sentará mejor a su pierna que ese mal humor.

El capitán Osborn se mareó un poco debido al esfuerzo; me di cuenta de que se agarraba con fuerza a los brazos de su butaca tratando de recuperarse. Soltó un suspiro, apretó los dientes, cogió el café que le ofrecía el señor Haecker y le dio las

gracias con un gruñido. Después, sin decir ni una palabra, se tiró aposta el líquido humeante en la pierna mala.

—¡Pero bueno! —exclamó el señor Haecker, frunciendo el ceño, pues esa clase de conducta le molestaba. Yo también me sobresalté; tuve miedo de que el viejo se escaldara con el café, pero él sonrió y volvió a golpearse la pierna con el bastón.

—Dele fuerte —lo animé con aprobación.

El capitán Osborn renunció a seguir luchando y se instaló de nuevo en su butaca, mientras el café humeante seguía cayendo al suelo desde la pernera de su pantalón.

—Vale —dijo, respirando pesadamente—. Vale, me voy a morir. Pero quiero morirme de repente, no poco a poco. —Se miró la pierna, disgustado—. Maldita pierna, joder. —Se dio una patada en el pie derecho con el izquierdo—. Alfileres y agujas, parecen. Hubo un tiempo en que podía saltar y bailar con esa pierna. ¡Incluso pilotaba mi barca con ella, apoyándome en la otra y con un cabo en cada mano! Pero eso ya se acabó, sí señor.

—No estaría tan mal que se muriera a plazos —le dije al señor Haecker, que estaba preparándole otra taza de café al capitán—. A lo mejor el sepulturero puede ir enterrándolo por partes, y nosotros le vamos pagando su trabajo mes a mes.

Lo de la senilidad del capitán Osborn era una broma recurrente en el Club de Exploradores, y por lo general el señor Haecker, pese a lo estirado que era, se sumaba a las chanzas, pero aquella mañana parecía preocupado.

—Claro que se va a morir, capitán —dijo solemnemente, dándole al capitán Osborn el café recién hecho—, tal y como dice Todd. Pero no de momento, esperemos. Hasta entonces, va a ser un viejo, igual que yo. La vejez es así. ¿Para qué rebelarse? No hay nada en el mundo que se pueda hacer.

—No hay nada que se pueda hacer —admitió el capitán Osborn—, pero no tiene por qué gustarme.

—¿Por qué no? —insistió el señor Haecker—. Eso es lo que me gustaría saber.

—¿Por qué me va a tener que gustar, joder? —bufó el capitán Osborn—. No puedo trabajar ni jugar a nada. Sólo escupir tabaco y morir. ¿Que la vejez es así? Pues quédesela usted, yo no la quiero. —Sacó un pañuelo del bolsillo de su jersey y se sonó furiosamente la nariz. Los cojines de su butaca, los cajones de su mesa, los bolsillos de su jersey y sus pantalones, todo estaba lleno de pañuelos húmedos o secándose: el capitán, como muchos marineros, padecía una sinusitis aguda, agravada por la humedad que había en el condado de Dorchester, y no quería ni oír hablar de médicos. Su única terapia era el medio vasito de Sherbrook que yo le daba cada mañana antes de salir del hotel. El whisky lo mantenía ligeramente borracho hasta el mediodía, y para entonces ya se le había pasado la congestión nasal.

—Bueno —dijo el señor Haecker—, los sabios nunca han desdeñado la vejez. Déjeme que le lea una cita que copié ayer de un libro, sólo para compartirla con usted.

—Dios mío. Dios mío.

—Lo va a acabar convirtiendo, capitán Osborn —le advertí.

—¡Ji, ji! —se rio el viejo. Siempre le parecía divertidísimo que yo diera a entender que era un pecador impenitente.

—No —dijo el señor Haecker, desdoblando un trozo de papel y acercándolo a la luz—. Es una cosa que copié de Cicerón, y quiero que oiga lo que dice Cicerón sobre la vejez. Esto es lo que dice Cicerón, escuche: «... si un dios me concediera volver a la niñez desde mi edad actual, y encontrarme de nuevo llorando en mi cuna, me negaría firmemente...». Ahí lo tiene. Supongo que Cicerón sabe lo que dice, ¿eh?

—Digo yo —asintió el capitán Osborn, sin atreverse a contradecir tajantemente la palabra escrita.

—Pues ya está —dijo el señor Haecker, sonriendo—. Entonces lo que yo le digo es que intentemos aprovecharla al máximo. ¿Cómo era? «El final de la vida, para el que se hizo el principio»<sup>[2]</sup>. ¿No está de acuerdo? —Me miró, buscando apoyo—. ¿Y usted no está de acuerdo?

—A mí no me pregunte, señor Haecker; yo todavía estoy en el principio.

—Escuche —dijo el capitán Osborn con ese tono que emplean los ancianos para sugerir que, tras haber tolerado lo bastante las tonterías que opinan los demás, se disponen a revelar la verdad—. ¿Ve este brazo? —Extendió su huesudo brazo derecho—. Pues podrían atarme a un álamo ahora mismo, y engancharme el brazo a una yunta de caballos para que se pusieran a tirar hasta arrancármelo de raíz, joder, y yo estaría encantado si con eso pudiera volver a los cuarenta años con una paga en el bolsillo y un verano por delante. ¡Vamos, hombre!

Se sentó de nuevo en su butaca, agotado, pero con el rostro triunfal.

—¿A usted le parece que tiene razón? —me preguntó el señor Haecker—. ¿Usted está de acuerdo?

—No —respondí yo. El señor Haecker se animó considerablemente, pero el capitán Osborn me fulminó con la mirada.

—¿Quiere decir que usted preferiría dedicarse a leer tonterías? —me preguntó con incredulidad.

—No —dije yo. Ahora el señor Haecker también parecía decepcionado.

—Bueno, ¿y cuál es su opinión al respecto? —me preguntó con aire sombrío—. ¿O es que no tiene ninguna?

—¡Éste! —resopló el capitán Osborn, soltando una carcajada llena de flemas—. ¡Éste tiene opiniones para todo!

—Sí, tengo una —admití—. De hecho, esta mañana me levanté dándole vueltas.

—Se levantó dándole vueltas, ¿eh? —graznó el capitán Osborn sin dejar de reírse—. ¡Seguro que estaba bien buena!

El señor Haecker esperaba con paciencia, aunque sin demasiadas ganas, para oír mi opinión, pero se quedó sin conocerla, porque la risa del capitán Osborn se

convirtió en tos y después en ahogo, como sucedía algunas veces, y tuvimos que ponernos a darle palmaditas en la espalda hasta que, todavía escupiendo, recuperó el aliento. En cuanto pudo respirar con normalidad, abandoné la reunión del club para ir a mi habitación a buscar el whisky y llevarle un vaso, pues me parecía que necesitaba su medicina urgentemente.

¡A paso ligero! ¡Quería cruzar el pasillo bailando! ¿Que cuál es mi opinión? ¿Que cuál es mi opinión? ¡El SUICIDIO! ¡Ah, lector, a paso ligero! Permíteme que te lo diga: toda mi vida, o al menos una gran parte de ella, se ha orientado hacia la solución de un problema, o hacia el control de un determinado hecho. Es una cuestión de actitudes, de posturas (o de máscaras, si prefieres decirlo así, aunque este término tiene unos matices peyorativos que no estoy dispuesto a aceptar). Durante mi vida he adoptado cuatro o cinco posturas, basadas en ciertas conclusiones, ya que me temo que tengo la tendencia a atribuir una importancia de vida o muerte a las ideas abstractas. Cada una de estas posturas me pareció, en su momento, que representaban la respuesta a mi dilema, el control de ese hecho, pero siempre ocurría algo que demostraba su inadecuación; o la postura, de un modo imperceptible, iba dejando de parecerme convincente hasta que de repente ya no me servía —los cambios cuantitativos, como dice Marx, de repente se vuelven cualitativos—, y entonces yo tenía que cambiar de máscara, lo cual es un proceso lento y, para mí, doloroso, aunque con frecuencia sea involuntario. Confórmate, por favor, con entender que durante varios años, antes de 1937, yo había empleado una postura que, pensaba, representaba una solución sólida y definitiva para mi problema; que durante la primera mitad de 1937 esa postura había ido perdiendo su eficacia; que durante la noche del 20 de junio, la noche previa al día en que transcurre mi historia, me vi forzado a tomar conciencia de su inadecuación (y, de hecho, volví al lugar del que había partido en 1919); y que, final y milagrosamente, tras no más de una hora de sueño justo antes del amanecer, me desperté, me lavé la cara con agua fría y me di cuenta de que había dado con la respuesta real, definitiva e irrefutable, la última palabra posible, la postura que acabaría con todas las posturas. Si no hubiera sido necesario andar de puntillas y hablar entre susurros, habría bailado un *trepak* y habría cantado un aleluya. ¿No les había dicho que no me iba a andar por las ramas? ¿Que mis respuestas serían suyas? ¡*El suicidio!* El pobre señor Haecker tendría que esperar para enterarse de cuál era mi opinión (me temo que, alma desdichada, hasta el día del juicio final), pero tú no, lector. *El suicidio* era mi respuesta; mi respuesta era *el suicidio*. No lo comprenderás hasta que no haya planteado el problema con claridad, y con claridad voy a plantearlo, parte por parte, como es mi costumbre, que, recuerda, no es asistemática, sino sólo coherente en relación con mi propio —y tal vez poco ortodoxo— sistema.

Entonces, por el amor de Dios, ¿cuál es mi sistema? Ten paciencia, amigo; no tengo la intención de desconcertarte ni de exasperarte. Recuerda que soy un novato en esto de contar historias. E incluso aunque no lo fuera, haría las cosas a mi manera.

Te propongo que reemplacemos esta pregunta por la tuya: ¿por qué no me llevé el whisky para el capitán Osborn cuando salí de mi habitación por primera vez, para no tener que volver a buscarlo? Ésa es una pregunta más concreta, y más razonable, y menos indiscreta, y su respuesta tiene que ver con la respuesta a la pregunta anterior. No me llevé el whisky porque no era mi costumbre hacerlo, y una de las conclusiones que se desprendían de mi reveladora respuesta era que, debido precisamente a su trascendencia, tenía que vivir aquel día —aquel 21 de junio (estoy casi seguro)— de la manera más parecida posible a cualquier otro día de mi vida reciente. Por lo tanto, aunque sabía muy bien que el capitán Osborn necesitaría su medicina, la dejé en mi habitación y volví a por ella después del café, como era mi costumbre.

¿Es esto una respuesta? Más a la primera pregunta que a la segunda; todavía no sabes cómo surgió esa práctica, como no lo sé yo, pero sabes que mi sistema para vivir ese día extraordinario consistía en vivirlo de la manera más ordinaria posible, aunque cada acto estaría inevitablemente cargado con un significado nuevo. Y, de un modo similar, mi método para contar esta historia consistirá en relatar los acontecimientos de aquel día de la forma más llana que pueda, pues ya sabes que al hacerlo perderé el hilo con suficiente frecuencia como para que entiendas o supongas toda la historia de la pregunta, al igual que el público que asiste al melodrama que se representa sobre mi barco a la deriva ha de darle sentido a lo que ve infiriendo la totalidad de la trama; y te juro por todos los tomates maduros de Dorchester que cuando comience la diversión, el barco estará flotando justo delante de tus ojos y no te perderás nada.

Bueno, entonces recorrí el pasillo hasta mi habitación, abrí la puerta suavemente y entré de puntillas para coger el vaso de whisky. Mi intención era lavarlo, llenarlo hasta la mitad y salir lo más rápido que pudiera, pero en cuanto abrí el grifo del lavabo y sonó, como de costumbre, un la bemol por encima del do alto, Jane Mack abrió sus maravillosos ojos verdes y se incorporó en la cama; el pelo, castaño, brillante y liso como el de una marta cibelina, le caía sobre los hombros, y la sábana se deslizó mostrándola hasta la cadera; levantó el brazo derecho para echarse el pelo hacia atrás; este movimiento hizo que se le aplanara el vientre y que se le alzara uno de los pechos de tal forma que se me tensaron los muslos al verla. Tenía la botella de Sherbrook en la mano derecha y el vaso en la izquierda. Jane me preguntó, con voz de dormida, si ya eran las ocho; le dije que no. Se rascó la cabeza, bostezó, se dejó caer de nuevo sobre la almohada, soltó un suspiro y, creo, se quedó de nuevo dormida al instante. La sábana seguía mostrándola hasta la cadera, y ella estaba acostada dándome la espalda. Creo que en la habitación entraba una suave brisa cálida, y recuerdo claramente que un pequeño rayo de sol se reflejaba en algo que había fuera y caía con todo su brillo sobre la piel bronceada de ella, donde la cintura se estrechaba, por encima del ángulo curvado de su cadera, que alzaba el colchón más bien duro de mi cama. Me tomé la medicina del capitán Osborn, lo cual no era en absoluto mi costumbre, le serví otra dosis y salí de puntillas de la habitación.





### 3. COITO

Si todavía estás conmigo, no me voy a molestar en explicarte por qué no te podía contar que Jane Mack era mi amante hasta que te hubiera anunciado que aquél era un día trascendental: o bien estás familiarizado con el asunto de los climáx y los anticlimáx, en cuyo caso no hace falta que te dé ninguna explicación, o bien sabes aún menos que yo sobre cómo se cuenta una historia, en cuyo caso sería inútil que te explicara nada. Era mi amante, sí, y era una amante excelente. Y Harrison Mack era un excelente amigo mío, y yo suyo, de modo que el triángulo era equilátero. Cada uno de los tres quería a los otros dos todo lo que podía, y en el caso de Jane, eso era mucho. En cuanto a mí... Bueno, lo contaré en otro capítulo. Y Harrison era totalmente consciente de que entre 1932 y 1937 su esposa pasó muchas, muchas horas en mi habitación y en mi cama. Si no llegó a saber que le hice el amor a Jane exactamente seiscientos setenta y tres veces, es porque ella no llevaba la cuenta con tanta precisión como yo.

Lo contaré ahora: es una buena historia, y al capitán Osborn no le va a pasar nada por esperar un capítulo a que le lleve el whisky.

Conocí a Harrison Mack en 1925, en una fiesta que dio un compañero de clase de la Facultad de Derecho de la Universidad de Maryland. Fue una reunión bastante alcohólica celebrada en alguna parte de Guilford, un barrio acomodado de Baltimore. En esa época, debo decir, me hallaba en la primera etapa de una fase de eremitismo misantrópico, la cual duró desde 1925 hasta 1930. Por diversos motivos, había renunciado al mundo de los empeños y los deleites humanos, y aunque seguía estudiando derecho (sobre todo por inercia), no quería tener con los hombres y sus valores más contacto del necesario. Se podría decir que fui un santo, durante esos cinco o seis años; un santo budista, del tipo esotérico. Ésa fue una de mis respuestas provisionales a la peculiar pregunta de mi vida, y mucho después de superarla, seguí recordando con placer aquella postura.

Para empezar, me hacía parecer misterioso, ahí de pie, distante, frente a un ventanal, fumando un cigarrillo con un aire de tranquila sabiduría mientras a mi alrededor la fiesta chillaba y reía. Algunos tipos bastante agradables, entre los que estaba Harrison Mack, suponían que yo debía de tener respuestas de las que ellos carecían, de modo que buscaban mi compañía; las mujeres me consideraban encantadoramente tímido, y en ocasiones no se detenían ante nada para «penetrar el desdeñoso caparazón de mi temor», como dijo una de ellas en una ocasión. Muy a menudo eran ellas las que resultaban penetradas.

La noche de esta fiesta en particular, acabé haciéndome amigo de un tipo grande y guapo que se acercó a mi ventanal, se presentó como Harrison Mack y se quedó a mi lado, mirando hacia fuera, sin decir nada. Un tiempo después, me di cuenta de que Harrison adopta, en gran medida involuntariamente, la actitud y la forma de

comportarse de quienquiera que esté con él, una tendencia que yo admiro en él, ya que implica que carece de un estado de ánimo característico o una manera de actuar propia. Al cabo de un rato, de repente, nos pusimos a hablar de varias cosas: la clase obrera, la ley seca, el caso de Sacco y Vanzetti y Maryland. Harrison, por lo visto, era de una familia adinerada; su padre, Harrison Mack sénior, era el presidente de una compañía de pepinillos. Como los pepinos que acababan metamorfoseados en los Pepinillos Mack crecían en la costa este del estado, desde donde los transportaban a una planta de Baltimore para su sofisticado procesamiento, los Mack tenían casas veraniegas diseminadas por toda la península, y los lugares que habían sido mis favoritos en la infancia no eran desconocidos para Harrison. Distanciados de los demás, estuvimos un rato hablando de pepinillos y dinero.

Harrison —un aristócrata guapo, musculoso, bronceado, de mirada dulce y nariz patricia, alimentado a base de filetes, exalumno de Gilman, que hablaba en voz baja y llevaba trajes caros— era, en aquella época, comunista, lo cual había sido causa de una comprensible alarma en su familia. Y no era un comunista de salón, sino un revolucionario total, que se dedicaba a escribir panfletos y había vendido su lancha motora, su Stutz y Dios sabe qué más cosas para mantenerse cuando su padre lo había desheredado; que se pasaba diez horas al día escribiendo unas noveluchas que seguían al pie de la letra la línea del partido y repartiéndolas entre los obreros, incluidos los empleados de Pepinillos Mack; que había recibido palos como uno más cuando los esquiroles y matones de todo tipo —incluidos ciertos asalariados de Pepinillos Mack— habían manifestado su oposición a sus actividades; que en aquel momento estaba comprometido con la espécimen de bolchevique intelectual de aspecto más bobo que mis incrédulos ojos habían visto jamás, sólo porque era ideológicamente pura; y cuyo único resto de sentido común, por lo que yo pude ver aquella noche, era su negativa a convertirse en miembro de pleno derecho del Partido, por miedo a que eso supusiera un lastre a la hora de llevar a cabo sus planes.

Pues resulta que Harrison hizo precisamente, aunque de manera involuntaria, lo único que podía hacer que me cayera bien aquella noche: dejó claro desde el principio que yo le caía muy bien a él. Era un tipo encantador —sigue siéndolo—, y no me pareció inadecuado que un santo tuviera un amigo. La inmensa distancia entre las cosas que lo entusiasmaban y las que podrían haberme entusiasmado a mí en esa época —aunque lo cierto es que yo me había interesado bastante por las reformas sociales no hacía tanto tiempo— hizo que me sintiera atraído hacia él y, según me enteraría más tarde, a él lo atrajo de mí mi «rechazo trascendente» (la expresión es suya) de lo que para él suponía la vida. En resumen, nos hicimos amigos muy pronto, y al amanecer, sin darle demasiadas vueltas, nos dirigimos a mis aposentos en busca de más bebida, cantando la *Internationale* en francés por las calles de Guilford, salpicadas de mansiones y de enebros.

Llegué a conocerlo bien a lo largo del siguiente año, es decir, hasta que me gradué por la Facultad de Derecho. Fui un santo durante todo aquel tiempo —de hecho, esa

máscara duró cuatro años más— y aunque a veces nos pasábamos días enteros discutiendo, ninguno de los dos era lo bastante racional como para dejarse convencer por la postura del otro. Digo esto porque estoy seguro de que todos los principales cambios de opinión de mi vida no han sido resultado de un pensamiento pausado y creativo por mi parte, sino más bien del puro azar, de acontecimientos ajenos a mí que me llamaron poderosamente la atención y que acabé integrando por medio de un proceso de racionalización hasta convertirlos en nuevas máscaras. Y sospecho que Harrison se limita a adoptar, con el tiempo, el color de su entorno, tanto en el plano intelectual como en el estético.

Por ejemplo, cuando nos despedimos en 1926 —yo para comenzar a ejercer en Cambridge, él para colaborar con una editorial del Partido en Detroit—, me pareció detectar en él una actitud ideológicamente impura hacia sus colegas que escribían panfletos. De hecho, había llegado a aborrecerlos, y me parecía que había empezado a preferir estar conmigo rebatiendo los argumentos de los mencheviques en mi habitación a estar con los bolcheviques dándoles su apoyo en alguna fábrica mugrienta. No estaba entusiasmado en absoluto con su nombramiento y su nueva función, y creo que habría preferido lavarse las manos, pero una deserción tal habría hecho que sus argumentos a favor de la fraternidad universal empezaran a sonar falsos. Nuestra separación le disgustó más que a mí; mi nirvana difícilmente podría verse alterado por una circunstancia tan mundana como perder un amigo.

La siguiente vez que lo vi fue en 1932, en una situación muy diferente. Me habían admitido en el bufete de Andrews y Bishop, y durante 1927 y 1928 me fui enriqueciendo —y también a la firma— a una media de alrededor de cuarenta dólares por mes. La gente de Cambridge, haciendo gala de una gran sabiduría, no confía ni en los nuevos médicos ni en los nuevos abogados, aunque sean originarios del condado de quinta generación. Yo vivía con mi padre, que era viudo, en su casa de East Cambridge. En 1929 papá perdió en la bolsa todos sus ahorros y propiedades, y al año siguiente se ahorcó en el sótano colgándose de una viga con su cinturón. A partir de entonces, y pese a la depresión, empecé a ganar más dinero en el bufete, ya que los clientes de papá más o menos me heredaron como abogado, y cuando la casa familiar, una casita de verano en Fenwick Island (Delaware) y un par de cabañas de madera en el interior del condado se vendieron para pagar las deudas de papá, me instalé en la habitación 307 del hotel Dorset, donde he vivido desde entonces.

Y me volví sumamente cínico, aunque no me molesté en mencionarle este hecho a Harrison cuando volví a verlo, del mismo modo que no le había dicho antes, explícitamente, que era un santo.

Una tarde entró con gran solemnidad en mi despacho del barrio de los abogados, cerca del juzgado, y dejó una botella de ginebra sobre mi mesa. Estaba más corpulento y tenía un ligero aspecto de cansancio, pero seguía bronceado y guapo.

—He vuelto —dijo, señalando la botella, y nos pasamos el resto de la tarde bebiendo ginebra tibia y paseando por las calles de Cambridge, poniéndonos al día y

recuperando nuestra amistad.

—¿Qué ha pasado con tu revolución en Detroit? —le pregunté en cierto momento—. Me he fijado en que ahí siguen haciendo coches.

—Ah —dijo, y se encogió de hombros—. Me cansé de tanto cabrón y tanto liante.

—¿Y la fraternidad humana? —le pregunté más adelante.

—¡Al carajo la fraternidad humana! —contestó—. No querría a esos tipos ni como mano de obra, así que imagínate como hermanos.

—¿Y Miss Moscú? —le pregunté más adelante aún, refiriéndome a su prometida de 1926.

—Le dio por el amor libre —bufó—. Yo pensaba que todos los hombres eran mis hermanos; ella pensaba que todos eran sus maridos. Al final no quise saber nada más de todo ese lío.

Y no había sabido nada más; a medida que hablaba, me fui dando cuenta de que en esa época era realmente un santo, del mismo modo en que lo había sido yo con anterioridad. Ya apenas se sentía involucrado con los problemas del mundo.

—¿Y la justicia social? —le pregunté.

—Es imposible de alcanzar, e irrelevante si se alcanza —contestó, y prosiguió explicándome que no vale la pena salvar a los trabajadores de la explotación capitalista—. Serían igualmente malos si estuvieran al mando —afirmó—. De hecho, serían peores: solemos presentar a los capitalistas como bestias caballerizas, y mis compañeros eran bestias bestiales.

Era la «armonía interior» del «hombre íntegro», me dijo, lo que importaba. La auténtica revolución debía tener lugar en el alma y el espíritu del individuo. El entusiasmo materialista colectivo sólo servía para distraer a la gente de los trastornos de su propia alma.

—El marxismo —dijo— es el opio del pueblo.

Insistió en que fuera a cenar a su casa.

—¿A Baltimore? —exclamé—. ¿Esta noche?

Se sonrojó.

—Ahora vivo aquí, Toddy.

Me explicó que al abjurar de la herejía marxista, había vuelto a caerle en gracia a su padre, que lo había readmitido en la familia, poniendo a su disposición la magnífica solvencia crediticia de los Mack y colocándolo al cargo de todas las plantaciones de pepinos y de las plantas procesadoras de la costa.

—Nos hemos comprado una casa en East Cambridge —me dijo—, enfrente del río. Nos acabamos de mudar. Ven y la estrenamos juntos.

—¿Nos?

—Me casé —dijo, sonrojándose de nuevo—. La chica más encantadora que has visto en tu vida. Janie. Es totalmente «Ruxton y Gibson Island», ¿sabes?, pero muy sensata. Os vais a caer muy bien.

Bueno. Fui a la casa de Harrison Mack esa noche, cuando ya estábamos bien borrachos, y recuerdo que dije «¡Por el amor de Dios!» cuando descubrí que había comprado la vieja casa de papá, la casa en la que yo había nacido y me había criado, y que había abandonado con gran repulsión.

—No supe que era la casa de tu familia hasta que la compré y vi la escritura — afirmó Harrison, radiante. Estaba muy contento por cómo había salido todo: se había enterado de lo de las deudas de papá y de que yo había perdido la casa junto a las demás propiedades, y le daba un gran placer haberla rescatado, por decirlo así, de manos impuras, y poder invitarme siempre que yo quisiera. Ahí podía considerarme como en casa. Le di las gracias y, sin mucho apetito, entré tras él.

Jane, que tendría unos veintiséis años en aquel momento, nos recibió en la puerta con una sonrisa indulgente. Nos presentaron. Era, desde luego, «Ruxton y Gibson Island», y combinaba la belleza con el ateísmo. Llevaba un vestido sin mangas, almidonado, y tenía el aspecto de acabar de ducharse después de haber estado nadando. Tenía un pelo castaño oscuro, casi negro, un tanto seco por el sol, al igual que su piel. Durante toda la noche me hizo pensar en veleros, y me ha hecho pensar en veleros desde entonces. Me la imagino instalada en la tapa de regala, a barlovento, en un velero de carreras, un Hampton o un Star, quizá ocupándose del foque, pero sobre todo entornando los ojos contra el sol en un mundo brillante y azul, un sol que calienta la magnífica madera que tiene entre los muslos, y seca la espuma que salpica su cara y sus brazos, y caldea el viento de Chesapeake que le azota las mejillas, le despeina el cabello e hincha las brillantes velas. Y de hecho su piel, en particular la de la meseta de su vientre, olía a sol, como pude comprobar más adelante, y su pelo a espuma salada; y su olor, en mi cabeza, nunca dejó, a lo largo de cinco años, de transmitirme esa fascinante euforia que siempre sentía de niño cuando me aproximaba a Ocean City durante alguna excursión familiar y notaba en el aire el primer embriagador aroma del Atlántico y todos mis sentidos comenzaban a alterarse. Desde luego, ella insistía en que era simplemente el resultado de no lavarse el pelo con tanta frecuencia como debiera. Lo cierto es que era una marinera fogosa.

Para cenar, nos sirvieron pechugas de pollo y algo de verdura. Harrison estaba demasiado borracho como para sostener una conversación trivial y diplomática; se limitó a comer y a darle órdenes a la doncella con mucha educación. Y yo estaba demasiado afectado por la ginebra y por Jane como para hacer mucho más que mirar las pechugas de pollo y las de ella. Por suerte, Harrison le había contado que yo era muy tímido —era la impresión que le había quedado de mi antigua santidad—, de modo que ella interpretó como una dificultad para mirarla a la cara causada por la vergüenza lo que en realidad era una mirada directa un poco más abajo, una mirada lujuriosa, silenciosa y admirativa aunque un tanto ebria. No tengo ni idea de lo que se habló aquella noche, pero recuerdo claramente que, como me solía suceder cuando mi pasión sexual despertaba y no hallaba satisfacción, aquella noche me dolió la próstata y no pude dormir.

Por supuesto, quería hacer el amor con ella; no puedo pensar en ninguna chica atractiva que haya visto nunca en mi juventud a quien no deseara llevarme a la cama, y la joven señora Mack era, aunque un tanto seria, como su marido, bastante más encantadora y juiciosa que la mayoría de las mujeres que había conocido durante mis treinta y dos años de vida. No tenía ningún escrúpulo con respecto al adulterio; era un cínico, recuerda. Sin embargo, sabía que si de mí dependiera, nunca habría ido más allá de mirarla con deseo y decirle, medio en serio, delante de Harrison, que la amaba: simplemente no estaba dispuesto a hacer nada que perjudicara mi amistad con Harrison, que disfrutaba de verdad, ni que pudiera, si salía bien, perturbar lo que parecía ser un matrimonio feliz. No había ninguna duda, decidí durante las primeras semanas de lo que acabó siendo una amistad íntima entre los tres, de que, a su sobria manera, Jane y Harrison estaban enamorados.

Pero la cosa se me fue de las manos un fin de semana de agosto. Harrison había adquirido una de las casitas veraniegas de su padre, situada en Todd Point, río abajo desde Cambridge, y los tres solíamos pasar allí los fines de semana navegando, nadando, pescando, bebiendo y charlando. La mañana del segundo sábado de agosto, Jane y él me vinieron a buscar al hotel y me sacaron de la cama, me hicieron subir a su descapotable junto a dos cajas de cerveza y partimos rumbo a la casita de campo. Durante el viaje tuve la impresión de que estaban exultantes de un modo poco habitual e incluso deliberado: Harrison cantaba a voz en cuello canciones subidas de tono; Jane, sentada en el medio, nos pasaba los brazos por encima de los hombros a los dos; marido y mujer me llamaban «niño Toddy». Yo solté un suspiro, decidí no hacerme preguntas y me acabé tres botellas de cerveza antes de que recorriéramos los veinticinco kilómetros que había hasta nuestro destino.

Pasamos toda la mañana nadando y bebiendo, y la animación y la camaradería continuaron, un tanto exageradas y sin descanso. Decidimos que después de comer llevaríamos el resto de la cerveza al velero de los Mack —una embarcación sin bauprés, con el casco trincado y bastante manga— y partiríamos rumbo a Sharp's Island, en la bahía donde desemboca el Choptank. Harrison le dio a Jane un largo beso de despedida y se fue a buscar hielo, asegurando que necesitaríamos más; Jane, en traje de baño, se puso a lavar los platos de la comida y yo me metí en el único dormitorio que había en la casa para echarme una siesta en la cama de los Mack. La ausencia de Harrison —era la primera vez que nos dejaba a los dos solos, debido a mi supuesta timidez— era muy evidente, y cuando me iba a dormir tenía una aguda conciencia de que Jane se encontraba al otro lado de la pared de contrachapado. Me quedé dormido imaginándome sus muslos morenos y frescos —¡seguro que eran frescos!— rozándose uno contra el otro, tal vez, mientras ella se desplazaba por la cocina; el vello dorado de sus brazos; el olor a sal y sol que desprendía. El sol brillaba a través de una pequeña ventana que había a los pies de la cama; la casita olía a calor y a pino resinoso. Yo estaba cansado debido a lo que había nadado y somnoliento debido a la cerveza. Tuve un sueño libidinoso, violento e inconcluso, lo

cual fue bastante bochornoso. Sentí cómo una mano fresca y real me acariciaba el vientre. Podría haber sido hielo, por la forma en que se me contrajeron las entrañas; súbitamente, como si de una explosión se tratara, me desperté y me incorporé en la cama. Creo que fue «¡Dios santo!» lo que chillé. En cualquier caso, chillé algo y con las dos manos abracé a Jane, que estaba sentada desnuda —¡increíble!— en la cama; oculté la cara en su regazo, de lo sobresaltado que estaba; tiré de ella hasta acostarla a mi lado, su piel contra la mía; y, *mirabile dictu!*, exploté de verdad y tan por completo que casi pierdo el sentido y, desde luego, perdí toda la fuerza.

¡Maldito sueño! ¡Mira que despertarme tan indefenso! Estaba paralizado de deseo y furioso por mi impotencia. Jane estaba nerviosa; tras el primer acercamiento, que sin duda había requerido de todo su valor, se dejó caer de espaldas a mi lado y apenas se atrevía a abrir los ojos.

¡La habitación estaba brillante y resplandeciente! Yo me quedé tan impactado por lo imprevisible del asunto que estuve a punto de echarme a llorar. ¡Qué piel increíble, suave, tersa, perfecta! Apreté la cara contra ella, no podía dejar de tocarla ni por un instante. Incluso ahora, veintidós años después, me estremezco al escribirlo, y no soy capaz de entender por qué mi pobre corazón no me estalló en el pecho.

Bueno, no había nada que hacer. Me quedé a su lado, enfadado por mi incapacidad y avergonzado por haberlo puesto todo perdido. Pero resultó que eso era justo lo que tenía que hacer: cuando Jane me vio castigarme a mí mismo, recuperó el valor.

—No te culpes, Toddy —dijo, y comenzó a besarme, ¡qué dulzura!, y a acariciarme la cara.

—No hay nada que hacer —murmuré muy cerca de ella.

—Ya veremos —dijo con jovialidad, totalmente dueña de sí ahora que yo parecía de nuevo tímido. Decidí actuar con timidez durante el resto de mi vida—. No te preocupes por eso. Yo puedo arreglarlo.

—No, no puedes —gemí.

—Sí, sí que puedo —susurró ella, besándome en la oreja y sentándose a mi lado.

¡Por todos los cielos, lector! ¡Cásate con una chica «Ruxton y Gibson Island», te lo imploro! Juro que nunca hubo una amante tan imaginativa, atlética, instruida y exuberante; con frecuencia se echaba a reír de un modo espontáneo y nervioso...

Basta. Lo cierto es que no creo en la caballerosidad más que en ninguna otra cosa, pero no pienso seguir. Basta con decir que pronto fuimos capaces de cometer un jubiloso adulterio. Al concluir, fumamos y charlamos.

—¿Y Harrison? —pregunté.

—No hay problema.

—¿No hay problema?

—No.

—¿Por?

—No le importa.

—¿No le importa o no le importará?

—No le importa.

—¿Lo sabe? —pregunté con incredulidad.

—Le parece bien.

—¿Es que no os queréis?

—Claro que sí —dijo ella—. No seas bobo.

—¡Joder!

—Lo hemos hablado —me explicó, otra vez avergonzada—. Harrison piensa maravillas de ti, y yo también. No vemos por qué una mujer no va a poder hacer el amor con alguien que le guste mucho, sólo por placer, sin que eso suponga muchas complicaciones. ¿Tú?

—Yo tampoco, desde luego —dije de inmediato.

—Era lo que nos parecía —dijo ella. Yo sentía cada vez más curiosidad, y algo de asombro—. Harrison y yo nos queremos de una manera absoluta —continuó Jane, hablando con mucha solemnidad y rascándose una picadura de mosquito que tenía en la pierna—. Tanto que ninguno de los dos podría ponerse celoso jamás. Si pensaras por un momento que no lo quiero por lo que he hecho, me moriría.

—Qué tontería —le aseguré con la misma solemnidad—. Lo entiendo todo.

—Gracias a Dios. —Suspiró y apoyó la cabeza sobre mí—. Lo hemos hablado durante mucho tiempo. A mí me daba un miedo terrible. Todavía no sé si debería haberlo hecho, pero Harrison es genial. Es tan objetivo.

—Yo te quiero desde la primera vez que te vi —le dije, y aunque pretendía que sonara convincente, la solemnidad de la frase me hizo sonrojarme.

—Me gustaría que no dijeras eso —dijo Jane—. No creo que tenga por qué haber nada de amor en esto. A mí me gustas mucho como amigo, Toddy, pero eso es todo.

—Para mí no.

—Lo digo en serio —dijo ella—. Me ha gustado hacer el amor contigo, y espero que a ti también te haya gustado. Eso ya es bastante, me parece a mí; no hace falta falsificarlo con un toque romántico.

—Estoy de acuerdo, si eso es lo que quieres —dije tranquilamente—. Has estado increíble; eres la mejor del mundo.

Entonces ella se puso muy contenta. Fue a la nevera a por cerveza —me di cuenta de que había por lo menos veinte kilos de hielo ahí dentro— y cuando fui tras ella, la abracé con fuerza y le besé el cuello, empezó a reírse y me cogió las manos y me las apretó aún con más fuerza contra su cuerpo.

—No sé si voy a poder mirar a la cara a Harrison —dije para satisfacerla.

—Pero no tienes que avergonzarte, Toddy. Él tiene una actitud genial al respecto. Tenía tantas ganas de que pasara como yo. De verdad piensa que eres estupendo.

—Es una persona increíble —dije. Ella parecía temer que yo no apreciara lo maravilloso que era Harrison—. Es un auténtico santo.

—Te admira mucho.



Me dio la espalda para abrir la cerveza.

—Pero él es mejor que yo en todos los sentidos —le dije al calendario que había en la pared—. ¿Cómo voy a poder devolverle esto?

Bueno, confieso que ésa era una pregunta capciosa; como abogado que soy, me interesaba averiguar hasta qué punto Harrison había animado a su esposa para que se acostara con su amigo.

—No espera que le devuelvas nada —me aseguró ella—. Yo tampoco lo espero, ¿sabes? No tienes por qué sentirte obligado a nada, Toddy. La cuestión es no darle demasiada importancia; fue sólo por placer, eso es todo.

—De todas maneras, no me puedo creer que un hombre logre seguir siendo amigo de otro después de algo así —dije sin mucha convicción.

—¡Te juro que vas a seguir cayéndole bien, Toddy! —gritó Jane con demasiada vehemencia para tratarse de alguien que había decidido tomarse a la ligera todo aquel asunto—. ¿Qué puedo hacer para convencerte? ¡En serio, fue idea suya tanto como mía!

Negué con la cabeza para indicar bien las dificultades que cualquiera tendría para comprender una situación tan poco ortodoxa, o bien el asombro que un mortal común y corriente, irreflexivo e irresoluto como yo había de sentir necesariamente ante una generosidad tan santa como la de Harrison Mack.

—Alegra esa cara —me dijo Jane, sonriente, y me dio un beso en la nariz mientras me pasaba mi cerveza. Yo estaba seguro de que mi actitud había sido la mejor posible. Ella controlaba la situación, me protegía y me daba ánimos. Un tanto cohibida, pero aparentemente para que yo la viera, se deshizo de la bata que llevaba y empezó a ponerse ágilmente el traje de baño que se había quitado para venir a buscarme. El espectáculo, supuse, formaba parte del regalo de San Harrison. Era un espectáculo magnífico, y lo disfruté mientras me tomaba la cerveza.

Cuando me tranquilicé un poco tras el impacto por haber sido seducido, me senté en una vieja mecedora que había en el pequeño porche vidriado para contemplar el Choptank a través de los pinos. Apareció Jane, me sonrió como diciendo «Por favor, no te preocupes; te juro que a Harrison le parece bien» y atravesó el jardín y llegó hasta el muelle donde estaba el velero. La observé con agrado mientras achicaba el agua, lavaba el casco y la cubierta con una esponja y anudaba la vela mayor y el foque a sus mástiles. Lo hacía todo con gracia y eficacia, provocando mi deseo. Negué con la cabeza, perplejo ante todo aquel asunto.

Oí llegar el coche, y un momento después entró Harrison por la parte de atrás de la casa. Hizo mucho ruido al guardar el innecesario hielo, y al cabo de un rato salió al porche, me pasó otra cerveza y se sentó en la mecedora. Por supuesto, estaba avergonzado, y dio un espectáculo un tanto exagerado, aunque no era ésa su intención: al encender su cigarrillo y el mío, al dar largos tragos a su cerveza, al estirar las piernas, al suspirar, al bostezar. No había duda de que sabía perfectamente que me había acostado con su mujer. Evitamos mirarnos y mirar a Jane, cuyo esbelto

cuerpo se encontraba ante nosotros. Sonreí ante la idea de que Harrison se sacara una pistola de debajo de la camisa y me liquidara de tres balazos. Empecé a acordarme de todas las consecuencias violentas de adulterios que había oído en tanto abogado y lector de tabloides. ¿Esa hospitalaria prostitución era algo nuevo o simplemente algo de lo que yo nunca había oído hablar?

—Bueno —dijo Harrison en voz baja, con un tono que me pareció que quería ser cordial—, podemos guardar silencio al respecto, como caballeros, o hablar de ello con franqueza, como yo quisiera, para asegurarnos de que nos entendemos.

—Claro —dije yo, y empecé a quitarle la etiqueta a mi botella de cerveza.

—Hace muy bien el amor, ¿verdad? —me preguntó Harrison con una sonrisa.

—¡Pues sí, desde luego! —dije.

Hubo un silencio, pero Harrison apenas permitió que durara un instante.

—Quiero que sepas que por mi parte no hay ningún problema, Toddy —dijo, todavía con un tono de voz que no resultaba natural—. Me pareció igual de bien que a Janie. A ella le caes muy bien, ¿sabes?, y a mí también. Creo que tuvo una idea genial.

Ahora estaba seguro de que había sido idea de Harrison.

—Janie y yo nos queremos de una manera absoluta —continuó, deseando que yo le echara una mano—. No somos tan estúpidos como para que nos afecten los celos o los convencionalismos. *[Pausa]*. Uno puede sentir una atracción sexual al margen del amor. A los dos nos gusta hacer el amor. *[Pausa]*. Si yo me sintiera atraído por alguna chica, Janie no sería tan boba como para negarse a que yo me acostara con ella, porque sabe que eso no tendría nada que ver con el amor.

—Por supuesto que no —dije.

—Es como jugar al tenis —dijo Harrison, soltando una carcajada—. Es divertido y un buen ejercicio. Hay tipos que se pondrían celosos si su esposa jugara al tenis o bailara con otro hombre. La verdad es que a mí me parece que los besos son un agravio mucho peor que hacer el amor, porque no son divertidos en sí mismos, sino un símbolo de otra cosa.

Yo negué con la cabeza tratando de parecer asombrado.

—No te sientas en deuda —dijo Harrison, y volvió a reírse—. Por el amor de Dios, no me des las gracias por nada. Limítate a disfrutarlo. La cuestión es no darle demasiada importancia. No hay que exagerar.

Bueno, yo no estaba dándole ninguna importancia.

—¿Acaso ha supuesto algún cambio para alguno de los tres? —continuó.

—Sí, para mí —dije solemnemente. Me parecía evidente que, se diera cuenta o no, Harrison quería que yo le diera las gracias y considerara que estaba en deuda con él, así que decidí hacerlo sentirse muy bien.

—Ah, claro —dijo con una sonrisa—. Pero ya sabes a lo que me refiero.

—Pero tú no sabes a lo que me refiero yo —le dije—. Ha sido mi primera vez.

—¿Qué?

—Eso. —Me quedé mirando fijamente mi botella de cerveza. Ya había terminado de quitarle la etiqueta—. Era virgen.

—¡No! —susurró, dándose cuenta de que no podía burlarse de una cosa tan importante—. ¿Cuántos años tienes? ¿Treinta?

—Treinta y dos —dije—. Tuve problemas de próstata durante mucho tiempo.

Harrison miró hacia donde estaba Jane, que regresaba hacia la casa desde el muelle.

—Vaya —dijo—. Espero que no hayamos hecho algo que no te gustara.

Estaba sumamente impresionado y halagado.

—No —dije yo—. Estuvo muy bien, Harrison. Desde luego, no tengo con qué comparar.

—A ver, escucha —dijo rápidamente, pues Jane ya se acercaba—. Por el amor de Dios, no te sientas en deuda conmigo. Pensé que era una idea genial. Lo hice —lo hicimos— porque nos caes bien. Y ni se te ocurra —he oído hablar de gente así—, ni se te ocurra que soy un tipo de esos que tienen que quitarse de encima a su esposa pasándosela a sus amigos.

—Por supuesto que no.

—Bueno, aquí viene Janie —dijo, aliviado—. Ahora alegre esa cara. Y por el amor de Dios, no te sientas en deuda.

—Vale —le dije.

Aquella tarde había bastante brisa y los tres nos quedamos en silencio. Por mi parte, me dediqué a mirar fijamente a la nada, como si estuviera sumido en mis pensamientos. Harrison y Jane dieron por hecho que estaba meditando sobre eso tan maravilloso que me había sucedido, y se sentían halagados e incómodos, y hablaban con un tono de voz eufórico sobre cualquier tontería. Harrison, me di cuenta, estaba deseoso de contarle a Jane que yo era virgen. Ambos se comportaron de un modo muy protector y mostrando una exagerada consideración hacia mis sentimientos: se trataba, puedes creerme, de una generosidad verdadera y total por parte de los Mack, que me hacía sonreír interiormente; no había en ella nada falso, salvo sus manifestaciones, y esa falsificación se debía a lo tenso de la situación, cosa que yo empeoraba con mi prolongado silencio. Me daba cuenta bastante bien de adónde conducía todo aquello.

¿Puedo explicarlo?

En realidad, Harrison y Jane eran personas bastante comunes, sólo que un poco más inteligentes y mucho más atractivas y ricas que la mayoría. Tenían pocos amigos, por elección propia, pues preferían tener una relación íntima con una o dos personas. No había nada afectado en la calidez de Jane —tenía una disposición natural a mostrarse cariñosa— y la inteligencia de Harrison, aunque un tanto desorientada y no demasiado aguda, era capaz de convencerlos a ambos de que la mayor parte de las convenciones sociales son arbitrarias. Sin embargo, yo conocía a Harrison lo bastante bien como para saber que sus emociones estaban con frecuencia en desacuerdo con su

inteligencia —se daba cuenta de la irracionalidad de los prejuicios raciales, por ejemplo, pero no lograba que le cayeran bien los negros— y supuse que Jane tendría conflictos similares. Sin duda habían pensado durante mucho tiempo en aquella jugada, los dos muy excitados ante la aventura; quizá lo hubieran debatido en la cama, en la oscuridad, donde no se notaría lo avergonzados —o ansiosos— que estaban. Tampoco querían dar una impresión de excesivo entusiasmo, supongo, por miedo a despertar sospechas en el otro: que Jane estaba insatisfecha o Harrison era un perverso, nada de lo cual era cierto. Estoy seguro de que habían planeado hasta el último detalle, disfrutando del acto antes de que tuviera lugar, imaginándose mi sorpresa y mi gozo, además de mi gratitud. Harrison me caía realmente bien, y por ese motivo lamentaba que hubiera iniciado aquella aventura, ya que podía prever que tendría ciertas consecuencias desagradables. Pero ya estaba hecho: Jane sería oficialmente mi amante durante un tiempo —estaba seguro de que volvería a buscarme— y decidí disfrutarlo mientras durara, porque ella era todo lo que un hombre, tímido o no, podía querer en una compañera de cama.

Éstas fueron las cosas que pensé mientras virábamos alrededor de Todd Point y nos dirigíamos hacia Sharp's Island. Jane estaba al timón —era una timonel excelente, por supuesto—, yo me encargaba del foque y Harrison yacía de espaldas en la sentina, al lado de la orza de sable, con los pies echados hacia delante, sujetando la escota de la vela mayor con una mano y un cigarro con la otra, charlando con Jane, en cuyos pies desnudos apoyaba la cabeza. Nadamos un rato cuando llegamos a la isla, nos picaron las ortigas de mar, hablamos otro rato de política y nos fumamos unos cigarrillos. Al cabo de un rato, aduje que estaba cansado y me acosté a dormir sobre una manta que puse en la arena. Jane y Harrison dijeron que iban a dar la vuelta a la isla.

Llegó el momento en que sentí su mano, pero la había oído regresar por la playa, de modo que en esta ocasión no perdí nada de hombría debido a la sorpresa. Tiré de ella de inmediato, la hice acostarse a mi lado y la besé.

—¿Dónde está Harrison? —le pregunté.

—Al otro lado de la isla —dijo ella, y ya le había quitado medio bañador antes de que pudiera explicarme—: Está recogiendo leña. Vamos a los árboles —añadió, un poco nerviosa—. Desde Cook's Point nos pueden ver con unos gemelos.

—No importa —le dije—. Hazme este favor.

—No digas eso —dijo ella.

Harrison volvió cuando estaba oscureciendo, arrastrando un atado de leña, y nos encontró sentados en la manta, vestidos y charlando. No parecía tan animado como antes, y se puso a encender el fuego en silencio; su espalda arqueada me acusaba de dejarlo hacer todo el trabajo. Lo dejé hacer todo el trabajo. Siguió taciturno durante el resto de la tarde y el regreso a la casita. Jane hizo un par de intentos de mostrar alegría, pero optó por guardar silencio cuando vio que él no reaccionaba. Yo los

observaba benévola, preguntándome qué habría pasado con la objetividad de ambos.

Al día siguiente, ese estado de ánimo había desaparecido, reemplazado por la alegría habitual en Harrison; pero su existencia, aunque breve, era, pensé, un indicio de que había algunas rendijas en la coraza del santo. Desde luego, tengo la tendencia a encontrarle significado a cualquier cosa.

«Fue sólo por placer, eso es todo», me había dicho Jane.

«Uno puede sentir una atracción sexual al margen del amor», me había dicho Harrison.

—La verdad es que te quiero, en cierto modo —me dijo sin embargo Jane, una semana más tarde, en mi habitación—. No de la misma manera en que quiero a Harrison, pero es más que una mera amistad, y así hacer el amor es más divertido, ¿no?

—Por supuesto —dije yo.

—Una mujer puede querer a dos o más hombres de la misma manera al mismo tiempo —afirmó Harrison después de eso, una noche, cenando en su casa—, o de distintas maneras al mismo tiempo, o de la misma manera en momentos distintos, o de distintas maneras en distintos momentos. La idea del «amor único y para siempre» es muy convencional.

—Por supuesto —dije yo.

No es que estuviera siendo especialmente hipócrita, sin embargo no mucho antes hubiera admitido sin ningún problema que el amor es separable de la cópula, y la cópula del amor. La verdad es que aunque sabía muy bien lo que era y cómo era la cópula, nunca había comprendido del todo lo que es y cómo es el amor. ¿Es que las diferencias entre, por ejemplo, el amor que uno siente hacia su esposa, su amante, sus padres, sus gatos, su nación, sus aficiones, su especie, sus libros y su entorno natural son diferencias de clase o meramente de grado? Si son de clase, ¿dichas clases pueden definirse de un modo inteligible? Si son de grado, ¿la definición necesariamente general que pueda abarcarlas todas es tan general como para carecer de sentido? ¿Esto es un hecho natural, como la sed, o un invento de la civilización humana? Si está enamorado quien simplemente decide decir «Estoy enamorado», entonces yo no conocía el amor, pues aunque hubiera dicho «Estoy enamorado» con frecuencia, siempre se lo había dicho a mujeres que esperaban oírlo, nunca a mí mismo. En cuanto a la cópula, sea entre seres humanos o entre otro tipo de animales, me hace sonreír.

A pesar de lo cual, podía asentir sin empacho ante los dos conjuntos de proposiciones de los Mack, pues sólo hablan de «una persona», no de todo el mundo; ¿quién era yo para decir si «una persona» puede o no puede separar el amor de la cópula, cuando yo no comprendía el amor? ¿O que «una persona» puede o no puede querer a muchas otras al mismo tiempo, cuando yo no comprendía el amor? Asentir, incluso simultáneamente, ante proposiciones contradictorias nunca me ha perturbado

demasiado, y las de los Mack ni siquiera eran simultáneas. Nunca me ha interesado la verdad o falsedad de las afirmaciones.

Lo que sí me interesaba, cuando lo pensaba, de vez en cuando, durante las semanas siguientes, era el hecho de que los Mack hubieran cambiado tanto de opinión, ya que eso encajaba con mis especulaciones sobre el curso que tomaría aquella aventura. Apenas me consideraba involucrado en ella: sentía curiosidad por la personalidad de Harrison y, en menor medida, por la de Jane. Cuando regresé a casa, tras ese fin de semana de agosto en que perdí la castidad, estuve haciendo algunas conjeturas y complementándolas con notas. He aquí uno de los esquemas que escribí sobre el proceso psíquico de Harrison.

### *Ante coitum felix*

- I. Deseo de aventura.
- II. Excitación ante la idea de sexo extramarital.
  
- III. Renuencia a proponerle la idea a la esposa.
- IV. Cariño por el amigo: surge la idea de sexo extramarital entre la esposa y el amigo.
- V. Excitación ante la idea.
- VI. Análisis objetivo con la esposa de los celos, el adulterio, etc.
- VII. Planificación de la aventura entre la esposa y el amigo.

### EL ACTO

- VIII. Objetividad desesperada: «¡No te sientas en deuda!».
- XI. Verdadera lucha contra los celos, pese a la tolerancia intelectual. Demandas poco habituales de cariño a la esposa.
- X. Mal humor porque la esposa disfruta la aventura, y negativa a que la cancele.
- XI. Insistencia en que la esposa continúe la aventura con el amigo, y celos crecientes cuando lo hace.
- XII. Arbitrariedad salvo cuando la esposa pregunta qué le pasa; entonces alegría y objetividad, necesariamente, o la esposa pondrá fin a la aventura y el azar, convirtiéndose en mártir.

Las fases que van desde la I hasta la X, si no hasta la XII, son puramente históricas; las inferí con gran facilidad en el momento de escribir la lista. Pero continué de la siguiente manera:

### *Post coitum triste*

- XIII. La esposa, para sentirse más tranquila, decide que quiere al amigo «en cierto modo».
- XIV. El marido duda de que el amigo aprecie su inmensa fortuna.
- XV. Tanto el marido como la esposa empiezan a mostrarse más demandantes con el amigo; él es de su propiedad. Celosos de él, si no de ellos mismos.
- XVI. Quiere declaración de amor por parte del amigo.
- XVII. El amigo se niega; la amistad se enfría.
- XVIII. Fuerte aversión hacia el amigo por su ingratitud.
- XIX. Suspensión de la aventura.
- XX. Período de silencio mutuo. El marido y la esposa se quieren más que antes, como mecanismo de defensa.

Hasta ahí podía ver con alguna certeza, pero a partir de ahí esboqué unos cuantos rumbos que podía tomar aquel asunto.

- I. Distanciamiento permanente (probable).
- II. Reanudación de la aventura en las condiciones originales (bastante posible).
- III. Reanudación de la aventura por parte de la esposa, contra la voluntad del marido (muy dudoso).
- IV. Reanudación de una relación afectuosa y limitada, sin más sexo (bastante posible).

Hice otros esquemas durante los siguientes días, pero éste, al menos hasta la fase xx, resultó ser el más preciso. En primer lugar, como ya he mencionado, cuando los cuernos de Harrison llevaban unos cuantos días en su frente, Jane y yo logramos hacerlos crecer un poco más; si fue por instigación de él o no es algo que sólo puedo suponer. Yo había vuelto a mi habitación para echarme un rato después de comer, como ya entonces era mi costumbre. Ella me estaba esperando, y no mucho después me dijo:

—La verdad es que te quiero, en cierto modo. No de la misma manera en que quiero a Harrison, pero es más que una mera amistad, y así hacer el amor es más divertido, ¿no?

—Por supuesto —le dije yo.

Estaba sentado al borde de la cama. Ella estaba de pie, justo enfrente de mí. Me pareció que deseaba que le dijera que la quería.

—Te quiero —dije. Tenía razón; era lo que deseaba oír.

La aventura siguió viento en popa durante un año, más o menos. Janie empezó a quedarse a dormir en mi habitación todos los martes y viernes —¡era estupendo tenerlo programado de ese modo!— y Harrison pasaba a verme por el despacho al

menos un par de veces al día. Insistían en que cenara con ellos todas las noches, y Harrison llegó a proponerme que me fuera a vivir con ellos.

—Podrías instalarte en tu antiguo cuarto —dijo—. Siempre me ha parecido que esa casa era de los Andrews y que los invitados éramos nosotros.

La alusión a mi antiguo cuarto, en el que había dormido desde los cero hasta los diecisiete años, me recordó cierta aventura, y solté una carcajada.

—No puedo evitarlo —dijo Harrison, sonriente y un tanto avergonzado.

—No, no, no es eso —dije con una sonrisa. Pero rechacé su propuesta, desde luego. ¡Qué cosa increíble! Y sin embargo, estoy seguro de que era un hombre mucho más viril que yo; ¡era sólo una cuestión de generosidad, lo juro!

Bueno, el asunto pronto empezó a escapársenos de las manos, como yo me había temido. Jane seguía siendo tan encantadora y diestra como siempre, pero era demasiado cariñosa, demasiado solícita. Harrison se puso a hacer planes para que los tres nos fuéramos de veraneo a las Bahamas. Durante una temporada, Jane habló vagamente de que yo me casara con alguna chica *inteligente*, pero pronto dejó por completo de mencionar el tema. Harrison también lo mencionó una vez, dando a entender que los cuatro viviríamos como una familia feliz. Todo esto era debido al excesivo amor que me tenían. Había llegado el momento de tomar medidas.

Una vez, Harrison pasó por mi despacho cuando yo estaba preparando una demanda *a vinculo matrimonii* para Dorothy Miller, una rolliza chica negra de dieciocho años que pescaba cangrejos para una marisquería. Era una chica sin ninguna educación, amiga mía, y estaba divorciándose de su marido, un tal Junior Miner, con quien había estado casada un mes y que la había abandonado. La piel, los dientes y los ojos de Dorothy eran magníficos. Mascaba chicle ruidosamente. Nuestra relación era platónica.

—Hola, Harrison —lo saludé—. Ésta es Dorothy.

Dorothy sonrió e hizo un ruido con el chicle a modo de saludo.

—¿Cómo está usted? —dijo Harrison sin apenas fijarse en ella—. ¿Vienes a comer, Toddy?

Últimamente me había estado llevando a comer a la parte alta de la ciudad.

—En unos minutos —dije—. Dorothy se está divorciando de su marido y yo le llevo la demanda.

—Vaya.

Se sentó en una de las sillas, se encendió un cigarro y se dispuso a leer una revista.

Eché un vistazo a la sala de espera. La secretaria ya se había ido a comer.

—Es pobre —continué—, así que me paga en especie.

Harrison pegó un respingo como si le hubiera dado una bofetada, se sonrojó muchísimo y me miró con una sonrisa torcida.

—¿Estás de broma?



Miró disimuladamente a Dorothy, que, al oír lo que yo había dicho, se había tapado la boca con la mano para evitar que se le escaparan la risa y el chicle.

—Pues no —dije, sonriendo—. Estoy mejorando un montón en estas cosas, ¿verdad, Dorothy?

—Lo que usted diga, señor Andrews —dijo Dorothy, soltando una risita. Era una broma divertidísima.

—¡Joder, Toddy! —dijo Harrison, sin poder contener una carcajada ansiosa.

—De hecho —dije, yendo hacia ella—, creo que le voy a pasar la cuenta ahora mismo.

Dorothy se reía y se tocaba el pelo. Pero se levantó de su silla sin vacilar, se sacudió la falda con energía y se quedó frente a mí.

—¡Ay, Toddy! —refunfuñó Harrison, poniéndose en pie.

—Discúlpame —le dije—. Ve yendo tú a comer y yo iré en un momento.

—¡Joder, Toddy! —exclamó, horrorizado y espantado—. ¡Hasta luego!

Salió del despacho lo más rápido que pudo, sudando debido a la humillación y la vergüenza. Yo me dirigí a la ventana y vi cómo se marchaba calle arriba a toda prisa.

Dorothy, entretanto, me miraba en busca de una explicación.

—¿Qué hace, señor Andrews? —preguntó, entre risitas.

No recuerdo lo que le contesté, pero estoy seguro de que Dorothy se rio de lo que fuera, ya que pensaba que estaba loco. Después me reuní con Harrison.

—¡Joder, Toddy! —dijo mientras comíamos, quizá por tercera vez—. ¡Yo me sentiría un miserable!

Se estaba disculpando por lo que temía que yo considerara mojigatería, desde luego, y quizá incluso repreniéndose por haber dejado pasar la oportunidad de no serlo; pero me di cuenta de que, sobre todo, se sentía profundamente insultado.

—No soy racista, pero no podría tener nada con una chica negra —dijo, pero lo que realmente pensaba era: «Nos has sido infiel a Jane y a mí; te has deshonrado y nos has deshonrado con esa guarrilla negra».

—¿Tienes costumbre de hacer eso? —me preguntó.

—Hay quien paga con huevos —dije alegremente—. Pero ¿cuántos huevos puede comerse uno?

—Joder, Toddy.

—¿Qué pasa, hombre? —dije, y me eché a reír—. ¿Es que no quieres que ponga en práctica todo lo que he aprendido?

—Puedes hacer lo que quieras, claro —dijo Harrison—. Te lo he dicho desde el principio.

—Joder, Harrison, tú sabías que no era virgen, y Jane también. ¿Qué creéis que he estado haciendo durante treinta y dos años?

Pero, por supuesto, no lo sabían; estaban dispuestos a creerse cualquier cosa que les contara. Harrison empezó a negar con la cabeza. No podía hacer nada más. Se le habían pasado las ganas de comer.

—No deberías tomarte las cosas tan en serio —le dije, muy animado—. Lo mires como lo mires, todo lo que hacemos es ridículo. —Volví a reírme, como hago cada vez que recuerdo lo que sucedió en mi habitación cuando tenía diecisiete años.

—La amistad no es algo ridículo —dijo Harrison, tremendamente emocionado—. No entiendo por qué has decidido hacernos daño a Jane y a mí.

—La amistad puede ser ridícula o no —dije yo—, pero desde luego es imposible.

—No, no lo es —dijo Harrison. Me pareció que estaba a punto de llorar, lo cual resultaba ridículo en un tipo robusto como él—. Sólo me gustaría que no nos hubieras hecho daño. No había ningún motivo. No estoy enfadado. Sólo me gustaría que no lo hubieras hecho.

—Qué tontería —dije—. Yo no he prometido nada.

—¿Piensas que el amor es ridículo? —me preguntó Harrison.

—Todo es ridículo.

—¿Por qué mientes diciendo que eres virgen? No había ningún motivo.

—Te lo merecías, por desear oírlo y por sentirte satisfecho al oírlo.

Harrison estuvo a punto de desplomarse sobre la mesa. Me pareció que lo había dejado sin fuerzas.

—No te importamos nada —afirmó sin esperanza.

—¡Vamos, hombre, esto es humillante! —dije—. ¿Qué importancia tiene nada? Claro que estaba actuando, pero lo que queráis era una actuación. ¿Cómo crees que se habría sentido Jane si le hubiera dicho la verdad? Estoy de tu lado.

—Anda ya —masculló Harrison. Estaba tan enfadado que se levantó y se marchó del restaurante. Incluso me dejó con la cuenta.

Era martes, y había bastantes probabilidades de que Jane estuviera en mi habitación, esperando a que volviera para echarme la siesta. Me tomé mi tiempo y me di un paseo hasta Long Wharf antes de regresar al hotel, para que Harrison tuviera tiempo de rescatarla de mis garras. Cuando al fin entré en mi cuarto, no encontré a nadie, pero me pareció detectar en el aire el olor de su piel. Quizá fuera mi imaginación. Solté un suspiro y, por primera vez desde aquel fin de semana de agosto, me relajé de verdad. Era una pena: los Mack eran muy simpáticos, e iban a pasar un mal día.

#### 4. LA CONFESIÓN DEL CAPITÁN

Bueno, ¿qué estaba haciendo? Creo que no expliqué por qué en 1937 Jane había vuelto a mi cama, ¿verdad? En fin, concluiré esa historia más adelante, cuando vayamos avanzando: ya llevo mucho tiempo sin apartarme de la trama. Un momento: al mirar atrás, veo que el único objetivo de la digresión era explicar por qué yo era incapaz de sentir un gran amor por la gente, o al menos un amor solemne. Y veo que todavía no lo he explicado, en realidad. ¡Por Dios! Me temo que la segunda mitad de este libro consistirá exclusivamente en todas esas explicaciones que he prometido y pospuesto. Pero ahora olvidémonos de todo eso y llevémosle al capitán Osborn su vaso de whisky de centeno, que he estado sujetando todo este rato, antes de que se muera de sed y de viejo.

Muy bien: salí de puntillas de mi habitación, para no despertar a Jane, que tiene el sueño ligero, y le llevé al viejo granuja su bebida, que se pimpló sin demora mientras soltaba babas y bufidos.

—Ah, hijo, es usted un buen chico —dijo al terminar, sonriendo. Su rostro ya estaba recuperando el color—. Si va a salir, me gustaría ir con usted, cogido de su brazo.

El señor Haecker había estado escuchándonos con indiferencia todo el tiempo. Esa mañana parecía más nervioso y preocupado que de costumbre, y —juro que esto no se me ha ocurrido *a posteriori*— en ese mismo momento tuve la impresión de que aquel 21 o 22 de junio iba a ser un día tan trascendental para él como para mí.

—Voy a salir ahora mismo, capitán —dije. El capitán Osborn se puso en pie resoplando y vino cojeando hacia mí para cogerse de mi brazo y que lo ayudara a bajar las escaleras.

—¿Usted no sale hoy, señor Haecker? —pregunté.

—No, hijo —dijo el señor Haecker, y soltó un suspiro. Parecía que iba a decir algo más; que, de hecho, ese «algo más» le estuviera llenando la cabeza hasta casi hacérsela explotar. Me lanzó una mirada terrible, de pánico absoluto; no la he olvidado. Esperé un momento a ver si añadía algo—. No —volvió a decir el señor Haecker, esta vez inexpresivamente, y se levantó para regresar a su habitación.

Entonces el capitán Osborn y yo salimos y comenzamos el lento descenso de las escaleras. Intenté ser consciente de cada escalón que bajaba, pues me sentía muy sensible hacia las maravillas de aquel día; hacia mi nueva y definitiva respuesta, y hacia mi estupidez, que se manifestaba en el hecho de que no se me hubiera ocurrido hacía años.

Pero no soy un pensador y nunca lo he sido. Mi pensamiento siempre va después de los hechos, es el efecto de mis circunstancias, y nunca al revés.

«Éste es el escalón número nueve», me dije. «¿Verdad que es un buen escalón? Éste es el escalón número diez, si vas hacia abajo, o dieciocho, si vas hacia arriba.

¿No es magnífico? Éste es el escalón número once, o diecisiete...». Y así sucesivamente. Había mucho tiempo para disfrutar las virtudes particulares de cada escalón gracias a la cojera del capitán Osborn. Me lo estaba pasando muy bien.

En el escalón número diecisiete yendo hacia abajo, o en el once yendo hacia arriba, el capitán Osborn me pellizcó el brazo, el que lo sujetaba, y soltó una risita suave.

—¿Qué tal anoche, Toddy?

Lo miré, sorprendido y divertido.

—¿Qué?

El capitán hizo un esfuerzo para evitar reírse.

—No se creerá que un perro viejo y cotilla como yo no se va a enterar de las cosas que pasan, ¿no? —dijo, dándome un codazo. Incluso me guiñó un ojo.

—¿Es usted un viejo pervertido! —dije sonriendo—. ¡Qué cabrón! ¡Seguro que ha escuchado delante de mi puerta!

—No, hijo, es que esas cosas las oigo muy bien. ¡Caramba! No se piense que me molesta, hijo. Yo me pasaría la vida con una en la habitación si no estuviera casi muerto.

No dije nada; me limité a preguntarme por qué me hablaba de ello.

—Ya hace una buena temporadita que los oigo, a usted y a ella —dijo, muy serio pero con los ojos brillantes—. Es una chica muy guapa, y tiene pinta de retozona. Ya sabrá cómo va esto cuando sea viejo.

—¿Cómo va?

El capitán Osborn soltó un resoplido y me dio un puñetazo en el hombro.

—Pues mire, Toddy, ya no podía seguir escuchándolos sin que usted lo supiera. No me parecía justo. Algunas noches incluso he dejado la puerta de mi habitación abierta. Ya ve lo depravado que soy. Piense lo que quiera. Yo se lo he contado y me he quitado un peso de encima.

Parecía verdaderamente aliviado. Desde luego, también estaba un poco borracho.

—¿Cuánto tiempo lleva escuchándonos? —le pregunté—. ¿Desde 1932?

—Casi, joder —admitió el capitán Osborn con aire sombrío—. Pero le juro que nunca he hecho nada más que dejar la puerta abierta. No me importa, Toddy. Puede odiarme si quiere.

Ya no se atrevía a mirarme a los ojos. Estaba tan avergonzado que no era capaz de hablar. Nos encontrábamos casi al pie de la escalera.

—Entonces le parece que tiene pinta de retozona, ¿no?

El cambio en mi tono de voz le dio algo de valor, pero seguía sintiéndose mal.

—Yo he estado con un montón de mujeres, Toddy —me susurró solemnemente—. Mi mujer, que Dios se apiade de su alma, era una buena mujer, aunque no era ninguna belleza. Y un marino... bueno, se encuentra con muchas fulanas que siempre están merodeando alrededor de los barcos, dispuestas a ayudarlo a gastar su dinero. ¡Y algunas son tan alegres, además! Sobre todo para ser de pueblo. Pero también he

estado en la ciudad, y en las casas de lujo, no le voy a mentir. —Sonrió al acordarse, y después volvió a ponerse solemne—. Pero le juro por Dios, y que me haga añicos ahora mismo si le miento, que nunca en mi vida he visto a una mujer que le pudiera hacer sombra a esa chica suya, Toddy. ¡Es una belleza, se lo digo yo!

—Viejo verde —le dije al cabo de un minuto.

—No volveré a hacerlo, Toddy —dijo tristemente.

—Desde luego que no —dije, riéndome, y al instante recuperó el buen humor. Se me había ocurrido una idea buenísima, una idea de las que habría que tener todos los días. Ah, iba a ser un día trascendental y estupendo—. Que tenga un buen día, capitán —le dije cuando llegamos al vestíbulo—. Quizá luego vaya a visitarlo un rato. Ahora voy a pagar mi cuenta.

Pero el capitán Osborn todavía no estaba dispuesto a dejarme marchar. Se aferró a mi brazo y estuvo chupándose el bigote manchado de café durante un minuto, dándole forma a lo que quería decirme. Yo me quedé esperando respetuosamente, ya que no tenía ninguna prisa.

—¿Usted se cree esa bobada que ha dicho Haecker? —me preguntó al fin, con cierta suspicacia—. ¿Sobre lo estupendo que es hacerse viejo?

—No.

—Tengo el sueño ligero —dijo tras un momento, mirando la puerta de la calle, que estaba a mi espalda—. Algunos días no pego ojo en toda la noche, pero no me canso, o supongo que estoy igual de cansado todo el tiempo, duerma o no duerma. Uno se vuelve así con la vejez: no necesita dormir porque cuando está despierto no puede hacer nada que lo deje más cansado de lo que ya está. Un viejo oye lo que no debería oír y no oye la mitad de lo que sí debería. Lo he oído a usted con esa chica hasta que me han entrado ganas de ponerme a gritar, y lo habría hecho si no hubiera tenido toda la cabeza congestionada por el catarro y los pulmones ardiendo por la bronquitis y las articulaciones agarrotadas por el reuma, y me he maldecido a mí mismo por escucharlos, y no poder parar y quedarme tranquilo. Me he maldecido por no levantarme a cerrar la puerta, pero cuando uno es tan viejo, levantarse es toda una hazaña, y uno tiene que juntar fuerzas para hacerlo, y después uno se pasa el día esperando el momento de meterse otra vez en la cama, pero no puede dormir porque sabe que antes o después va a llegar la última vez en que uno se meta en la cama esa a la que tantas ganas tenía de volver a meterse. ¡No hay ninguna nana que lo haga dormir a uno, Toddy! Y cuando me levantaba y me iba hasta la puerta, pues ahí los oía todavía mejor, y me decía que ahí estaba ocurriendo algo que yo no volvería a hacer nunca en la vida.

Se detuvo para tomar aliento. Yo estaba sorprendido por su locuacidad.

—Bueno, mire, a lo mejor Haecker tiene razón; es mucho más listo que yo, pero le juro que yo no le veo ni una sola ventaja a esto de la vejez, joder. La sinusitis le tapa a uno la nariz de una forma que parece que se va a ahogar y hace que le lloren los ojos, y las piernas se duermen si uno se queda quieto, y duelen los huesos si uno

se mueve. Preferiría tener cuarenta años y encontrarme bien y ser tonto como un poste y poder trabajar que estar sintiéndome todo el día como si no estuviera del todo vivo, siempre con dolores, sonándome la nariz hasta que se me irrita y dándome golpes con el bastón en las piernas para que circule la sangre aunque fuera el más sabio del mundo.

—El señor Haecker no es más que un niño —dije con una sonrisa, encantado de oír hablar al capitán Osborn.

—No tiene más que setenta años y está fuerte como un roble —bufó el anciano—. Yo, a los setenta, habría dicho lo mismo si me hubiera parado a pensarlo. Pero no me paré a pensarlo hasta los ochenta. Y hoy en día le puedo decir que es una cosa horrible, lo de pensar en la muerte, y que preferiría estar ahogándome por la sinusitis, y no poder salir nunca más de la cama, y tener que usar una bacinilla y comer tostadas secas que estar muerto. ¡Se lo aseguro! Si alguien le dice que uno se va haciendo a la idea al envejecer, que sepa que le está mintiendo, y yo le digo ahora mismo que cuando me llegue la hora me voy a poner a maldecir y a gritar.

Bueno, siguió hablando en esa línea y recuerdo todo lo que dijo, pero por ahora basta del capitán Osborn; quizá no te gusten los viejos tanto como a mí. Cuando hubo terminado de decir lo que quería decir —y olvidado por completo, estoy seguro, aquello por lo que se estaba disculpando—, salió a la calle para ocupar su lugar en el banco de los holgazanes, donde se reunía con sus amigos para que les diera el sol. Creo que lo quería, si es que quería a alguien; para él, la muerte sería una pausa entre guiones en un monólogo inconexo y medio analfabeto, lo cual no está nada mal para la mayoría de la gente. Se engañaba y no se engañaba al respecto, de modo que en última instancia no se engañaba en absoluto, y por lo tanto no era necesario sentir ninguna pena por él. A mí me daba mucha más lástima —a mi estilo, es decir, sin involucrarme demasiado— el señor Haecker, con sus panegíricos de la vejez y su idea de la muerte como algo misericordioso, y no era difícil prever que algún día sufriría a causa de todo ello. Mientras tanto, debía dedicar toda su energía a apuntalar sus engaños y, además, hacerlo solo, ya que su intensidad y su pacatería no hacían que le cayera bien a la gente; Osborn, en cambio, bufaba y resoplaba y gruñía y escupía, y no conoció la melancolía en su vida.

Recordé mi pequeño plan y me dirigí a la recepción. Jerry Hogey, el gerente, estaba de turno. Era amigo mío, y gracias a su visión del mundo Jane había podido venir a mi habitación en cualquier momento del día, durante los últimos cinco años, a pesar de las normas del hotel. Le di los buenos días, como de costumbre, le pedí un papel de carta y le escribí una nota a Jane.

—Esto es para la joven, Jerry —le dije. Doblé la nota y se la entregué.

—Muy bien.

Entonces, como había hecho todas las mañanas desde 1930 (y sigo haciendo), expedí un cheque por un dólar y cincuenta centavos a nombre del hotel Dorset por el alojamiento del día.



## 5. UNA RAISON DE COEUR

Así es, pago la cuenta de mi hotel todos los días, y también me registro de nuevo cada día, a pesar de que el hotel ofrece unas tarifas semanales y mensuales e incluso trimestrales a los huéspedes que se quedan durante un tiempo. No es ninguna excentricidad, amigo, ni tampoco una señal de tacañería: tengo una razón excelente para hacerlo, pero es una *raison de coeur*, si puedo decirlo así: una razón del corazón y no de la cabeza.

Y por partida doble; literalmente. Escucha: once veces se contrajo el músculo de mi corazón mientras escribía las cinco palabras de la oración anterior. Quizá seiscientas veces desde que comencé a escribir este breve capítulo. Setecientos treinta y dos millones ciento treinta y seis mil trescientas veinte veces desde que me instalé en el hotel. Y no menos de mil sesenta y siete millones seiscientas treinta y seis mil ciento sesenta veces ha latido mi corazón desde un día de 1919 en que, en Fort George G. Meade, un médico del ejército, el capitán John Frisbee, me informó, durante el reconocimiento previo a que me dieran la licencia, de que cada débil latido de mi corazón enfermo podía ser el último. Este hecho —que, tras comenzar esta frase, pueda no vivir para escribir su final; que, tras haberme servido una copa, pueda no vivir para tomármela, o que dicha copa pueda ser saboreada por la lengua de un hombre vivo para caer en el estómago de un hombre muerto; que, al echarme a dormir, pueda no despertarme nunca, o que pueda despertarme para no volver a quedarme dormido— ha sido, durante treinta y cinco años, la condición de mi existencia, el principal hecho de mi vida: ya lo había sido durante dieciocho años, o quinientos cuarenta y nueve millones sesenta mil cuatrocientos ochenta latidos, el 21 o 22 de junio de 1937. Ésta es la inmensa pregunta, en sus miles de insignificantes formas (tras haber oído tic, ¿oiré tac? Tras haber servido, ¿podré volar? Tras haberme echado azúcar, ¿podré echarme crema? Tras sentir un picor, ¿podré rascarme? Tras aclararme la garganta, ¿podré hablar?), en busca de cuya respuesta se han orientado todos mis pensamientos y mis actos, todos mis sueños y mis esfuerzos. Tras haber dado con anterioridad con tres respuestas que no me sirvieron para resolver este problema, aquella mañana trascendental me había despertado con la clave para ponerle fin, sin dificultad alguna, gratis, así como así. Esta pregunta, el principal hecho de mi vida, es, lector, también el principal hecho de mi libro: la pregunta que, ya contestada pero todavía no explicada, contesta, lector, todo, y lo explica todo.

Bueno, quizá no todo, o por lo menos quizá no con claridad. No explica directamente, por ejemplo, por qué decidí y sigo decidiendo pagar mi cuenta a diario, todas las mañanas, en lugar de semanal o trimestralmente. No pienses, te lo ruego, que temo no vivir lo bastante y perder el dinero que he pagado por adelantado: habré perdido dinero muchas veces, pero nunca he temido perderlo. No tengo nada que ver



con la señorita Holiday Hopkinson, mi vecina nonagenaria y decana del Club de Exploradores de Dorchester, que compra los frascos más pequeños que hay de las pastillas de vitaminas que toma a diario —para ella, ése es el verdadero tamaño económico— y duerme vestida de la cabeza a los pies y con los brazos cruzados fúnebremente sobre el pecho, para causar, con su muerte, el menor problema posible. No, yo pago mi dólar cincuenta cada mañana para recordarme —¡si alguna vez se me olvidara!— que le estoy alquilando otro día a la eternidad, pagándole los intereses del tiempo que me ha prestado, reservando mi cama por si resulta que vivo para dormir en ella una noche más, o por lo menos el principio de una noche más. Esto me ayuda a ver las cosas desde un punto de vista adecuado, pues me recuerda que los planes a largo plazo, e incluso los planes a corto plazo, no tienen, al menos para mí, ningún valor.

Desde luego, nadie quiere vivir como si cada día pudiera ser el último, cuando hay ciertas posibilidades de que no sea más que el siguiente. Uno necesita, incluso cuando se encuentra en mi posición, algo para equilibrar la precariedad de una existencia que se organiza día a día, de una vida que se desarrolla a plazos. De ahí mi *Investigación*, la cual exigiría, aunque sólo fuera para preparar su comienzo, más vidas de las que necesitaría un budista perezoso para alcanzar el Nirvana. Mi *Investigación* es atemporal, en efecto; es decir, la llevo a cabo como si dispusiera de toda la eternidad para investigar. Y como los procesos en los que se insiste durante cierto tiempo tienden a convertirse en fines en sí mismos, a mí me basta con dedicarle una o dos horas de trabajo todas las noches después de cenar, sólo para sentirme un poco fuera del tiempo y distanciarme de los latidos de mi corazón.

Por lo tanto, empiezo cada día con un gesto de cinismo y lo termino con un gesto de fe; o, si prefieres, empiezo recordándome que, al menos para mí, las metas y los objetivos carecen de valor, y lo termino demostrando que ese hecho es irrelevante. Un gesto de temporalidad, un gesto de eternidad. En la tensión entre esos dos gestos he vivido toda mi vida adulta.

## 6. GALLETAS DE MARYLAND

Ahora ya conoces mi secreto, o una parte importante de él. Nadie más —salvo el doctor Frisbee, supongo— lo ha sabido nunca, ni siquiera mi gran amigo Harrison. ¿Para qué iba a contárselo? Nunca le conté que era un santo, y sin embargo él se convirtió en un santo poco después. Nunca le conté explícitamente que era un cínico, y sin embargo él hoy en día es un cínico, por lo que yo sé. Si le hubiera hablado de mi problema cardíaco, él habría tratado de procurarse también uno, y a mí no me hace especial ilusión hacer infeliz a nadie. No, ya hace mucho tiempo que aprendí que las enfermedades de uno son más agradables y más útiles si uno se guarda sus características exactas para sí: los amigos, ignorantes de la causa de la peculiar conducta y los extraños padecimientos de uno, le atribuyen un halo de misterio que con frecuencia resulta muy conveniente. Ni siquiera Jane sospechó jamás que tenía problemas de corazón, y aunque sabía bien —¡por tantas noches difíciles!— que algo iba mal, tampoco le conté nada de la infección en la próstata. Como resultado de esto, muchas veces se atribuía fallos en el coito que eran indiscutiblemente míos, y Jane — la orgullosa Jane— nunca es más encantadora o más deseable que cuando está contrita.

Basta: pagué la cuenta del hotel, pues, y salí a High Street justo cuando el reloj del edificio del People's Trust daba las siete. Ya hacía calor; el día prometía ser ardiente, como el anterior, con una temperatura y una humedad altísimas. Todavía había muy poca gente en la calle, y sólo de vez en cuando pasaba algún coche interrumpiendo el silencio. Crucé en diagonal contra el tráfico, hacia la esquina de la Iglesia Episcopal de Cristo, cuyas espléndidas piedras habían verdecido ligeramente, y desde ahí anduve por la acera izquierda de High Street hacia Long Wharf, comiéndome mi desayuno mientras caminaba.

Te recomiendo que te tomes tres galletas de Maryland con agua para el desayuno. Son tan duras como la conciencia de esos pescadores que emplean redes de arrastre, y tan secas como la lengua del operador de una draga, y te asientan el estómago por la mañana como el lastre en la frágil quilla de un barco. Cuestan poco, puedes llevarlas en los bolsillos con facilidad y sin que se desmigajen, y si te olvidas de ellas y se ponen rancias, no se ponen más duras ni se vuelven menos sabrosas que cuando estaban frescas. Es más, si te las comes a primera hora de la mañana y luego te fumas un cigarro, te dan una sed de cangrejero, una sed tal que ni toda el agua de una profunda marea muerta puede saciar; y nadie, creo yo, negará las maravillas que obra el agua en las entrañas por la mañana. Galletas de Maryland, amigo: amasadas sobre un tocón aserrado, golpeándolas con el mango de un hacha, detrás de una cocina de campaña; realmente se necesita un sistema esclavista, supongo, para hacer unas buenas galletas de Maryland, pero hay una mujer de color, junto al arroyo, que vive al lado del constructor de dragas... Si, como a un condenado, se me hubiera permitido

elegir un alimento de entre todos los que existen para mi último desayuno, no habría optado por ninguna otra cosa.

Hay pocas cosas estables en el mundo. Tu estómago, lector, lastrado por la mañana con tres galletas de Maryland, será estable.

High Street, por donde iba caminando, no se parece a ninguna otra calle de Cambridge, ni de la península. Es un bulevar amplio y plano, ligeramente peraltado con unos ladrillos amarillos puestos de canto, que avanza graciosamente desde la Iglesia de Cristo y el juzgado hasta Long Wharf, el parque municipal, situado a dos majestuosas manzanas de distancia. Uno tiene la tentación de describirlo como lleno de mansiones hasta que lo observa en invierno, cuando el suelo se encuentra cubierto de hojas y los árboles están delgados y sombríos como horcas. Hay algunas mansiones —dos o tres—, pero casi todas las casas son grandes y poco elegantes. Lo que hace de High Street una calle encantadora son los árboles y la propia calle. Los árboles son enormes: robles y álamos que crujen y susurran altivamente sobre tu cabeza como gallardetes en lo alto de imponentes mástiles; que cuando se llenan de hojas convierten las casas más humildes en mansiones; que estrían en el cemento de las anchas aceras con la ociosa tensión de sus raíces. Una avenida con ladrillos amarillos puestos de canto es el único pavimento que merece tales árboles y, como ellos, dignifica todo lo que hay a su alrededor. Los automóviles pasan sobre esos ladrillos susurrando como yates tranquilos; los hombres que caminan por las inmensas aceras bajo los inmensos álamos alcanzan la dignidad por medio del empequeñecimiento. El bulevar concluye en una rotonda, junto a Long Wharf; en realidad, concluye en un bulevar aún mayor: el Choptank. Daniel Jones, en cuya plantación se sitúa la ciudad de Cambridge, decidió erigir su casa en la zona por la que ahora pasa esta calle. El coronel John Kirk, el administrador de las fincas que Lord Baltimore poseía en Dorchester, construyó en 1706 la primera casa de la ciudad en la zona por la que ahora pasa esta calle. Hay barrios donde viven los esclavos; hay porches cuyas columnas son mástiles de barcos; hay nombres antiguos cuya descendencia se ha vuelto ociosa; hay graneros en los que habitan ancianos seniles que no tienen sirvientes ni familiares ni amigos; hay desfiles rebosantes de descaro y gaviotas carentes de vergüenza, eminencia e imbecilidad; hay palomas dominicales y barcos de vapor para ir de excursión y celindas, y todo está dignificado por los grandes árboles y los suaves ladrillos vidriados de la calle. El resto de Cambridge es bastante anodino.

Como era mi costumbre, fui paseando hasta la rotonda y continué hasta el puerto deportivo. El río estaba cristalino, sin barcos, y tan sereno que el badajo de la boya de campana, situada en el canal, a unos dos kilómetros de distancia, no se movía. Un único camión, muy temprano, avanzaba lentamente por el puente largo y bajo. La bandera que ondeaba en el club náutico anunciaba buen tiempo. Con una gran sensación de bienestar, lancé la media galleta que me quedaba a unos cangrejos azules que se apareaban perezosamente justo debajo de la superficie. Como era su

costumbre, el caballero se encargaba de nadar mientras la suave dama, debajo de él, aferrándolo con todas sus patas, le permitía gozar del acto, que podía extenderse durante catorce horas. Los cangrejeros llaman «doble» al macho y la hembra cuando están así acoplados; parecen un único cangrejo y recuerdan al prototipo humano imaginado por Platón que consistía en un hombre y una mujer unidos en un único ser. Mi galleta cayó a estribor de los amantes y el caballero, muy sereno, se desplazó quince centímetros a babor y después se sumergió, con su novia y todo, en busca del misil que había estado a punto de hacer naufragar su amor. Yo me reí y tomé nota, mentalmente, para acordarme de tomar nota, sobre el papel y para mi *Investigación*, de la similitud entre los cangrejeros y Platón, y para recordarle a Jane que había algunas criaturas que tardaban más tiempo que yo.

Me encendí mi primer cigarro y di una vuelta completa a la rotonda, saliendo por el lado más cercano al arroyo. En la serrería y el astillero, situados en la otra orilla de la desembocadura del arroyo, ya estaba comenzando la jornada: varado en tierra había un navío, muy avejentado tras cuarenta o cincuenta años de dragar en busca de ostras, y la tripulación se dedicaba a limpiar los percebes y las algas que habían quedado adheridos en el casco. Contemplé la escena críticamente y con placer, pero no con una intensidad especial, a pesar de que tal vez nunca volviera a ver algo semejante, ya que tenía la determinación de vivir aquel día con absoluta normalidad. Había tirado la primera ceniza de mi cigarro y me estaba preparando para subir por High Street hasta el garaje donde estaba mi barco en construcción cuando mi mirada, con gran regocijo, registró una novedad en la escena: un cartel con letras brillantes clavado a un poste en el otro extremo del muelle, donde el arroyo desembocaba en el río, y al pie del poste un pequeño paquete o un fardo atado con una cuerda. Me acerqué a investigar.

LA ORIGINAL Y SIN PAR ÓPERA FLOTANTE DE ADAM, anunciaba el cartel; *JACOB R. ADAM, PROPIETARIO Y CAPITÁN. ¡6 GRANDES ACTUACIONES!*, afirmaba a continuación. *¡TEATRO, MINSTRELS, VODEVIL! ¡Edificante y refinado! ¡ESTA NOCHE! ¡ESTA NOCHE! Entradas: 20, 35 o 50 centavos. ¡ESTA NOCHE !Concierto GRATIS a las 7:30! ¡El espectáculo empieza a las 8!*

El fardo que había al pie del poste contenía unos folletos que anunciaban el espectáculo con más detalles; era evidente que alguien del barco se había adelantado y lo había dejado ahí temporalmente. Cogí uno de los folletos, me lo metí en el bolsillo del abrigo para leerlo con tranquilidad y continué mi paseo matinal.

Volví fumando hasta High Street, con el folleto doblado en el bolsillo y la cabeza llena de preocupaciones semejantes a ratones inquietos que corretean de un lado para otro. En treinta segundos me había olvidado por completo del cartel, el folleto y LA ORIGINAL Y SIN PAR ÓPERA FLOTANTE DE ADAM.

## 7. MIS BARCOS INACABADOS

Cuando pienso en Cambridge y en el condado de Dorchester, las cosas que me vienen a la mente, como es comprensible, son la pesca —también de cangrejos y ostras—, la captura de ratas almizcleras, la caza de patos, la navegación y la natación. Es prácticamente imposible que un chico, sea cual sea su condición, llegue a la pubertad en el condado sin realizar la mayoría de estas actividades y adquirir cierta habilidad en una o dos de ellas.

Prácticamente, pero no absolutamente. Yo, por ejemplo, aunque no fui un niño demasiado protegido, logré cumplir veintisiete años sin haber ido ni una sola vez a pescar —tampoco cangrejos ni ostras—, ni a capturar ratas almizcleras, ni a cazar patos, ni a navegar, ni siquiera a nadar, a pesar de que todos mis camaradas de la infancia disfrutaban de estas ocupaciones. A mí nunca me interesaron. Es más, nunca he probado una ostra; no me gusta la carne de cangrejo; nunca elegiría pescado para cenar; detesto la caza de cualquier tipo, se trate de roedores o de aves; y aunque el coronel Henry Morton, que posee la mayor fábrica de tomates enlatados que pueda hallarse sobre la faz de la tierra, sea bastante amigo mío, los tomates que llenan sus arcas me estropean la digestión. Pero para que no saques la conclusión de que esto representa una toma de partido por mi parte, añadiré que sí que he navegado un poco desde que comencé a ejercer la abogacía aquí en 1927 —aunque todavía no sea capaz de pilotar un velero por mí mismo— y que, en la época en que transcurre esta historia, ya había llegado a ser un nadador bastante avezado. Y esto sí que refleja, aunque sólo en pequeña medida, una postura filosófica mía, o por lo menos una práctica general: la de ser poco coherente en prácticamente todo, de manera que cualquier afirmación general sobre mí probablemente resulte inadecuada. Desde luego, mucha gente hace esas afirmaciones de todos modos —a veces me da la impresión de que hacerlo constituye la actividad central de las ociosas inteligencias de la gente—, pero tengo la satisfacción nada despreciable de saber que se equivocan y de oírlos contradecirse unos a otros (y, por lo tanto, concluyo, de anularse unos a otros).

Todo esto no es más que una tortuosa introducción al asunto de mis barcos, ya que mi siguiente paso, tras concluir mi paseo matinal por Long Wharf, era abandonar High Street metiéndome por un callejón que baja hasta el arroyo. Allí, en un garaje de dos plazas que me había prestado un amigo y cliente, todas las mañanas trabajaba una hora en el barco que llevaba construyendo varios años.

Mis barcos... ¿qué puedo decir de ellos? A lo largo de mi vida he construido dos. El primero lo empecé cuando tenía unos doce años. Me había leído todas las revistas de yates que habían caído en mis manos, había solicitado bocetos y especificaciones, había soñado —dormido y despierto— con cascos y mástiles y velas hasta sufrir mareos debido a las ganas. Construir un barco me parecía un acto casi sagrado por su

extrema deseabilidad. Y después aprovisionarlo, y algún día, a primera hora de la mañana, partir en silencio desde el embarcadero, deslizarse río abajo, brillando bajo el sol, y salir a las amplias aguas de la bahía, y desde ahí a la infinitud de los océanos. Nunca había considerado que mi infancia no fuera agradable, y la intensidad de aquel anhelo de escapar debía de tener que ver con el atractivo del hecho en sí mismo, no por la falta de atractivo de mi entorno. En resumen, yo escapaba *hacia*, no escapaba *de*, o al menos eso es lo que creo.

Pero nunca pude sentirme satisfecho con nada que yo fuera capaz de construir. Ni me acercaba remotamente. Mi padre, encantado con la idea de que construyera un barco, sugirió diversas clases de esquifes, gabarras, botes, lanchas y pataches, e incluso un sencillo laúd: él me ayudaría, por supuesto, a colocar las cuadernas y las tracas. Pero ¿para qué? ¿Para ir a Singapur en un bote? ¿Para explorar los negros icebergs de los océanos del norte en un esquife? Para mí, la cuestión era más bien elegir entre una balandra de quince metros de eslora o una goleta de quince metros de eslora. El cordaje de una balandra, me recuerdo argumentando para mis adentros, se prestaba más para manejarlo solo, y así no tendría que depender de la ayuda de las chicas que, me imaginaba de un modo vago, estarían tomando el sol echadas en la cubierta; por otra parte, si a causa de un tifón, por ejemplo, se me quebraba el mástil, eso sería todo en el caso de que pusiera todos los huevos en la misma cesta decantándome por una balandra. Un cordaje compuesto —como el de una goleta con dos palos, mayor y mesana—, en cambio, me daba la opción de regresar valientemente y a duras penas a puerto, empleando el mástil que me quedara. Desde luego, no podía compartir con nadie estas sutiles argumentaciones. Dejé que mi padre me comprara suficiente madera para hacer un esquife y recuerdo con mucha claridad cómo me lamentaba de que ni él ni la señora Aaron, la gobernanta, no estuvieran muertos, para poder empezar a construir mi goleta sin que vinieran a burlarse y a ponerme en ridículo.

Al final empecé a construir un esquife, afirmando que sería el bote salvavidas de mi goleta. Pero, ay, era tan torpe con las herramientas como diestro e ingenioso con las ensoñaciones. Me equivocaba con las mediciones, las líneas me salían desviadas y asimétricas, me torcía al cortar con la sierra y se me doblaban los clavos al clavarlos. Estuve todo un verano trabajando en aquella cosa, corrigiendo un error con otro, cambiando la longitud y la forma de una traca mal cortada para que encajara con una cuaderna mal cortada, colocando un listón partido sobre una junta abierta, ignorando errores fatales como si así fueran a desaparecer, tapando la incompetencia con incompetencia y fingiendo que el mero esfuerzo y el volumen del objeto, de algún modo, servirían para rectificar todos los errores fundamentales que había cometido en el primer paso (mejor dicho, en el primer tropiezo) de la construcción. Hice saber que no deseaba ayuda ni consejo, y mi padre, pensando que el coste de la madera formaba parte del de mi educación, me dejó en paz.

Cuando llegó el otoño, perdí el interés en la construcción. ¿Para qué trabajar tanto en un bote, cuando lo que yo quería era una goleta? Y una goleta, desde luego, era algo que yo nunca podría construir donde hubiera gente mirándome y burlándose de mí. Si me dejaban a mis anchas, a mis anchas de verdad, estaba seguro de que era capaz de construir una y sorprender a todo el mundo con el producto terminado. Pero debían juzgarme sólo por el producto terminado, no por el proceso de construcción paso a paso: había una grandeza en el bosque, por así decirlo, que trascendía y redimía todos los pequeños defectos de los árboles individuales. Durante todo el invierno, el casco a medio construir se quedó en el jardín trasero, deteriorándose, sin que nadie le hiciera caso, como un cadáver en descomposición cuyas costillas están parcialmente expuestas. Al llegar la primavera, lo único que me interesaba eran los caballos. El esquife se quedó en el jardín, reprochándome mi volubilidad en silencio durante unos seis años. Después, cuando estaba en el ejército, un huracán tiró la embarcación de sus caballetes y los tablones podridos se separaron de la estructura principal. Mi padre usó toda esa madera para hacer leña, creo.

Te cuento esta historia porque es representativa de muchos de los rasgos que tenía en la infancia: soñaba despierto, tenía una concepción invariablemente grandiosa de cómo sería todo y me esforzaba de un modo prodigioso y siempre secreto. Pero el talento que tenía para hacer correctamente las cosas pequeñas que constituyen un todo glorioso era defectuoso —nunca llegué a dominar los rudimentos de nada—, de manera que el producto final, aunque quizá pudiera impresionar a quienes no sabían nada del tema en cuestión, siempre resultaba mediocre para los entendidos. ¡A cuántos de mis jóvenes logros no se aplicará esto! Deslumbraba a las señoras mayores en los recitales de piano, pero nunca llegué a dominar de verdad las escalas; gané los campeonatos de tenis de mi instituto —un instituto indiferente al tenis—, pero nunca llegué a dominar de verdad los golpes; me gradué el primero de mi clase, pero nunca aprendí a pensar de verdad. Y podría continuar: hay una lista larga y dolorosa.

La cuestión es que un defecto como éste, que sin duda surge de un deseo excesivo de brillar a ojos de los demás, puede ser difícil de superar; estoy seguro de que seguiría teniéndolo si no me lo hubiera curado el ejército.

Bueno, no el ejército como tal. No, por Dios. El ejército como tal fue una experiencia terrible en todos los sentidos. Me alisté impulsivamente en 1917 y me di cuenta, antes de que el autobús saliera de Cambridge, de que iba a vivir una experiencia verdaderamente horrible. Y así fue: todas las cosas desagradables que le podían pasar a un soldado en aquel ejército enfermo me pasaron a mí, salvo que me gasearan y me mataran. Desde luego, yo no era un patriota. No sentía nada en relación con lo que estaba en juego entonces, si es que algo estaba en juego (nunca he tenido suficiente curiosidad como para tratar de averiguarlo).

En fin, éste no es un libro sobre experiencias de guerra, aunque podría escribir un libro bastante largo y bueno sobre ese tema, y además no se parecería a ningún libro

sobre la guerra que hayas leído. Salvo por un único incidente —que pienso contarte ahora mismo—, mi carrera en el ejército apenas influyó en el resto de mi vida. Este único incidente, durante la batalla en el bosque de Argonne, me parece significativo por lo menos en dos sentidos: de alguna manera sirvió para curarme esa tendencia que he descrito más arriba, y me proporcionó la segunda de dos demostraciones indemostrables de mi propia animalidad.

Los combates en Argonne ya habían comenzado hacía tiempo cuando mi unidad fue enviada para sustituir a una compañía de fusileros que había quedado destruida. Fue mi primera y única batalla. Por supuesto, yo era un inútil para la lucha —¿qué chico inteligente no lo es?—, pero no estaba más asustado, cuando íbamos en camiones hacia el frente, que el resto de mis compañeros, y nunca he sido cobarde, que yo recuerde, en relación con la violencia física. Caía la tarde cuando llegamos, y los alemanes estaban bombardeando nuestras posiciones de una manera increíble. Nos hicieron bajar de los camiones a toda prisa, y fue parecido a como me imagino que debe ser saltar desde un avión: una tranquilidad relativa y luego, de repente, una confusión terrible. Nos quedamos todos paralizados. Ninguno recordaba nada, nada de lo que nos habían dicho. ¡Qué miedo! ¡Qué horror! El aire, lo juro, estaba partido por la artillería. El suelo... uno no podía mantenerse en pie sobre él, por muy fuerte que gritaran los oficiales. Simplemente, caímos: por suerte para nosotros, supongo. Me imagino que la mayor parte de mis lectores, si son hombres de este siglo, han vivido algo parecido o peor.

No tengo ni idea de lo que hicimos. De hecho, me he preguntado muchas veces cómo pudieron ganar la guerra los aliados si había muchos hombres como yo. Dios sabe cuánto dinero había invertido el gobierno en mi entrenamiento, aunque se realizara de manera acelerada, y todo para que me limitara a derrumbarme, como hicieron todos los demás. No fue por cobardía, no fue por miedo (todavía); simplemente nos quedamos sin fuerzas a causa del ruido.

Justo antes de que anocheciera, recuerdo, me encontré panza abajo en lo alto de una especie de monte. A mi alrededor había tocones de un metro de altura, restos de árboles partidos. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo ahí. El sol ya casi se había puesto, y había muchísimo humo en el aire. Unas cuantas figuras uniformadas parecían estar ocupándose de algo en una hondonada que había ante mí. El bombardeo, creo, había cesado, o yo me había quedado completamente sordo.

—Vaya —me dije, en un estado similar a la ebriedad—, esos hombres son soldados alemanes. Son el enemigo.

Casi no podía creerlo. ¡Por el amor de Dios! ¡Soldados alemanes! Se me ocurrió entonces que se suponía que debía matarlos. Ni siquiera miré a mi alrededor para ver si el resto del ejército de los Estados Unidos estaba conmigo; simplemente disparé mi rifle unas cuantas veces contra esos hombres que estaban en la hondonada. Ninguno cayó muerto, ni siquiera parecieron darse cuenta de que estaban en peligro. Me parecía que tenían que contraatacar, o ponerse a cubierto o algo. Pues no, señor.



Recuerdo que volví a cargar mi arma y disparé con mucho cuidado, volví a cargar y disparé, volví a cargar y disparé. Era una guerra facilísima, joder, pero ¿cómo se hacía para matar a los soldados enemigos? ¿Y dónde estaban todos los demás?

Lo que ocurrió a continuación (porque en esa batalla las escenas cambiaban como en los sueños) ocurrió en la oscuridad. De pronto, llevaba un buen rato siendo de noche. Ahora era yo quien estaba en una hondonada, a cuatro patas, metido en una trinchera llena de agua enfangada. Seguía teniendo mi rifle, pero vacío, y si me quedaba algo de munición, no recordaba cómo cargarlo. Estaba ahí, a cuatro patas, con la cabeza gacha, mirando fijamente el agua. Había vuelto el silencio; sólo algunos estallidos hacían un ruido sibilante mientras algo caía por el aire. Y entonces empecé a tener miedo de verdad. Fue una cosa rápida pero no repentina, una sensación puramente física. Sentí unas sacudidas, unos estremecimientos que me recorrían desde los muslos y las nalgas hasta los hombros y la mandíbula y vuelta a empezar, uno tras otro, exactamente como si hubiera unos rollos de carne ondulándose. No se trataba de cobardía; de hecho, mi mente no tenía nada que ver: quizá estuviera pensando en otra cosa o, más probablemente, estaba estupefacto. La cobardía implica una elección, pero el miedo es independiente de cualquier elección. Cuando los estremecimientos me llegaban a la cadera y a los muslos, abría los esfínteres; cuando me atravesaban el estómago y el pecho, tenía arcadas y dificultades para respirar; cuando me subían a la cara, se me quedaba floja la mandíbula, caía la saliva, se me humedecían los ojos. Después se me pasaban, y después volvían. No tengo ni idea de cuánto duró aquello: tal vez sólo un minuto. Pero fue la emoción más pura e intensa que he sentido nunca. Incluso pude, durante parte del tiempo que duró, contemplarme con objetividad: un animal aturdido babeando en un agujero lleno de lodo. Una cosa es estar de acuerdo racionalmente con que el hombre es una especie animal; otra muy distinta es darse cuenta, de un modo pleno y para siempre, de la propia animalidad, hasta el punto de no poder oponer nunca más los términos *hombre* y *animal*, ni siquiera en una conversación espontánea; no poder contemplar nunca más a los congéneres de uno salvo como *fauna* más o menos inteligente, más o menos saludable, más o menos peligrosa, más o menos adecuada; no poder contemplar nunca más sus logros salvo como trucos realizados por bestias mejor o peor adiestradas. En mi caso, esto ha sido así desde aquella noche, y no he podido ni por un momento contemplar a nadie —ni a mi padre, ni a Jane, ni a mí mismo— de otro modo.

La otra parte del incidente sucedió de inmediato. Los dos ejércitos regresaron de donde se estuvieran ocultando, y entonces me di cuenta, por primera vez, de que estaba teniendo lugar una batalla. El impresionante y ruidoso fuego de las ametralladoras, procedente de ambas direcciones, me pasaba por encima de la cabeza; por todas partes había hombres andando, arrastrándose o corriendo, de a uno, de a dos o de a tres, y de vez en cuando echaban un vistazo en mi trinchera; las explosiones se oían cada vez con más frecuencia, sumándose a los disparos, los gritos, los aullidos y

las maldiciones. Aquello debió de durar horas. Una parte de mí estaba perfectamente deseosa de unirme al combate, aunque me sentía desconcertado; si alguien me hubiera dado órdenes, estoy seguro de que las habría obedecido. Pero me había quedado completamente solo, y solo no podía ni moverme. Las sacudidas de miedo habían desaparecido, pero me habían dejado agotado e inmóvil en la misma posición.

Al final, la artillería volvió a abrir fuego; por lo visto apuntaban directamente hacia la hondonada, donde tenía lugar una lucha cuerpo a cuerpo. Quizá ambos bandos habían decidido hacer limpieza, poner orden, acabar con ese rifirrafe a base de bombas y volver a empezar. Me pareció que casi todas caían a pocos metros de mi trinchera, y volvió el miedo. No tenía la más mínima duda de que iba a morir; lo que me daba miedo era saber que mi muerte podía ser lenta y dolorosa, y que tendría que sufrirla solo. Lo único que era capaz de desear era que alguien me hiciera compañía cuando tuviera que hacerle frente.

¿Demasiado sensiblero? Desde luego que lo es, y me lo ha parecido desde entonces. Pero eso fue lo que sentí, y con muchísima fuerza, y no sería sincero si no hablara de ello. Era una emoción tan intensa que cuando, de repente, un hombre saltó a aquel lodazal y cayó a mi lado, lo abracé con todas mis fuerzas. Con absoluta sensatez, dio por hecho que lo estaba atacando y, soltando un grito de alarma, consiguió zafarse. Me lancé de nuevo sobre él, antes de que pudiera levantar su rifle, pero logró, en el forcejeo, clavarme la punta de su bayoneta en la rodilla de la pierna izquierda, no muy profundamente. Le grité al oído que no quería luchar con él; que lo quería; y al mismo tiempo —ya que yo era más grande y, por lo visto, más fuerte que él—, me coloqué detrás de él y lo dejé inmovilizado de brazos y piernas. Él estuvo tratando de liberarse un buen rato y gritando en alemán, de modo que me enteré de que era un soldado enemigo. ¿Cómo podía explicarle todo con claridad? Incluso si pudiera hablar con él y contarle cuáles eran mis intenciones, sin duda pensaría que yo era un cobarde o un lunático y me mataría en cualquier caso. Tenía que comprenderlo todo de golpe.

Por supuesto, podría haberlo matado, y estoy seguro de que él se dio cuenta de ese hecho; estaba indefenso. Lo que hice finalmente fue coger mi rifle con una mano, tras darle la vuelta a mi compañero hasta colocarlo panza abajo sobre el agua enfangada, y después ponerle la punta de mi bayoneta en el cogote, hasta que atravesó ligeramente la piel y salió una gota de sangre. Mi amigo empezó a temblar, dejó por completo de resistirse y empezó a gritar algo en alemán; supuse que estaba rindiéndose, suplicándome piedad o las dos cosas. Como no quería que quedara ninguna duda sobre el tema, lo tuve así durante unos cuantos minutos más, quizá incluso apretando un poco más fuerte la bayoneta, hasta que se derrumbó, perdió el control de todas sus funciones corporales como había hecho yo antes y empezó a llorar. Supongo que tenía el mismo miedo; desde luego, era un animal aturdido.

¿Dónde estaba el resto del ejército estadounidense? Lector, nunca me he enterado de qué estuvieron haciendo los ejércitos durante esta batalla.

Ahora abre tu mente antes de leer este párrafo; tengo que advertirte que no hagas juicios apresurados o fáciles sobre mí, si te interesa ser riguroso. Lo siguiente que hice fue dejar a un lado mi rifle, con la bayoneta y todo, echarme en el fango junto a ese animal al que había reducido y abrazarlo con tanto ardor como nunca un hombre abrazó a su amante. Le cubrí de besos el rostro, con barba de varios días: los ojos, que me miraban fijamente, y el cuello, que no dejaba de temblar. Increíblemente, ahora que lo pienso en retrospectiva, él reaccionó haciendo lo mismo. El miedo se le había pasado, como se me había pasado a mí, y estoy seguro de que nos quedamos abrazados por lo menos una hora.

Si te entra en la cabeza el concepto de homosexualidad, creo que eres normal. Si piensas que el sargento alemán o yo éramos homosexuales, eres idiota.

Tras pasar todo ese rato abrazados, dejamos de temblar. Entonces nos soltamos. Se dio una comprensión absoluta y, en mi opinión, única entre los dos. Yo, de hecho, me sentí más o menos normal por primera vez desde que me había bajado del camión. Era consciente, con todos mis sentidos. Un montón de proyectiles pasaban silbando por encima de nuestras cabezas, pero ninguno estallaba demasiado cerca de nosotros, y parecía que el combate cuerpo a cuerpo se había trasladado a otra parte.

El alemán y yo nos sentamos en los extremos de la trinchera, quizá a unos dos metros de distancia, sonriéndonos con una comprensión absoluta. De vez en cuando tratamos de comunicarnos por gestos, pero la mayor parte del tiempo la comunicación resultaba innecesaria. Yo tenía unos cigarrillos secos; él no. Él tenía provisiones; yo no. Ninguno de los dos tenía municiones. Los dos teníamos vendas y tintura de yodo. Yo le vendé la herida del cuello y él me vendó la de la pierna. Señaló el fondillo de sus pantalones y se tapó la nariz. Yo señalé el fondillo de los míos e hice lo mismo. Los dos nos echamos a reír hasta las lágrimas, y volvimos a abrazarnos, aunque ahora sólo un momento: se nos había pasado el miedo y habíamos recuperado la vergüenza. Nos miramos con cariño. Quizá nos durmiéramos.

Nunca en mi vida he disfrutado de una intimidad tan intensa, de una comunicación tan clara con otro ser humano, hombre o mujer, como la que disfruté con aquel sargento alemán. Era un tipo pequeño, canoso, sin ningún encanto, bastante mayor que yo; sin duda, un soldado profesional. Lo vi con más claridad cuando empezó a amanecer. Mientras él dormía, me sentí tan celoso y protector —creo que *exactamente* tan celoso y protector— como una leona ante su cría. Si algún norteamericano, incluso mi padre, hubiera saltado a la trinchera en ese momento, lo habría matado sin dudarlo antes de que pudiera matar a mi amigo. ¿Qué validez puede tener el artificio de la familia, o el de la nación, frente a un vínculo como el nuestro?, me pregunté. ¿Qué importaba que cada uno tuviera que irse por su camino, sin haber sabido ni siquiera del nombre del otro, él a matar norteamericanos, yo tal vez a matar alemanes? Él y yo habíamos establecido un armisticio privado. ¿Qué importaba que nos volviéramos a encontrar, cara a cara, debido a los incalculables azares de la guerra, y sin siquiera una sonrisa de reconocimiento nos atacáramos con

las bayonetas? Durante unas horas habíamos sido un solo hombre, nos habíamos entendido más allá de los límites de la amistad y del amor, como un sabio se entiende a sí mismo.

Voy a terminar mi historia. Mis preguntas retóricas, como quizá te hayas imaginado, surgieron al cabo de un rato, producto de una duda que tenía en la cabeza. Desde luego, comprendía a la perfección cómo me sentía yo con respecto a nuestra relación. Pero también era cierto que era yo quien la había fomentado. Mi compañero, sí, había respondido, pero desde debajo del puntiagudo extremo de mi bayoneta, con la cara en el fango. Era cierto, no se había vuelto contra mí, aunque había tenido muchas oportunidades para hacerlo desde nuestra tácita tregua; pero, como ya he dicho, parecía un viejo soldado profesional, y yo, recuerda, sólo tenía dieciocho años. ¿Cómo podía estar seguro de que la increíble simpatía que había entre nosotros no existía más que en mi imaginación, y de que él no había estado todo ese tiempo sonriendo para sus adentros, tomándome por un lunático o un homosexual excéntrico, y esperando a que llegara su momento, descansando, fumando, durmiendo, hasta que estuviera perfectamente preparado para matarme? Sólo un profesional muy curtido podía dormir tan profundamente en una trinchera llena de lodo durante una batalla. Incluso vi en sus labios el esbozo de una sonrisa. ¿No era un gesto de desdén?

Con la luz, todo parecía menos pesadillesco. No había duda de que el combate se había alejado. ¿Estaría yo en territorio alemán o él en territorio aliado? Desde luego, era un tipo sin ningún encanto. Tenía un aspecto vulgar y duro. No había ni un atisbo de inteligencia en su rostro. Dios sabe que parecía incapaz de concebir o apreciar una compenetración como la que yo había sentido. ¿Acaso no me había perforado la pierna? Aunque claro, yo antes me había lanzado sobre él...

Me fui poniendo cada vez más nervioso y saqué la cabeza de la trinchera para echar un vistazo. No se veía ni un alma, aunque había unos cuantos cadáveres en distintas posturas y con distintos grados de integridad tirados por el suelo, en el alambre de púas, en los tocones destrozados, en otras trinchera. El aire estaba lleno de humo y polvo, había algo de niebla y hacía un poco de frío. Me dolía la pierna. Volví a sentarme en la trinchera y me quedé mirando al sargento alemán, esperando una señal que me indicara que empezaba a despertarse. Incluso cogí mi rifle (y aparté el suyo), sólo para estar seguro. La inquietud se había apoderado por completo de mí, y empecé a preocuparme de que volviera el miedo.

Al final decidí escabullirme de la trinchera en silencio y reunirme con las tropas norteamericanas, si lograba encontrarlas, dejando al alemán ahí dormido. ¡Era una solución perfecta! Me puse en pie, con el rifle en la mano y sin apartar la vista del rostro del soldado alemán. Y de repente, abrió los ojos, y aunque no movió la cabeza, una expresión de alarma terrible se dibujó en su cara. Embestí de inmediato contra él y le clavé la bayoneta en el pecho. El impacto lo dejó anonadado, y no podía moverse

porque yo me apoyé en el rifle con todo mi peso, pero la hoja se le había quedado incrustada en el esternón y se negaba a entrar.

¡Dios mío!, pensé, desesperado. ¿No puedo matarlo? Él cogió la boca de mi fusil con las dos manos, tratando de quitárselo de encima, pero yo tenía ventaja porque estaba de pie. Estuvimos forcejeando un segundo. Yo miraba la bayoneta; él, me temo, me miraba a la cara. Al fin la punta del arma se soltó del hueso, a causa de nuestros esfuerzos combinados —¡nuestro último contacto!— y, con un pequeño y espantoso sonido punzante, le atravesó el cuello y él empezó a morir. Dejé caer el rifle —nada podría haberme obligado a sacarlo de ahí— y huí, temblando, por la hondonada destruida. Por pura suerte, los primeros soldados que me encontré eran norteamericanos, y la batalla terminó para mí.

Ésta es mi historia de la guerra. ¿A qué venía? Ah, sí, me curó. De hecho, me curó de varias cosas. Ya rara vez sueño despierto, ni siquiera por un instante. Nunca espero demasiado de mí mismo ni de mis congéneres animales. Casi nunca caracterizo a la gente con una palabra o una frase, y no es habitual que los juzgue. Ya no busco la estima ni la aprobación de mis conocidos. Hago las cosas de una forma más lenta, más sistemática y más concienzuda. Desde luego, no considero que ese incidente aislado, aunque resultara muy traumático, sea la única causa de todas las alteraciones que se produjeron en mí; de hecho, no veo por qué habrían de producirse algunas de ellas. Pero cuando pienso en esas alteraciones, me acuerdo de inmediato de aquel incidente (en particular, lo confieso, de ese mínimo sonido punzante), y este hecho me parece significativo, aunque admito la posibilidad de que todo sea un caso de *post hoc, ergo propter hoc*, como dicen los lógicos. En realidad no me importa.

Entonces, cuando me licenciaron del ejército en 1919 y entré en la Universidad Johns Hopkins, comencé a aprender de nuevo, correctamente, una serie de cosas que antes sólo había aprendido a medias, entre ellas la técnica para pensar con claridad. Descubrí, por ejemplo, que cuando cogía correctamente una raqueta de tenis, no tenía demasiadas aptitudes para el tenis. Por otra parte, mi manera de jugar al golf mejoró considerablemente. Dejé de tocar el piano. Y, cuando en 1935 volví a sentir un ligero interés hacia los barcos, lo hice todo correctamente desde el principio. No es que crea, como cree mucha gente, que hay un valor ético intrínseco en hacer las cosas bien en lugar de mal. No estoy de acuerdo, en tanto premisa ética, con la proposición según la cual cualquier cosa que valga la pena hacerse, vale la pena hacerse bien. Es sólo que desde 1918 he sido incapaz, por temperamento, de no hacer las cosas correctamente, del mismo modo que antes era casi incapaz de hacer nada bien.

Mi barco es una embarcación de trabajo de diez metros de eslora, con la popa en forma de torpedo y de manga estrecha, al estilo de los botes pesqueros que se emplean por aquí. La madera de las cuadernas, la quilla y el suelo es bien fuerte, de roble blanco, y la del entablado de los lados, la cubierta y el casco es de cedro blanco de primera calidad. Es un navío pequeño que está en buen estado para navegar y que ha sido construido cuidadosa, lenta y correctamente. Aquella mañana de 1937 ya

llevaba dos años trabajando en él, dedicándole como una hora cada día. Me acuerdo de que muchas mañanas me limitaba a sentarme en el garaje y mirarlo, pensando en lo que debería hacer después, o mirando la pared, sin pensar en nada.

Esa mañana en concreto puse algunas tablas de madera en el suelo: había terminado de entablar los lados y el casco y le había dado la vuelta. Como de costumbre, no me molesté en cambiarme la ropa; ni siquiera me arremangué. Con el sombrero, el abrigo y la corbata puestos, me puse a trabajar machihembrando planchas de madera de cedro de 2 x 10 centímetros sobre las vigas del suelo, ajustándolas con tornillos de bronce y clavos galvanizados, encastrándolas y calafateándolas bien. Había cortado las planchas el día anterior, de modo que al cabo de la hora, ya tenía lista casi toda la cubierta y ni siquiera había empezado a sudar. Me sacudí las rodillas de los pantalones (no estaban sucios, pues yo conservaba limpia mi madera), me encendí el segundo cigarro del día, examiné durante unos minutos el trabajo que había hecho y después me fui al despacho, cerrando la puerta del garaje al salir. Si alguien alguna vez se tomaba la molestia de terminar mi barco, reflexioné sin ninguna pena, dispondría de un navío excelente.

## 8. UNA NOTA, UNA ADVERTENCIA

Una nota, una advertencia, si me lo permites.

Heredé de mi padre la costumbre de hacer trabajos manuales con mi mejor ropa. Papá lo tenía muy a gala, como los cirujanos del siglo XIX que llevaban trajes de noche en los quirófanos y se enorgullecían de ejecutar complicadas operaciones sin manchar de sangre las pecheras de sus camisas almidonadas y tachonadas.

—Así se aprende a tener cuidado —afirmaba papá— y a trabajar con calma. No siempre hace falta realizar un gran esfuerzo para hacer un buen trabajo.

Con la misma vestimenta que había llevado esa tarde al juzgado, incluida la flor en el ojal, papá se ponía a trabajar en el huerto antes de la cena, rociaba las catalpas con insecticida para que no se llenaran de orugas (insecticida que él mismo había hecho con cal muerta) y de vez en cuando encalaba las columnas de la casa o lavaba el coche. Nunca se le ensució ni se le mojó la ropa; ni siquiera se le arrugó. Cuando un día, en 1930, volví del despacho a casa y me encontré a papá en el sótano, con un extremo del cinturón atado a una viga y el otro en torno a su cuello, no tenía ni una mota de polvo, aunque el sótano estaba bastante sucio. Llevaba la ropa perfectamente planchada, sin una sola arruga, y pese a que tenía la cara negra y los ojos parecían a punto de salirse de las cuencas, seguía esmerada y correctamente peinado.

Como papá, soy de la opinión de que hacer trabajos manuales con el traje que uno usa para ir al despacho sirve para aprender a trabajar con cuidado, y sigo su costumbre casi siempre. Pero sospecho que él le atribuía a esa práctica un valor excesivo; lo relacionaba, creo, con alguna vaga filosofía suya. Mi caso no es así, y quiero prevenirte para que no infieras ningún matiz filosófico de mi costumbre. En mi rutina diaria hay muchas cosas de las que es legítimo deducir lo que pienso sobre ciertas cuestiones, pero no debes partir de cosas equivocadas o irás por mal camino. Quizá ni siquiera tendría que haber mencionado que trabajaba en mi barca con mi mejor ropa.

## 9. EL FOLLETO

Yo no escogí dedicarme al derecho, salvo quizá de un modo pasivo; se daba por hecho, desde que alcanza mi memoria, que iba a estudiar para entrar en el Colegio de Abogados de Maryland e incorporarme al bufete de papá, y nunca me negué. Desde luego, nunca me he entusiasmado con nada, aunque como me ha ocurrido con muchas otras cosas, siempre he sentido una curiosidad razonable acerca del significado de las leyes y el funcionamiento de los juzgados.

¿Puedo decir que tal vez sea el mejor abogado de la costa este de Maryland? Tal vez no debería, pues pensarás que esta afirmación es autobombo. Si considerara que el ejercicio del derecho es algo muy importante, entonces mi afirmación sería tan jactanciosa como descriptiva; pero lo cierto es que opino que la abogacía, la jurisprudencia e incluso la justicia tienen la misma importancia intrínseca que, digamos, desbullar ostras. Y entenderás, sin duda, que si un hombre como yo afirmara que es el mejor desbullador de ostras de la península (cosa que yo no soy), o el que mejor lía cigarrillos, o el que mejor juega al *pinball*, nadie lo acusaría de alardear en exceso.

Soy el equivalente jurídico de un médico de familia. Me ocupo de casos criminales, agravios, testamentos, escrituras, fianzas, actas constitutivas, todo lo que puede caer en manos de un abogado. He intervenido en juzgados de sucesiones, tribunales de circuito, tribunales federales, tribunales militares y tribunales de apelación, y una vez en la Corte Suprema de los Estados Unidos. Rara vez pierdo un caso, y rara vez acepto un caso que no me resulte estimulante desde el principio. Debo confesar que me lo pienso mucho a la hora de escoger a mis clientes, pero no porque quiera encontrar casos fáciles, sino interesantes.

Mis socios, por suerte para el bufete, no son tan quisquillosos; trabajan bastante y generan buenos ingresos. Harry Bishop, de los Andrews y Bishop originales, tenía sesenta y tres años en el momento en que sucede esta historia (murió en 1948). Papá y él fundaron el bufete en 1904, cuando los dos eran muy jóvenes. Jimmy Andrews —sin parentesco conmigo— es el otro socio. En 1937 quizá tuviera veintisiete o veintiocho años, estaba empezando a ejercer, y yo propuse incorporarlo al bufete aunque sólo fuera porque así podríamos seguir usando el mismo membrete que habíamos usado antes de que papá se colgara.

Nuestro bufete, adonde me dirigí tras trabajar una hora en el barco, está en un pequeño edificio de madera. Cada uno de los socios tiene un despacho privado, pero compartimos sala de espera, cuarto de baño y secretaria.

Esta última, la señora Lake, una mujer de unos cincuenta años, estaba mecanografiando algo cuando entré y le presenté mis respetos.

—Supongo que no hay nadie esperándome, ¿verdad? —le pregunté.

—Ha venido la señora Mack —dijo la señora Lake.



—¿Sí? ¿Qué quería?

—Ha dejado una nota —dijo la señora Lake—. Está en su escritorio.

Me coloqué bien la corbata, mirándome en el espejo de la sala de espera.

—¿Y esta mañana Charley todavía no ha dicho nada?

—Todavía no.

Charley era Charley Parks, un abogado cuyo bufete estaba justo al lado del nuestro. Era un antiguo amigo mío con el que solía jugar al póker, y en aquel momento estábamos enfrentados en un litigio bastante complejo que se había originado con un accidente de coche sin importancia. La demanda ya tenía unos años de antigüedad, pero el juicio todavía no había comenzado. Como las dos partes eran acomodadas y «litigantes», como decimos los abogados, Charley y yo nos entreteníamos discutiendo sobre cuestiones procesales. Ya explicaré el caso a su debido momento.

—¿Y qué sabemos del barril de pepinillos? —pregunté, apagando el cigarro en el cenicero de la señora Lake y cogiendo mi correspondencia de su mesa.

—Creo que ha llegado una carta de Baltimore —dijo ella.

Esto tenía que ver con el caso más importante que estaba llevando en aquel momento, un asunto que también era bastante antiguo y estaba relacionado con la impugnación del testamento de Harrison Mack padre, el rey de los pepinillos, que había muerto en 1935. Éste también era un caso muy enmarañado: baste por el momento decir que Harrison me había contratado para que no permitiera que le quitaran sus millones (cerca de tres millones, para ser exactos), y que desde enero las cosas se habían puesto de cara para nuestros adversarios, lo cual preocupaba mucho a Harrison y a mí no.

Me llevé las cartas a mi despacho y comenzó mi último día de trabajo en el bufete. Dos de las cartas eran publicidad; las tiré sin abrirlas. Otra contenía un cheque de mil setecientos dólares que había enviado William Butler, mi cliente en el litigio del accidente mencionado antes, que pagaba cuotas periódicas. Lo dejé a un lado para que la señora Lake se encargara de él. Otra carta era una notita personal de Junior Miner, el exmarido de la chica del capítulo 3, cuyo divorcio había llevado yo cinco años atrás. Decía, en parte:

Te voy a matar, hijo de la gran p... como vaya a Pine Street, hijo de la gran p...  
Tú sabes por qué.

J. M.

No tengo ni idea de por qué Junior no escribía esa palabra en la carta que me enviaba semanalmente; quizá por mojigatería. Pensaba que yo había organizado todo lo del divorcio de Dorothy para convertirla en mi amante, y me estuvo enviando cartas de amenaza como ésa cada seis u ocho días durante unos cuantos años. La dejé a un lado para que la señora Lake la archivara junto a las demás, esperando, como hacía

siempre en esas ocasiones, que Junior no fuera tan tonto como para llevar a cabo su amenaza. Al fiscal del estado, Jarman James, le encantaba enviar negros a la horca, y me hubiera molestado presentarle un caso tan fácil. Pero si Junior no llevaba a cabo su amenaza en las próximas horas, estaría a salvo.

Reconocí de inmediato la letra que había en el sobre de la siguiente carta, porque era la mía; me la había enviado yo mismo. El matasello decía «Baltimore» y era, o podía ser, sumamente importante. Pero yo todavía no estaba preparado para leerla; la dejé apoyada en la lámpara de mi escritorio.

Las otras cartas tenían que ver con diversos casos que estaba llevando. Las leí, dedicando tras cada uno algunos minutos a mirar la cárcel del condado por la ventana y a tomar notas mentales. Después las dejé a un lado y leí el mensaje de Jane.

Cariño, si tenías la esperanza de hacerme daño de nuevo con tu nota de esta mañana, has fallado. No estoy molesta en absoluto. Haré exactamente lo que propones, querido, si vas a ver a Marvin Rose para que te haga un reconocimiento médico completo, a ver si descubre por qué eres tan marica.

Un beso, JANE

La verdad es que había cambiado mucho desde que la conocí. Debo explicar que Marvin Rose es un médico amigo mío con el que a veces jugaba al golf, y que al decir que fuera a verlo como condición para concederme mi petición —recuerda esa nota que le había dejado yo antes con Jerry Hoge—, Jane se consideraba a salvo: desde 1924 yo no había ido a la consulta de ningún médico, y Jane sabía que mi negativa a hacerlo no era menos fuerte por mucho que fuera irracional.

También dejé a un lado la nota de Jane, tras volver a meterla en su sobre, para que la señora Lake la archivara. Creo que puedo afirmar con seguridad, lector, que nadie —nadie— en Cambridge podría enfrentarse a mí en un pleito con esperanzas razonables de ganar. En los casos en que no logro convencer al juez o al jurado con artimañas retóricas o legales, suelo tener algo en mis archivos que me sirve para emplearlo como prueba. Desde luego, no podía prever ninguna circunstancia en que aquella nota pudiera resultar útil, sobre todo porque mi leve implicación en el mundo concluiría ese mismo día, pero pese a ello, la dejé a un lado para la señora Lake.

Después llamé al médico.

—Me gustaría pedir una cita para ver al doctor Rose justo antes del almuerzo —le dije a su recepcionista.

—Lo siento, señor, el doctor está ocupado hasta la tarde.

—¿Puede decirle que soy Todd Andrews? —le pregunté—. Quiero que me haga un reconocimiento completo. Quizá pueda recibirme a la hora de su siesta.

Yo sabía que Marvin tenía la costumbre de echarse una siesta en su consulta, sobre la camilla, antes de comer.

—Espere un momento.

Oí cómo tapaba el teléfono y le decía algo a Marvin.

—¿Hola? ¿Todd? —Ahora era Marvin quien hablaba.

—Sí. ¿Me puedes dedicar un minuto de tu siesta, Marv?

—Joder, Toddy, ¿qué pasa? ¿Estás enfermo? —preguntó con incredulidad.

—No.

—¿Me ha demandado alguien?

—No. Sólo quiero una revisión.

Se quedó sin palabras. Llevábamos años discutiendo, en el campo de golf o tomando whisky con soda, sobre medicina y derecho, o más bien sobre salud y justicia, y aunque él no tenía ni idea de mis problemas cardíacos, sabía que no estaba del todo bien de salud y que no quería consultar a un médico.

—Claro, Toddy, vente, hombre —dijo, riéndose—. Oye, no me estarás tomando el pelo, ¿no?

—No. Quiero un reconocimiento completo. ¿A las once?

—Mejor a las once y cuarto —dijo Marvin—. Quiero afilar todos mis instrumentos. No vienes todos los días.

Hablamos sobre otras cosas durante un minuto o dos y después fui a mis archivos, saqué el dossier sobre el litigio por la herencia de Harrison Mack padre y me preparé para ponerme a trabajar en serio.

Pero me interrumpí una vez más. Había mordido la punta de mi tercer cigarro y, al descubrir que se me habían acabado las cerillas, palpé los bolsillos del abrigo en busca de otra caja. Lo que encontré fue el folleto que me había guardado antes, en Long Wharf, y que me había olvidado de leer. Lo desdoblé y lo extendí sobre el escritorio.

¡YA LLEGA!

¡MÁS GRANDE Y MEJOR QUE NUNCA!  
LA ORIGINAL Y SIN PAR

ÓPERA FLOTANTE

*(de alta mar)*

DE ADAM

JACOB R. ADAM, PROPIETARIO Y CAPITÁN

EN: Long Wharf (Cambridge), [21 o 22] de junio

ENTRADAS: 20, 35 o 50 centavos

A la venta todo el día en la taquilla

\*\*\*\*\* AFORO: 700 \*\*\*\*\*

EL MAYOR TEATRO FLOTANTE DE LA COSTA ESTE DE MARYLAND

*(Inversión hasta la fecha: 60 000 dólares)*

Una selecta compañía de intérpretes que presenta el mejor repertorio de **TEATRO,**  
**MÚSICA,**  
**MINSTRELS,**  
**VODEVIL**

**¡RISA CONSTANTE!**

Un espectáculo con altura moral. Un nivel supremo de Alborozo, Armonía y Arte

T  
O  
D  
O

N  
U  
E  
V  
O

Cómicos modernos, bailarines impresionantes,  
cantantes cultos

EDIFICANTE  
Y  
REFINADO

ESPLÉNDIDO

CON EL FRESCOR  
DE LA  
BRISA MARINA

*Está usted invitado a visitar durante el día el teatro flotante más hermoso y seguro  
del país*

[En el interior del folleto doblado había más información sobre las virtudes de la  
*Ópera flotante de Adam* y un programa con las actuaciones de la velada].

\*Concierto GRATIS a las 7:30; el espectáculo empieza a las 8

LA BANDA MARÍTIMA DEL ATLÁNTICO  
Y LA BAHÍA DE CHESAPEAKE  
DEL PROFESOR EIGEN

¡Compuesta por los mejores músicos de los EE. UU!  
¡Escuchen al Calíope! ¡Disfruten del DESFILE DE LA BANDA!

SE CUMPLEN FIELMENTE TODAS LAS PROMESAS

Acudan pronto para el concierto de la banda y vean el mejor  
espectáculo  
de la costa este de Maryland

\*\*VEAN A\*\*  
LA MARY PICKFORD DE LA BAHÍA DE CHESAPEAKE  
¡¡LA SEÑORITA CLARA MULLOY!!  
EN  
una desternillante y novedosa comedia de un solo acto

La chica del paracaídas

¡Descacharrante! ¡Reconfortante! ¡Edificador!

\*\*VEAN A\*\*  
LOS CASTOS E INIMITABLES  
MINSTRELS DE LAS MARISMAS ETÍOPES,  
LOS MEJORES HUMORISTAS NEGROS  
DE LOS EE. UU

\*\*VEAN A\*\*  
J. Strudge, el extraordinario recitador etíope,  
el Demóstenes negro,  
en el impactante discurso *Su cabaret original*

La sutil Sally Starbuck, la doncella danzarina,  
con sus canciones felices, familiares y fabulosas

T. Wallace Whittaker, el famoso tenor sureño,  
con sus baladas pastorales de los campos de maíz y algodón

¡ACTUACIÓN ESPECIAL!

*Burley Joe Wells*, imitador de renombre mundial, con sus imitaciones de calíopes de vapor, serruchos, automóviles Ford modelo T, perros de caza y la famosa carrera entre los barcos de vapor *Natchez* y *Robert E.*

*Lee*, llegando a su conclusión y clímax con la terrible y tremenda explosión del *James B. Taylor*, cuya tragedia aconteció en Natchez-Under-The-Hill (Misisipi) el 19 de febrero de 1892.

¡Y PARA TERMINAR UNA MARAVILLOSA PANITIOPLICÓNICA!  
¡NO SE LO PIERDAN!  
¡ATENTOS A LA FECHA!

*Traigan a los niños*  
*Con el visto bueno de la crítica, el público y el clero*

Vale. Nada más lejos de mi intención que perderme la maravillosa panitioplicónica.

—Señora Lake —grité—, ¿puede telefonar a la señora Mack en algún momento de la mañana y preguntarle si puedo llevar a Jeannine a ver un barco con teatro a bordo cuando llegue?

—Muy bien —dijo la señora Lake—. ¿A qué hora?

—A ver, sobre las cuatro, creo. ¿Tengo que hacer algo después de las cuatro?

—Voy a mirar... No.

La famosa carrera entre los barcos de vapor *Natchez* y *Robert E. Lee*. No me la perdería por nada del mundo. Pero no estuve atento a la fecha, como aconsejaba el folleto del capitán Adam; de hecho, arrugué el folleto y lo tiré a la basura en ese mismo momento, y nunca he podido recordar si todo esto ocurrió el 21 o el 22 de junio. Desde luego, en algún momento de los nueve años que dediqué a recordar los acontecimientos que tuvieron lugar aquel día, podría haber ido a la hemeroteca del *Banner* y buscar el anuncio del barco para concretar la fecha. No me habría costado mucho esfuerzo, pero nunca me he molestado en hacerlo. ¿Son los indios navajos los que se preocupan por dejar alguna ligera imperfección en las alfombras que tejen, un punto mal puesto o un poco de arcilla, para no competir con los dioses? Creo que sí. Bueno, yo no creo en los dioses, de modo que no puedo justificar mis fallos como los navajos. Pero debo decir que desde el principio me ha parecido una insensatez verificar esa fecha. Creo que no puedo explicar por qué.

Desde luego, no voy a intentarlo.

## 10. LA LEY

Qué fuego fatuo, la ley. ¿Cómo empezar a hablar de ella? ¿La ley son las normas legales, o la interpretación que hacen de ellas los jueces, o los jurados? ¿La ley es el precedente o el hecho actual? ¿La regla o la práctica? Creo que no me interesa qué es la ley.

Sin embargo, siento una gran curiosidad por las cosas que se puede conseguir que haga la ley, pero de un modo desinteresado, sin ninguna implicación personal. Un niño se encuentra un tractor de juguete, le da cuerda y lo pone delante de un libro para que se suba. El tractor se sube sin problemas. El niño coloca otro libro y sitúa el primero en ángulo. El tractor logra subirlos con cierta dificultad. El niño abre el primer libro, apoya el segundo sobre éste en posición oblicua y pone su zapato detrás de los dos. El tractor lo intenta, se esfuerza, gira, zumba y al final cae de espaldas, como una tortuga, mientras sus ruedas siguen girando inútilmente. El niño se pone entonces a pintar con sus ceras o a hacer un rompecabezas con expresión ausente. No sé a qué se refiere, señor, cuando habla de la justicia.

Puede ser que, como el capitán Osborn, uno haya llegado a creer que tengo opiniones sobre todo, y bastante absurdas, por cierto. Muy bien. Pero sobre la mayoría de las cosas de las que la gente opina, yo no tengo opinión alguna, salvo implícitamente. Lo que quiero decir es lo siguiente: la ley, por ejemplo, prescribe que algunas cosas no han de hacerse, o que algunas han de hacerse de cierta manera, pero de la mayoría de los actos humanos concretos no tiene nada que decir en ningún sentido. Sin embargo, estos actos extralegales, o casi todos ellos, sin duda se ven influidos y condicionados, de manera implícita por leyes relativas a otras cosas. La gente, por ejemplo, no tiene derecho a matarnos cuando estamos realizando actos extralegales. Del mismo modo, aunque no tengo ninguna opinión sobre si el suicidio, por ejemplo, es un pecado, tengo algunas opiniones sobre unas pocas cosas que posibilitaron que en 1937 me planteara suicidarme y decidiera acabar con mi vida.

De acuerdo, no tengo opiniones generales sobre la ley, ni sobre la justicia, y si a veces pongo pequeños obstáculos, libros y pendientes, en el camino de los juzgados, es sólo porque siento curiosidad por ver qué pasa. En las ocasiones en que el motor de la ley es impotente y ésta cae despatarrada, tomo nota mental del caso y, sin modificar ni un ápice mi expresión, me pongo a trabajar en mi barco o en mi *Investigación*. Ganar o perder los litigios no me importa nada, y creo que es algo que nunca he ocultado a mis clientes. Ellos acuden a mí, como acuden a la ley, porque creen que tienen un caso, pero ni la ley ni yo nos implicamos.

Una cosa más, antes de ponerme a explicar la disputa en relación con el testamento de Harrison Mack padre: si has leído este capítulo hasta aquí, sería sensato que te preguntaras: «¿Acaso tu actitud —que es, a fin de cuentas, irresponsable— no permite la derrota, incluso el castigo, de los inocentes, y en

algunas ocasiones la victoria de los culpables? Y ¿esto no te importa?». Desde luego, permite la persecución de los inocentes, aunque probablemente con menor frecuencia de la que te imaginas. Y dicha persecución sí que me importa, en el sentido de que me llama la atención, pero no demasiado en el sentido de que me molesta. En determinadas circunstancias, que explicaré más adelante, no me opongo a escarnecer al inocente, a tirarle mi piedra, entre la multitud, a algún pobre mártir. De un modo irresponsable, sí: afirmo y hago hincapié en mi irresponsabilidad esencial y definitiva. Desde luego.

No me importaba demasiado, como ya he dicho, si Harrison recibía su herencia o no, aunque yo ganaría unos cincuenta mil dólares si la recibía. En cualquier mundo que no fuera el nuestro, el caso de la herencia de los Mack sería impensable; incluso en el nuestro, alcanzó bastante notoriedad en la prensa de Maryland.

El viejo Mack, a quien he llegado a admirar enormemente, aunque nunca lo conocí, murió en 1935, tras años de deterioro físico y mental. Dejó una herencia cuantiosa: acciones en Pepinillos Mack por valor del 58 % del capital total, que quizá alcanzaron un valor de dos millones de dólares en su mejor época; acciones en otras empresas, algunas más prósperas que otras; una magnífica mansión en Ruxton, otra en West Palm Beach y casas de campo en Nueva Escocia y Maryland (incluyendo aquella en la que fui seducido); numerosas tierras de cultivo, sobre todo granjas de pepinillos, cuya cosecha compraba Pepinillos Mack; unos cien mil dólares en metálico; varios automóviles, yates, caballos y perros, y, gracias a contar con la mayoría de las acciones, la presidencia potencial de la compañía de pepinillos, que reportaba un salario anual de veinticinco mil dólares. Se trataba, sin duda, de una herencia por la que mucha gente consideraría que vale la pena ir a juicio.

De las múltiples características de Harrison *père*, tres eran importantes para el caso: tenía la costumbre de emplear su riqueza como un garrote para poner firmes a sus familiares; era, por lo visto, adicto a redactar testamentos; y, sobre todo durante sus últimos años, se mostraba obsesivamente celoso de los productos de su mente y de su cuerpo, y no permitía que ninguno se destruyera.

Quizá recuerdes que dije que cuando conocí a Harrison hijo, en 1925, sufría un ataque de comunismo, a consecuencia del cual había sido desheredado. Parece ser que desheredar a los demás, o amenazar con hacerlo, era la medida disciplinaria favorita del viejo, no sólo para su hijo, sino también para su esposa. Cuando el joven Harrison decidió asistir a Dartmouth en vez de a Johns Hopkins; cuando optó por estudiar periodismo en lugar de empresariales; cuando se hizo comunista y no republicano, fue desheredado hasta que se corrigió. Cuando la madre Mack viajó a Europa en vez de a West Palm Beach; cuando prefirió el borgoña espumoso al whisky con soda, el Dulaney Valley a Ruxton y a Roosevelt y Garner a Hoover y Curtis, fue desheredada hasta que abjuró de sus herejías.

Todas estas caídas en desgracia y restituciones, por supuesto, supusieron enmiendas en el testamento del padre Mack. Además, diversas circunstancias



extrafamiliares también requirieron que se revisara su herencia. Su club de campo admite a alguien que a él le cae mal: el club ha de ser desheredado. El conductor de un camión lleno de pepinillos atropella a un policía dedicado a comprobar si los vehículos de transporte llevan sobrepeso: el conductor ha de ser defendido en el juzgado y mantenido. Tras la muerte del viejo, cuando se abrió su caja fuerte, se encontraron diecisiete testamentos distintos, ordenados cronológicamente, cada uno de los cuales comenzaba con la revocación del anterior. No había sido capaz de arrojar ninguna de sus obras al fuego.

Esta situación, aunque desde luego era poco habitual, en sí misma no habría presentado ningún problema administrativo, ya que la ley estipula que cuando hay varios testamentos, el último debe considerarse el representativo de las verdaderas intenciones del testador, si no hay más factores que tener en cuenta. Y cada uno de estos testamentos revocaba explícitamente el anterior. Pero ay, en el caso del señor Mack había otros factores que tener en cuenta. No sólo su salud física se había deteriorado durante los últimos años de su vida, de modo que fue de la artritis a la leucemia y de la leucemia a la tumba; también se deterioró su salud mental, gradualmente, recorriendo el continuo que va desde la normalidad relativa, pasando por una notable excentricidad, hasta la imbecilidad extrema. En la primera fase, se limitaba a desheredar a sus parientes y a volver a dejarles su empresa; en la segunda, ya no iba a trabajar, necesitaba que sus enfermeras lo entretuvieran además de cuidarlo y no permitía que se tirara nada que fuera creación suya, incluyendo el pelo, las uñas, la orina, las heces y los testamentos; en la última fase, apenas podía moverse o hablar, no tenía absolutamente ningún control sobre sus funciones corporales y no era capaz de reconocer a nadie. Y para colmo, estas fases no podían separarse con claridad, sino que se solapaban de manera imperceptible.

De los diecisiete testamentos (que no representaban, ni mucho menos, todos los que había escrito Mack, sólo los que había escrito desde que lo aquejó la manía de conservar las cosas), sólo los dos primeros habían sido redactados durante la época en que la cordura del viejo era indiscutible; es decir, antes de 1933. El primero le dejaba más o menos la mitad de la herencia a Harrison hijo y la otra mitad a la señora Mack, siempre que no pudiera demostrarse ante un tribunal que ella hubiera bebido ni una gota de borgoña espumoso desde 1920. Éste estaba fechado en 1924. El otro, fechado en 1932, le dejaba más o menos la mitad de la herencia a la señora Mack incondicionalmente y el resto a Harrison, siempre que no pudiera demostrarse ante un tribunal que durante un período de prueba de cinco años (de 1932 a 1937) Harrison hubiera hecho, escrito o dicho nada que pudiera interpretarse razonablemente como una prueba de que tenía inclinaciones comunistas. Esta cláusula, por cierto, se mantenía en la mayoría de los testamentos posteriores.

De los restantes quince documentos, diez se redactaron en 1933 y 1934, cuando la cordura del testador estaba abierta a debate. Los últimos cinco, todos escritos durante el primer trimestre de 1935, podían proclamarse ante un tribunal, sin demasiada

dificultad, como productos de los caprichos de un orate; uno le dejaba todo a la Universidad Johns Hopkins con la condición de que se cambiara el nombre y pasara a llamarse Universidad Hoover (la universidad declinó amablemente); otros le legaban todo al océano Atlántico o a la Federación Estadounidense del Trabajo.

Por suerte para las altas instancias jurídicas de Maryland, sólo había dos litigantes principales y cuatro secundarios que reclamaban la herencia. Elizabeth Sweetman Mack, la viuda del testador, estaba interesada en que el testamento n.º 6, producto de finales de 1933, se considerara el último: le legaba prácticamente toda la herencia, con la condición relativa al borgoña espumoso ya mencionada. Harrison hijo prefería el n.º 8, fruto de comienzos de 1934; le legaba a él prácticamente todos los bienes, con la condición relativa a su orientación política también mencionada. Las señoritas Janice Kosko, Shirley Mae Greene y Berenice Silverman, todas enfermeras tituladas, que habían atendido al viejo Mack durante la primera, la segunda y la tercera de las fases de su invalidez física, respectivamente, solicitaban los testamentos n.º 3, n.º 9 y n.º 12, en ese orden: en ellos, por lo visto, su difunto empleador las remuneraba por los servicios prestados, que excedían el mero cumplimiento del deber. El último litigante era el pastor de la iglesia del barrio de los Mack: en el testamento n.º 13, el grueso de la herencia iba a parar a dicha iglesia, con la esperanza declarada de que cuanto más rica e influyente llegara a ser la religión organizada, más pronto sería rechazada por la gente.

Era un espectáculo de lo más edificante. La señora Mack contrató a los señores Dugan, Froebel y Kemp, de Baltimore, para que defendieran sus derechos legales; su hijo contrató a Andrews, Bishop y Andrews, de Cambridge; las enfermeras y el ministro contrataron a distintos abogados. A todos les daba un poco de miedo llevar el asunto al juzgado de inmediato, y durante varios meses hubo un maremágnum de bobadas legales, advertencias y amenazas entre los seis bufetes implicados. Cinco de los bufetes nos unimos para expulsar al clérigo de aquella lotería: bastó con que las tres enfermeras coincidieran en que Mack ya estaba indiscutiblemente loco en el momento en que redactó el testamento n.º 13. Un mes más tarde, empleando una técnica muy similar, las señoritas Kosko y Greene convencieron a la señorita Silverman de que se retirara, con la condición, estipulada por medio de un solemne contrato, de que si alguna de ellas ganaba, le daría el 20 % del botín. Después, en una sorprendente maniobra, Bill Froebel, de Dugan, Froebel y Kemp, mostró unas declaraciones juradas de dos criadas negras de los Mack por medio de las cuales afirmaban haber visto a la señorita Green consintiendo ciertas prácticas «antinaturales y horrendas» con el difunto —prácticas que aparecían descritas con todo lujo de detalles—, y le sugirió a dicha joven que, si no tomaba la decisión de que no valía la pena seguir adelante con sus reclamaciones, enviaría las declaraciones a los periódicos. Yo nunca llegué a saber con certeza si tales declaraciones eran verdaderas o falsas, pero en cualquier caso resultaron eficaces: el atractivo adicional de varios

miles de dólares, pagaderos cuando la señora Mack ganara el caso, indujo a la señorita Greene a buscar la felicidad fuera de los juzgados.

En 1936, por lo tanto, la mitad de los participantes había abandonado la carrera antes de que ésta comenzara. Sólo quedaban la señorita Kosko, Harrison hijo y la señora Mack. Todos ellos tenían necesariamente que tratar de demostrar dos cosas: que el señor Mack seguía cuerdo cuando redactó el testamento de su elección y que para cuando redactó los testamentos posteriores ya no podía entender lo que estaba diciendo. Partiendo de esta base, debo decir que la señorita Kosko era la que lo tenía más fácil, puesto que su testamento (fechado en febrero de 1933) era el primero de los tres. Pero el amor fue su perdición: contrató como abogado a su novio, un muchacho recién salido de la facultad de derecho y que tampoco era demasiado brillante. De nuestro primer combate fuera de los juzgados salí bastante convencido de que no era rival ni para Froebel ni para mí, y cuando más tarde, en 1936, rechazó por motivos éticos un soborno verdaderamente magnánimo que le había ofrecido Froebel, lo tuve clarísimo.

Y como era de esperar, cuando cruzamos las espadas por primera vez en el Juzgado de Sucesiones de Baltimore, en mayo de 1936, a Froebel no le costó mucho insinuar que el joven abogado era un idiota; que la enfermera, la señorita Kosko, era una fresca que se dedicaba a despojar a pobres viudas de sus patrimonios legales seduciendo a sus ancianos maridos cuando estaban seniles; que la señora Mack, con toda la amabilidad de su afligido corazón, ya le había ofrecido a esa ramera una gratificación más generosa de lo que se merecía (esta información no fue admitida por considerarse una prueba deficiente, por supuesto); y que el mero hecho de presenciar tolerantemente un acto de avaricia tan mal disimulada era un tributo a la paciencia y la indulgencia de los muy sufridos jueces. Además, Froebel debió de aportar algún argumento convincente, ya que los juzgados de sucesiones, incluso en Baltimore, son bastante competentes, como es bien sabido, y el juez falló a su favor. Cuando entonces Froebel le ofreció a la señorita Kosko otra suma de dinero, bastante menor que la primera, el joven letrado la aceptó humildemente, ya que acababa de sufrir una derrota, y ni siquiera se le ocurrió recurrir el fallo hasta que ya era demasiado tarde.

Entonces, en junio de ese mismo año, Froebel presentó una demanda en nombre de la señora Mack, afirmando con rotundidad que el señor Mack ya había perdido el juicio cuando escribió el testamento n.º 8, el testamento de Harrison, y que nunca había recuperado la cordura. Si el tribunal así lo dictaminaba, entonces el testamento de la señora Mack, el n.º 6, pasaría a considerarse el legítimo, ya que la señorita Kosko había quedado fuera de juego. Si el tribunal dictaminaba en contra, entonces nuestro documento, el n.º 8, dejaría sin efecto el n.º 6 de forma automática.

No había demasiada diferencia entre el estado mental de Mack a finales de 1933 y a comienzos de 1934. Presenté unas declaraciones de las señoritas Kosko y Greene según las cuales en ambos años les había solicitado que guardaran el contenido de su

bacinilla en frascos de pepinillos escabechados al eneldo, que después almacenaban en la bodega del sótano, y me dio la impresión de que el juez —un tipo bastante estirado— pensaba que Mack había estado loco desde el principio. También los periódicos expresaron la opinión de que no había ninguna prueba concluyente en ningún sentido, y, además, añadieron que era una desgracia que una madre y un hijo se pelearan de un modo tan egoísta. Había mucha presión, por lo tanto, para que llegaran a un acuerdo extrajudicial y se repartieran la herencia al cincuenta por ciento, pero tanto Harrison como su madre —que nunca se habían caído demasiado bien— se negaron, por consejo de sus abogados. Froebel pensaba que podía ganar, y quería el dinero; yo pensaba que podía ganar, y quería ver qué pasaba.

El testamento n.º 6, recuerda, le otorgaba toda la herencia a la señora Mack, siempre y cuando ella no hubiera probado el borgoña espumoso desde 1920. Nuestro testamento le dejaba el dinero y las propiedades a Harrison, si se había mantenido alejado de Moscú desde 1932, y, además, le legaba a la señora Mack los varios cientos de frascos de pepinillos recién mencionados. Ambos documentos incluían una cláusula extraordinaria según la cual, si no se cumplía la condición estipulada, el testamento quedaba revocado.

Los argumentos de Froebel, en esencia, eran dos: (1) Que no se puede considerar que un hombre haya perdido su sentido para los negocios por querer revocar una vez sus estipulaciones, como se ve en el testamento n.º 6, teniendo en cuenta que puede estar radicalmente en contra del borgoña espumoso; pero que después cambie de idea hasta tal punto en apenas unos meses indica que algo le ha afectado a la cabeza, ya que no se había producido ningún cambio externo importante que justificara el nuevo testamento. (2) Que la estipulación relativa a los frascos de pepinillos no aparecía en ningún testamento anterior al n.º 8, pero sí en todos los testamentos que iban del n.º 8 al n.º 16, y que dicha estipulación demuestra de manera fehaciente que Mack ya no comprendía la naturaleza de su patrimonio.

—No necesariamente —afirmé yo—. Puede ser que no quisiera a su esposa.

—Ah —respondió Froebel con rapidez—, pero en cada ocasión le dejó los frascos de pepinillos a una persona distinta, no siempre a la señora Mack.

—Pero recuerde —dije— que guardaba la caca porque le gustaba; legarla, por lo tanto, es un acto de amor. ¿Usted diría que el amor es una locura?

—Desde luego que no —contestó Froebel—. Pero si la quisiera, le habría dejado las propiedades además de los excrementos.

—Eso no está tan claro —repliqué—. Recuerde que en un testamento le legaba todo su dinero a la iglesia porque detestaba la iglesia. ¿No es posible que dejar la herencia a mi cliente fuera un acto así, y que dejársela a la suya fuera el verdadero regalo?

—Es posible, desde luego —dijo Froebel, sonriendo—. ¿Usted cree que ése es el caso?

—No, no lo creo —dije—. Me limitaba a sugerir esa posibilidad.

—Y al hacerlo —afirmó Froebel—, sugiere también la posibilidad de que el testamento n.º 8 sea tan descabellado como el testamento n.º 13, el testamento que usted ha mencionado en el que le deja todo a la iglesia. Cualquiera que legue tres millones de dólares a modo de castigo, en mi opinión, ha perdido el juicio.

Ah, Bill Froebel era un buen abogado. Cuando se trataba de improvisar sofisterías legales, no había nadie en el Colegio de Abogados de Maryland que estuviera a nuestra altura.

Mis argumentos eran (1) que la inclusión de los frascos de pepinillos no eran una prueba lo bastante sólida de una súbita pérdida del juicio, ya que Mack llevaba guardándolos desde el testamento n.º 3 o n.º 4; (2) que, por lo tanto, el testador estaba cuerdo cuando redactó ambos testamentos o loco cuando los redactó; (3) que si estaba cuerdo en ambos momentos, el testamento n.º 8 era el legítimo; (4) que si estaba loco en ambos momentos, había que considerar legítimo algún testamento anterior, o de lo contrario se debía estimar que Mack había fallecido intestado (en cuyo caso Harrison recibiría todo el dinero y la señora Mack se quedaría sólo con la legítima que corresponde a la viuda).

El juez, Frank Lasker, de la magistratura de Baltimore, estuvo de acuerdo. Froebel recurrió su decisión ante el Tribunal de Apelaciones y la Corte Suprema de Maryland, y ambos tribunales apoyaron el fallo del tribunal inferior. Parecía que Harrison iba a ser rico: lo único que faltaba era esperar hasta enero de 1937 —cuando concluía su período de prueba— y entonces demostrar que Harrison no había tenido inclinaciones comunistas desde 1932. Él me aseguró que no había hecho nada por lo que pudiera identificárselo como un camarada. Froebel estuvo un tiempo amenazando con poner otra demanda, para tratar de imponer el testamento n.º 2, pero no llevó a cabo su amenaza.

La prueba final consistía en una vista. Harrison y yo nos presentamos en los juzgados de Baltimore a comienzos de enero; el juez Lasker leyó el testamento n.º 8 y declaró que si ninguno de los presentes podía aportar alguna prueba de las inclinaciones que el documento prohibía, estaba dispuesto a dar el caso por cerrado y a ordenar que se cumpliera lo dispuesto en el testamento. Entonces, para mi sorpresa, apareció Froebel y afirmó que tenía una prueba que bastaba para exigir la revocación de la herencia que estipulaba nuestro testamento, y que podía aportarla en aquel mismo momento.

—Me dijiste que no había nada —le recordé a Harrison, que había palidecido.

—¡Te juro que no hay nada! —me contestó, susurrando, pero de todos modos empezó a sudar y a temblar ligeramente. Yo volví a sentarme para ver qué había tramado Froebel.

—¿Qué va a intentar demostrar? —le preguntó el juez.

—Que el año pasado, señorita, cuando su pobre padre ya estaba en la tumba —quizá anticipadamente (¿quién sabe?) debido a la lamentable falta de responsabilidad de su hijo—, que apenas el año pasado, señorita, este hijo, que ahora está tan ávido de

despojar a su madre de lo que legalmente le pertenece, se dedicaba a instigar y secundar activamente, con enormes donaciones de dinero, la doctrina contra la cual toda la vida de su padre fue un elocuentísimo argumento. Confiaba, no lo dudo, en que podría ocultar su subrepticio bolchevismo hasta el momento en que se hallara en posición de dedicar la totalidad del patrimonio familiar a combatir la forma de vida que posibilitó la acumulación de dicho patrimonio.

Froebel era un maestro consumado en el empleo aparentemente objetivo de las cláusulas nominales: el juez y los espectadores estaban expectantes.

—¡Por el amor de Dios! —murmuró Harrison—. ¡No se referirá a mis donaciones españolas!

—Si has sido lo bastante tonto como para hacer alguna, seguro que sí —le contesté, nuevamente impresionado por la inocencia de Harrison.

Y, desde luego, las «donaciones españolas» eran precisamente a lo que se refería Froebel. Aportó como prueba las fotocopias de cuatro cheques, cada uno por mil dólares, extendidos a nombre de una agencia de suscripciones estadounidense que representaba al gobierno republicano español. Estaban datados el 10 de marzo, el 10 de mayo, el 2 de septiembre y el 7 de octubre, y todos llevaban la firma de Harrison A. Mack hijo.

El juez Lasker examinó las fotocopias y frunció el ceño.

—¿Usted firmó estos cheques? —le preguntó a Harrison, pasándole los documentos.

—¡Por supuesto! —gritó Harrison—. ¿Qué demonios me...?

—¡Orden! —exigió el juez—. ¿Acaso no sabe usted que el movimiento republicano está organizado por el Partido Comunista? ¿Dirigido por el Kremlin?

—¡Vamos, hombre! —imploró Harrison, pero yo le di un tirón y se sentó.

—Quisiera señalar —continuó Froebel con indiferencia— no sólo que regalar algo a los republicanos no difiere, en esencia, de regalárselo a Moscú, sino que esta agencia de suscripciones en concreto es una organización del Partido que se encuentra bajo la vigilancia del FBI. Yo diría que uno puede hacer una donación a los republicanos profesando un liberalismo honesto, aunque un tanto vago; pero uno no envía cheques a esta gente de las suscripciones salvo que sienta simpatías hacia el Comintern. El joven señor Mack, como muchos de nuestros ociosos aristócratas, tiene, me temo, la sangre azul pero el corazón rojo.

Creo que esta metáfora final fue lo que hizo que Froebel ganara el juicio. Vi a los reporteros prácticamente quitarse los sombreros a modo de homenaje antes de ponerse a garabatear aquellas palabras inmortales para la siguiente edición de sus periódicos. Incluso el juez sonrió con benignidad ante el tropo: me di cuenta de que éste había impactado directamente en el centro de sus prejuicios, y de que allí había encontrado una gran resonancia.

Estuvimos un rato discutiendo, pero ya nadie escuchaba con atención; todo el mundo repetía para sus adentros, con una sonrisa de autosatisfacción, que había

demasiados aristócratas con la sangre azul pero el corazón rojo. ¡*La sangre azul pero el corazón rojo!* ¿Cómo podía la mera justicia hacer frente a la poesía? Los hombres, creo, siempre se sienten más atraídos por el *bon mot* que por el *mot juste*, y los jueces, en la misma medida que los demás, se rigen con frecuencia por consideraciones más estéticas que legales. Hasta yo estaba bastante impresionado, y sólo lamenté que no contáramos con un jurado para abrumarlo con un fruto tan magnífico cosechado en el huerto de la abogacía. ¡*La sangre azul pero el corazón rojo!* ¿Cómo esgrimir la razón frente a la música? ¿Podía yo confiar en inclinar la balanza con la débil y poco convincente lógica, cuando Froebel tenía al Parnaso en su platillo? Podía advertirle al juez Lasker que, a través de la prensa, todo el país estaba pendiente de su decisión, al igual que toda Europa, pero sería en vano.

—Mi cliente, amante de la libertad y la dignidad humanas —afirmé—, hizo unas aportaciones a los republicanos oprimidos por la obligación moral, propia de todo norteamericano, de combatir contra los rebeldes que pretenden aplastar la independencia del espíritu humano y pisotear la libertad con sus botas llenas de clavos. ¿Cómo puede acusarlo de defender la anarquía y el derrocamiento violento cuando en un solo año ha dado cuatro mil dólares para apoyar al Gobierno español contra aquellos que quieren derrocarlo?

Así continué durante unos minutos, tratando de sacar algo de partido de la confusa situación de España, en la que los radicales eran el *status quo* y los reaccionarios eran los rebeldes. Quizá mi empleo de la retórica tuviera algo de admirable, pero yo sabía que el caso estaba perdido. Sólo Froebel, creo, escuchaba mis sofismas; el resto de la sala seguía oyendo lo de *la sangre azul pero el corazón rojo*.

Y el juez Lasker, como creo que ya he mencionado, era conocido por su conservadurismo. Aunque no era en absoluto un fascista —probablemente se sintiera neutral con respecto a la revolución española—, representaba el antagonismo automático de su clase social hacia cualquier cosa que se situara a la izquierda de la extrema derecha: un antagonismo que yo conocía bien y que solía enfurecerme cuando, antes de 1924, me interesaban cosas como la justicia social. Cuando al fin falló, falló a favor de Froebel.

—No importa si hay o no hay una diferencia entre las variedades de comunismo de Moscú y Madrid —afirmó—, ni si este tribunal aprueba o desaprueba las donaciones del acusado o la causa a la que fueron destinadas. El hecho es que la agencia de suscripciones involucrada es una organización comunista vigilada por el Gobierno, y una donación a esa agencia es una donación al comunismo. No hay ninguna duda de que el donante tiene ciertas inclinaciones hacia lo que dicha agencia representa, y lo que representa es el comunismo. El testamento que tengo ante mí estipula que si se demuestran tales inclinaciones, como se han demostrado aquí, se deben invertir los términos del documento. Este tribunal ordena que así se haga.

Así que éramos pobres de nuevo. Harrison empezó a sentirse mal, y cuando le ofrecí un cigarro estuvo a punto de vomitar.

—¡Es increíble! —graznó, sudando a causa de la impresión.

—¿Te rindes? —le pregunté—. ¿O quieres que apele?

Se aferró a esa esperanza.

—¿Podemos apelar?

—Claro —dije—. ¿No te das cuenta de lo ilógico que es el razonamiento de Lasker?

—¡Ilógico! ¡Es tan lógico que me ha dejado apabullado!

—No es nada lógico. Dijo que la agencia de suscripciones tenía inclinaciones comunistas. Tú le das dinero a la agencia; luego tienes inclinaciones comunistas. Es como decir que si le das dinero a una chica del Ejército de Salvación que resulta ser vegetariana, tienes inclinaciones vegetarianas. Los comunistas apoyan a los republicanos; tú apoyas a los republicanos; luego eres comunista.

Harrison se sintió enormemente aliviado, pero estaba tan débil que apenas lograba mantenerse en pie. Soltó una breve carcajada.

—¡Bueno! Eso nos pone de nuevo en liza, ¿no? Ja, por un momento pensé... ¡Dios, Toddy, me has vuelto a salvar el culo! ¡Maldito juez! ¡Ahora sí que los tenemos, tío!

Yo negué con la cabeza y él volvió a palidecer.

—¿Qué demonios pasa ahora?

—Apelaré la sentencia —dije—, pero supongo que perderemos de nuevo.

—Pero ¿por qué? ¿Cómo que perderemos de nuevo?

Soltó una carcajada y contuvo el aliento.

—Olvídate de la lógica —dije—. En realidad, la lógica no le importa a nadie. La gente toma decisiones basándose en los prejuicios que tenga sobre España. Creo que habrías perdido incluso aunque Froebel no hubiera usado esa metáfora. Tendría que convertir a Lasker al liberalismo para ganar este caso.

Después le expliqué que de los siete jueces del Tribunal de Apelaciones que revisaría el fallo, tres eran republicanos con una pronunciada tendencia antiliberal, dos eran demócratas bastante liberales, uno era un reaccionario «demócrata del sur», más antiliberal que los republicanos, y el séptimo, un demócrata tibio, tenía un punto de vista relativamente poco sesgado.

—Los conozco a todos —dije—. Abrams, Moore y Stevens, los republicanos, votarán en tu contra. Forrester, el demócrata del sur, votaría a tu favor si fuera una cuestión de partido, pero no lo es; se alinearán con los republicanos. Stedman y Barnes, los liberales, te apoyarán, y creo que Haddaway también, porque le caigo bien y porque detesta los desatinos lógicos de Lasker.

—¡Pero por Dios, eso son cuatro contra tres! —gritó Harrison—. ¡Eso significa que pierdo!

—Es lo que te he dicho.



—¿Y la Corte Suprema de Maryland?

—Eso no lo puedo predecir —dije—. Que yo sepa, no se han posicionado con respecto a España, y no los conozco personalmente. Pero han ratificado casi todos los veredictos importantes del Tribunal de Apelaciones en los últimos tres años.

Harrison estaba hundido.

—¡Es injusto!

Yo sonreí.

—Ya sabes cómo son estas cosas.

—¡Ya, pero joder!

Negó con la cabeza, pateó el suelo con impaciencia, frunció los labios y suspiró espasmódicamente. Me pareció que se iba a desmayar, pero no lo hizo, aunque apenas podía hablar. Lo cierto, claro está, es que una cosa —bastante fácil— es dar lo que el cardenal Newman llama «asentimiento conceptual» a una proposición como «no hay justicia», y otra muy diferente y mucho más difícil es darle un asentimiento «real», aprenderla dolorosamente, hasta el fondo, de una manera directa. Recuerdo que deseé que Harrison fuera lo bastante fuerte por lo menos para aprender algo de aquella cara derrota.

Apelé el fallo ante el Tribunal.

—Sólo para no cerrarnos ninguna puerta —expliqué—. A lo mejor se me ocurre algo.

Esa noche, antes de irnos de Baltimore, fuimos a cenar al club de Bill Froebel, que nos había invitado. Yo alabé su inspiración y él mi manera de retorcer la lógica. Harrison estuvo muy taciturno y, aunque bebió mucho, no quiso participar en la conversación. No estaba en condiciones de conducir. De camino a casa, me cogió del brazo y masculló:

—¡Tres millones de dólares, Toddy!

Yo lo miré con frialdad.

—Vamos, hombre —protestó—. Ya sé lo que estás pensando, pero tú deberías conocerme mejor. Yo no quiero el dinero como toda esa gente que se vuelve loca por el dinero. ¡Piensa lo que podríamos hacer nosotros tres con tres millones de dólares!

Era la primera vez, desde que Jane y yo habíamos reanudado nuestra relación en 1935, que Harrison había vuelto a hablar de «nosotros tres», como solía hablar antes.

—¿Un millón para cada uno? —le pregunté—. ¿O una cuenta conjunta?

Harrison se ofendió y durante todo el camino de regreso se sintió obligado a fingir que la pérdida de tres millones de dólares no afectaba en absoluto a su corazón filosófico. Yo lo observaba por el rabillo del ojo y me sentí tristemente maravillado ante su esfuerzo y su desorientación.

Al final se derrumbó, cuando estábamos atravesando el puente que cruza el río Choptank, a la entrada de Cambridge. El agua estaba blanca por la espuma que producían las olas y parecía muy fría. Justo delante, al final del bulevar en el que desembocaba el puente, Tomates Maravillosos de Morton, S. A. desplegaba su letrero

de neón rojo hacia el cielo, como una bandera, y sonreí. Las luces de la ciudad corrían junto a la orilla del río formando una hilera plana, desde el faro de Hambrooks Bar hacia la derecha, hasta llegar a la casa de los Mack en East Cambridge, con las ventanas de la planta baja, donde esperaba Jane, todavía iluminadas.

—Me rindo, Toddy —dijo secamente Harrison—. No soy ningún filósofo. La verdad es que en otra época podría haber sido feliz sin el dinero; hice que me desheredaran unas cuantas veces, ya lo sabes. Pero ahora que estaba tan cerca y parecía tan seguro...

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Ay, Dios... Janie y yo teníamos planes. —Enmudeció, emocionado, al mencionar los planes—. No sé cómo decirlo, joder. Ya no tengo ganas de seguir viviendo.

—¿Qué? —dije con desdén— ¿Y qué vas a hacer? ¿Colgarte en el sótano? Hay un clavo bastante largo ahí abajo, en una viga. Seguro que lo encuentras. Ya lo han usado. Y conozco una funeraria donde son capaces de dejarte con un aspecto muy presentable.

—Vale, vale —dijo Harrison—. No me importa lo que pienses. Ya te he dicho que no soy ningún filósofo.

—Olvídate de la filosofía —le dije—. Lo que te falta no es filosofía; lo que te falta es valor. Supongo que me vas a pedir que me case con Jane y que te recordemos siempre, ¿no? Te estás regodeando en tu desgracia, Harrison. Es un asco.

—Soy débil, Toddy —dijo él—. No puedo evitarlo. No creas que no me da vergüenza.

—Entonces para.

—No se puede parar así como así —protestó—. Ya hace mucho que no creo que la gente pueda cambiar.

—Lo que pasa es que no quieres parar.

—Claro que quiero. Pero no importa si quiero o no; no puedo. En algunos aspectos, soy débil, Toddy. No lo entiendes.

Al tirar mi cigarrillo por la ventana, saltaron unas cuantas chispas. Ya habíamos salido del puente y avanzábamos por la autopista de dos carriles en el gran coche de los Mack.

—Yo sé lo que es la debilidad. Pero tú te creas tus propias dificultades, Harrison. Es complicado porque nunca has pensado que fuera sencillo. Escucha. Un acto de la voluntad es la cosa más fácil del mundo; es tan fácil que da risa cómo la gente a veces hace una montaña de eso.

Harrison ya había dejado de lado la idea de lo que había perdido y estaba siguiendo mi argumentación.

—No te lo crees ni tú —dijo—. No puedes ignorar la psicología.

—No estoy hablando de la psicología —afirmé—. La psicología no me interesa. Actuamos como si pudiéramos elegir y, en efecto, podemos. Lo único que hay que hacer para ser fuerte es dejar de ser débil.

—Imposible.

—Nunca lo has intentado.

Y, ay, tampoco entonces quería intentarlo: eso era algo que yo veía con claridad. Fuimos a su casa para tomar una última copa. Jane conocía la noticia, por supuesto —Harrison se la había dado por teléfono—, y lloró un poco. Le dije tajantemente que ninguno de ellos me inspiraba la menor simpatía cuando se comportaban de ese modo.

—¿Y tú qué harías, joder? —me gritó, perdiendo la paciencia.

Me reí.

—Yo nunca he perdido tres millones de pavos —dije—, pero te puedo contar lo que hice cuando mi padre se ahorcó por perder unos pocos miles.

Entonces les conté, por primera vez, la historia de mi aventura con el coronel Henry Morton —historia, lector, que me detendré a contarte también a ti, antes o después, pero no ahora—. Había decidido que no quería que Harrison se obsesionara con el dinero: por lo visto, todavía no estaba preparado para ser fuerte por elección propia, de modo que le abrí el camino a convertirse en un cínico, a imitación de mí. Me parecía que ya estaba maduro para ello, en cualquier caso, y que quizá bastara con contarle esa historia.

No hay ninguna necesidad de ser débiles, lector: tal vez te sientas más libre de lo que te resultaría cómodo reconocer.

Cuando me marchaba, Jane me preguntó:

—¿No tienes nada en la manga, Toddy?

—No me comprometo a nada —dije—. Pero a Harrison no le viene mal creer que ha perdido tres millones de pavos, al menos durante un tiempo.

—¿Y él qué quiere hacer? —me preguntó, muy nerviosa—. ¿Te ha dicho algo ahora, cuando volvíais a casa?

—O se hace más fuerte o se cuelga —predije—. Si se hace más fuerte, no le importará conseguir el dinero o no, en realidad, y entonces no me molestaría que lo consiguiera. Si se mata por ello, me alegraré, en serio. Los cobardes me hacen sentir incómodo. Esto también va por ti. Todavía no estáis preparados para recibir tres millones de dólares. No os los merecéis.

Entonces me marché. Supongo que si alguna vez pierdo tres millones de dólares, me pondré a aullar como un poseso. O quizá no: no se puede saber hasta que las cosas pasan.

Bueno, la cuestión es que el caso del testamento dejó de salir en los periódicos; el Tribunal de Apelaciones no oiría nuestro recurso hasta seis meses después, como mínimo, aunque yo dudaba de que esperaran mucho más que eso. Mientras tanto,

Lizzie Mack, la madre de Harrison, no podía emplear la herencia del viejo (salvo para hacer frente a los gastos de la casa), aunque fuera temporalmente suya.

Llevé a cabo, durante los meses que siguieron, una investigación bastante intensiva sobre la personalidad de los jueces del Tribunal de Apelaciones, y lo que descubrí confirmó mi valoración inicial de la situación. Por lo que podía suponerse con toda esa información, Lizzie ganaría por cuatro votos contra tres si la vista se celebraba cuando se había previsto.

¿Y si no? Consideré esa cuestión, sentado en mi despacho, contemplando la pared que solía contemplar mientras pensaba, la de enfrente de mi escritorio. ¿Qué ventaja podía haber si la vista se retrasaba, en el caso de que hubiera alguna? ¿Y qué podía hacer yo para retrasarla? La ventaja era negativa: es decir, que yo estaba seguro de nuestra derrota en el caso de que no hubiera ningún retraso; si lo había, era muy probable que fuéramos derrotados igualmente, pero habría más tiempo para que sucediera alguna cosa. Me imagino que así es como se aferrará un condenado al aplazamiento de un día, esperando que algún dios aparezca a socorrerlo, y en la misma horca, con la soga al cuello, levantará la mirada al cielo y suplicará que acuda su salvador. ¿Quién sabe? Tal vez cuando queda colgando con la capucha puesta todavía espera, durante un instante de agonía, que las manos de Dios lo liberen, hasta que el nudo corredizo acaba con su cuello y con su esperanza con un horrible crujido. Desde luego, el nuestro era un problema de dinero, pero el principio era el mismo. Cuando llegara septiembre, quizá los republicanos hubieran ganado la guerra, o aquí se volviera peligroso apoyar a los fascistas, por la forma en que estaba actuando Hitler. Cuando llegara octubre, quizá Franco hubiera ganado, y entonces los pobres republicanos aplastados despertarían pena, al dejar de representar una amenaza. Podía pasar cualquier cosa que hiciera que contáramos con un voto más. En noviembre de ese año habría elecciones locales; quizá alguna cuestión hiciera que John Forrester, el demócrata reaccionario, quisiera aliarse a sus colegas más progresistas. Quizá...

Sonreí, quité los pies de la mesa y me dirigí al archivo. Busqué a todos los jueces, para ver cuánto tiempo llevaban en el cargo y los años que le quedaban a cada uno.

—Ah, Freddie Barnes, viejo putero —murmuré—. Así que te vas a tener que presentar de nuevo este año, ¿verdad?

Aquello no tenía demasiada importancia, ya que Roosevelt iba viento en popa y Barnes era un personaje popular en Maryland: sería reelegido sin problemas. De los demás demócratas, a Forrester le quedaban dos años, a Haddaway le quedaban cuatro y a Stedman le quedaban seis. Me fijé en los republicanos: a Abrams todavía le quedaban cuatro años; a Stevens, seis; a Moore...

—¡Vaya, vaya! —dije, sonriendo—. ¡Rollo, granuja! Ya te toca presentarte otra vez, ¿eh?

La señora Lake, a petición mía, se pasó el resto de la tarde llamando a diversas personas de Baltimore, algunas eminentes y algunas turbias, algunas honradas y algunas flexibles, algunas amistosas y algunas utilizables. A la hora de irnos yo era

uno de los pocos —quizá siete— que sabía con certeza que el juez Rollo Moore, pese al apoyo de los republicanos de Maryland, iba a perder, por un margen considerable, ante Joseph Singer, quien, Dios lo bendiga, era un progresista crónico aunque un tanto confuso; un hombre muy afín a Harrison.

¡Así que ganaríamos, casi con seguridad, si lográbamos retrasar la apelación hasta noviembre! No, hasta enero de 1938, cuando los nuevos funcionarios hubieran jurado sus cargos. ¡Casi un año! Me devané los sesos, a mi manera minuciosa pero carente de entusiasmo, para tratar de idear alguna estrategia para demorar el proceso, pero se me ocurrieron muy pocas y ninguna me pareció fiable. Lo que necesitaba era algo desconcertante, algo sencillo y a la vez intrincado, que yo pudiera complicar indefinidamente, si era necesario. No podía ser una cosa tosca: mi estrategia, fuera la que fuera, debía ser sutil, por mucho que sus motivos resultaran evidentes para los profesionales, o si no perdería el respeto, y probablemente el voto, de jueces como Haddaway, por ejemplo, cuyas decisiones con frecuencia se veían más influidas por cosas como la simetría y la elegancia lógica de un informe que por consideraciones más mundanas, como la ideología política del recurrente.

Ah, bobadas, no había nada que hacer. Pasaron los meses; llegó la primavera; agosto y el juicio pronto se nos echarían encima. Harrison sufría pero guardaba silencio. Jane lloraba un poco de vez en cuando, y en ocasiones no venía a mi habitación cuando la esperaba, pero guardaba silencio. Estaban aprendiendo; se estaban volviendo más fuertes, o tal vez fueran lo bastante ingenuos como para conservar una fe ciega en mí. Por lo menos, guardaban silencio al respecto, aunque a menudo los pillaba mirándome con intensidad, durante la cena o en cualquier otra situación. De hecho, se quedaban mirándome fijamente muchas veces, y en algunos casos ni siquiera se daban cuenta de que yo me daba cuenta.

Por mi parte, yo contemplaba la pared. En mi despacho, enfrente del escritorio, tengo una pared excelente para contemplar, y me dedicaba a contemplarla. La estuve contemplando durante febrero, marzo, abril y mayo, y durante la primera semana de junio, sin poder leer ni una sola idea en su superficie vacía.

Después, el calurosísimo 17 de junio de 1937, nuestra señora Lake, que por lo general era un modelo de decoro, entró en mi despacho sudando con un vaso de cartón lleno de café con hielo y lo dejó decorosamente sobre mi escritorio. Le di las gracias y, cuando se dio la vuelta para marcharse, se le cayó una servilleta al suelo. Entonces, cuando se agachó decorosamente para recogerla, de la manera menos delicada —ay, de la más indecorosa—, ventoseó prácticamente encima de mi café.

—¡Ay, disculpe! —balbuceó, y se sonrojó y se marchó.

Ah, pero el pedo quedó flotando en el aire húmedo tras la huida de la dama. Quedó flotando, cayendo lentamente, esparciéndose; confraternizó con el humo de mi cigarro, acarició con su aroma la piel interna de mi nariz, se acostó obscenamente sobre mi escritorio, entre mis informes y papeles. Estaba por todas partes, pero yo ya entonces había aprendido a convivir con la naturaleza y mis congéneres animales. A

través de su presencia densa e invisible estuve observando mi pared oracular, y esta vez la observación fue fructífera.

—¡Pero bueno! —grité.

Oí un leve ruido en la sala de espera.

—¡Señora Lake! —Fui a toda prisa hasta la puerta—. ¿Qué ha pasado con la mierda esa?

—¡Ay, señor Andrews! —gimió ella, y se tapó la cara con las manos. Harry Bishop y Jimmy Andrews miraron con escepticismo desde sus despachos.

—¡No! —dije yo, dándole unas vigorosas palmaditas en la cabeza—. No. Me refiero a los frascos de pepinillos del viejo Mack. ¿Dónde han estado todo este tiempo? ¿Dónde los guarda Lizzie?

—No lo sé —dijo la señora Lake, resollando y secándose los ojos.

—¿Cuántos eran? —Volví rápidamente a mi archivo, me puse a desordenarlo todo y al final logré encontrar el inventario de la herencia del señor Mack—. ¡Ciento veintinueve frascos, en la bodega!

—Bueno —comentó el señor Bishop, y volvió a su trabajo. Jimmy Andrews se acercó a ver qué pasaba.

—Llame a Stacia —le dije a la señora Lake—. No, joder, no, no la llame. Me voy corriendo a Baltimore. —Miré el reloj—. ¿Puedes llevarme al autobús, Jim? Creo que puedo coger el de las cuatro.

—Claro —dijo Jimmy.

Conduje como un loco; llegué al autobús con dos minutos de margen y pronto iba camino de Baltimore.

Eustacia Callader era una vieja sirvienta negra que trabajaba en la casa de los Mack y a la que yo había conocido durante el litigio. Prácticamente había criado a Harrison hijo y, aunque no dijera nada, estaba de nuestra parte en la disputa por la herencia, aunque no comprendía bien la controversia. Era con quien yo quería hablar. Llegué a Baltimore cuatro horas más tarde y me detuve en una tienda para comprar sobres y sellos, y después tomé un taxi en dirección a Ruxton, y me bajé en la entrada de la casa de los Mack. Acababa de ponerse el sol, y me escondí en la parte de atrás de la casa —fue todo bastante teatral— y me quedé esperando, supongo, a que Stacia saliera de la cocina por algún motivo. Era un plan extraño, pero también lo eran mi estrategia y mis sospechas. Cuando la enorme negra acabó saliendo, unos cuarenta y cinco minutos más tarde, y se dirigió a los cubos de basura, junto al gran garaje, pensé que su aparición era un buen presagio. La seguí hasta donde no pudieran oírnos desde la casa, y entonces la abordé.

—¡Pol el amol de Dioh, señol Andrews! —dijo, con una sonrisa inmensa—. ¿Qué ehtá haciendo aquí? ¿Viene a vel a Lizzie?

—Stacia, escucha —le susurré con urgencia—. Tengo una pregunta de cinco pavos.

Le di el billete de cinco y ella no pudo evitar soltar una risita.

—¿Dónde guarda Lizzie el abono del viejo? —le pregunté—. ¿Sigue en la bodega?

—¿El abono? —preguntó Stacia, sofocando la risa—. ¿Qué abono?

Entonces soltó una carcajada tan fuerte que me di cuenta de que no me había entendido.

—La mierda, Stacia —aclaré—. ¿Qué ha hecho Lizzie con todos esos frascos de mierda?

—¡Ah, así que eso eh el abono!

—Ciento veintinueve frascos —le dije—. Antes estaban en la bodega. ¿Siguen ahí?

Cuando Stacia logró dejar de reírse, admitió que no lo sabía, pero me prometió averiguarlo y decírmelo. Le planté un beso en la mejilla y me oculté entre unos arbustos de forsitias que había cerca de los cubos de basura, mientras ella regresaba a la casa para interrogar a los otros sirvientes que vivían allí. Yo estaba dispuesto, si era necesario, a sobornar fuertemente a alguien para que destruyera aquellos frascos de pepinillos sin que nadie se enterara, pero prefería no tener que dar ese paso, ya que daba lugar a posibles chantajes. En cualquier caso, me parecía muy improbable que la señora Mack hubiera ordenado que se los llevaran, aunque era justo eso lo que se me había ocurrido gracias al *faux pas* de la señora Lake.

Recibí una grata sorpresa, por lo tanto, cuando tres horas más tarde —pasada la medianoche— Stacia regresó lentamente para anunciarme que aunque los frascos seguían en la bodega, la semana pasada la señora Mack le había comentado a R. J. Collier, el viejo rengo y mugriento que cuidaba los jardines, que los botes, por lo visto, no estaban cerrados herméticamente, y había mencionado la posibilidad de deshacerse de la colección algún día. De hecho, Stacia había comprobado que con la llegada del calor, los frascos habían comenzado a oler considerablemente, y que el olor a veces ascendía hasta la planta baja. Dos días antes, R. J. Collier, por iniciativa propia, había apilado todos los botes en la esquina de la bodega más alejada de la puerta y los había tapado con una lona húmeda, con la esperanza de controlar aquel buqué, pero su experimento no había dado resultado. La señora Mack estaba cada vez más irritada con el asunto. R. J. Collier, ese mismo día, había sugerido que se destinaran los singulares restos de su difunto empleador a las flores de los jardines; a las zinnias, en concreto, le vendrían muy bien esos nutrientes, según afirmó. Todos los sirvientes consideraron que la sugerencia era más conmovedora que insensible, y también yo aprecié un toque poético en el sentido práctico del jardinero. Pero Lizzie se había mostrado evasiva.

—Escucha, Stacia —dije—. No debes decir ni una palabra sobre los frascos de pepinillos ni contarle a nadie que he estado aquí. Te voy a dar diez dólares, cariño...

—¡Hala, señor Andrews!

—Toma, diez pavos. Bueno, quiero que vigiles bien esos frascos. Estate atenta a cualquier cosa que les hagan Liz o R. J. Collier o cualquier otra persona. Mira, te voy

a dar todos estos sobres. Cada uno tiene un sello puesto y papel dentro. Está mi dirección escrita, así que escóndelos bien. Y cada vez que alguien cambie de lugar aunque sea sólo uno de esos botes, me escribes y me lo cuentas. ¿Has entendido?

Stacia soltó unas risitas y se estremeció y refunfuñó, pero yo estaba seguro de que me había entendido.

—Por el amor de Dios, no digas ni una palabra —volví a advertirle—. Si todo sale bien, Harrison te va a regalar un coche nuevo. Un descapotable amarillo. ¿Vale?

Stacia apenas podía mantenerse en pie de la risa, pero se metió los sobres en las profundidades de sus interminables senos y se marchó hacia la casa, negando con la cabeza ante mi evidente enajenación. Yo comencé a andar hacia la carretera y recorrí tres kilómetros hasta que encontré un teléfono. Al día siguiente estaba de nuevo en mi despacho, fumando cigarros y contemplando la pared. No me molesté en contarle a Harrison nada sobre mi viaje; al fin y al cabo, quizá no sirviera para nada.

Y salvo por los infrecuentes enfrentamientos con Charley Parks, el abogado de al lado, sobre el litigio originado en un accidente de coche —recordarás que lo mencioné antes, ¿verdad?—, no había hecho nada más, no había trabajado en ningún otro caso, desde entonces: hacía casi una semana. Me dedicaba a esperar la carta de Stacia y a pensar sin cesar en posibles planes de acción alternativos. Había decidido esperar hasta el 1 de julio. Si para entonces a los frascos no les había pasado nada, asumiría el riesgo de sobornar a R. J. Collier para que destruyera algunos.

Entonces, una mañana, llegó uno de los sobres que le había dado a Stacia con una carta suya dentro. Podía contener cualquier cosa, desde alguna bobada hasta la clave para conseguir los tres millones de dólares, y fue sólo como ejercicio disciplinario que pospuse su lectura hasta que hubiera leído las otras cartas y el folleto y hubiera llamado a Marvin Rose. Pero no te impondré tal disciplina a ti, lector. La carta decía así:

Señor Andrews. La señora Mack, ha puesto frascos de pepinillos en invernadero. R. J. Coler, ha puesto en zinas. Eustacia M. Callader. R. J. Coler, ha puesto 72 frascos en zinas.

EUSTACIA M. CALLADER

Metí la carta en el dossier con los demás documentos relativos al caso del testamento del señor Mack, guardé el dossier en el archivo y lo cerré con llave. Durante casi dos horas, estuve contemplando la pared, y después me marché de la oficina y me dirigí hacia la parte alta de la ciudad para mi cita con Marvin.

Una buena mañana de trabajo, lector: abrí unas cuantas cartas y guardé una en el archivo. Una excelente mañana de trabajo para ser la última mañana de la vida de uno, debo decir.

Mi amigo Harrison es tres millones de dólares más rico gracias a eso.





## 11. UNA OBSERVACIÓN INSTRUCTIVA, AUNQUE SOFISTICADA

El termómetro que había en la entrada de la redacción del *Banner* marcaba treinta y dos grados cuando pasé por delante, de camino a la parte alta de la ciudad. Se veía poca gente en la calle. Al lado del bordillo, frente a una gran funeraria, había aparcado un coche fúnebre negro. La puerta por donde se metía la carga estaba cerrada. Unos cuantos dolientes, junto a los empleados de la empresa, que iban todos vestidos de negro, estaban de pie en el patio, en silencio. Cuando me acercaba, una perra vieja —una labrador de Chesapeake Bay— saltó desde unas hortensias a la acera y se metió en el porche de la funeraria, seguida de cerca por un joven setter mestizo que no dejaba de dar brincos y de olisquear el aire. Vi a la labrador detenerse para sacudirse delante de la puerta; el setter se le montó encima al instante, con la larga lengua colgando. Justo entonces, la puerta se abrió y los portadores salieron con un féretro. Los perros les bloqueaban el paso. Algunos de los portadores sonrieron con cierta culpa; un empleado le dio una patada muy poco luctuosa al setter en los cuartos traseros. La perra, con dificultad, comenzó a salir del porche, con su amante todavía medio montado en ella, y se instaló en medio de la acera, cerca del vehículo. La pareja entonces reanudó su amorío bajo el ardiente sol, para bochorno de toda la gente, que fingió no darse cuenta de su presencia cuando se abrió la puerta del coche fúnebre y, con mucha delicadeza, depositaron el féretro en su interior.

Yo sonreí y seguí caminando. La naturaleza, o la casualidad, a veces dispone sus símbolos con mano dura. A veces puede parecer que quiere golpearlos en la cabeza con cosas como aquella escena, con su tosca celebración de la vida delante de la muerte, que era tan obvia que resultaba embarazosa. Uno se encuentra constantemente con un sol que sale de detrás de las nubes justo cuando el equipo local recupera la pelota; con ominosos truenos cuando uno está pensativo y taciturno en su casa; con espléndidos amaneceres cuando ha decidido corregirse; con un huracán que destruye la casa de un hombre malo, pero deja intacta la de su vecino bueno, o viceversa; con una calle que se llama «Carreras» y donde hay un letrero que dice *CIRCULE CON LENTITUD*; con una avenida en un cementerio donde se ve un cartel de *SENTIDO ÚNICO*. El hombre cuyas percepciones no son del todo rudimentarias, cuyo paladar está acostumbrado a los platos sutiles, sólo puede sonreír, incómodo, y seguir su camino, recordándose que el buen gusto es un invento humano.

Pero no es fácil mantener la paciencia ante la abundante ingenuidad del mundo. Por ejemplo, cuando llegué a la esquina de High Street y Poplar Street y me detuve a charlar un rato con el capitán Osborn y dos de sus amigotes, que estaban sentados en el banco de los holgazanes, frente a la tienda de George Melvin, tuve que aguantar un prominente cartel en el que se leía *HOMBRES TRABAJANDO* cerca de una alcantarilla abierta que había delante de ellos; un reloj senil en el escaparate de la tienda que, al

igual que la tienda y los ancianos, había dejado de marcar el paso del tiempo; un póster que, justo detrás de la cabeza del capitán Osborn, anunciaba un doble programa en el cine: *La vida comienza a los cuarenta* y *Capitanes intrépidos*; una paloma, ligeramente nerviosa, posada sobre una señal de PROHIBIDO APARCAR; y podría seguir hasta llenar toda una página. La verdad es que la tentación de emplear esos símbolos agotadores y prefabricados es difícil de resistir y pone a prueba la propia integridad, y estoy seguro de que si me dedicara a escribir relatos para ganarme la vida, mi capacidad de resistencia disminuiría. Recuerdo que una vez leí una historia que terminaba con el protagonista muerto en el suelo —no sé si había sido un suicidio o un homicidio— al lado de una caja registradora donde decía: AQUÍ SE REGISTRA EL IMPORTE DE SU COMPRA. La máquina, como cualquiera que estuviera familiarizado con las descomunales ironías de la vida podría haber previsto, marcaba cero, y yo, al menos, considero una señal de la falta de perspicacia del autor el hecho de que no pudiera ignorar aquella caja registradora, o hacer que marcara cuatro dólares con treinta y siete centavos o cualquier otra cifra carente de significado. De lo contrario, es demasiado fácil, como usar clichés.

Por lo tanto, lector, si alguna vez te encuentras escribiendo sobre el mundo, ten cuidado con no picotear de los numerosos y tentadores símbolos que éste te coloca en el camino, o te verás impulsado a decir cosas que en el fondo no quieres decir y a ofender a gente a la que sobre todo deseas entretener. Emplea, si puedes, la técnica de los portadores y la mía: sonríe, por supuesto —ya que unos perros follando resultan muy divertidos—, pero sigue caminando sin decir nada, como si no los hubieras visto.

## 12. UN CORO DE OSTRAS

Desde los puntos de vista social y económico, el capitán Osborn y sus colegas del banco de los holgazanes eran exclusivamente consumidores. Comían comida, llevaban ropa y fumaban cigarros, pero no producían nada. Se sentaban, inmóviles, en su viejo banco, como un fila de ostras ariscas, e ingerían con la vista todo lo que pasaba, pero sin participar. La vida de Cambridge pasaba a su lado y a través de ellos como el agua del mar a través de las branquias de las ostras: tomaban de ella los nutrientes que quisieran, digiriendo a las personas o los acontecimientos con un bufido o un comentario, pero nunca abandonaban su posición. Eran un coro de viejas ostras que observaban, imperturbables, los peces que entraban nadando en su campo de visión. Sus infrecuentes voces eran lentas, nasales, agudas y seniles.

Pasaba un descapotable azul brillante, por ejemplo, haciendo mucho ruido.

—¡Eh, ahí va el joven Mowb Henly! —comentaba uno.

—Menudo es ése —añadía otro—. El chico del viejo Mowb. Con ese chaval no hay nada que hacer.

—Pues no —coincidía un tercero.

—¡Eh, el chico del viejo Mowb! —repetía el primero, emitiendo un ruido sordo y ascendiendo hacia una risotada húmeda en la que se combinaban la alegría y la expectoración.

—Es igual que su viejo —afirmaba el segundo.

—Ya sabes lo que se dice —graznaba el tercero—. «De tal palo, tal astilla».

Entonces el primero se ponía a toser hasta casi ahogarse, con los ojos reumáticos enrojecidos y brillantes, con una sonrisa en la cara roja y llena de arrugas, con la saliva saliéndosele entre los dientes marrones y los delgados labios rojos, y vuelta al estribillo:

—¡Eh! ¡Prff! ¡Mmm! ¡Ouarrgh! ¡Ajem! ¡Ejm! ¡Uuuujrl! ¡El viejo Mowb Henly! ¡Ajem!

Llegaba unos minutos pronto, así que me senté en el extremo sombreado del banco —a los viejos les gustaba el sol— y estuve un rato escuchando su vetusta música. Poco después pasó el coche fúnebre transportando su carga, seguido por dos coches con los faros encendidos. La procesión se detuvo en la intersección y después continuó con el semáforo rojo y se dirigió al cementerio de Greenlawn, que estaba de camino al club de campo.

—¿De quién es el funeral? —pregunté.

—Pues de la mujer de Clarence Wampler, ¿no, Osborn? —dijo mi vecino de asiento, observando cómo se alejaba el coche fúnebre.

—Sí —asintió el capitán Osborn—. Murió el lunes por la noche.

—¿Ésa es la de Henry Street? ¿La que vino de Golden Hill? —preguntó el tercero.

—No, tú estás pensando en la mujer de Lewis Wampler —afirmó el capitán Osborn—. Tú estás pensando en Jenny Fairwell.

—¿La vieja Jenny? —graznó el primero—. ¿La vieja Jenny?

—La vieja Jenny —dijo el capitán Osborn, sonriendo y estirando la pierna—. Qué buena estaba.

—¡La vieja Jenny! —farfulló alegremente el primero.

—Ésta es la mujer de Clarence Wampler —explicó el capitán Osborn—. Vivía en Ross Street, al lado del arroyo.

—Es verdad —dijo el primero—. Me parece que era de la familia Canlon, ¿no?

—Vamos a ver —reflexionó el capitán Osborn—. Era la hija mayor de los Canlon. Debía de ser Louise Mae.

—Louise Mae Canlon. Joder, no era tan mayor, ¿no?

—Louise Mae Canlon —repitió el capitán Osborn—. Era la mayor de las hijas del viejo capitán Will Canlon, de Golden Hill. Louise Mae Canlon debía de tener veinte años cuando se casó con Clarence Wampler. Me acuerdo de que aquel año el viejo capitán Canlon perdió su goleta en el hielo. Entonces yo estaba justo empezando con mi propio barco, el *June Phillips*. Se lo compré al viejo George Phillips, de Fishing Creek. Sería 1885, creo.

—¿La goleta del capitán Canlon? —preguntó el tercer anciano, que había estado callado—. ¿Te refieres al *Samuel T. Brice*?

—No, ése era su barco anterior —afirmó el capitán Osborn—. Me parece que el *Samuel T. Brice* se quemó, una vez que estaba amarrado en Long Dock, en Baltimore. Éste era el barco nuevo del capitán Will. ¿Cómo se llamaba? Ah, *Laverne Canlon*. Por su mujer. Bueno, pues el capitán Will acababa de botarlo, completamente nuevo y reluciente, cuando hubo esa helada terrible en la bahía, y se congeló el agua, joder, y el hielo lo destrozó. En esa época no había rompehielos.

—Pues no —coincidieron los demás.

—Y yo estuve a punto de perder el *June Phillips* ese invierno, joder, ahí en Sharp's Island. El agua empezó a helarse tan rápido que se veía a simple vista cuando paraba el viento, joder. Después volvía a soplar y avanzábamos un poco más, haciendo crujir el hielo. Gracias a Dios, yo tenía un barbiquejo pesadísimo, porque le había dicho a Walter Jones que le pusiera una cadena bien grande cuando me estaba arreglando el barco, y de verdad que no sabía quién ganaría, si nosotros o el hielo. Gracias a Dios, soplaba el viento y nos hacía avanzar, haciendo crujir el hielo, porque no hay barbiquejo en el mundo que pueda romper ese hielo, te lo digo yo.

—¡Eh! —dijo el primero, sonriendo—. ¡Ya nunca hiela así!

—Y el viejo capitán Jamie Snyder, ¿os acordáis del capitán Jamie? El capitán Jamie Snyder va y me dice que ha visto a Walter Jones colocándole ese barbiquejo enorme al *June Phillips*, ahí en su patio, y va y me dice: «Osborn», me dice, «vas a necesitar a seis morenos en tu bote», me dice, «sólo para poder navegar como Dios manda». Bueno, pues yo le dije al capitán Jamie: «¡Capitán Jamie, a mí me parece

que este invierno va a helar!», le dije, «¡y prefiero llevar a seis morenos en mi bote que tener que abandonarlo y volverme a casa andando!».

—¡Eh!

—¡Pues sí!

—Bueno, pues no volví a pensar en ello —continuó el capitán Osborn—. Después llegó esa helada terrible, y el *June Phillips* tuvo que volver a casa haciendo crujir el hielo desde Sharp's Island —llegamos cuando ya era de noche— con aquel barbiquejo enorme mordisqueando el hielo como un cerdo flaco en un maizal y un montón de ostras apiladas en la proa para darle peso. Al día siguiente me encontré con el capitán Jamie ahí en el arroyo, mirando cómo el hielo había desgastado la pintura del tajamar del *June Phillips*, alrededor de la cadena, y sacudiendo la cabeza. «Osborn», me dice, al verme mirándolo, «no lo pensé en su momento», me dice, «pero tengo que admitir que tenías razón». «¿Por?», le digo. «Bueno», me dice, «¿sabes que ayer dejé el *B. John Gore* atrapado en el hielo, al lado de Horn Point, como un pececillo en una red? Y tuve que ir andando desde el *B. John Gore* hasta la granja de Sim Riley para pedirle un caballo, como habías dicho. Me has dado una buena lección, Osborn», dijo. Y entonces se echó a reír y me invitó a un trago, joder. ¡Así era el viejo capitán Jamie!

—¡El viejo capitán Jamie!

—¡Eh! ¡Ajem!

Pobre Louise Mae Canlon. Tal vez las ostras le cantaran otro día.

Me puse en pie para marcharme y entonces los mismos perros que le habían hecho los honores a la difunta señora Wampler se acercaron al trote hasta el banco de los holgazanes. La labrador se acercó al capitán Osborn para que le rascara la oreja. El setter, con las orejas gachas y la lengua afuera, llegó resollando e intentó, lleno de ardor, penetrarla desde un lado.

—¡Pero bueno, compañero! —bromeó uno de los viejos—. ¡Ésas no son formas!

—¡Buaj! —bufó otro, abochornado—. Míralos, míralos. Tiene el pito como el faro de Cedar Light. ¡Vamos, vamos!

—No le estropeéis la fiesta —los regañó el capitán Osborn con una sonrisa—. Pronto se hará viejo, o lo atropellará un coche. Que disfrute mientras pueda.

—¡Ji ji ji!

—¡Ah, buaj! ¡Prrrf! ¡Ajem!

El capitán Osborn incluso ayudó al setter levemente con el pie, empujando sus cuartos traseros hacia donde sus esfuerzos podrían verse recompensados. El setter se puso a ello mientras el capitán Osborn le rascaba la oreja a la labrador con mucho cariño y los otros se reían disimuladamente.

Yo también sonreí, y me habría quedado a mirar, pero ya eran casi las once y cuarto. Fui sonriendo todo el camino por Poplar Street hasta la consulta de Marvin Rose, pensando en animales *in coito* y en lo que había ocurrido en mi habitación el

día de mi decimoséptimo cumpleaños. A mi espalda, oía a las ostras ingiriendo la vida de Cambridge.

—¡Eh!

—¡Buaj!

—¡Ajem!

### 13. UN ESPEJO DE LA VIDA

Como mi madre murió cuando yo tenía siete años, crecí bajo la incoherente tutela de mi padre y de una sucesión de criadas y gobernantas. Mi padre siempre expresó su preocupación por mi bienestar y mi formación, pero bien por falta de posibilidades o de inclinación, casi nunca me hizo demasiado caso. En cuanto a las criadas y gobernantas, a algunas les caía bien y a otras no, pero todas tenían cosas de las que ocuparse mientras papá estaba trabajando, de modo que yo pasaba la mayor parte del tiempo solo.

Rara vez me portaba mal. Era callado, pero no asocial; reservado, pero no huraño; enérgico en ocasiones, pero casi nunca entusiasta. Me ponían pocos límites, pero no hacía falta ponerme más. Tenía (y tengo), por temperamento, una disposición a respetar las reglas; era extraño que desease algo que implicara su incumplimiento. Y debido a que muy pocas veces le di motivos de preocupación, mi padre sentía poca curiosidad por mis actividades.

Por lo tanto, cuando realmente quería hacer algo que estaba seguro que él desaprobaba, no me resultaba difícil hacerlo.

Mi vida sexual, lector, hasta los diecisiete años, fue tan poco espectacular que no vale la pena ni mencionarla. Hice todas las cosas en las que se deleitan los jóvenes antropoides cuando se van haciendo mayores; mis amoríos, en el instituto, se reducían a besos ardientes y con la boca abierta y a largas conversaciones subidas de tono, hasta que se produjo mi alianza con la señorita Betty June Gunter.

Betty June, a los diecisiete años, era una cosita delgada, casi esquelética, de lo más desgarbada y de rostro anguloso, con los ojos bonitos, los dientes torcidos, el pelo rubio y áspero, la piel fina y sin caderas ni pechos dignos de mención. No se la consideraba carente de atractivo, en mi pandilla, aunque perteneciera a una casta inferior. Betty June sacaba malas notas, pero era una chica muy animada y hablaba con bastante ingenio, lo cual denotaba una mente más vivaz que la de muchas chicas de la clase que tenían mejores resultados académicos. Además —y éste era su principal atractivo—, Betty June era sofisticada, mundana, informada, de un modo al que ninguna de las chicas completamente respetables que yo conocía se podía acercar. Su padre había muerto, y su madre... uno no sabía qué pensar de su madre. La chica tenía poco en común con sus compañeros de clase, sobre todo con las otras chicas, aunque había un par de excepciones notables: una o dos de las chicas más respetables afirmaban que era su amiga íntima. Los chicos la codiciábamos con la vista y de palabra, por supuesto, pero ella se comportaba de una forma tan enrollada y experta que nos hacía sentir torpes y avergonzados. Estoy convencido de que nos consideraba unos cachorritos.

Nuestra relación empezó cuando ella se enamoró de un tal Smitty Herrin, un soltero de veintisiete años que vivía dos casas más allá de la mía. Smitty ignoraba su



existencia, pero ella lo amaba con devoción, y aquel invierno cogió la costumbre de pasar un montón de tiempo en mi casa y en los alrededores, con la esperanza de que Smitty se fijara en ella alguna vez. Yo estaba encantado. Betty June me contó todos sus problemas, ¡y eran problemas graves y reales! Ninguna mujer había amado a un hombre, me parecía a mí, como ella amaba a Smitty, y sin embargo él la ignoraba. A ella no le habría importado nada de lo que él pudiera hacerle —podía pegarle e insultarla (¡una idea muy excitante cuando tienes diecisiete años!)— con tal de que aceptara su devoción, pero él la ignoraba. Por él incluso se habría dejado torturar (juntos imaginamos las torturas que estaba dispuesta a sufrir, sopesándolas con total imparcialidad); por él incluso habría muerto (analizamos al detalle diversas muertes muy desagradables), con tal de recibir una simple migaja de pasión. Pero Smitty permanecía ajeno a ella. Yo me mostraba violentamente simpático, y al ayudarla a expresar sus sufrimientos, descubrí que podía conversar de un modo más fácil y natural con ella que con ninguna otra persona que hubiera conocido: no sentía esa vergüenza que me anquilosaba con las demás chicas, ni la necesidad de impresionar que falseaba toda la comunicación con mis compañeros varones. Además, las cosas sobre las que hablábamos Betty June y yo pertenecían a un orden nuevo y excitante: me sentía maduro y sabio y confiado al comentarlas, y me di cuenta de que era capaz de pensar más generosa, compasiva y juiciosamente de lo que nunca había pensado.

De hecho, lector, debería decir que fue justo en aquel momento cuando perdí la inocencia. ¿Qué importancia tiene que al final le hiciera el amor? Betty June, la delgada flaquísima Betty, rompió el lacre de mi mente, que hasta su aparición había sido un instrumento más bien ocioso; me arrancó de mi virginidad espiritual, consistente en infantilismo e ingenuidad, y me abrió los ojos al mundo de los hombres y las mujeres, y lo hizo con delicadeza y con cariño. Qué virgen tan afortunado, yo, por caer en sus magros brazos y compartir sus patéticos problemas; lo que me arrancó, lo dejé atrás encantado.

Venía a casa casi todas las tardes, después del colegio, y se quedaba hasta que venía la gobernanta a preparar la cena. Los sábados, con frecuencia pasaba el día entero conmigo. Nos sentábamos solos, en el salón o en el estudio de papá —yo prefería el estudio—, y preparaba unas bebidas, añadiéndoles con frecuencia ron o whisky que robaba de la despensa. Y hablábamos y hablábamos y hablábamos, fácilmente, con empatía, combinando su experiencia con mi labia. Yo notaba cómo me expandía, me sentía madurar en la tina de su magra vida, veía cómo se tensaban los músculos de mi raciocinio y mi entendimiento. No tengo ninguna manera de saber cómo se sentía Betty June, si percibía la fuerza que iba creciendo en mi interior o me consideraba sólo un potrillo inofensivo.

Pero, ay, había momentos en que, no siendo ya un potrillo, me sentía un garañón en cada centímetro de mi cuerpo, y observaba el suyo delgado sobre el sofá, y casi me temblaban las ventanas de la nariz. En aquellos momentos me avergonzaba.

Sospechaba que, si la abordaba, nuestro peculiar entendimiento desaparecería. Además —se abría el abismo, el misterio—, ¿y si me aceptaba?

—Se te está derritiendo el hielo —observaba Betty June, y yo me refugiaba en mi copa.

Hasta entonces —finales del invierno, tal vez febrero—, había sido bastante objetivo con respecto a todo el asunto. Comprendía que Betty June estaba enamorada de Smitty; que en mí sólo veía a una especie de hermano de espíritu; que tanto ella como Smitty eran personas a las que, en el fondo, yo no respetaba; que, en realidad, uno de sus atractivos principales era su *posibilidad*: el hecho tentador de que, a diferencia de la mayoría de las chicas de mi pandilla, Betty June tenía experiencia, y por lo tanto no era completamente imposible que...

¡Cuántas noches dolorosas y sudorosas entregué en el altar de esa posibilidad!

Una tarde, yo estaba sentado en el sofá de cuero del estudio de papá y ella se me acercó para encenderme el cigarrillo. Sostuvo la cerilla con destreza, y mientras yo le daba una calada al cigarrillo, me pasó la mano libre por el pelo, como en broma. Le agarré el brazo al instante; ella se rio y cayó sentada en mi regazo. Me quité el cigarrillo de la boca y le planté un violento beso en los labios. Ella se puso un poco nerviosa, medio en broma, pero no se apartó, y la volví a besar apasionadamente una y otra vez. Apenas podía creer la suerte que tenía; no era capaz de hablar. Betty June seguía riéndose en voz baja, y no sólo me permitía besarla sino que también ella me besaba —¡ninguna chica me había hecho eso!—, y me pellizcaba, y me acariciaba con la nariz, y me cogía las orejas, la nariz y las cejas suavemente con los dientes. Empecé a toquetearle los escasos pechos con torpeza, convencido de que me iba a dar una bofetada, pero ella se estiró y no puso objeción alguna. ¡Increíble! Me puse las botas. A las tres y media se marchó, dejándome atónito ante mi buena suerte.

A partir de aquel día, nuestra relación cambió. Ella seguía considerándome inofensivo, estoy seguro, pero ahora jugábamos en vez de hablar. Era estupendo. Al final de cada tarde, yo transgredía los límites que ella había marcado tácitamente, y le suplicaba que se me entregara, confiando en que no lo haría. Y entonces ella se iba.

¡Cómo cambió mi punto de vista! Me despojé de mi objetividad y la lancé a un rincón, al igual que hice con su camisola. Llegué a aborrecer a Smitty; a despotricar contra él para mis adentros, ya que Betty June no permitía ni la menor crítica; a idear sofisticados planes para causar su perdición. Lloraba frenéticamente cada vez que ella hablaba de su amor por él, y ella me apretaba la cara mojada contra sus pequeños pechos. Yo consideraba mi amor —que nunca había sido plasmado en palabras— como algo inviolable, inalcanzable; un intercambio apasionado y virginal entre dos almas. Iba por ahí con aspecto lánguido, distraído, meditabundo, melancólico. Mis amigos mantuvieron una respetuosa distancia; ninguno, creo, supo nada de las visitas de Betty June. Nos consideraba almas perdidas, condenadas por las Moiras (Cloto, Láquesis y Átropos; recuerdo que leí algo sobre ellas y lo adecuado de sus nombres me hizo llorar) a no consumir jamás nuestro amor, separadas por compromisos

previos y barreras de posición y casta (¡puedes estar seguro de que esto es algo que nunca le mencioné a ella!), *et cetera, et cetera*.

Así fue hasta el 2 de marzo de 1917, el día de mi decimoséptimo cumpleaños. No esperaba a Betty June hasta la tarde, y había decidido pasar la mañana —no debía tener clase— demoliendo el desgastado armazón de mi barco inconcluso, que todavía estaba pudriéndose en el jardín trasero. Pero en cuanto se fueron papá al juzgado y la gobernanta a la casa de su hermana, como siempre hacía, Betty June entró en la casa corriendo, llorando como loca. La abracé con fuerza, y como no se tranquilizó, le agarré los hombros y la sacudí con fuerza. Eso funcionó. Siguió sollozando y lloriqueando, pero con menos violencia.

—¿Qué te pasa? —le pregunté, tan asustado por sus emociones que me sentí mal y me empezaron a temblar las rodillas.

—Smitty está casado —gimoteó.

—¿Qué?

Asintió con la cabeza, resollando y estremeciéndose.

—Se casó en secreto con Mona Johnston hace un año —dijo—, y todo este tiempo yo he estado...

—¡Cállate! —le ordené—. ¡No se te ocurra decirlo!

Había decidido ser fuerte.

—Y ahora la ha metido en un lío, y los familiares de ella los están obligando a anunciarlo.

—¡Bien hecho! —dije con severidad—. ¡Se lo merece, por cabrón!

—¡No! —Betty June rompió a llorar de nuevo—. ¡Se ha alistado en el ejército, porque ya no soporta a Mona! ¡Lo van a mandar al extranjero, Toddy! ¡No lo volveré a ver nunca más!

Amenazó con derrumbarse por completo.

—¡Mala suerte! —dije con desprecio, muy orgulloso de mi nueva fuerza.

Betty June corrió al estudio y se dejó caer sobre el sofá. Yo solté un suspiro, fui a la despensa y di un buen trago de bourbon, directamente de la botella. Me escaldó el estómago y me hizo arder la sangre. Le di unos minutos a Betty June para que llorara (y se preguntara qué estaba haciendo yo); después le di otro trago al bourbon, me atraganté con él, dejé la botella en su sitio y entré en el estudio, caminando con precisión. Betty June tenía los ojos rojos y me miró con incredulidad.

No dije nada (no hubiera sido capaz aunque hubiera querido). Me senté delicadamente en el extremo del sofá y le abrí la blusa de un tirón. ¡No estaba para tonterías!

—No me la rompas —gimoteó Betty June, recobrando la compostura.

—Eso es problema tuyo —gruñí, y la besé con violencia—. ¡Si no quieres que te la rompa, quítatela tú!

Ella se incorporó en el sofá de inmediato y se quitó la blusa y la camisola. Yo me levanté y me quedé mirándola, impasible.

—¿Vas a parar ahí? —le pregunté sarcásticamente, por puro formalismo.

Betty June me miró un momento con una expresión nueva en el rostro. Después se puso de pie, se desabotonó la falda y la dejó caer al suelo. Se quitó rápidamente las enaguas y, sin la menor duda, los zapatos, las medias y las bragas, y se quedó desnuda ante mí. Por suerte, tuve bastante presencia de ánimo como para abrazarla al instante, de modo que no pudiera verme.

—Llévame arriba —murmuró.

Ahora que al fin se presentaba la oportunidad, me quedé paralizado. ¡Llevarla arriba! Me puse a buscar alguna excusa honrosa.

—¿Y si viene alguien? —refunfuñé.

—Me meto corriendo en el baño —dijo ella. Evidentemente, no era ninguna novata en esas lides—. Vamos, coge mi ropa.

Se apartó de mí y corrió, toda piel rosácea, hacia las escaleras. Recogí la ropa del suelo y la seguí, aterrado; poco después, en mi habitación, llena como un museo de las reliquias de mi infancia, ella se sumergió de lleno en ese ambiente infantil y me besó, quise creer, por haberla convertido en custodia de mis primeros años. Yo tendría que haberla besado, ya que ningún chaval calentorro ha recibido jamás instrucciones más diestras. Con las mujeres he tenido una suerte fuera de lo común, aunque desde luego no ha sido por mérito propio.

Lo que sigue es indiscreto, pero es lo esencial de la historia.

Un chico de diecisiete años es insaciable. Su lujuria es un tallo de hierba alto que, aplastado una y otra vez bajo el cortacésped, vuelve a erguirse, verde e indomable. Se excita con rapidez y es fácil de complacer, y vuelve a excitarse rápido. Los procedimientos de aquella actividad eran nuevos para mí, por lo que lloré como un bebé, balé como una cabra, rugí como un león. Pero llegó un momento, desde luego, en que aprendí la lección y me comporté como un semental...

Y entonces miré el espejo de mi armario, que estaba a nuestro lado —un espejo excepcionalmente grande, que reflejaba nuestras imágenes al completo y a tamaño natural— y ahí estábamos: la cara de Betty June hundida en la almohada y sus esqueléticas nalgas apuntando hacia el cielo; y yo, desgarbado y larguirucho como un galgo y rebuznando como un burro. ¡Solté una tremenda carcajada!

—¿Qué pasa? —preguntó Betty June con aspereza.

Yo me partía y me revolcaba de la risa, y no podía parar.

—¡No sé qué te parece tan divertido!

No fui capaz de contestarle. No podía consolarla, tratar de detener su llanto nervioso, aunque juro que lo intenté. No pude ayudarla, pues no podía contenerme. Seguía aullando y resoplando de la risa mucho tiempo después de que Betty June se hubiera largado enfurecida y por última vez de mi cama, de mi habitación, de mi casa. Me estuve riendo durante toda la comida, para sorpresa (y subsiguiente irritación) de papá. Me reí aquella noche al desvestirme.

He dicho que mi experiencia en Argonne, no mucho después, fue la segunda de dos demostraciones inolvidables de mi animalidad. Ésta fue la primera. Para mí, no hay nada que sea tan cómico, y de una manera tan consistente, profunda y trascendental, como vernos a los animales durante el acto de la copulación. Lector, si eres joven y quieres que el amor dure; si durante el rapto del coito sientes que tú y tu amada sois modelos para un Fidias, no incluyas entre los ornamentos de tu nido de amor un buen espejo, ya que un espejo sólo puede reflejar lo que ve, y lo que ve es cómico.

En fin. Nunca volví a reírme de la pobre Betty June, porque unos días después de mi cumpleaños me alisté en el ejército. A Smitty lo mataron; a mí no. Mona Johnston se casó con algún otro. Betty June, según me enteré al regresar del frente, se había hecho prostituta durante la guerra, primero en Cambridge y después —cuando, tras el armisticio, ya no era patriótico acostarse con soldados— en Baltimore. La siguiente vez que la vi fue en circunstancias completamente distintas. No he oído hablar de ella desde hace años.

Puedes pensar que no tengo corazón —ojalá fuera cierto—, pero incluso al escribir esto ahora, treinta y siete años más tarde, y aunque llevo en el corazón a la lastimera Betty, a la generosa Betty, no puedo quitarme aquel espejo de la cabeza; pienso en él y no consigo evitar sonreír. Al ver una pareja de cangrejos, de perros, de personas, incluso a la encantadora y grácil Jane... no puedo terminar, lector, no puedo sujetar la pluma: sufro convulsiones; me pongo a reír hasta las lágrimas, hasta llenar de lágrimas la página.

#### 14. BOTELLAS, AGUJAS, CUCHILLAS

Una buena costumbre para adquirir, si te interesa disciplinar tu carácter, es la costumbre de abandonar tus costumbres. Para empezar, abandonar tus costumbres voluntariamente de vez en cuando te ayuda a evitar ser coherente (creo que ya he explicado las ventajas de la coherencia limitada); además, te ayuda a evitar ser más esclavo de lo necesario. ¿Fumas? Deja de fumar unos años. ¿Te peinas con raya a la izquierda? Intenta no ponerte raya. ¿Duermes sobre tu lado izquierdo, a la derecha de tu esposa? Duerme boca abajo y a su izquierda. Tienes cientos de costumbres, relacionadas con tu forma de vestir, con tus modales, con tu manera de hablar, con tu alimentación, con tus ideas, con tus gustos estéticos, con tu comportamiento moral. Abandónalas de vez en cuando, voluntariamente, y créate otras nuevas para sustituirlas durante una temporada. A veces esto te ralentizará, pero poco a poco te irás sintiendo más fuerte y más libre. Por supuesto, no abandones todas tus costumbres. Conserva algunas para siempre; de lo contrario, serás coherente.

Al decidir ir a ver a Marvin Rose para que me hiciera un reconocimiento médico, estaba logrando dos cosas al mismo tiempo: pedirle cita era algo extraordinario, y ese hecho le daba un elemento incoherente a mi último día de vida, que había decidido vivir de manera rutinaria; y al mismo tiempo, estaba abandonando una costumbre de trece años consistente en no ir a médicos.

Marvin Rose me había atendido por última vez en 1924, cuando me recetó algo para la infección de la próstata. En ese momento acababa de matricularme en la Facultad de Derecho y él estaba haciendo la residencia en el hospital Johns Hopkins; habíamos estado juntos en una fraternidad en la universidad, y éramos bastante amigos, aunque no íntimos. Fui a verlo una mañana terrible —borracho, ensangrentado, semiconsciente, dolorido— al ambulatorio de aquella vieja colmena marrón. Él me lavó, me dio no sé qué pastilla y quizá incluso me pusiera una inyección. Y cuando acabó, me dijo:

—Quédate aquí unos días, Toddy.

Quise negarme, pero me desmayé; cuando recuperé la consciencia, estaba hospitalizado, y al cabo de unas horas examinándome —¡dolorosamente!—, descubrieron la infección. Aunque en el momento no fui consciente de ello, las palabras de Marvin habían puesto fin a una etapa de mi vida, ya que cuando me dieron el alta en el hospital, un mes más tarde, era una persona completamente distinta. Cuando entré tambaleándome, era un animal borracho; cuando salí andando, era un santo. La historia no es ni religiosa ni larga.

De todos los ruidos que he oído a lo largo de mi vida, uno de los más fuertes, en mi recuerdo, es el pequeño chasquido que hizo mi bayoneta en el cuello del sargento

alemán, ese sargento con quien quise pensar que mi alma se había hermanado durante un tiempo. Si fuera lo bastante tonto como para intentarlo, estoy seguro de que podría cerrar los ojos y oír ese chasquido tan claramente como lo oí entonces, y el suave deslizamiento del metal por su garganta. Para un ruido como ése, treinta y seis años son un abrir y cerrar de ojos.

De las voces humanas que he oído, una de las más claras, en mi recuerdo, es la voz grave y somnolienta, con acento de Misuri, del capitán John Frisbee, el médico del ejército que me examinó tras un ataque al corazón que antecedió a mi licencia. Esto es lo que me dijo exactamente:

—¡Pero bueno, cabo, lo que tú tienes es una endocarditis! ¿Cómo demonios has podido entrar en el ejército, muchacho? Eres demasiado joven para sufrir un ataque al corazón, ¿no te parece?

Negó con la cabeza, me examinó de nuevo para asegurarse y después escribió su informe, que me explicó con tanta delicadeza como sus modales, toscos por naturaleza, le permitían.

—La endocarditis no es tan terrible, hijo. Es lo que te ha afectado a los dedos. Pero no tendrías que haberte alistado. No va a empeorar, de todas maneras. Lo malo es que es posible que en algún momento tengas una infección de miocardio, y eso probablemente te mate. Puede ocurrir en cualquier momento; puede ocurrir dentro de un año, o no ocurrir nunca. Pero más vale que lo sepas. No me parece bien andarse con secretitos y esas gilipolleces.

¿Puedes entender —ni puedo ni quiero explicarlo— que me sentí aliviado? Decir que el chasquido me había perturbado sería simplificar en exceso, pero... bueno, me sentí aliviado, y punto, al enterarme de que cada minuto de mi vida podía ser el último.

Mi primer impulso, cuando me dieron la licencia, fue irme corriendo a casa lo más rápido posible, para despedirme de papá y de mi ciudad antes de morir. Cada vez que el tren reducía la velocidad en un cruce, yo me ponía nervioso, convencido de que nunca llegaría a Cambridge con vida. Papá me recibió con mucho cariño, y parecía tan contento de tenerme en casa sano y salvo que no tuve valor para contarle la trágica noticia de inmediato, aunque, por supuesto, no debía esperar mucho, o mi súbita muerte lo pillaría por sorpresa. Decidí jugármela y esperar una semana, que pasé muy inquieto y sin hacer nada, vagando por aquella gran casa, incapaz de concentrarme.

Pero al concluir la semana, cuando una noche papá me llamó a su estudio, y yo decidí contárselo ahí mismo, él se me anticipó y empezó a hablar.

—Alegra esa cara, Toddy —debía de tener un aspecto de lo más lúgubre—. No te he llamado para echarte una reprimenda, como hacía cuando vivía tu madre. Lo que tengo en la cabeza es algo serio, pero no solemne.

Estaba muy afectuoso. Me dio un cigarro, y yo me senté en el sofá de cuero y empecé a fumármelo.

—Todd, lo primero que quiero que hagas, si te parece bien, es tomarte unas vacaciones, desde ahora hasta el otoño. No te sientas obligado a quedarte aquí si no te apetece; ve adonde quieras ir. Para tus gastos, tienes un buen puñado de dinero en bonos Liberty que te ingresé en el banco cuando estabas fuera.

Escuché lo que decía esperando que mi corazón aguantara hasta que hubiera terminado, para poder explicarle.

—Y después, cuando llegue septiembre, nada podría hacerme más feliz que que fueras a la universidad, hijo —dijo, y sonrió—. No tiene por qué ser a Johns Hopkins, pero debo decir que últimamente, los tipos más brillantes salen de ahí. Y después, si de verdad quieres darme una alegría, estudia derecho. Y hazlo bien, en una facultad de derecho, no en un despacho, como hice yo. Pero insisto, no tiene por qué ser derecho. Lo que sí quiero, hijo, es que vayas a la universidad después de tomarte unas vacaciones. ¡A ver si puedes gastarte todo lo que tienes en la cuenta antes de septiembre!

Tengo que decir que en aquel momento mi padre me pareció una maravilla. Su preocupación por mí, la extraordinaria (tratándose de él) diplomacia de su planteamiento, su generosidad... todos éstos, ahora me doy cuenta, eran sentimientos comunes, no eran infrecuentes, en sí mismos; pero en aquella época yo también era un joven muy común, y los sentimientos de mi padre, aunque no tuvieran nada de excepcional, eran excepcionalmente fuertes. Noté cómo mi achacoso corazón se me subía a la garganta. Me quedé sin habla.

Al verme dudar, papá se dedicó a su cigarro. Quizá su sonrisa se quedó un poco rígida, pero no desapareció.

—No me contestes —dijo entonces—. No digas nada todavía, ni que sí ni que no.

—No —protesté yo—. No, es que...

—Ni una palabra —insistió papá, nuevamente seguro de sí mismo—. ¡Qué bruto que soy! ¡Mira que llamarte aquí, sin previo aviso, y tratar de organizarte toda la vida! ¡Menudo hijo serías, ahora que lo pienso, si aceptaras una cosa tan drástica sin pensártela un poco antes! —Otra vez estaba de muy buen humor—. Bueno, y ahora lárgate —me ordenó alegremente—. Vete a coger una buena curda o algo así, como debe hacer un veterano. No quiero oír ni una palabra sobre el tema al menos hasta mañana, si no hasta la semana que viene. ¡Vamos, vamos, largo! —concluyó, y fingió que se concentraba en algo que tenía sobre el escritorio.

Bueno, pues estuve un par de días preocupado —y él también, el pobre, ya que pensaba que no me había gustado su propuesta— y al final decidí que, como a fin de cuentas seguía vivo, y podía vivir algunos meses más, no me costaba nada darle una alegría a papá matriculándome en la universidad; tendría la satisfacción de saber que había hecho todo lo que podía hacer un padre. Además, ¿para qué contarle lo de mi corazón? ¿Para qué hacerlo sufrir por ello, si la cosa no tenía arreglo?

—Voy a ir a Hopkins, papá —le anuncié una mañana, durante el desayuno—. Y después a la Facultad de Derecho de Maryland, si estás de acuerdo. Y no sé si está



bien que te pregunte esto, pero me gustaría mucho, cuando termine, poder instalarme aquí, como hiciste tú, quizá como socio de tu bufete.

Papá no dijo nada. Estaba tan contento que se le humedecieron los ojos, y tuvo que doblar su servilleta y levantarse de la mesa sin haber acabado de desayunar. Yo me sentí muy feliz de haberle dicho lo que le había dicho.

Así que fui a Johns Hopkins y seguí el plan de estudios preparatorio para la carrera de derecho. A sugerencia de papá, me metí en una fraternidad —la Orden Beta Alfa, una organización sureña— y empecé a vivir en la casa de la fraternidad. Debo decir que si uno tiene que ir a la universidad en las condiciones en que fui yo, el comienzo de los años veinte era un momento excelente para hacerlo. Me parecía que prácticamente todos los miembros de mi fraternidad esperaban, como yo, morir en cualquier momento, ya que vivían cada día como si fuera a ser el último. Su forma de vida encajaba a la perfección con mis sentimientos, y pronto fui uno más entre ellos. A veces pasábamos varios días seguidos borrachos. Prendíamos fuego a los aseos masculinos de los clubes nocturnos, encendíamos los braseros que había en la calle, llevábamos vacas a cualquier lugar inesperado. Discutíamos y peleábamos, alterábamos el orden público, pasábamos noches en la cárcel durmiendo la mona. Llevábamos mujeres a pasar la noche a la casa, infringiendo las normas de la universidad y de la organización —*strippers* de clubes nocturnos, prostitutas, señoras excéntricas, chicas universitarias— y pagábamos multas por ello; algunos fueron expulsados justificadamente de la universidad. Organizábamos adúlteros viajes de fin de semana a Washington y a Nueva York, fiestas en las playas de Beaver Dam y Betterton, y una vez montamos una magnífica cacería de ranas toro en los pantanos de Dorchester, al sur de Cambridge. Nos caíamos de automóviles que iban a toda velocidad y acabábamos en el hospital; de vez en cuando, incluso nos batíamos en duelo por cuestiones de honor y acabábamos en el hospital. Uno de nosotros murió en un accidente de coche, borracho. Dos de nosotros se vieron obligados a casarse con chicas que habían dejado embarazadas sin darse cuenta. Tres de nosotros tuvieron que abandonar la universidad, obligados por sus enfurecidos padres. Uno de nosotros se suicidó con somníferos y en la autopsia se descubrió que era sifilítico. Tres de nosotros se convirtieron en alcohólicos crónicos. Quizá unos doce de nosotros fueran expulsados de la universidad por suspender demasiadas asignaturas.

¿Acaso esto suena como una parodia de la vida estudiantil de comienzos de los años veinte? Se trata, sin duda, de algo muy fácil de parodiar, pero recuerda que las parodias no surgieron de la nada: las escribieron personas que resistieron a este modo de vida. A mí también me suena como una parodia, pero así es como era.

Una cosa más, que tal vez distinguiera a mi pandilla de otros grupos similarmente llenos de vitalidad de estudiantes en otras universidades de la época: aquellos que no suspendíamos ni fuimos expulsados logramos adquirir una educación; es difícil permanecer durante un tiempo en Hopkins y no adquirir una educación. Éramos los que seguimos la auténtica tradición de la fraternidad y, hasta cierto punto, de la

universidad: la *Studentensleben*, a la manera de las antiguas universidades alemanas. Bebíamos mucho, salíamos mucho, estudiábamos mucho y dormíamos poco. Hincábamos los codos antes de los exámenes, bebíamos café solo, mascábamos cigarrillos, tomábamos benzedrina... y leíamos libros, nos examinábamos unos a otros durante días, y leíamos más libros y nos hacíamos más preguntas. Los que suspendían no formaban verdaderamente parte de nosotros: el objetivo era beber la mayor cantidad posible de whisky, fornicar con la mayor cantidad posible de chicas, dormir lo menos posible y sacar las mejores notas posibles. Yo, al menos, agradezco que el estudio formara parte de la diversión, porque de lo contrario no me habría molestado en estudiar, sabiendo que no iba a vivir lo bastante como para terminar la licenciatura. Desde luego, la mayoría no recordaba nada dos días después del examen final, pero algunos sí que recordábamos algunas cosas. Eran los profesores, las mentes sofisticadas e independientes de Johns Hopkins, la madurez, la falta de restricciones, la atmósfera de Homewood, lo que regaba las semillas de la razón en nuestros maltrechos cuerpos; la sabiduría desinteresada que se negaba a fijarse en nuestras ridículas personas en la aulas; que hablaba, por decirlo de algún modo, para sí misma, y que apenas pareció sentir interés cuando algunos de nosotros comenzamos a escuchar apasionadamente.

Sobreviví a 1920, a 1921, a 1922, a 1923. En verano me quedaba en la casa de la fraternidad y trabajaba de albañil, de vendedor de cepillos, de obrero en una fábrica, de socorrista en una de las piscinas de la ciudad, de profesor particular de historia, incluso, y una vez hasta cavando zanjas. Para mi gran sorpresa, seguía vivo el día de mi graduación, aunque no llegué del todo sobrio, y viví lo bastante como para marcharme de Gilman Terrace con mi diploma, pálido, débil y educado. Había perdido diez kilos, innumerables prejuicios, mucho provincianismo, la castidad (lo que quedaba de ella) y la fe en Dios. Había ganado resistencia al alcohol y al trabajo; la capacidad para recibir palizas; familiaridad con ciertos juegos de naipes, la alta sociedad y las casas de putas; el gusto por el arte y el marxismo; y una costumbre de pensar que, con el tiempo, me haría perder el interés por este último. Los años que pasé en la universidad son, al menos para mí, tan interesantes como el tiempo que estuve en el ejército, pero no hay en ellos nada que no haya mencionado y que sea relevante aquí.

Como al final del verano seguía vivo y necesitaba algo que hacer, seguí adelante con mi plan y comencé a estudiar en la Facultad de Derecho de la Universidad de Maryland, en el centro de Baltimore. Ya no vivía en la casa de la fraternidad: en un arrebatado de idealismo adolescente había propuesto modificar la constitución de la orden para que se admitiera a negros y judíos, logrando que cayera sobre mi cabeza la justa cólera de la Beta Alfa. En cambio, tenía una habitación maravillosa en la cuarta planta de una antigua casa adosada —en su momento, debió de ser un palacio— en Monument Street, muy cerca del hospital Johns Hopkins; una habitación que me había recomendado Marvin Rose. Mis vecinos y compañeros eran estudiantes de

medicina; el ambiente era intenso y estaba electrizado por todo lo que nos esforzábamos con los estudios y lo agotados que los estudios nos dejaban; quizá fuera mucho más serio que antes (puesto que ya nos habíamos licenciado), pero no más sobrio. Con Marvin, fui en ambulancias durante el turno de noche, aprendí primeros auxilios, desarrollé el estómago suficiente como para poder presenciar carnicerías que estaban al nivel de la de Argonne, hice el amor con algunas enfermeras y extrañas pacientes y bebí.

Leí a los jueces Holmes y Cardozo, y a los filósofos del derecho españoles e italianos; estudié derecho penal, los agravios, los testamentos, latín jurídico. Con los estudiantes de medicina, los logros, la competencia e incluso la brillantez seguían siendo parte de la diversión: yo trabajaba mucho, bebía mucho, leía mucho y dormía poco. Cuando me licenciaron del ejército, pesaba ochenta kilos; cuando me licencié en Hopkins, pesaba setenta y dos; al final de mi primer año en la Facultad de Derecho, mi peso había bajado hasta los sesenta y cinco.

—Más fácil para los que tengan que llevar el féretro —me dije a mí mismo, ya que nadie más sospechaba lo de mi corazón damocleciano.

Una noche, a mediados de diciembre de 1924 (creo que era la última noche antes de las vacaciones de Navidad tanto de la Facultad de Derecho como de la de Medicina), Marvin y algunos de sus colegas propusieron salir por la ciudad, y como tenía treinta dólares, acepté. Tenía especiales ganas de beber porque llevaba todo el día con unos extraños dolores agudos en la parte baja del abdomen, demasiado abajo para ser apendicitis. Caminar un rato no los había aliviado, y tampoco tumbarme, de modo que estaba deseoso de someterme a una agradable anestesia general.

—A cenar —anunció Marvin, y los seis nos montamos en dos taxis rumbo a Miller Brothers', donde pedimos cangrejo imperial. Estuve sufriendo dolores durante toda la cena.

—A beber —anunció más tarde, y cogimos un autobús rumbo a un bar clandestino que había cerca del hospital, frecuentado por estudiantes de medicina, y nos emborrachamos un poco. Estuve temblando y retorciéndome de dolor.

—*Divertissement!* —anunció alguien unas horas más tarde. Éramos cinco, para entonces, ya que Marvin se había ido al ambulatorio, donde tenía que hacer guardia durante el resto de la noche, y nos dirigimos a una casa de placer de la que alguien había oído hablar y que estaba situada en North Calvert Street, a medio camino de la universidad.

Fuimos en un taxi. Alguien puso algo en la botella de whisky de la que bebíamos todos; no soy toxicólogo, por lo que no puedo decir de qué se trataba. Cuando nos apeamos, nos comunicábamos a gritos y con malos modales, y estábamos al borde de la impotencia. En la siguiente media hora estuve a punto de desmayarme dos veces, no debido al alcohol, sino al dolor terrible que tenía en el abdomen. Estaba impaciente por irme con una mujer, porque al margen de la bendición que supondría acostarme, tenía la ebria noción de que el sexo quizá me aliviara los dolores.

Alguien debió de elegir por mí; estoy seguro de que no vi a la chica con la que subí las escaleras. Tampoco me importaba en absoluto cómo fuera.

—¡Toddy! —me gritó, sin embargo, uno de mis compañeros desde el otro extremo del pasillo, justo cuando mi chica y yo estábamos entrando en una habitación—. ¡Espera!

—No —le contesté educadamente.

—¡Espera! —volvió a gritar mi amigo, y vino a trompicones por el pasillo, arrastrando a una chica tras él—. Tengo aquí a una dama que te conoce desde hace tiempo, tío.

—Ah —dije yo, y entré en la habitación en la que me esperaba mi chica.

—¿Cómo que «Ah»? —protestó el estudiante de medicina, entrando detrás de mí—. ¿Cómo te vas a ir con una desconocida teniendo a una vieja amiga aquí mismo? Te la cambio.

La otra chica le pidió disculpas a la mía, explicándole que la habían llevado a rastras.

—Más vale que os aclaréis rápido —chilló mi chica— o voy a llamar a Cozy para que os ponga de patitas en la calle.

Me dejé caer sobre la cama, tan mareado que estaba a punto de vomitar. Me sentía como si una aguja caliente, una bayoneta caliente, me estuviera perforando... ¿el hígado? ¿El bazo?

Después me vi de pie en el centro de la habitación, aferrado a uno de los postes de la cama para no perder el equilibrio, y Betty June Gunter, por la que no parecía que hubiera pasado el tiempo desde 1917, estaba sentada en la cama, con un cigarrillo en la mano y una pantufla colgándole del pie, sonriéndome con expresión burlona.

Ya veía; de hecho, me sentía mucho más sobrio, pero tenía unos dolores que casi me hacían delirar.

—Me alegro de verte, Toddy —dijo sarcásticamente Betty June.

—No voy a hablar, si no te importa —dije con prudencia—. Habría tantas cosas que decir que no acabaríamos nunca, y si te parece bien, me...

Lo que pasó entonces fue que me desmayé. Después, Betty June se había quitado su vestidito de puta y yo la estaba abrazando. Si seis años dedicada a la prostitución la habían cambiado, no pude notar en qué. Recuerdo que deseé estar completamente sobrio y no sufrir dolor alguno para intentar apreciar la grotesca coincidencia de aquel encuentro, y poder también hablarle de una manera coherente. Me daba la impresión de que me estaba desmayando cada pocos minutos a causa del dolor. En cierto momento, me preguntó:

—¿Te duele mucho, Toddy?

—Me estoy muriendo, joder —admití.

Entonces ella se inclinó sobre mí, frotándome el pecho y los brazos con alcohol.

—¿Qué coño es esto?

—Es una atención de la casa —dijo, sonriente.

Luego se armó un barullo tremendo en el pasillo y en el piso de abajo. Pensé que mis amigos médicos estaban destruyendo el prostíbulo.

Me acordé de mi plan original para aliviar el dolor, pero por lo visto no había modo de llevarlo a cabo: el dolor había acabado con mi virilidad. Estaba sudando.

Ahora Betty June se encontraba sentada a mis pies, y me estaba haciendo un masaje en las piernas con el alcohol. Su trabajo no había hecho que mejoraran sus pechos, observé, pero tampoco que se le endureciera la mirada. Deseé estar sobrio para poder juzgar mejor lo que sentía hacia mí. Desde luego, parecía que me tenía cariño. ¡Qué increíble coincidencia! Me pregunté si sabría que Smitty había muerto.

—¿Sabes que Smitty ha muerto? —dije.

Su expresión, una sonrisa fruncida, no cambió. Sus bonitos ojos seguían el recorrido que hacían sus manos al masajearme las piernas.

Lo que le dije al final, en voz bastante alta, ya que el ruido procedente de fuera era incesante, fue:

—Joder, cariño, te debo una disculpa. Ojalá no me doliera tanto para poder hacértelo bien, sin reírme. Aquella vez en mi habitación, te juro que...

En ese momento, todavía sin cambiar en absoluto de expresión, Betty June vació toda la botella de alcohol en el peor lugar posible.

Yo solté un aullido y salté de la cama; me agarré y rodé por el suelo. ¡Qué dolor monstruoso! ¡La suma de ambos era inconcebible! Para empeorar aún más las cosas, Betty June, todavía sonriendo, se dejó caer encima de mí, y empezó a pegarme con la botella de alcohol, muy tranquila, poniendo toda su escasa fuerza en cada golpe, y aunque yo lograba parar casi todos sus ataques, el impacto de la botella contra mi brazo o mi codo era bastante doloroso. Conseguí quitármela de encima de un empujón, pero levantarme estaba más allá de mis posibilidades. Estaba furioso.

Para entonces, Betty June ya había roto la botella, y vino hacia mí amenazándome con el afilado cuello. Yo esquivé el golpe y le di con fuerza, pero aquélla era una pelea que no podía ganar. Cada vez que paraba uno de sus ataques, me hacía un corte en el brazo, en los nudillos, en la palma de la mano. Cuando al final logré agarrarla de la muñeca derecha, se puso a darme patadas y a morderme. Lo que yo quería, lo que estaba intentando, era romperle el brazo, para que no pudiera seguir atacándome. Eso era lo que procuraba hacer cuando la habitación se llenó de gente.

—¡Cozy! —gritó Betty June.

Hubo un estrépito. No me atreví a soltarle el brazo a Betty June, aunque estaba demasiado débil para rompérselo. Los dos estábamos cubiertos de sangre. Yo sentí ganas de dormir; tuve un fuerte impulso de decirle: «Seamos amigos», y de quedarme dormido agarrado a su pobre bracito, ahí en el suelo. *¿Por qué todo esto no será un velero?*, recuerdo que me pregunté mientras sentía aquel dolor que me martirizaba; en ese caso, podría despreocuparme del timón y de las velas, y el barco iría a barlovento y navegaría solo y yo podría dormir.

Cozy debía de ser un matón muy competente. Me atrevo a decir, por las circunstancias y el dolor adicional que noté en la parte posterior del cuello cuando me desperté, que me pegó en la nuca, pero ni siquiera sentí el golpe. Cozy me había metido en el asiento de atrás de un coche que había aparcado por ahí y me había dejado en el suelo. Tenía la camisa y los pantalones y los zapatos puestos, más o menos, pero no los calzoncillos, ni la corbata, ni los calcetines, ni la chaqueta ni el abrigo. En el brazo herido me habían puesto, de cualquier modo, un poco de cinta adhesiva —el jefe de Cozy no había querido que yo muriera cerca de su local— y como no había ningún vaso sanguíneo importante afectado, ya casi había dejado de sangrar, pero no antes de mancharme toda la ropa. El cuello me palpitaba con fuerza; seguía escociéndome por efecto del alcohol, aunque no tan intensamente —¡qué minutos espantosos!— y el misterioso dolor original seguía sin remitir.

Al cabo de un rato, salí del coche arrastrándome. Todavía tenía el reloj de pulsera: eran las cuatro de la mañana. ¿En qué parte de la ciudad estaría? Fui avanzando por la calle junto a las casas adosadas, tanto para apoyarme como para protegerme del frío, y llegué hasta la lámpara de gas que había en una esquina. Como suele ocurrir en los barrios más pobres, los carteles indicadores que había cerca de la lámpara estaban rotos. Di la vuelta a la esquina y recorrí, muy entumecido, infinidad de manzanas sin encontrarme con nadie, junto a una infinidad de casas adosadas, todas idénticas, carentes de rostro y de rasgos particulares, con sus escalones de mármol que recordaban a dientes irregulares y parecían sacados de una pesadilla. Entonces ocurrió la segunda coincidencia de la noche: yo había estado andando por una calle sin iluminar, silenciosa y oscura como un rincón lejano del universo; estuve a punto de caerme al suelo al doblar una esquina y justo me encontré con Monument Street: civilizada, brillantemente iluminada, llena de automóviles y tranvías incluso a las cuatro de la mañana. La mole victoriana y marrón del hospital Johns Hopkins se alzaba justo al otro lado de la calle, vomitando constantemente ambulancias hacia la ciudad y tragándose otras que llegaban. Una ráfaga de luces y una sucesión de olores fuertes, y de repente me hallaba sentado en una silla, en un pasillo del hospital. Había una luz muy fuerte; el suave trajín de las camillas, las enfermeras, los ordenanzas; el amortiguado tintineo del instrumental médico y el cristal; risas a lo lejos; actividad, frenesí, todo en torno a mi silla, donde yo me sentaba agarrándome la cabeza. Todo el mundo estaba despierto en el hospital; me sentí tan seguro que quise vomitar.

Marvin Rose estaba diciendo:

—Quédate aquí unos días, Toddy.

Después me encontré en una habitación —había dormido mucho y ya no tenía tantos dolores— y cuando abrí los ojos, una esbelta enfermera me estaba sujetando el brazo izquierdo. Antes de poder explicarle algo que sentí que necesitaba explicarle con urgencia, la aguja había hecho el horrible y pequeño sonido punzante (más sentido que oído, desde luego) en la piel blanca de mi antebrazo, y me desmayé una vez más.

Me atrevo a decir que hay pocas cosas más desagradables para un hombre que una biopsia con aguja. Ese espantoso instrumento desveló el secreto de mi dolor al médico que me atendió: una grave infección en la próstata, algo de lo más infrecuente en un hombre de veinticuatro años. Y mi salud en general estaba muy deteriorada. Me quedé ingresado un mes, con pocas cosas que hacer además de pensar.

Éstas son las cosas en que pensé durante las largas horas que pasé acostado e inmóvil, con los ojos cerrados: mi muerte inminente e instantánea; lo fútil, en mi caso, de hacer planes y proponerme metas; la tensa sonrisa de Betty June (no se había reído); el sonido de los pinchazos en la piel. A veces pensaba de un modo coherente y otras, de una manera confusa, pasando de un tema a otro y vuelta a empezar. No se me ocurriría tratar de distinguir las causas de los efectos en lo que pensé aquel mes, pero cuando al final me dieron el alta, estaba firmemente convencido de que ya estaba «fuera de juego»; es decir, que los propósitos, los objetivos, los entusiasmos del mundo de los hombres no eran los míos. Mi postura había sido errónea, concluí: el hecho con el que tenía que vivir no podía soslayarse por medio del whisky ni de la violencia, ni siquiera del trabajo. Lo que tenía que hacer, razoné, era mantenerlo ante la vista todo el tiempo; vivir sobriamente con él, mirándolo a los ojos. Mi nueva postura incluía algunas cosas más, relacionadas con el reordenamiento de ciertas abstracciones, pero no son relevantes aquí. Los efectos visibles en mi conducta eran principalmente los siguientes: seguía bebiendo, pero ya no me emborrachaba. Fumaba, pero sin nerviosismo. Me iba a la cama con mujeres sólo en los raros casos en que eran ellas quienes tomaban la iniciativa, y entonces era concienzudo pero desapasionado. Estudiaba y trabajaba de una manera dura y constante, pero ya no intensamente. Hablaba menos. Inicié, muy en serio, lo que se convertiría en un largo proceso consistente en tomar el control sobre mí mismo: la sustitución de pequeñas debilidades muy concretas por pequeñas fortalezas muy concretas, contemplando las primeras con la misma desaprobación carente de resentimiento con que uno contempla una mota de polvo en la manga de su chaqueta antes de eliminarla sin darle mayor importancia. Inconscientemente, comencé a ver a mis congéneres humanos como animales más o menos pacíficos entre los que, por lo general, era seguro andar (siempre y cuando uno respetara ciertas reglas aceptadas tácitamente), o como una colonia de lunáticos más o menos tranquilos entre los que, por lo general, era seguro vivir (siempre y cuando uno se adaptara, al menos en apariencia, a ciertos aspectos de su locura).

Ha habido otros cambios en mi actitud durante mi vida, pero ninguno alteró mi conducta y mis modales de una forma tan radical como éste. No me implicaba con nada; nada me conmovía; era un santo. Creía estar en la misma posición que esas mariposas sudamericanas que, incapaces de defenderse por sí mismas, imitan el aspecto de las especies más numerosas entre las que viven: muy apropiadamente, el

de las llamadas «nauseabundas» danais, que se mantienen a salvo gracias a lo mal que saben y huelen. Al menos al ir por la calle, yo tenía que fingir que era como todas las demás mariposas, pero en el fondo sabía que era de otra especie, quizá de una menos nauseabunda.

Continué, por lo tanto, estudiando derecho, como parte de ese fingimiento; por prescripción de Marvin, comencé a tomarme una pastilla de dietilestilbestrol al día; y empecé a esperar el momento de mi muerte con más tranquilidad. En mis buenos momentos, meditaba, desinteresadamente, sobre esa sonrisa tensa y fruncida que tenía en el rostro aquel ser humano femenino que había tratado de matarme. Y, durante los siguientes trece años, aunque la próstata seguía causándome frecuentes dolores, dejé de compartir dichos dolores con los médicos. ¿Quién ha oído hablar de un santo que pidiera a gritos la ayuda de un médico?

—¡Bueno, bueno, bueno! —gritó Marvin (en 1937) cuando entré en su consulta. Se frotó las manos alegremente—. ¿Vienes a casa a morir? ¿Qué va a ser, Toddy? Joder, ¿estás embarazado?

—Un simple reconocimiento médico, Marv —dije yo.

—¿Te vas a hacer un seguro, tío? Estoy dispuesto a mentir por ti. Joder, te practicaría hasta la eutanasia.

—No es asunto tuyo. Vamos, reconóceme.

Pero antes nos fumamos un cigarro, y Marvin se puso a recordar la época de Baltimore. Cuando iba a empezar a reconocirme, le dije:

—Quiero pedirte una cosa, Marvin.

—¿Dónde está el cuerpo? ¿Qué es lo que has hecho, Todd?

—Reconóceme todo lo que quieras —le dije—, pero no quiero que me digas ni una palabra sobre nada de lo que veas o descubras; ni siquiera cambies de expresión.

—Si prefieres, puedo llamar a Shirley y que te examine ella, nenaza. ¿Prefieres que no te reconozca yo?

—No, pero escribe el resultado —le dije sonriendo— y mándamelo por correo o déjalo en el hotel. La cuestión es que no quiero saber nada en absoluto, al menos hasta mañana. ¿Vale?

—Tú eres el médico —dijo Marvin con una sonrisa.

Entonces procedió a reconocirme, sin dejar de hablar mientras me medía y me pesaba y me revisaba los ojos, los oídos, la nariz, la garganta y los dientes. Después me desnudé hasta la cintura, y con el estetoscopio, el reloj y el esfigmomanómetro comprobó el estado de mi corazón, mi pulso y mi presión sanguínea, conservando siempre en el rostro la expresión neutra que yo le había pedido. Después me dio unas palmaditas en el pecho y en la espalda, escuchando para tratar de detectar alguna posible congestión, y me tocó las vértebras. Por último, me quité los pantalones y los calzoncillos y me dio unos golpecitos en la rodilla, para ver si padecía ataxia



locomotriz, me palpó en busca de alguna hernia y comprobó si tenía hemorroides o pies planos, todo sin modificar su expresión en absoluto.

—¿Hacemos análisis de sangre y de orina? —me preguntó.

Le proporcioné una muestra de orina, pero me negué a que me sacara sangre.

—¿Cómo va la próstata? ¿La cuidas?

—Sin problemas —contesté.

—Aquella vez fue terrible, ¿verdad? Te juro que te la quería cortar, Toddy; no hubieras podido soportar más punzadas. Pero el chiflado ese de Hodges —¿te acuerdas de él, que estaba haciendo la residencia?—, ese año se había peleado con O'Donnell, el cirujano, por temas políticos, y no dejaba que operaran a nadie. ¡Maldito Hodges! ¡Te juro que era capaz de tratar de amputarle una pierna a alguien con su medicina interna, joder! ¡Vaya gente! —Apuntó algunas cosas en un formulario y lo metió en un sobre—. Aquí tienes, colega, tus lamentables resultados. ¿Y si hacemos una pequeña biopsia con aguja? Para echarle un vistazo a esa infección, a ver cómo va, y que te pongas a pegar saltos y alaridos.

—Mejor déjalo —le dije, y empecé a vestirme.

—No quieres saber nada de la aguja, ¿verdad? ¿Y cómo quieres que sepa qué te pasa? ¿Y si hacemos unas radiografías, para que la factura sea un poco más alta?

—Hazme llegar el informe en cualquier momento a partir de mañana —le dije, aceptando que Marvin me diera fuego para volver a encenderme el cigarro—. Por favor, sé discreto con todo esto, Marv.

—No te culpo —dijo Marvin, acompañándome hasta la puerta con el brazo sobre mis hombros—. A mí también me daría vergüenza. —Nos dimos la mano—. Bueno, Toddy, joder. No tardes tanto en volver. Y escucha, si la próstata empieza a dolerte, te la cortaré. Deberías vigilártela.

Yo sonreí y asentí con la cabeza.

—¿Qué me dices? Vente al hospital el lunes a que te haga unas radiografías y te la puedo cortar muy limpiamente.

—Espera hasta el lunes —le dije—. Pero espera sentado.

Nos despedimos y Marvin volvió a su consulta para tumbarse en la camilla de exploración a dormir la siesta. Era (he tardado mucho en decirlo) un hombre bajito y fornido con el pelo rubio y ralo, la piel sonrosada y venitas rojas en las mejillas. Sus brazos y manos tenían tanta carne que parecían a punto de estallar, como las salchichas cuando se las hierva demasiado tiempo. Sería estupendo poder continuar diciendo de las grandes manos de Marvin que, aunque tenían un aspecto bastante torpe, en cuanto se introducían en unos guantes de cirujano, adquirían la destreza y la delicada fuerza de las de un violinista. Ésta es la clase de cosa que uno oye habitualmente. Pero la verdad es que esas manos de aspecto torpe, cuando se introducían en unos guantes de cirujano, seguían siendo bastante torpes, ya que dependían de unos brazos ligeramente torpes y, en última instancia, de un cerebro un tanto torpe. La verdad es que la extraordinaria Hopkins no produce infaliblemente

médicos intachables; la verdad, ay, es que de hecho yo me mostraría muy reacio, aunque no me opusiera a ello por una cuestión de principios, a permitir que mi excelente amigo Marvin me practicara una incisión con sus cuchillas no del todo certeras. El cariño no tiene por qué suprimir la objetividad.

## 15. ESA SONRISA FRUNCIDA

No se puede pasar página sin dedicarle a esa sonrisa tensa, a la sonrisa fruncida de Betty June, un poco más de atención. La mera ebriedad y el mero dolor no son excusa para no haberme dado cuenta, hasta que ella me atacó con la botella, de que le había hecho a Betty June algo que justificase que me asesinara (por cierto, estoy bastante seguro de que era Betty June la que estaba en el prostíbulo de Calvert Street, aunque, desde luego, yo estaba borracho). Ella quiso matarme, ahora me doy cuenta, por haberme reído aquella vez en mi habitación.

Así es como yo lo entiendo: esa mañana de 1917 se había enterado de que Smitty Herrin, a quien se sentía entregada sin reservas, había estado todo ese tiempo casado con Mona Johnston, de Henry Street, y la había dejado embarazada. En un acto de desesperación, Betty June había venido a verme y había intentado — inconscientemente, diría yo— reafirmar su ego herido entregándome su cuerpo como un regalo, magro receptáculo para mi inocencia. Pero en el paroxismo del coito yo me había reído, de un modo tan violento que me había quedado sin potencia, a tal punto que ni siquiera había sido capaz de restañar su llanto. Ella había dado por hecho que me estaba riendo de ella, de algo ridículo de ella, aunque esto no era *particularmente* cierto. Y entonces... ¿qué? Smitty y yo nos alistamos, él murió y ella se hizo prostituta. En otras circunstancias, quizá, ella habría podido racionalizar su conducta, considerándola primero un gesto patriótico y después una manera de ganarse la vida por medio de «la profesión más antigua», pero tenía mi risa resonando en sus oídos para recordarle, cada vez que se desabrochaba su vestido ante un nuevo cliente, que había algo ridículo en ella y en lo que estaba haciendo. Para muchas personas, Betty June entre ellas, esta sospecha resulta casi intolerable. Por lo tanto, siete años más tarde, cuando ya está tan profundamente atrapada por ese trabajo y por todos los vicios que lo acompañan que no es fácil que escape de él, siete años más tarde me presento yo, borracho y jaranero, en su prostíbulo —y con un aspecto que sin duda a ella le pareció de persona adinerada y engreída—, acepto que sea mi puta sin decir una palabra y sólo después, tras permitir que me masajeara el cuerpo, menciono con un vago arrepentimiento la vez en que me reí de ella.

¿No crees que probablemente fuera así? Si no, no puedo entender su deseo de asesinarme (aunque debo decir, pese a que no puedo explicarlo, que si no hubiera mencionado el tema, creo que Betty June se habría prestado al coito que yo había pagado). Lo interesante, en mi opinión, no es que quisiera matarme —incluso la simple vergüenza por haber sido descubierta allí podría explicar eso—, sino que yo no me diera cuenta de inmediato; que se me pasaran por alto las implicaciones evidentes de esa sonrisa fruncida.

Y esto es lo que quería decir, porque lo considero bastante importante (incluso urgente, joder) para entender toda esta historia: con mucha frecuencia, las cosas que

son evidentes para otras personas no lo son para mí. Este hecho no me molesta especialmente, salvo cuando me impide ponerme a salvo de animales peligrosos como la pobre Betty. La única explicación verosímil que se me ocurre es que cuando interpreto cualquier situación, por lo general me imagino unos cuantos significados posibles, con frecuencia discordantes y algunas veces contradictorios. ¿Por qué, por ejemplo, no podría haber ocurrido que Betty June, tras siete años dedicándose a la prostitución y varias experiencias desgraciadas, hubiera llegado a ver, como yo, el carácter esencialmente grotesco de todo ese asunto del sexo y, al encontrarse conmigo, hubiera decidido demostrarme que estábamos de acuerdo con una cópula extraordinaria, con lo cual ambos nos hubiéramos reído a carcajadas durante un buen rato? O, de un modo menos teatral, ¿por qué no podría haber ocurrido que se hubiera olvidado de lo que sucedió en mi habitación y que estuviera sonriendo sólo por lo borracho que yo estaba, o porque iba a abrazarme con alcohol isopropílico? ¿O, de un modo menos amable, que al darse cuenta de mi impotencia, sonriera ante la idea de ganar siete dólares a cambio de algo tan poco voluptuoso como un masaje? No pretendo defenderme: es muy probable que otra persona hubiera percibido en esa situación factores que descartaran estas alternativas; o, quizá, otra persona no se hubiera imaginado estas alternativas en absoluto. Creo sinceramente que para la mayoría de los hombres (y para cualquier mujer), las intenciones de Betty June habrían sido evidentes. Para mí no lo fueron.

Por otra parte, algunas cosas que para mí están muy claras resultan incomprensibles para los demás, lo cual está en el origen de este capítulo, si no de todo el libro.

## 16. EL ALMUERZO DEL JUEZ

Harrison y yo teníamos la costumbre de almorzar en una pastelería de Race Street, junto a la antigua ópera. El propietario era un juez que trabajaba en un juzgado de sucesiones, un tipo encantador que se negaba, por razones puramente estéticas, a servir platos calientes: no le gustaba nada que su establecimiento oliera a comida. Esta muestra de integridad habría bastado para atraerme al local, pero el dueño tenía un buen puñado de opiniones similares: como yo, tenía la costumbre de justificar su conducta con razones sólidas, poco ortodoxas y, con frecuencia, *post facto*, razones que solía manifestar con todo detalle y en voz alta a sus clientes habituales, pues estaba ligeramente sordo.

Fue allí donde me dirigí al salir de la consulta de Marvin. Race Street ardía bajo la polvorienta luz del sol, y había poca gente en la calle. Algunos niños sucios jugaban al pilla-pilla sobre los escalones anchos y agrietados de la ópera, pasando por encima y por debajo de la barandilla metálica de color marrón que iba hasta la destartada taquilla. En los dos abigarrados y avejentados contramuros del frontispicio lleno de arcos había pegados unos carteles que anunciaban LA ORIGINAL Y SIN PAR ÓPERA FLOTANTE DE ADAM.

Hasta que no entré en la pastelería —hasta que el juez, bajito, atildado, calvo y con una flor en el ojal, no me saludó y yo le contesté con mucha educación que parecía un millonario—, no recordé que, si así lo decidía, podía hacer que mi amigo Harrison ganara casi tres millones de dólares. Puede parecer increíble que una cosa así pueda olvidársele a uno como si nada, pero eso fue lo que estuvo a punto de ocurrir. Creo que si el juez no me hubiera inspirado ese comentario, me habría olvidado por completo del asunto, quizá hasta que ya fuera demasiado tarde. Y me alegré mucho de haberlo recordado.

A ver, aunque la información que me había dado Eustacia me permitía sentirme seguro de que podía ganar el caso (lo único que hacía falta era conseguir que la justicia aplazara el fallo hasta que pudieran contabilizarse los frascos que faltaban; la cosa podía complicarse indefinidamente, y yo estaba convencido de que, tras las elecciones venideras, cuando Joe Singer hubiera sustituido a Rollo Moore en el Tribunal de Apelaciones, el veredicto cambiaría de signo), aunque todo estaba en mis manos, eso no significaba necesariamente que yo fuera a hacer algo. Era muy probable que decidiera mantener en secreto la nueva información, dejarla morir conmigo aquel día en lugar de dársela al joven Jimmy Andrews o al señor Bishop para que la emplearan después de mi muerte. Para empezar, recuerda que yo era un cínico bastante coherente en esa época, en particular en todo lo relativo al dinero; además —y aquí no había cinismo alguno— me parecía que Harrison no merecía el dinero salvo que superara sus anteriores debilidades. En mi opinión, para hacerse merecedor de la herencia tenía que demostrar una fortaleza de carácter que despojaría

de toda importancia al hecho de quedarse sin ella: una opinión más bien idealista para un cínico. En cualquier caso, decidí no mencionar inmediatamente la carta de Eustacia.

Llegué unos minutos tarde; Harrison me estaba esperando, hablando con el juez. Nos instalamos en nuestra mesa.

—Janie se presentó en la fábrica justo antes de que yo saliera —me dijo—. ¿Para qué la estás pinchando así?

—¿Pinchando?

—La nota esa que le mandaste esta mañana —dijo Harrison tranquilamente—. Ya sabes a qué me refiero.

—Ahora sí lo sé —dije, sonriendo—. Me había olvidado. —Una chica se acercó a nuestra mesa y me tomó la comanda; Harrison ya había pedido—. No era totalmente de broma, Harrison. Al capitán Osborn le quedan como mucho un par de años. Imagínate que estuvieras en su lugar: ¿no te gustaría que te hiciera una buena despedida alguien como Janie? Joder, él no podría hacerle nada. ¿Estás enfadado?

—Antes no lo estaba —dijo Harrison con una sonrisa—, porque pensaba que sólo querías ser desagradable. Pero si decías en serio lo de que se presentara ante ese viejo buitro, probablemente debería enfadarme.

Le ofrecí una cerilla para que se encendiera el cigarro. Por ahora, lo llevaba bien.

—Bueno, enfádate si quieres —le contesté, riéndome—, pero Janie ha reaccionado estupendamente, creo yo. ¿Te ha contado lo que me ha escrito ella?

—No.

—Me mandó una nota diciendo que haría lo que yo le había pedido si yo aceptaba que Marvin Rose me hiciera un reconocimiento para ver por qué era tan marica. Son sus propias palabras.

Harrison soltó una risita.

—Me parece justo —dijo—. ¿Por qué te llama marica? ¿O no debería preguntar?

—Puedes preguntar, pero la próxima vez hazlo en voz baja. Lo cierto es que anoche me pasé casi todo el tiempo mirando por la ventana, y el resto, leyendo un libro.

Harrison parecía preocupado.

—¿Estás senil?

—Quizá me retire antes de que me llegue la decadencia —le expliqué con una sonrisa—. De hecho, me parece que Marvin no me ha encontrado nada especialmente grave, por lo menos de cintura para abajo. Justo ahora vengo de verlo.

La tranquilidad de Harrison desapareció de golpe.

—¿Hiciste lo que te dijo Janie?

—Sí.

La chica nos trajo el almuerzo: un sándwich de beicon y tomate y un té helado para Harrison y un pan de centeno con queso suizo y aceitunas molidas para mí, con un café helado.

—Bueno, ¿y ahora, qué? —preguntó Harrison—. No sé qué decir. Tú cambias de opinión muchas veces.

Yo me encogí de hombros.

—No es problema tuyo, sino de Jane. El capitán Osborn no notará la diferencia, en cualquier caso.

Harrison empezó a protestar, pero después cambió de idea y le dio un mordisco a su sándwich.

—De acuerdo —dijo con la boca llena—. No me preocuparé por ello.

—Buen chico.

Entonces Harrison cambió de tema y se puso a hablar con cierta indiferencia sobre una posible huelga de los recolectores de pepinillos. Seguía con la boca llena, y tenía tres manchitas de mayonesa en el labio inferior. Mientras hablaba, de vez en cuando, me escupía una miga de pan. Admiré dos cosas: los malos modales que uno encuentra con frecuencia en animales que han recibido una educación excelente, como Harrison, sobre todo cuando actúan de manera espontánea e informal, y el hecho de que su relato sobre los problemas laborales que había en su fábrica no sugería ni un sesgo prosindical procedente de su época marxista ni un sesgo antisindical procedente de su posición actual. Le interesaba la situación, pero mostraba su cinismo tanto con respecto a los líderes sindicales, que lo presentaban como un negrero, como con respecto a su propio personal administrativo, que abogaba por echarlos a todos y contratar a «otros negros» en su lugar. Me pareció que el cinismo, aunque todavía no se había asentado del todo en él, tenía más que ver con su carácter que su santidad previa. Lo escuché con bastante interés, contemplando su rostro todavía bello (tenía cuarenta y tres años, creo, y Jane treinta y pocos) y las gotitas de mayonesa, que al final se limpió con la lengua.

Nos terminamos los sándwiches y nos quedamos un rato fumando y disfrutando de las bebidas. El local del juez no tenía aire acondicionado, pero sí tres ventiladores de techo grandes y antiguos, y era un sitio luminoso y fresco.

—Ah, por cierto —dijo Harrison—. Jane no estaba cuando tu secretaria la llamó, esta mañana, pero la chica cogió el mensaje, y después parece que tú habías salido cuando te llamó ella. Dice que te va a llevar a Jeannine a tu despacho a las tres, si no te parece muy pronto. Después tiene que ir a la peluquería.

Me sentí un poco molesto, no por el cambio de hora (tenía pensado llevar a Jeannine a ver el teatro flotante a las cuatro), sino porque las instrucciones que le había dado a la señora Lake —que llamara a Jane— eran la segunda cosa que había olvidado en unas pocas horas. No, ahora que lo pensaba, había tenido tres fallos de memoria: la carta de Eustacia, la nota que le había enviado a Jane y lo que le había pedido a la señora Lake. Se trataba de una cosa grave, ya que podía tomarse como una señal de nerviosismo, de aprensión ante la decisión de acabar con mi vida aquel día. Por supuesto, tal propósito no me era indiferente, pero la sensación que tenía era más de placer por haber hallado la solución definitiva a mi problema que de miedo

común y corriente. Y, fuera placer o miedo, el hecho de estar tan conmovido por un sentimiento como para cometer olvidos extraordinarios durante lo que había decidido que iba a ser un día ordinario me pareció una indicación de control imperfecto de mí mismo.

—Había pensado llevarla al teatro flotante cuando atracara —dije—. ¿Qué tal las amígdalas?

—Bien, creo. En cualquier caso, no era amigdalitis. Marvin se pasó por casa ayer y le miró la garganta, y dijo que no le parecía que tuviera que quitárselas, salvo que nosotros dijéramos que preferíamos que lo hiciera. Lo que tenía infectado era la garganta, y las amígdalas se le habían inflamado sin más. No sé lo que habrá decidido Jane. Los dos tuvimos amigdalitis de pequeños.

—Mejor que no se las quiten —le recomendé—. A mí se me inflamaban de vez en cuando, cuando me dolía la garganta, pero nunca me dieron problemas.

Había cierta falta de tacto en este comentario, por motivos que explicaré a continuación, y por eso lo hice, con indiferencia.

Harrison se sacó el cigarro de la boca y se quedó estudiando su ceniza.

—No sé —dijo.

—Marvin se precipita un poco con la cuchilla. Una vez, cuando yo estaba en la Facultad de Derecho y él estaba haciendo la residencia, estaba decidido a convertirme en un eunuco.

Harrison volvió a meterse el cigarro en la boca y le dio una calada mientras nos levantábamos de la mesa.

—Eso habría sido una pena —comentó, dejando una moneda de veinticinco centavos para la chica. Después cogió su sombrero de paja y el mío y salimos del local. ¿He descrito a Harrison? Al no ser un escritor de oficio, a veces descuido esa clase de detalles. Era corpulento —quizá pesara unos noventa kilos— y bien formado, aunque mostraba algunas señales de ir a engordar por la falta de ejercicio. Sus rasgos, muy finos cuando lo conocí, habían empezado a redondearse un poco, y sus nalgas y su vientre ya no parecían duros, como cuando jugaba mucho al tenis y montaba a caballo. Conservaba una buena mata de pelo rubio y rizado, a juego con una tez en parte rubicunda y en parte bronceada (me atrevo a decir que su presión sanguínea se situaba en algún punto entre la mía y la de Marvin), y sus ojos, dientes y brazos estaban en un estado excelente. Un tipo con un aspecto de lo más saludable, Harrison, y muy limpio y guapo. El comunista delgado y tísico lo odiaría justificadamente, pero el comunista de salón bien alimentado se sentiría incómodo debido a su encanto. Los aspectos de Harrison que son particularmente relevantes para esta historia lo han hecho parecer menos interesante de lo que era en realidad; no puedo extenderme con él, desde luego, porque ésta no es su historia. Permíteme que repita, si ya lo he mencionado antes, que no era de ninguna manera un tonto ni un alfeñique. Era un tipo razonable, generoso, afable y despierto. Incluso podría decir que si éste fuera un universo razonable y si yo pudiera ser la persona que eligiera, no



elegiría ser Todd Andrews en absoluto. Elegiría ser muy parecido a mi amigo Harrison Mack.

—¿Cómo va lo de los pepinillos, Todd? —me preguntó el juez cuando salimos a la calle, donde él pasaba mucho tiempo observando la ciudad. Se refería, por supuesto, al caso de la disputada herencia, caso que había seguido con gran interés—. ¿Ya han conseguido el dinero, caballeros?

En circunstancias normales, me habría encantado explicarle las novedades, ya que aunque no estaba en ejercicio profesional, razonaba con rapidez y firmeza y habría apreciado la maniobra. Pero no podía hacerlo, por supuesto.

—Sin novedad, juez —dije en voz alta—. Depende de cómo vaya la guerra.

—Bueno, dudo que les vaya bien a los republicanos —afirmó él—. Están resistiendo, pero no creo que aguanten mucho. Tienen a los rusos, pero Franco tiene a los alemanes, y nos guste o no, el soldado alemán es mejor que el ruso. El alemán puede ser bobo, pero es bobo como un perro listo. El pobre ruso es bobo como un buey.

Harrison estaba inquieto y con ganas de marcharse. Yo, por mi parte, sentía bastante interés por el pronóstico del juez, ya que él sabía leer bien los periódicos y leía cinco o seis por día. De hecho, había sido el juez quien primero predijo ante mí que Rollo Moore no sería reelegido, y yo había seguido adelante con mis planes confiando en su criterio, a pesar de que no había podido confirmarlo en ciertos círculos republicanos de Baltimore.

—¿Entonces piensa que Franco va a ganar?

—Creo que todavía tardará un par de años en conseguirlo —respondió el juez—. Para entonces, todo el asunto podría estallar.

—Bueno —dijo Harrison, nervioso.

Me despedí del juez —al fin y al cabo, probablemente no volvería a verlo, y era uno de mis ciudadanos favoritos— y anduve con Harrison hasta su coche, que estaba aparcado en Poplar Street.

—¿Vienes a tomar unos cócteles esta noche? —me preguntó mientras se sentaba al volante.

Yo me agaché y le contesté a través de la ventana de mi lado.

—Muchas gracias.

Harrison arrancó el Cadillac.

—No te sientas obligado —dijo, sonriendo con una expresión de arrepentimiento—. A partir de las cuatro, cuando quieras.

Se alejó por la calzada de ladrillos, que ahora brillaba bajo un fuerte sol. Yo empecé a andar hacia el hotel para echarme mi siesta, sintiéndome bien por Harrison. No necesitaba tomar una decisión con urgencia, pero el almuerzo le había hecho mucho bien a su causa.

## 17. EL FINAL DEL ESQUEMA

Desde el punto de vista climatológico, el día sobre el que escribo fue extraño para el condado de Dorchester, extraño para la costa este de Maryland, donde las mismas ubicuas aguas que suavizan las temperaturas —el océano, la bahía, los infinitos estuarios, arroyos, calas, canales, pantanos y ensenadas— también las vuelven desagradables. Aquel día, por el contrario, era excesivamente caluroso (la temperatura, cuando me dirigía al hotel, debía de ser de 35 grados), pero extremadamente seco. Yo llevaba camisa, traje, ropa interior y sombrero, y no había ni una sombra en Poplar Street, pero mi cuerpo estaba tan seco como un hueso en el desierto, y yo me sentía muy cómodo. En un día como ése daban ganas de sentarse sobre una gran duna, solo, frente al océano —las playas del Atlántico suelen estar así de secas, cuando sopla algo de brisa del interior—, con un aire tan caliente y salado como el del comienzo de la Tierra, la sequía de la precreación antes de la humedad de la procreación; sentarse ahí, un santo estéril, seco y salado, San Todd de la Playa, y contemplar cómo las voraces gaviotas diseccionan los cadáveres varados y llenos de arena de rayas y tiburones, decolorados y carentes de olor alguno por efecto de las aguas. Los algarrobos de al lado del People's Trust estaban polvorientos, y en lo más alto de los álamos de High Street, los saltamontes chirriaban y zumbaban una reseca y sedienta música fúnebre para mi última tarde. Era un día estupendo para suicidarse. Uno sentía que apenas sangraría en medio de tanta aridez; lo más probable era que la única consecuencia de cortarse el cuello fuera un silbido secante del aire.

Al doblar la esquina de Poplar, High y Locust, descubrí que el banco de los holgazanes estaba vacío: los ancianos se habían ido a casa a echarse la siesta. El Choptank destellaba a los pies del bulevar. Los carteles de LA ORIGINAL Y SIN PAR ÓPERA FLOTANTE DE ADAM adornaban todos los escaparates de las calles vacías que iban desde el local del juez hasta el hotel, rojos, blancos y azules, como si la ciudad se hubiera engalanado para el Día de la Independencia y después todo el mundo —los hombres, las mujeres, los perros y los portadores de féretros— se hubieran ido a un desfile en otro lugar.

El vestíbulo del hotel estaba luminoso y fresco; un breve diálogo con Jerry Hogey y después subí a mi habitación. ¿Eres tan curioso como para seguirme por el pasillo hasta el servicio de caballeros? Si no es así (sólo tardaré un minuto), lee mientras me esperas la reanudación de mi aventura con Jane Mack. Vuelve al capítulo 3 y encontrarás que cerca del final reproduce un esquema de los acontecimientos que, supuse, condujeron a mi seducción por parte de los Mack. En la sección final de ese esquema apunté los cuatro rumbos que me parecía posible que tomara mi relación con ellos después de estropearla con un acto que, si lo juzgaban en los términos a los que yo me oponía, debían considerar un insulto. Bueno, pues de esos cuatro rumbos, el I y el IV (es decir, el distanciamiento permanente y la reanudación de una relación

afectuosa y limitada, una de cuyas limitaciones consistía en la suspensión de la aventura) me parecían los más probables tras el incidente con Dorothy Miner en mi despacho, que acabó con la amistad.

Sin embargo, había dos cosas con las que yo no contaba, y no podía esperarse razonablemente que yo predijera ninguna de ellas.

En primer lugar, apenas unas semanas después de que los Mack hubieran cortado la relación conmigo, Jane se enteró, durante una revisión que le hizo Marvin Rose debido a sus náuseas crónicas, de que estaba embarazada. Además, probablemente estuviera embarazada de tres meses: ella no estaba segura porque siempre había sido muy irregular. En cuanto Marvin la miró, le dijo: «Estás embarazada», y en ese mismo instante a ella le pareció tan evidente (más tarde, juró que el vientre se le hinchó cuando Marvin pronunció esas palabras) que se puso un poco histérica por no haberse dado cuenta. Marvin le dio un sedante. Jane corrió a casa, encantada e impaciente por contárselo a Harrison cuando éste regresara del trabajo. Pero cuando Harrison entró y ella abrió la boca para contárselo, se le ocurrió de repente que estaba embarazada de tres meses, no de tres semanas o de tres días; se acordó de mí, rompió a llorar y estuvo a punto de desmayarse. Cuando al final logró explicarle todo a Harrison, él se quedó sin habla.

El embarazo fue bastante triste para los dos (de esto me enteré más tarde, por supuesto). No habría sido demasiado complicado abortar, pero resulta que tenían muchas ganas de tener un hijo, y lo habían estado intentando sin éxito desde hacía varios años. Los dos desearon, demasiado tarde, que Jane hubiera sido rigurosa a la hora de tomar precauciones cuando estaba conmigo, pero lo cierto es que no lo había sido; una muestra de la santidad de Harrison es que ni una sola vez le reprochó su falta de cuidado, y una muestra de la de Jane es que asumió su responsabilidad desde el principio. Tratándose de personas inteligentes, pudieron hablar con franqueza sobre el tema, e hicieron un esfuerzo para expresar con claridad sus sentimientos y entender cómo se sentían de verdad.

—Mirémoslo así —era el argumento más frecuente de Harrison—; imagínate que yo fuera estéril. ¿Acaso no adoptaríamos un niño antes o después? O imagínate que tú hubieras estado casada antes y tuvieras un hijo. ¿No lo querríamos? Pues esto es mejor que una adopción, ya que tú vas a ser la verdadera madre. Y es mejor que un hijo de un matrimonio anterior, porque hay bastantes posibilidades de que yo sea el verdadero padre. Al fin y al cabo, te has acostado conmigo más veces que con Andrews.

Era un argumento bastante bueno, en mi opinión, pero Harrison nunca lograba exponerlo con suficiente convicción, y esa última frase, fuera ésa su intención o no, solía hacer que Jane se echara a llorar.

—Todo eso es verdad —era la respuesta habitual de ella—, pero por mucho que razonemos no podemos soslayar el hecho de que si no hubiera hecho el amor con

Todd —o si no hubiera sido tan imbécil y hubiera tomado precauciones—, no estaría embarazada o sabríamos que tú eres el padre.

Decía esto con su hermosa cabeza apoyada en las manos, mientras le temblaban los magníficos hombros.

Entonces Harrison, muy tranquilo (pero sin besar su pelo negro ni acariciarle los hombros), le decía:

—¿Qué importa eso, cariño? Las cosas son como son. Fue idea mía tanto como tuya. No tendríamos que haberlo hecho, si no podemos atenernos a las consecuencias.

—¡Pero no pensamos que podía pasar esto! —gemía Jane.

Y Harrison se encogía de hombros.

—La gente se queda embarazada.

Étcetera. Un embarazo triste. Para empeorar las cosas, Jane se sintió fatal durante la mayor parte de los seis meses restantes. No podía retener nada en el estómago y en varias ocasiones necesitó que le pusieran unas molestas inyecciones de glucosa para no quedarse desnutrida. Al mismo tiempo, sin embargo, su malestar tuvo la virtud de impedir que aumentara mucho de peso. Yo la vi sólo una vez, en su noveno mes, desde una cierta distancia, y estaba tan guapa que sufrí una extraña punzada de arrepentimiento y auténtico anhelo, no menos intenso por ser efímero. Y el hecho de que su tamaño fuera moderado facilitó el parto: el 2 de octubre de 1933, en el Memorial Hospital de Cambridge, tras sólo tres horas de parto, dio a luz a un niña de tres kilos trescientos a la que llamó Jeannine Paulsen (su nombre de soltera) Mack.

Harrison y Jane, como es comprensible, tenían un poco de miedo del día en que al fin tuvieran que llevarse el bebé a casa; cuando quedaría totalmente en sus manos con la expectativa de que lo quisieran y cuidaran. La cuestión de los cuidados no era nada problemática —había biberones, leche de fórmula y niñeras con experiencia—, pero temían que el amor simplemente no apareciera. Jane tenía miedo sobre todo de que esto le pasara a Harrison, y él temía lo mismo. Pero al poco tiempo ya estaban entusiasmados con su hija —que fue una niña encantadora, por suerte, desde que nació— y les resultó fácil ser unos padres cariñosos. Quizá su conciencia de que existía el peligro de reaccionar de otro modo bastara para abrir los capullos del amor en sus corazones. Respiraron tranquilos (la niña, evidentemente haciendo todo lo que podía para defender sus intereses, se las arregló para no parecerse ni a Harrison ni a mí hasta un punto que resultara embarazoso) y se preguntaron por qué se habrían preocupado tanto.

—Te juro —afirmó Harrison— que si alguien me demostrara en este mismo instante que Todd es el padre de Jeannine, no la querría ni un ápice menos.

—Ah, estoy seguro de que no es Todd —se burló Jane (entenderás que me enteré de todo esto más tarde)—. Pero en cualquier caso, creo que yo tampoco. Es una preciosidad.

Pero la declaración más relevante para esta historia fue la que hizo Harrison en algún momento de la primavera de 1934, como un año después de que los insultara.

—A ver —dijo—, a lo mejor no estás de acuerdo con esto, porque sé lo mal que te cae, pero a veces pienso que lo que pasó con Toddy fue en parte culpa nuestra.

—¡Culpa nuestra!

—Bueno, la verdad es que lo pusimos en un brete cuando te metiste en la cama con él, ¿no?; a lo mejor él no quería, y no porque no te deseara, sino porque pensaba que podría dañar nuestro matrimonio. Pero si se hubiera negado, nos habríamos sentido insultados, ¿verdad? Y, de hecho, si no lo hubiera hecho en nuestros términos, nos habríamos sentido insultados, pienso yo.

—De todos modos, no tenía por qué decirnos que era virgen —insistió Jane.

—Pero no puedes negar que nos sentimos satisfechos cuando nos lo dijo —contestó Harrison—. Eso demuestra que esperábamos demasiado de él. Y desde luego, no teníamos ningún derecho a esperar que no se acostara con otras mujeres. Es soltero, joder.

—Pero se suponía que estaba enamorado de mí.

—Tú estás enamorada de mí —dijo Harrison con una sonrisa—, pero hacías el amor con Todd. Tienes que entenderlo.

Jane se enfurruñó.

—Esperábamos demasiado. Tendríamos que haberlo conocido mejor.

—Bueno, es posible que tengas razón —dijo Jane—. ¡Pero desde luego, no tenía derecho a estropearlo de ese modo, con esa desgraciada de color!

Harrison sonrió.

—Supongo que no es racista. Si quieres que te diga la verdad, cuanto más lo pienso, más creo que estaba improvisando una broma. Me parece que esa chica estaba como yo, que tampoco tenía ni idea de lo que estaba pasando.

Jane estuvo un rato haciendo pucheros, pero después de que hubieran roto el hielo, pudieron hablar sobre mí con más libertad y menos amargura. Gradualmente asumieron que, en efecto, se habían mostrado demasiado demandantes conmigo (una muestra de objetividad que todavía me horroriza), y que hasta cierto punto se justificaba que yo hubiera sacado las garras.

El siguiente paso fue que Jane dijera:

—Bueno, yo lo perdono. Pero no quiero saber nada más de él.

Y que Harrison dijera:

—A mí Todd me sigue cayendo bien; aunque no me entusiasma la idea de volver a verlo, no le guardo ningún rencor.

Jeannine iba aumentando de tamaño cada vez más, y muy discretamente comenzó a parecerse a su madre.

La segunda cosa que yo no había predicho fue que el 10 de enero de 1935 Harrison Mack padre fuera a morir, dejando diecisiete testamentos para que su esposa, su hijo y sus enfermeras empezaran a jugar con ellos. Pero murió, tan rotundamente como la dulce Jane se quedó embarazada, y de un modo igual de irremediable. Nadie tuvo que sugerirle a Harrison que necesitaba ayuda profesional;

consultó a un abogado mucho más rápido de lo que Jane había consultado a un médico, y el bufete que contrató fue Andrews, Bishop y Andrews. La evidente necesidad de consejo legal, la perturbación causada por la muerte de su padre y la excitación con respecto a la cuantiosa herencia hicieron que su acercamiento pareciera de lo más natural, por lo que si había algo en ello de acto manifiesto para recuperar nuestra amistad, se trataba de un elemento que quedó camuflado con mucha eficacia y no fue necesario pensar en ello en ningún momento.

Había, como es fácil de imaginar, docenas de detalles del litigio que hacía falta debatir, estrategias que idear, reuniones que celebrar: muchas más cosas de las que cabían en mi relajado horario laboral. Era inevitable, por ello, que Harrison y yo de vez en cuando aprovecháramos la hora de comer para tales fines; e incluso que con el tiempo me invitara, con bastante aplomo, a tomar unos cócteles una noche, y que yo, con una elegancia proporcional, aceptara.

De aquella noche —un poco tensa al principio, ya que era la primera vez que coincidía con Jane en más de dos años— sólo un incidente es relevante aquí: los Mack habían acostado a Jeannine temprano, pensando que así reducirían las molestias al mínimo, y con la ayuda de la ginebra Gilbey's y el whisky de centeno Sherbrook, los tres habíamos logrado alcanzar un estado de apacible, aunque tácito, perdón. Todos nos sentíamos aliviados por haber dejado atrás las tonterías de los últimos dos años, aunque no se dijera explícitamente nada sobre ello; nuestro buen humor se reflejaba en la cantidad inusual de alcohol que consumimos, en el hecho de que las cuestiones legales que nos habían proporcionado la excusa para reunirnos nunca llegaron a comentarse y (de un modo más significativo) en el hecho de que cuando Jeannine, que tenía un leve resfriado, comenzó a inquietarse en su cuna, Jane, aunque había decidido íntimamente no hacer nada semejante, me dijo con total naturalidad:

—¡Vamos, Toddy! ¡Todavía no conoces a la pequeña Mack! Sube y te la presentamos.

Al instante se dio cuenta de que había metido la pata, y añadió con rapidez, sin cambiar ni el tono de voz ni la expresión de la cara:

—Harrison hará los honores, ¿vale, cariño?

Los tres subimos al cuarto del bebé, donde Jeannine —una niñita divina y rubia, de quien debo decir que me encantaría enterarme de que la he engendrado yo— se incorporó, somnolienta, en la cuna y sonrió a sus padres con timidez, debido a mi presencia allí.

—Jeannine —dijo Harrison—, éste es Toddy. ¿Puedes decir *Toddy*?

Jeannine no pudo, o no quiso.

—¿Quieres darle a Toddy un beso de buenas noches, cariño? —le preguntó Jane.

Jeannine bajó la cabeza, pero me miró desde debajo de las cejas y soltó una risita. Cuando la besé en el pelo —que era suave como la seda y despedía la fragancia del

jabón para bebés— ella se lanzó sobre el colchón y sofocó sus risitas con la almohada.

Jane había atravesado la habitación para cerrar la ventana y Harrison y yo nos quedamos, el uno junto al otro, delante de la cuna, donde Jeannine ya estaba a punto de dormirse. En el ambiente flotaban unas cuantas ideas obvias —era como una escena planificada por un director un tanto tosco— y yo, al menos, me sentí incómodo cuando Jane, tras haber hecho apenas unos minutos antes una demostración de excelente gusto, se colocó detrás de nosotros y nos cogió un brazo a cada uno mientras mirábamos a la niña. «Nuestra niña», afirmaba la estampa con una sonrisa dulzona, subrayando el pronombre. Ah, lector, aquello era asqueroso y sentimental, y sin embargo, yo estaba conmovido, ya que con los Mack, estos sentimientos son sinceros. Simplemente están llenos de amor, hacia el otro y hacia mí.

Bajamos la escalera con sobriedad, pero Harrison, que ya había percibido el exceso de solemnidad, sirvió una ronda de cócteles y pronto nos sentimos de nuevo alegres y ligeros y recuperamos la elegancia. La noche fue un éxito; empecé a visitarlos de nuevo con frecuencia; y pronto, salvo por los dos años de silencio que a veces se cernían sobre nuestras conversaciones, volvimos a charlar con la fluidez de siempre.

Si la amistad se hubiera quedado en esa fase de reconstrucción, yo no habría pedido más. Me sentía satisfecho al ver a los Mack superar sus inadecuados celos, que eran tan peligrosos para su propia relación como incoherentes con su conducta anterior. Además, no me parecía que las cosas pudieran volverse más íntimas tras el rechazo que había sufrido en 1933. Pero la noche del 31 de julio de 1935, cuando estaba sentado enfrente de mi ventana leyendo un libro para mi *Investigación* (creo que era una crítica que alguien había hecho del pensamiento económico de Adam Smith), oí que llamaban suavemente a la puerta, vi cómo giraba el picaporte y entró Jane. Llevaba unos pantalones cortos.

—Hola —dijo, cerrando la puerta y quedándose de pie delante de ella.

—Hola. —Cerré el libro, tiré por la ventana la colilla de mi cigarro y me levanté para dejarle la silla—. Siéntate.

—De acuerdo.

Esbozó una rápida sonrisa y se acercó a la ventana, donde yo me había sentado en la repisa, pero se olvidó de sentarse. Yo ya no quería hacer tonterías —por ella, no porque me negara a hacer tonterías por principios—, de modo que me quedé mirándola fijamente, para no ponerle las cosas fáciles. Ella dirigía la mirada casi todo el tiempo a la calle.

—Hemos estado dando una vuelta en barco —dijo. Como no le contesté, me miró con irritación y empezó a inquietarse—. Tienes que entenderlo todo enseguida —afirmó—. En este momento no me siento capaz de hablar de nada.

—Eso es imposible —le dije—. Puedo entenderlo todo enseguida de tres maneras distintas.

—No me estás ayudando. No estás diciendo lo que tienes que decir.

Soltó una carcajada. Yo no sonreí.

—Eso es sólo porque no sé qué es lo que quieres oír, Jane. Tendrías que saber que estoy dispuesto a decir cualquier cosa que crea que tú quieres oír.

Su sonrisa se esfumó, y ella miró la oscura oficina de correos, al otro lado de la calle, y toqueteó nerviosamente el tirador de la cortina.

—Ésa ha sido una lección muy dura, Toddy.

—No estaba dándole ninguna lección a nadie —dije con aspereza—. ¿Qué te crees que soy? Simplemente quería ser claro.

Ella seguía toqueteando el tirador.

—Deja que te haga una pregunta —dije—. ¿Yo te quiero?

—No.

—Bueno, aclaremos también esto. No quiero haceros daño.

—Tú no me quieres y yo no te quiero.

La cosa se estaba poniendo tan teatral como la otra vez. Me quedé callado. Durante diez minutos más, Jane estuvo con la mirada clavada en la oficina de correos. Yo realmente no tenía ni idea de qué iba a ocurrir. Al cabo de un tiempo, aunque no era mi intención, mi mente —a la que nunca impresionan demasiado estas situaciones dramáticas— comenzó a centrarse en otras cuestiones: los diecisiete testamentos, Bill Froebel, la crítica de Adam Smith. Y me sobresalté —porque de verdad me había olvidado por un instante de que ella estaba allí— cuando Jane dio media vuelta, se apartó de la ventana y me dijo:

—Vamos a la cama, Todd.

Sin mirarme, se dirigió a la cama, se desabrochó los pantalones y el top y se acostó, y poco después yo me acosté a su lado.

Bueno. No queda nada que contar de la aventura, salvo que tras su reanudación, continuó de una manera más satisfactoria para mí. Sin horarios, sin demandas, sin celos, sin ficciones; todo fue espontaneidad y franqueza. Creo que, con el tiempo, mi impotencia cada vez más frecuente (en 1936, uno de cada cuatro intentos de tener relaciones sexuales acababa en fracaso; en 1937, uno de cada dos) me habría llevado a acabar con aquello de una vez por todas, en cualquier caso, si no hubiera decidido matarme. Pero en 1937 podía considerar con serenidad la posibilidad de ponerle fin a nuestra aventura, pues, desde mi punto de vista, ésta no dejaba nada que desear. Jane Mack es la mejor mujer con la que me he acostado. Desde la mañana del día en cuestión, cuando se marchó por última vez de mi cama alquilada, no he deseado nada de las mujeres. Ella me dejó satisfecho.

Y ahora, si me perdonas, voy a dormir.



## 18. UNA CUESTIÓN DE VIDA O MUERTE

Aunque tenía la costumbre de dormir una hora de siesta todos los días, el día que había decidido que sería mi último día me desperté casi en cuanto cerré los ojos: alguien llamó con fuerza a la puerta.

—Adelante —dije, y me puse una bata sobre la ropa interior.

No hubo respuesta, y ya había empezado a decidir que quienquiera que hubiese llamado se había ido, cuando escuché dos o tres pasos en el pasillo y después nuevos golpes a la puerta.

—Sí, adelante —repetí, todavía atándome la bata.

Otra vez silencio. Me dirigí a la puerta, pero ésta se abrió justo antes de que llegara y entró el señor Haecker, tenso como la cuerda de un piano.

—¡Siéntese, señor Haecker! —exclamé, ya que parecía a punto de desmayarse. Sonreía débilmente, como los reclutas al oír artillería pesada por primera vez, y estaba muy pálido. Le cogí el brazo con firmeza y lo conduje hasta la silla—. Voy a ponerle un poco de whisky, señor Haecker. —Lo primero que pensé fue que el anciano estaba enfermo y había acudido a mí en busca de ayuda.

—No, gracias, Todd —logró decir.

La única manera que se me ocurre de describir su voz es comparándola con un graznido remilgado. Se posó sobre el borde de la silla con la delicadeza con que un canario se posa en su columpio y se aferró las rodillas con las manos.

—¿Se encuentra mal, señor?

Ahora su aspecto era un poco mejor, aunque todavía no demasiado estable.

—No —dijo lacónicamente, cerrando los ojos y negando con la cabeza—. No. Sólo... sólo quería hablar con usted, Todd. —Entonces me miró a los ojos por primera vez, y me dedicó una sonrisa breve y enfermiza. Recuerdo que una vez le sonreí a mi padre justo así en un parque de atracciones, tal vez fuera en el de Tolchester, cuando me subió a un tiovivo demasiado grande, ruidoso y rápido para mi gusto, y esperaba que lo disfrutara como lo disfrutaba todo el mundo—. ¿Está ocupado?

—Ocupado holgazaneando —dije, y me senté al borde de la cama—. ¿Qué le pasa, señor?

Le ofrecí un cigarrillo, que él rechazó con un rápido movimiento de cabeza, y entonces yo me encendí uno, para variar.

—Seguro que va a pensar que soy un tonto, hijo —comenzó, en un tono que me di cuenta de inmediato de que era falso, un tono profundo y de cabeza del clan—. Un viejo charlatán, como tantos otros.

—No, salvo que diga una tontería —dije secamente.

El señor Haecker se ruborizó, cosa sorprendente en un hombre de setenta y nueve años.

—Puede que lo sea —afirmó, soltando una risa nerviosa.

Yo sonreí.

—Usted no suele decir bobadas.

El señor Haecker suspiró, pero no fue un suspiro espontáneo, como había sido su sonrojo. Y me miró intensamente.

—No es nada raro que los viejos, los que tienen mi edad, pierdan la perspectiva —observó—. Soy consciente de ese hecho, y con frecuencia me pregunto si siempre somos justos cuando lo llamamos simplemente senilidad.

Se quedó callado, pero yo no dije nada: me quedé esperando a que acabara de afinar su piano.

—Lo que quiero decir es que los ancianos pueden tener otros problemas, además de los fallos mentales, que los conviertan en unos cascarrabias, por decirlo así. Alguna enfermedad, por ejemplo, o la pobreza, o la soledad. ¿No le parece?

—A mí eso me suena muy razonable —acepté sin demasiado entusiasmo.

El señor Haecker parecía aliviado.

—Bueno, el tema por el que he venido es el siguiente —dijo, apretando los magros puños sobre las rodillas y mirándolos fijamente—. Tiene que contestarme con franqueza y creo que usted va a ser sincero conmigo, ¿piensa que las cosas que le dije al capitán Osborn esta mañana eran completamente bobas? Recuerdo que usted dijo que no estaba de acuerdo conmigo.

«¡Ah!», me dije, y contemplé con más atención la cara de mi visitante, pues la primera nota del piano ya había sonado. Y a él le dije:

—¿Esta mañana? Ah, se refiere al asunto ese de hacerse mayor.

Yo tenía la esperanza de que su pregunta fuera meramente retórica, un intento de comenzar a hablar; pero por lo visto, esperaba una respuesta, pues se quedó en silencio, con una expresión distraída en el rostro, que de verdad era un rostro distinguido.

—Bueno, sí y no —contesté—. Si la idea a la que se refiere es la que yo estoy pensando, que la vejez es un final apoteósico de la vida, el final de la vida, para el que se hizo el principio, y todo eso, entonces le diría que sí, que es posible que lo de Cicerón no fuera más que un ejemplo de «a mal tiempo, buena cara». Al fin y al cabo, un buen romano se arrojaba sobre su propia espada cuando las cosas se ponían demasiado feas; Cicerón era famoso y acaudalado, en su vejez, y probablemente disfrutara un montón de ser un personaje público.

—Yo creo que amaba profundamente la vida —afirmó el señor Haecker con otro tono de voz falso, uno sacerdotal que se ponía echando la barbilla hacia delante y asintiendo solemnemente con la cabeza—. Cada una de sus etapas por las virtudes que tiene.

—Y yo creo que esa idea probablemente funcione para las personas que de verdad crean en el más allá, o que de verdad estén satisfechas con su carrera, o que sean estoicas por temperamento.

—Estoy de acuerdo —dijo el señor Haecker—. Pero usted dijo «sí y no».

—Así es. Creo que es una tontería hablar sobre la actitud que debería tener un hombre hacia algo como la vejez o la muerte. Incluso si partimos de «*Si quiere morir satisfecho*», veremos que las distintas personas se sienten satisfechas con distintas cosas. El capitán Osborn, por ejemplo, morirá satisfecho, creo; se lo pasará de miedo maldiciendo a todo el mundo en su lecho de muerte y dándose golpecitos en la pierna para que no se le enfríe.

El señor Haecker chasqueó la lengua.

—¿Y yo? Respeto mucho su opinión, Todd, ya lo sabe. Muchas veces he deseado tener su edad —dijo, y sonrió con algo de arrepentimiento— o que usted tuviera la mía, para que pudiéramos hablar de las cosas con más libertad. Al fin y al cabo, el debate intelectual es la verdadera alegría del invierno de la vida, cuando otros placeres han desaparecido, por decirlo así.

Hablé con toda la delicadeza que pude sin traicionar mis intenciones.

—Si tuviera la costumbre de sentir lástima por la gente —le dije—, creo que usted sería el que me daría más pena de todo el hotel, señor.

El señor Haecker me miró con pánico. Fue su primera expresión sincera.

—¿En serio?

—No me ataque por decir esto. No soy de los que piensan que hay que decir la verdad a cualquier precio —le expliqué, sonriente—. Pero ya que me ha preguntado, admito que considero que su postura es la menos envidiable de todos los miembros del Club de Exploradores. La señorita Holiday Hopkinson está preparada para la muerte desde hace tanto tiempo que cuando finalmente muera, será un anticlímax. Eso podría ser causa de histeria; es como si un chico se pasara el invierno estudiando salto de trampolín en un libro y después se subiera a la tabla y se le olvidara todo lo que ha aprendido. Pero probablemente no le pase eso. Creo que morirá mientras duerme. Y el capitán Osborn también lleva mucho tiempo sabiendo qué es lo que siente de verdad al respecto cuando piensa en ello, que es con mucha frecuencia. Y seguro que cuando le llegue la hora, hará un escándalo tremendo. Pero su problema, señor, si me permite que se lo diga, es que ha tratado de fingir que está disfrutando y que espera la llegada de la muerte como un final apoteósico, cuando en realidad no es así.

—¡Pero no, en absoluto! —protestó el señor Haecker.

—Engañarse a uno mismo no tiene nada de malo —le dije con dulzura—. Hay muchas veces que es eso o el manicomio. Pero cuando no funciona, no funciona. El problema es que usted no se está engañando; usted sabe muy bien que está actuando. ¿Qué coño es tan glorioso de la vejez? ¿Qué tiene de malo aceptar el hecho de que todo es deprimente y quejarse como un demonio?

Cuando el señor Haecker puso cara de enfado, empecé a cansarme del coloquio y sentí ganas de estar solo. Si se hubiera enfadado de verdad, no me habría importado, pero su enfado era otra de sus numerosas máscaras.

—¡Está usted siendo demasiado sincero, joven! —gritó.

—Olvide todo lo que he dicho, entonces —suspiré, y me estiré sobre la cama con mi bata y mis pantuflas—. Todo va lo mejor posible en el mejor de los mundos posibles.

—No estoy enfadado por su impertinencia —continuó—, pero debo decir que estoy decepcionado con sus valores. Son bastante vulgares, para tratarse de usted.

No dije nada, y me arrepentí de haber dicho algo. Al fin y al cabo, el señor Haecker tenía setenta y nueve años; incluso con su excelente estado de salud, no podía esperarse que viviera mucho más de diez años, y a mí no me importaba especialmente si los disfrutaba o no.

—Por supuesto que mi carrera en las escuelas públicas no fue espectacular, si la juzga por los ascensos y esa clase de cosas —dijo, de mal humor—. Y no voy a negar que estaría más contento si mi esposa estuviera viva, o si hubiéramos tenido hijos. —Estaba contemplándose mientras se mostraba fuerte. Incluso hizo una pausa antes de continuar, con voz firme—. Pero no está viva, y no tuvimos hijos. ¿Quiere que vaya por ahí lamentándome, suplicando que me compadezcan? Mi amigo Cicerón también tiene algo que decir al respecto: «En momentos como éstos, no es el peor destino el de quienes pueden trocar la vida por una muerte indolora». Y esto otro: «Si ella no hubiera muerto ahora, igualmente habría tenido que morir al cabo de unos años, pues nació mortal». Lo que ocurre, ocurre.

¿Había algún motivo para tomarse la molestia de indicarle hasta qué punto su primera cita contradecía su postura general? Tiré mi cigarrillo por la ventana.

—De toda la gente que conozco —continuó el señor Haecker con determinación—, habría esperado que usted fuera el primero en reconocer la felicidad que puede obtener un hombre maduro de una vejez solitaria, si no se comporta de un modo infantil. Después de tanto ajeteo, uno por fin puede vivir en compañía de sus pensamientos y contemplar la belleza de las obras de Dios. ¿No es eso lo que deseaban todos los filósofos? Puedo entender que Osborn no se dé cuenta; es un buen tipo, pero el pobre no ha tenido la oportunidad de educarse. Pero usted, usted desde luego tiene que ser consciente de que la vida de la contemplación solitaria es la mejor; al fin y al cabo, usted también está solo.

—Yo apenas me dedico a la contemplación —le dije—. Y si quisiera, podría mandarlo todo a paseo mañana mismo y casarme. Lo importante es que yo estoy aquí por elección. Además —añadí—, no puedo citarte las frases exactas, pero su amigo Cicerón no estaba tan encantado con la vida contemplativa. En alguna parte dice que si alguien pudiera subir al cielo por sí mismo y ver el funcionamiento del universo y cosas así, esa visión no le resultaría muy placentera; pero que sería lo mejor del mundo si tuviera alguien a quien contárselo. No estoy diciendo que me crea nada de esto; pienso que todas estas generalizaciones son estúpidas. Pero usted está cambiando de texto a cada rato.

Otra máscara: el señor Haecker se levantó de la silla y adoptó un tono ofendido.

—Veo que no lo estoy dejando dormir la siesta —dijo—. Una persona de mi edad tiene que armarse de valor para hablar de estas cosas con un joven. Pensé que le interesarían.

—Usted me está pidiendo que le pregunte con esa actitud —dije yo, incorporándome—. Si es que había algo que preguntar. Me pidió que le diera mi opinión al respecto.

—Bueno, ¿cuál es su opinión? —gritó—. ¿Qué quiere que haga un hombre que no tiene nada por lo que vivir? Uno sólo puede fingir que está satisfecho, como un hombre, o ir por ahí lamentándose y lloriqueando como un niño.

—No me importa lo que haga nadie —le dije—. Me da igual, por principios, si usted es feliz o no. No soy un filántropo. Sólo he dicho que me daba lástima; no quisiera estar en su pellejo. Pero no estoy de acuerdo con que las alternativas que acaba de mencionar sean las únicas que existen.

—¿Qué más posibilidades hay? —gritó el señor Haecker. Se estaba alterando de nuevo, y su mirada, ahora sincera, expresaba desesperación por muchas máscaras que se pusiera—. ¿Acaso me recomienda que me suicide? —Soltó una estruendosa carcajada—. ¿Ésa es la alternativa que queda?

—Es la que elegían los de la pandilla de Cicerón —dije—. Voy a decirle una cosa. Salvo que uno siga una religión que no lo permita, la cuestión de si suicidarse o no suicidarse es la primera que debe resolver antes de ponerse a resolver las demás. Esto sólo se aplica a las personas que quieran vivir racionalmente, por supuesto. La mayoría de la gente ni siquiera se da cuenta de que existe esa cuestión, y no veo ningún motivo especial por el que haya que señalársela. Si se lo digo es porque me lo ha preguntado.

—Bueno, yo no soy religioso —afirmó el señor Haecker—, pero creo que eso ya es suficiente motivo para no matarme. Si la muerte es el fin absoluto, es mejor seguir vivo sea como sea.

—Eso no tiene ninguna lógica. Si la muerte es el fin, entonces es algo neutro. ¿Qué es mejor, ese estado neutro o la infelicidad? Sería distinto si se pudiera aspirar a algo mejor en un futuro cercano. Yo no me suicidaría, por ejemplo, sólo porque los Yankees perdieran un partido de béisbol.

El señor Haecker estaba rígido y pálido, y no aceptó mi intento de llevar la conversación hacia un terreno más ligero.

—Me recomienda que me mate —dijo secamente.

—En absoluto. No he dicho que todo el mundo tenga que funcionar de un modo racional. Pero si usted lo hace, entonces deberá resolver usted mismo la cuestión del suicidio antes de empezar, por supuesto. Si quiere ser coherente, según he aprendido, nunca debería emplear la palabra «debería» ni «tendría» después de haber empleado la palabra «si».

—Entonces, si quiero vivir de un modo racional, ¿debería matarme? —me preguntó, y su voz sonó como una risa delgada.

—Sólo debería pensar sobre esa cuestión —repetí—. «¿Es mejor para el espíritu sufrir...?».

—Desde luego, Hamlet o estaba loco o fingía que lo estaba —recordó el señor Haecker con aire triunfal.

—Está eludiendo la cuestión.

—¿Y usted? —dijo, soltando una risita—. ¿Ha pensado en ello? Veo que sigue vivo. ¿A qué se debe eso?

Sonreí.

—Le prometo que pensaré en ello esta noche después de cenar y mañana le comunicaré lo que haya decidido. Usted haga lo mismo, después compararemos nuestras conclusiones y haremos un fondo común para comprar una caja de cigarros o una pistola, según sea el caso. Pero no olvide —añadí con seriedad— tener en cuenta cualquier objeción al suicidio que se le ocurra. Si decide no matarse, siempre puede cambiar de idea más adelante, pero la otra decisión es complicada de corregir.

Una vez más, el señor Haecker rechazó la ligereza.

—Es una cuestión de valores —observó—, y la vida tiene un valor en sí misma, en cualquier circunstancia. La vida humana tiene un valor absoluto que no puede negarse.

—Yo no lo niego —dije.

El señor Haecker sonrió tristemente y se dirigió a la puerta. Su mirada seguía siendo sincera; no podía hacer nada con el miedo que traslucía, pero se cubrió los demás rasgos del rostro con un antifaz de visionario cuando, al llegar a la puerta, se dio la vuelta y dijo:

—La vida, el simple hecho de vivir, es algo bueno, joven. La vida tiene un valor intrínseco.

Yo estaba chupando un cigarro.

—Nada tiene valor intrínseco —afirmé, con tanta indiferencia como si lo hubiera sabido desde hacía años, cuando en realidad esa idea fundamental se me acababa de ocurrir, entre chupadas. El señor Haecker cerró la puerta y yo me pregunté por qué habría ido a verme; qué tendría en la cabeza exactamente. Si se trataba de una especie de confesión, mi reacción había hecho que se le cayeran las máscaras. No importaba: si ahora, en protesta contra mis ideas, él comenzaba a creerse de verdad las suyas, no era problema mío.

## 19. UNA PREMISA QUE HAY QUE TRAGARSE

Los cambios cuantitativos se convierten de repente en cambios cualitativos. De toda la teoría marxista, que en una época me parecía bastante interesante, esta máxima es lo único que ha quedado en el ámbito de mis opiniones. El agua se va volviendo cada vez más fría y de repente se ha convertido en hielo. El día se va volviendo cada vez más oscuro y de repente se ha convertido en noche. El hombre envejece cada vez más y de repente muere. Las diferencias de grado producen diferencias de clase.

Cuando el señor Haecker se hubo marchado (¿adónde?; a su habitación, a pasar otro día de su vida contemplativa encerrado y solo), me puse los pantalones, la camisa, la chaqueta y el sombrero, y regresé a mi despacho atravesando el gran calor seco. El cielo estaba azul brillante y el agua también, pero un poco más oscura. Todo estaba en calma: muy pocos coches recorrían High Street; no se veían barcos en el río; la bandera de Long Wharf caía lánguidamente contra su mástil. Todo hervía bajo aquel inmenso calor, que a pesar de todo no me provocaba ni una gota de sudor.

Lo que tenía en la cabeza, al caminar, era la impactante proposición que se me había ocurrido mientras chupaba el cigarro: que absolutamente nada tiene valor intrínseco. Ahora que la idea se había articulado en mi cabeza, me parecía ridículo no haberme dado cuenta hacía años. Llevaba toda la vida decidiendo que las cosas específicas no tienen valor intrínseco —que cosas como el dinero, la sinceridad, la fuerza, el amor, la información, la sabiduría e incluso el amor no son valiosas en sí mismas, sino en función de ciertos fines— y sin embargo nunca había pensado en establecer una generalización a partir de esos casos particulares. Pero un caso se sumaba a otro, y otro a éste, y de repente tuvo lugar la revelación: nada es intrínsecamente valioso; el valor de cada cosa es algo que la gente, desde fuera, le atribuye, le asigna.

Debo confesar que, a mi serena manera, me sentí bastante entusiasmado con esta idea. ¿Hace falta que repita que no soy un pensador? ¿Que la filosofía técnica no es lo mío? Desde luego (como me enteré después), no se trata de una idea original, pero para mí era completamente nueva, y la disfruté como disfruta un niño al que se deja al aire libre, lleno de una desdeñosa compasión por los que se han quedado dentro. *Nada es valioso en sí mismo*. Ni siquiera la verdad; ni siquiera esta verdad. No soy un filósofo, salvo después de los hechos; pero soy un razonador increíble, y una vez que el mundo me ha obligado a adoptar una nueva postura, puedo filosofar (o razonar) como dos Kants, como siete abogados de Filadelfia. Partiendo de mis nuevas conclusiones, puedo elaborar unas premisas de primera.

Esa mañana, por ejemplo, había abierto los ojos sabiendo que ese día me mataría (una conclusión que por sí misma demostraba la máxima de Marx); ahora apenas había pasado la mitad del día y ya surgían en mi mente toda clase de premisas para justificar, con una base filosófica, lo que había sido una decisión puramente personal.

La argumentación era asombrosa. Baste por ahora establecer la primera premisa: nada es intrínsecamente valioso.

Si tú tampoco eres un filósofo, lector, tómate todo el tiempo que necesites para tragarte esa proposición; me atrevo a decir que a más de uno se le atragantará. Si puedes digerirla, ya has hecho suficiente por este capítulo, y yo también.



## 20. MÚSICA DE CALÍOPE

Mi prosa es lenta, pesada y carente de gracia, y no tengo ni idea de trucos estilísticos. Sin embargo, debo comenzar este capítulo con dos voces, porque requiere dos introducciones distintas pero presentadas de manera simultánea.

No es tan difícil leer dos columnas al mismo tiempo, ¿verdad? Empezaré diciendo lo mismo con ambas voces, para que le cojas el tranquillo, y después las iré alejando muy cuidadosamente para que no te cueste demasiado seguir dos series de ideas de manera simultánea y sin perder detalle.

¿Listo? Bueno: cuando volví a entrar en mi despacho, el reloj de la torre del ayuntamiento estaba dando justo las dos, y como si se tratara de una señal planeada de antemano, en ese mismo momento llegó silbando desde el río la estridente voz de un calíope de vapor: *La original y sin par ópera flotante de Adam*, por lo visto, acababa de pasar junto al faro de Hambrooks Bar y se dirigía, subiendo por el canal, hacia la boya de campana, para poner después rumbo a Long Wharf. Me sonrojé por milésima vez ante la torpe ironía de las coincidencias, ya que sucedió que justo cuando sacaba de mi archivo el informe casi completo de un litigio relacionado con una herida leve en el pie izquierdo del que tal vez fuera el hombre más rico de Cambridge —que aspiraba a ser unos quince mil dólares más rico si mi cliente perdía el caso—, el calíope comenzó a tocar «Oh, Dem Golden Slippers» y, unos minutos más tarde, cuando reflexionaba sobre las dificultades que tendría mi cliente para reunir tamaña suma, empezó a sonar la melodía de «What You Gon’ Do When the Rent Comes ‘Round?»<sup>[3]</sup>.

De hecho, el mero nombre de *La original y sin par ópera flotante de Adam* —su significado desprovisto de cualquier sutileza— mientras tenía delante de mí el extraordinario caso de *Morton contra Butler* era la mayor de las ironías casuales: nunca ha existido una ópera flotante tan sin par como la ley en sus momentos menos eficaces, y rara vez la ley ha pasado por momentos tan ineficaces como cuando se implicó —no, se enredó, se dispersó, se perdió— en el caso de *Morton contra Butler*. Hamlet incluyó «la lentitud de la ley» en la lista de cosas que pueden llevar a un hombre al suicidio. Gracias al ojo que mira a estribor ya te habrás dado cuenta de que yo no acepto la lista del príncipe; el hecho de que Morton y Butler tampoco aceptaron esta molestia concreta como causa de suicidio se pone de manifiesto en que ambos siguen sobre la faz de la tierra. Permíteme que resuma el caso, un nudo en el tronco de mi relato:

No es tan difícil leer dos columnas al mismo tiempo, ¿verdad? Empezaré diciendo lo mismo con ambas voces, para que le cojas el tranquillo, y después las iré alejando muy cuidadosamente para que no te cueste demasiado seguir dos series de ideas de manera simultánea y sin perder detalle.

¿Listo? Bueno: recordarás que en el capítulo previo al último le dije al señor Haecker que cualquiera que desee organizar su vida de un modo racional debe, antes que nada, resolver la cuestión de Hamlet, la cuestión del suicidio. Añadiría también que si quiere contar con mi respeto, su decisión de vivir debe basarse en algo más firme que la de Hamlet, que afirmaba que «la conciencia nos vuelve cobardes a todos»: que elegir el suicidio es intercambiar lo malo conocido por lo malo por conocer. Esta postura (como el argumento de Montaigne contra la revolución) es, como admite el príncipe, meramente cobarde, pero no razonable. Por otra parte, si uno elige morir, por el amor de Dios, que esta elección esté basada en algo más razonable que lo que dice Hamlet, que considera que su interés consiste simplemente en «escapar de las pedradas y las flechas de la fortuna atroz», lo cual es tan cobarde como temer los sueños que habrá más allá de la tumba. No pienses que abogo indiscriminadamente a favor del suicidio: sólo sostengo que quienes deseen vivir razonablemente deberían tener razones para vivir. ¿Te parece lo bastante razonable?

Pero no puedo aceptar que la mala suerte sea un motivo suficiente para que se suicide nadie, incluyendo a mi padre. De hecho, en mi opinión fue la ausencia de motivos para que se colgara lo que hizo que me convirtiera en un cínico tras su muerte, aunque sin duda ya llevaba las semillas del cinismo en mi interior. Fue un cambio cualitativo repentino, el impacto del mundo sobre mi filosofía.

Antes de que te cuente más sobre mi reacción ante la muerte de papá, y sobre la pequeña aventura que tuve a continuación, permíteme que resuma muy brevemente el caso al que dediqué mi hora de trabajo aquella tarde, la que pensaba que sería mi última hora de trabajo como abogado. Servirá como presentación del coronel Henry Morton, que desempeña un papel en la pequeña aventura, y también para que no pienses que estuve holgazaneando toda la tarde, cuando en realidad contemplé la pared de un modo bastante fructífero. Aquí va el resumen del caso, un nudo en el tronco de mi relato:

*Morton contra Butler*, en junio de 1937, era un litigio que ya tenía casi seis años de antigüedad, y en el momento en que transcurre esta historia, los litigantes todavía ni siquiera habían empezado a tratar los detalles del caso y se hallaban inmersos, a través de sus abogados, en las cuestiones procesales. El coronel Henry Morton, que se dedicaba a envasar los Tomates Maravillosos de Morton junto a su esposa, era el demandante, y estaba representado por Charley Parks, mi vecino y compañero de póker. Yo representaba al acusado, el señor William T. Butler, un agente de inversiones que se encargaba de dirigir la sección «New Deal» de la máquina demócrata local, cuya otra sección, la conservadora, dirigía el coronel Morton.

Lo que había ocurrido era muy simple. El 31 de octubre de 1931, el señor Butler estaba conduciendo su Cadillac por Court Lane, justo delante de mi despacho, y el único hijo del coronel Morton, Allan (por quien el coronel sentía un gran afecto, aunque lo sobreprotegía un poco) iba conduciendo su Cadillac por Gay Street, que confluye con Court Lane junto al arroyo. El coronel y la señora Morton iban de pasajeros en el coche de su hijo. Los dos coches se encontraron al pie de la colina. Butler tenía que girar a la derecha y meterse por Gay Street, y el joven Morton tenía que girar a la izquierda y meterse por Court Lane. Ambos conductores señalaron sus giros, y cada uno vio la señal el otro. Entones (por lo que he podido suponer), ambos conductores ejecutaron sus giros de manera tan torpe como simultánea: Butler hizo una curva demasiado abierta y Allan Morton, una demasiado cerrada. Los automóviles chocaron y sufrieron daños menores. Además, a la señora Morton se le rompieron las gafas y se hizo unos rasguños en la cara con los cristales, y al coronel le dio un tirón en los tendones del pie izquierdo. Los conductores salieron; Butler y el cojeante coronel se estrecharon la mano, como corresponde a dos candidatos rivales para el mismo puesto.

—¡Pero bueno, Bill! —bramó el coronel cordialmente—. ¿No eres capaz de conducir esa máquina o qué?

—¡No por la misma calle por la que va tu hijo! —le contestó Butler, soltando una carcajada.

Los dos hombres se rieron un rato, se dieron unas palmaditas en la espalda y se marcharon, después de haber acordado tácitamente que los daños no parecían graves y que entre caballeros responsables, una cuestión privada como ésta no tenía por qué acabar en los juzgados. Al día siguiente, Butler le envió a la señora Morton un ramo de flores variadas de quince dólares y el coronel le envió a Butler una botella de Haig & Haig.

Si no hubiera sido por Franklin Roosevelt, la cosa se habría quedado ahí. Pero Roosevelt fue elegido en 1932, puso en marcha el New Deal poco después y en el verano de 1933 fue navegando por el Choptank hasta Cambridge, para inaugurar el puente Harrington, que cruza dicho río y cuya construcción acababa de concluir. Las dos facciones del partido estaban entusiasmadas: cuando se anunció que el presidente no desembarcaría, sino que emitiría su discurso de inauguración desde el *Potomac*, el yate presidencial, anclado junto a la boya de campana, al coronel Morton se le ocurrió que había que demoler el antiguo depósito de fletes que había en Long Wharf, y afirmó que era un lugar ideal para que se ocultaran unos asesinos con rifles de largo alcance. El ayuntamiento accedió y echó abajo el viejo almacén. Entonces el coronel afirmó que no debería permitirse que ninguna embarcación privada saliera del arroyo o del puerto deportivo mientras el *Potomac* estuviera anclado; de lo contrario, tendría lugar una escena abarrotada y muy poco respetuosa. El alcalde dictó resolución y el puerto deportivo siguió su ejemplo. ¡Desde luego, el coronel Morton tenía unas atenciones espléndidas con el presidente, para tratarse de alguien que se oponía al New Deal! Pero de todos los ciudadanos de Cambridge, miles de los cuales se congregaron respetuosamente en el muelle para ver el *Potomac* y escuchar la voz del presidente amplificadas, sólo uno fue invitado a subir a bordo: el «viejo Bill» Butler, de la familia Butler, que siempre había sido demócrata.

Un mes más tarde, sin motivo aparente, el señor Butler se presentó en mi despacho y me describió el accidente de automóvil que había tenido lugar casi dos años antes.

—Quiero que te encargues de ello, cariño, si es que pasa algo —dijo, soltando una risita (tenía la costumbre de soltar una risita cada vez que hablaba, al margen de si lo que había dicho era gracioso o no).

Y no mucho más tarde (fue, de hecho, el 13 de octubre de 1933, sólo dos semanas antes de que expirara el plazo estipulado legalmente), Charley Parks me llamó para decirme que iba a presentar una demanda contra Butler en nombre del coronel y la señora Morton, que alegaban que habían sufrido daños personales, y de Allan Morton, que exigía setenta y cinco dólares por las reparaciones y seiscientos por la presunta depreciación de su Cadillac. El coronel y su esposa reclamaban en total cerca de quince mil dólares: habían gastado 854,26 dólares en médicos y medicinas, y además exigían catorce mil dólares por daños y perjuicios (en el caso del coronel) y angustia (provocada por la desfiguración permanente, aunque leve, de Evelyn Morton y por la cojera crónica del coronel). Me imaginé desde el principio que aunque el

señor Roosevelt se hubiera quedado en Washington, el hecho de que Butler me contratara de abogado habría sido motivo suficiente para que el coronel decidiera, con cierta demora, entablar un pleito, pues como verás en breve, entre los Morton y yo no había demasiado aprecio. Ideé una estrategia de inmediato.

Bueno, aunque Charley y yo hemos disfrutado algunas veces de largas discusiones por sutilezas legales mientras tomábamos unas cervezas y jugábamos al póker, en ningún momento dijimos explícitamente que el caso de *Morton contra Butler* nos resultara divertido. Esto es lo que sucedió en los dos meses restantes de 1933: el 20 de noviembre los tres demandantes presentaron oficialmente la demanda, argumentando que la colisión se había debido a una negligencia de Butler, que había tomado la curva a una velocidad excesiva; que no había logrado controlar adecuadamente su vehículo; y que era culpable de otros delitos de comisión y omisión. El 15 de diciembre presenté una petición para que se separara la reclamación de Allan Morton de la de los demás demandantes. El 29 de diciembre el juzgado desestimó esta petición. Fui a la fiesta de Nochevieja de Butler y bebí licor de endrinas.

1934: el 9 de enero presenté una petición para que se revocara la orden del juzgado del 29 de diciembre, que había desestimado mi petición original. El 26 de abril el juzgado revocó esa orden y concedió la separación que queríamos. Después, el 4 de mayo, obtuve un permiso para añadir a Allan Morton como acusado adicional, junto a Butler, en el pleito contra el coronel y la señora Morton, y presenté una querrela contra él que era prácticamente idéntica a la que él había presentado contra Butler. El 18 de junio Charley Parks contestó en nombre de Allan y presentó una alegación añadiendo nuevos argumentos a todo lo relativo a los plazos legales, que, por supuesto, se habían vencido casi ocho meses antes. El 8 de agosto Butler contestó a los nuevos argumentos. El 26 de octubre Charley presentó, en nombre de Allan, una moción para que se evaluaran los procedimientos relacionados con la querrela de Butler. El 29 de diciembre, exactamente un año después de que se desestimara mi petición original de separar las dos causas, el tribunal desestimó mi querrela contra el joven Morton, y en Nochevieja, lejos de suicidarme (como habría hecho Hamlet para entonces), me emborraché en la fiesta de Butler a base de vodka sours.

1935: el 10 de enero (mientras Harrison Mack padre, por cierto, se estaba muriendo en su cama de Ruxton) solicité permiso para presentar una querrela subsanada en nombre de Butler. El 18 de enero, el juzgado concedió su permiso, y yo presenté una querrela subsanada contra Allan Morton, aseverando que sus padres, en su querrela contra Butler, habían afirmado que los daños estimados en quince mil dólares se debían exclusivamente a una negligencia de Butler; que Butler estaba dispuesto a presentar una copia de esa misma querrela contra Allan; que Butler no admitía ni la totalidad ni una parte de sus acusaciones; que Allan había actuado con negligencia al volante de su Cadillac; que sólo un juicio podría determinar si la negligencia de Allan había sido la única o la principal causa del accidente, pero que

se trataba de una cosa o la otra; que Butler deseaba tener la posibilidad de proteger su derecho a aportar pruebas en el caso de que el tribunal considerara que había obrado de modo negligente conjunta o simultáneamente con Allan; y que por lo tanto, Allan era conjuntamente responsable con Butler del accidente, ateniéndonos a las causas formuladas por el coronel y la señora Morton. El 6 de febrero Allan —o, más bien, Charley— presentó su respuesta junto a, de nuevo, nuevos argumentos en relación con el vencimiento de los plazos. El 8 de abril el juzgado, aunque no dictaminó sobre la exactitud de los cargos presentados por Butler, desestimó mi querrela subsanada exponiendo como base cinco fundamentos, todos tan razonables y excepcionales como son los fundamentos que se exponen al emitir esta clase de fallos. Charley y yo jugamos al póker unas cuantas veces en marzo y en abril, y después, el 1 de mayo, él presentó un documento aceptando que yo presentara una segunda querrela subsanada contra Allan en nombre de Butler, y yo presenté la nueva querrela, un documento que difería de sus predecesores sólo en sus planteamientos retóricos. El 21 de mayo Charley presentó la respuesta de Allan, con nuevos argumentos, como antes. El 21 de octubre, el tribunal desestimó la segunda querrela subsanada basándose en los mismos fundamentos que antes, y el 12 de noviembre dictaminó a tal efecto en los dos casos por separado. Para entonces, yo ya estaba bastante enredado en el caso del testamento de Mack, pero de todos modos, mientras Charley sonreía y Butler soltaba una risita, llevé el dictamen del juzgado al Tribunal de Apelaciones el 13 de noviembre. Esa Nochevieja bebí whisky de centeno Sherbrook, primero con los Mack en el sótano de su club, después con Butler en el sótano de su club, y por último con Jane en mi habitación, pero no me emborraché.

1936: el caso del testamento de Mack tenía sus particulares y gloriosas complejidades, pero el 17 de marzo encontré tiempo para argumentar en el Tribunal de Apelaciones de Maryland a favor de la revocación de la orden del juzgado. La cuestión, para ambos tribunales, era si, como los plazos estipulados por la ley impedían que pudiéramos añadir al joven Morton en calidad de acusado adicional debido al tema de la responsabilidad exclusiva, habíamos presentado en nuestra querrela subsanada suficientes motivos para que se declarara la responsabilidad conjunta o simultánea, y el Tribunal de Apelaciones también afirmó (el 4 de diciembre) que no. Pero muy razonablemente me permitieron apelar ante la Corte Suprema de Maryland su ratificación de la orden del juzgado, para que la cuestión procesal pudiera determinarse por fin. Esa Nochevieja, si no recuerdo mal, me quedé bebiendo solo en mi habitación.

1937: bueno, yo nunca había estado de acuerdo con esos dos tribunales inferiores en que lo que ellos consideraban la cuestión fuera realmente la cuestión, por lo que el 26 de abril sostuve ante la Corte Suprema que la verdadera cuestión era si un acusado de causar daños y perjuicios, como Butler, a quien se le hubiera negado el derecho, por el tema de los plazos, de sumarse a un acusado adicional (ante quien también era responsable, claro) debido a la responsabilidad exclusiva, podía pese a todo, haciendo

uso de su derecho a aportar pruebas, alegar que la responsabilidad de los hechos es conjunta o simultánea sin admitir su propia responsabilidad ante los demandantes (el coronel y la señora Morton). Yo sostenía que si Butler, para afirmar la responsabilidad conjunta de Allan, se veía obligado, además de a aportar pruebas que demostraran que Allan había cometido una negligencia, a admitir su propia negligencia, eso era como negarle a Butler el derecho a pedirle a Allan que declarara, ya que el coronel Butler podría usar su admisión como prueba y sacarle partido cuando comenzara el juicio. Y, como en nuestra querrela subsanada presentábamos ciertos hechos para apoyar la alegación de que Allan había obrado de manera negligente, lo único que solicitábamos, en realidad, era que si, cuando comenzara al fin el juicio, el jurado consideraba que Butler era responsable de una negligencia, como afirmaban los demandantes, entonces la negligencia de Allan, tal como estaba descrita en la querrela que habíamos presentado, se considerara también causante de la colisión. Los miembros de la Corte Suprema, todos tipos razonables, no encontraron justificación alguna para no admitir tal solicitud, sobre todo en el caso de un choque de automóviles, en el que siempre es posible que ambos conductores hayan cometido un error. El 24 de mayo dieron su opinión, revocando la orden del Tribunal de Apelaciones que ratificaba la orden del juzgado por la que se desestimaba nuestra querrela subsanada contra el acusado adicional y reenvió el expediente al juzgado con una notificación en la que se advertía de que se había cometido un *error in procedendo*.

No había forma de apelar esta decisión. Charley me invitó a una copa y el juicio estaba listo para comenzar; el coronel Morton demandaba a su único hijo. Bill Butler soltó una risita, lleno de felicidad, pues con lo bien atrincherado que estaba Roosevelt en la Casa Blanca y la popularidad de que disfrutaba en 1937, la facción del Partido Demócrata local que seguía a Morton no podía permitirse ni un poco de mala prensa.

Me gustaría, lector, llegado a este punto, anunciar que me había guardado algún as en la manga para aquel último día de mi carrera, cuando ya había podido decantar, por lo que sabía, el caso del testamento de Mack a favor de Harrison. Pero la verdad es que mi interés por *Morton contra Butler* terminaba con el dictamen de la Corte Suprema, pues aquello daba por concluida la disputa procesal. No me importaba perderme el juicio, que sería más bien aburrido, ganara quien ganara. Había sacado el expediente del caso, esa última tarde, sólo porque Bill Butler, según una nota que la señora Lake me había dejado sobre el escritorio, iba a venir a verme a las dos y cuarto.

A las dos y media entró soltando una risita; un hombre calvo, corpulento, con buenos ojos y malos dientes, que llevaba una caja de zapatos.

—¿Qué te debo, Todd, viejo bacalao? —bramó—. ¿Dónde está mi factura, cariño?

—Me debes el pellejo —le dije, sonriente—. Charley te habría llevado a la horca. Pero mejor espera a que termine el juicio para pagarme el resto de la factura.

—No va a haber ningún juicio —dijo Butler, y volvió a soltar una risita.

—¿Y el coronel lo sabe?

—Pues claro que lo sabe —dijo Butler, soltando una nueva risita—. Él es quien ha decidido suspenderlo, cariño. Me llamó ayer, antes de ayer, me estuvo dando la lata con el rollo de siempre, que si la familia, que si la armonía del partido, todo eso. ¡Ja! Y me dijo que si dejaba que algunos de sus chicos se presentaran en mi candidatura a las primarias el año que viene, suspendería el juicio.

—No tenías por qué aceptar sus condiciones.

Butler soltó una risita grandiosa.

—Le dije que podrían nombrar al sheriff y a uno de los comisionados del condado si le decía al policía estatal ese que dejara de perseguirme de una vez. Joder, ¿conoces al policía Yarberry, ese enchufado del coronel? Cada vez que paso por el nuevo puente, ese tal Yarberry viene detrás de mí. El coronel le ha dicho que me vigile. ¡Podría contarte muchas cosas de Yarberry y el coronel, cariño! Al coronel no le interesa nada tener un miserable comisionado del condado, pero sí que le interesa tener un sheriff, así que me prometió mantener a raya a su poli y suspender el juicio. Ya le he mandado a Evelyn otro ramo de flores.

—¡Joder, no tenías por qué darle nada, Bill! —volví a decirle—. ¡Nunca habría demandado a su hijo!

—¡Ja! —Butler soltó una risita—. Si quieres que te diga la verdad, Todd, no tenía ni un hijoputa al que pudiera darle esos puestos, ni uno que me pareciera de fiar, así que el coronel se los habría quedado de todas maneras. ¡Es una cuestión de principios, chaval! Si logras que Roosevelt sea reelegido en el 40, te doy el puesto de gobernador, cariño. ¿Qué te parece?

—¿Entonces no va a haber juicio?

—No va a haber juicio —dijo Butler, y soltó una risita—. Vamos ahí al lado a buscar al bueno de Charley. Probaremos el whisky del coronel.

Destapó la caja de zapatos y sacó una botella de Park & Tilford.

—Llame al bueno de Charley, Julia —le dijo a la señora Lake, soltando una risita—. Vamos, Harry Bishop; vamos, Jimmy, chaval. ¡Nos vamos a tomar el whisky del coronel!

El calíope del muelle empezó a interpretar «Out of the Wilderness»<sup>[4]</sup>. Yo me ruboricé, volví a meter el voluminoso expediente de *Morton contra Butler* en el archivo y acepté un trago de Park & Tilford.

## 21. LLEVAR LEÑA AL MONTE

Cuando, como ya he dicho antes, volví a casa desde el despacho la tarde del 1 de febrero de 1930, y tras buscar a mi padre por todas partes, lo encontré colgado en el sótano, con uno de los extremos de su cinturón atado a una viga y el otro en torno a su cuello, no tenía ni una mota de polvo, aunque el sótano estaba bastante sucio. Llevaba la ropa perfectamente planchada, sin una sola arruga, y pese a que tenía la cara negra y los ojos parecían a punto de salirse de las cuencas, seguía esmerada y correctamente peinado. Exceptuando que la silla sobre la que se había subido papá estaba tirada en el suelo, todo el sótano estaba en orden.

Lo mismo podría haberse dicho de su patrimonio. De hecho, como quedó claro muy pronto, no había herencia. Se trata de una historia tan corriente que dudo si contártela, a pesar de que nada ha dejado de ser verdadero o lamentable por ser corriente. Papá tenía una cuenta de ahorros considerable; entre los años 1925 y 1927, la había hecho engordar invirtiendo en bolsa. No pensaba que el período de bonanza fuera a durar mucho, de modo que decidió hacer una última gran inversión y venderlo todo. Para hacerla, hipotecó todas sus propiedades —una casita de verano con un terreno en Fenwick Island y un par de explotaciones madereras que tenía en el condado— por todo el dinero que pudo, y lo invirtió todo. A principios de 1929, cuando la estructura de la especulación comenzó a tambalearse y todos los cargos públicos del país empezaron a asegurarnos que la economía era absolutamente sólida, papá hipotecó la casa y el terreno, pidió un préstamo a su compañía aseguradora y contrajo deudas privadas con los pocos de entre sus amigos que estaban en condiciones de prestarle dinero. También invirtió todo esto en bolsa. No, no todo: pidió a Harry Bishop que metiera cinco mil dólares en una caja fuerte a mi nombre, quizá porque sospechase que, de lo contrario, no podría resistir la tentación de invertirlos también.

Entonces se hundió la bolsa. La gente se puso muy ansiosa y empezó a contratar a abogados para que se encargaran de cobrar las deudas, pero no había dinero para pagarles, y casi todas las deudas eran imposibles de cobrar. Papá debía pagos de al menos cuatro hipotecas e innumerables préstamos, pero no tenía dinero para hacer frente a todos estos desembolsos. Las amenazas de ejecución de las hipotecas llegaban por todas partes; había pleitos esperando en cada esquina. Parecía que iba a perder su casita de verano, sus explotaciones madereras, el hogar familiar, el coche: prácticamente todo lo que tenía. Sus deudas quizá alcanzaran los 35 000 dólares. Tendría que dormir en el despacho, ir al juzgado a pie, llevar trajes hechos jirones. Muy probablemente nunca recuperaría la confianza en sí mismo ni el respeto de los demás. Era un trago muy amargo. En lugar de tragárselo pese a todo, se ahorcó.

¿Acaso el padre de uno va y se ahorca por una sencilla y estúpida falta de dinero? ¿Y acaso se espera de uno que levante la silla que su padre ha tirado al colgarse?



¿Realmente puede uno cortar el cinturón con un cuchillo de cocina? ¿Llevarse a su padre a la cama en la que uno fue concebido y, echándolo sobre ella, meter los dedos entre la carne negra y deteriorada para liberar el cuello muerto? Lector, todavía siento escalofríos al recordar un día de verano de cuando tenía cinco años. Mi padre (vestido con ropa buena) estaba matando pollos en el jardín trasero. Cogió uno y, sujetándolo por las patas, lo colocó sobre el tajo, un tocón de madera; sin que los aleteos frenéticos lo perturbaran lo más mínimo, levantó la vieja hacha, que sostenía cerca de la cabeza, y con un suave golpe decapitó al ave. La cabeza se quedó quieta sobre el tocón, con los pequeños ojos rojos mirando fijamente y el pico abriéndose y cerrándose y graznando en silencio. El cuerpo, cuando mi padre lo soltó, estuvo corriendo por el patio durante treinta segundos y después murió. Yo lo contemplaba todo, concentrado e inquieto.

Papá volvió a coger el pollo por las patas.

—¿Puedes llevarle esto a Bessie, por favor?

Yo extendí la mano sin decir nada. Papá me puso las patas en la mano, unas patas amarillas muertas, frías, duras, sucias, fibrosas y escamosas. Entonces sentí náuseas, lector, y si pienso en aquellas patas un minuto más, sentiré náuseas ahora. Pero sobre esta cuestión uno puede pensar, aunque se sienta indispuerto. ¿Acaso se espera de uno que le cierre los ojos —a punto de salirse de las cuencas— al cadáver de su padre? ¿Unos ojos cuyas venas han explotado? Seguro que la suciedad del mundo explicaría a gritos los motivos para hacerlo, la justificación que no admite cuestionamiento alguno. Esperé.

Claro que había deudas. La casa de Fenwick; quedáosla. ¿Las explotaciones madereras? Desde luego. ¿La casa? ¿El coche? ¿El seguro? Quedáoslos, quedáoslos. Uno no se preocupa por menudencias ante la tumba de su padre, sólo por los motivos. Esperé.

De vuelta en el despacho, Harry me dio el sobre que me había dejado papá. Lo cogí ansiosamente, esperando que contuviera la respuesta, pero en su lugar sólo había cinco mil dólares. También había una nota, cuyo contenido debo de haber reprimido —de verdad, ha desaparecido de mi memoria por completo— porque decía todas las cosas que yo no quería oír y con un lenguaje totalmente inadecuado. ¿Cinco mil dólares son un pago suficiente por haber metido los dedos debajo de ese cinturón? ¡No es suficiente pago ni por pensar en ello! La deuda contraída conmigo fue la última, pero no la menor, de todas las deudas de las que escapó mi padre.

La muerte de papá me desmoralizó, y los cinco mil dólares y la nota me paralizaron. Estuve media hora sentado en el despacho con la boca abierta, contemplando las cuentas como si hubiera abierto aquel precioso último sobre y descubierto en su interior un puñado de estiércol del color de las mejillas de un ahorcado. ¡Cinco mil dólares! Al cabo de un rato, volví a meter aquellos billetes de mil dólares nuevos y relucientes en el sobre, que, al fin y al cabo, no tenía ni sello ni destinatario, y pensé en toda la gente que conocía.

La cuestión era sencilla: ¿Quién era el hombre más rico de Cambridge? El coronel Henry Morton. Escribí en el sobre «Coronel Henry Morton, Tomates Maravillosos de Morton, S. A., Cambridge, Maryland», puse un sello de tres centavos en su sitio y, resoplando como un caballo de carreras cojo, metí el sobre en un buzón que encontré cuando salí a comer. Al día siguiente me trasladé al hotel Dorset.

Creo que esto ocurrió a comienzos de marzo de 1930. Al poco tiempo recibí una llamada del coronel, a quien apenas conocía.

—¿Hola? ¿Hola? —gritó, como si no estuviera acostumbrado a hablar por teléfono—. ¿Hablo con Todd Andrews?

—Sí, señor.

—¿Hola? ¿Andrews? Andrews, ¿qué es ese dinero que me ha mandado por correo?

—Es un regalo que le hago, señor —dije.

—¿Andrews? ¿Sigue ahí, Andrews? ¿Qué sucede? ¿Eh?

—Es un regalo —repetí—; un regalo.

—¿Eh? ¿Qué? ¿Hola? ¡Andrews! ¡Regalo! ¿Hola?

—Es un regalo —repetí.

Al día siguiente, el coronel vino a verme y entró en mi despacho sin cita previa.

—¿Andrews? ¿Usted es Andrews? Oiga, joven, no sé qué se propone, pero...

—Era un regalo —le expliqué—; sólo eso.

—¿Un regalo? ¡Hijo, está loco! ¡Tome, cójalo y basta de tonterías!

No agitó nada delante de mí; no me puso los billetes delante de las narices.

—Claro que no —le dije—. Era un regalo.

—¿Regalo? ¡Pero bueno! ¿Regalo? ¿Qué se propone, joven? ¿Qué espera que haga yo?

—No espero que haga absolutamente nada, señor —repetí—. Era un regalo.

—¡No voy a tolerar ninguna artimaña! —me advirtió el coronel—. Tome, cójalo. ¡Basta ya!

De nuevo no me ofreció nada.

—Nunca he estado en deuda con nadie —dijo el coronel— y no pienso empezar ahora.

—No hay ninguna deuda, señor —insistí.

—¡Hum! No sé lo que tendrá en la cabeza, pero más vale que lo olvide. ¡A mí no se me puede comprar! Si alguien me preguntara el secreto de mi éxito, le diría que nunca he estado en deuda con nadie.

—Yo nunca intentaría que usted estuviera en deuda conmigo, señor. Era sólo un regalo.

—Le voy a dar una lección, hijo. —El coronel sonrió, como si la idea acabara de ocurrírsele—. Voy a quedarme con la mitad de su dinero, y usted no recibirá nada de mí a cambio.

—Tiene que quedárselo todo —dije yo—. Los regalos no se devuelven.

—¡Hum! Tiene mucho que aprender, joven. ¡Mucho que aprender! Evite estar en deuda con nadie.

—Lo haré, señor.

—¡Son tiempos difíciles, Andrews! —balbuceó el coronel—. ¡Malos tiempos! ¡Despidos en la fábrica! ¡La gente no tira el dinero! ¿Qué está tramando? ¿Eh? ¿Eh?

Yo negué con la cabeza.

—Nada, señor. No tengo nada que explicarle.

El coronel se levantó de repente para marcharse, observando con tristeza mi despacho y mordisqueando su cigarro.

—Le voy a dar una lección, joven —dijo—. ¡Se arrepentirá de no haberlo cogido!

—No, señor.

Salió, y después volvió a aparecer, sonriente, y desde la puerta dijo:

—¡Mejor habría sido utilizarlo para pagar alguna de las deudas de su padre!

Entonces, satisfecho por haber demostrado su independencia, se marchó. La señora Lake soltó un respingo al oír su comentario.

Un tiempo más tarde llegó una carta.

Querido señor Andrews:

Sin duda habrá cambiado de opinión con respecto a la transacción de hace unos días. Yo, sin embargo, soy un hombre de palabra, y tengo la intención de seguir adelante con lo decidido para su instrucción.

Cordialmente,

HENRY W. MORTON

Le contesté de inmediato:

Querido coronel Morton:

No he cambiado de opinión en absoluto. El asunto al que se refiere no era una transacción de ningún tipo, y usted no está en deuda conmigo de ninguna manera. Era un regalo.

Cordialmente,

TODD ANDREWS

Ese mismo mes, Tomates Maravillosos de Morton, S. A. se vio involucrada en una disputa contractual con una pequeña compañía de fletes que transportaba hasta Baltimore por ferry los productos enlatados del coronel. Todo indicaba que la compañía de fletes tenía razón (el caso era bastante complejo, y no lo describiré aquí), pero el coronel nunca había perdido un pleito antes, por lo que decidió ir a juicio. Un ejecutivo de TMM, S. A. me llamó para anunciarme que el coronel quería contratar a Andrews, Bishop & Andrews para que nos encargáramos de su defensa.

—Muy bien —le dije—. Personalmente no estoy interesado, pero el señor Bishop puede ocuparse del caso.

—Creo que el coronel desea que se ocupe usted mismo —dijo el ejecutivo (era Wingate Collins, una especie de vicepresidente)—. De hecho, estoy seguro de que es así. He oído cómo lo decía.

Pero yo no quise. El coronel se puso en contacto con Charley Parks y al final el Tribunal de Apelaciones le dio la razón.

Después los conductores de la Empresa de Transportes Morton, una filial de la compañía de envasado, fueron a la huelga cuando el coronel se negó a permitir que el sindicato de la empresa se afiliara a la Confederación de Sindicatos Industriales, y Norbert Adkins, un representante del sindicato, acudió a nuestro bufete en busca de asesoría legal. Jimmy Andrews, que acababa de incorporarse al equipo, estaba deseoso de hacerse cargo del caso, y el señor Bishop y yo no vimos ninguna razón por la que no pudiera hacerlo. Pero Wingate Collins nos dio una.

—Se lo diré con franqueza —dijo—: el coronel no quiere que ninguno de sus amigos se ocupe de este asunto. Su firma se volvería muy impopular si aceptara ese trabajo. ¿Entiende lo que le digo?

—No siga, Wingate —le dije, sonriendo—. Me parece que ha ido mucho al cine últimamente.

—Le voy a decir una cosa —me contestó—. Le puede ir muy bien si no se pone del lado de los huelguistas. El coronel no está muy contento con Matson & Parks — esto debe quedar entre nosotros, por supuesto— y está buscando otra firma para que represente a TMM oficialmente. Eso supone entre seis y ocho mil dólares al año para la firma que se encargue. Al coronel le cae bien usted, Todd, no me importa decírselo. Piensa que es un joven muy prometedor. Y me jugaría cualquier cosa a que conseguiría el trabajo si se negara a defender a los huelguistas. Joder, sé que lo conseguiría, se lo digo confidencialmente, porque ayer, sin ir más lejos, se lo oí decir al coronel.

—Creo que Jim quiere encargarse, Wingate —le dije—. Es mejor que hable con él.

—Ya lo he hecho —dijo Wingate, soltando un fuerte suspiro—. Dice que quiere coger el caso del sindicato, pero que depende de lo que digan Harry y usted. Harry dice que le da igual una cosa que otra.

—A mí también —dije yo.

—¡Bueno, creo que usted es un maldito loco, si me disculpa la expresión! —dijo Wingate con vehemencia—. ¡Al coronel no le va a resultar fácil tragarse esto, se lo digo!

Pero por lo visto se lo tragó. Jimmy asesoró al sindicato en el arbitraje que tuvo lugar a continuación, y Matson y Parks, el bufete de al lado, asesoró a la compañía. Al final se decidió que el sindicato siguiera siendo «independiente» y que los huelguistas pagaran con sus fondos los daños que habían sufrido seis camiones cuando los habían volcado durante la huelga.

Durante el año siguiente, más o menos, el coronel se puso en contacto conmigo en diez ocasiones distintas, directamente o por medio de sus vicepresidentes, para hacerme ofertas de trabajo. Yo decliné ocuparme personalmente de ellas (eran cosas rutinarias, aunque lucrativas); se llevó algunas a otros bufetes, y permitió, a regañadientes, que el señor Bishop se ocupara de otras. Cada vez que me lo encontraba en la calle (él apenas caminaba), me daba una palmadita en el hombro, me cogía del brazo, me invitaba a cenar, me invitaba a navegar en su yate, me invitaba a formar parte del Club Náutico de Cambridge, de los Elks, de los rotarios, de los Odd Fellows (al coronel le encantaba pertenecer a muchas órdenes) y del club de campo (como a veces jugaba al golf, yo ya era miembro). Yo siempre declinaba sus invitaciones con mucha educación. Él se enfurecía.

No dejaban de llegar las ofertas para que me ocupara de diversos asuntos legales de Tomates Maravillosos de Morton.

—Se lo digo con toda franqueza —dijo Wingate Collins—. Creo que es usted un maldito loco. ¿Qué tiene contra nosotros? Están perdiendo la oportunidad de su vida. ¿Tiene más dinero del que necesita? Le voy a decir la pura verdad, Todd, el coronel está muy alterado con el dinero ese que usted le envió. Esto es confidencial, por supuesto. Le he dicho que usted no es más que un maldito loco, la verdad, pero él no lo conoce tanto como yo. No puede entenderlo. Está muy alterado porque dice que no quiere estar en deuda con nadie. Bueno, ya ve. Usted podría facilitarle mucho las cosas si cogiera alguna de esas cosas que él le propone.

—El bufete no las rechaza —le recordé—. Es sólo que personalmente no estoy interesado.

—¡Pero hombre, joder, esto no es un regalo! —gritó Wingate—. Sólo quiere contratarlo, como podría hacer cualquier otro. ¿Para qué quiere tenerlo atrapado así? ¡Nunca se había alterado tanto por nada!

—Está comportándose de un modo infantil —le dije—. Sabe muy bien que no está en deuda conmigo. Incluso se tomó la molestia de que quedara claro por escrito.

Wingate me dijo con toda franqueza que era un maldito loco.

Lo de los cinco mil dólares empezó a contarse (sospecho que gracias a Wingate, a la señora Lake o a Jimmy) y varias personas curiosas me preguntaron por ello.

—Era sólo un regalo —decía yo, encogiéndome de hombros.

La mayoría de la gente, en cualquier caso, ya me consideraba bastante excéntrico, de modo que muchos se sintieron satisfechos cuando vieron confirmadas sus sospechas. Me enteré, por algunos amigos, de que había uno o dos acreedores de papá muy contrariados, pero por supuesto el dinero era mío, no de papá, de modo que no podían hacer nada. Algunos cínicos se preguntaban qué estaría tramando.

Para Navidad el coronel me envió, por medio de su chófer, una caja de whisky Harvey's. Tras recibirla de vuelta dos días más tarde, por medio de la Compañía de Taxis de Cambridge, volvió a presentarse en mi despacho.

—Buenos días, señor —le dije—. ¿Puedo ayudarlo en algo?

—¡Puede dejar ya esa tontería! —dijo el coronel con vehemencia.

Le ofrecí un cigarro, que él rechazó casi violentamente. Entonces me quedé esperando a que continuara.

—¿Pretende seguir ahí sentado y jurar por Dios que me dio cinco mil dólares porque sí? ¿En una época tan difícil como la actual?

—Era un regalo —le dije.

—No piense que no sé por qué se suicidó su padre, joven —dijo el coronel—. Sin ánimo de ofender. Ya sabe que estas cosas se comentan.

—Así es.

El coronel suspiró con impaciencia y dio unos golpecitos en el suelo con su bastón.

—No lo entiendo —dijo.

—No hay nada que entender.

—Oiga —me dijo en voz baja—. No hace falta que nadie más se entere de esto. Wingate Collins... ¿lo conoce? Bien. Wingate Collins es vicepresidente de mi empresa y extraoficialmente se ocupa de las relaciones laborales. Wingate es un buen hombre, pero está haciendo un trabajo pésimo. Tiene enfadado a todo el mundo, y se supone que debería tener contento a todo el mundo. A los del sindicato no les cae bien, a los de la administración no les cae bien y a mí no me cae bien. Es un gran tipo, ¿sabe?, pero tiene enfadado a todo el mundo. Bueno, pues Wingate se va a jubilar pronto —él todavía no lo sabey voy a contratar a alguien para que se ocupe de las relaciones laborales. Quiero a un abogado, a alguien que sepa cómo es la gente. Media jornada, cinco días a la semana. Cinco mil al año y podrá mantener su trabajo en el bufete.

—No.

—Oiga —dijo el coronel—. Esto no es un regalo. No conozco a nadie mejor para ese puesto. Me alegro de conocerlo a usted.

—Gracias —le dije—. No quiero el trabajo, señor, pero se lo agradezco de todos modos.

—¡Que no lo quiere! —gritó el coronel—. ¡La gente está desesperada por conseguir trabajo! ¡Que no lo quiere!

—No, señor.

—¡Sí! —bramó el coronel, con la cara enrojecida.

—No —dije una vez más.

—¡Quédese con su maldito dinero! —gritó el coronel, pero no agitó ningún billete delante de mis narices.

—Por supuesto que no.

El coronel se pasó el pañuelo por la frente.

—¿Y qué me dice del whisky?

—No, gracias, señor —le contesté.

Se levantó para marcharse, muy perturbado.

—He invitado a un montón de gente para Nochevieja —me dijo, más tranquilo—. Recibirá una invitación; la señora Morton ya las ha mandado. Es su primera gran fiesta y ha oído hablar de usted, pero no lo conoce en persona.

El coronel se había vuelto a casar hacía quizá un año; su primera mujer había muerto en 1926.

—Gracias —dije yo.

—No hace falta que se tome la molestia de devolver la invitación como hizo con el whisky. No hay ninguna necesidad de insultar a Evelyn. Tírela a la papelera y punto.

Recibí la invitación impresa al día siguiente, y en Nochevieja, tras haberme tomado cuatro whiskies dobles con soda en mi habitación después de cenar, decidí pasarme por la fiesta del coronel, considerando que era algo coherente con mi política de incoherencia absoluta. A las once en punto cogí un taxi rumbo a la finca de los Morton, en Hambrooks Bay.

La fiesta estaba en su apogeo cuando llegué. Las dos alas de la gran casa de ladrillo estaban iluminadas, y quizá hubiera unas ciento cincuenta personas ahí metidas. Los hombres iban con esmoquin y las mujeres con vestido de noche. No hubiera pensado que había tantos esmóquines en el condado de Dorchester. En el salón principal habían montado una fuente de champán, y una de borgoña espumoso en la biblioteca. Las mujeres bebían sobre todo de estas fuentes. En el porche de verano, tres negros con chaqueta blanca se encargaban de servir las bebidas tras una barra, ante la cual hacían cola los invitados varones. En el sótano tocaba una pequeña orquesta.

En la puerta, el mayordomo me cogió el abrigo y la invitación, pero antes de que pudiera hacer nada con esta última, el coronel me vio desde el fondo del salón, donde se reía junto a unos amigos con pinta de posibles vicepresidentes. Se quedó un momento mirándome fijamente, se quitó el cigarro de la boca y después me dedicó una amplia sonrisa.

—¡Vaya, vaya, vaya! —bramó, acercándose a mí tendiéndome la mano—. ¡Andrews!

No se le ocurría qué decirme, así que me estuvo estrechando la mano durante un minuto.

—¡Vaya, vaya, vaya! —bramó de nuevo.

—Parece una fiesta de lo más agradable —afirmé.

—¡Vaya! —dijo el coronel—. ¡Ja! Pero bueno, tiene que conocer a Evelyn. ¡Evelyn! ¡Evelyn!

Apareció Evelyn; estaba muy cerca, en la biblioteca. Tendría unos cuarenta años —algo más de la mitad de la edad del coronel— y, tal vez debido a que no había tenido hijos, conservaba una figura esbelta y la piel del rostro bastante tersa. Su aspecto era mucho mejor que el de su marido.

—Evelyn, éste es el joven Andrews, Todd Andrews; el joven abogado, ya sabes.

—¿Qué tal está, señor Andrews?

—Buenas noches —dije yo.

—Mi marido dudaba de que nos honrara con su presencia —dijo, sonriendo, la señora Morton. Supuse que estaba disfrutando plenamente su primera gran fiesta: tenía una sonrisa levemente alcoholizada.

—¡Ja! —exclamó el coronel, cogiéndome el brazo con fuerza, como si temiera que fuese a salir corriendo—. ¡Es un joven muy independiente! Bueno, ¿quiere tomar una copa, Andrews? ¿Un poco de whisky? ¡Ja!

—Se lo agradezco.

—Lo veré en un momento, señor Andrews —dijo la señora Morton—. Desde luego, tengo que aprovechar para conocerlo ahora que lo tenemos aquí. ¡Hasta luego!

—Hasta luego —le dije.

—La ha hecho muy feliz viniendo esta noche —me confió el coronel mientras me llevaba entre la gente hasta el porche de verano. La gente se volvía para vernos pasar.

Bueno, era la primera fiesta más o menos grande a la que iba desde mis tiempos de santo, antes del suicidio de papá, y me di cuenta de que tenía la tendencia a recuperar esa pose. En cuanto pude escapar del coronel, que no dejaba de presentarme a gente que ya conocía —sólo había diez o doce desconocidos en la fiesta—, conseguí que uno de los negros (a quien también conocía bien) me diera dos whiskies dobles y me retiré a la penumbra del sótano, que habían dejado vacío para que se pudiera bailar. En el extremo opuesto adonde se hallaba la orquesta habían colocado una barra auxiliar, con un solo camarero, de modo que pude estar un buen rato bebiendo sin interrupción, contemplando a los músicos y a los bailarines. Y la verdad es que me emborraché espléndidamente con el whisky del coronel.

Debo relatar lo que sucedió después en secuencias discontinuas, pues así es como lo recuerdo.

A medianoche la fiesta se convirtió en un infierno, como si todos los invitados —debía de haber unos doscientos en ese momento, o estarían todos en el sótano— hubieran decidido echar la cabeza hacia atrás y ponerse a aullar con todas sus fuerzas durante varias horas. La orquesta continuó tocando, pero sin efectos audibles, y la gente bailaba sin ninguna conexión con la música. Durante un rato, alguien me estuvo besando, y le propuse a quien fuera que lanzáramos las copas a la chimenea, como hay que hacer.

—No hay chimenea.

—Al ruido, entonces.

—No puedes lanzarle nada al ruido, tonto.

—*Regardez* —dije, y le lancé la mía al batería.

Desde luego, bailé un tango con Evelyn Morton. No, diez, una docena de tangos, sin el estorbo de la música ni experiencia previa alguna. Y en cada rincón mal iluminado, mientras su esposa se aferraba a mí, veía al coronel sonriendo



benévolamente, con el rostro enrojecido, asintiendo con su gran cabeza mientras destellaban sus dientes de oro y la empuñadura dorada de su bastón.

Hubo un auténtico espectáculo de esposas de vicepresidentes borrachas, para espanto de algunos maridos. Una fila de cancán. Increíble. Recuerdo vívidamente la pierna levantada, los muslos gordos y varicosos de la esposa de Wingate Collins, ese destacado individuo. Los bramidos continuaban por muchas copas que uno le lanzara a la orquesta, que tocaba aterrorizada. Hay una foto del batería escudándose detrás de un gran cimbal, aparentemente llevado allí para tal propósito, de mi fina y elegante copa de whisky con soda brillando por el aire para hacerse añicos contra la pared a escasa distancia de su oreja de estribor. No importaba con quién intentara bailar uno, siempre aparecía la señora Morton —esbelta, grácil, carente de atractivo, borracha— y el coronel siempre estaba asintiendo con la cabeza.

Había una tendencia a tomar duchas frías en varios de los baños del piso de arriba. Lo hacían grupos de hombres que cantaban bajo el agua. Mi grupo cantó algunas estrofas de «Mademoiselle de Armentières»<sup>[5]</sup> y todavía hoy sigo recordando la vitalidad del barítono, pero no recuerdo mojarme en absoluto hasta que entró la señora Morton toda mojada. De pie, junto a la ducha, habíamos cantado la estrofa donde se afirma que Mademoiselle no ha gozado en cuarenta años, y después, entre el *hinkey* y el *dinkey* del estribillo, el coro desapareció, como en una película, y la señora Morton, resplandeciente y empapada, surgió como una náyade húmeda desde detrás de la cortina de la ducha y se lanzó a mis brazos. Sus pechos cubiertos de rocío, no demasiado firmes, se aplastaron contra la pechera de mi camisa; el pelo, goteante, le caía sobre los ojos; me clavó los dientes en la solapa, en la flor que llevaba en el ojal; empezó a bailar restregándose contra mis pantalones. Bailamos un magnífico *parlez-vous*, sin detenernos hasta que nos desplomamos sobre los azulejos, donde repiqueteaba la punta del bastón del coronel. La señora Morton vio los dientes de oro brillando a la luz de la bombilla del baño y cayó desmayada o muerta, espatarrada, rosada y rociada como un dugongo ruborizándose al emerger desde las profundidades.

Yo me levanté y me coloqué bien la pajarita mojada. El coronel sonrió febrilmente y dio unos golpecitos en el suelo con su bastón (a veinte centímetros de la cabeza mojada de su esposa) como si conversara con el espíritu de ella empleando el código Morse.

—La señora Morton baila bien —dije yo, haciéndole una ligera reverencia al coronel mientras pasaba por encima de Evelyn rumbo a la puerta. Y añadí, al marcharme, con lo que me pareció una bonita conjunción de ingenio y *savoir-faire*—: Se podría decir que es el tomate más maravilloso de Morton, ¿verdad? Buenas noches, señor.

Sentí, de hecho, la tentación de añadir que era una pena ver un tomate tan fresco guisado, por decirlo así, o completamente envasado, pero distinguía muy bien la línea

que separa la punzada del ingenio de la herida del insulto, de modo que me mordí la lengua y salí elegantemente.

Durante el año siguiente, el bufete Andrews, Bishop & Andrews no recibió ninguna presión para que prestara sus servicios al coronel, ni yo recibí ningún requerimiento para que me incorporara a clubes o logias, ni constantes invitaciones a fiestas y cenas en la mansión de los Morton. De hecho, si ha habido alguna fiesta en esa casa desde aquella Nochevieja, yo no me he enterado. Jacob Matson, de Matson & Parks, fue nombrado vicepresidente responsable del personal de TMM cuando Wingate Collins se jubiló súbitamente.

Y en las escasas ocasiones en que me he encontrado con el coronel Morton en Race Street y lo he saludado quitándome el sombrero, él se ha puesto rojo, ha enseñado sus dientes de oro y me ha ignorado con la sonrisa triste de quien no tiene ningún tipo de deuda con nadie.

## 22. UNA VISITA A LA ÓPERA

A las tres en punto, justo después de que Bill Butler y Charley Parks salieran de mi despacho, entró Jane Mack con su hija. Oí cómo se saludaban Jane y la señora Lake; y después la pequeña Jeannine —que ya tiene tres años y medio, y es morena y encantadora como su madre— se acercó a mi escritorio y se quedó mirándome tímidamente.

—Hola, Toddy —dijo.

—Hola, pequeña.

—¿Puedo sacarle punta a tu lápiz?

—Claro.

Jeannine tenía la costumbre de sacarle punta a los lápices. Le di uno muy bueno y largo y ella se acercó al sacapuntas muy contenta y se puso a darle duramente a la manivela.

—Ay, Dios —dijo Jane, entrando en mi despacho—, ahora ya está contenta. ¿Cómo estás, Toddy? ¿Un poco mejor?

—Hola, Jane. No estaba enfermo.

—Entonces ¿por qué te comportaste de una manera tan tonta anoche? —me preguntó, bajando la voz para que la señora Lake no pudiera oírla. Se apoyó en la esquina de mi escritorio. Llevaba unos pantalones cortos color caqui (algo poco habitual aquel año) y una blusa azul de algodón; estaba fresca y deseable.

Sonreí.

—Supongo que no estaba de humor.

Ella me devolvió la sonrisa y me dio unas palmaditas en la cabeza.

—Qué estupidez —dijo—. Yo sí que estaba de humor.

—Yo también —afirmó Jeannine desde su posición junto al sacapuntas.

—A lo mejor me estoy volviendo senil —sugerí—. El vigor nunca ha sido mi punto fuerte, como sabes.

—Yo sé cuál es tu punto fuerte —dijo Jane—. ¿Recibiste mi nota?

—Sí.

—Me mandaste una muy tonta, así que decidí mandarte una muy tonta yo también.

Sonreí.

—No sé qué me habrá encontrado Marvin. Me mandará el informe esta noche, y le echaremos un vistazo la próxima vez que vengas.

Desde luego, yo esperaba que se sorprendiera al menos un poco al enterarse de que había ido al médico, pero Jane, a diferencia de Harrison, ni pestañeó.

—Dios sabe que ya era hora de que fueras al médico —dijo—. Bueno... —Se bajó del escritorio de un salto—. Te veo luego en casa, ¿no? ¿Y tomamos un

Manhattan? Intenta que Jeannine no esté mucho tiempo al sol, si puedes. Tiene el sombrero, pero hace un calor espantoso.

—Muy bien.

—Yo acabaré en la peluquería en una hora, por si quieres que pase a buscarla. Si termináis antes y te saca de quicio, métela en un taxi y mándala a casa. Eso le gusta. Y por el amor de Dios, cómprale un cucurucho de helado.

—Muy bien.

—Bueno, adiós, cariño —le dijo Jane a su hija, dándole un beso—. Hasta luego, Toddy.

—Adiós, mami —dijo Jeannine.

—Hasta luego —dijo yo.

Jane se marchó. Yo estaba impresionado: entre el momento en que la había insultado, en 1933, y el momento en que habíamos reanudado nuestra relación, en 1935, su personalidad se había fortalecido en varios sentidos; para empezar, Jane se había vuelto impredecible. Me pregunté con bastante interés qué pensaba hacer con respecto a mi nota, ahora que había cumplido las condiciones que me había planteado ella, y cuando se me ocurrió que no estaría vivo para descubrirlo, tuve una leve sensación de arrepentimiento; fue la única sensación de ese tipo que experimenté aquel día.

—Vamos a ver el barco, cariño —le propuse a Jeannine, que para entonces estaba metiendo el último trozo de lápiz en el sacapuntas.

—De acuerdo, cariño —dijo ella, y me dio la mano con mucha educación.

Salimos, y bajo un sol brillante, recorrimos la seca manzana hasta Long Wharf, donde el inmenso teatro flotante había atracado junto al muelle. A diferencia de sus homólogos del Misisipi, *La original y sin par ópera flotante de Adam* no era una extravagancia arquitectónica recargada con toda clase de adornos dorados. Era, comparada con ellos, sumamente sobria, ya que había sido construida para resistir las tempestuosas aguas del canal de Tangier y de la parte baja de la bahía, e incluso en algunas ocasiones se había aventurado en el Atlántico. La *Ópera* consistía en una larga y estrecha caja hecha con tablones de madera y colocada sobre una enorme barcaza. En la proa ponía *Thespian*, el nombre registrado del navío, pero en los tablones, a ambos lados, estampado con grandes y llamativas letras de un metro de altura, figuraba su nombre menos modesto. Un sencillo balconcito embellecía cada extremo del teatro, aparentemente para uso y disfrute de los empleados, y había cuerdas salvavidas a ambos lados. Sobre el techo se veían respiraderos, chimeneas, tendedores, botes salvavidas, un minúsculo cobertizo con jardineras y cortinas en las ventanas, un escenario improvisado y el calíope de vapor, que ahora estaba en silencio. Toda la estructura estaba apuntalada por un montón de pilares y cables para que no se moviera ni derrumbara. Dos remolcadores amarrados a su costado, el *Pamlico* y el *Albermale*, proporcionaban la potencia motriz que necesitaba el teatro flotante.

—¿Qué es eso, Toddy? —preguntó Jeannine, muy excitada.

—Es un teatro flotante —le dije—. ¿Sabes decir «teatro flotante»?

—Teatro flotante.

—¿Quieres que nos acerquemos a verlo?

—Muy bien.

Por suerte, ya que me había olvidado de mi promesa, algún emprendedor había situado un puesto de refrescos cerca del final del muelle, de modo que tuve la ocasión de comprar dos cucuruchos de helado de vainilla antes de montarnos en el barco para inspeccionarlo. No había mucha gente lo bastante curiosa como para salir con el calor terrible que hacía; el espectáculo era prácticamente sólo para nosotros, y subí a Jeannine encima de un pilote para que viera mejor.

Como solía hacer cuando se excitaba, Jeannine empezó a preguntar el porqué de todo.

—¿Para qué es, Toddy, cariño? —gritó, asombrada ante el tamaño de la *Ópera*.

—Es un teatro flotante, pequeña. La gente se monta y escucha música y mira a los actores, que cantan y hacen cosas divertidas.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué? —le pregunté—. ¿Por qué los actores hacen cosas divertidas o por qué a la gente le gusta mirarlos?

—Por qué la gente.

—A la gente le gusta ir a verlos porque la hacen reír. Le gusta reírse de lo que hacen los actores.

—¿Por qué?

—A la gente le gusta reírse porque reírse hace que se ponga contenta. Le gusta estar contenta, igual que a ti.

—¿Por qué?

Por supuesto, no sentía el más mínimo interés ni por sus preguntas ni por mis respuestas, en tanto preguntas y respuestas; sólo estaba excitada por el gigantesco teatro flotante y quería oírme hablar. Si le hubiera recitado el alfabeto con un tono como si estuviera diciendo algo muy importante, se habría sentido igualmente satisfecha.

—¿Por qué a la gente le gusta estar contenta? Ahí se termina el hilo.

—Por qué los actores.

—¿Por qué los actores hacen cosas divertidas? Para que la gente pague por venir a verlos. Quieren ganar dinero.

—¿Por qué?

—Para poder comer. Les gusta comer.

—¿Por qué?

—Necesitamos comer para estar vivos. Les gusta estar vivos.

—¿Por qué?

—Ahí se termina el hilo otra vez —le dije.

—¡Oigan! —gritó un hombrecillo desde el balcón de popa—. ¿Quieren subir a echar un vistazo? Suban y se lo enseñaré todo.

—¿Quieres subir al teatro flotante? —le pregunté a Jeannine.

—Muy bien.

El hombrecillo nos esperó en la plancha de desembarco y, con un gesto, nos indicó que subiéramos a bordo. Tenía un aspecto duro, enjuto, el rostro ajado, las manos nudosas y unos ojos de estornino, y llevaba unos pantalones negros arrugados, una camisa blanca inmaculada y una gorra de capitán. Jeannine se quedó mirándolo sobriamente mientras yo le estrechaba la mano.

—¿Es usted el capitán Adam?

—Así es, señor. Jacob Adam. Pase con su niñita, que les voy a enseñar el barco. Menudo barco, ¿verdad?

—Desde luego.

—Menudo barco, señor —convino el capitán Adam—. Tiene treinta y un años y sigue sólido como el dólar, no sé si me entiende. —Me cogió del brazo y se rio alegremente—. ¡El dólar ya no vale lo que valía en 1906! Menudo barco —repitió—. Lo hice construir en Little Washington (Carolina del Norte) en 1906, señor, y lo hice construir fuerte. Si saliera al océano con uno de esos teatros flotantes del Misisipi, aunque sea un minuto, no quedaría ni un palito para hacerse un mondadientes.

—¿Por qué? —preguntó Jeannine, armándose de coraje.

—¿Usted solía navegar por el Misisipi? —le pregunté.

—No, señor, y no me importa decírselo —afirmó el capitán—. Nunca había pisado un barco hasta que hice construir la *Ópera*. Ni siquiera un bote de remos. En esa época, bueno, entre 1895 y 1905, estuve yendo por todo el país con un espectáculo de vodevil. Íbamos con dos carromatos y cobrábamos diez centavos la entrada. Me iba tan bien que tuve que dejarlo, porque toda la gente que contrataba acababa yéndose para montar su propio espectáculo. En cuanto me quise dar cuenta, tenía tantos competidores que no sacaba ni para cubrir gastos. Se me ocurrió dedicarme a algo que requiriese una buena inversión inicial, para que no cualquiera con diez pavos y un montón de hojalata pudiese coger y dedicarse a lo mismo. No me importa decírselo, invertí sesenta mil dólares en este barco, señor, y en esa época un dólar todavía era un dólar, no sé si me entiende. Pero quería que fuera bien fuerte, y por eso todavía me dura.

—Parece muy resistente —admití.

Todavía no habíamos pasado de la plancha de desembarco; hay algo en mí que provoca la locuacidad de los ancianos.

—Sí que es resistente, señor. ¿Ve las tracas que tiene ahí a los lados? —Señaló los tablones laterales que tenía la barcaza—. La primera vez que vi esas tablas de madera, eran árboles. Estuve recorriendo los bosques de Carolina durante un año, señor, eligiendo la mejor madera. Tienen una longitud de treinta y siete metros y un grosor de diez centímetros, las tracas esas, sin un solo empalme de la proa a la popa,

ni un nudo, siquiera. Y las hice asegurar cada medio metro con unos pernos de setenta centímetros. ¡Así sí que se puede salir al océano, señor! Y en el casco, unos tablones de diez metros, en la parte de la manga, sin un solo empalme. Me costó caro, señor, pero fue un dinero bien gastado, no sé si me entiende. Una vez, en 1920, nos pilló una borrasca en el canal de Tangier y no nos podían mandar ayuda. No le miento, señor, las olas estuvieron rompiendo contra el techo de la *Ópera* durante catorce horas. Arrancaron todos los pensamientos que tenía la señora Adam en la jardinera de ahí arriba, pero a la *Ópera* no se le aflojó ni un tablón. ¡Planificar bien las cosas tiene sus ventajas, señor!

Jeannine no paraba de dar saltos. Yo me dirigí a la destartalada taquilla.

—Pasen adentro —nos invitó el capitán.

Entramos en el teatro, que estaba oscuro y fresco, y el capitán Adam nos iba comentando lo que veíamos.

—Setecientas localidades —dijo—. La gente blanca aquí abajo y en los palcos, la gente de color en el gallinero.

Jeannine, afortunadamente, no preguntó por qué.

—Antes no había manera de que subiera a bordo ni un solo negrito —continuó—. Corría el rumor de que los capturábamos y los mandábamos de vuelta a África. Ese escenario de ahí tiene seis metros de ancho; la sala tiene 24 de largo. Solía llevar un carro a bordo, pero se me estropeó, creo que por el agua salada.

—¿Dónde está su casa? —preguntó Jeannine.

—Pues yo vivo ahí en el techo, señorita.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¡Vaya! Esta niña es una fresca, ¿verdad? Vamos, señor, vengan por aquí atrás y les mostraré los camerinos y todo eso.

Seguimos al capitán detrás del escenario, donde había un pasillo corto con varias puertas numeradas a los lados.

—Unos camerinos estupendos, bien grandes —dijo con orgullo el capitán—. Los actores viven en ellos y todo. Aunque casi todo el mundo ahora está en la ciudad, señor.

—¿Por qué? —murmuró Jeannine.

—Vamos, ahora bajen por aquí. —Nos guio por una escalerilla—. Aquí están el cuarto del cocinero y el comedor, ahora estamos justo debajo del escenario, y ahí está la cocina. Funciona con bombonas de gas. Y hay una nevera de cuatrocientos kilos. La puerta esa de ahí da al foso de la orquesta. ¿Qué? ¿Qué le parece?

—Muy impresionante —dije yo.

—Y todo no cala más que treinta y seis centímetros de agua, caramba. Como siempre digo, dadme un charco de barro de buen tamaño y os daré un gran espectáculo. Sí, señor. En el techo hay seis respiraderos bien grandes. Agua corriente en todos los camerinos. Buena calefacción para el invierno. ¿Ve esas cañerías que hay

debajo del escenario? Por ahí van la calefacción y el agua. Y también hay unas de acetileno, para las candilejas.

—¿No usa electricidad?

—Sí, la uso para los ventiladores y las luces, cuando puedo, pero no se puede depender de la electricidad. Hay muchos puertos donde no hay. Se puede hacer un espectáculo sin ventiladores, pero no sin luces. Llevo dos juegos de candilejas, uno eléctrico y uno de acetileno.

Comenté que me parecía peligroso llevar acetileno en una embarcación.

—¡No, señor! —negó el capitán Adam—. Nunca he tenido el menor problema. Tengo los tanques puestos ahí fuera, así que aunque hubiera una fuga, no pasaría nada. Entra por este tubito de cobre —señaló con el dedo una pequeña cañería con una válvula, de la que colgaba un cartel donde podía leerse: NO ABRIR HASTA EL MOMENTO DE ENCENDER LAS CANDILEJAS— que va hasta las candilejas. Funciona muy bien. No se preocupe, señor; no hay nada en este barco que no haya sido pensado con todo detalle. Tengo un remolcador a proa y otro a popa, con lo que puede navegar tranquilamente con mar gruesa. Tenemos establecido un circuito de modo que pasamos por aguas frescas un par de veces al año, para deshacernos del musgo y los percebes que se quedan pegados al casco. Partimos de Elizabeth City (Carolina del Norte), donde las aguas están bien frescas. Luego se calienta muy pronto. Vamos por el canal de Albemarle, el canal de Pamlico y el canal del Pantano Triste, y subimos por Chesapeake hasta Port Deposit, actuando en los mejores puertos. Ahí en Port Deposit hay aguas frescas, así que cuando volvemos a casa, tenemos el casco limpio de nuevo. Así me ahorro el precio del acarreo.

Jeannine había empezado a columpiarse colgada de mi mano. Le di las gracias al capitán Adam por habernos enseñado su navío y él nos condujo a través de una puerta lateral que había en el comedor, donde nos encontrábamos, y que daba a la parte de estribor de la barcaza.

—¿Te ha gustado el teatro flotante? —le pregunté a Jeannine.

—Muy bien.

Tenía la cara sonrojada, y pensé que había que llevarla adonde no diera el sol.

Pasamos al lado del puesto de refrescos, donde no había nadie más que el vendedor.

—Toddy, cariño, ¿me compras otro cucurucho de helado?

—¿Por qué?

—Quiero uno, cariño.

—¿Por qué?

—Quiero uno.

—¿Por qué quieres uno?

—Quiero uno.

—Pero ¿por qué? Dime por qué.

—Quiero uno.



Le compré uno y volvimos al despacho paseando bajo el calor y la luz.

## 23. ADIÓS, ADIÓS

Antes de que llegáramos a Court Lane, el segundo cucurucho de helado de Jeannine ya le goteaba desde la barbilla manchada de marrón y los hoyuelos del codo, se deslizaba por su vestido de verano y le llegaba a las zapatillas. Me detuve bajo un enorme álamo para restregarla un poco con mi pañuelo. Estaba un poco mareado, no sabría decir si por el calor o por las preguntas de Jeannine.

—Toddy, cariño, tengo que ir al orinal —comentó de repente.

—¿Puedes esperar un momento? —le dije, sonriente y esperando que no empezara a preguntar por qué.

La cogí en brazos y me puse a andar por la acera a toda prisa, pensando que en cualquier momento me humedecería la manga de la chaqueta, pero Jeannine sonrió y se aferró a mi cuello, colocando su bracito regordete delante de mi boca.

—Mmm, hueles igual que tu mamá —le dije.

Eso le encantó.

—Tú hueles como mi papá —me respondió.

—Ah.

Llegamos a puerto sanos y salvos, y la señora Lake llevó a Jeannine al baño. Aproveché para escribirle una nota a Jimmy Andrews, que no estaba ni a tres metros de donde me encontraba yo, y para pensar sobre Jeannine, que opinaba que yo olía como su papá. Probablemente tuviera razón, por supuesto: yo, desde luego, notaba el olor de los Andrews en su curiosidad infantil.

Terminé la nota (que informaba a Jimmy sobre la carta de Eustacia Callader y lo instruía sobre cómo proceder contra la madre de Harrison para recuperar la parte de la herencia de la que ella se había deshecho) y me la metí en el bolsillo interior de la chaqueta. Unos minutos más tarde llegó Jane, con el pelo muy corto, y partimos hacia su casa para tomar unos cócteles. No me molesté en ordenar mi escritorio, en despedirme del señor Bishop, de Jimmy o de la señora Lake, ni siquiera en echar un último vistazo a mi despacho, a aquella maravillosa pared que tanto tiempo había dedicado a contemplar. ¿Por qué habría de hacerlo?

Durante el camino a East Cambridge, aunque estuve charlando cordialmente con Jane y Jeannine, no dejaba de pensar en mi plan, que para entonces se había concretado hasta adoptar su forma definitiva. Como mi vocabulario es más bien exiguo, sólo encuentro la expresión «excitación sin entusiasmo» para describir la sensación que teñía todos mis pensamientos, así que tendrás que deducir a qué me refiero a partir de la disonancia que resulta de dicha expresión. La excitación que quedaba desde el momento en que me había dado cuenta por primera vez de que estaba dispuesto a suicidarme no era escasa; pero, como todas mis decisiones importantes, esa resolución había sido súbita, el efecto de un impacto procedente del exterior sobre lo que era mi máscara en aquella época, y como en los demás casos, no

había racionalizado la resolución, convirtiéndola en una postura más o menos coherente y defendible, hasta más tarde. Aunque esperar que me vuelva solemne al respecto sea esperar demasiado, desde luego, el camino que había tomado mi racionalización ese día era impresionante, lleno del atractivo que tiene la desolación, de la fascinación que ejerce el abismo. ¡Un hecho tan sencillo —que no hay razones últimas— y tan escalofriante!

Eran las cuatro; el calor seguía en su apogeo. Lo que llenaba el coche de Jane, mientras cruzábamos el arroyo por encima del puente, no era el negro viento del Caos, sino el hedor de las cangrejas, que ascendía desde pequeños montículos de caparzones rojos y otras partes no comestibles del cangrejo que los pescadores arrojaban al sol. Es un olor que se apodera de ti —he visto a más de un visitante sufrir arcadas al atravesar el arroyo en verano—, pero con el que, como con tantas otras cosas, uno puede acostumbrarse a vivir: la mayoría de los nativos ni siquiera es consciente de él, y yo, por mi parte, he aprendido a inhalarlo profundamente y saborearlo en mis fosas nasales. Lo hice mientras dejábamos atrás el puente y redacté una nota mental para mi *Investigación*, que decía así:

Como los placeres olfativos no son más absolutos que otras clases de placeres, uno haría bien en superar las valoraciones convencionales relativas a los olores. Éstos representan un criterio pobre, según el cual se considerará perverso al buscador de sabiduría que, tras cortarse las uñas de los pies, tenga que olerse los dedos en secreto para poder deleitarse.

Esta meditación ocupó su lugar junto a mi reflexión de primera hora de la mañana sobre Platón y los mariscadores —¡un buen día para mi *Investigación*!— y continué sin interrupción mi conversación con Jane, que, por cierto, hablaba animadamente. Había anunciado, para mi sorpresa, que Harrison y ella estaban planeando un viaje a Italia para el otoño.

—Ha sido idea de Harrison —dijo—, y estoy contentísima con el plan. Quiere que nos quedemos hasta Navidad, pero a mí me gustaría que fuera hasta Semana Santa. De niña pasé un verano allí, y es precioso. Ojalá pudiéramos vivir allí.

Creo que me miraba una y otra vez para ver cómo reaccionaba, pero quizá sólo lo crea por vanidad. En cualquier caso, no reaccioné de ninguna manera.

—¿Contáis con la herencia para hacer el viaje? —pregunté—. Probablemente sería más sensato que no lo hicierais.

Ella pareció sorprendida.

—Pensaba que lo de la herencia era imposible. ¿No es así? Yo ya había dejado de tener esperanzas.

—Creo que haces bien.

—Vamos con el sueldo de Harrison. Joder, podemos permitirnoslo. —Volvió a mirarme—. A lo mejor hasta nos planteamos vender la casa, si a ti no te importa.

—¿Por qué me iba a importar?

—Pues... —Se encogió de hombros—. ¿Crees que Harrison soportará a los chicos de Mussolini?

—Pero si no es un viaje político —dijo Jane con una sonrisa—. La política no me interesa nada, ¿y a ti? Creo que a Harrison ya tampoco le interesa, por cómo están las cosas en España. Me parece que cada vez es más cínico en relación con los movimientos políticos. En realidad, últimamente es cínico en relación con todo, pero de un modo encantador. Creo que lo ha sacado de ti.

—Lo encantador no, desde luego.

—Desde luego —dijo Jane, y me dio unas palmaditas en la pierna. Su euforia todavía traslucía cierto nerviosismo, o al menos eso fue lo que pensé: ahora que los cangrejos habían quedado atrás, me olí que tenían un plan.

—¿Cuándo habéis decidido todo esto? —pregunté alegremente—. Lo del viaje y la casa, digo.

—Bueno, fue idea de Harrison —dijo ella—. Lo del viaje. Lo de la casa fue idea mía, porque quiero que seamos independientes. Creo que surgió hace como una semana. No hemos pensado en los detalles. No te importa que nos vayamos, ¿verdad? —Miró a Jeannine, que miraba lánguidamente por la ventana—. Ya sabes a qué me refiero.

—Claro que no me importa.

—¡Me encantaría! Con el dinero de la casa, podríamos quedarnos allí un año. Harrison puede dejarlo todo arreglado en el trabajo. Dios, piénsalo un momento... ¡Italia!

—¿Desde cuando te entusiasma tanto Italia? —le pregunté, sonriente.

—Siempre me ha entusiasmado Italia. ¿No te lo había dicho? ¿Estás enfadado conmigo, Toddy?

—No.

—Pues te comportas como si lo estuvieras.

Aparcamos delante de la casa de los Mack y yo saqué a Jeannine y la dejé en el suelo para que corriera hacia Harrison, que nos saludaba desde el porche.

—¿Te ofendiste por la nota que te mandé esta mañana? —insistió Jane mientras cruzábamos el jardín—. La verdad es que no pensaba que me fueras a hacer caso en lo de ir a ver a Marvin, pero me alegro de que hayas ido.

—¿Qué me dices de la nota que te mandé yo? —le pregunté—. Harrison parecía un poco preocupado cuando le dije en el almuerzo que había estado en la consulta de Marvin, pero tú no pareces alarmada en absoluto.

—¿Tendría que alarmarme? ¿Por qué?

Para entonces ya estábamos en el porche, y Jane subió grácilmente los escalones, le dio un beso en la frente a Harrison y desapareció en el interior de la casa.

Solíamos tomar los Manhattans en el porche, pero aquel día el salón estaba mucho más fresco. Harrison y yo charlamos unos minutos sobre el tiempo —

estábamos de acuerdo en que la espesa niebla que había sobre la bahía presagiaba borrasca y después entramos.

—¿Así que os vais a Italia? —dije.

—Sí, eso parece. —De inmediato, Harrison se puso a buscar un cigarrillo en su camisa—. ¿Te lo dijo Jane?

—Sí, hace un minuto. Creo que es una idea excelente, desde luego.

—¿De verdad? Bueno, yo no estaba tan seguro. Supone vender la casa, pero ya sabes que Jane está loca por Italia, con fascistas o sin ellos, y a mí también me gustaría conocerla mientras se pueda. Supongo que allí las cosas acabarán estallando, antes o después. La verdad es que no estaba muy seguro de cómo te sentaría la noticia —añadió con prudencia.

—¿Cómo me sentaría a mí? ¿Qué importancia tendría que yo me opusiera? Y no me opongo en absoluto.

—Bueno...

Jane reapareció desde la cocina, y tras ella vino la criada con los cócteles. Jane se sentó en el sofá, al lado de Harrison. Yo estaba en un sillón al otro lado de la habitación, mirándolos.

—Bueno —dijo Jane alegremente, sonriendo ante su cóctel.

Todos bebimos.

—¿Vas a ir al teatro flotante esta noche? —me preguntó Harrison.

—Puede que sí. No lo he pensado mucho.

—Jeannine estaba muy entusiasmada esta tarde —le contó Jane a Harrison para que yo me pusiera contento—. Se tomó dos cucuruchos de helado, y un hombre los llevó a Toddy y a ella a recorrer todo el barco.

—¿Ah, sí? Qué bien —dijo Harrison.

—De hecho, estaba demasiado excitada; ha tenido un poco de fiebre. Llamé a Marvin. Dice que no nos preocupemos.

Bebimos un poco más.

—¿Por qué no cenas con nosotros? —me preguntó Jane—. Hay unos platos fríos: jamón en lonchas y ensalada de patatas.

Me encogí de hombros.

—Voy a decírselo a Louise.

Se levantó de un salto y se metió de nuevo en la cocina. Harrison y yo seguimos bebiendo, y al cabo de un rato me encendí un cigarro.

—No te ofendas por lo que voy a decirte, Toddy —empezó Harrison, e inmediatamente y de manera involuntaria, sonreí con el cigarro en la boca. Ya no había ninguna presión.

—Tú no puedes ofenderme —afirmé.

—Bueno, la cosa es así: sabes muy bien que nos gustaría que vinieras a Italia con nosotros —hice un rápido gesto de negación—, pero me imaginé que tendrías que

trabajar, y además, la cuestión es que, bueno, creo que a Jane se le ocurrió este plan sólo para nosotros dos. Tres, contando con Jeannine. Ya sabes.

—Ni lo menciones.

—Bueno, pero ésa no es la cuestión. La cuestión es que claro, Jane no va a estar aquí en todo un año, quizá en dos años, nunca se sabe. Bueno, no sé cómo decirte esto sin hacerte daño, Toddy, la verdad es que yo pienso que cuando volvamos, no sé cuándo será eso, pues Jeannine ya será más mayor y tal... bueno, que a lo mejor no queda muy bien, ya sabes a lo que me refiero, que Janie siguiera yendo al hotel.

—Estoy totalmente de acuerdo —dije al instante.

—Joder, supongo que te sientes insultado, Toddy. No quiero que lo interpretes mal. Ya sabes lo que pienso de ti. Pero joder...

—Claro, hombre. No hace falta que me des más explicaciones.

—Bueno, sólo quiero estar seguro de que te lo tomas bien —insistió Harrison, examinando con atención su copa vacía.

Entonces entró Jane, me echó una mirada rápida, después le echó una a Harrison y se sentó a medio camino entre los dos. Se quedó absorta frotándose la rodilla morena.

—No hace falta que me expliques nada —insistí con firmeza—. De hecho...

—Te voy a decir la verdad, Toddy —me cortó Jane (creo que nunca antes me había interrumpido)—. Si te parece bien, me gustaría dejarlo ya. ¿Te importa?

—Es justo lo que iba a proponer —dije. Jane sonrió brevemente mirándose la rodilla—. Llevo un tiempo pensándolo.

—Bueno, a ver si puedo explicarlo bien —dijo Jane, mirándome fijamente y con amabilidad—. No se me da muy bien expresarme.

—No hace falta que digas ni una palabra —afirmé.

—Sí que hace falta —dijo ella, sonriente—. No quiero que lo dejemos sin que tú lo entiendas bien.

—Lo entiendo muy bien.

—No, no lo entiendes —dijo Jane con dulzura. Levanté la mirada, sorprendido—. Si lo entendieras bien, no habríamos tenido problemas hace unos años.

—Pero bueno... —empecé a protestar.

—A ver si soy capaz de decir lo que quiero decir, y luego tú puedes ridiculizarlo —propuso. Yo sonreí y miré a Harrison, que no me vio, pues estaba ensimismado contemplando su copa vacía—. Cuando Harrison y yo nos casamos, éramos tan mojigatos como cualquiera con respecto a las relaciones sexuales extramatrimoniales —comenzó Jane—. Yo juré que nunca podría mirar a otro hombre y Harrison juró que ni siquiera pensaba en otras mujeres desde un punto de vista sexual. Entonces, cuando nos hicimos un poco mayores, nos dimos cuenta de lo falso que era aquello. ¿Es la palabra adecuada? Sí, falso. No te voy a contar todo eso. Bueno, pues decidimos que no había nada malo en que cualquiera de los dos hiciera el amor con otra persona de vez en cuando, porque estábamos absolutamente seguros el uno del

otro. Yo me sentía muy atraída hacia ti, por ser amigo de Harrison, y como ya no teníamos por qué seguir siendo falsos, me di cuenta de que me gustaría hacer el amor contigo. Y salvo por ese episodio tan malo, todo fue muy bien. Lo de aquella vez fue sobre todo culpa nuestra, lo sabemos.

—Bueno, no sé —dije, encogiéndome de hombros. Todo eso era muy embarazoso para Harrison y para mí.

—En fin, en cualquier caso, ninguno de nosotros se arrepiente de lo que ha pasado.

—Ni de que vayas a dejarlo ahora —dije con una sonrisa.

—No seas resentido —dijo Harrison.

—No lo decía con esa intención.

—Tienes razón —dijo Jane—. Tampoco tenemos por qué arrepentirnos de eso, si entiendes bien por qué lo hago.

—¿Tiene algo que ver la nota que te mandé esta mañana? —le pregunté.

—¿La nota? ¡Ah, la tontería esa! No le hice ningún caso. Supuse que estarías enfadado por lo de anoche, aunque no tenía claro el motivo. La nota que te mandé yo era en broma, para desquitarme. ¡No, por Dios, qué estupidez! Ni siquiera se me había ocurrido. La cosa es así: no quiero que pienses que Harrison y yo estamos volviendo a nuestros antiguos valores.

Levanté las cejas.

—No soy capaz de explicarlo, joder. Lo que quiero decir es que no estábamos muy seguros de nosotros mismos cuando empezamos con el tema este extramatrimonial. Supongo que por eso éramos tan demandantes, ahora que lo pienso. Necesitábamos la confirmación de que no nos habíamos equivocado. ¡Dios, es bastante comprensible!

—Creo que probablemente por eso Jane pensó que estaba enamorada de ti —intervino Harrison—, y supongo que también por eso a mí me pareció bien.

Fruncí los labios.

—Es verdad —dijo Janie, mirando a su marido—. Y después, cuando empezamos de nuevo después de que naciera Jeannine, todo era estupendo. Todos nos entendíamos y nadie se engañaba. Bueno. Lo que quiero decir es que antes era una especie de necesidad, lo de tener aventuras, para demostrarnos que lo que decíamos iba en serio. Pero ya no sentimos esa necesidad. Yo ahora me siento más fuerte, eso es todo. Y Harrison también. ¿Comprendes algo de lo que he dicho, Toddy?

—Ya te dije antes que lo comprendía todo sin que me explicaras nada. Rezumo comprensión. ¿No te he dicho que yo estaba pensando en lo mismo? Pensaba sacar el tema esta noche.

—No lo ha entendido —le dijo Harrison a Jane.

Yo me volví hacia él, sorprendido, pero no dije nada.

Jane soltó un suspiro.

—No puedo ser más clara.

La criada hizo un gesto en silencio desde el comedor.

—La cena está casi lista, por si queréis lavaros las manos —dijo Jane.

Se levantó y se dirigió a la cocina, se detuvo, se acercó a mí y me besó levemente en la boca.

—Fuiste maravilloso muchas veces —dijo—. Espero que esto no te deje con mal sabor de boca.

Me pasé la lengua por los labios.

—Sabe muy bien.

Jane se rio y se fue a ayudar a la criada, y Harrison y yo subimos al piso de arriba para lavarnos las manos.

—¿Ya has encontrado un comprador para la casa? —le pregunté.

—No, todavía no. La verdad es que todo es un poco incierto, por ahora. Lo único que sabemos seguro es que queremos irnos a Italia una temporada. Es una locura, supongo, pero vivir en una ciudad pequeña puede ser un poco atrofianete.

Estuvimos hablando un rato en el baño, pero había cierta frialdad entre nosotros. Y en la cena posterior, la conversación, aunque fue agradable (e incluso un alivio), careció de calidez. Harrison y Jane parecían haberse fusionado en una sola persona totalmente autosuficiente. Se me ocurrió que tendrían que quedarse entrelazados para siempre, como el cangrejo doble o los protohumanos de Platón. A lo largo de la cena, me descubrí sonriendo inadvertidamente ante los platos fríos mientras pensaba en lo que había dicho Jane. Y, debo decir, varias veces me di cuenta de que también Harrison y Jane sonreían ante sus platos fríos, pero no me atrevo a decir por qué razón.

Una observación final: cuando, tras la cena, subí al piso de arriba para ir al baño antes de marcharme; cuando, de hecho, estaba ahí de pie reflexionando con total tranquilidad, una emoción inesperada se apoderó de mí: de repente, flaqueé en mi propósito de matarme; en realidad, era una poderosa renuencia a hacerlo. El motivo era simplemente que los Mack interpretarían mi suicidio como una prueba de que su decisión me había destrozado; de que yo no era capaz de soportar la vida después de su rechazo. Y esta interpretación los sumiría en una deplorable pena llena de orgullo. Por suerte, la vacilación sólo duró un momento. Para cuando me estaba lavando las manos, ya había recuperado el buen juicio; mis nuevos argumentos se reafirmaron con fuerza. ¿Qué me importaba cómo interpretaran mi muerte? Nada, no me importaba nada. Y, de nuevo cuerdo, pude ver un agradable atractivo en la idea de que, al menos en parte por decisión mía, ese último acto quedaría despojado de su sentido, pues se interpretaría de todas las maneras menos de la manera en que lo entendía yo. Al darme cuenta de esto, me pareció que aquí había un nuevo sentido, todavía más apropiado.

Al ir por el pasillo desde el baño hacia las escaleras, eché un vistazo a mi antigua habitación, que ahora era una habitación de invitados, y me fijé en un gran espejo que había cerca de la cama. Tuve que hacer un esfuerzo tan grande para contener la risa



que se me llenaron los ojos de lágrimas, y bajé las escaleras alegremente, más dispuesto que nunca a llevar a cabo mi plan.

—Nos vemos —me gritó Harrison desde el porche cuando me marché; y también Jane se despidió con mucha jovialidad.

—Adiós, adiós —les grité, igualmente jovial.

Cuando bajaba por la calle, me di la vuelta un momento y los vi de pie, muy juntos, hablando mientras miraban cómo me iba. Quizá —chasquéé la lengua— incluso se estuvieran abrazando por la cintura. Les hice un gesto con la mano, pero no me vieron.

Me dirigí hacia el hotel. Creo que tal vez silbara un poco durante el camino, ya que me sentía tan aliviado y ligero como debió de sentirse Sócrates cuando, en el momento en que Jantipa al fin se fue, se sintió libre para enfrentarse, sin que nada lo distrajera, a la cicuta que lo esperaba al final de su razonamiento.

## 24. TRES MILLONES DE DÓLARES

No: había una última cuestión que tenía que resolver antes de poder considerarme verdaderamente libre de estorbos y distracciones. Tenía que decidir qué hacer con respecto a los tres millones de dólares de Harrison.

Me detuve a la mitad del puente que cruzaba sobre el arroyo para pensarlo. Con la intención de centrarme en el problema, saqué de la billetera la carta de Eustacia Callader, y del bolsillo de la chaqueta la nota para Jimmy Andrews, y coloqué ambas cosas ante mí sobre la barandilla del puente. O bien dejaba la carta de Eustacia en mi escritorio, donde Jimmy la encontraría siguiendo mis indicaciones, y echaba la nota para Jimmy al buzón, o bien tiraba los dos documentos al arroyo que corría por debajo de mí, donde unas gordas gaviotas grises se alimentaban perezosamente de las percas muertas por la contaminación procedente de las plantas de envasado. La primera opción daría como resultado que Jimmy demandaría, en nombre de Harrison, a Elizabeth Sweetman Mack, argumentando que, al permitir que su jardinero, R. J. Collier, esparciera el contenido de las setenta y dos latas de pepinillos sobre las zinnias mustias, se había deshecho de una parte del patrimonio de Mack de la que no tenía más derecho a deshacerse que de los tres millones de dólares. Este pleito serviría para posponer la vista de mi apelación contra la orden del juzgado (de ejecutar el testamento a favor de la señora Mack) hasta que Joseph Singer hubiera sustituido a Rollo Moore en el Tribunal de Apelaciones. Entonces, Jimmy retiraría la demanda y argumentaría nuestra apelación: por las razones explicadas en el capítulo 10, la orden del juzgado sería revocada casi con seguridad y Harrison obtendría la herencia. Si, por el contrario, yo decidía tirar ambas cartas al arroyo, había pocas posibilidades de que el Tribunal de Apelaciones hiciera algo más que ratificar la orden del juzgado.

Bueno, recordarás que por la mañana había resuelto que mi decisión se fundamentaría en la fortaleza que demostraran Harrison y Jane; más concretamente, en si demostraban ser lo bastante fuertes como para no preocuparse, más que de un modo superficial, por si conseguían el dinero o el abono. Y debo decir que tanto la nota que me había enviado Jane esa mañana como la conversación que había tenido con Harrison durante el almuerzo habían hecho que me inclinara a su favor. Por la tarde, sin embargo, aunque no lo había percibido con claridad en el momento, había resuelto de un modo casi definitivo que el factor decisivo sería la reacción de Jane a la nota que le había enviado yo esa mañana, ahora que había cumplido las condiciones que me había puesto ella al ir a ver a Marvin Rose. Si Jane aceptaba hacer del capitán Osborn el viejo sátiro más feliz del país, yo la haría a ella la mujer más rica del condado; si se sentía tan enfadada e insultada por mi propuesta como se había sentido Harrison por el incidente que había tenido lugar en mi oficina en 1933, destruiría las cartas.

Pero Jane había invalidado estos fundamentos al decantarse por una tercera vía, una muy difícil de evaluar. No se había sentido enfadada ni insultada, pero tampoco obligada a cumplir con su parte del trato. Simplemente se había reído de todo aquello. ¿Se trataba de una prueba de estupidez, de hipocresía o de una fortaleza real y formidable? De hecho yo ya no sabía qué pensar de los Mack; si sus nuevas decisiones manifestaban una sentimentalidad de lo más vulgar o una rara integridad. No podía formarme ninguna opinión sobre ellos.

Por consiguiente, tras pasarme unos minutos inhalando profundamente el aire fétido del arroyo, opté por una nueva base de juicio: me saqué del bolsillo una moneda de cinco centavos, la tiré al aire, la cogí y la golpeé contra las cartas. Cara, me las quedo; cruz, van al arroyo.

Levanté la mano y vi el viejo búfalo, con su culo flaco y su cola rizada.

Pese a lo cual, cogí las cartas, eché una al buzón en la esquina de las calles Academy, Market y Muse, muy cerca del puente, y dejé la otra sobre mi escritorio cuando llegué al hotel. Harrison había sobrevivido a un doble riesgo: que la moneda exigiera la destrucción de las cartas y que yo, un agente libre, permitiera que dominara mis actos una miserable moneda.

Entonces, digamos que distraído, empecé a silbar alguna canción, tan aliviado y ligero como debió de sentirse Sócrates cuando etcétera.

## 25. LA INVESTIGACIÓN

Pasaban unos minutos de las seis cuando llegué a mi habitación, dejé mi sombrero de paja encima de la cómoda y me preparé para dedicar aquella última tarde de trabajo a mi *Investigación*. Acerqué al escritorio las tres cestas de melocotones y la caja de cartón con notas e información, puse la lata de estofado de carne vacía, mi cenicero, en un lugar conveniente y empecé mi sesión de trabajo transcribiendo de memoria las notas que había tomado aquel día y archivándolas a una profundidad apropiada en una de las cestas de melocotones. Después me eché hacia atrás en la silla y me quedé un rato mirando por la ventana, decidiendo a qué aspecto del proyecto dedicar mi atención.

Cuando el reloj del People's Trust dio las seis y media (los Mack, como de costumbre, habían comido temprano), me incorporé, cogí una hoja de papel amarillo y con renglones de uno de los blocs que tenía apilados sobre el escritorio y escribí en la parte de arriba:

### I. Nada tiene valor intrínseco.

Como estuve observando esta frase antes de continuar, y como los actos de contemplar y observar son más difíciles de describir que de llevar a cabo, deja que me tome mi tiempo para explicar lo más claramente que pueda la naturaleza y la historia de mi *Investigación* y del gran proyecto del cual la *Investigación* es sólo una parte.

El título completo de la *Investigación*, si alguna vez llega a una fase de completitud para la que es adecuado un título, será *Una investigación acerca de las circunstancias que rodearon la autodestrucción de Thomas T. Andrews, de Cambridge (Maryland), el Día de la Marmota de 1930 (más concretamente, sobre las causas que la ocasionaron)*, o algo parecido. Es un intento por entender por qué mi padre se colgó, nada más.

Y nada menos, ya que me quedó claro, tras apenas dos años de cuestionamientos, búsquedas, lecturas y contemplación, que no hay nada tan difícil de entender como la causa de cualquier acto humano. Es fácil pasarse semanas leyendo cuidadosamente extractos bancarios, libros de cuentas, cartas de corredores de bolsa; pasarse meses examinando archivos de periódicos, informes del mercado de valores, libros de teoría e historia de la economía; pasarse años interrogando con mucha atención, sin prisas y con una aparente indiferencia a todas las personas que llegaron a tener un contacto algo más que superficial con mi padre. Todo esto es sólo una indagación más o menos laboriosa. Pero otra cosa es examinar esta información y ver en ella, de una manera tan clara que cuestionarla quede fuera de lugar, la causa de un acto humano.

De hecho, es imposible, pues, como señaló Hume, la relación causal nunca es más que una inferencia; y toda inferencia implica, en algún punto, un salto que va de lo que vemos a lo que no vemos. Muy bien. El objetivo de mi *Investigación* es acortar todo lo que sea humanamente posible la distancia que debo superar con mi salto; reunir toda la información que un ser humano sea capaz de reunir sobre las circunstancias del suicidio de mi padre. Puedes decir, si quieres, que el verdadero motivo de esta investigación es mi renuencia a admitir que papá se colgó porque le daba miedo hacer frente a sus acreedores. Quizá sea así (se han realizado trabajos más nobles por motivos más cuestionables), aunque, al menos conscientemente, yo tengo un motivo distinto. En cualquier caso, estoy dispuesto a admitir que mi visión de los datos que he ido recopilando es sesgada, y es en parte por esta razón que ya en 1937 tenía una cesta de melocotones reservada para guardar las notas sobre mí mismo; fue en esta cesta donde archivé, por ejemplo, mis dos pensamientos del día. Sería más preciso decir que mi rechazo de la idea de que las pérdidas en el mercado de valores sean la causa de su suicidio es la hipótesis con la que he enfocado la *Investigación*, la tesis que ha orientado todas mis investigaciones.

Supongo que entiendes que la naturaleza de mi propósito —reducir todo lo posible la distancia entre los hechos y las opiniones— convierte la *Investigación* en algo interminable, ¿verdad? Desde luego, uno podría detenerse en algún punto y afirmar: «Tengo información suficiente para garantizar que la causa del suicidio de Thomas T. Andrews fue tal o cual». Pero mi propósito, en realidad, no es saltar por encima de esa grieta que hay entre opiniones y hechos (y que puede ser profunda, aunque sea estrecha), sino acortarla. Por lo tanto, la tarea es infinita; nunca me he engañado al respecto. Pero el hecho de que sea infinita no significa que yo no pueda trabajar en otros aspectos del proyecto mayor, aunque la completud de esos aspectos dependa, en última instancia, de poder superar esa distancia de mi *Investigación*. Del hecho de que una meta sea inalcanzable no se desprende que uno no deba esforzarse por alcanzarla. Además, como ya he observado, los procesos que se continúan durante suficiente tiempo tienden a convertirse en fines en sí mismos, y aunque no hubiera ninguna otra razón, yo continuaría mis indagaciones sólo para ocupar de una manera agradable un par de horas después de la cena.

Pero supongamos que, por medio de algún milagro, se me concediera la oportunidad de conocer lo incognoscible, de saber la causa o las causas del suicidio de papá. Mi *Investigación* estaría completa, pero mis indagaciones no, ya que tras la cena, el día de esa revelación, acercaría a mi escritorio otra cesta de melocotones —la que está ahí, al lado de la lámpara— y, tras pasar unos minutos contemplando la pared, retomaría mi trabajo en una *Investigación* más amplia, de la cual la antes mencionada es, a lo sumo, un capítulo relevante. Y esta *Investigación*, si tuviera tiempo para dedicarle, algún día podría titularse *Una Investigación acerca de la vida de Thomas T Andrews, de Cambridge, Maryland (1867-1930), prestando especial atención a su relación con su hijo, Todd Andrews (1900— \*\*\*\*\*)*. En otras palabras,

sería un estudio completo sobre la personalidad y la vida de mi padre, desde su nacimiento en el dormitorio principal de la casa de los Andrews hasta su muerte en el sótano de dicha casa; desde el cordón umbilical que lo ataba a su madre hasta el cinturón con el que quedó colgando de una viga.

Una tarea considerable: mi objetivo es enterarme de todo lo que se pueda uno enterar sobre la vida de mi padre; obtener todas las claves posibles sobre el funcionamiento de su personalidad. Para hacer esto debo, además de realizar a una escala mayor todas las indagaciones descritas en relación con la otra *Investigación*, llevar a cabo algunas tareas extra: por ejemplo, debo leer todos los libros que sé que leyó mi padre, buscando influencias en su carácter y en su forma de pensar. Si se pueden comparar dos cosas infinitas, esta tarea es aún más interminable que la otra.

Dije hace un momento que la *Investigación* acerca de la muerte no era más que un capítulo de la *Investigación* acerca de la vida; en otro sentido, el estudio de la vida de papá es sólo un preámbulo necesario al estudio de su muerte. Y en última instancia, diría yo, están a la par, ya que comparten un propósito común: lo que realmente quiero descubrir es la naturaleza y el alcance de la contribución de mi padre a nuestra imperfecta comunicación.

Imperfecta comunicación: ése es el problema. Si has comprendido eso (ya que entrar en detalles nos enredaría de tal modo que no podríamos volver nunca a nuestra historia), ya es hora de pasar al último de todos los documentos, para uno de cuyos aspectos mis dos colosales *Investigaciones* juntas no son más que importantes estudios: la *Carta a mi padre*.

Este documento data del otoño de 1920, cuando, tras mis infructuosos intentos por hablarle a mi padre del precario estado de mi corazón, me matriculé en la universidad. Había decidido, recordarás, no decirle nada en vida, porque pensaba que mi muerte era inminente y que, por ello, era mejor tratar de hacerlo feliz durante el tiempo que siguiera vivo. Sin embargo, me preocupaba el hecho de haber sido incapaz de hablarle cuando había querido hacerlo y (entonces todavía no era un cínico) la posibilidad de que ambos nos fuéramos a la tumba sin habernos entendido nunca.

Por lo tanto, empecé a escribirle una carta a mi padre. Durante los cuatro agotadores años que pasé en la universidad, trabajé en ella intermitentemente, en los ratos muertos. Él debía encontrar la carta tras mi muerte, y su objetivo original era explicarle lo que me había dicho de mi corazón el doctor John Frisbee. Pero este objetivo, que nunca llegué a perder de vista, pronto se vio subsumido en otro mayor: me puse a estudiarme a mí mismo, para descubrir por qué mi comunicación con papá siempre había sido imperfecta. Examiné al detalle toda mi vida, eligiendo y rechazando ciertos incidentes para emplearlos en la carta. Pasé un mes, por lo menos, intentando explicarle a papá por qué nunca había terminado de construir mi barco en el jardín trasero. Dedicué más de un año a investigar aquel abrazo en el fango con el sargento alemán (con quien mi comunicación había sido lamentablemente

imperfecta) y a analizar los efectos que cierto sonido punzante ejercía sobre mí. Por supuesto, trabajaba de una forma muy irregular, escribiendo quizá veinte páginas de notas y una página de carta cada mes; pocas veces más que eso. Para cuando llegué a la Facultad de Derecho, la carta tendría unas cincuenta páginas, y ya contaba con una pila de notas muy respetable. Ni siquiera dejé sin mencionar a Betty June Gunter, aunque ahora me doy cuenta de que esos intentos tempranos por comprender nuestra relación eran bastante superficiales. Especialmente entre 1925 y 1927 —mis primeros años de santidad— trabajé en la carta con cierta diligencia.

Después, en 1927, cuando comencé a ejercer en Cambridge, la carta y las notas fueron a parar a un baúl. Me fui a vivir con papá y, con gran placer, descubrí que estaba más cerca de él que nunca, o eso me parecía. Él seguía siendo alternativamente parlanchín y arisco, pero yo creía que estaba empezando a entenderlo, en cierto modo; por lo menos pensaba con esperanza que nuestra comunicación se estaba volviendo menos imperfecta, y dicha esperanza me hizo abandonar la escritura de la carta. Como verás, siempre había dado por hecho que el origen de la imperfección estaban en mí, y me parecía que tal vez cuando madurara (aunque entonces ya tenía veintisiete años) mis problemas desaparecerían.

Pero papá se ahorcó, y aunque registré en mi memoria todo lo que pude, hasta que el sueño se convirtió en un deseo de ojos rojos, no fui capaz de hallar una razón adecuada para justificar este acto. Me di cuenta entonces de que llevaba desde 1920 tratando de hacer una tarea imposible: para comprender una comunicación imperfecta, hace falta un conocimiento perfecto de las dos partes, y yo sólo me había estado estudiando a mí mismo. Cuando, durante la mudanza al hotel Dorset, aparecieron mi carta y las notas, puse todas las páginas que había redactado sobre mi nuevo escritorio, metí las notas en una maleta vacía (todavía no había empezado a usar cestas de melocotones) y comencé a trabajar en la carta de nuevo. Me di cuenta de inmediato de que el siguiente paso era iniciar una investigación acerca de la vida de papá, para poder comprender la naturaleza y el alcance de su contribución a nuestra imperfecta comunicación; y al mismo tiempo, vi la necesidad de llevar a cabo una investigación especial e independiente sobre las circunstancias que rodearon su muerte. Esta investigación tendría un carácter imprescindible (pues si el suicidio no se explicaba, nada se explicaría), y también tal vez aportaría una clave (pues si lograba resolver la cuestión de su muerte, quizá pudiera resolver todo el problema). Por lo tanto, inicié mis dos *Investigaciones*, pero no di por terminado mi trabajo con la carta y las notas sobre mí mismo.

Entenderás, entonces, la finalidad de las tres cestas de melocotones que tenía junto a mi escritorio en 1937: una representaba la *Investigación* acerca de la vida, otra la *Investigación* acerca de la muerte y la tercera la *Investigación* acerca de mí mismo, mucho menos organizada. Y la caja de cartón (TOMATES MARAVILLOSOS DE MORTON) contenían los borradores de la carta a mi padre. Desde luego, ya nunca la va a recibir. Si no ves que este hecho demuestra aún más el carácter imperfecto de mi

comunicación con él, y por lo tanto intensifica la necesidad de la carta en lugar de eliminarla, es que también entre tú y yo la comunicación es menos que perfecta. Pero eso tendrás que investigarlo tú: yo ya tengo bastante que hacer con las tres cestas y la caja que hay a mi lado, cuatro proyectos paralelos que, como las líneas paralelas, sólo se encontrarán en el infinito.

Esa tarde en concreto, desde luego, cesarían todos los progresos, pues tenía la intención de que las notas que tomé fueran las últimas.

I. Nada tiene valor intrínseco.

II. Las razones por las que la gente atribuye valor a las cosas son siempre irracionales en última instancia.

III. No hay, por lo tanto, una «razón» última para valorar nada.

A las siete, esto era lo que había escrito en mi hoja de papel, y no sabía en qué archivo debía guardarla. Pero sentía con mucha intensidad que esta secuencia de ideas, que representaba mis racionalizaciones del día, era de suprema importancia para mis *Investigaciones* y mi carta. De hecho, cuando en esa lista apunté el número romano IV, sin escribir todavía nada detrás de él, tuve esa sensación que tienen los cazadores y que hace que se les dilaten las ventanas de la nariz; sentía que estaba a punto de alcanzar alguna respuesta.

Llamo racionalizaciones a estas ideas, porque es lo que eran: justificaciones *post facto*, con un fundamento lógico, de lo que ha sido una decisión completamente personal e ilógica. Así, recordarás, habían sido todos mis principales cambios de opinión. Todas mis máscaras eran asumidas primero y justificadas después.

¡Mi corazón, lector! ¡Mi corazón! Debes comprender cuanto antes, si es que vas a comprender algo, que si asumía esas máscaras no era para ocultar mi rostro, sino para ocultar mi corazón a mi mente y mi mente a mi corazón. ¡Compréndelo ya, porque tal vez no viva para terminar este capítulo! Desde luego, cada máscara también ocultaba otras cosas, del mismo modo en que una careta oculta la identidad y la personalidad a la vez que la nariz y la boca; pero fue para ocultar mi enigmático corazón que me convertí en un libertino, en un santo y por último en un cínico. Porque cuando una máscara ya no cumplía su función de disfraz, era necesario que otra ocupara inmediatamente su lugar. Yo había sido un niño bastante corriente; después, un día de 1919, durante un toque de retreta, me desmayé en la plaza de armas de Fort Meade, el doctor Frisbee me examinó con el estetoscopio y yo empecé a comer, beber y disfrutar de la vida en Johns Hopkins: mi primera máscara. En 1924, Betty June Gunter me cortó con una botella rota, un hombre llamado Cozy me dio un puñetazo y me sacó a patadas de un burdel de Calvert Street, Marvin Rose me encontró una infección horrible en la próstata y me convertí en un santo: mi segunda máscara. En 1930, mi padre, con quien (creyendo que mi santidad iba a dar paso a la madurez) pensaba que estaba empezando a comunicarme, se ahorcó inexplicablemente; yo le



quité el cinturón del cuello, le envié por correo mi herencia al coronel Morton y me convertí en un cínico: mi tercera máscara. Y cada vez, no tardé demasiado tiempo en llegar a creer que mi postura no sólo era la mejor para mí, porque de alguna manera saldaba cuentas con el estado de mi corazón, sino la mejor en sí misma, en términos absolutos. Después, la noche del 20 o del 21 de junio de 1937...

Pero ahora debes conocer mi último secreto. A lo largo de mi vida, sólo he experimentado emociones intensas en cinco ocasiones, cada vez una emoción distinta. Con Betty June, en mi habitación, conocí el *júbilo*; conmigo mismo, en Argonne, conocí el *miedo*; con mi padre, en ese sótano de nuestra casa, conocí la *frustración*; con Jane Mack, en su casita veraniega, conocí la *sorpresa*; con mi corazón, en la habitación de mi hotel, la noche anterior a aquel último día, conocí la *desesperación*, la desesperación absoluta, una desesperación que iba mucho más allá del llanto.

El origen de esta desesperación no fue mi corazón, sino otras dos partes de mi cuerpo. Jane se había quedado a pasar la noche en mi habitación, como sabes. Había venido a eso de las diez; habíamos tomado una copa y nos habíamos ido a la cama poco después. Jane había estado un rato ahí sentada con las piernas cruzadas, depilándose las cejas, antes de que apagáramos la luz, y yo la había estado acariciando distraídamente mientras leía un libro tumbado junto a ella. No habíamos hablado nada. Después me cogió la mano y se puso a examinarla y me dijo:

—¿Alguna vez le has preguntado a Marvin por tus dedos, Todd? ¡Mira que son feos!

Aparté la mano de golpe y me sonrojé. ¿Se te había olvidado que tengo los dedos deformes, lector? A mí también, y el comentario de Jane, aunque lo había hecho en un tono bastante suave, me impactó de una forma desproporcionada, dando lugar a mi actual hipersensibilidad con respecto a mis dedos, quizá porque había estado acariciándola.

—¡Ay, lo siento muchísimo! —dijo al instante—. No quería ofenderte.

Entonces trató de besarme los dedos, pero yo no podía soportar la idea, y los escondí.

Mi subsiguiente incapacidad para hacer el amor sin duda surgió de aquello. Por una parte, intentando redimirse, Jane se puso manos a la obra inmediatamente, y yo rara vez he respondido bien en tales situaciones. Por otra, el comentario sobre mis dedos me hizo sentir asqueado, hasta un punto irracional, con todo mi cuerpo huesudo, y el asco no es buen compañero de cama del deseo.

—Por favor, dime qué pasa, Toddy —me rogó Jane—. De verdad, no quería hacerte daño.

(Ahí había algo más que su solicitud habitual, como confirmé al día siguiente cuando me anunció el viaje a Italia).

Le aseguré que no estaba ofendido —después de los primeros minutos, realmente no lo estaba—, pero tanto su curiosidad como su deseo habían de quedar

insatisfechos. Me levanté, me fumé un cigarrillo, me metí de nuevo en la cama, estuve dando vueltas, me incorporé y leí, me tomé otra copa y estuve dando vueltas un rato más. Jane se quedó dormida, y la expresión de su boca seguía mostrando que estaba disgustada y herida en su orgullo. Le besé con mucha delicadeza el ceño fruncido y salí de la cama, decidido, ya que dormir era imposible, a trabajar en la *Investigación*.

Estaba de muy mal humor; no tenía paciencia con mi obra. Sólo en momentos de mucha debilidad, como ése, considero que mi obra es una tontería; me pasé una hora sentado frente a la ventana, mirando la oficina de correos y pensando en lo incomparablemente tonta que es mi obra de trece años. Y qué tonta, de hecho, había sido toda mi vida durante esos trece años: ¡una débil máscara tras otra!

Ah, hubo una idea sintomática: era, creo, la primera vez que empleaba el término «máscara» para referirme a lo que siempre había considerado las etapas de mi desarrollo intelectual. Además, no era una idea de un cínico, ya que en cuanto se instaló en mi conciencia, echó unas raicillas de desesperación que se dirigieron con rapidez hacia todos los rincones de mi mente. De hecho, como reconocí vagamente en el momento, era una señal de que la máscara de mi cinismo —me di cuenta entonces de que era una máscara— se estaba deteriorando y volviendo cada vez más fina y ya no cumplía con su función. De lo contrario, ¿acaso habría pensado en mi corazón?

Y de repente el corazón me llenó todo el cuerpo. No era mi corazón lo que iba a estallar, sino mi cuerpo, de lo lleno que estaba de mi corazón y sus latidos enfermizos. ¡No había duda de que fallaría! Me puse la mano en el pecho, para ver cómo latía; me aferré al marco de la ventana para no caerme; me quedé contemplando la nada, con la boca abierta, como un pez sobre la arena de la playa. ¡Y no sentía dolor, sino desesperación!

Esto fue lo que vi: que todas mis máscaras eran intentos semiconscientes de controlar el hecho con el que tenía que vivir; que ninguna me había permitido controlarlo; que donde el cinismo había fracasado, ninguna máscara futura tendría éxito; que, en resumen, mi corazón era el que controlaba al resto de mí, incluida mi voluntad. Era mi corazón el que había fabricado las máscaras, no mi voluntad. La conclusión que me engulló fue ésta: «No hay manera de controlar el hecho con el que vivo». La futilidad me agarró del cuello; no podía ni pensar. Sentí un impulso casi abrumador de levantar los brazos y los ojos al cielo, pero no había ante quién levantarlos. Lo único que podía hacer era apretar los dientes, entornar los ojos y mover la cabeza de un lado a otro. Pero a cada movimiento que hacía, sentía cómo me agujoneaba la conciencia de su futilidad, y cada nuevo sentimiento traía consigo su particular desesperanza, hasta que una batería de pequeños sufrimientos me atacó desde todos los lados, cada uno de ellos extrayendo su fuerza del gran sufrimiento que había en mi interior.

No sabría decir cuánto tiempo estuve sentado. Lo que pasó al final, cuando ya estaba suficientemente desmoralizado, fue que mis nervios, ya agotados, sucumbieron ante esa tensión inusual. De repente tenía el cuerpo empapado en sudor; temblaba de la cabeza a los pies. De hecho, es muy probable que, si no hubiera tenido nada en lo que apoyarme, habría terminado la noche de rodillas, poniendo toda mi integridad en el altar de la palabra «Dios». Pero tenía algo en lo que apoyarme: tenía a Jane, que dormía profundamente. Y la vergüenza que siento al contarte que me metí en la cama conmocionado y tembloroso; que escondí la cabeza en su regazo; que me quedé ahí, acurrucado y estremeciéndome, hasta que me dormí con las rodillas pegadas al pecho, luchando contra la desesperación como se lucha contra la apendicitis; esta vergüenza no es distinta de la que sentiría si tuviera que confesarte que me había acurrucado junto a Dios. Me avergüenzo de veras, lector, pero te recomiendo de buena fe que tengas en cuenta este refugio. No se parece nada a la estrategia del avestruz, porque el enemigo del que quieres huir no está fuera de ti.

No tengo ni idea de si Jane se dio cuenta de todo esto. Cuando dieron las seis, me desperté. Tenía la cabeza sobre la almohada; la de Jane estaba sobre mi hombro derecho. Con gran sensatez, inhalé el olor de su pelo: sol y sal. No ha habido ninguna mujer en mi cama desde aquel día, y sin embargo a las seis de la mañana puedo evocar el olor de Jane Mack. Me incorporé y miré a mi alrededor, hinchiéndome de una sensatez incipiente. ¿Cuál era el problema que había dejado atrás? Como era mi costumbre, antes de levantarme cogí la botella de Sherbrook del alféizar de la ventana, le di un buen trago y me estremecí, pero no hubo respuesta. Salí de la cama con cuidado, para no despertar a Jane, me puse mi traje de sirsaca, me lavé la cara con agua fresca y me di cuenta de que ese día me iba a suicidar.

—¡Por supuesto!

Le sonreí a la cara goteante que me miraba desde el espejo con una expresión de sorpresa estúpida y anonadada. ¡Era el final de las máscaras!

—¡Por supuesto!

No había manera de controlar el hecho con el que vivía; pero yo podía controlar el hecho de vivir con él suicidándome, y el resultado era el mismo: yo ejercía el control. Contuve una risita.

—¡Por el amor de Dios!

III. No hay, por lo tanto, ninguna «razón» última para valorar nada.

Entonces añadí «incluida la vida», y de golpe la siguiente proposición era evidente.

IV. La vida es acción. No hay ninguna razón final para la acción.

V. No hay ninguna razón final para vivir.

Este último enunciado mereció unos minutos de inexpresiva contemplación, tras los cuales le puse la tapa a mi pluma y me la guardé en el bolsillo, dejé la carta de Eustacia donde Jimmy pudiera encontrarla, cogí mi sombrero de paja y salí de la habitación sin la menor sombra de arrepentimiento.

La *Investigación* estaba cerrada.

## 26. EL PRIMER PASO

Lo ideal es dejar que una nueva postura filosófica, como un nuevo bote de remos, esté un día o dos amarrada en el muelle, para que la madera se hinche bien, antes de someterlo a ningún esfuerzo. Pero en cuanto puse un pie en el pasillo, el capitán Osborn me llamó desde su habitación.

—¿Va al teatro flotante, Toddy?

—Sí, señor.

El capitán Osborn soltó un gruñido o dos, le pignoró un poco de flema vagabunda a su pañuelo y salió cojeando de su habitación.

—Iré con usted, si no le importa —me comunicó—. No he visto un teatro flotante en años. —Soltó una carcajada—. El joven Haecker (ahora lo llamo el joven Haecker), el joven Haecker ha estado tan sombrío últimamente que creo que más me vale divertirme un poco mientras pueda. ¿Está listo, muchacho?

Uno no debería tener que tomar decisiones de ese tipo rápidamente; es como botar un nuevo bote de remos cuando sopla con furia el viento del noreste.

—¿Dónde está entonces el joven Haecker? —dije, sonriendo.

—No, él no viene —contestó el capitán Osborn soltando un resoplido—. ¡Está demasiado mayor para semejante juerga! No lo he visto desde esta mañana. Vamos, déjeme que le coja el brazo.

Ah. Como un botero puede examinar su embarcación en busca de alguna grieta, con considerable interés pero sin verdadera preocupación, me examiné a mí mismo. ¿Puede considerarse un constructor a alguien que se asusta a la hora de botar el navío cuando lo ha terminado? ¿Con qué otro propósito lo ha construido?

—Por supuesto —le dije, y conduje a mi amigo escaleras abajo.

## 27. LA ÓPERA FLOTANTE

*La original y sin par ópera flotante de Adam*, que por el día era más bien sobria, estaba un poco más ornamentada cuando el capitán Osborn y yo nos acercábamos a ella, cruzando Long Wharf, bajo la luz del caluroso crepúsculo. Se habían tendido unos cables eléctricos desde un poste que había cerca del muelle, y la silueta del barco se delineaba con luces eléctricas de colores variados que, sin embargo, necesitaban que estuviera un poco más oscuro para producir su mejor efecto. Sobre el techo del teatro, el profesor Eisen y los trece miembros de la Banda Marítima del Atlántico y la Bahía de Chesapeake estaban instalados en el escenario, interpretando, si no recuerdo mal, «I'm a Yankee Doodle Dandy» ante varios cientos de espectadores que se habían congregado allí, muchos de los cuales, particularmente entre los negros, sólo habían acudido para escuchar el concierto gratuito y observar «la barcaza de la ópera» llenos de asombro, pues no tenían dinero para permitirse una entrada. La taquilla estaba abierta (era casi la hora del comienzo del espectáculo) y había una cola que salía de la ventanilla, recorría la plancha de desembarco y subía a la embarcación. El capitán Osborn empezó a entusiasmarse y empleó su bastón para apartar a algunos arrapiezos de su camino, que iban de manera inquebrantable hacia la taquilla.

La banda terminó la pieza de George M. Cohan y empezó un popurrí de Stephen Foster. Cuando llegamos a lo alto de la plancha de desembarco, miré hacia el gentío y vi a Harrison, Jane y Jeannine ocupando un lugar en la cola. Estaban tratando de abrir la bolsa de palomitas de Jeannine y no se fijaron en mí.

Los ciudadanos de Cambridge ya llenaban casi la mitad del auditorio. El capitán Osborn y yo nos sentamos a unas siete filas del final, en el extremo de estribor del teatro, mientras él se quejaba de que no hubiéramos llegado antes para conseguir unos asientos realmente buenos. La sala estaba iluminada con luces eléctricas, cada una de las cuales tenía un empalme doble y una entrada de gas, que emplearían en puertos menos civilizados. Al observar al público, casi no vi caras desconocidas. El coronel Morton y su esposa estaban sentados en la primera fila, junto al pasillo central. Marvin Rose, que era muy aficionado a los teatros flotantes, se encontraba algunas filas más atrás. Bill Butler me saludó alegremente desde el otro lado del teatro. Mi socio, el señor Bishop, estaba allí con su esposa, a la que pocas veces se veía en público. Harrison, Jane y Jeannine entraron justo en ese momento —si me vieron, no dieron señales, aunque yo los saludé con la mano— y se sentaron en el lado opuesto del teatro. Jimmy Andrews, como yo había previsto, estaba ausente; sin duda se habría ido a navegar con su novia, ya que durante la tarde se había levantado una brisa suave pero aprovechable.

Sobre nuestras cabezas, la banda concluyó su concierto gratuito con «The Star-Spangled Banner». En la sala hubo algo de incertidumbre sobre si era necesario

ponerse en pie, ya que la banda estaba fuera. Algunos hicieron amago de levantarse, sin demasiado entusiasmo, dudaron un instante y volvieron a sentarse, avergonzados, dando explicaciones a sus esposas entre carcajadas y señalando el techo sin parar. Al final el coronel Morton se levantó sin titubear y sin mirar atrás, y los demás lo imitamos, aliviados por el hecho de que alguien nos indicara qué debíamos hacer. Cuando concluyó el himno, los gorriones que había en el exterior se pusieron a aplaudir, mientras en el interior se discutía acaloradamente sobre si de verdad había sido necesario que nos pusiéramos en pie. Pero poco después, todo el mundo centró su atención en la pequeña puerta que había debajo del escenario, por la que aparecieron los miembros de la orquesta, con sus resplandecientes uniformes rojos trenzados en oro, y comenzaron a desfilar hacia el foso. Cuando todos hubieron ocupado su lugar, y los instrumentos hubieron tocado una cacofónica serie de notas cortas, el profesor Eisen —esbelto, con las mejillas hundidas, bigote y perilla, intenso— subió al podio en medio de un generoso aplauso de la orquesta y el público, pidió atención dando unos golpecitos con su batuta y la levantó; en su punta se concentraba toda la sala. Las luces se atenuaron levemente, la batuta cayó y la banda comenzó a tocar «The Star-Spangled Banner». Tras un fugaz murmullo, todos volvimos a ponernos en pie de un salto, aunque nadie más rápido que el coronel. Evelyn parecía un tanto confusa.

En cuanto sonó el último platillo, las luces de la sala se apagaron por completo y se encendieron las candilejas eléctricas, que iluminaron, juguetonas, el telón de terciopelo malva. La batuta del profesor Eisen volvió a caer, y dio comienzo la briosa obertura: un popurrí de aires marciales, ragtimes, un toque de balada sentimental, unas florituras de claqué y un gran final militar. Aplaudimos con mucho entusiasmo.

El capitán Jacob Adam en persona apareció desde detrás del telón, hizo una reverencia mientras continuaba la ovación y, sonriendo, pidió silencio.

—¡Buenas noches, buenas noches, amigos! —gritó—. No puedo decirles lo contento que estoy de verlos aquí esta noche. Mi corazón siempre se alegra cuando *La ópera flotante* se acerca al faro de Hambrooks, se lo aseguro, porque sé que eso significa que ahí delante está Cambridge, y le digo a John Strudge, el que toca el calíope, le digo: «John», le digo, «dale bien al vapor, muchacho, y toca “Dem Golden Slippers”, porque ahí delante está Cambridge», le digo, «y hay que navegar mucho para poder encontrar gente tan maja como la que hay en Cambridge». Pues eso.

Todos lo aclamamos.

—Bueno, señoras y señores, estoy muy contento de que haya venido tanta gente esta noche, porque este año tenemos un nuevo espectáculo que es tan bueno que estaba deseando que todos mis amigos e incluso mis enemigos de Cambridge lo vieran. —Observó al público por encima de las candilejas, entornando los ojos—. Supongo que mis amigos vendrán más tarde —dijo como para sí, pero en voz alta, y sonrió de inmediato para que entendiéramos que era una broma, pero estábamos atentos y nos reímos con especial fuerza—. ¡Pues sí, este año traemos un programa

completamente nuevo, señoras y señores! ¡Desde un principio excelente hasta un final explosivo! Pero antes de levantar el telón y empezar a divertirnos, me temo que tengo que decirles una cosa que los va a decepcionar un poco.

Se alzó un murmullo por encima del público; nos ofrecimos nuestra compasión y nuestro apoyo.

—Bueno, sé muy bien que estaban deseando ver a la señorita Clara Mulloy, la Mary Pickford de Chesapeake, actuando en *La chica del paracaídas*. También yo, tengo que admitirlo, ya que por muchas veces que vea a la señorita Clara saltando en el paracaídas ese, ¡tiene unas piernas tan bonitas que no me canso nunca!

Volvimos a reírnos con gran estrépito. El capitán Osborn me dio un par de codazos en las costillas y estalló entre flemas alborozadas.

—Pero tengo que decirles que la señorita Clara Mulloy ha cogido un germen en algún sitio, debe de haber sido en Crisfield, no puede haber sido en Cambridge, ¡y les juro que tiene una laringitis tan fuerte que no puede decir ni una palabra!

Expresamos nuestra decepción, que en algunos se mezclaba con resentimiento.

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo, empático, el capitán Adam—. Yo también tengo ganas de marcharme. Eh, señorita Clara —gritó entre bastidores—, salga aquí y enséñele a la gente su, eh, su laringitis. —Nos guiñó un ojo y reímos a carcajadas.

Entonces la señorita Clara Mulloy —pelo castaño, ojos castaños, primorosamente encorsetada— salió al escenario haciendo una reverencia, mientras las lentejuelas brillaban en su vestido negro, con una bufanda de franela incongruentemente anudada a su blanco cuello. Hizo otra reverencia ante nuestra ovación, se señaló la garganta y movió los labios dando una explicación silenciosa, mientras el capitán Adam la miraba con adoración.

—¿Qué me dicen? —nos gritó—. ¿Cancelamos todo el espectáculo? ¡Yo lo estoy deseando!

—¡NO! —bramamos, casi como un solo hombre. Dos o tres pendencieros gritaron «¡Sí!», pero los miramos con tanta furia que se quedaron callados.

—¿He oído que sí? —preguntó el capitán.

—¡NO! —volvimos a bramar, desafiando con la mirada a que nos contradijera alguno de esos rufianes que siempre están estropeándole la diversión a la buena gente—. ¡No! —suplicamos, esperando que el capitán Adam no nos juzgara a los ciudadanos de Cambridge por nuestros elementos más desgraciados.

—Sí —dijo, soltando una risita, uno de los incorregibles.

—¡Habría que echar de aquí a ese hombre! —oí que afirmaba el coronel, exasperado.

—Bueno, seamos justos —dijo el capitán Adam—. Cualquier hombre, mujer o niño que quiera irse, puede hacerlo ahora mismo, y John Strudge le devolverá íntegro el dinero de la entrada en la taquilla, pese a que ya han escuchado la obertura.

Nos reímos de esto último y aplaudimos su generosidad. Las luces de la sala se encendieron un momento, pero nadie se atrevió a moverse.



—Entonces, de acuerdo. ¡Que siga la función!

Se apagaron las luces de la sala, la señorita Clara Mulloy premió nuestros aplausos tirándonos un beso (con los ojos húmedos), el profesor Eisen atacó un tema animado y todos volvimos a relajarnos.

—Bueno —anunció el capitán—, pues entonces, en vez de *La chica del paracaídas*, me enorgullezco de presentarles al gran T. Wallace Whittaker, uno de los mejores cantantes y actores que jamás hayan pisado un escenario. Todos conocen a T. Wallace Whittaker como el gran tenor del sur. ¡Su voz es dulce como un panal de miel en un liquidámbar, se lo juro! ¡Pero lo que probablemente no sepan es que T. Wallace Whittaker es también uno de los mejores actores shakespearianos de los Estados Unidos! ¡Señoras y señores, tengo el inmenso honor de presentarles a T. Wallace Whittaker, el eminente histrión, en algunas escenas del Bardo!

Se oyó un aplauso dubitativo. La banda tocó unos potentes acordes en alguna tonalidad menor, se abrió el telón y vimos un salón victoriano (originalmente dispuesto para *La chica del paracaídas*), en cuyo centro se encontraba T. Wallace Whittaker haciendo una inclinación. Era un joven de complexión ancha que desprendía un cierto aroma a escuela dominical y llevaba unas vestimentas hamletianas negras y ajustadas. Por el tono de sus primeras palabras —unas altivas «Comenzaré recitando el famoso parlamento del duque Jacques, del Acto Segundo de *Como gustéis*»—, perdió la simpatía de todos los hombres, aunque algunas esposas asintieron expresando su aprobación.

T. Wallace se acercó a las candilejas, adoptó una pose declamatoria y cerró los ojos un momento. No se aclaró la garganta, pero algunos de nosotros sí lo hicimos.

—«El mundo es un escenario —afirmó—, y los hombres y las mujeres son meros actores: tienen sus entradas y sus salidas, y cada uno, a lo largo de su vida, interpreta muchos papeles...».

El capitán Osborn ya empezó a ponerse nervioso, y a golpearse el zapato de caña alta. Los demás estábamos incómodos mientras T. Wallace repasaba las siete vidas de un hombre.

—«La última escena de todas... ¡el mero olvido, sin dientes, sin ojos, sin gusto, sin nada!».

Aplauso educado, especialmente de las damas. Me pareció oír a Jeannine pidiendo más palomitas con voz estridente, pero podría haber sido algún otro niño. Uno de los alborotadores hizo un comentario burlón que no entendí, pero que hizo que los que estaban más cerca de él, en quienes ya no despertaba tantos sentimientos de hostilidad, se echaran a reír y le granjeó una mirada asesina de T. Wallace Whittaker.

—El discurso fúnebre de Marco Antonio, del Acto Tercero de *Julio César* —anunció—: «Amigos, romanos, compatriotas, prestadme oídos...».

—Yo te regalo los míos —dijo el pependenciero en voz alta—. ¡Ya he aguantado bastante!

Se levantó y se marchó del teatro, cosa que a todos nos divirtió de una manera vergonzosa. Incluso algunas esposas tuvieron que reprimir una sonrisa, pero T. Wallace Whittaker continuó, ruborizado, tratando de enardecer a una multitud imaginaria contra Bruto y compañía. El discurso fue largo, ya que T. Wallace comentó con todo detalle el testamento de César. Para cuando insinuó que quería llevar a las piedras de Roma al levantamiento y al motín, su público estaba a punto de hacer lo mismo; dábamos pataditas en el suelo, estornudábamos y cuchicheábamos. Cuando al final gritó «¡Maldad, estás en pie, toma el curso que se te antoje!», alguien silbó y tiró un puñado de centavos al escenario.

T. Wallace ignoró la ofensa; se dio por enterado y lo demostró con una mirada desafiante, pero se negó a ceder.

—Lo que voy a recitar ahora —dijo con aire sombrío— es la cosa más extraordinaria que se ha escrito en lengua inglesa. No espero que la turba escandalosa aprecie su belleza, pero quizá podría guardar un respetuoso silencio, si no por mí, al menos por Shakespeare.

—¿Cuándo empieza el *minstrel*? —gritó alguien—. ¡Que empiece el *minstrel*!

Más centavos volaron por encima de las candilejas.

—El monólogo de *Hamlet* —murmuró T. Wallace Whittaker.

—¡Lárgate!

—¡Que se lo lleven!

—¡Vamos, el *minstrel*!

—«Ser o no ser: ésa es la cuestión...».

—¡Ba-a-a-ah!

El público ya estaba completamente fuera de control. Varios jóvenes se pusieron de pie sobre sus asientos para poder apuntar mejor con sus centavos, que ya no se limitaban a caer a los pies de T. Wallace Whittaker, sino que le golpeaban en la cara, en el pecho y en los gesticulantes brazos, de modo que se vio obligado a ponerse de lado. Pero no se daba por vencido.

—«Morir, dormir; dormir, tal vez soñar: ay, ahí está la trampa...».

Un tipo con la cara llena de granos, subido sobre una de las sillas de la primera fila, comenzó a imitar los gestos de T. Wallace para nuestro deleite, hasta que el coronel Morton le dio un golpe con su bastón de empuñadura dorada.

—«Pues ¿quién querría soportar los azotes y el desdén del tiempo, la injusticia del opresor...».

T. Wallace Whittaker tenía la firme determinación de que saliéramos de ahí más cultivados. Lo admiré enormemente.

—«... la contumelia del orgulloso, las punzadas del amor despreciado, la tardanza de la ley...».

—¡Fuera! ¡Buuu! ¡Shhh!

Ahora era una guerra abierta; ya no se oía lo que decía T. Wallace, pero él continuó impertérrito. El capitán Adam apareció entre bastidores, preocupado de que

le destrozáramos la embarcación, y nosotros saludamos sus gestos conciliadores con más abucheos. Se acercó a T. Wallace, sin duda para pedirle que concluyera, pero T. Wallace continuó declamándole a la cara. El capitán Adam empezó a ponerse nervioso; después se enfadó y trató de sacar a su actor del escenario. T. Wallace lo apartó de un empujón, mientras seguía gesticulando con la otra mano. El capitán Adam lo reconvino con el dedo y le gritó:

—¡Estás despedido!

Después le hizo un gesto al profesor Eisen para que la banda comenzara a tocar. La Banda Marítima comenzó a interpretar el vals «Sobre las olas». El telón se estaba cerrando, pero T. Wallace Whittaker dio un paso adelante y, agitando los puños ante nosotros bajo una lluvia de cobre (a la que también yo contribuí, poniéndome de pie y lanzándole todo el suelto que tenía), gritó, desafiante:

—«¡Así la conciencia nos convierte a todos en cobardes, y así el tono natal de la resolución se vuelve enfermizo debido al pálido tinte del pensamiento!».

Concluido al fin el monólogo, recogió un puñado de monedas del escenario, nos las arrojó y desapareció detrás del telón.

Volaron tras él unos cuantos centavos lanzados a última hora, que impactaron contra el telón y cayeron sobre el escenario haciendo un ruido metálico. Todos nos reíamos e intercambiábamos impresiones, un tanto avergonzados, pero entusiasmados en cualquier caso, y yo el primero, ya que a veces resulta agradable lapidar a un mártir, por mucho que lo admiremos. Por mi parte, como creo que ya he mencionado en otro lugar, rara vez me niego a colaborar, dentro de mis humildes posibilidades, en la persecución de gente que desafía a la masa con sus principios, sobre todo cuando estoy a favor de esos principios. Al fin y al cabo, la prueba de que uno tiene principios es su disposición a sufrir por ellos, y la prueba de que uno tiene esta disposición —la única prueba— es el hecho de sufrir. Por lo tanto, yo no hacía otra cosa que colaborar con T. Wallace Whittaker en la materialización de sus principios. Y es que ahora, tras haber sido abuchado en el escenario y despedido de su trabajo por defender la causa de Shakespeare, bien abandonaría sus principios, en cuyo caso quedaría claro que no estaban integrados con mucha fuerza en su personalidad, bien se aferraría a ellos con más fuerza que nunca, en cuyo caso tendría que agradecerles el haberle proporcionado los medios para tomar conciencia de esa fuerza.

Entonces apareció en el escenario el capitán Adam, sonriendo ligeramente, y levantó las manos. Tras haber expresado nuestro punto de vista, estábamos dispuestos a guardar silencio.

—Bueno, ¿a quién le gusta Shakespeare, de todas maneras? —Se encogió de hombros como un cuervo y pateó unos centavos que había junto a las candilejas—. ¡Pero si piensan que van a recuperar este dinero, es que están locos!

Todos nos reímos, aliviados como niños desobedientes que se enteraran de que al final no van a recibir ningún castigo.

—Bueno, a ver si pueden ser un poco más amables con esta gente que viene ahora —dijo, sonriendo, el capitán Adam—. Por lo menos, tírenles monedas de veinticinco centavos. Señoras y señores: ¡los caballeros del corcho quemado, los más grandes humoristas azabache de los Estados Unidos, los castos e inimitables Minstrels de las Marismas Etíopes!

Aplaudimos complacidos, pues eso era lo que habíamos ido a ver. El profesor Eisen atacó «I'm Alabammy Bound» a un tempo de tren expreso y se abrió el telón. El decorado de *La chica del paracaídas* había sido reemplazado por un telón de fondo todo azul, contra el cual destacaban los brillantes uniformes de un pequeño semicírculo de *minstrels*. En total eran seis: tres a cada lado del capitán Adam, que ocupó el puesto de presentador. Todos llevaban pelucas negras y rizadas, chaqués naranjas, llamativos chalecos y pantalones a cuadros, alzacuellos de papel y unos zapatones enormes, y cantaban escandalosamente y al unísono la letra de la canción. Los dos *minstrels* que había a cada lado del presentador acompañaban con banjos y guitarras, y Tambo y Bones, en los extremos, tocaban los instrumentos que les dan nombre<sup>[6]</sup>. Con un enorme estrépito, la canción llegó a su fin.

—Caballeroooooossss... —gritó el capitán Adam, elevando los brazos al cielo —. SIÉNTENSE.

Tambo y Bones, cómo no, no acertaron a posarse en sus sillas y cayeron despatarrados al suelo, acompañados por golpes del bombo. La gente se daba palmadas en las rodillas y se intercambiaba codazos. El capitán Osborn, a mi lado, se asfixiaba en una especie de éxtasis. El bastón del coronel Morton golpeó el suelo en expresión de aprobación. Al adoptar su nuevo papel de Señor Presentador, el capitán Adam se había transformado en una persona completamente distinta —hablaba de un modo más correcto, florido, efusivo— hasta tal punto que uno dudaba de la autenticidad del personaje original. Cuando los que estaban en los extremos, poniendo sus grandes ojos en blanco, lograron sentarse al fin, tuvo lugar la clásica conversación llena de golpes de ingenio. El presentador, en su pomposidad, se equivocaba una y otra vez (para nuestro deleite, ya que toda nuestra simpatía era para el travieso Tambo y el incontrolable Bones).

—Buenas noches, señor Tambo. Parece que esta noche se ha quedado usted sin palabras.

—Señol Presentadol, no eh que me haya quedao sin palabrah; eh que me he quedao sin dinero. Le he tenido que compral un sombrero nuevo a mi mujel y unos sapato nuevoh a mi hijo. Y ahora el inútil ese de mi hijo me ehtá todo el día pelsiguiendo para que le compre una siclopedia. Dise que la nesesita para llevársela al colegio.

—¡Una enciclopedia! ¡Pero Tambo, es un chico de lo más listo! Todos los estudiantes deberían tener una buena enciclopedia. Supongo que le comprará una, ¿verdad?

—¡No, señol!

—¿No?

—¡No, señol! «Ni hablar de siclopedias», le digo yo. «¡Tú vah andando como toдох loh demah!».

Nos llevaron de la oreja a través de un montón de chistes rudimentarios que concluían con remates totalmente previsibles. Lo que despertaba nuestro interés —a pesar de la supuesta castidad de los *minstrels*— eran algunos dobles sentidos ocasionales, tan aburridos como prudentes. Los negros eran vagos e ignorantes y los extranjeros, sospechosos; la Agencia Estatal para el Fomento del Empleo era un refugio para los holgazanes; las suegras eran gruñonas; las mujeres, malas conductoras; beber resultaba divertido, pero era indiscutiblemente un vicio; ir a la iglesia resultaba aburrido, pero era indiscutiblemente una virtud. Tambo y Bones merecían ser pobres, pero nos parecían entrañables por sus pillerías, y asentíamos con la cabeza, mirándonos unos a otros, mientras su ingenio innato hacía que el presentador, un personaje excesivamente culto, cayera en una trampa tras otra. Tambo y Bones reivindicaban nuestra vulgaridad; nos hacían sentir seguros ante quienes sólo aprendían cosas en los libros; vivíamos cada una de sus victorias sobre el Señor Presentador como una palmadita en la espalda. De hecho, una palmadita doble, pues ¿acaso no eran Tambo y Bones sólo unos negros irresponsables?

La sutil Sally Starbuck, la doncella danzarina de los ojos húmedos, el cabello rubísimo y las mejillas sonrosadas, nos deleitó con canciones felices, familiares y fabulosas. ¿Qué nos cantó? «I Had a Dream, Dear». «After the Ball is Over». «A Mother's Prayer for Her Son». «Harvest Moon».

—Uhté que eh tan inteligente, señol Presentadol, contéhteme ehta pregunta: ¿qué tiene veintinueve pielnah, seih brasoh, dose orejah, treh colah, veinte pieh y un montón de grifoh, y dise quiquiriquí?

—¡Pero Tambo, por el amor de Dios! ¿Qué puede tener veintinueve piernas, seis brazos, doce orejas, tres colas, veinte pies y un montón de grifos y decir quiquiriquí?

—¡Treh granjeroh, treh tabureteh para oldeñal, treh vacah y un gallo al amanesel! ¡Ja!

J. Strudge, el extraordinario caliopista, taquillero e intérprete de banjo, el extraordinario recitador etíope, el Demóstenes negro, estuvo sermoneándonos un rato.

—Señoras y señores, perros de caza, ranas y mofetas: el texto que voy a leerles hoy procede del capítulo cuarenta y pico, versículo tropecientos (me llevo cuatro, lo divido entre tres, le añado o le quito un par más y le sumo uno por si acaso) del libro de Zefanías, en el que los dos jueces, llamados Samuel Primero y Samuel Segundo, les hacen unos juegos de manos a unos romanos y les atan las epístolas a los Apóstoles. Y dice así, hermanos: «¡Benditos los que no dicen nada, porque no van a conseguir nada!».

Oímos una serenata interpretada con banjo y violín, huesos y pandereta.

—Señor Bones, hoy he hablado con su mujer y me ha dicho que su mamá de usted ya lleva tres años viviendo con ustedes.

—¿Mi mamá? ¡Y yo llevo todo este tiempo pensando que era la mamá de ella!

—¡No! Me parece increíble que sea tan tonto, y que lo sea de un modo tan coherente.

—Pueh mire, Señol Presentadol, no eh nada fácil para un negrito como yo que nunca ha podido ir a la universidad.

Se suponía que íbamos a escuchar unas baladas pastorales de los campos de maíz y algodón en la vibrante voz de T. Wallace Whittaker, el famoso tenor sureño, pero no pudo ser, lo cual decepcionó grandemente a las damas. En cambio, oímos de nuevo a la sutil Sally Starbuck, y esta vez nos cantó «Just a Song at Twilight», «Beautiful Dreamer» e «It's a Sin to Tell a Lie».

¡Y el señor Tambo! ¡Y el señor Bones! ¿Nos bailaron la juba? Sí. ¿Hicieron el paso del «Pidgeon's Wing»? Sí. ¿Terminaron con el «Long Dog Scratch»? Sí.

¡Señol Tambo, señol Tambo! Yo no puedo comprendel  
cómo un negro vago y tonto como uhté puede tenel  
el dinero suficiente pa comprarle a su mujel  
el coche dehcapotable en el que la vi yo ayel...

Hubo exhibiciones de banjo, bailes cómicos, canciones graciosas, más bromas.

—Y ahora, señoras y señores —anunció el capitán Adam—, el último número del programa: el mundialmente conocido imitador Burley Joe Wells, directamente desde Nueva Orleans (Luisiana).

El impávido intérprete de banjo, un negro muy corpulento que había sentado junto a Tambo dio un paso adelante y estiró los brazos hacia los lados. Tambo y Bones se levantaron a trompicones y, tras hacer unas cuantas pantomimas y payasadas, empezaron a moverle los brazos arriba y abajo. Parecía que estaban bombeando. Burley Joe puso los ojos en blanco e hinchó los mofletes, como si la presión estuviera aumentando en su interior, y cuando al final abrió la boca, se oyó el estallido de un calíope de vapor que hizo que toda la sala se estremeciera con «Oh, Dem Golden Slippers», la firma musical de *La ópera flotante*. Imitó la melodía al completo, y llegó al final silbando, acompañado por el profesor Eisen y nuestro aplauso.

—Un aserradero de Luisiana, en medio del pantano —gruñó a continuación Burley Joe.

Entonces se situó a un lado del escenario, con la espalda contra la salida, y tras unas toses preliminares, empezó a hacer un zumbido como el de una perezosa sierra circular. Tambo y Bones desaparecieron por el lado contrario y aparecieron un momento después con un tablón de pino de dos metros de largo por treinta centímetros de ancho. Se tropezaron, se cayeron, empujaron y tironearon, y al final

lograron colocar el tablón bajo el brazo izquierdo de Burley Joe. La sierra chirrió y rechinó y el trozo de madera desapareció entre bastidores, seguido por los dos hombres. La sierra siguió zumbando. Tambo y Bones reaparecieron diez segundos después con dos tabloncillos de pino, cada uno de quince centímetros de ancho. El proceso se repitió una y otra vez, y la sierra tenía que hacer un gran esfuerzo para atravesar los nudos de la madera y chirriaba debido a la resina, hasta que al final los hombres aparecieron con una enorme sonrisa de satisfacción en el rostro y un mondadientes minúsculo en la mano. El pequeño Bones se acercó al gran Burley Joe y le retorció la nariz como quien gira un interruptor, y entonces el zumbido de la sierra se fue apagando poco a poco.

—Carrera de barcos de vapor —bufó Burley Joe, que no malgastaba su talento en presentaciones—. Así suena el *Natchez* —un sonido agudo de resoplidos, bombeos, silbidos— y así suena el *Robert E. Lee* —una vibración grave y gutural—. Ahí van los dos.

Era impresionante. Se oían las campanas de los barcos, los gritos dando órdenes, las instrucciones para que la tripulación sondeara las aguas, las grandes bombas atronando, el timón al girar. Un profundo silbato anunció que zarpaba el *Lee*. Unos instantes después, un marinero de cubierta gritó: «¡Barco a la deriva!»<sup>[7]</sup>, y un silbido débil y agudo identificó al *Natchez*. El profesor Eisen insinuó una música suave y emocionante por debajo del vibrar de los motores. ¡*Tuut, tuut!* El *Lee* salió a toda máquina. ¡*Pip, pip!* El *Natchez* aceptó el desafío. ¡La carrera había comenzado! Más órdenes, gritos nerviosos, el sonido de las campanas. Las embarcaciones aceleraron, al igual que la música.

Miré al capitán Osborn: estaba fascinado. Al público en general: embelesado. Mi reloj de pulsera: las diez en punto. El foco que apuntaba a Burley Joe era la única luz que había en la sala. Discretamente, pero sin hacer un intento especial por pasar inadvertido, abandoné mi asiento, avancé por el pasillo de estribor y salí por una puerta lateral, sin llamar demasiado la atención. En el interior, el *Lee* se acercaba lentamente al *Natchez*.

Afuera, por supuesto, estaba completamente oscuro salvo por las luces de la Ópera. Me encontraba, como había planeado, en la cubierta del teatro. No había ningún vigilante a la vista. Avancé con rapidez junto a la barandilla de estribor hasta esa pequeña escalerilla que recordaba haber visto durante mi visita vespertina, a popa, y entré en el comedor, situado debajo del escenario, cerrando la puerta tras de mí. Encima de mi cabeza, el *Lee* y el *Natchez* estaban empatados. La música era más fuerte y más rápida; los *minstrels* animaban a voz en cuello a uno u otro barco; de vez en cuando, alguien del público soltaba un grito de entusiasmo. Con una cerilla, encendí tres lámparas de queroseno que había en las paredes del comedor, después me dirigí a la válvula donde decía NO ABRIR HASTA EL MOMENTO DE ENCENDER LAS CANDILEJAS y la abrí a tope, sintiendo bajo mi mano cómo el acetileno empezaba a fluir hacia el escenario. Al fin entré en la cocina, que estaba apenas a unos pasos de

allí, acerqué una cerilla a uno de los hornillos y abrí las llaves de los otros (y del horno y la parrilla) y los puse al máximo, sin encenderlos. Un fuerte olor a gas embotellado se expandió de inmediato por la habitación.

En el piso de arriba, el *Robert E. Lee* avanzaba con determinación y superaba ligeramente a su rival, y el público lo alentaba. El gas siseaba al salir de los hornillos.

Al regresar al comedor, miré atentamente a mi alrededor para asegurarme de haber hecho bien mi trabajo. Como toque final, quité las campanas de las tres lámparas y enderecé los pabilos. Después salí y regresé a mi lugar entre el público, ahora maravillosamente perturbado mientras el *Natchez* amenazaba con adelantar al valeroso *Lee*. Mi corazón, desde luego, latía con violencia, pero mi cabeza estaba serena. Observé serenamente a mi acompañante, el capitán Osborn, que animaba con voz ronca al *Robert E. Lee*. Pensé serenamente en Harrison y Jane: en pechos y muslos perfectos quemados y carbonizados; en cierto pelo suave con olor a sol convertido en ceniza. También serenamente oí el chillido de un niño demasiado excitado: no era imposible que se tratara de Jeannine. Me imaginé un cuerpo pequeño, quizá creado a partir de mi propio cuerpo y del impecable cuerpo de Jane, negro, resquebrajado, humeante. El coronel Morton, Bill Butler, el señor y la señora Bishop... nada me importaba en absoluto.

Mi corazón palpitaba como el *Robert E. Lee*, y yo sonreí ante la idea de que quizá expirara por causas naturales antes de la gran explosión del barco. El público estaba enardecido.

—¡Señoras y señores! —gritó el capitán Adam, poniéndose de pie sobre la silla del presentador—. ¡Por favor, prepárense para la gran explosión del *James B. Taylor*! ¡No se levanten de sus asientos!

Algunas mujeres empezaron a gritar, pues no había habido transición alguna entre un número y el siguiente, ni la Banda Marítima había hecho siquiera un silencio de corchea: de hecho, los músicos redoblaron sus esfuerzos. Pero la carrera, aparentemente, quedó olvidada. Desde el foso, bajo el frenesí de la música, llegó un lento estruendo de timbales cuyo volumen fue aumentando gradualmente. Desde Burley Joe —que ahora se levantaba con lentitud, con los brazos extendidos, con los ojos a punto de salirse de las órbitas— llegó un silbido escalofriante, como el que hace el vapor al escapar. Los tambores atronaron; las trompetas relincharon como caballos; los niños se pusieron histéricos; Tambo y Bones se escondieron detrás de sus vecinos. Desde lo alto de su silla, el capitán Adam contemplaba a su prole con una sonrisa olímpica; y serenamente, aún más divino que él, también yo sonreí.

Como una monstruosa serpiente negra, Burley Joe se puso de puntillas y levantó los brazos por encima de la cabeza. El silbido y la música alcanzaron su punto máximo; hubo un doble fognazo a los lados, un grito ahogado, una explosión impresionante; el escenario se llenó al instante de un espeso humo blanco.

Tras un momento de silencio absoluto, Evelyn Morton, en la primera fila, se desmayó en silencio; el coronel la cogió cuando perdió la consciencia. Entonces el



profesor Eisen atacó «Lucy Long», el humo empezó a disiparse y los *minstrels* aparecieron en el escenario formando una fila, riéndose y bailando: Tambo, Bones, J. Strudge, Burley Joe Wells (haciendo reverencias), los dos guitarristas, el capitán Adam (haciendo reverencias)... y con ellos estaban la sutil Sally Starbuck y la señorita Clara Mulloy, con los ojos húmedos y tirando besos al público, que no dejaba de reír y de soltar comentarios entusiastas. Los maridos miraban a sus esposas, las esposas a sus hijos, todos con una mirada súbitamente nueva.

—¡Lucy Long! ¡Lucy Long!

La maravillosa panitioplicónica resultó no ser más que un grandioso y anticuado conjunto *minstrel*: huesos, panderetas, banjos y guitarras. Los *minstrels* bailaban, cantaban, saltaban y daban volteretas. «Lucy Long» se convirtió en «The Essence of Old Virginy»; más y más rápido, los *minstrels* hacían cabriolas hasta llegar a un final casi violento. Los platillos restallaban, los intérpretes hacían profundas reverencias, Tambo y Bones se tropezaron y cayeron al foso de la orquesta y nuestro intenso aplauso rendía homenaje a *La original y sin par ópera flotante* mientras se cerraba el telón.

## 28. UN PARÉNTESIS

Si no entiendes que el final de mi relato sobre *La ópera flotante* no puede ser dramático, entonces una vez más estoy condenado a una comunicación imperfecta. Di lo que quieras sobre los requerimientos formales de la narrativa; ésta es mi ópera, y te guiaré hacia la salida con la misma suavidad con que te mostré el camino de entrada. Por principio, no me interesan los finales rimbombantes como los de Burley Joe.

Ayudé al capitán Osborn a ponerse en pie (seguía bastante agitado por la emocionante carrera de barcos) y salimos junto al resto de la gente. Por supuesto, todavía existía la posibilidad de que el teatro explotara —el gas acumulado en la sentina de una embarcación es particularmente volátil—, pero yo sospechaba que algún respiradero oculto (el capitán Adam había afirmado que la *Ópera* era segura) o algún miembro de la tripulación que se estuviera dando un paseo me habían estropeado el plan. ¿Hace falta que te diga que no sentí ni alivio ni decepción? Como cuando el motor de la ley cae despatarrado contra mis obstáculos, me limité a tomar nota del hecho de que, a pesar de mis intenciones, seiscientos noventa y nueve de mis conciudadanos y yo mismo seguíamos vivos.

¿Por qué, ya que mi tentativa inicial había fracasado, no me lanzaba desde la plancha de desembarco al Choptank, donde ninguna contingencia podía estropearme el plan? Porque, comencé a darme cuenta, algo había cambiado levemente, era como si hubiera doblado una esquina. Me pregunté, sabiendo que no había una respuesta definitiva: «¿Por qué no te tiras al río?», del mismo modo en que me había preguntado, por la tarde: «¿Por qué no vuelas por los aires la *Ópera flotante*?». Pero ahora, de repente, otra voz contestó con indiferencia: «Por otro lado, ¿para qué molestarse?». ¡Había doblado una esquina! Todo ocurrió de improviso, como en esa ocasión en que me encontraba en un oscuro callejón de Baltimore y de repente, al doblar una esquina, me deslumbraron la brillante iluminación y el tráfico de Monument Street; pero ahora me encontraba ante un panorama nuevo e insospechado, ante el que, por el momento, sólo podía parpadear.

Nos encontramos con Harrison, Jane y Jeannine al pie de la plancha de desembarco, entre el gentío.

—¿Te ha gustado la función? —dijo Harrison, riéndose—. A la gente le apasionan estas cosas, ¿verdad?

—Y a mí también —dije yo.

—Bueno, yo me lo he pasado bien, en cierto modo, escuchando una vez más todos esos chistes espantosos. —Harrison soltó una risita—. Pero a Jeannine le ha gustado.

Señaló a su hija, que yacía entre sus brazos como un ángel dormido.

—Creo que deberíamos irnos —dijo Jane cordialmente. Creo que tanto ella como Harrison se sentían un tanto incómodos en presencia del capitán Osborn, aunque

seguro que no más que dicho caballero en la de ellos—. Buenas noches, Toddy —dijo con una sonrisa, todavía cordialmente, pero sin calidez—. Supongo que ya nos veremos.

—Claro —dijo Harrison al instante, iniciando la marcha.

—Desde luego —dijo yo al mismo tiempo, cordialmente pero sin calidez, y nos fuimos. He hablado con mi amigo Harrison tres veces desde entonces; con Jane, sólo una, durante una fiesta que organizaron en 1938 para celebrar que el Tribunal de Apelaciones de Maryland había fallado definitivamente a favor de Harrison (cuya presencia no había sido necesaria cuando defendí su caso, y que envió al bufete un cheque por 50 000 dólares por medio de un vicepresidente de la compañía de pepinillos); con mi preciosa Jeannine, que hoy es una jovencita de veintiún años de Ruxton y Gibson Island que ya se ha puesto de largo, ni una, aunque de vez en cuando me entero de sus actividades en las páginas de sociedad del *Sun* de Baltimore. Al regresar de una estancia de dieciocho meses en Amalfi, Cannes y Biarritz, los Mack se instalaron a las afueras de Baltimore, de modo que no hay nada extraordinario en el hecho de que ya no los vea.

El capitán Osborn y yo volvimos andando por High Street hasta el hotel, y le di las buenas noches en el pasillo.

—Espere, Toddy —me dijo, sonriente—. Pase un momento a mi habitación. Tengo una sorpresa para usted.

Entré tras él y, muy contento, me dio una botella de Southern Comfort.

—¡Aquí tiene!

—¿Y esto a qué viene?

Rompí el sello, abrí la botella y olí el whisky con gratitud.

El anciano se sonrojó.

—Se lo debía. Para empezar, por el asuntillo ese que hablamos esta mañana.

—Bueno, pues entonces vamos a bebérselo —dije—. Usted lo va a necesitar tanto como yo, porque me temo que el espectáculo no se volverá a repetir.

—Caramba, por lo que a mí respecta, no se iba a volver a repetir de todos modos —afirmó el capitán Osborn.

—¿Y el joven Haecker? ¿Lo llamamos a él también? —propuse.

Subí al piso de arriba, a la pequeña buhardilla de Haecker, y aunque por debajo de la puerta se veía una luz parpadeante, nadie contestó.

—¿Señor Haecker?

Giré el picaporte, porque me parecía extraño que un hombre de su edad y circunstancias estuviera fuera o dormido a las diez y media de la noche.

La puerta se abrió y me encontré con una escena de lo más rara: una única vela, blanca y alta, ardía en un candelabro de latón sobre el escritorio que había junto a la cama, y titilaba debido a la suave brisa que entraba por la ventana. También en el escritorio, como vi al acercarme, había un reloj despertador que se había parado a las diez y cuarto; un libro de Shakespeare abierto por la Escena Primera del Acto Tercero

de *Hamlet* (con, lo creas o no, las palabras «No a todos» escritas en el margen junto al verso «La conciencia nos vuelve cobardes a todos»); una pila de trece voluminosos cuadernos, en cada uno de los cuales decía «Diario», 19... (nunca he tenido el valor de examinarlos); y un frasco de cristal en el que quedaban dos somníferos. El señor Haecker estaba tumbado en la cama con un pijama negro, los ojos cerrados, los brazos cruzados a la manera de la señorita Holiday Hopkinson, la de la puerta de al lado, una expresión tranquila (sería más preciso decir *compuesta*) en el rostro y el pulso y la respiración —como descubrí al cogerle la muñeca y pegar la oreja a su pecho— casi imperceptibles.

Por lo que me pareció, no había forma de administrarle primeros auxilios; corrí escaleras abajo y avisé a Hurley Binder, el conserje nocturno, que a su vez llamó por teléfono al hospital para pedir una ambulancia. Después los dos volvimos a la habitación del señor Haecker con el capitán Osborn, que nos rogó que lo ayudáramos a subir las escaleras para no perderse la fiesta, y nos tomamos ahí las copas mientras esperábamos la llegada de la ambulancia. Hurley Binder y el capitán Osborn chasqueaban la lengua y negaban con la cabeza y bebían su Southern Comfort, fuertemente impresionados por los complejos preparativos para la partida que había hecho el señor Haecker.

—¿Qué les parece? —dijo varias veces el capitán Osborn—. ¡Un tipo tan educado!

De tanto en tanto le tomaba el pulso al señor Haecker: no parecía perder terreno, pero lo cierto es que no había mucho terreno que perder, pues los pulsos no pueden ralentizarse demasiado. Al poco rato, oímos la sirena de la ambulancia que se acercaba por Spring Valley. Se llevaron al señor Haecker al hospital con su pijama negro y todo.

—Esto le da a uno que pensar, ¿no? —dijo el capitán Osborn.

—Desde luego —le dije sin mucho interés, y le di las buenas noches.

Lo que yo pensé, personalmente, era que si sobrevivía a aquella tontería, el señor Haecker encontraría los años que le quedaban de vida menos gravosos que los últimos que había vivido, ya que tanto su antiguo entusiasmo por la vejez como su aparente rechazo actual eran (a juzgar por las apariencias) más calculados que sentidos, más contruidos que sinceros. Me gustaría poder decir que el tiempo me dio la razón; lo que ocurrió, sin embargo, fue que cuando se recuperó de la generosa dosis de barbitúricos que había tomado, el señor Haecker fue del hospital a un sanatorio situado al oeste de Maryland, pues se le había descubierto una tuberculosis incipiente; allí, en 1940, hizo un nuevo intento de quitarse la vida, empleando el mismo método y las mismas florituras que la vez anterior, y le salió bien.

Entonces, solo en mi habitación, me senté en el alféizar de la ventana y me quedé unos minutos fumando un cigarro, contemplando la noche refrescante, el semáforo que había abajo, el oscuro cementerio de la Iglesia Episcopal de Cristo situado al doblar la esquina y la expansión negra del cielo, más negra que de costumbre porque

las estrellas estaban ocultas tras nubes de tormenta. Los relámpagos brillaban sobre la oficina de correos y más allá de la torre de la iglesia, y algún trueno ocasional advertía de la llegada de la borrasca por la bahía de Chesapeake. ¡Típico de la poderosa naturaleza, que el tiempo cambiara de un modo tan radical cuando yo había cambiado de opinión de un modo tan delicado! Recordé las notas que había tomado aquella tarde, las retomé rápidamente y añadí un paréntesis al quinto enunciado:

v. No hay ninguna razón final para vivir (ni para suicidarse).

## 29. LA ÓPERA FLOTANTE

Más o menos en esto consistió mi cambio de opinión de 1937: no fue más que el resultado de llevar a cabo mis premisas hasta un punto extremo. Por puro convencionalismo, quisiera terminar la función con un broche de oro emocional, pero aunque el desarrollo de mis razonamientos entre 1919 y 1937 fue, en muchos aspectos, turbulento, una parte esencial de mi conclusión es que no tiene por qué haber ninguna emoción involucrada en esa clase de procesos. Darse cuenta de que al final nada tiene importancia es abrumador; pero si uno no va más lejos y se convierte en un santo, en un cínico o en un suicida por una cuestión de principios, es que no ha llegado al final de su razonamiento. La verdad es que nada tiene importancia, incluida esta verdad. La pregunta que se hace Hamlet carece por completo de sentido.

Mientras me terminaba el cigarro tomé algunas notas más para mi *Investigación*, que, como comprenderás, volvía a estar abierta. No tienen demasiado interés aquí, es decir, que tienen cierto interés. Se me ocurrió, por ejemplo, que si me enfrentara a una infinitud de direcciones posibles y no tuviera ninguna razón final para elegir una u otra, con toda probabilidad, aunque no necesariamente, continuaría actuando como había actuado hasta el momento, como un conejo que recibe un disparo al huir continúa corriendo en la misma dirección hasta que lo alcanza la muerte. Es posible que en alguna ocasión futura vuelva a intentar hacer volar por los aires la *Ópera*, a mis buenos vecinos y socios y/o a mí mismo; es probable que no lo haga. Mis conciudadanos y yo apostamos, en mi caso, como lo hacemos en el de cada uno de ellos. También me planteé si, ante una auténtica falta de absolutos, no podríamos considerar como igualmente válidos los valores que no alcanzan esa categoría, e incluso vivir de acuerdo con ellos. Pero eso es otra investigación, y otra historia.

También la *Carta a mi padre* volvía a estar abierta, al igual que aquella tercera cesta, la investigación de mí mismo, pues si pretendía explicarme alguna vez por qué papá se suicidó, debía explicarle a él por qué yo no lo hice. El proyecto me llevaría tiempo. Pensé que, al fin y al cabo, el informe de Marvin Rose sobre el estado de mi corazón me llegaría con el correo del día siguiente, y sonreí: nunca me había parecido tan irrelevante la incertidumbre provocada por ese órgano. Ahora no venía al caso si la endocarditis seguía estando entre mis dolencias: el problema era el mismo de todos modos, y también la «solución». Por lo menos, por el momento; por lo menos, para mí.

Tardaría una buena temporada, por lo tanto, en contarle a papá la historia de *La ópera flotante*. Quizá muriera antes de terminarla; quizá la tarea fuera interminable, como sus semejantes. Incluso si moría antes de terminarme el cigarro, tenía todo el tiempo que había.

Aclarado esto, escribí una nota para interceptar la nota que le había mandado a Jimmy Andrews, apagué (después de todo) mi cigarro, me desvestí, me metí en la

cama en una soledad inmensa y relajante, y dormí bastante bien a pesar de la absurda tormenta de truenos que estalló poco después.

## EL FINAL DEL CAMINO



## 1. EN CIERTO SENTIDO, SOY JACOB HORNER

En cierto sentido, soy Jacob Horner.

Fue por consejo del Doctor que empecé a dedicarme a la enseñanza; durante un tiempo, fui profesor de gramática en la Escuela Estatal de Magisterio de Wicomico, en Maryland.

El Doctor me había llevado hasta un determinado punto del plan terapéutico original (esto fue en junio de 1953) y entonces, una vez que bajé en coche desde Baltimore para someterme a la revisión trimestral en la Granja de Removilización, que en aquella época estaba cerca de Wicomico, me dijo:

—Jacob Horner, no debe seguir ocioso. Tendrá que empezar a trabajar.

—No estoy ocioso todo el tiempo —le dije yo—. Cojo distintos trabajos.

Estábamos sentados en la Sala de Progresos y Consejos de la granja; hay una exactamente igual en las instalaciones actuales, en Pensilvania. Se trata de una sala de tamaño mediano, más o menos como el salón de un apartamento, pero con el techo alto. Las paredes son completamente blancas, las ventanas tienen unas persianas venecianas blancas, casi siempre cerradas, y una lámpara de globo que hay en el techo proporciona la luz. En esta sala hay dos sillas de madera blancas y con el respaldo recto, exactamente iguales, situadas una frente a otra en el centro de la habitación, y ningún otro mueble. Las sillas están muy juntas, tanto que las rodillas del aconsejado casi rozan las del consejero.

Es imposible estar relajado en la Sala de Progresos y Consejos. El Doctor se sienta frente a ti, con las piernas ligeramente abiertas y las manos sobre las rodillas, y se inclina un poco hacia delante. No puedes despatarrarte, porque entonces tus rodillas chocarían con las suyas. Tampoco se te ocurre cruzar las piernas, ni al estilo masculino ni al femenino: si lo hicieras al estilo masculino, apoyando el tobillo izquierdo en la rodilla derecha, tu zapato izquierdo se restregaría contra la pernera izquierda de los pantalones blancos del Doctor, a la altura de su rodilla, y probablemente se le mancharían; si lo hicieras al estilo femenino, doblando la rodilla izquierda sobre la rodilla derecha, la puntera de tu zapato se restregaría contra la misma pernera, un poco más abajo, a la altura de la espinilla. Por supuesto, sería impensable sentarse de lado, y si abres las rodillas como hace el Doctor, tienes una intensa sensación de estar imitando su postura, como si no tuvieras personalidad. Por lo tanto, tu postura (que parece ser una elección, porque nadie te ordena que te sientes así, pero que sólo es algo elegido en un sentido muy limitado, ya que no hay alternativas), es la siguiente: te instalas, bastante rígido, en tu silla blanca, con la espalda y los muslos en el mismo ángulo recto que describe la estructura de la silla, y dejas las piernas juntas, con los muslos y las pantorrillas describiendo otro ángulo recto.

La colocación de los brazos es otro problema, interesante por derecho propio y, en cierto modo, incluso más complejo, pero de menor importancia, puesto que los pongas donde los pongas, en principio no van a entrar en contacto con el Doctor. Puedes hacer lo que te apetezca con ellos (aunque es evidente que nunca los apoyarías sobre las rodillas, imitándolo). Por lo general, yo los muevo bastante, dejándolos en una posición durante un tiempo y cambiando de postura de vez en cuando. Los brazos cruzados, en jarras o colgando; las manos agarrando los bordes del asiento o los muslos, o cogidas detrás de la cabeza, o apoyadas sobre el regazo: todas estas (y sus numerosas variaciones) son posiciones satisfactorias para los brazos y las manos, cada una a su manera y en distinto grado, y si cambio de una a otra, este cambio en realidad no es tanto una manifestación de vergüenza, o no lo ha sido a partir del momento en que las entrevistas superaron la media docena, como un reconocimiento del hecho de que cuando uno se enfrenta a una miríada tal de elecciones deseables, ninguna de ellas resulta satisfactoria durante mucho tiempo en comparación con la suma del atractivo que presentan todas las demás juntas, aunque comparada con sólo una de las otras, no sería inferior.

En este momento (escribo esto a las 7:55 de la tarde del martes 4 de octubre de 1955) me parece que, si uno decidiera tomarse esa última observación como una metáfora, se trataría de la historia de mi vida resumida en una frase o, para ser más preciso, en el último miembro, un caso nominativo, de una oración de predicado compuesto, que se halla en la segunda cláusula independiente de una frase más bien compleja. Como podéis ver, es verdad que fui profesor de lengua.

No es adecuado que uno esté relajado en la Sala de Progresos y Consejos, ya que al fin y al cabo no se va ahí en busca de tranquilidad, sino de consejo. Si uno se sintiera totalmente tranquilo, tendría la tendencia a escuchar las palabras del Doctor sin ninguna premura, como vería el desayuno que le trae a la cama un criado vestido con librea, hipercríticamente, aceptando una cosa, rechazando otra, comiendo sólo lo que uno escogiera. Y no hay duda de que tal disposición mental estaría fuera de lugar en la Sala de Progresos y Consejos, puesto que eres tú quien se ha puesto en las manos del Doctor; tus deseos están subordinados a los suyos, y no viceversa; y no recibes su consejo para que lo cuestiones, ni siquiera para que lo analices (cuestionarlo sería impertinente; analizarlo, inútil), sino para que lo sigas.

—Eso no es satisfactorio —dijo el Doctor, refiriéndose a mi costumbre actual de trabajar sólo cuando necesito dinero, y en cualquier trabajo que se me presente—. Ya no.

Se detuvo y me observó, como suele hacer, haciendo rodar el puro de un lado de la boca al otro por debajo de su lengua rosa.

—Tendrá que empezar a trabajar en algo más relevante. Necesita hacer carrera, ya me entiende. Tener una vocación. Un cometido vital.

—Sí, señor.

—Tiene treinta años.

—Sí, señor.

—Y ¿tiene algún título universitario? ¿Una licenciatura en Historia, en Literatura, en Economía?

—En Humanidades y Ciencias.

—¡Eso es todo!

—No hice ninguna especialidad, señor.

—¡Humanidades y Ciencias! ¿Acaso hay algo interesante en el mundo que no forme parte de las humanidades o las ciencias? ¿Estudió filosofía?

—Sí.

—¿Y psicología?

—Sí.

—¿Y ciencias políticas?

—Sí.

—Un momento. ¿Y zoología?

—Sí.

—Ah, ¿y filología? ¿Filología románica? ¿Y antropología cultural?

—Eso después, señor, cuando hice el posgrado. No sé si se acuerda de que me...

—¡Puaj! —dijo el Doctor. Fue como si se estuviera aclarando la garganta para escupir en mi posgrado—. ¿Estudió también cómo utilizar una ganzúa en ese posgrado? ¿Y fornicación? ¿Y fabricación de velas para barcos? ¿E interrogatorios a testigos en procesos judiciales?

—No, señor.

—¿Acaso estas cosas no forman parte de las humanidades y las ciencias?

—El máster que hice era para dominar el inglés, señor.

—¡Maldito sea! ¿El qué inglés? ¿El sistema de navegación inglés? ¿El régimen colonial inglés? ¿El ordenamiento jurídico inglés?

—El idioma inglés, señor. Lengua y literatura inglesas. Pero no terminé. Aprobé los exámenes orales, pero no hice la tesis.

—Jacob Horner, es usted un imbécil.

Mis piernas seguían justo delante de mí, como antes, pero moví las manos, que tenía detrás de la cabeza (postura que indica una actitud demasiado informal para muchas situaciones, en cualquier caso), para adoptar una posición combinada, cogiéndome con la izquierda la solapa izquierda del abrigo y colocando la derecha con la palma hacia arriba, con los dedos ligeramente doblados, cerca del punto medio de mi muslo derecho.

—¿Qué motivo cree tener para no solicitar un empleo en la pequeña Escuela de Magisterio de aquí, de Wicomico?

En un instante, me vino a la mente una multitud de motivos para no solicitar un empleo en la Escuela Estatal de Magisterio de Wicomico, y un instante después, se me ocurrieron numerosos modos de rebatir cada uno de dichos motivos, de modo que la cuestión de solicitar un empleo quedó inmóvil, como la marca que hay en el centro

en el juego de tirar de la soga cuando los dos equipos se desempeñan con igual vigor. Esto es otra vez, en cierto sentido, la historia de mi vida, aunque en realidad no importa que no se trate exactamente de la misma historia que mencioné unos párrafos más arriba: como empecé a aprender no mucho después de tener esta entrevista con el Doctor, cuando el plan terapéutico llegaba a la Mitoterapia, una misma vida se presta a resumirse en muy distintas historias, que pueden ser paralelas, concéntricas, mutuamente incluyentes o lo que tú quieras.

En fin.

—No hay ningún motivo, señor —dije.

—Entonces está decidido. Solicite un empleo ya mismo para el semestre de otoño. ¿De qué puede dar clase? ¿De iconografía? ¿De mecánica automotriz?

—De literatura inglesa, creo.

—No. Debe ser algo que tenga una disciplina rígida, o de lo contrario será una mera ocupación, y no una terapia ocupacional. Debe ser algo que tenga una serie de leyes. ¿No puede dar clase de geometría plana?

—Bueno, supongo que...

Hice un gesto supositivo, que consiste en mover ligeramente hacia delante la mano izquierda con la que me estaba cogiendo la solapa del abrigo, extendiendo al mismo tiempo los dedos índice y pulgar, pero sin soltar la solapa, y en acompañar el movimiento de la mano con un rápido levantamiento de las cejas (y una bajada igualmente rápida), un fugaz fruncimiento de los labios y un balanceo de la cabeza que daba a entender que estaba sopesando la idea y examinando sus pros y sus contras.

—Qué tontería. No puede, claro que no. Dígales que dará clase de gramática. De gramática inglesa.

—Pero Doctor —me atreví a decir—, como usted sabe, hay gramática descriptiva y gramática normativa. A ver, usted ha hablado de una serie de reglas fijas.

—Dará clase de gramática normativa.

—Sí, señor.

—Nada de descripciones. Nada de situaciones en las que se pueda optar. Enseñe las reglas. Enseñe la verdad que contiene la gramática.

Ése era el consejo. La sesión había concluido. El Doctor se levantó rápidamente (yo aparté las piernas de su camino) y salió de la sala, y después de pagarle a la señora Dockey, la recepcionista-enfermera, volví a Baltimore. Aquella noche redacté una carta para el director de la Escuela Estatal de Magisterio de Wicomico, pidiéndole una entrevista de trabajo e indicando mi deseo de unirme al cuerpo docente como profesor de gramática normativa de la lengua inglesa. Hay una disciplina humanística que, gracias a mi dispersa formación, no he tenido más remedio que aprender: el arte de redactar eficaces cartas de motivación. Me contestaron que me presentara en julio para hacerme una entrevista de trabajo.



## 2. LA ESCUELA ESTATAL DE MAGISTERIO DE WICOMICO SE ENCUENTRA EN UNA GRAN PRADERA PLANA

La Escuela Estatal de Magisterio de Wicomico se encuentra en una gran pradera plana rodeada por pinos de incienso, en el extremo sudeste de la localidad de Wicomico, en la Orilla Oriental de Maryland. Sus dependencias consisten en un único edificio de ladrillo, completamente desprovisto de gracia, con dos alas, un edificio demasiado grande para el estilo georgiano en que fue construido. Un camino semicircular conduce desde College Avenue hasta la entrada principal.

En julio, cuando se acercaba el día de la entrevista, cargué mi Chevrolet con todas mis pertenencias y devolví la llave de mi habitación en East Chase Street, la calle de Baltimore donde vivía, porque había decidido instalarme en Wicomico, me contrataran o no. Era domingo. Al principio, en la carta que recibí como respuesta a mi solicitud de empleo, me habían citado para el martes, pero la tarde del sábado anterior a mi partida de Baltimore el director de la escuela me había llamado por teléfono para decirme que mejor fuera el lunes. No se oía muy bien, pero no tengo ninguna duda de que cambió la cita para el lunes.

—Puedo cualquiera de los dos días —recuerdo que le dije.

—Bueno, en realidad nosotros también —dijo el director—. El lunes o el martes. Pero quizá el lunes sea mejor que el martes para algunos de los miembros del comité. Salvo que el lunes usted no pueda, claro. ¿Le iría mejor el martes?

—Lunes o martes, no me importa —le dije. Pensé que en el fondo el martes (que, recordad, era el día en que me habían citado al principio) sí que me iba mejor, porque tal vez tenía que hacer algún recado de último momento o algo así antes de irme de Baltimore, y el domingo las tiendas estarían cerradas. Pero desde luego no iba a darle importancia a eso, y además ir el lunes también tenía sus ventajas—. Si el lunes les viene mejor a ustedes, por mí no hay problema.

—Sé que habíamos quedado para el martes —admitió el director—, pero creo que es mejor que venga el lunes.

—Puedo los dos días, señor —le dije.

El domingo, por lo tanto, metí mi ropa, mis escasos libros, mi fonógrafo y mis discos, el whisky, una escultura y otros cachivaches en el coche y partí rumbo a la Orilla Oriental. Tres horas más tarde me estaba instalando en el hotel Peninsula, en Wicomico, donde pensaba vivir hasta que encontrara un alojamiento permanente más adecuado, y después de comer me puse a buscar una habitación.

Lo primero que salió mal fue que encontré una habitación completamente satisfactoria de inmediato. Por lo general, soy muy difícil de complacer a la hora de alquilar una habitación. Exijo que no viva nadie encima de mí; que mi habitación tenga el techo alto y la ventana grande; que la cama se eleve bastante por encima del suelo y que sea ancha y muy blanda; que el baño esté equipado con una buena ducha;

que el casero no viva en el mismo edificio (y que no sea demasiado exigente con respecto a su propiedad ni a sus inquilinos); que los demás inquilinos sean poco quejicas; y que haya alguien que me pueda limpiar la habitación. Como soy tan quisquilloso, suelo tardar bastante tiempo en encontrar incluso un sitio mínimamente aceptable. Pero tuve mala suerte, y el primer anuncio que vi de una habitación en alquiler al salir del hotel rumbo a College Avenue correspondía a un cuarto que cumplía todos mis requisitos. La casera, una viuda imponente que andaría por los cincuenta y a la que me encontré por casualidad cuando salía de aquella antigua casa de ladrillos de dos plantas, me condujo hasta una habitación del segundo piso que daba al frente.

—¿Usted da clase en la Escuela de Magisterio? —me preguntó.

—Sí, señora. Soy profesor de gramática.

—Bueno, encantada de conocerlo. Soy la señora Alder. Estrechémonos la mano ahora, porque no me va a ver mucho por aquí.

—¿No vive en la casa?

—¿Que si vivo aquí? ¡No, por Dios! No soporto tener a los inquilinos cerca. Siempre están protestando por alguna cosa. Vivo en Ocean City todo el año. Si alguna vez necesita algo, no me llame a mí; llame al señor Prake, el conserje. Vive en la ciudad.

Me enseñó la habitación. Tres ventanas de metro ochenta de altura. Un techo a casi cuatro metros del suelo. Paredes de yeso gris oscuro, con molduras de madera. Una cama increíble, de noventa centímetros de alto, dos metros de largo y al menos otros dos de ancho; un baldaquín inmenso, negro, impresionante, con cuatro estriados postes gruesos como mástiles, y un cabecero elaboradamente tallado que se levantaba casi un metro por encima de la almohada. ¡Una cama de lo más apropiada! Los demás muebles constituían una extraña mezcla de estilos y períodos —uno tenía la sensación de haberse metido en la sala de objetos extraños del Museo Winterthur—, pero cada pieza era sumamente competente. El adjetivo competente me vino a la cabeza al instante, en lugar de, por ejemplo, eficaz. Aquel mobiliario tenía un aire de competencia casi desdeñosa, como si estuviera capacitado para ocuparse de su función hasta un punto tan exagerado que apenas se daría cuenta del pobre uso al que lo destinabas. Haría falta un hombre de verdad, un hombre hecho y derecho, para que aquel mobiliario notara su presencia. Me sentí impresionado.

En resumen, el sitio no dejaba nada que desear. Ducha, servicio de limpieza... Había de todo.

—¿Qué me dice de los otros inquilinos? —pregunté, un tanto inquieto.

—Ah, vienen y van. Casi todos son hombres solteros, aunque también hay algunas parejas jóvenes de vez en cuando, viajantes, una o dos enfermeras del hospital.

—¿Y estudiantes?

En Baltimore era deseable tener estudiantes como vecinos, ya que son particularmente acríticos, pero sospechaba que en Wicomico todos los estudiantes conocerían a los profesores demasiado bien.

—Ni uno. Los estudiantes suelen vivir en las residencias o alquilarse habitaciones al final de College Avenue.

Era demasiado perfecto. No me lo terminaba de creer.

—Creo que debo comentarle que toco el clarinete —le dije. Era falso. No tengo talento para la música.

—¡Pero bueno, qué bonito! Yo antes cantaba, pero me quedé sin voz cuando murió el señor Alder. Cuando era joven, tuve un profesor de canto absolutamente maravilloso en el Conservatorio Peabody. Ferrari. Ferrari solía decirme: «Alder», me decía, «ya ha aprendido usted todo lo que puedo enseñarle. Tiene precisión, estilo, *éclat*. Usted es una *macchina cantanda*», me decía. Es italiano. «La vida tendrá que hacer el resto. ¡Salga al mundo y viva!», me decía. Pero yo nunca llegué a vivir hasta que murió el pobre señor Alder, hace cinco años, y para entonces ya me había quedado sin voz.

—¿Le parecen mal las mascotas?

—¿De qué tipo? —preguntó con brusquedad la señora Alder. Pensé que había encontrado una vía de escape.

—Bueno, no sé. Me gustan los perros. A lo mejor me compro un bóxer en algún momento, o un dóberman.

La casera suspiró.

—Me había olvidado de que es profesor de gramática. Una vez tuve un profesor de biología —explicó.

Me aferré a la última esperanza:

—No puedo pagar más de doce a la semana.

—El alquiler está en ocho —dijo la señora Alder—. La asistenta cobra tres dólares extra por semana, o cuatro cincuenta, depende.

—¿De qué depende, por el amor de Dios?

—También puede lavar la ropa —dijo tranquilamente la señora Alder.

No podía hacer nada más que quedarme con la habitación. Le pagué a la casera un mes de adelanto, aunque ella sólo me pidió una semana, y la acompañé hasta su coche, un viejo Buick convertible con cinco años de uso.

Si he dicho que tuve mala suerte por encontrar casa tan rápido es porque ya no tenía nada que hacer durante toda la tarde y la mañana del día siguiente. Dejar el hotel Peninsula, trasladarme a mi nuevo hogar y ordenar mis pertenencias me llevó apenas una hora y media. No había nada que hacer. No tenía ningún interés por salir a conocer Wicomico: se trataba de una de esas ciudades pequeñas que ya se conocen de sobra en cuanto se les echa un vistazo, una localidad completamente desprovista de carácter. Una zona céntrica bastante aburrida con un parque de lo más vulgar, todo rodeado por una serie de barrios residenciales de clase media que sólo diferían en lo



antiguos que eran y en cuánto se los cuidaba. En cuanto a la Escuela Estatal de Magisterio de Wicomico, bastaba con mirarla para calmar la curiosidad, en el caso de que hubiera alguna: era una escuela estatal de magisterio.

Me monté en el coche y estuve conduciendo sin rumbo fijo durante veinte minutos, y después regresé a mi habitación. El único y polvoriento arce que había delante de mi ventana agotó su potencial panorámico al cabo de medio minuto. Mis discos —casi todos de Mozart— sonaban irritantes en una habitación con la que todavía estaba demasiado poco familiarizado como para sentirme cómodo. La escultura que había colocado sobre la repisa de la chimenea, una heroica cabeza de Laocoonte hecha en yeso, me perturbaba tanto con su sonrisa y su mirada vacía que, si hubiera sido de la clase de persona que hace esas cosas, habría vuelto su fea cara hacia la pared. Estaba muy inquieto. Al final, cuando apenas eran las nueve (pero llevaba muy inquieto desde las tres y media, sin contar la hora de la cena), me metí en mi gigantesca cama, que era tan imponente y grotesca que me tranquilicé un poco aunque, por la misma razón, no logré conciliar el sueño durante un largo tiempo.

La mañana siguiente fue peor. Dormí mal, con constantes despertares, hasta las diez, y después fui a desayunar aletargado, con los ojos hinchados y un incipiente dolor de cabeza. La entrevista era a las dos de la tarde, de modo que tenía tiempo más que suficiente para desmoralizarme. Leer era imposible y la música me resultaba exasperante. Me corté dos veces al afeitarme y me quedé sin abrillantador antes de poder cubrir el talón de mi zapato izquierdo. Como había dejado para el último minuto lo de sacarle brillo a los zapatos, con la esperanza de ocupar con dicha actividad esos momentos previos a la partida, que son los más tensos, no tuve tiempo para ir al centro a comprar más abrillantador. Enfurecido, bajé al coche. Pero me había olvidado la pluma y el maletín, que, aunque estaba vacío, me parecía apropiado llevar. Subí de nuevo a toda velocidad y los cogí, y miré con tanto odio a una enfermera que se acababa de asomar a la puerta de su cuarto que soltó un resoplido y cerró dando un portazo. Lancé el maletín sobre el asiento y puse rumbo a la escuela, quemando las ruedas de un modo completamente fuera de lugar.

Mi exasperación me habría llevado sano y salvo hasta la entrevista si no me hubiera encontrado con un montón de jóvenes que holgazaneaban sentados en la escalinata de la entrada principal. Los tomé por estudiantes, aunque, ya que estábamos en vacaciones, era muy poco probable que lo fueran. En cualquier caso, cuando me acercaba conduciendo, se quedaron mirando mi coche con una curiosidad que no me pareció menos desvergonzada por muy despacio que fuera. Flaquéé; cuando pasé a su lado, miré con indiferencia mi reloj de pulsera, para dar a entender que sólo había reducido la velocidad para ver qué hora era. El reloj de la escuela dio las dos, ayudándome con mi treta: asentí brevemente con la cabeza, como si me sintiera muy satisfecho por la precisión de mi reloj, y conduje, muy decidido, por el otro arco del camino semicircular, hasta llegar de nuevo a College Avenue. Allí, de repente, volví a sentirme enfadado, pero esta vez conmigo mismo, por haberme

acobardado con tanta facilidad. Volví al camino de entrada y avancé por el semicírculo para hacer un segundo intento. Pero si hacía falta mucha determinación para acercarse por primera vez a aquellos impasibles porteros, con sus miradas adolescentes tan vacías como la de Laocoonte abriendo su estúpido fuego de enfilada sobre el camino, era necesario ser un auténtico valiente para someterse de nuevo a sus disparos. Pisé a fondo el acelerador del Chevrolet para tomar la curva, sin siquiera dignarme a dedicarles una mirada. ¡Que esos bobos piensen lo que quisiesen! La tercera vez no lo dudé ni un instante: conduje sin preocuparme hasta el aparcamiento que había detrás del edificio y entré por una puerta que había por ahí cerca. Llegaba seis minutos tarde.

Encontré sin dificultad el despacho del director y le dije mi nombre a la recepcionista.

—¿El señor Horner? —dijo ella, ligeramente preocupada.

—Eso es —dije yo.

—Un momento —dijo, y desapareció tras una puerta que daba a otro despacho.

Entonces la oí mantener una conversación en voz baja con, supuse, el doctor Schott, el director del centro. Me dio un vuelco al corazón.

Un caballero canoso y paternal salió sonriendo, seguido por la recepcionista.

—¡Señor Horner! —exclamó, dándome la mano—. ¡Soy John Schott! ¡Me alegro de conocerlo!

El doctor Schott tenía una personalidad exclamatoria.

—Yo también me alegro, señor. Perdone que llegue un poco tarde...

Me disponía a darle explicaciones: no conocía la ciudad, no estaba seguro de dónde debía aparcar, no me había resultado sencillo encontrar el despacho, etc.

—¡Tarde! —gritó el doctor Schott—. ¡Muchacho, llega veinticuatro horas pronto! ¡Estamos a lunes!

—¿Pero no habíamos quedado para hoy cuando hablamos por teléfono, señor?

—¡No, hijo! —El doctor Schott soltó una sonora carcajada y me pasó el brazo por los hombros—. ¡Para el martes! ¿No es así, Shirley? —Justificado su gesto de preocupación, Shirley asintió con la cabeza muy contenta—. ¡En la carta dijimos para el lunes, pero por teléfono lo cambiamos para el martes! ¿No se acuerda?

Me reí y me rasqué la cabeza (con la mano izquierda, pues tenía la derecha inmovilizada por el doctor Schott).

—Bueno, le juro que, estaba seguro de que lo habíamos cambiado del martes al lunes. Lo siento muchísimo. Soy un idiota.

—¡En absoluto! ¡No se preocupe! —El doctor Schott volvió a sonreír y me soltó—. ¿No le dijimos al señor Horner que lo esperábamos el martes? —volvió a preguntarle a Shirley.

—Me temo que sí —afirmó Shirley—. A causa de los *boy scouts* del señor Morgan. En la carta, para el lunes, y por teléfono, para el martes.

—Uno de los miembros del comité es jefe de tropa —me explicó el doctor Schott—. Ha estado dos semanas con sus chicos en Camp Rodney y hoy vuelven a casa. ¡Joe Morgan, un gran tipo, da clase de historia! ¡Por eso cambiamos la entrevista para el martes!

—De verdad, lo siento muchísimo —dije, y sonreí arrepentido.

—¡No! ¡No se preocupe! ¡Yo también me podría haber confundido!

Eso era lo que había pasado.

—Bueno, volveré mañana.

—¡Espere! ¡Espere un momento! Shirley, llame a Joe Morgan, a ver si ya ha llegado. A lo mejor ya ha llegado. Sé que la señorita Banning y Harry Carter ya están en casa.

—No, no —protesté—. Volveré mañana.

—¡Un momento, hombre! ¡Un momento!

Shirley llamó a Joe Morgan.

—¿Hola? ¿Señora Morgan? ¿Está el señor Morgan? Ah, de acuerdo. No, ya sé que no. Sí, desde luego. No, no, no es nada. El señor Horner se ha presentado inesperadamente para la entrevista; se ha confundido con la cita y ha venido hoy en vez de mañana. El doctor Schott pensó que a lo mejor el señor Morgan había vuelto pronto. No, no se preocupe. Disculpe que la haya molestado. Muy bien. Adiós.

Tuve ganas de escupir a Shirley.

—Bueno, ya volveré mañana —dije.

—¡Claro, vuelva mañana! —dijo el doctor Schott.

Me acompañó hacia la puerta principal donde, con gran disgusto, vi que los centinelas continuaban apostados. Pero no me vi capaz de explicarle que mi coche estaba en la parte trasera del edificio.

—¡Bueno, bueno! ¡Ya nos veremos! —dijo el doctor Schott, apretándome la mano con fuerza—. Vuelva mañana, entonces. ¿Me ha entendido?

—Lo haré, señor.

Habíamos cruzado la puerta y el reloj de la escuela me miraba, impasible.

—¿Dónde está su coche? ¿Quiere que lo acerque a algún sitio?

—No, no, gracias. Está en la parte de atrás.

—¡En la parte de atrás! ¡Bueno, pues entonces no debería salir por aquí! ¡Le enseñaré dónde está la puerta de atrás! ¡Ja, ja, ja!

—No se preocupe, señor —le dije—. Daré la vuelta.

—¡Bueno, bueno! ¡Ja, ja, ja! ¡Bueno, pues muy bien! —Pero me miró con atención—. ¡Hasta mañana!

—Hasta mañana, señor.

Pasé andando con mucha seguridad junto a los holgazanes que había en la escalinata.

—¡Busque esa carta! —me gritó el doctor Schott desde la puerta—. ¡A ver si no dice que habíamos quedado el lunes!

Me di la vuelta y le indiqué con un gesto que había oído su orden y mi disposición a ejecutarla, pero cuando estuve al fin de vuelta en mi habitación (que ya me parecía un espacio sumamente familiar y que me proporcionaba tranquilidad) la busqué y descubrí que la había tirado antes de salir de Baltimore. Como ni aunque pasaran cien años podría sentirme lo bastante cómodo en el despacho del doctor Schott como para pedirle a Shirley que investigara en sus archivos, la cuestión de la fecha de mi cita no podría verificarse recurriendo a datos objetivos.

Uno podría suponer que después de un comienzo tan poco prometedor, me sentiría menos preparado que nunca para hacer frente a la entrevista, pero esta suposición, aunque sea del todo razonable, no se corresponde con la realidad. Por el contrario, me sentía tan disgustado que la entrevista no me importaba un carajo. A la mañana siguiente, ni siquiera me molesté en sacarle brillo al resto de mi zapato izquierdo; de hecho, después de desayunar me pasé unas cuantas horas sentado en el parque mirando cómo jugaban los niños en el pequeño lago artificial y ni siquiera me acordé de la entrevista más que en dos o tres momentos. Cuando me venía a la cabeza, me limitaba a hacer un ruido con el músculo de mi mejilla derecha. A las dos menos diez conduje hasta la escuela, aparqué sin dudar en la parte delantera del edificio y entré por la puerta principal. La escalinata estaba desierta, pero ningún comité de recepción podría haberme intimidado aquel día. Mi estado de ánimo había cambiado.

—Ah, hola —dijo Shirley alegremente.

—¿Cómo está usted? Dígale al doctor Schott que ya estoy aquí, por favor.

—Hoy todo el mundo está aquí. Un momento, por favor, señor Horner.

Puse mi sonrisa y después la quité, como un caballero podría levantarse el sombrero con educación pero sin inmutarse, ante cualquier dama conocida, mereciera ella ese gesto de cortesía o no. Shirley entró en el despacho del doctor Schott y salió al cabo de unos instantes.

—Pase, señor Horner.

—Gracias.

En el despacho, el doctor Schott me presentó a la señorita Banning, profesora de español y francés, una anciana encantadora a quien uno aceptaba tal como era porque no había absolutamente nada que hacer con ella; al doctor Harry Carter, profesor de psicología, un señor mayor, delgado y con aspecto de erudito, de quien no podía uno evitar preguntarse de inmediato qué estaría haciendo en Wicomico, aunque no con tanta fuerza como para no llegar, sin mayor esfuerzo, a la conclusión de que tendría sus razones; y el señor Joseph Morgan, jefe de tropa de los *boy scouts* y profesor de historia antigua, de Europa y de los Estados Unidos, un hombre alto y atlético, con gafas y una tremenda energía, con quien era evidente que uno debía quedar fascinado por lo brillante que era, lo ocupado que estaba y el gran futuro que tenía por delante; que uno ya tenía bastante con mostrarse educado con él y se daba cuenta al momento

de que las odiosas comparaciones con uno mismo que él por nada en el mundo trataría de provocar evitarían que uno se sintiera jamás relajado ante el hecho de que existiera, por no decir nada de la posibilidad de hacerse amigo suyo.

Hubo algunos comentarios simpáticos sobre las intensas ganas que tenía yo de pasar a formar parte del profesorado, ganas que me habían llevado a presentarme un día antes a la entrevista. El comité mostraba un gran interés por las actividades de todos sus miembros. Hubo chistes. Evidentemente, los aspirantes a trabajar en la Escuela Estatal de Magisterio de Wicomico no eran tan numerosos como para que este tipo de reuniones del Comité de Nombramientos fuera más que un añadido bastante insulso a las actividades regulares de sus miembros.

—Puede usted contar con el apoyo de la señorita Banning, señor Horner —dijo el doctor Carter sofocando la risa—. Tiene una colección de tazas victorianas con un accesorio para que a los hombres no se les moje el bigote al beber, y siempre necesita nuevas víctimas ante las que presumir de ella.

—¿Ah, sí? —dije yo. Ese comentario del doctor Carter no iba dirigido a mí, sino a la señorita Banning a través de mí, como cuando una abuela critica a su hija hablándole a su nieta.

—Tengo una colección absolutamente maravillosa, señor Horner —afirmó con afabilidad la señorita Banning—. Desde luego, debería verla. ¡Anda, pero usted no tiene bigote!

Todos se rieron. Me fijé en que Joe Morgan sí que tenía bigote.

—¡Ethel lleva persiguiéndome catorce años para que me deje bigote! —me dijo el doctor Schott, soltando una carcajada—. No una cosita de nada como el de Joe, ¿sabe?, sino uno grande y poblado, ¡para que pueda probar las piezas de su colección! ¡Pero no la tome ahora con el señor Horner, Ethel!

Ethel estaba a punto de contestar algo, siempre de buen humor, pero por suerte Joe Morgan la interrumpió para hacerme una pregunta sobre mi experiencia académica.

—Me ha parecido entender que viene usted de Johns Hopkins. ¿Es así, señor Horner?

—Sí, señor.

Los demás asintieron, mostrando su aprobación por el tacto con el que Joe había entrado en materia. Era toda una revelación, el señor Morgan. Seguro que no se quedaría en su círculo demasiado tiempo. Todos se centraron en mí.

—¡Vamos, por favor, deje ya lo de señor! —protestó el doctor Carter—. Aquí en la provincia no es necesaria tanta ceremonia.

—¡Desde luego que no! —afirmó el doctor Schott con benevolencia.

Después estuvieron unos veinte minutos interrogándome de manera asistemática sobre mis estudios universitarios y mi experiencia docente, la cual, salvo por unas pocas clases particulares en Baltimore y un breve trabajo en el turno de noche de Johns Hopkins, era nula.

—¿Cómo decidió volver a dedicarse a la enseñanza, señor Horner? —preguntó el doctor Carter—. Ha estado una temporada sin ejercerla, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—Ya sabe cómo va esto. Uno no se siente del todo bien haciendo otras cosas.

Todos admitieron que mi observación era cierta.

—Y además —añadí con indiferencia—, mi médico me recomendó que volviera a la enseñanza. Por lo visto, piensa que es lo que mejor se me da y lo que mejor me sienta.

Esto estuvo bien dicho. Mis examinadores estaban a la expectativa, prestándome toda su atención, de modo que proseguí:

—Nunca estoy del todo satisfecho con los trabajos normales. Hay algo tan... tan atrofiante en trabajar sólo por dinero. Es... bueno, odio recurrir a un lugar común, pero la verdad es que los demás trabajos no son nada gratificantes. ¿Saben a qué me refiero?

Sabían muy bien a qué me refería.

—Pensemos en un niño, en un niño que sea listo, despierto, eso se ve a la primera, pero que nunca haya estado expuesto al pensamiento, que nunca haya estado en un ambiente en el que la actividad intelectual fuera tan común como comer o dormir. Vemos una mente joven y fresca que nunca ha tenido la oportunidad de ejercitar sus músculos, por decirlo así. A lo mejor ni siquiera habla bien. Nunca ha oído a nadie que hable correctamente. No es culpa suya. Tampoco es del todo culpa de sus padres. Pero ahí está.

Me di cuenta de que mi auditorio estaba de lo más receptivo. Todos salvo Joe Morgan, que me miraba con frialdad.

—Entonces uno empieza con él. ¡Las partes de la oración! ¡El sujeto y el verbo! ¡El adjetivo! ¡Los complementos! Y al cabo de un tiempo, la retórica. ¡La subordinación! ¡La coherencia! ¡La eufonía! Y uno insiste, insiste, y le habla hasta la saciedad, y durante todo el tiempo ve que la mente de ese chico avanza a tientas, tropieza, se esfuerza, da pasos en falso. Y entonces, justo cuando uno está a punto de tirar la toalla...

—¡Exacto! —susurró la señorita Banning—. Un día, un día como cualquier otro, al decir la misma cosa por décima vez... ¡clic! —Chasqueó los dedos alborozada ante el doctor Schott—. ¡Lo ha entendido! «¡Pero si es muy sencillo!», dice. «¡Está más claro que el agua!».

—¡Para eso estamos aquí! —dijo el doctor Schott en voz baja y con algo de orgullo—. Para eso vivimos. Es una cosa pequeña, ¿no?

—Es pequeña —coincidió el doctor Carter—, pero es el milagro más grande de este mundo de Dios. ¡Y también el más misterioso!

Joe Morgan no se habría implicado en esa cuestión, creo, pero el tal doctor Carter dirigió esta última reflexión hacia él. Acorralado, Morgan hizo un ruido de succión

con el lado izquierdo de su boca para expresar su empático asombro ante aquel misterio.

—A veces lo comparo con un hombre encendiendo un fuego con pedernal y acero —le dije tranquilamente a Joe Morgan, sabiendo que le estaba dando donde más le dolía—. Se pone a dar golpes, uno tras otro, pero la madera no prende. Y de repente, da un golpe más, exactamente igual que los otros, y ahí está. ¡Se ha encendido el fuego!

—Una comparación muy acertada —dijo el doctor Carter—. Y es un momento tan gratificante, cuando un alumno de repente se enciende. ¡No hay otra palabra mejor para expresarlo! ¡Literalmente se enciende!

—¡Y entonces ya no hay manera de pararlo! —exclamó el doctor Schott riéndose, pero como uno se reiría ante un inesperado acto de caridad divina—. ¡Es como un caballo que olisquea el establo al final del paseo!

La evocación de las experiencias de cada uno generó una serie de suspiros. Desde luego, había triunfado. Joe Morgan volvió a llevar la conversación hacia mi cualificación durante un par de minutos, pero claramente aquello tuvo la naturaleza del anticlímax. Los demás miembros del comité mostraron muy poco interés por interrogarme y el doctor Schott comenzó a explicarme con toda franqueza cómo era la tabla salarial del sistema universitario estatal de Maryland, cuántas horas tendría que trabajar, cuáles serían mis obligaciones no docentes y otras cosas por el estilo.

—Bueno, tendrá noticias nuestras muy pronto —concluyó, levantándose y estrechándome la mano—. Quizá mañana mismo. —Les estreché la mano a todos los presentes—. ¿Quiere que lo acompañe a la puerta trasera? —me preguntó, y relató jovialmente mi partida del día anterior.

—No, gracias. Hoy he dejado el coche delante.

—¡Muy bien, muy bien! —dijo el doctor Carter con mucho entusiasmo, sin ningún motivo.

—Yo también voy a salir por ahí —dijo Joe Morgan, empezando a andar a mi lado—. Vivo aquí al lado.

Cruzamos la carretera juntos y me acompañó hasta mi coche, e incluso se quedó al lado del guardabarros delantero mientras yo entraba y cerraba la puerta. Encendí el motor pero esperé sin meter la marcha; parecía que mi futuro colega tenía algo que decirme.

—Bueno, ya nos veremos por aquí, Horner —dijo, y me sonrió y me estrechó la mano de nuevo a través de la ventana abierta.

—Claro.

Nos soltamos las manos, pero Joe Morgan seguía apoyado contra la puerta del coche. Su cara irradiaba una decencia alegre. Estaba bastante bronceado tras su estancia en el campamento, y tenía un aspecto general que sugería que se levantaba temprano, que seguía una dieta nutritiva y otras virtudes. Sus ojos eran claros.

—Dime, ¿te estabas burlando de mí ahí dentro? —me preguntó alegremente—. ¿Con esa tontería del pedernal y el acero?

Sonreí y me encogí de hombros, muy incómodo ante su manera de hablarme.

—Me pareció que estaba bien decir eso en ese momento.

Mi colega se rio enérgicamente.

—Temí que estuvieras metiendo la pata con esa clase de gilipollices, pero parece que sabes lo que haces.

Pese a todo, era evidente que no estaba contento con mi comentario, pero no parecía que fuera a plantear sus críticas.

—Eso lo veremos muy pronto, supongo.

—Bueno, espero que te den el trabajo —dijo él—, si eso es lo que quieres.

Metí la marcha atrás y empecé a soltar el embrague.

—Hasta otra.

Pero Joe Morgan todavía tenía algo en la cabeza. Su rostro reflejaba fielmente lo que sucedía en su mente, y cuando el coche comenzó a moverse hacia atrás, saliendo del lugar donde había aparcado, vi cómo una pregunta se instalaba en su traslúcida frente.

—Oye, nos gustaría, a Rennie y a mí, que vinieras a cenar antes de que vuelvas a Baltimore, te den el trabajo o no. Supongo que habrás cogido una habitación aquí en la ciudad.

—Bueno, creo que voy a estar aquí un tiempo, pase lo que pase. Y no tengo ningún plan.

—Genial. ¿Qué tal esta noche?

—Pues... mejor no. —Me pareció que eso era lo que había que decir.

—¿Y mañana?

—Claro, muy bien.

Todavía quedaba otra cosa, al margen de la invitación a cenar:

—A ver, si no estabas haciéndote el gracioso con lo del pedernal y el acero, bien podrías retractarte, ¿no te parece? No es ninguna tontería lo de trabajar con los *scouts*, desde mi punto de vista. Puedes burlarte de mí por ello o podemos discutir sobre el tema, pero no tiene sentido limitarse a soltar una pulla maliciosa. Eso es demasiado fácil.

Este comentario me sorprendió; lo consideré de inmediato como de mal gusto, pero debo admitir que me hizo sentirme avergonzado, y al mismo tiempo aprecié la sutileza con la que Joe Morgan había evitado cualquier posibilidad de protesta por mi parte al prologar su reprimenda con una invitación a cenar. Seguía sonriendo con suma cordialidad.

—Disculpa si te he ofendido —le dije.

—¡No, joder! No soy tan susceptible, pero probablemente vamos a trabajar juntos, joder; no está de más que nos entendamos un poco. Te veo mañana en la cena, entonces. ¡Hasta luego!



—Hasta luego.

Se dio la vuelta y se marchó a buen paso sobre el césped, que en ausencia de los estudiantes estaba bastante crecido. Por lo visto, Joe Morgan era un tipo de los que avanza directamente hacia su destino, dando a entender con su ejemplo que los senderos deberían ponerse por donde camina la gente, en vez de que la gente camine por donde resulta que están los senderos. Todo lo cual estaba muy bien para un hombre de historia, pero me di cuenta de que el señor Morgan se sentiría como un pez fuera del agua en el embarullado mundo de la gramática normativa.

### 3. ANULAR LA CENA HIZO QUE SE APAGARAN, DE UN MODO SUTIL E INEXPLICABLE

Anular la cena hizo que se apagaran, de un modo sutil e inexplicable, unas notas maníacas en la delgada flauta de mi ser, las que menos a menudo suenan, que por un momento me habían aturcido de un modo extraño.

Todo empezó con el Laocoonte colocado sobre la repisa de la chimenea, con su silencioso gemido. La posición de esa boca era con frecuencia mi barómetro, me indicaba el peso del día; el miércoles, tras la entrevista, cuando me desperté y lo consulté mirándolo intensamente, su sufrimiento era nada menos que báquico. ¡Impresionante! Me levanté de la cama de un salto, desnudo, para poner un disco en el fonógrafo antes de que se rompiera el hechizo. Frente a todo Mozart, tenía una única danza rusa, basada en la historia de Ilyá Múromets, una pieza rítmica y vivaz, alegre y briosa. ¡Ahí tienes, Laocoonte!

El arce polvoriento estaba incandescente; la luz del sol incendiaba las ventanas manchadas y llenaba mi habitación con sus destellos, y bailé como un cosaco desprovisto de su abrigo de piel, girando y saltando. Veía aquella luz muy de vez en cuando —¡deliciosa manía!— y apenas duró unos tres minutos, hasta que el sonido del teléfono la hizo desaparecer.

Apagué la música, furioso. Alguien que tiene tan pocas ocasiones de hacer cabriolas merecía no tener que contestar el teléfono.

—¿Hola?

—Hola. ¿Jacob Horner?

Era una mujer, y me sentí desnudo, y lo estaba.

—Sí.

—Soy Rennie Morgan, la mujer de Joe Morgan. Oye, creo que Joe te ha invitado a cenar esta noche, ¿no? Sólo te llamaba para que fuera oficial.

Dejé que una pausa recorriera la línea.

—O sea, después de lo de la entrevista, queríamos asegurarnos de que no te ibas a equivocar de día. ¿Jacob? ¿Sigues ahí?

—Sí. Disculpe.

Estaba comprobando el estado del barómetro, que ahora parecía bastante dolido. Batik el tártaro nos había echado el aliento.

—Bueno, entonces ¿todo arreglado? A partir de las seis y media, cuando quieras. A esa hora acostamos a los niños.

—Bueno, señora Morgan, resulta que...

—Rennie, ¿vale? Mi verdadero nombre es Renée, pero nadie me llama así.

—... creo que al final esta noche no voy a poder ir.

—¿Qué?

—No, estoy seguro de que no voy a poder. Muchas gracias por invitarme.

—Pero ¿por qué no? ¿Estás seguro?

¿Que por qué no? ¡Perra maldita, *Hausfrau* de un *scout* águila, has estropeado mi primer rato maníaco en un millón de años! ¡Escupo en tu cena!

—Había pensado ir a Baltimore esta tarde, a dar una vuelta. Me ha surgido una cosa.

—Vamos, ¿te estás intentando escaquear? Pues dilo claramente. No estamos comprometidos ni nada así. —Y me lo dice una esposa—. No seas gallina. Nos da igual no caerte bien.

Cogido así, *in flagrante delicto*, me sonrojé y empecé a sudar. No entendía la aparición de aquella bestia, la sinceridad, montada por una mujer. Ella esperaba una respuesta; oí la respiración de la esposa de Joe Morgan junto a mi oreja desnuda.

Con mucha discreción, colgué el teléfono. Y no sólo eso: me alejé dando los tres primeros pasos de puntillas antes de darme cuenta de lo que había hecho, y volví a sonrojarme cuando fui consciente.

En fin, el hechizo se había roto, y yo ya tenía bastante experiencia como para volver a intentarlo con el *Ilyá Múromets* de Glière. Glière aporta las burbujas que le dan el punto perfecto al collins, pero no es el vodka; esos arrebatos maníacos no pueden provocarse ni negociarse. Ahora no sólo estaba amaníaco; también estaba incómodo.

¡Y resentido! Los maníaco-depresivos tienen una gran ventaja, si sus fases maníacas son realmente maníacas; pero yo no era más que un plácido-depresivo: un altavoz con muchos graves y muy pocos agudos, ése era Jack Horner. Mis notas más bajas eran bajas, pero las más agudas apenas llegaban a un registro medio. Por eso, cuando tenía un momento maníaco de verdad, lo cuidaba como si fuera un bebé, y que una plaga de úlceras aqueje a quien se atreva a echarlo a perder. Eso para empezar. Pero era todavía peor la sugerencia, y encima hecha por una mujer, de que no había sido sincero. El hecho de que esto fuera cierto no venía al caso. ¡Por el amor de Dios, señor y señora Morgan, las cosas no son tan fáciles!

Cuando me estaba vistiendo, el teléfono volvió a sonar, y con una obstinación que indicaba que se trataba de Rennie Morgan. En un arrebato de lascivia (pues en ese momento me estaba poniendo los pantalones) pensé en permitir a esa Diógenes con falda que realizara su pedido a mi trasero desnudo, pero dejé pasar la ocasión. Rennie, chica, me dije a mí mismo, estoy fuera; confórmate con que no cometa un acto lascivo con tu voz, ya que has abortado mi fase maníaca. Llama, llama, *girl scout*; tu presa no está en esta madriguera.

Entrada la mañana, conduje los cincuenta kilómetros que hay desde Wicomico hasta Ocean City, para freír allí mi melancolía al sol y encurtirla en el mar. Pero la luz y el agua sólo sirvieron para hacerla florecer. La playa estaba atestada de seres humanos cuya existencia me sentía renuente a admitir; otro día podrían haberme parecido tan

tiernamente grotescos como mi mobiliario, pero aquel día sólo me resultaron irritantes. Además, quizá porque era entre semana, no había ni una sola chica en la playa por la que mereciera la pena pasar por todas las tonterías que supone un ligue. Sólo un bosque de piernas estropeadas por los partos; pechos caídos, panzas, rostros demacrados y voces estridentes; un espantoso caos de niños tan feos como insoportables. Cuando uno no está de humor, hay pocas cosas menos divertidas que una playa pública.

Cuando alcancé el punto de saturación, sobre las tres, me sacudí la arena y me dirigí hacia el coche. Pero nadie que se sintiera tan lúgubrementemente competente como me sentía yo en aquella ocasión se marcharía de Ocean City sin al menos hacer el gesto de intentar ligarse a una chica, del mismo modo que nadie se marcharía del Pico Pikes sin escupir hacia abajo: de lo contrario, el viaje no tenía sentido. Algunas chicas paseaban por el paseo marítimo en grupos de dos o tres. Casi todas llevaban camisetas de manga corta con el nombre de una universidad o de una fraternidad y reaccionaban con altivez cuando yo las miraba con el ceño fruncido; cada uno consideraba que el otro no merecía la pena. Anduve las tres manzanas que había hasta mi coche sin ver un blanco que valiera la munición, y por lo tanto, como les sucede a muchos cazadores al acercarse a casa, al final tuve que conformarme con una presa menos satisfactoria para no quedarme sin nada.

Una mujer de cuarenta años —bien conservada pero de cuarenta años— que había aparcado delante de mí estaba luchando en vano con la manecilla de la puerta de su coche. Era esbelta, tenía unos pechos no muy grandes, estaba bastante bronceada y no llamaba la atención por nada en particular. Perdí mi interés por la caza y pasé de largo.

—Disculpe, señor. ¿Podría usted ayudarme?

Me di la vuelta y la fulminé con la mirada. La mujer se había mostrado muy segura al plantearme su petición de un modo tan clásico, pero ahora empezó a vacilar.

—Supongo que le pareceré una idiota. Me he dejado las llaves dentro del coche.

—No sé forzar puertas.

—¡Pero no me refería a eso! Mi motel está justo pasando el puente. ¿Podría usted acercarme hasta allí, si le viene de camino? Tengo otras llaves en la maleta.

No tiene ningún mérito disparar a un ave que se posa delante de tu escopeta, pero ¿qué cazador podría evitar hacerlo?

—De acuerdo.

La situación carecía por completo de interés, y mientras llevaba a la señorita Peggy Rankin (así se llamaba) por el puente que conecta Ocean City con el continente, todo me pareció más absurdo por el hecho de que pensé que no merecía ser juzgada con tanta severidad. Daba la impresión de ser bastante inteligente y, desde luego, si yo hubiera sido su marido, me habría sentido orgulloso de que mi mujer conservara aquella elegancia y aquel optimismo a los cuarenta años. Pero yo no era su marido, por lo tanto no me mostré tan tolerante: era un ligue de cuarenta años, y

sólo si tenía un encanto absolutamente extraordinario podría sobrellevar el peso de esa etiqueta.

De camino al motel, la señorita Rankin estuvo parloteando y la verdad es que no escuché ni una palabra de lo que dijo. Para mí, eso no era habitual, ya que, aunque admiraba la capacidad para perderse en uno mismo, por regla general prestaba demasiada atención a mi entorno como para conseguirlo. Todo un punto en contra de la señorita Rankin.

—Es aquí —dijo de repente, señalando el Surfside, o Seaside, o como se llamara el motel que había junto a la carretera. Entré y aparqué.

—Ay, se lo agradezco de verdad. Muchas gracias.

Se movió levemente para abrir la puerta.

—La puedo llevar a su coche —le dije con un tono de lo más neutro.

—Ay, ¿en serio? —Parecía muy complacida, pero no abrumada por la sorpresa ni por la gratitud—. Un momento, voy corriendo a buscar las llaves.

—¿No tienes algo de beber ahí dentro, Peggy? ¿Algo que esté frío? Estoy seco.

Eso era lo máximo a lo que pensaba llegar. Todo era una tontería. Decidí que si no me invitaba a pasar, partiría de inmediato rumbo a Wicomico.

—Claro. Vamos —me invitó, otra vez sin demostrar demasiado asombro ante mi petición—. En la habitación no hay nevera, pero aquí al lado hay una máquina de refrescos y tengo whisky. ¿Por que no traes un par de ginger ales bien grandes, con un buen montón de hielo, y nos preparamos unas copas?

Lo hice, y nos las tomamos en su pequeña habitación, ella acurrucada en la cama y yo tirado en la única silla. La melancolía seguía en mí, pero se volvió un poco más fácil de soportar, sobre todo cuando descubrimos que podíamos hablar o quedarnos callados sin que ello nos hiciera sentir ansiosos. En cierto momento, como era previsible, la señorita Rankin me preguntó cómo me ganaba la vida. Lo cierto es que no opino que la honestidad absoluta sea buena política en esta clase de aventuras, y no puedo imaginarme contestando, por regla general, esas preguntas de relleno con sinceridad; pero «soy profesor en potencia de gramática normativa en la Escuela Estatal de Magisterio de Wicomico» se parece tanto al tipo de respuestas que uno suele inventarse en tales situaciones que, sin detenerme a pensarlo, le dije la verdad.

—¿En serio? —Ahora Peggy sí que estaba sorprendida y satisfecha—. ¡Pero si yo estudié ahí! Hace tanto tiempo que me da vergüenza recordarlo. Yo doy clase de lengua en el instituto de Wicomico. ¿No es una coincidencia divertida? ¡Dos profesores de lengua!

Coincidí en que lo era, pero en realidad me dieron ganas de acabarme mi copa y largarme de allí. Era necesario actuar con rapidez para evitar que la situación se desbaratara. Sólo quedaba un centímetro de bebida en mi vaso de papel; me la acabé de un trago, tiré al vaso a la papelería, fui inmediatamente a la cama, donde mi colega yacía apoyada en un codo, y la abracé con cierto ímpetu. La besé, abrió la boca al instante y me metió la lengua entre los dientes. Los dos teníamos los ojos bien

abiertos, y me gustó pensar que ese hecho era algo simbólico. *Entre profesores de lengua no debe haber tonterías*, afirmé para mis adentros, y sin más dilación le di a la cremallera de su traje de baño un significativo tirón.

La señorita Rankin se quedó petrificada: cerró los ojos con fuerza y me aferró por los hombros, pero no rechazó mi rudo ataque. La cremallera bajó hasta la parte baja de su espalda, lo cual me daba acceso a una buena cantidad de piel inofensiva, pero no podía seguir avanzando sin su ayuda.

—¿Por qué no te quitas el traje de baño, Peggy? —propuse.

Eso le dolió.

—Tienes mucha prisa, ¿no, Jake?

—Mira, Peg, ya somos lo bastante mayores como para no andarnos con más tonterías de las necesarias.

Hizo un ruido con la boca y, sin soltarme los hombros, apoyó la frente sobre mi pecho.

—Lo que quieres decir es que soy demasiado mayor como para que hagas tonterías por mí, ¿no? —observó ella—. Estás pensando que una mujer de mi edad no puede permitirse ser remilgada.

Lágrimas. Todo el mundo quería sacarme la verdad.

—¿Por qué te haces daño? —le pregunté, por encima de su pelo, a la botella de whisky que estaba en la mesilla.

—Tú eres el que me hace daño —lloriqueó la señorita Rankin, mirándome fijamente a los ojos—. ¿Haces el esfuerzo de comunicarme que me estás haciendo un favor al ligar conmigo, pero tu generosidad no incluye dedicar un poco de tiempo en ser amable! —Se tiró, sin violencia, sobre su almohada, y ocultó la cara en ella—. No te importa lo más mínimo si soy lista o idiota o qué, ¿verdad? ¡A lo mejor hasta soy más interesante que tú, puesto que soy un poco mayor!

Este último elemento de autocastigo, aunque la hizo ahogarse durante un momento, también hizo que se enfadara tanto como para incorporarse y mirarme con frialdad.

—Lo siento —le dije cortésmente. Pensé que aunque tuviera el talento de, por ejemplo, Beatrice Lillie, uno no se la ligaría para presenciar una actuación teatral; para eso, uno iría al teatro.

—¡Querrás decir que sientes haber perdido el tiempo conmigo! —gritó Peggy—. ¡Ya es bastante horrible que me estés obligando a defenderme!

Volvió a la almohada. Se incorporó al instante.

—¿Es que no entiendes cómo me haces sentir? Hoy es mi último día en Ocean City. He estado aquí dos semanas sin que nadie me hablara, ni siquiera me mirara, ¡salvo algunos viejos espantosos! ¡Nadie! ¡Ni un alma! La mayoría de las mujeres están horribles a mi edad, pero yo no estoy horrible. Simplemente, no parezco una niña. ¡Y tengo muchas más cualidades, joder! ¡Y entonces, el último día, apareces y

te pones a ligar conmigo, y parece que estás aburridísimo todo el rato, y me tratas como a una puta!

La verdad es que había sido exactamente así.

—Soy un canalla —dije, dándole la razón sin reparos, y me levanté para marcharme.

La cuestión era un poco más complicada de lo que la señorita Rankin estaba dispuesta a aceptar, pero en términos generales su visión era bastante acertada. Su único error, en realidad, había sido quejarse. El juego ya se había estropeado, desde luego: yo le había asignado a la señorita Rankin el rol de «ligue de cuarenta años», un personaje que era muy difícil que interpretara con éxito teniendo en cuenta mi estado de ánimo; y no tenía ningún interés por el ser humano complejo (y sin duda interesante, desde otro punto de vista) que pudiera ser al margen de dicho rol. Lo que tendría que haber hecho ella, en mi opinión, dando por hecho que buscara lo mismo que yo, era asignarme a mí un rol que satisficiera su vanidad —por ejemplo, el de «joven listo pero no demasiado inteligente cuyo cuerpo una usa para obtener placer sin tomárselo en serio por lo demás»—, y entonces podríamos habernos dedicado al tema que nos ocupaba sin que ninguno de los dos resultara herido. Pero tal como había ido todo, lo que yo sentía, aunque con bastante más fuerza, era en esencia lo mismo que uno siente cuando un empleado de gasolinera o un taxista se pone a contarte su vida: en general, y especialmente cuando uno tiene prisa o está de malas pulgas, uno quiere que el tipo se limite a ser el «servicial empleado de gasolinera» o el «taxista diestro al volante». Éstas son las características que les has asignado, al menos temporalmente, para que se adecuen a tus propios fines, del mismo modo en que un narrador construye el personaje del «poeta joven y apuesto» o el del «marido viejo y celoso»; y aunque sabes de sobra que ningún ser humano ha sido nunca sólo un «servicial empleado de gasolinera» o un «poeta joven y apuesto», estás dispuesto a ignorar la maravillosa complejidad del hombre en cuestión; de hecho, estás obligado a ignorarla si quieres que la trama avance o cumplir con cualquier plan previsto. Volveré sobre este tema más adelante, ya que tiene relación con la Mitoterapia. Por ahora, baste decir que todos somos directores de *casting* una buena parte del tiempo, sino siempre, y que sabio es aquel que se da cuenta de que su asignación de roles es, en el mejor de los casos, una distorsión arbitraria de la personalidad de los actores; pero es aún más sabio aquel que además ve que su arbitrariedad probablemente sea inevitable, y que en cualquier caso, parece ser necesaria si uno quiere alcanzar el fin que persigue.

—Coge las llaves —dije—. Te espero en el coche.

—¡No! ¡Jake! —La señorita Peggy Rankin saltó de la cama. Me atrapó junto a la puerta y me abrazó desde atrás—. ¡Pero por Dios, no te vayas todavía! —Histeria—. ¡Siento haberte hecho enfadar! —Y empezó a tirar de mí con todas sus fuerzas, tratando de arrastrarme de nuevo a la habitación.

—Vamos, vamos, para ya. Contrólate.

La belleza de un ligue de cuarenta años, en el caso de que se conserve, es frágil, y la histeria de Peggy, sumada a su llanto anterior, apenas había dejado algo de encanto en su rostro, que normalmente era serio y bronceado y carecía de arrugas pero no de atractivo.

—¡Quédate! ¡No hagas caso a lo que te he dicho!

—No sé qué hacer —dije sinceramente, tratando de asimilar su estallido—. Todo esto significa más para ti que para mí. No lo digo como crítica. La verdad es que me da miedo hacer que lo pases mal, si es que no lo he hecho ya.

Me apretó con fuerza.

—¡Me estás humillando! ¡No me hagas suplicarte, por el amor de Dios!

Llegado este momento, ella llevaba las de perder hiciera lo que hiciera. Nos fuimos a la cama. Lo que siguió fue, al menos para mí, muy incómodo, y parecía que se convertiría en un recuerdo desagradable también para ella, lo disfrutara en el momento o no. Resultó embarazoso porque cayó en una sofisticada gratitud que traslucía su propia humillación, y porque mi estado de ánimo no encajaba en absoluto con el suyo. Su comportamiento siguió siendo medio histérico y masoquista: hizo todo lo que pudo para interpretar una ópera grandiosa a partir del pequeño *cantus firmus* de la naturaleza, y si no lo logró fue más por mi culpa que por la suya, ya que se esforzó al máximo. En otra ocasión yo podría haberlo disfrutado —esa clase de postración voluptuosa puede ser tan placentera de imponer como de someterse a ella—, pero aquel día no era mi día. Aquel día había empezado mal, después se había vuelto aburrido y ahora estaba llegando a un clímax incómodo, si no muy desagradable: yo nunca me sentía a gusto con las mujeres que se tomaban sus arrebatos sexuales demasiado en serio, y la señorita Rankin no era de las que uno podía dejar estremeciéndose y gimiendo en la cama y marcharse con la certeza de que todo era un juego inofensivo.

Así fue como la dejé, a las cinco. A las cinco menos cuarto había empezado, como yo preveía, a expresar odio hacia mí, quizá fingido (estas cosas pueden resultar divertidas y sensuales) o quizá sincero; yo no podía saberlo, ya que tenía los ojos cerrados y no me dejaba mirarla a la cara.

—Malditos sean tus ojos, malditos sean tus ojos, malditos sean tus ojos... —decía con voz gutural y siguiendo un ritmo que iba acelerándose, y yo no estaba tan dominado por mi estado de ánimo como para que la escena no me pareciera divertida. Pero estaba cansado del drama, fuese auténtico o no, fuese entretenido o no, y cuando las cosas llegaron a su natural desenlace, me marché muy contento, olvidándome por completo de las llaves de la señorita Rankin, que tenía talento, pero no disciplina. Estoy seguro de que ninguno de los dos quería volver a ver al otro.

Comí en un bar de carretera, a las afueras de Wicomico, y al fin llegué a mi habitación a las seis y media sintiéndome fatal. Por lo general, soy bastante coherente, cuando estoy en un estado de ánimo determinado, pero no tengo demasiado aguante. Ya me sentía mal por la tal Peggy Rankin; me irritaba que a su



edad todavía no hubiera aprendido a manejarse en una situación así y a emplear sus aspectos más lamentables, en la medida de lo posible, en su propio beneficio, pero al mismo tiempo empatizaba enormemente con sus debilidades. Sentía, al menos en el plano abstracto, una tremenda empatía hacia esa clase de debilidades —la incapacidad de alguien para controlar su comportamiento y adaptarlo a su propio criterio o para modificar su criterio, hasta lo más profundo de la conciencia, de manera que encaje con su comportamiento—, aunque en algunas situaciones concretas esa clase de debilidades me molestara. Todo lo que había ocurrido con la señorita Rankin podría haber sido muy divertido —la postración, la histeria y muchas otras cosas que he preferido no compartir consignándolas aquí— si ella se hubiera controlado y hubiera sido coherente; pero su error, me temía, era que durante una temporada se estaría recriminando por haberse humillado de verdad, y no de broma, y el mío era no haberme marchado cuando había empezado a hacerlo, pese al ataque de histeria de ella. Si lo hubiera hecho, habría preservado mi propia tranquilidad y habría permitido que la señorita Rankin recuperara la suya despreciándome sólo a mí en lugar de a los dos. Yo me había quedado, creo, tanto por caballerosidad, a la que solía estar predispuesto aunque no creyera en ella, y por mi característica aversión a marcharme de un espectáculo, por muy pobre o doloroso que fuera, una vez hubiera presenciado el primer acto.

Pero hay una cantidad de tiempo a partir de la cual no soporto estar activamente insatisfecho conmigo mismo, y cuando ese momento comenzó a anunciar su llegada —sobre las siete y cuarto— me fui a dormir. Sólo la profundidad y la limitada duración de mis estados de ánimo me impedían suicidarme; en realidad, aquella práctica mía de meterme en la cama cuando las cosas se ponían demasiado feas, ese término deliberado del día, era una especie de suicidio, y servía con la misma eficacia a sus propósitos. Mis estados de ánimo eran hombrecillos, y cuando los mataba, se quedaban completamente muertos.

El timbre de la puerta de abajo me despertó a las nueve, y para cuando me levanté y me puse una bata, Joe Morgan y su esposa estaban ante la puerta de mi habitación. Me quedé sorprendido, pero los invité a pasar alegremente porque en cuanto abrí los ojos, supe que mi paisaje emocional había cambiado con el sueño: me sentí bien. Joe me presentó a Rennie Morgan, que no se parecía en absoluto a mi idea de lo que es una mujer hermosa; parecía la esposa de un campista. De contextura bastante robusta, rubia, más pesada que yo, con aspecto de fuerte, llena de vitalidad, no era la clase de mujer en la que uno (o al menos yo) pensaría instintivamente en términos sexuales. Sin embargo, desde luego, ahí estaba yo, enjuiciándola en términos sexuales: sin duda, mi aventura de aquella tarde influía tanto sobre la naturaleza como sobre el veredicto de mi juicio.

—¿Puedo ofrecerles algo de comer? —le pregunté a Rennie, y me agradó comprobar que ambos parecían estar de buen humor.

—No, gracias —sonrió Joe—; ya hemos comido por tres.

—Hemos visto tu coche ahí aparcado —dijo Rennie— y nos hemos preguntado si el avión de Baltimore ya habría llegado.

—¡Vosotros los Morgan sois capaces de seguirle la pista a la gente hasta su mismísima guarida! —protesté.

Como parecía que había una gran cordialidad entre nosotros, y como Joe y Rennie fueron lo bastante sensatos como para no hacer una *cause célèbre* a partir de un *fait accompli*, si puedo decirlo así, saqué unas botellas de cerveza de la caja que tenía enfriándose en la cocina y les conté lo que me había pasado aquel día, omitiendo sólo los detalles más indiscretos (y más por mi propia vergüenza que por la de Rennie, que parecía poder escuchar cualquier cosa), para entretenerlos.

Nos entendimos muy bien. Rennie Morgan, aunque era muy vivaz, daba la impresión de sentirse ligeramente insegura; sus ademanes —como la tendencia a mostrar una tremenda hilaridad entornando los ojos y moviendo la cabeza de un lado al otro, o los gestos que hacía al hablar, cargados de intensidad y excitación— estaban directamente copiados de Joe, al igual que el contenido y la forma de sus pensamientos. Era evidente que a pesar de los progresos que había hecho con el propósito de resultar indistinguible de su marido, todavía sentía cierta inquietud con respecto a la disparidad que seguía existiendo entre ellos. Cuando Joe discrepaba de alguna afirmación que ella hubiera hecho, Rennie defendía su punto de vista tan enérgicamente como le era posible, sabiendo que eso era lo que él esperaba que hiciera, pero había en su manera de actuar la misma disposición nerviosa a ceder que uno podría esperar en un niño que estuviera luchando contra su profesor de gimnasia. Esta metáfora, de hecho, si se le añade un toque de Pígalión y otro de Galatea, abarca casi todos los aspectos de su relación que yo pude ver aquella noche, y aunque no tenía nada importante que objetar a una relación tal —al fin y al cabo, Galatea era una mujer extraordinaria, y algunos púgiles jóvenes e inseguros llegan a ser Gene Tunney—, la presencia de dos personas tan similarmente enérgicas me resultaba abrumadora: en varios momentos me di cuenta de que movía la cabeza de un lado al otro, como ellos, ante algún comentario especialmente ingenioso, y de que gesticulaba con gran excitación, a su manera, mientras afirmaba alguna cosa.

En cuanto a Joe, tras la primera hora de conversación quedó claro que era brillante, una de las personas más brillantes que yo había conocido. Por lo general, hablaba lentamente y en voz baja, con un ligero acento sureño, pero uno siempre tenía la sensación de que esa lentitud no era algo natural en él; de que era producto del control que ejercía sobre su entusiasmo. Sólo cuando la conversación tomaba unos derroteros que le resultaban estimulantes, aumentaban el volumen y la velocidad de su forma de hablar: en esos momentos, solía rascarse la cabeza vigorosamente, colocarse bien las gafas empujándolas con fuerza hacia atrás y gesticular

expresivamente con las manos. Me enteré de que había hecho la carrera y el máster en Columbia —estudiando en la primera literatura y en el segundo, filosofía— y de que había completado todos los requisitos, salvo la tesis, para doctorarse en historia en Johns Hopkins. Wicomico era la localidad natal de Rennie, y la Universidad del Oeste de Texas era su *alma mater*: los Morgan se iban a quedar allí mientras Joe terminaba la tesis a su ritmo. Pasar una noche hablando con él resultaba muy estimulante —una y otra vez me sentía impresionado por su ímpetu, su rigurosa intelectualidad y su capacidad para la reflexión— y, como cualquier cosa muy estimulante, agotador.

Nos caímos bien desde el primer momento: en muy poco tiempo quedó claro que si yo me quedaba en Wicomico, nos haríamos amigos. Tuve que corregir por completo la primera impresión que me había causado Joe; resultó que esas actividades suyas y esos aspectos de su personalidad sobre los que tan fácil me había parecido hacer críticas estereotipadas eran casi siempre resultado de un pensamiento muy minucioso y nada estereotipado. Me di cuenta de que Joe Morgan nunca haría ni afirmar nada, si podía evitarlo, que no hubiera sopesado expresa y penetrantemente de antemano, y de que, debido a ello, se sentía lo bastante fuerte como para no molestarse demasiado si algo de lo que hacía o decía resultaba desafortunado. Nunca se hubiera permitido colocarse en una posición como la de la señorita Rankin, por ejemplo, o como la mía cuando estuve dando vueltas alrededor de la escuela con el coche. Ese tipo de indecisión, por lo visto, le era ajeno: siempre estaba seguro del terreno que pisaba; reaccionaba siempre rápido, explicaba sus actos con lucidez si alguien los cuestionaba y habría considerado que pedir disculpas por dar algún paso en falso era superfluo. Además, parecía no padecer en absoluto cuatro de mis rasgos menos envidiables: la timidez, el miedo a hacer el ridículo, el gusto por muchas clases de disparates y una incoherencia casi absoluta. Por otra parte era, al menos en presencia de un tercero, un tanto mojigato (no disfrutó de mi historia) y, a pesar de su carácter entusiasta, un tanto falto de calidez y espontaneidad, aunque sin duda tenía motivos tan claros para ser así como para ser jefe de tropa de los *scouts*: era un hombre a quien resultaba extremadamente difícil criticar. Por último, para bien o para mal, parecía carecer por completo de trucos o artimañas, y en ese sentido daba la impresión de ser una persona sencilla, aunque en absoluto ingenua, y no tenía ningún interés por esa clase de cosas.

Toparse con todo esto resultaba agotador, muy agotador. Estuvimos hablando, muy concentrados, hasta la una y media de la mañana (no podría recordar sobre qué), y cuando los Morgan se marcharon, pensé que aquella era la noche más agradable que había pasado en meses; que Joe era una persona sumamente interesante; y que no tenía ningún deseo especial de volver a ver a esa persona sumamente interesante al menos hasta una semana después.

—Ah, Jake, se nos olvidaba felicitarte por el puesto —dijo Rennie cuando se estaban yendo (esta clase de omisiones, me daría cuenta más adelante, era típica de

los Morgan).

—Te estás precipitando, ¿no?

—¿Qué quieres decir? —me preguntó Joe—. ¿Es que el doctor Schott no se ha puesto en contacto contigo?

—Pues no.

—Bueno, te han dado el empleo. La comisión se reunió esta mañana y tomó la decisión. Supongo que Schott te habrá llamado cuando estabas en Ocean City, o cuando estabas durmiendo.

Los dos me felicitaron torpemente —pues eran incapaces de expresar afecto, amistad o incluso una felicitación con fluidez— y se marcharon. Yo todavía me sentía demasiado bien como para irme a dormir, así que estuve un rato leyendo mi *Almanaque Mundial* durante un rato y escuchando *Ein Musikalischer Spaß* de Mozart. Estaba empezando a sentirme en casa en mi habitación y en Wicomico; los Morgan me parecían muy agradables; y aún me encontraba en un estado de excitación inusual debido a la aventura sexual de la tarde y a la inteligencia de Joe. Pero también debía de estar extenuado por estas cosas, y por haber pasado el día en la playa, porque a las seis y media de la mañana me desperté sobresaltado, tras haberme quedado profundamente dormido sin darme cuenta. El *Almanaque Mundial* seguía en mi regazo, abierto por la página 96: «Distancias aéreas entre las principales ciudades del mundo»; *Ein Musikalischer Spaß* seguía sonando por la que debía de ser la quincuagésima vez; y el sol, que justo estaba saliendo entre dos oscuras casas de ladrillo situadas al otro lado de la calle, disparó un rayo cegador que pasó por encima de mi regazo e impactó directamente en el rostro de Laocoonte, que se retorció, evasivo, en brillante yeso.

#### 4. ME DESPERTÉ, RÍGIDO POR HABERME QUEDADO DORMIDO EN EL SILLÓN

Me desperté, rígido por haberme quedado dormido en el sillón, me duché, me cambié de ropa y salí a desayunar. Quizá porque el día anterior había sido tan atípico por todo lo que me había ocurrido, o quizá porque había dormido relativamente poco (debo decir que no me interesan demasiado las causas), no tenía nada en la cabeza. Durante todo el camino al restaurante, durante todo el desayuno, durante todo el camino a casa, era como si Jacob Horner no existiera ese día. Después de comer algo, volví a mi habitación, me senté en mi mecedora y me estuve balanceando, en un estado cercano a la inconsciencia, un largo tiempo, sin pensar en nada.

Una vez tuve un sueño en el que era bastante importante para mí enterarme de la previsión meteorológica para el día siguiente. Buscaba la sección del tiempo en el periódico, pero no podía encontrarla donde solía estar. Encendía la radio, pero en las noticias no se mencionaba nada sobre el tiempo que haría. Llamaba por teléfono al número de información meteorológica (este sueño sucedía en Baltimore), pero aunque la grabación daba todo tipo de detalles sobre las condiciones climáticas del momento, no decía nada de la previsión para el día siguiente. Al final llamaba directamente a la Agencia de Meteorología, pero ya era de noche, muy tarde, y no contestaba nadie. Por algún motivo, conocía el nombre del meteorólogo jefe y lo llamaba a su casa. El teléfono sonaba muchas veces antes de que contestara; me parecía detectar cierta incomodidad en su voz.

—¿Qué ocurre? —me preguntaba.

—Quiero saber qué tiempo va a hacer mañana —exigía yo—. Es sumamente importante.

—No le servirá de nada tratar de impresionarme —me decía el meteorólogo—. De nada en absoluto. ¿Por qué está tan suspicaz?

—Le aseguro, señor, que lo único que quiero saber es qué tiempo va a hacer mañana. No veo nada suspicaz en esa pregunta.

—Mañana no va a hacer ningún tiempo.

—¿Qué?

—Ya me ha oído. Mañana no va a hacer ningún tiempo. Todos nuestros instrumentos coinciden. Ningún tiempo.

—¡Pero eso es imposible!

—Ya se lo he dicho —refunfuñaba entonces el meteorólogo—. Mañana no hará ningún tiempo y punto. Déjeme tranquilo; tengo que dormir.

Así terminaba el sueño. Me desperté muy disgustado. Ahora lo cuento para ilustrar una diferencia entre los estados de ánimo y el tiempo, que suele emplearse como analogía: un día sin ningún tiempo es inconcebible, pero al menos para mí, con frecuencia había días sin ningún estado de ánimo. Esos días, Jacob Horner, salvo en

un sentido metabólico sin importancia, dejaba de existir, ya que me quedaba sin personalidad. Como esos especímenes microscópicos que los biólogos tienen que teñir para poder verlos, yo tenía que estar coloreado con algún estado de ánimo para tener un yo reconocible. El hecho de que mis sucesivos y discontinuos yoes estuvieran ligados unos a otros por los dos hilos inestables que suponen el cuerpo y la memoria; el hecho de que en los idiomas occidentales la palabra cambio presuponga algo en lo que los cambios tienen lugar; el hecho de que aunque el espécimen sea invisible sin la tintura, la tintura no sea el espécimen: éstas son cuestiones de las que era consciente, pero que no despertaban en mí ningún interés.

Los días en que no hacía ningún tiempo, mi cuerpo se sentaba en una mecedora y se balanceaba sin parar, y mi mente estaba casi tan vacía como el espacio interestelar. Así fue el día siguiente a la visita de los Morgan: me senté y estuve meciéndome desde las ocho y media de la mañana hasta las dos de la tarde, quizá. Si en algún momento miré al Laocoonte, lo hice sin reconocerlo. Pero a las dos sonó el teléfono y sobresaltó a un Jacob Horner, que volvió a su ser, se levantó de un salto y contestó.

—¿Sí?

—¿Jacob? Soy Rennie Morgan. ¿Quieres venir a cenar con nosotros esta noche?

—¿Por qué, por el amor de Dios?

Ese Jacob Horner era un tipo irritable.

—¿Por qué?

—Sí. ¿Por qué demonios estáis tan ansiosos por darme de cenar?

—¿Estás enfadado?

—No, no estoy enfadado. Sólo quiero saber por qué estáis tan ansiosos por darme de cenar. Es lo único que he preguntado.

Hubo un silencio. Rennie se tomaba en serio todas las preguntas; nunca daba una respuesta sólo para salir de una determinada situación, sino que se ponía a buscar la verdad en su interior. Eso, supongo, era por la influencia de Joe. Cualquier otra persona habría contestado con un tono de voz desagradable «¿Por qué la gente invita a otra gente a cenar?», ocultando así la ignorancia tras el atuendo de la obvedad. Al cabo de un minuto contestó con mucho cuidado, como si estuviera examinando la respuesta mientras hablaba:

—Bueno, creo que es porque Joe tiene muchas ganas de conocerte bien. Disfruté mucho de la conversación de anoche.

—¿Y tú no? —le pregunté, por curiosidad. La verdad es que no podía imaginarme que hubiera disfrutado, ya que no hablamos nada más que de ideas abstractas, y la participación resuelta pero limitada de Rennie había tenido lugar bajo lo que me pareció un escrutinio tácito pero muy minucioso por parte de su marido. No quiero sugerir que hubiera nada poco auténtico en el interés de Rennie, aunque era horriblemente intencional, ni que el interés de Joe por las afirmaciones de ella traicionara la presencia de un marido avergonzado por las opiniones de su esposa; la atención de Joe era como la de un maestro que escucha a su discípula favorita, y

cuando cuestionaba las opiniones de Rennie lo hacía de un modo completamente impersonal, sin nada de arrogancia ni de pedantería. Joe no era un pedante.

—Sí, yo diría que sí. ¿Piensas que tendría que haber una especie de tiempo de espera entre una cita y otra, Jacob?

Me quedé sorprendido.

—¿Qué piensas tú?

De nuevo un breve silencio, y luego una opinión solemne.

—A mí me parece que no hay ningún motivo para ello salvo que a alguno de nosotros no le apeteciera ver al otro durante un tiempo. Creo que eso le pasa a la gente a veces. ¿Eso es lo que te pasa, Jake?

—Bueno, vamos a ver —dije sobriamente, e hice una pausa—. Me parece que haces bien en cuestionar la validez de las convenciones sociales, como esperar un cierto tiempo entre dos citas, aunque no deberías olvidar que todas ellas son injustificables, en última instancia. Pero el hecho de que una cosa sea injustificable no implica que no tenga ningún valor. Y también deberías recordar que prescindir de una convención, por muy tonta que sea, siempre te hace correr el riesgo de sentirte culpable sin ninguna razón, sólo porque las convenciones son convenciones. Piensa en beber cerveza en el desayuno, por ejemplo, o en saltarse los semáforos rojos por la noche, o en cometer adulterio con el beneplácito de tu marido, o en practicar una eutanasia...

—¿Te estás burlando de mí? —preguntó Rennie con voz suave, como si sólo estuviera pidiendo información.

—¡Desde luego!

—Pues a mí me parece que en la mayoría de las ocasiones, cuando una persona se burla de otra, es porque las opiniones de esta otra persona le producen una cierta incomodidad, pero no sabe bien cómo rebatirlas. Siente que debería saber cómo rebatirlas, pero no lo sabe, y en lugar de admitir esto ante sí misma y examinar el problema y encontrar una buena refutación, se limita a mofarse de los argumentos de la otra persona. Mofarse de un argumento es demasiado fácil. Me parece que tú haces mucho eso, Jake.

—Sí. Eso mismo dijo Joe.

—Ahora sí que te estás burlando de mí, ¿verdad?

Estaba decidido a no permitir que la señora Rennie Morgan volviera a hacerme sentir incómodo. Eso era demasiado fácil.

—Escucha, iré a comerme vuestra cena esta noche. Iré a las seis, cuando hayáis acostado a los niños, como me dijiste.

—Ninguno de nosotros quiere que vengas si no te apetece, Jake. Tienes que estar...

—A ver, espera un momento. ¿Por qué no queréis que vaya aunque no me apetezca?

—¿Qué?

—He dicho que por qué no queréis que vaya aunque no me apetezca. Mira, el único motivo que tendríais para saltaros la costumbre de esperar un intervalo adecuado entre dos citas sería admitiendo que las convenciones sociales pueden ser necesarias para la estabilidad en un grupo social, pero afirmando también que no son valores absolutos y que uno puede dejarlas de lado en situaciones especiales en las que los fines lo justifican. En otras palabras, que estáis deseando que vaya a cenar con vosotros en cualquier caso, siempre y cuando eso sea lo que todos queremos, ya que la estabilidad social no es vuestro fin en esta situación especial. Bueno, entonces supongamos que vuestro fin fuera tener otra conversación y tuvieras alguna razón para creer que, estando allí, os hablaría, me apeteciera ir o no —la mayoría de los invitados a una cena se comportaría de esta forma—, así que en realidad no debería importaros si me apetece ir o no, ya que podríais alcanzar vuestros fines en cualquier caso.

—Sigues burlándote de mí.

—Vamos, ésa es una salida demasiado fácil. No viene al caso si me estoy burlando de ti o no. Estás eludiendo la cuestión.

No hubo respuesta.

—Bueno, voy a ir a cenar a las seis, me apetezca o no, y si para entonces no puedes responder a mi argumento, se lo voy a contar a Joe.

—Los niños se acuestan a las seis y media —dijo Rennie, ligeramente ofendida, y colgó.

Volví a mi mecedora y estuve balanceándome otros cuarenta y cinco minutos. De vez en cuando, sonreía de manera inescrutable, pero no puedo decir que eso de verdad reflejara ningún sentimiento sincero. Se trataba simplemente de algo que a veces me encontraba haciendo, al igual que con frecuencia, cuando caminaba solo, me encontraba repitiendo una y otra vez, con un tono de voz de lo más sensato y sin prosodia alguna: *La Pepsi sienta bien y deja huella; hay que ver lo que cunde una botella*<sup>[8]</sup>, acompañando el movimiento de mi boca con el ceño fruncido, algunos tics distraídos en la comisura de los labios y, ocasionalmente, un gesto rápido de la mano derecha. Los viandantes solían tomarme por una persona enfrascada en la consideración de problemas graves, y a veces, cuando me daba la vuelta tras pasar junto a alguien, lo veía haciendo también un movimiento furtivo con la mano derecha, para ensayarlo.

A las cuatro y cuarto llamó el doctor Schott y confirmó mi incorporación al cuerpo docente de la Escuela Estatal de Magisterio de Wicomico como profesor de gramática y redacción, con un salario inicial de 3200 dólares por año.

—Ya sabe —me dijo— que no pagamos lo que pagan en las universidades grandes. ¡No podemos permitirnoslo! ¡Pero eso no significa que no seamos exigentes a la hora de elegir a nuestros profesores! ¡Somos un grupito muy entregado, la verdad, y hemos decidido contratarlo porque creemos que usted comparte nuestras ideas sobre la importancia de este trabajo!



Le aseguré que desde luego que compartía sus ideas, y él me aseguró que estaba seguro de ello. No me gustó que me pidieran que enseñara redacción, además de gramática —se suponía que tenía que ser profesor exclusivamente de gramática normativa—, pero, a la espera de un consejo por parte del Doctor, pensé que lo mejor era aceptar el trabajo de todos modos.

De hecho, cogí el coche y conduje hasta la casa de los Morgan a las cinco y media, sin ningún motivo concreto. No seguía sin hacer ningún tiempo, pero estaba quiescente. Me encontré a Joe y Rennie jugando a lanzarse una pelota en el césped que había delante de su casa, aunque la tarde era bastante calurosa. No se mostraron muy sorprendidos al verme, me saludaron con cordialidad y me invitaron a jugar con ellos.

—No, gracias —dije, y fui hasta donde sus dos hijos, de tres y cuatro años, jugaban también a lanzarse una pelota con mucha habilidad, teniendo en cuenta su edad. Me senté en la hierba y me quedé mirándolos a todos.

—Oye, Jake —me dijo Rennie sin dejar de hacer y recibir pases—. No quería enfadarme, antes, al teléfono.

—Ah, no hagas ni caso a lo que digo por teléfono —le dije yo—. No sé hablar por teléfono.

Nunca he visto a una chica que sepa coger y lanzar una pelota de fútbol americano como corresponde a excepción de Rennie Morgan. Por lo general, era un animal más bien torpe, pero cuando se ponía a hacer alguna actividad física extenuante, se sentía completamente a sus anchas e incluso resultaba elegante. Cogía y lanzaba la pelota del mismo modo y con la misma velocidad y precisión que un hombre que practicara con frecuencia.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión sobre eso que dijiste, entonces? —me preguntó Joe, con la mirada puesta en la pelota.

—Ya no me acuerdo de lo que dije.

—¿En serio? Rennie se acuerda de toda la conversación. ¿De verdad no te acuerdas o estás tratando de no hacerla sentir incómoda?

—De verdad, no me acuerdo en absoluto —dije, sin mentir—. Ya me he enterado de que vosotros no estáis a favor de evitar la incomodidad. Pero el hecho es que nunca puedo acordarme de ninguna argumentación, ni mía ni de nadie. Me acuerdo de las conclusiones, pero no de las argumentaciones.

Este comentario, que a mí me sonó bastante impactante, pareció molestar a Joe. Perdió interés en la conversación y paró de jugar para tratar de corregir la manera que tenía el niño mayor de agarrar la pelota. El chico escuchaba las serenas recomendaciones de su padre como si vinieran de Knute Rockne; Joe lo miró lanzar la pelota correctamente tres veces y después se dio la vuelta.

—Toma, Jake —dijo, lanzándome la otra pelota—. ¿Por qué no juegas un poco con Rennie mientras me encargo de la cena y después tomamos una copa? No hace

falta que esperemos hasta las seis y media, ya que estás aquí.

Yo estaba, como ya he dicho, quiescente. No me habría unido al juego voluntariamente, pero tampoco iba a hacer un esfuerzo especial para no jugar. Joe se metió en la casa, los dos niños lo siguieron de cerca y, durante los siguientes veinte minutos, Rennie y yo estuvimos lanzándonos la pelota. Por suerte —ya que, por regla general, detesto quedar en ridículo—, yo tampoco era un novato en el fútbol americano; aunque no era un pasador tan versado como Joe, era capaz de lanzar la pelota por lo menos tan precisa y decididamente como Rennie. Ella no parecía tener nada especial que decirme, y yo a ella tampoco, por lo que los únicos sonidos que se oían en el jardín eran los causados por el movimiento de los brazos al pasar, los leves acelerones de los pies sobre la hierba, el suave chasquido al recibir la pelota y nuestra fuerte respiración. No eran sonidos agradables ni desagradables.

Después Joe nos llamó desde el porche y entramos a cenar. Los Morgan alquilaban la mitad del primer piso de la casa. Su apartamento estaba muy limpio; los muebles que poseían eran claramente los más modernos, sólidos y funcionales, pero también eran muy escasos. De hecho, como las habitaciones eran relativamente grandes, parecían bastante vacías. No había alfombras en el suelo de madera, ni cortinas o visillos en las ventanas pulcrísimas, ni un solo mueble más allá de los estrictamente necesarios: un sofá-cama, dos sillas de lona, dos lámparas, una estantería y un escritorio en el salón; una pequeña mesa y cuatro sillas metálicas plegables en la cocina; y unas literas, dos cómodas y una mesa en el cuarto pequeño, donde dormían los niños. Como las paredes y el techo eran blancos, la luz que entraba por las persianas venecianas abiertas hacía que en el salón hubiera una claridad cegadora. Entorné los ojos; en esa habitación había demasiada luz para mí.

Mientras nos tomábamos una cerveza, los niños se fueron a su dormitorio, se desvistieron y se bañaron sin ayuda en el agua que Joe ya había preparado para ellos. Expresé mi sorpresa ante tal muestra de independencia a los tres y cuatro años. Rennie se encogió de hombros.

—Les exigimos bastante para que tengan un buen rendimiento físico —admitió Joe—. Qué demonios, en Nueva Guinea los niños aprenden a nadar antes que a caminar, y a la edad de Joey ya están remando por el océano en un tronco de bambú. Pensamos que cuanto menos encima de nosotros estén, mejor nos llevaremos.

—No creas que los obligamos —dijo Rennie—. En realidad nos importa un bledo. Pero supongo que les exigimos mucho tácitamente.

Joe escuchó este comentario con cierto interés.

—¿Por qué dices que nos importa un bledo? —le preguntó a Rennie.

Ella se sobresaltó; no se esperaba esa pregunta.

—Bueno... Quiero decir, en última instancia. En última instancia, no importa que las cosas sean de una manera o de otra, ¿verdad? Pero en primera instancia sí que importa, porque si no fueran independientes, tendríamos que pasar por la misma

historia por la que pasa la mayoría de la gente, y los niños necesitarían un montón de muletas.

—En última instancia, no importa que nada sea de una manera o de otra —señaló Joe—. Las cosas sólo son importantes en primera instancia.

—A eso me refería, Joe.

—Lo que quiero decir es que no deberías considerar que un valor es menos real sólo porque no sea absoluto, ya que nada de lo que tenemos es absoluto. Eso es lo que está implícito cuando dices que en realidad te importa un bledo.

Bueno, le tocaba a Rennie lanzar la pelota —yo los observaba con la cerveza en la mano como los había observado en el jardín—, pero el juego quedó interrumpido por el temporizador de la cocina. Rennie se fue a servir la cena mientras Joe secaba a los dos niños y los ayudaba a ponerse el pijama: su rendimiento físico, por lo visto, no comprendía abrocharse los botones de la espalda.

—¿Por qué no les enseñáis a abrocharse los botones uno al otro? —sugerí educadamente. Rennie me lanzó una mirada insegura desde la cocina, donde estaba sirviendo el arroz con dificultad porque se valía de una cuchara demasiado pequeña, pero Joe se rio, muy relajado, y les desabrochó a los dos niños los pijamas para que lo intentaran. Ambos lo lograron.

Como en la cocina sólo había cuatro sillas, Rennie, los dos niños y yo cenamos sentados a la mesa y Joe cenó de pie. En la mesa no habría cabido una de las sillas de lona, y en cualquier caso no tardamos mucho en terminarnos la comida, que consistía en gambas al vapor, arroz hervido y cerveza a discreción. A los niños, robustos y bien educados, se les permitía dominar la conversación durante la cena; eran tan vivaces y ruidosos como cualquier otro niño sano de su edad, pero tenían una coordinación física y un autocontrol muy superiores a los de la mayoría. En cuanto acabamos de comer, se fueron a la cama y, aunque fuera todavía había bastante luz, no se los volvió a oír.

Los Morgan tenían un acuerdo con sus vecinos del primer piso para cuando una de las parejas quería salir de noche: abrían una puerta que comunicaba sus apartamentos y así podían escuchar si los niños de la otra familia necesitaban algo. Gracias a ello, cuando los platos estuvieron limpios, pudimos dar un paseo por un campo de tréboles y un pequeño pinar que había detrás de la casa. Los Morgan andaban con rapidez, lo cual no encajaba bien con mi quiescencia, pero tampoco habría encajado negarme a acompañarlos. Rennie, que era una naturalista aficionada, mencionó los nombres de hierbas, bichos y pájaros que vimos mientras caminábamos, y Joe confirmó sus identificaciones. No puedo decir que disfrutara del paseo, pero los Morgan lo disfrutaron intensamente. Cuando regresamos, Rennie se metió en casa para escribir una carta y Joe y yo nos sentamos en el jardín en las dos sillas de lona. Joe llevó la conversación hacia el tema de los valores, que ya había salido antes.

—Casi todo lo que le dijiste a Rennie por teléfono esta tarde era razonable — concedió—. Me alegro de que hablaras con ella, y me alegro de que le dijeras que no venía al caso si te estabas burlando de ella o no. Eso es justo lo que necesita aprender. Es demasiado sensible a esa clase de cosas.

—Y tú también —le dije—. Acuérdate de lo de los *boy scouts*.

—No, yo no, de verdad —negó Joe, de un modo que no te quedaban ganas de insistir en lo contrario—. La única razón por la que te pregunté por eso es que había decidido que quería conocerte un poco más, y me pareció que si seguíamos por ese camino, no podríamos tener una conversación tranquila. Al margen de eso, no me importa en absoluto.

—Vale.

Le ofrecí un cigarrillo, pero no fumaba.

—Lo que me gusta de verdad es que aunque te burles de Rennie, pareces dispuesto a tomártela en serio. Apenas hay hombres dispuestos a tomarse en serio las ideas de una mujer, y eso es lo que Rennie necesita más que nada.

—No es asunto mío, Joe —le dije, sin perder la quiescencia—, pero si yo fuera Rennie me parecería insoportable que alguien estuviera tan preocupado por mis necesidades. Hablas de ella como si fuera una paciente tuya.

Se rio y se colocó bien las gafas.

—Supongo que hago eso, sí; no es mi intención. Cuando Rennie y yo nos casamos, nos dimos cuenta de que ninguno de los dos quería que la pareja fuera permanente si no podíamos respetarnos en todos los sentidos. Desde luego, no me interesa en absoluto hacer que el matrimonio dure en cualquier circunstancia, y estoy seguro de que a Rennie tampoco. El matrimonio no tiene ningún valor intrínseco.

—A mí me parece que tú le concedes un valor bastante alto a tu matrimonio — sugerí.

Joe me miró entornando los ojos, decepcionado, y sentí que si fuera su esposa, me habría corregido con aún más severidad.

—Ahora estás cometiendo el mismo error que cometió Rennie hace un rato, antes de la cena: caes en la falacia de que por el hecho de que un valor no sea intrínseco, objetivo y absoluto, no acaba de ser real. Lo que yo he dicho es que la relación matrimonial no es un valor absoluto, pero eso no significa que yo no la valore; de hecho, creo que valoro mi relación con Rennie más que ninguna otra cosa del mundo. Lo único que significa eso es que cuando admites que no tiene un valor absoluto, tienes que decidir tú mismo en qué condiciones te parece importante el matrimonio. ¿Vale?

—Muy bien —dije con indiferencia.

—Bueno, ¿estás de acuerdo o no?

—Claro, estoy de acuerdo.

Y, acorralado de ese modo, supongo que sí que estaba de acuerdo, pero había algo en mí que se habría resistido a aceptar un análisis tan sistemático aunque me lo

hubiera planteado Dios.

—Bueno —dijo Joe—, no soy de los que necesita estar casado en cualquier circunstancia —de hecho, en muchas circunstancias, no soportaría estar casado— y una de mis condiciones para conservar cualquier relación, pero especialmente una relación matrimonial, es que las partes implicadas puedan tomarse en serio mutuamente. Si de vez en cuando corrijo a Rennie, o le digo que alguna de sus frases es una imbecilidad, o incluso la reprendo, es porque la respeto, y para mí eso significa no hacer demasiadas concesiones con ella. Quizá hacer concesiones sea cristiano, pero para mí siempre va a significar que uno no se toma en serio a la persona con la que las hace. Ésa es la única objeción que tengo al hecho de que te burles de Rennie; no que puedas herir sus sentimientos, sino que hagas concesiones con ella porque es mujer, o por alguna tontería así.

—¿No estás considerando eso de tomarse en serio mutuamente como un valor absoluto? —le pregunté—. Parece que deseas que Rennie y tú os toméis en serio en cualquier circunstancia.

Esta observación satisfizo a Joe, pero a mí me disgustó darme cuenta de que me sentí muy feliz por haber dicho algo que él consideraba brillante.

—Eso está bien visto —afirmó sonriendo, y comenzó su arenga—. La crítica más habitual que recibe la gente como yo es que en algún lugar, al final, está el fin último que le proporciona a toda la cadena su valor relativo, y este fin último es injustificable racionalmente si no hay ningún valor absoluto. Estos fines pueden ser muy impersonales, como «el bien del Estado», o personales, como tomarte en serio a tu esposa. En ambos casos, si vas a defender estos fines, creo que tienes que considerarlos subjetivos. Pero nunca serán defendibles lógicamente; tienen la naturaleza de lo que damos por hecho a nivel psicológico, es decir, que son diferentes para cada uno. Hay cuatro cosas que no me impresionan —añadió—. La unidad, la armonía, la eternidad y la universalidad. En mi ética, lo máximo que puede hacer un hombre es tener razón desde su punto de vista. No hay ningún motivo general por el que tenga que molestarse en defenderlo, y mucho menos esperar que nadie lo acepte; lo único que puede hacer es regirse por él, porque no hay nada más. Y tiene que estar preparado para tener conflictos con personas o instituciones que también tienen razón desde sus puntos de vista, pero cuyos puntos de vista son distintos del suyo.

»Supongamos, por ejemplo, que la esencia de mi naturaleza fuera estar muy celoso de Rennie —continuó—. Bueno, resulta que ése no es el caso en absoluto, pero supongamos que fuera cierto que, debido a mi constitución psicológica, la fidelidad marital fuera una de esas cosas que damos por hecho, el equivalente subjetivo a un valor absoluto, una de las condiciones que formarían parte de cualquier serie de propósitos éticos que yo pudiera plantearme. Supongamos también que Rennie cometiera adulterio a mis espaldas. Desde mi punto de vista, la relación habría perdido su razón de ser, y yo probablemente me largaría, en el caso de que no le pegara un tiro o me lo pegara yo. Pero desde el punto de vista del Estado, por

ejemplo, seguiría teniendo la obligación de mantenerla, porque no se puede concebir una sociedad en la que la gente se larga y rompe sus relaciones familiares como si nada. Desde ese punto de vista, habría que obligarme a darle dinero para que se mantenga y yo no tendría ningún motivo para quejarme salvo que ese punto de vista no es el mismo que el mío: no puede serlo. Del mismo modo, el Estado tendría la misma justificación para colgarme o encarcelarme por pegarle un tiro que la que tendría yo para pegárselo. ¿Entiendes? O la Iglesia Católica, si yo fuera oficialmente católico, tendría la misma justificación desde su punto de vista para negarme la santa sepultura que la que tendría yo para cometer suicidio si la relación matrimonial fuera una de las cosas que considero más importantes de mi vida. Sería idiota si esperara que el mundo excusara mis actos sólo porque puedo explicarlos con claridad.

»Ése es uno de los motivos por los que no me disculpo por nada —dijo Joe para terminar—. No tengo ningún derecho a esperar que ni tú ni nadie aceptéis nada de lo que yo hago o digo, pero siempre puedo explicar lo que hago o digo. No tiene sentido disculparse, porque nada es defendible en última instancia. Pero uno puede actuar con coherencia; uno puede actuar de una forma que, si quiere, pueda explicar. Esto es importante para mí. Durante el primer mes de nuestro matrimonio, Rennie estaba siempre disculpándose ante los amigos que venían a vernos porque no teníamos casi muebles en casa, ¿sabes? Ella sabía muy bien que no queríamos tener más muebles, que no habríamos tenido más aunque hubiéramos podido permitirnoslo, pero siempre se disculpaba ante otra gente por no compartir su punto de vista. Un día se disculpó de un modo más elaborado que de costumbre, y en cuanto se fue la gente, le di un puñetazo en la mandíbula. La dejé inconsciente. Cuando volvió en sí, le expliqué detenidamente por qué le había pegado. Ella se puso a llorar y me pidió disculpas por haberse disculpado ante esa gente. Entonces le di otro puñetazo. —Joe no dijo esto con tono de alarde; tampoco con tono de arrepentimiento—. Qué demonios, Jake, cuanto más sofisticada sea tu ética, más fuerte debes ser para mantenerte a flote. Y cuando te libras de los valores objetivos, tienes que tensar bien tus músculos y mantener los ojos bien abiertos, porque debes apañarte por tu cuenta. Necesitas energía, y no sólo energía personal, sino también cultural, o estás perdido. La energía es lo que marca la diferencia entre el pragmatismo estadounidense y el existencialismo francés. ¿Dónde diablos, sino en Estados Unidos, podrías encontrar un nihilismo alegre? Supongo que estuve muy severo al pegarle a Rennie, pero me pareció que ese momento era una especie de crisis. En cualquier caso, a partir de entonces dejó de disculparse.

—Ah —dije yo.

A ver, es posible que Joe no soltara un discurso tan largo y coherente del tirón; pero es seguro que durante aquella velada esto fue lo más importante que dijo, y yo lo transcribo aquí como si fuera una única intervención sin interrupciones porque resulta más conveniente, tanto para ilustrar la naturaleza de sus preocupaciones como para añadir un par de pinceladas a su retrato. Yo lo escuché todo muy quiescente; a pesar

de que yo mismo estaba acostumbrado a expresar algunas de estas opiniones de vez en cuando (con más esperanza que sinceridad), mientras hablaba se me ocurrieron argumentos en contra de casi todo lo que dijo. Sin embargo, de ningún modo podría afirmar que él no hubiera sido capaz de refutar mis objeciones; me atrevo a decir que incluso yo habría podido hacerlo. Como solía suceder cuando me tocaba hacer frente a una postura inteligente y planteada con lucidez, me sentía tan reticente a hacer algo más que asentir como incapaz de esbozar una postura más razonable. En tales situaciones, casi siempre adoptaba lo que en el campo de la psicología se conoce como la «técnica no directiva»; me limitaba a decir «¿sí?» o «ah» y dejar que mi interlocutor se saliera con la suya.

Pero me interesaba la historia del primer encuentro de Rennie con la filosofía Morgan, así como la irresistible retórica que Joe había empleado para abrirle los ojos y mostrarle la verdad en relación con las disculpas. Todo eso demostraba con claridad que para el señor Morgan, filosofar no era ningún juego y que era coherente hasta el último detalle con los resultados de sus especulaciones. Y Rennie empezó a parecerme un poco más interesante. De hecho, debo decir que esa pequeña anécdota fue sin duda lo que me dispuso a aceptar una propuesta que Joe me haría más tarde, cuando Rennie ya se había sentado con nosotros en el jardín.

—¿Te gusta montar a caballo, Jake? —me preguntó Rennie.

—Nunca he montado, Rennie.

—Pero bueno, si es muy divertido. Tendrías que montar conmigo alguna vez. Levanté las cejas.

—Sí, supongo que será mejor hacer eso antes de probar con un caballo.

Rennie soltó una risita, moviendo la cabeza de un lado al otro, y Joe una carcajada con mucha fuerza aunque, creo, sin demasiado entusiasmo. Entonces vi cómo su frente ceñuda se iluminaba de repente.

—¡Oye, qué buena idea! —exclamó—. ¡Enséñale a montar a Jake! —le dijo a Rennie, y después se volvió hacia mí—. Los padres de Rennie montan mucho en su finca, cerca de aquí, pero yo casi nunca tengo tiempo y a Rennie no le gusta nada ir a montar sola. Me paso casi todo el día leyendo, para avanzar con mi tesis antes de que empiecen las clases. ¿No quieres que Rennie te enseñe a montar? Así ella tendrá la oportunidad de estar más al aire libre, y podréis charlar un poco.

Me sentí avergonzado por el voluntarioso entusiasmo que mostraba Joe ante su propia idea y por el mal gusto que había mostrado al dar a entender que a Rennie le sentaría bien hablar conmigo. Me satisfizo, de un modo perverso, ver que Rennie también se abochornaba un poco: por lo visto su marido todavía no la había educado lo bastante bien como para no avergonzarse cuando él actuaba con ingenuidad, aunque tuvo cuidado de ocultarle a Joe su incomodidad.

—¿Qué te parece? —le preguntó él.

—Me parece una idea estupenda, si Jake quiere aprender —dijo rápidamente Rennie.

—¿Quieres? —me preguntó Joe.

Yo me encogí de hombros.

—Me importa un carajo.

—Bueno, pues si a ti te importa un carajo y Rennie y yo pensamos que es buena idea, entonces está decidido —dijo Joe, riéndose—. De hecho, ya está decidido quieras aprender o no, salvo que prefieras negarte. ¡Es igual que lo de la cena de hoy!

Todos sonreímos y dejamos el tema, y Joe empezó a explicarme alegremente que en realidad, la afirmación que yo había hecho por teléfono (que iba a ir a la cena me apeteciera o no) era ininteligible.

—Rennie te lo habría dicho si no la hubieras puesto nerviosa burlándote de ella —dijo sonriendo—; la única señal comprobable del deseo de una persona son sus actos, cuando se habla del pasado: lo que hizo es lo que quería hacer.

—¿Qué?

—¿No lo ves? —me preguntó Rennie, y Joe se echó hacia atrás en su asiento, relajado—. La idea es que podías tener deseos encontrados, por ejemplo, el deseo de no venir a cenar con nosotros y el deseo de no ofendernos. Si has acabado viniendo a cenar es porque el segundo deseo era más fuerte que el primero: en igualdad de condiciones, no habrías querido cenar con nosotros, pero nunca hay una verdadera igualdad de condiciones, y lo cierto es que prefieres cenar con nosotros que insultarnos. Así que vienes a cenar con nosotros, y eso fue lo que, al final, quisiste hacer. No deberías decir que vas a venir a cenar con nosotros te apetezca o no; deberías decir que vas a venir si eso satisface un deseo más fuerte que el de no cenar con nosotros.

—Es como juntar más cien con menos noventa y nueve —dijo Joe—. La respuesta es apenas positiva, pero es completamente positiva. Ése es otro motivo por el que es una tontería que alguien se disculpe por algo que ha hecho afirmando que en realidad no quería hacer: lo que quería hacer, al final, es lo que hizo. Es importante recordar esto al leer libros de historia.

Me di cuenta de que Rennie se sonrojaba ligeramente cuando Joe mencionó lo de disculparse.

—Ya —le contesté a Joe no directivamente.



## 5. LA COMBINACIÓN DE TORPEZA Y FUERZA QUE HABÍA EN RENNIE ME ATRAJO

La combinación de torpeza y fuerza que había en Rennie me atrajo durante las semanas que siguieron a aquella cena consistente en gambas, arroz, cerveza y valores que me habían dado los Morgan. La suya era una torpeza que afectaba tanto a sus actos como a su forma de expresarse —Rennie se movía a trompicones y a veces se le escapaban cosas cuando hablaba— y yo tenía curiosidad por saber si lo que había detrás era ineptitud o potencia desprovista de gracia.

Al menos ésa era mi postura cuando comenzamos con mis clases de equitación. Yo me sentía mejor que ella, puesto que me consideraba el examinador y a ella la alumna, pero no la miraba con arrogancia y mi curiosidad tenía un toque de simpatía. Tuve suerte de sentir aquella peculiar superioridad, ya que me permitió soportar las primeras lecciones, que en caso contrario habrían sido difíciles de afrontar. A mí no me disgustaba el esfuerzo que implica aprender cosas nuevas, sino la vergüenza, la posición ridícula que tiene siempre el novato, y soy incapaz de imaginarme aprendiendo a montar a caballo (mi interés por la monta siempre había sido escaso) sin esa curiosidad especial ni ese peculiar sentimiento de superioridad que me permitió mantener mi orgullo a salvo.

Rennie era una jinete excelente y una profesora de lo más competente. Montábamos casi siempre por la mañana, bien temprano, y de vez en cuando después de cenar, y lo hacíamos todos los días salvo que lloviera mucho. Yo me presentaba en la casa de los Morgan a las siete y media u ocho de la mañana, a veces antes, y desayunaba con ellos; después Joe se ponía a leer y a tomar notas y Rennie, los niños y yo recorríamos en el coche los seis kilómetros que había hasta la finca de sus padres. La señora MacMahon, su madre, se hacía cargo de los niños, y Rennie y yo nos íbamos a montar. Su caballo era un brioso semental rucio de cinco años y quince palmos de alzada (tal como lo describió ella) llamado Tom Brown, y el mío, una yegua castaña de siete años que tenía una franja blanca en la cabeza, de dieciséis palmos de alzada, llamada Susie, a la que tanto Rennie como su padre describieron como tranquila, aunque era lo bastante briosa para mí. El padre de Rennie conservaba los dos caballos para su propio disfrute, pero pocas veces tenía la oportunidad de sacarlos a correr como deberían, de modo que se puso muy contento al enterarse del plan que se le había ocurrido a Joe. Lo primero que le dijo a Rennie cuando nos vio acercarnos con nuestros trajes de montar (Rennie había insistido en que me comprara unos pantalones de algodón y unas botas) fue: «¡Vaya, Ren, veo que Joe te ha encontrado compañía!».

—Éste es Jake Horner, papá —dijo bruscamente Rennie—. Voy a enseñarle a montar.

Se había dado cuenta de que el comentario de su padre daba a entender algo que yo no tenía por qué saber —que el plan de Joe no se le había ocurrido de improviso, sino que era algo premeditado—, y esto la hizo sentirse incómoda. Se dirigió hacia el potrero donde pastaban los dos caballos, y su padre y yo nos quedamos dándonos la mano y diciéndonos formalidades lo mejor que pudimos.

No necesito entrar en detalles con respecto a mi instrucción: es algo que carece de interés y que tiene muy poco que ver con mi observación de Rennie. Casi el único conocimiento previo que yo tenía sobre caballos era que había que montarlos por el lado izquierdo, pero descubrí que ni siquiera esa mínima sabiduría equina era tan invariable como yo pensaba. Rennie me dio a conocer los misterios de las bridas y los ronzales, los bocados y los frenos, el paso corto y el paso largo, las ayudas y los cambios de pies y manos. Cometí todos los errores que cometen los principiantes —agarrarme de las riendas, apretar con las piernas, apoltronarme en la silla— y los fui corrigiendo poco a poco. El hecho de que al principio mi animal me diera mucho miedo es irrelevante, porque bajo ninguna circunstancia le habría permitido a Rennie ver lo asustado que estaba.

Ella era una jinete «fuerte»: aplicaba las ayudas con vigor y conseguía que hasta un caballo tan retozón como Tom Brown se portara como un perro faldero. Sin embargo, casi siempre que me daba instrucciones secamente me decía que las siguiera con delicadeza.

—Deja de darle en el lomo —me espetaba cuando íbamos trotando uno junto al otro—. Le estás diciendo que corra con los talones y que pare con las manos.

Hora tras hora practiqué el paso, el trote y el medio galope (ambos caballos eran de tres pasos), y aprendí a montar a pelo y sin sujetar las riendas. También cómo llevar a un caballo que no obedece; cómo darse cuenta de que el animal va a ponerse nervioso, a corcovear o a salir corriendo y qué hacer para evitarlo; y cómo ensillarlo, embridarlo y almohazarlo.

Susie, mi yegua, tenía tendencia a mordisquearme cuando le ajustaba la cincha.

—Dale fuerte en el hocico —me ordenó Rennie— y la próxima vez levanta el brazo izquierdo con fuerza por encima de su cuello y no girará la cabeza.

Tom Brown, su semental, solía encabritarse dos o tres veces al salir del establo. Una de las veces que lo hizo, vi con horror cómo Rennie se echó hacia atrás y tiró de las riendas tanto que Tom perdió el equilibrio y se derrumbó de espaldas, relinchando y sacudiendo las patas. Rennie se bajó de la silla de un salto con gran habilidad y se quitó de en medio justo antes de que quinientos kilos de caballo impactaran contra el suelo. Después cogió las riendas antes de que Tom se levantara y en unos segundos, hablándole en voz baja, lo tranquilizó.

—Así aprenderá —afirmó sonriendo.

Pero cuando una vez Susie intentó el mismo truco, me dijo que era culpa mía.

—Ella sabe que estás aprendiendo. No hace falta tirarla para atrás; se comportará cuando hayas aprendido a montarla con un poco más de fuerza.

Agradecí al cielo por ello, porque si Rennie me hubiera dicho que tirara a Susie para atrás, mi orgullo me habría llevado a intentarlo. Me asustaba con facilidad; de hecho, por norma general era extremadamente apocado, pero gracias a mi vanidad, casi nunca se me notaba.

En cualquier caso, llegué a ser un jinete razonablemente diestro, e incluso aprendí a sentirme cómodo a caballo, pero nunca sentí un gran entusiasmo por aquella actividad. Me parecía que montar era agradable, pero no tanto como para que el esfuerzo de aprender valiera la pena. Rennie y yo recorrimos una gran cantidad de campo durante el mes de agosto; lo habitual era que cabalgáramos una hora y media, desmontáramos para tomarnos un descanso de quince o veinte minutos y después volviéramos a casa. Para cuando terminábamos de desensillar, cepillar y dar de comer a los animales ya era después del mediodía. Entonces recogíamos a los niños, volvíamos en el coche a Wicomico y tomábamos un almuerzo tardío con Joe, durante el cual, con cara de cansado de tanto leer, él nos interrogaba a Rennie o a mí sobre mis progresos.

Pero el tema que nos ocupa es el de la combinación de torpeza y fuerza que había en Rennie. Al montar a caballo, como hay una serie de reglas tradicionales e incluso razonables que marcan la postura que debe adoptar cada uno en cada instante, era un placer ver su cuerpo fuerte, bastante pesado y completamente bajo control; se sentaba en la silla cuando iba al paso y se levantaba para ir al trote, erecta y relajada, con las mejillas sonrojadas al viento, un brillo en los ojos castaños, el pelo rubio y muy corto brillando bajo el sol. En aquellos momentos poseía una clase de belleza llena de fuerza. Pero no era capaz de manejar bien su cuerpo en las situaciones en que no había reglas. Cuando caminaba, iba todo el tiempo dando tumbos. Al quedarse quieta de pie, no sabía qué hacer con los brazos y solía apoyar todo el peso de su cuerpo en una pierna y echar la otra desgarbadamente a un lado. Durante nuestros breves momentos de descanso, cuando nos sentábamos en el suelo a fumar unos cigarrillos, simplemente carecía de estilo o gracia: se dejaba caer y se ponía a toquetear algo, muy inquieta. Creo que era su conciencia de esta incapacidad para manejar bien su cuerpo lo que la impulsaba a hablar con más libertad y confianza durante nuestros paseos de lo que lo habría hecho en otras situaciones, ya que los dos Morgan eran, por lo general, gente poco confiada, y Rennie incluso tenía tendencia a mostrarse taciturna cuando Joe estaba con nosotros. Pero aquellas mañanas de agosto hablamos un montón. En ese sentido, si no en otros, el plan de Joe salió muy bien y la conversación de Rennie con frecuencia demostró ser tan torpe y fuerte como ella.

Uno de nuestros trayectos más frecuentes nos llevaba hasta un pequeño arroyuelo que atravesaba un bosque de pinos situado a unos quince kilómetros de la finca. Allí los caballos podían beber, si hacía calor, y muchas veces llevábamos el bañador debajo de la ropa de montar y nos dábamos un chapuzón en cuanto llegábamos, y después nos vestíamos, con absoluta discreción, ocultos en el bosque. Resultaba muy agradable: el agua del arroyuelo era bastante limpia y el sitio era totalmente privado,

bajo los pinos, que también alfombraban el suelo con una suave capa de agujas marrones. Una vez le comenté a Rennie que era una pena que Joe no pudiera disfrutar de aquel sitio con nosotros.

—Qué cosa tan tonta —dijo ella, un tanto disgustada.

—La cortesía siempre es una cosa tonta —dije sonriendo—. Me siento cortésmente apenado por el hecho de que tenga que estar empollándose esos libros mientras nosotros nos vamos a galopar y a bañarnos por ahí.

—Mejor no se lo digas; detesta la compasión.

—Qué cosa tan tonta, ¿no crees? —dije en voz baja—. Joe es de lo más curioso.

—¿A qué te refieres, Jake? —Estábamos descansando después de nadar un rato; yo estaba tumbado, muy cómodo, en posición supina, bajo un árbol que había junto al agua, masticando una aguja verde de pino y mirando de reojo a Susie y Tom Brown, que estaban atados muy cerca. Rennie estaba tirada como un saco de avena contra el mismo árbol, pero se incorporó y me miró con preocupación—. ¿Cómo puedes decir, precisamente, que Joe es tonto?

—¿A qué te refieres? ¿A cómo puedo decir precisamente yo que Joe es tonto? ¿O a cómo puedo decir que precisamente Joe es tonto?

—Ya sabes a lo que me refiero: ¿cómo puedes decir que Joe es tonto? ¡Por el amor de Dios!

—Ah —dije, riéndome—. ¿Hay algo más tonto que disgustarse ante la cortesía? Si de verdad sintiera pena por él, sería asunto mío, no suyo; si sólo estuviera diciendo que siento pena por él para ser cortés, habría todavía menos motivos para molestarse, ya que estaría sólo hablando por hablar.

—Pero hablar por hablar es absurdo, ¿no?

—Claro. ¿De dónde habéis sacado Joe y tú la idea de que hay que eliminar las cosas absurdas? Ésa es otra tontería. Y ya puestos, ¿hay algo más tonto que este intento de vivir de manera coherente?

A ver, sé muy bien lo que habría contestado Joe a estos comentarios, y quiero ser el primero en admitir que son ininteligibles. Pero mi objetivo no era decir algo importante, sino observar a Rennie. Estaba espantada.

—¡No estás hablando en serio, Jake! ¿Estás hablando en serio?

—Y por todos los santos, ¿acaso hay algo más tonto que esa idea suya de que dos personas pueden vivir de ese modo en la misma casa?

Rennie se puso de pie. Supongo que su expresión fue la misma que la de los atenienses la mañana en que descubrieron que Alcibíades había capado a todos los dioses de mármol de la ciudad. Se quedó muda.

—Siéntate —le dije, riéndome de lo consternada que estaba—. Rennie, la cuestión es que cualquier postura puede ser tonta si uno quiere verla así, y cuanto más coherente, más tonta. No es una tontería desde el punto de vista de Joe, desde luego, teniendo en cuenta sus fines, sean cuales sean. Pero la verdad es que me horroriza que espere que alguien más esté de acuerdo con él.

—¡Pero si no espera que nadie esté de acuerdo! —gritó Rennie—. ¡Eso es lo más importante!

—Y entonces ¿por qué una vez te atizó por disculparte? No, fueron dos veces. ¿Para pasar el rato? ¿Porque no te atreverías a decirle que te da pena aunque te diera pena?

Pregunté estas cosas sin verdadera malicia, sólo como una especie de provocación, pero Rennie, para mi sorpresa, se echó a llorar.

—¡Oye, oye! —le dije con dulzura—. Siento muchísimo haberte hecho daño, Rennie. —La agarré del brazo, pero ella lo apartó como si también yo le hubiera pegado—. Oye, siento haber dicho que lo sentía.

—¡Jake, para ya! —gritó, y yo observé que el gesto de entrecerrar los ojos y mover la cabeza de un lado al otro servía para expresar dolor además de hilaridad, y lo hacía con gran eficacia. Cuando recuperó el control sobre sí misma, dijo—: Seguro que piensas que somos una pareja muy rara, ¿verdad?

—Vuestro matrimonio es lo más extraño que he visto en mi vida —admití alegremente—. Pero esto no es una crítica, ¿eh?

—Pero piensas que yo soy un cero a la izquierda, ¿verdad?

Ah. Algo en mi interior reaccionó con mucha fuerza ante esta pregunta no particularmente conmovedora de Rennie.

—No lo sé, Rennie. ¿Tú qué opinas?

A modo de respuesta, Rennie empezó a contarme lo que resultó ser la historia de su relación con Joe. La cara, recia de por sí, se le había hinchado y puesto roja de llorar, y en un estado de ánimo más crítico me habría parecido desagradable de mirar, pero descubrí entonces que estaba muy impresionado por su estallido, y la curiosa simpatía que había sentido hacia ella desde que me enteré de que Joe la había noqueado —una simpatía que no tenía nada que ver con la compasión abstracta por las mujeres— ahora estaba operando en mí muy claramente. También observé esta simpatía, de un modo impersonal y con cierto asombro, desde otra parte de mí mismo, la misma parte que contemplaba que no me sentía nada disgustado ante la cara llorosa y distraída de Rennie. Esto fue lo que me contó, editado y resumido:

—Estuve viviendo en una confusión absoluta desde que nací hasta que conocí a Joe, ¿sabes? —dijo—. Era una chica popular y todo eso, pero te juro que es como si hubiera estado dormida durante todo el tiempo que pasé en el colegio y la universidad. No había nada que me interesara de verdad, nunca pensaba en nada, no tenía ganas de hacer nada en concreto y ni siquiera disfrutaba de la vida. Sólo me dedicaba a fantasear, como si estuviera inmersa en un sueño amorfo. Si alguna vez pensé en lo que era mi vida, supongo que me centraría en mis potencialidades, porque nunca me sentí insatisfecha conmigo misma.

—Suena maravilloso —dije. No era sincero, ya que de hecho sonaba muy tópico. Sólo me interesaba porque encajaba bien con el animal desatado que algunas veces me había parecido adivinar en Rennie.

—No deberías decir eso —dijo Rennie rotundamente—. No era nada, ni maravilloso ni ninguna otra cosa. Cuando acabé la universidad, me fui a Nueva York a trabajar, sólo porque mi compañera de piso consiguió un trabajo ahí y quería que yo la acompañara, y ahí fue donde conocí a Joe, que estaba estudiando el máster en Columbia. Estuvimos saliendo durante un tiempo, de manera bastante informal: a mí no me interesaba mucho él, y creo que yo tampoco le gustaba demasiado. Y entonces, una noche, me sonrió y me dijo que no íbamos a quedar más. Le pregunté que por qué no y me dijo: «No pienses que te estoy amenazando; es sólo que no le veo el sentido». Yo le dije: «¿Es porque no me acuesto contigo?», y él me contestó: «Si fuera por eso, me habría buscado una portorriqueña en vez de estar perdiendo el tiempo contigo».

—Buena frase —comenté.

—Dijo que no tenía ninguna necesidad de compañía femenina de por sí; que la compañía, para él, representaba un auténtico intercambio de todo al mismo nivel, y que el sexo representaba el sexo, y que yo no le ofrecía ninguna de las dos cosas. Tendrás que creerme, no me estaba soltando un rollo. Lo decía de verdad. Dijo que pensaba que probablemente yo podía ser maravillosa, pero que de momento era una superficial de la hostia y que no esperaba que cambiara por él. No podía ofrecerme a cambio nada que se adecuara a los valores que yo tenía entonces, y no sentía ningún interés por cómo era yo, así que teníamos que dejar de vernos.

—¿Y entonces te abalanzaste sobre él?

—No. Me dolió lo que me dijo, y le contesté que él tampoco era tan maravilloso.

—¡Muy bien!

—Qué tonto eres, Jake. No digas eso.

—Lo retiro.

—¿No te das cuenta de que ahora mismo estás haciendo todas las cosas que Joe no haría nunca? Esos comentarios inútiles, medio en broma. Bueno, cuando le dije eso, Joe se encogió de hombros y se marchó, dejándome ahí sentada en el banco. No le importaba una mierda la cortesía.

—¿En el banco?

—Me había olvidado de contártelo. La noche en que pasó todo esto, mi compañera de piso y yo habíamos dado una fiesta, no sé muy bien por qué, y habían ido todos los amigos que teníamos en Nueva York: gente común y corriente. Habíamos estado bebiendo y diciendo tonterías y haciendo el payaso. Ya ni me acuerdo de lo que hicimos, porque todavía estaba confusa. A mitad de la noche, Joe dijo que quería ir a dar una vuelta, y yo no tenía muchas ganas de irme de la fiesta, pero lo acompañé de todos modos. Estuvimos un rato paseando por Riverside Park y cuando nos sentamos en el banco, pensé que iba a empezar a besarme. Nunca había mostrado mucho interés por esas cosas, así que yo estaba bastante sorprendida. Pero lo que hizo fue empezar a decirme lo que te he contado y después se marchó. ¡Entonces me di cuenta de que tenía una confusión terrible!

»Volví a la fiesta y me emborraché todo lo que pude, y cuanto más borracha estaba, más horrible me parecía la gente. Descubrí que en realidad nunca había escuchado lo que decían los demás, y en ese momento, al escucharlos por primera vez, me pareció increíble. Sólo decían tonterías. Mi compañera de piso era la peor de todos. Yo pensaba que era una chica bastante lista, pero entonces, al escucharla, me di cuenta de que no decía más que bobadas. Pensé que me moriría si oía una sola palabra más.

»Al final, cuando estaba completamente borracha, mi compañera de piso intentó que me metiera en la cama con un tío. Todos se habían ido y sólo quedaban dos tíos —el novio de mi compañera de piso y ese otro tío— y habían decidido que esa noche se iban a acostar con nosotras. Mi compañera de piso dijo que estaba dispuesta a hacerlo si yo también lo estaba, y yo estaba enfadada con ella, ¿sabes?, y no por lo que quería hacer, sino porque era demasiado tonta para hacer nada con claridad. Pero Joe me había hecho sentir tan horrible, tan inútil, al abrirme los ojos, que no me importaba una mierda lo que me ocurriera; di por hecho que se había ido para siempre.

»Fue rarísimo, Jake. Yo era virgen, pero eso nunca me había importado en ningún sentido. Aquel tío no era mala gente, sólo era un chico delgado, con un aspecto normal, que trabajaba en alguna oficina, y había bebido tanto que empezó a meterme mano un poco a lo bruto, como un verdadero macho. Cuando pensé que no me importaba lo que me ocurriera, lo cogí del pelo con las dos manos y froté mi nariz contra la suya. Yo era más alta y grande que él, y se cayó del sillón. Mi compañera de piso y su novio ya estaban en el dormitorio, así que ayudé al tipo ese a quitarse los pantalones allí mismo, en el salón. ¡Estaba asustadísimo de mí! Quería apagar las luces y poner música y desvestirme en la oscuridad y que pasáramos media hora enrollándonos antes y no sé qué cosas más, y entonces le dije que era un maricón y lo tiré al suelo y empecé a morderlo ahí, sobre la alfombra, hasta que le hice sangre. ¿Y sabes lo que hizo él? ¡Sé quedó allí chillando!

—¡Dios, no me extraña! —dije yo.

—Yo sabía que si él no hacía algo rápido, sería demasiado tarde, porque yo me odiaba cada vez más. Pero el pobre se desmayó en el suelo. Pensé que sería divertido sentarme encima de él y hacerle la respiración artificial...

—¡Por Dios!

—Yo también estaba borracha, no te olvides. De todas maneras, no supe cómo hacerlo y para colmo le vomité encima.

Yo negué con la cabeza.

—Y luego me sentía tan mal que me largué de la casa y fui andando hasta la casa de Joe. Yo vivía en la calle Cien con la Décima Avenida y él en la Cien con la Trece, cerca de Broadway. Después de estar con ese otro tío, no me importaba una mierda lo que pudiera hacerme.

—No voy a preguntarte lo que te hizo.

—Lo que hizo fue mirarme y meterme en la ducha, con ropa y todo; acuérdate de que me había vomitado encima. Abrió el agua fría y me dejó ahí mientras me preparaba una sopa y un zumo de tomate, y después me puso un pijama y una bata y me tomé la sopa. Eso fue todo. Y esa noche nos acostamos juntos...

—Oye, Rennie, no tienes por qué contarme todo esto.

—No, te iba a decir que nos acostamos juntos en su cama y nos dormimos. No me hizo el amor. Pero él no iba a pasar la noche en un sillón sólo por una cuestión de decoro. ¿No quieres que te cuente esto?

—Claro que quiero, si tú quieres contármelo.

—Sí, quiero contártelo. Nunca le he contado lo que pasó esa noche a nadie, y Joe y yo nunca hemos vuelto a mencionarlo siquiera, pero nadie me había dicho que mi matrimonio le parecía una tontería, y creo que para mí es importante contarte estas cosas. Creo que nunca lo había pensado hasta que empezaste a burlarte de nosotros.

—Admiro la capacidad de contención de Joe —dije, un tanto incómodo.

—Jake, supongo que es un *boy scout* de verdad, en algunos sentidos, pero además tenía otro motivo. Cuando estuve sobria me dijo que no estaba tan excitado como para aprovecharse de mí en ese momento de indefensión. Me dijo que le gustaría hacerme el amor, pero no sólo por hacerlo; teníamos que hacer todo lo que hiciéramos juntos en un mismo nivel, entendiéndolo de la misma manera, por las mismas razones, sin que nadie hiciera concesiones, y que si no, no le interesaba. Pero me dijo que le gustaría tener una relación más o menos permanente.

»Entonces le pregunté si se quería casar conmigo. Y él me dijo: «Eso no me importa una mierda, Rennie. Preferiría casarme, porque no me gustan las gilipolleces que suelen rodear las relaciones de amantes, pero tendrías que entender a qué me refiero cuando hablo de un acuerdo más o menos permanente». Se refería a que estaríamos juntos mientras los dos respetáramos al otro por completo, absolutamente por completo. Nuestro interés principal tendría que ser esforzarnos por conservar ese respeto. No le interesaba demasiado tener una esposa o una amante, pero esa otra cosa le interesaba muchísimo.

»¿Sabes lo que hicimos? Estuvimos hablando de ello sin parar durante dos días y dos noches, y en todo ese tiempo no me tocó ni me dejó tocarlo. Yo no fui a mi trabajo ni él fue a sus clases, porque los dos sabíamos que aquello era más importante que nada de lo que hubiéramos hecho nunca. Me explicó su postura ante las cosas, ante todo, y me hizo más preguntas sobre mí misma de las que nunca me habían hecho. «El mundo está lleno de gilipolleces que no tienen ningún sentido», me dijo. «Para mí hay muy pocas cosas que tengan algún valor, y ésta es una de ellas». Acordamos que sobre cualquier cosa, por muy pequeña o aparentemente banal que fuera, compararíamos nuestros puntos de vista de una manera absolutamente impersonal y lo examinaríamos todo hasta el detalle, con la mayor precisión de que fuéramos capaces, por lo menos durante los primeros años, y me advirtió que hasta que me acostumbrara a expresarme con mucha claridad todo el tiempo —hasta que



aprendiera cómo se hace eso—, la mayoría de las ideas que nos parecieran razonables iban a ser tuyas. Tendríamos que tratar de dejar de lado mis ideas... Quería que yo volviera a estudiar y aprendiera muchas cosas, no porque pensara que la formación académica fuera fundamental, sino porque ése era su campo, y si yo seguía ignorándolo, cada vez estaríamos más lejos. No tendríamos conversaciones sobre el trabajo y cosas así, no estarían por un lado mis intereses y por otro sus intereses. Lo que uno de los dos se tomara en serio, tendríamos que tomárnoslo en serio los dos, y nuestra relación estaría en el primer lugar de la lista, por encima de nuestras carreras y ambiciones y cualquier otra cosa. Me dijo que esperaba que yo me exigiera tanto a mí misma, y le exigiera tanto a él, como él se exigía y me exigiría a mí, y que esa exigencia siempre tenía que ser igual.

—¡Dios!

—¿Entiendes lo que significaba eso? Joe no tenía amigos, porque esperaba esa clase de cosas de un amigo, aunque en un grado menor; esperaba que un amigo tuviera una mirada penetrante y pensara con claridad todo el tiempo. Así que dejé de ver a todos los amigos que tenía yo, porque había que hacer toda clase de concesiones con ellos; no había manera de tomárselos en serio de verdad. Y tuve que cambiar radicalmente de opinión no sólo sobre mis padres, sino también sobre toda mi infancia. Antes pensaba que había tenido una infancia bastante ideal, pero entonces empecé a darme cuenta de que me habían criado entre algodones. Me deshice de todas mis opiniones, porque no era capaz de defenderlas. Creo que me borré por completo, Jake, hasta que no quedó nada de mí, para poder empezar de cero. Y la cuestión es que no creo que pueda llegar a ser lo que Joe quiere, ¿sabes? Siempre voy a ser insegura, y él siempre va a poder explicar sus puntos de vista mejor que yo, pero no puedo hacer más de lo que he hecho. Como dice Joe, esto es lo que hay.

Negué con la cabeza.

—Suenas muy deprimente, Rennie.

—¡Pues no lo es! —protestó—. Joe es maravilloso. No cambiaría nada de lo que he hecho aunque pudiera. No te olvides de que yo elegí hacer esto. Podría irme cuando quisiera, y él nos mantendría a los niños y a mí.

Pero a mí me parecía que ella había elegido hacer eso como yo elegía mi postura en la Sala de Progresos y Consejos.

—Joe es una persona excepcional —coincidí—, si te gustan esas cosas.

—¡Jake, es maravilloso! —repitió Rennie—. Nunca he visto a nadie como Joe, te lo juro. Tiene una lucidez impresionante. A veces me parece que no hay ningún tema en el que Joe pueda pensar que vaya a estar jamás a la altura de su lucidez. Esto te va a sonar ridículo, Jake, pero pienso en Joe como pensaría en Dios. Incluso cuando comete un error, sus razones para hacer lo que hizo son más claras y lúcidas que las de nadie. No te rías de esto.

—Es intolerante —afirmé.

—¡También lo es Dios! Pero tú sabes por qué Joe es intolerante: ¡sólo es intolerante con la estupidez de la gente que le importa! Jake, ahora estoy mucho mejor de lo que estaba antes; antes no era nada. ¿Qué he perdido?

Sonreí.

—Supongo que podría decir algo sobre tu individualidad. La gente suele mencionar la individualidad en momentos como éste.

—Joe y yo ya hemos hablado de eso, Jake. ¡Por Dios, sobre todo no lo acuses de ser ingenuo! Él dice que una de las cosas más difíciles y más importantes es tener conciencia de todas las alternativas posibles a lo que tú defiendes.

—¿Cómo ha planteado eso?

—Para empezar, supongamos que la personalidad de todo el mundo fuera realmente única. ¿Se sigue de eso que una cosa es valiosa por ser única? Tú estás diciendo que es mejor ser una Rennie MacMahon auténtica que un Joe Morgan de imitación, pero eso no es tan evidente, Jake; no es evidente en absoluto. Sólo es romántico. Yo preferiría ser un Joe Morgan de tercera categoría que una Rennie MacMahon de primera. Al diablo el orgullo. Todo eso de la personalidad única tampoco es un valor absoluto.

—Para citar la palabra de Dios, tampoco se sigue que una cosa no tenga valor por el hecho de que no sea un valor absoluto.

—¡Para, Jake! —Rennie se estaba enfadando de nuevo.

—¿Por qué? También podrías defender que aunque Rennie MacMahon no tuviera un valor intrínseco, era lo que había. Te voy a preguntar una cosa, Rennie: ¿por qué crees que Joe siente interés por mí? Debe saber que no voy a estar de acuerdo con nada de lo que plantea. Yo hago concesiones con todo el mundo, sobre todo conmigo mismo. ¡Dios, las concesiones que hago con Joe! Y él también las hace, desde luego. ¿Por qué tenía tantas ganas de que hablara contigo? ¿No sabía que yo iba a decirte que todo esto me parece a veces cómico y a veces espantoso, en función de mi estado de ánimo?

—Jake, me parece que no te has dado cuenta de lo fuerte que es Joe. Eso es lo mejor de todo: su fuerza. Es tan fuerte que no me querría si alguien pudiera convencerme de que he cometido un error.

—No veo demasiada fuerza en todo el tema este de montar a caballo. Cualquiera que no lo conociese diría que estaba tratando de que nos enrolláramos.

Rennie no se arredró.

—Es tan fuerte que puede permitirse parecer débil algunas veces, Jake. No hay nadie tan fuerte como Joe.

—Claro, es un *scout* águila —dije alegremente.

—Incluso eso —dijo Rennie—; es tan fuerte que incluso puede permitirse ser una caricatura de su propia fuerza algunas veces, y que no le importe. No hay mucha gente que sea tan fuerte.

—¿Y se supone que yo tengo que hacer de abogado del diablo, entonces? Lo haría muy bien.

Ahora Rennie estaba incómoda.

—No lo sé. Supongo que esto te va a ofender, Jake. La verdad es que no sé por qué Joe está tan encantado contigo. Nunca antes le había interesado nadie —no tenemos amigos ni hemos querido tenerlos—, pero después de tu entrevista me contó que le resultabas muy interesante, y después de vuestras primeras conversaciones estaba bastante entusiasmado. Lo que me dijo fue que a mí me vendría muy bien conocer a alguien con una mente de primera categoría que fuera completamente distinta de la suya, pero seguro que había algo más.

—Me siento halagado —dije, y era verdad, lo cual me molestaba un poco—. ¿Piensas que había algo más porque no ves en mí nada de primera categoría?

—Eso no importa. Lo que a veces me da miedo es que en muchos sentidos no eres completamente distinto de Joe: eres exactamente igual que él. Varias veces incluso os he escuchado decir la misma frase. Partís de muchas premisas comunes. —Rennie se había ido poniendo nerviosa a medida que hablaba. Ahora se estremeció—. ¡Jake, tú no me gustas!

Aquello me tranquilizó: mi propio malestar desapareció con ese dictamen, y mi estado de ánimo cambió como por arte de magia. Pasé a ser un Jacob Horner fuerte, reservado, un tanto siniestro, nada que ver con el tipo coqueto, sarcástico y ocurrente que había escuchado la primera parte del relato de Rennie. La miré y le sonreí.

—Ojalá a Joe no se le hubiera ocurrido —dijo ella—. No me gusta nada la idea. No quiero ser injusta contigo, Jake, pero creo que era mucho más feliz hace un mes, antes de conocerte.

—Díselo a Joe.

Entornó los ojos y movió la cabeza de un lado al otro, no en expresión de hilaridad.

—Joe piensa que he llegado más lejos de lo que he llegado en realidad —dijo lacónicamente—. Ya me siento culpable por contarte tanto. Eso ha sido una señal de debilidad; es casi como si lo hubiera engañado.

—Dile que hemos hablado de ello —le dije.

Rennie respiró con fuerza y, medio temblando, negó con la cabeza.

—Eso es lo que pasa, ¿ves? No te puedo decir que no se lo digas, pero si se lo dices, estoy perdida. Nunca podría compensar algo así.

Eso me parecía muy claro a mí también: era un pequeño germen de Rennie MacMahon quien me había hecho todas esas confidencias.

—Tienes que haberte dado cuenta de que a alguna gente el plan Morgan le iba a parecer algo imposible de tomarse en serio.

—Claro, pero sólo era «alguna gente». Lo que me da miedo es que alguien pueda admitir todas las premisas de Joe —todas nuestras premisas—, entenderlas y admitirlas y después, pese a todo, reírse de nosotros.

—A lo mejor eso era lo que buscaba Joe.

—Puede ser, pero si es así, me sobrestimó. Yo no lo soportaría. Él podría soportarlo y no preocuparse en absoluto. ¿Te acuerdas de cuando se puso a hablar del rendimiento físico de los niños y a ti se te ocurrió que se abrocharan el pijama el uno al otro? A eso me refería cuando te dije que es lo bastante fuerte como para ser una caricatura de sí mismo, para ser todas esas cosas de las que te has burlado. Cuando se te ocurrió eso, me asusté, me asusté de verdad. No sabía cómo iba a reaccionar Joe. ¡Dios, Jake, puede llegar a ser muy violento! Pero se limitó a reír y les dijo a los niños que hicieran lo que habías propuesto.

—Te tiene asustadísima, Rennie. ¿Es por la vez que te pegó?

Cada vez que mencionaba eso, Rennie se echaba a llorar. Ese golpe le había hecho más daño de lo que Dios se podía imaginar.

—¡No soy tan fuerte, Jake! —gritó ella—. Es culpa mía, pero no soy lo bastante fuerte para él.

—Tengo entendido que Dios es soltero —dije yo.

Al igual que la anterior disquisición de Joe sobre los valores, la historia de los problemas domésticos de los Morgan no me fue relatada de una vez y de forma tan ordenada como la he presentado aquí. Lo que ocurrió fue que, una vez empezó, nuestros paseos cotidianos a caballo tomaron un nuevo carácter. Por lo general, a partir de entonces, montábamos en silencio y nos dirigíamos con una sorprendente resolución hacia el arroyuelo que atravesaba el bosque de pinos para charlar allí, donde ya no pasábamos veinte minutos, sino hasta una hora. Es interesante señalar que Rennie nunca hablaba del tema mientras montaba: de hecho, cada mañana se subía en Tom Brown con una mal disimulada falta de interés. En cualquier caso, siempre íbamos al bosque; sin duda, los caballos habrían ido allí aunque no los guiáramos, y tengo que admitir que más de una vez fuimos Susie y yo los que tomamos la iniciativa de encaminarnos en esa dirección.

Cuando volvíamos al apartamento de los Morgan, Rennie no decía ni una palabra salvo que Joe le preguntara directamente qué tal nos había ido la mañana, cosa que hacía a menudo. Cuando era necesario, Rennie le mentía terriblemente sobre la naturaleza de nuestras conversaciones. Terrible y torpemente: no era algo agradable de ver. Joe la escuchaba con atención y, en términos generales, sin mojarse; y a veces sonreía. Es probable que supiera que ella mentía, aunque es difícil, para quien conoce la verdad, evaluar con acierto la eficacia de sus disfraces. Pero si lo sabía, no le preocupaba. Joe era, en efecto, muy fuerte.

Él y yo nos llevábamos cada vez mejor. Le apasionaba discutir conmigo de cualquier tema: política, historia, música, integridad moral, lógica; jugábamos al tenis y al gin rummy, y yo corregí un par de infinitivos incorrectamente partidos del manuscrito de su disertación, un estudio curioso y brillante sobre el importante papel de la inocencia y la energía en la historia política y económica norteamericana. Mi

postura con respecto a Joe, Rennie y el resto del universo cambiaba con tanta frecuencia como la sonrisa del Laocoonte: algunos días pensaba como un demócrata de izquierdas común y corriente; otros, sentía horror ante la misma idea de reformar algo; algunos días me levantaba asceta, y otros, rabelasiano; algunos días era superracional, y otros, antirracional. Siempre me defendía con vehemencia (salvo cuando estaba poco comunicativo), y Joe se reía y me criticaba sin piedad. Era una manera bastante agradable de pasar la tarde, desde mi punto de vista, pero Rennie, a medida que avanzaba agosto, se fue volviendo cada vez más taciturna. En el bosque de pinos se estremecía, racionalizaba, hablaba y lloraba.

Estaba atrapada.

En cuanto a mí, todavía no había logrado decidir si lo que me había contado sobre su extraordinaria humildad era una muestra de gran debilidad o de fuerza impresionante; no hay manera de sopesar esas cosas cuando se presentan de un modo tan radical. Pero en términos generales, aunque fuera incoherente, me parecía más atractiva, creo, y la parte de mí que se dedicaba a observarme pensaba que comprendía muy bien a la parte que se sentía atraída (muchas, muchas otras «partes» no se vieron afectadas en absoluto en ningún sentido): creo que el atractivo de Rennie, para mí, consistía en que era la única mujer que había conocido, si no la única persona, que había examinado detenidamente su interior y no había hallado nada. En tal caso, la cuestión de la integridad moral deja de tener sentido.

El 31 de agosto de 1953, su actitud pareció cambiar. Había llovido hasta primera hora de la tarde, de modo que salimos a montar después de la cena, mientras Joe estaba en una reunión de los *boy scouts* de Wicomico. Esa noche empezó a llevar a Tom Brown al paso, montándolo casi con aprensión, pensé, sin fuerza ni estilo, y a charlar distraídamente sobre cualquier cosa durante el paseo. Pero en el bosque de pinos estaba tranquila.

—Todo está bien, Jake —dijo, y sonrió sin calidez.

—¿Qué es lo que está bien?

—Lamento haberme ido tanto de la lengua, pero eso ya se acabó.

—¿Eh?

—Bueno, durante un tiempo me dabas mucho miedo, ¿sabes? A veces me parecía que en realidad no podía estar segura de que Joe fuera más fuerte que tú. Cuando estaba a punto de acorralarte con sus argumentos, tú ya estabas en otra parte, y peor aun, incluso cuando lograba destruir alguna de tus posiciones, me daba la sensación de que en realidad a ti no te había rozado; como si tú no estuvieras implicado en tus posiciones.

—Te estás volviendo muy lista —le dije, riéndome.

—Mira, ahí está —dijo, alcanzándome y poniéndose a mi lado—: cuando él te quitaba los puntales de tus argumentos, lo único que hacías era reírte. Y entonces, hace poco, empecé a preguntarme: «Si no es sus opiniones, ¿qué es?».

—Una frase un poco rara, desde el punto de vista gramatical.

Rennie no me hizo caso.

—¿Sabes lo que he llegado a pensar, Jake? Pienso que no existes. Hay demasiados Jakes. Es algo más que una máscara que te pones y te quitas; todos tenemos máscaras. Pero tú eres diferente de verdad, diferente cada vez. Te anulas. Te pareces más a alguien que aparece en un sueño. No eres fuerte ni eres débil. No eres nada.

Me pareció que lo más apropiado era no decir nada.

—Han pasado dos cosas, Jake —dijo Rennie con frialdad—. Una es que estoy bastante convencida de que estoy embarazada de nuevo. Se me ha retrasado una semana el período, y normalmente soy muy regular. La otra cosa es que he decidido que ya no tengo que pensar en ti ni tratar contigo, porque no existes. Ésa es la superioridad de Joe. Un día, la semana pasada —continuó—, tuve un sueño, o no sé si estaba soñando despierta. La cuestión es que desde hacía unas semanas Joe se había hecho amigo del diablo y se divertía discutiendo con él y jugando al tenis con él, para medir su propia fuerza. No te rías.

—No me estoy riendo.

—Pensé que Joe había invitado al diablo a que me pusiera a prueba también a mí. Probablemente fuera porque una vez comentaste algo sobre el «abogado del diablo». Pero este diablo me daba miedo, porque yo todavía no era tan fuerte, y lo que para Joe era un juego, para mí era una lucha terrible. —Aquí Rennie titubeó un poco—. Y entonces cuando Joe vio cómo era, me dijo que el diablo no era real, y que había conjurado al diablo partiendo de su propia fuerza, como podría hacer Dios. Y entonces me dejó embarazada de nuevo para que yo supiera que él sí que era real y no tuviera miedo, y entonces...

(Rennie había empezado a exponer esta bonita idea con mucha tranquilidad, pero a medida que hablaba, se iba emocionando más y más —era una cosa que evidentemente había estado pensando con todo detalle para superar el dolor que le causaba mentir— hasta que al final desapareció el control que se suponía que había recuperado y empezó a temblar y a llorar).

—... y entonces yo llegaría a ser tan fuerte como él, y más fuerte que alguien que ni siquiera es real.

Pero no lo era. Le acaricié el pelo. Le castañeteaban los dientes.

—¡Ay, Dios, cómo me gustaría que Joe estuviera aquí! —gritó.

—Ya sabes lo que diría, Rennie. Llorar no viene al caso para nada: sólo estás eludiendo la cuestión. Toda la historia esa del diablo es demasiado fácil. Es un pretexto que te permite librarte de mí.

—¡Tú no eres real como Joe! Él hoy es la misma persona que era ayer, exactamente la misma. ¡Es auténtico! Ésa es la diferencia.

Estaba sentada en el suelo, con la cabeza entre las rodillas, y yo seguía acariciándole el pelo.

—Pero yo no —dije.

—¡No!

—¿Y tú?

A modo de respuesta, movió brevemente la cabeza de un lado al otro.

—No lo sé. Joe es lo bastante fuerte como para cuidarme, supongo. No me importa.

Eso era absurdo y los dos lo sabíamos. Yo decidí que mi argumento se redujera a seguir acariciándole el pelo, lo cual hacía que se estremeciera. Estuvimos sentados así durante unos cinco minutos sin decir nada. Después Rennie se levantó.

—Por Dios, ojalá sepas lo que nos estás haciendo, Jake —dijo.

No contesté nada.

—Joe es lo bastante real como para poder contigo. Lo bastante real para él y para mí.

—Nada más uno es uno —le dije con una sonrisa.

Rennie se quedó callada un momento, frotándose nerviosamente la tripa.

—Es verdad —dijo.

Pero poco después sucedió una cosa de lo más extraña. Llevamos a los caballos al establo y nos metimos en el coche para volver a casa, sin que ninguno dijera ni una palabra innecesaria. Era como si un montón de cosas hubieran quedado suspendidas en un frágil equilibrio —la rápida aproximación del crepúsculo por un cielo de verano completamente vacío, con su correspondiente prisa silenciosa, como si el planeta se estuviera sumergiendo, sin duda ayudado por algo— y uno sintiera que le han ordenado que se calle, ya que una palabra podría hacer que todo el universo perdiera dicho equilibrio. Ya había anochecido cuando aparcamos delante del apartamento de los Morgan y acompañé a Rennie a través de la oscuridad del jardín.

—El hogar de Joe —dije, observando una luz que había detrás de las persianas bajadas del salón. Entonces oí a Rennie sollozar y me di cuenta de que había estado llorando más—. Mejor esperamos un momento antes de entrar, ¿no?

Rennie no contestó, pero se detuvo y nos quedamos en silencio delante de la puerta. Yo no tenía ningún deseo de tocarla. Me puse a balancearme distraídamente sobre los talones, cantando para mí mismo *La Pepsi sienta bien y deja huella*. Me di cuenta de que aunque las persianas estaban bajadas, no tapaban la ventana por completo: a lo largo de la repisa quedaba una abertura de un par de centímetros de alto por la que salía una franja de luz que caía sobre la hierba.

—¿Quieres que espiemos? —le susurré impulsivamente a Rennie—. ¡Vamos, es genial! Veamos a los animales en su hábitat natural.

Rennie se quedó estupefacta.

—¿Para qué?

—¿Qué pasa, que nunca espías a la gente cuando está sola? ¡Es una maravilla! ¡Vamos, sé un poco más traviesa! ¡Es lo más injusto que puedes hacerle a alguien!

—¡Eres asqueroso, Jake! —murmuró Rennie—. ¡Estará leyendo! No conoces a Joe en absoluto, ¿verdad?

—¿Qué significa eso?

—Las personas reales no son diferentes cuando están solas. No llevan máscara. Lo que se ve de ellos es auténtico.

—Qué tontería. Nadie es auténtico. Vamos a echar un vistazo.

—No.

—Yo sí.

Me acerqué de puntillas a la ventana, me agaché y miré dentro. Al instante, le hice señas a Rennie para que se acercara.

—¿Qué pasa? —susurró.

—¡Ven aquí!

Un buen travieso debe soltar una risita mientras hace sus travesuras. Solté una risita.

A regañadientes, ella se acercó a la ventana y se puso a espiar a mi lado.

Desde luego, observar a una persona que cree estar sola es la más asquerosa de las injusticias. Era evidente que Joe Morgan, al volver de la reunión de los *boy scouts*, había tratado de leer un poco, puesto que había algunos libros abiertos sobre el escritorio y en el suelo, junto a la estantería. Pero Joe no estaba leyendo. Estaba de pie en el centro exacto de la habitación, completamente vestido, ejecutando con gran elegancia órdenes militares. ¡Media vuelta! ¡Vista a la derecha! ¡Atención! ¡Descansen! Saludó enérgicamente, hinchando las mejillas y sacando la lengua, y después comenzó a hacer cabriolas por todo el salón: daba vueltas, hacía piruetas, se inclinaba para saludar, saltaba, pataleaba. Me quedé mirándolo, embelesado por su actuación, ya que no puedo decir que ni en mis momentos más extraños (y un soltero los tiene) lo haya superado. Rennie temblaba de la cabeza a los pies.

¡Ah! Al pasar frente a un pequeño espejo que había en la pared, Joe se vio reflejado. ¿Qué? ¿Qué? ¡Barco a la vista! Se acercó un poco más, se hizo una reverencia a sí mismo y acercó la cara a cinco centímetros del espejo. El señor Morgan, ¿verdad? ¿Cómo está usted, señor Morgan? Bla, bla, bla. Uuuu, glup, prrrr. Empezó a poner caras y a hacer muecas, folongándose el rabillo del ojo, fingulando la boca para todas partes, repulgando las mejillas. Perlingo Morrengo. Ñanco ñenco ñonco. Frrrllic frrrloc frrr. ¡Frrrlicongul! Plup plup, ñom.

Se colocó bien las gafas. ¿Había oído algo? No. Volvió a su escritorio y pareció ponerse a leer de nuevo, dándonos la espalda. El espectáculo, por lo visto, había terminado. Ah, pero faltaba una cosa, sí. Se giró levemente y vimos: con la lengua asomando por un lado de la boca, Joe estaba masturbándose y hurgándose la nariz al mismo tiempo. Y creo que también estaba tarareando una canción muy animada al compás de su tarea.

Rennie cerró los ojos y apretó la frente contra la repisa de la ventana. Yo me quedé a su lado, lejos de la luz que salía del radiante salón, sin dejar de acariciarle el



pelo, hablándole en voz baja al oído en ese idioma que ella me había enseñado, sin palabras y sin gramática, que se usa para tranquilizar a los caballos.

## 6. EN SEPTIEMBRE ME TOCABA VER DE NUEVO AL DOCTOR

En septiembre me tocaba ver de nuevo al Doctor, así que una mañana, durante la primera semana del mes, cogí el coche y me presenté en la Granja de Removilización. Como hacía buen tiempo, unos cuantos pacientes del Doctor, hombres y mujeres ya muy mayores, estaban tomando el aire, sentados en sus sillas de ruedas o en las viejas sillas de mimbre que había en el porche. Como de costumbre, me saludaron con los ojos con cierto recelo; no acudían demasiados visitantes a la granja, sobre todo de mi edad, y casi nunca se los recibía de un modo muy cordial. Ignorando sus frías miradas, entré para presentarle mis respetos a la señora Dockey, la recepcionista-enfermera. La encontré reunida con el Doctor.

—Buenos días, Horner —dijo, muy sonriente, el Doctor.

—Buenos días, señor. Buenos días, señora Dockey.

Aquella mujer grande y masculina hizo un breve gesto de asentimiento con la cabeza, sin hablar —como era su costumbre—, y el Doctor me dijo que lo esperara en la Sala de Progresos y Consejos, que, junto con el comedor, la cocina, el salón social, el baño y la consulta, constituía el primer piso de esa antigua casa de madera. En el piso de arriba, habían tirado los tabiques que separaban las alcobas originales para crear dos grandes dormitorios, uno para los hombres y otro para las mujeres. El pequeño cuarto del Doctor también estaba en el piso de arriba, y había dos baños. En ese momento yo no sabía dónde dormía la señora Dockey, ni siquiera si dormía en la granja. Era una mujer de lo más reservada.

Conocí al Doctor por casualidad —una feliz casualidad— la mañana del 17 de marzo de 1951, en lo que se supone que es el elegante vestíbulo de la Estación Pensilvania de Baltimore. Era el día después de mi vigésimo octavo cumpleaños, y yo estaba sentado en uno de los bancos de la estación con mi maleta al lado. Me encontraba en un estado inusual: no podía moverme. El día anterior había dejado mi habitación del apartotel de la universidad. Llevaba alojado allí desde septiembre del año anterior, cuando, sin demasiado entusiasmo, me había matriculado para hacer un posgrado y había empezado los estudios que supuestamente debía concluir en junio del año siguiente.

Pero el 16 de marzo, el día de mi cumpleaños, con el examen oral aprobado pero sin haber siquiera empezado la tesis, hice la maleta y dejé la habitación para irme de viaje a algún sitio. Como he aprendido a no interesarme mucho por las causas ni las biografías, atribuyo ese desplazamiento al abatimiento que me provocó cumplir años, un fenómeno que a tanta gente le resulta tan familiar que no necesito explicarlo. El abatimiento provocado por cumplir años, digamos, me había recordado, a las siete de la tarde del 16 de marzo de 1951, que no tenía ningún motivo que me resultara convincente para seguir haciendo ninguna de esas cosas que estaba haciendo ni un

minuto más. Llevaba en el bolsillo treinta dólares y unas monedas. Cuando terminé de hacer la maleta, paré un taxi, fui a la Estación Pensilvania y me puse en la cola que había para sacar billetes.

—¿Sí? —dijo el hombre de la ventanilla cuando llegó mi turno.

—Eh, esto a lo mejor le parece un poco melodramático —le dije, un poco avergonzado—, pero tengo unos treinta dólares para irme de viaje. ¿Le importaría decirme algunos sitios a los que podría ir por más o menos veinte dólares?

El hombre no se mostró sorprendido ante mi pregunta. Me echó una mirada de comprensión, aunque no de simpatía, y consultó unas tablas.

—Puede ir a Cincinnati (Ohio) —afirmó—. Puede ir a Crestline (Ohio). Y, vamos a ver, sí... Puede ir a Dayton (Ohio). O a Lima (Ohio). Ésa es una bonita ciudad. Algunos de los parientes de mi mujer viven en Lima (Ohio). ¿Quiere ir ahí?

—Cincinnati (Ohio) —repetí, poco convencido—. Crestline (Ohio); Dayton (Ohio); y Lima (Ohio). Muchas gracias. Voy a pensármelo y ahora vuelvo.

Entonces me alejé de la ventanilla y me senté en uno de los bancos que había en el centro del vestíbulo para pensármelo. Y sencillamente ahí me quedé, sin motivos, como un coche se queda sin gasolina. No había ninguna razón para ir a Cincinnati (Ohio). No había ninguna razón para ir a Crestline (Ohio). Ni a Dayton (Ohio) ni a Lima (Ohio). Tampoco había ninguna razón para volver al apartotel ni, ya puestos, para ir a ningún sitio. No había ninguna razón para hacer nada. Mis ojos, como se dijo erróneamente de los ojos de las estatuas griegas, no veían nada, miraban fijamente la eternidad, permanecían fijos en la ultimidad, y cuando sucede eso, no hay ninguna razón para hacer nada, ni siquiera para cambiar el enfoque de los propios ojos. Lo cual tal vez sea el motivo por el que las estatuas están quietas. Me aquejaba un mal llamado «cosmopsis», la visión cósmica. Cuando uno padece ese mal, se queda congelado como la rana toro cuando la luz de la linterna del cazador le da justo en los ojos, sólo que con la cosmopsis no hay cazador, no hay una mano que acabe rápidamente con ese momento; sólo hay luz.

A mí alrededor, diversos animales cortos de vista entraban y salían a toda prisa por las puertas que daban a las vías; los trenes llegaban y partían. Mujeres, niños, vendedores, soldados y mozos de estación atravesaban con rapidez el vestíbulo hacia sus destinos inmediatos, pero yo seguía sentado, inmóvil, en el banco. Al cabo de un rato, Cincinnati, Crestline, Dayton y Lima se me fueron de la cabeza y ocupó su lugar esa señal de ajuste de mi mente, *La Pepsi sienta bien y deja huella*, entonada en silenciosa oracularidad. Pero también ella se fue desvaneciendo en el vacío y no apareció nada en su lugar.

Si uno parece un vagabundo, es difícil ocupar durante toda la noche un banco en una estación de tren, incluso aunque se trate de una muy concurrida, pero si uno está razonablemente bien vestido, tiene una maleta a su lado y se sienta erguido, ni los policías ni los empleados de la compañía ferroviaria lo molestan. Yo seguía sentado en el mismo lugar, en la misma posición, cuando el sol empezó a dar en las

mugrientas ventanas de la estación a la mañana siguiente, y lo más probable es que me hubiera quedado así indefinidamente, pero a eso de las nueve un hombre bajito y atildado de unos cincuenta y tantos años se detuvo delante de mí y se quedó mirándome a los ojos. Era calvo, tenía los ojos oscuros y una expresión muy seria y solemne. Era negro y llevaba un bigote canoso y un elegante traje de *tweed* a juego. El hecho de que ni siquiera se me movieran las pupilas cuando me miró muestra el estado en que estaba, ya que de ordinario me resulta casi imposible sostenerle la mirada a un desconocido.

—¿No estaba usted aquí anoche, sentado en esa misma postura? —me preguntó secamente.

No le contesté. Se acercó, inclinó su cara hacia la mía, y levantó un dedo y se puso a moverlo hacia adelante y hacia atrás a unos cinco centímetros de mis ojos. Pero no seguí el dedo con la mirada. Dio un paso atrás y me examinó gravemente. Después, de repente, chasqueó los dedos casi en la punta de mi nariz. Pestañeé de manera involuntaria, aunque no eché la cabeza hacia atrás.

—Ah —dijo, y volvió a mirarme con atención—. ¿Esto le sucede a menudo, joven?

Tal vez debido a la combinación de firmeza y dinamismo de su voz, el *no* brotó en mi interior como un eructo. Y me di cuenta, en cuanto me mordí la lengua (pues en último término no había absolutamente ninguna razón para contestar su pregunta), de que en aquel momento estaba prolongando de forma artificial lo que había sido una inmovilidad física auténtica. No elegir es impensable: lo que había hecho antes era elegir no actuar, ya que había estado quieto cuando se presentó la situación. Ahora, sin embargo, era más difícil —era una verdadera elección— morderme la lengua que soltar cualquier cosa, y por lo tanto, al cabo de un momento dije «no».

Entonces, por supuesto, salí del trance. Estaba avergonzado y muy entumecido, y me levanté rápidamente del banco para marcharme.

—¿Dónde va? —me preguntó mi examinador sonriendo.

—¿Qué? —le pregunté, frunciendo el ceño—. Pues creo que voy a coger un autobús para irme a casa. Ya nos veremos.

—Espere. —Su voz era apacible, pero totalmente dominante. Me detuve—. ¿Quiere tomar un café? Soy médico, y me interesaría comentar su caso con usted.

—No hay ningún caso —dije, muy incómodo—. Sólo he estado... ahí sentado desde hace un par de minutos.

—No. Anoche lo vi ahí a las diez, cuando llegué de Nueva York —dijo el médico—. Estaba sentado ahí en esa misma postura. Estaba paralizado, ¿verdad?

Yo me reí con cierto desdén.

—Bueno, si quiere llamarlo así... Pero no me pasa nada malo. No sé lo que me ha dado.

—Por supuesto que no lo sabe, pero yo sí. Soy especialista en varias clases de parálisis físicas. Tiene suerte de que haya pasado por aquí esta mañana.

—Pero no comprende...

—Yo lo he sacado de ahí, ¿verdad? —dijo alegremente—. Tome. —Se sacó del bolsillo una moneda de cincuenta centavos y me la dio. Yo la acepté antes de darme cuenta de lo que había hecho—. Yo no puedo entrar en la cafetería. Traiga un par de cafés y hablemos un momento para decidir qué hacer.

—No, escuche, yo...

—¿Por qué no? —dijo, riéndose—. Vamos, vaya. Lo espero aquí.

Tenía razón. ¿Por qué no?

—Yo tengo dinero —protesté sin mucha convicción, y traté de devolverle su moneda de cincuenta centavos, pero él me indicó que me fuera con un gesto de la mano y se encendió un puro.

—Vamos, dese prisa —me ordenó tranquilamente con el puro en la boca—. Muévase con rapidez o podría volver a quedarse atascado. No piense en nada más que en los cafés que le he pedido que traiga.

—De acuerdo.

Me di la vuelta y eché a andar con mucha dignidad hacia la cafetería que estaba pegada al vestíbulo.

—¡Rápido! —dijo el doctor a mi espalda, riéndose.

Yo me sonrojé y, llevado por un impulso, apreté el paso.

Mientras esperaba que me sirvieran los cafés, traté de sentir la curiosidad sobre mi invalidez y mi rescatador que me pareció que era adecuado sentir, pero estaba demasiado agotado, física y mentalmente, como para que nada me asombrara. No pretendo dar a entender que mi estado hubiera sido desagradable —era completamente anestésico en su fase avanzada, y ligeramente agradable en su etapa inicial—, pero resultaba fatigoso, y uno sentía la misma reticencia a salir de él que a salir de la cama cuando se ha dormido demasiado. De hecho, como el Doctor me había advertido (fue en ese momento cuando, no sabiendo cómo se llamaba mi benefactor, empecé a pensar en él con una D mayúscula), hubiera sido muy fácil volver a caer en la inmovilidad apoyado en la barra de la cafetería: sentía que la mente se me estaba volviendo rígida y sólo gracias al apremiante «Treinta centavos, por favor» del camarero logré ponerme de nuevo en acción, lo cual fue una suerte, porque el Doctor no podría haber entrado en la cafetería, que era para blancos, a ayudarme. Pagué y cogí los cafés que me había puesto en vasos de cartón y los llevé hasta el banco.

—Muy bien —dijo el Doctor—. Siéntese.

Vacilé. Estaba de pie delante de él.

—¡Aquí! —me dijo, riéndose—. ¡De este lado! ¡Se parece al asno que tiene que elegir entre dos montones de heno!

Me senté donde me había ordenado y empezamos a tomarnos los cafés. Esperaba una serie de preguntas sobre mí, pero el Doctor me ignoró.

—Gracias por el café —dije con timidez. Él me miró sin inmutarse durante un momento, como si yo fuera un loro que, tras permanecer un largo rato en silencio, de repente hubiera espetado cualquier disparate, y después siguió observando a la gente que se congregaba en la estación.

—Tengo que hacer un par de recados antes de que cojamos el autobús —declaró sin mirarme—. No tardaré mucho. Quería ver si seguía usted aquí antes de marcharme de la ciudad.

—¿Cómo es eso de que vamos a coger el autobús? ¿Qué autobús?

—Tendrá que venir conmigo a la granja —a mi Granja de Removilización, cerca de Wicomico— un día o dos, para tenerlo en observación —me explicó con frialdad—. No tiene ninguna otra cosa que hacer, ¿verdad?

—Bueno, creo que debería volver a la universidad. Estoy estudiando.

—Ah —dijo, y ahogó una risita—. No pasa nada por olvidarse de eso durante un tiempo. Puede volver dentro de unos días, si quiere.

—A ver, en serio, creo que debe de haberse equivocado con respecto a lo que me pasaba hace un rato. No soy parálítico. Es una tontería, de verdad. Se lo explicaré, si quiere.

—No, no se moleste. Sin ánimo de ofender, las cosas que usted considera importantes probablemente no tengan ninguna relevancia. No tengo mucha curiosidad por las historias de mis pacientes. Prefiero no oírlas, de hecho; no hacen más que embrollarlo todo. No importa demasiado cuál es la causa, ¿verdad? —Sonrió—. Mi granja es como un convento, en ese sentido: no me importa nada por qué acuden mis pacientes. Olvídese de las causas; no soy un psicoanalista.

—Pero eso era lo que quería decirle, señor —le expliqué, riendo con incomodidad—. No tengo ningún problema físico.

—Salvo que no podía moverse —dijo el Doctor—. ¿Cómo se llama?

—Jacob Horner. Estoy estudiando un posgrado ahí en Johns Hopkins...

—Eh, eh —me advirtió—. Nada de biografías, Jacob Horner. —Se terminó el café y se levantó—. Vamos, cojamos un taxi. Traiga su maleta.

—¡Pero espere!

—¿Qué pasa?

Traté de protestar: aquello era absurdo.

—Pues que esto es absurdo —balbuceé.

—¿Y?

Vacilé, parpadeando y humedeciéndome los labios.

—¡Piense, piense! —dijo bruscamente el Doctor.

Mi mente parecía el motor de un coche con el embrague desacoplado, pero no se me ocurrió qué contestar.

—Bueno, yo... ¿Seguro que está bien?

No tenía ni idea de lo que significaba mi pregunta.

El Doctor hizo un sonido breve y desdeñoso (una especie de «boh») y se dio la vuelta. Yo negué con la cabeza —en el mismo momento en que tomaba conciencia de que me estaba observando a mí mismo desconcertado— y después cogí mi maleta y lo seguí hasta la fila de taxis que había al lado del bordillo.

Así comenzó mi alianza con el Doctor. Primero nos detuvimos en un establecimiento de North Howard Street, donde encargó dos sillas de ruedas, tres pares de muletas y algunos otros aparatos para la granja, y después en una casa de suministros farmacéuticos de South Paca Street, donde también hizo no sé qué encargo. Entonces fuimos a la terminal de donde salen los autobuses que conectan las ciudades de Washington, Baltimore y Annapolis, en la esquina de Howard y Redwood, y cogimos el autobús Red Star en dirección a la Costa Este. La furgoneta Mercury del Doctor estaba aparcada en la estación de autobuses de Wicomico. Nos montamos y fuimos hasta la pequeña localidad de Vineland, situada unos cinco kilómetros al sur de Wicomico, tomamos una carretera secundaria y por fin recorrimos un camino de tierra largo y sinuoso que nos llevó a la Granja de Removilización, una casa hecha con tablones de madera, vieja pero recién pintada, que estaba en lo alto de un otero, rodeada de robles, con vistas a algún riachuelo. En el porche había algunos pacientes, hombres y mujeres seniles, que saludaron al Doctor con quejumbroso entusiasmo. Él les devolvió el saludo. A mí me miraron con evidente desconfianza, si no con hostilidad, pero el Doctor no dio explicación alguna sobre mi presencia. Desde luego, a mí mismo me habría resultado muy difícil darla.

En el interior, el Doctor me presentó a la musculosa señora Dockey y me llevó a la Sala de Progresos y Consejos para mi primera sesión. Estuve esperando solo en aquella habitación, que estaba limpia y vacía pero no parecía una consulta médica —sólo una habitación, blanca y sin ningún mueble, en una granja—, durante unos diez minutos, y después entró el Doctor y se sentó justo enfrente de mí. Se había puesto una bata blanca y parecía un médico totalmente oficial y competente.

—Voy a explicarle un par de cosas rápidamente, Jacob —dijo, inclinándose hacia delante con las manos en las rodillas y haciendo que el puro cambiara de posición entre frase y frase—. La granja, como puede ver, está diseñada para tratar la parálisis. Casi todos mis pacientes son bastante mayores, pero no debe inferir de eso que ésta es una residencia para ancianos. No lo es. Quizá haya notado, cuando llegamos con el coche, que mis pacientes me quieren. Ya ha ocurrido algunas veces que, por distintas razones, me ha parecido oportuno cambiar la ubicación de la granja. En una época estaba a las afueras de Troy (Nueva York); en otra, cerca de Fond du Lac (Wisconsin); también estuvimos cerca de Biloxi (Misisipi) y en algunos otros lugares. Casi todos los pacientes que están en la granja ahora han estado conmigo por lo menos desde Fond du Lac, y si mañana tuviera que irme a Helena (Montana) o a Far Rockaway, la mayoría de ellos vendría conmigo, y no porque no tengan otro sitio donde ir. Pero no piense que yo siento un amor semejante por ellos. Para mí representan problemas más o menos interesantes relacionados con la inmovilidad,

problemas para los que me parece interesante idear terapias. Si le cuento esto a usted y no a ellos es porque para el problema que usted tiene, esta información es inocua. Por cierto, no tiene forma de saber si algo de lo que le he dicho o de lo que voy a decir es cierto o sólo forma parte de la terapia que he pensado para usted. Ni siquiera puede saber si sus dudas a este respecto son dudas realmente fundadas o parte del tratamiento: el acceso a la verdad, Jacob, e incluso la creencia en que existe tal cosa, es algo que puede ser terapéutico o antiterapéutico por sí mismo, dependiendo del problema en cuestión. Lo único de lo que puede estar seguro es de que tiene un problema real.

—Sí, señor.

—¿Por qué dice eso? —preguntó el Doctor.

—¿Por qué digo qué?

—«Sí, señor». ¿Por qué dice «Sí, señor»?

—Ah, era sólo una forma de aceptar lo que había dicho usted.

—¿De aceptar que lo que había dicho es verdad o simplemente el hecho de que lo había dicho?

—Pues... No lo sé, señor —dijo, titubeando y aturullado.

—No sabe si decir que estaba admitiendo que mis afirmaciones eran verdaderas, cuando en realidad no estaba haciéndolo, o si decir que sólo estaba admitiendo que yo había dicho algo, a riesgo de ofenderme con la implicación de que no está de acuerdo con nada. ¿No?

—Bueno, sí que estoy de acuerdo con algo —le aseguré.

—¿Con qué cosas está de acuerdo? ¿Con qué afirmaciones?

—No lo sé. Supongo que...

Traté de encontrar algo en mi memoria, aunque fuera una sola de las cosas que había dicho. Él observó mis torpes esfuerzos fríamente durante un minuto y después continuó como si no lo hubiera interrumpido.

—La agapoterapia —la terapia de la devoción— suele funcionar bien con los pacientes mayores —dijo—. Una de las cosas más útiles para recuperar la movilidad es la devoción a alguna figura, un médico o cualquier otra clase de encargado. Eso impide que sus lealtades se dividan. Por ese motivo, estoy dispuesto a cambiar la granja de lugar de vez en cuando, aunque esto no sea deseable desde otros puntos de vista. A ellos les hace bien tomar la decisión de venir conmigo. La agapoterapia es una pequeña terapia entre un gran número de terapias que se les aplica a los pacientes, a veces consecutiva, a veces simultáneamente. No hay dos pacientes que tengan el mismo plan terapéutico, porque no hay dos personas que se queden paralizadas de la misma manera. Los autores de manuales de medicina —añadió con cierto desdén—, como todo el mundo, sólo pueden llegar a las generalidades ignorando las particularidades. Hablan de la parálisis y del tratamiento de las parálisis como si alguien hubiera leído su manual y después seguido las reglas para sufrir una parálisis como corresponde. No existe la *parálisis*, Jacob. Lo único que existe es un



Jacob Horner paralizado. Y yo no trato la parálisis; propongo terapias para movilizar a Fulano de Tal o a Jacob Horner o a quien sea. Por eso lo ignoro cuando dice que usted no está paralizado como lo está la gente que hay en el porche. Yo no trato su parálisis; lo trato a usted paralizado. Por favor, no diga «Sí, señor».

Sentí un deseo casi irresistible de asentir, pero logré quedarme en silencio y no hacerlo ni siquiera con la cabeza.

—Usted tiene varios problemas, me parece. Me atrevería a decir que no conoce la capacidad del Estadio Municipal de Cleveland, ¿verdad?

—¿Cómo dice?

El Doctor no sonrió.

—Usted insinúa con su tono de voz que mi pregunta es absurda, pero no tiene ningún fundamento para saber si lo es o no. Evidentemente, usted ha oído y ha entendido lo que he dicho. Probablemente quiere demorar el momento en que yo me entere de que no conoce la capacidad del Estadio Municipal de Cleveland, ya que su vanidad se vería amenazada si la pregunta no fuera absurda, e incluso si lo fuera. No importa que lo sea o no, Jacob Horner: es una pregunta que le hace su médico. Bueno, ¿hay algún motivo importante por el que en el Estadio de Cleveland no puedan caber cincuenta y siete mil cuatrocientas ochenta y ocho personas?

—No se me ocurre ninguno —dije con una sonrisa.

—No finja que está encantado. Claro que no hay ninguno. ¿Hay algún motivo por el que no puedan caber ochenta y ocho mil cuatrocientas setenta y cinco personas?

—No, señor.

—Desde luego que no. Por lo tanto, por lo que a la razón respecta, la capacidad de ese estadio podría ser casi cualquier cifra. La lógica nunca le podrá proporcionar una respuesta a mi pregunta. Sólo el conocimiento del mundo se la proporcionará. No hay ningún motivo importante por el que en el Estadio de Cleveland tengan que caber exactamente setenta y siete mil setecientas personas, pero resulta que ése es el número de personas que cabe. No hay ningún motivo, a fin de cuentas, por el que Italia no pueda tener forma de salchicha en vez de forma de bota, pero resulta que no es el caso. *El mundo es lo que es el caso*, y lo que es el caso no es cuestión de lógica. Si usted no sabe cuánta gente cabe en el Estadio Municipal de Cleveland, no tiene ningún motivo para decidirse por una cifra en lugar de por otra, suponiendo que pudiera tomar alguna clase de decisión. ¿Me entiende? Pero si tiene cierto conocimiento del mundo, quizá pueda contestar «setenta y siete mil setecientas personas» y punto. No hace falta tomar ninguna decisión.

—Bueno —dije yo—, todavía tendría que decidir si contestar la pregunta o no, y si contestarla correctamente en el caso de conocer la respuesta, ¿no?

La mirada tranquila del Doctor me informó de que mi comentario era más bien bobo, aunque a mí me parecía de lo más razonable.

—Una de las cosas que va a tener que hacer —dijo con indiferencia— es comprarse un ejemplar del *Almanaque Mundial* de 1951 y empezar a estudiarlo

meticulosamente. El objetivo de esto es proporcionarle una disciplina, y tendrá que hacerlo con mucho esmero, tal vez durante unos cuantos años. La terapia informativa es una de las diversas terapias que tendremos que iniciar de inmediato.

Negué con la cabeza y sonreí con afabilidad.

—¿Todos sus pacientes memorizan el *Almanaque Mundial*, Doctor?

Fue como si no hubiera dicho nada.

—La señora Dockey le enseñará cuál es su cama —dijo el Doctor, levantándose para irse—. Hablaremos en breve. —Cuando ya estaba al lado de la puerta, se detuvo y añadió—: Es posible que uno o dos de los ancianos se tomen alguna confianza con usted por la noche, en el dormitorio. Están en terapia sexual, y en sus casos me parece que es útil y conveniente sugerirles que tengan aventuras homosexuales en lugar de heterosexuales. Pero salvo que esté acostumbrado a esa clase de cosas, creo que no debería aceptar sus acercamientos. Debería tratar de que su vida fuera lo más sencilla posible, al menos durante un tiempo. Rechácelos amablemente y se arreglarán entre ellos.

No había mucho que yo pudiera decir. Al cabo de un rato, la señora Dockey me enseñó cuál era mi cama en el dormitorio de los hombres. No me presentó a mis compañeros de habitación, y yo tampoco me presenté. De hecho (aunque he llegado a conocerlos mejor), durante los tres días que permanecí en la granja no nos dijimos ni una docena de palabras, y tampoco hubo ningún acercamiento homosexual. Y cuando me fui, estaban unánimemente felices de verme marchar.

El Doctor me dedicó dos o tres sesiones de una hora cada día. No me preguntaba prácticamente nada sobre mi vida; la conversación consistía sobre todo en arengas contra la profesión médica por su estupidez en relación con la parálisis y en imputaciones de que mi estado era consecuencia de un carácter y una inteligencia defectuosos.

—Afirma que en muchas situaciones es incapaz de decidir —dijo una vez—. Bueno, yo afirmo que esa incapacidad es sólo teóricamente inherente en situaciones en que no hay nadie en posición de decidir. Si hay alguien en posición de decidir, es impensable. Por lo tanto, como esa incapacidad, en su caso, si que se puso de manifiesto, el problema no está en la situación sino en el hecho de que no había nadie en posición de decidir. Decidir es existir: en la medida en que uno no decide, no existe. Todo lo que hacemos debe orientarse hacia las decisiones y los actos. No importa si estos actos son más o menos razonables que la inactividad; la clave es que son lo contrario.

—Pero ¿por qué iba alguien a preferirlos? —pregunté.

—No hay ningún motivo para preferirlos —me dijo—, ni ningún motivo para no preferirlos. Si uno es un paciente es simplemente porque ha elegido un estado del que sólo la terapia puede sacarlo, no porque haya estados inherentemente mejores que otros. Todas mis terapias, durante un tiempo, irán dirigidas a hacerlo consciente de su existencia. No importa si actúa de modo constructivo, ni siquiera coherente; lo que

importa es que actúe. No importa si su personaje resulta admirable o no; lo que importa es que usted se lo crea.

—No comprendo por qué usted decide tratar a nadie, Doctor —le dije.

—Eso es asunto mío, no suyo.

Así estaba el asunto. Me había acusado, directa o indirectamente, de deshonestidad intelectual, vanidad e inexistencia, entre otras cosas. Si yo protestaba, el Doctor observaba que mis protestas mostraban que creía en el carácter verdadero de sus afirmaciones. Si me limitaba a escucharlo con aire melancólico, observaba que mi melancolía mostraba que creía en el carácter verdadero de sus afirmaciones.

—De acuerdo, entonces —dije al final, dándome por vencido—. Todo lo que usted dice es cierto. Todo lo que dice es verdad.

El Doctor me escuchó, muy tranquilo.

—No sabe de lo que habla —dijo él—. La verdad, tal como usted la concibe, no existe.

Estas entrevistas, aparentemente inútiles, no constituían mis únicas actividades en la granja. Antes de cada comida, los demás pacientes y yo teníamos que hacer unos ejercicios gimnásticos bajo la dirección de la señora Dockey. Los de los pacientes mayores eran muy sencillos —quizá un mero movimiento de cabeza, o unas flexiones de los brazos—, aunque algunos de los ancianos podían hacer proezas realmente sorprendentes: un caballero de setenta y tantos años tenía una habilidad extraordinaria para trepar por una cuerda, y dos ancianas resultaron ser capaces de dar unas espléndidas volteretas. La señora Dockey prescribía actividades diferentes a cada uno; mi prescripción particular fue no dejar de hacer alguna clase de movimiento visible en ningún momento. Como mínimo, estaba obligado a mover un dedo de un lado al otro o a dar golpecitos en el suelo con un pie, por ejemplo, durante la hora de comer, cuando otros movimientos más complejos habrían dificultado la ingesta. Y me dijeron que estuviera cambiando de postura durante toda la noche, lo cual no resultó ser una exigencia inadmisibles, puesto que lo hacía de todos modos, incluso mientras dormía; se trataba de una costumbre que tenía desde la niñez.

—¡Movimiento! ¡Movimiento! —decía el Doctor, casi exaltado—. ¡Tiene que ser siempre consciente del movimiento!

Había dietas especiales y, para muchos pacientes, medicinas especiales. Me enteré de que existían la terapia nutricional, la terapia medicinal, la terapia quirúrgica, la terapia dinámica, la terapia informativa, la terapia conversacional, la terapia sexual, la terapia devocional, las terapias ocupacional y preocupacional, la terapia de la virtud y el vicio, la teoterapia y la ateoterapia y, más adelante, la mitoterapia, la terapia filosófica, la biblioterapia y muchas, muchas otras terapias que los pacientes seguían, combinadas de distintas maneras y en diversas secuencias. Todo, para el Doctor, es terapéutico, antiterapéutico o irrelevante; es una especie de superpragmático.

Al final de mi última sesión —se había decidido que iba a regresar a Baltimore de forma experimental, para ver si volvía a sufrir un episodio de inmovilidad, y en qué

momento—, el Doctor me dio algunas instrucciones de despedida.

—No estaría nada bien, para su caso particular, que creyera en Dios —me dijo—. La religión sólo serviría para desalentarlo. Pero hasta que se nos ocurra algo para usted, sería útil que se adhiriera a alguna filosofía. ¿Por qué no lee a Sartre y se hace existencialista? Eso lo mantendría en movimiento hasta que encontremos algo más adecuado. Estudie el *Almanaque Mundial*: durante un tiempo, tiene que ser su breviario. Búsquese un empleo, preferiblemente en una fábrica, pero que no sea tan simple como para permitirle pensar con coherencia mientras trabaja. Estaría bien alguna actividad en la que tenga que hacer operaciones secuenciales. Salga por las tardes; juegue a las cartas con alguien. No le recomiendo que se compre una televisión, por el momento. Si lee algo además del *Almanaque*, que sean obras de teatro y nada más; ni novelas ni ensayos. Haga ejercicio con frecuencia. Dé largos paseos, pero siempre con un destino fijado de antemano, y cuando llegue, vuelva a casa directamente y a paso rápido. Y cámbiese de casa; la asociación con su domicilio actual no es saludable para usted. No se case ni tenga aventuras amorosas: si le falta valor para contratar prostitutas, entréguese temporalmente a la masturbación. Por encima de todo, actúe de manera impulsiva: si se permite atascarse entre alternativas, está perdido. No es tan fuerte como para poder superar eso. Si las alternativas están una al lado de la otra, elija la de la izquierda; si son consecutivas, elija la primera. Si no se da ninguno de estos casos, elija la alternativa cuyo nombre vaya antes por orden alfabético. Estos son los principios de la Prioridad Sinistral, la Prioridad de Antecedencia y Prioridad Alfabética; hay otros, y son arbitrarios pero útiles. Adiós.

—Adiós, Doctor —le dije, un tanto emocionado, y me preparé para marcharme.

—Si tiene otro ataque, póngase en contacto conmigo lo más pronto que pueda. Si no ocurre nada, vuelva dentro de tres meses. Le costará diez dólares por visita; ésta no se la cobro. Mi interés por su caso es limitado, Jacob, así como por el vacío que tiene por yo. Ése es su caso. Recuerde, tiene que estar moviéndose todo el tiempo. Involucrarse. Unir cosas.

Me fui, un tanto aturdido, y cogí el autobús de vuelta a Baltimore. Allí, lejos de todo, tuve la oportunidad de tratar de decidir lo que pensaba del Doctor, de la Granja de Removilización, de la interminable lista de terapias y de mi propio comportamiento. Una cosa estaba muy clara: el Doctor actuaba o bien al margen de la ley o bien justo en el límite. La terapia sexual, por mencionar una cosa, difícilmente podía estar aprobada por la Asociación Médica Estadounidense. Sin duda, esto era la causa de que la granja se trasladara con tanta frecuencia. También resultaba evidente que el Doctor era un excéntrico —aunque quizá no fuera un incompetente— y uno se preguntaba si tendría alguna clase de licencia para ejercer la medicina. Debido a que —dejando de lado sus racionalizaciones— yo era tan obviamente distinto de sus otros pacientes, no podía evitar dar por hecho que sentía algún tipo de interés especial por mi caso: tal vez fuera un psicoanalista frustrado. En el peor de los casos, era una

combinación de charlatán y profeta —una mezcla del reverendo Divine, la hermana Kenny y Bernarr MacFadden (que eran todas personas muy eficaces), con diversos elementos de curandero espiritual y Freud de pacotilla— que dirigía una casa de reposo semilegal para ancianos excéntricos; y sin embargo, no resultaba fácil reírse de la contundencia de sus argumentos ni de su perspicacia, puesto que con frecuencia daba en el clavo. De hecho, yo no era capaz de emitir un juicio, en ningún sentido, sobre él, sobre su granja o sobre sus terapias.

Era un Doctor de lo más insólito. Aunque yo me repetía que lo único que estaba haciendo era seguirle el juego, me cambié de casa y me instalé en East Chase Street; encontré un empleo como montador en la fábrica de Chevrolet, en Broening Highway, donde manejaba una llave de impacto neumática con la que atornillaba muelles de hoja en el lado izquierdo del chasis de los Chevrolets, y entré en el Sindicato de Trabajadores de la Industria Automotriz. Leí a Sartre pero tuve dificultades para decidir cómo aplicar sus ideas a las situaciones concretas (¿Cómo podía el existencialismo ayudarlo a uno a decidir si llevarse la comida al trabajo o comprarla en la cafetería de la fábrica? La filosofía no era lo mío). Empecé a jugar al póker con mis colegas montadores, a dar paseos desde Chase Street hasta el río y vuelta y a ver películas de serie B. Por temperamento, era más bien ateo durante la mayor parte del tiempo, y la proscripción de las mujeres me pareció un problema menor, ya que por lo general mi libido no era demasiado fuerte. Apliqué la Prioridad Siniestral, la Prioridad de Antecedencia y la Prioridad Alfabética religiosamente (aunque en algunos casos me resultó difícil decidir cuál de los tres recursos se adecuaba más a la situación). Y cada trimestre, durante los dos siguientes años, me presenté en la Granja de Removilización en busca de consejo. Sería ocioso que especulara más sobre por qué acepté esa curiosa asociación, que la mayoría de las veces es insultante para mí; supongo que, llegados a este punto del relato, cualquier interesado por las causas habrá encontrado un montón entre las que elegir.

Creo que me había quedado esperando al Doctor en la Sala de Progresos y Consejos en septiembre de 1953. Esa mañana, mi estado de ánimo era bastante inusual; por lo general, en cuanto entro en la granja empieza a «no hacer ningún tiempo», y supongo que ese estado es el ideal para recibir consejos, pero esa mañana, aunque estaba impasible, no puedo decir que no hiciera ningún tiempo. Me sentía despejado y competente, no sé por qué motivo; bastante ingenioso y mordaz, y en absoluto humilde. En términos meteorológicos, se trataba de un clima seco y templado.

—¿Cómo le va últimamente, Horner? —me preguntó afablemente el Doctor cuando entré en la habitación.

—No me va mal, Doctor —contesté al instante—. ¿Y a usted?

El Doctor ocupó su asiento, separó las rodillas y me observó con atención, sin responder mi pregunta.

—¿Ya ha empezado a dar clases?

—No. Empiezo la semana que viene. Dos secciones de gramática y dos de redacción.

—Ah. —Hizo rodar el puro de un lado a otro de la boca. Me estaba analizando a mí, no lo que yo decía—. No debería dar clases de redacción.

—No se puede tener todo —dije alegremente, estirando las piernas por debajo de su silla y agarrándome las manos detrás de la cabeza—. Era eso o nada, así que lo cogí.

El Doctor observó la posición de mis piernas y mis brazos.

—Se ha hecho amigo de un tipo muy seguro de sí mismo, ¿verdad? ¿Quién es? ¿Uno de los profesores? —me preguntó.

Me sonrojé: se me ocurrió que, en efecto, estaba imitando a Joe Morgan.

—¿Por qué dice que estoy imitando a alguien?

—No he dicho eso —dijo el Doctor, sonriendo—. Sólo le he preguntado quién era ese tipo tan vehemente que es obvio que ha conocido.

—Eso no es asunto suyo, señor.

—¡Anda! Pues muy bien. Es una pena que no pueda adoptar esa actitud con un poco más de solidez. ¡No volvería a necesitarme nunca! Pero todavía no está lo bastante estable como para eso, Jacob. Además, no puede actuar como él cuando está con él, ¿verdad? En cualquier caso, me alegra verlo asumir un rol. Lo hace, evidentemente, para poder plantarme cara: un personaje como el de su amigo nunca permitiría que lo insultara un medicucho extravagante con un montón de terapias inverosímiles, ¿no?

—Tiene razón, Doctor —dije, pero había perdido casi todo el entusiasmo tras su interpretación.

—Esto me indica que ya está preparado para la mitoterapia, puesto que por lo visto ya la ha estado poniendo en práctica sin saberlo, y además de un modo muy terapéutico. Pero es mejor que sea consciente de lo que está haciendo, para no hundirse debido a la ignorancia. Hace un tiempo le dije que se hiciera existencialista. ¿Ha leído a Sartre?

—Algunas cosas. La verdad es que no he llegado a hacerme existencialista.

—¿No? Bueno, no importa. La mitoterapia se basa en dos supuestos: que la existencia humana precede la esencia humana, si alguno de estos dos términos realmente significa algo; y que la gente no sólo tiene la libertad de elegir su propia esencia, sino también la de modificarla a voluntad. Son dos buenas premisas existencialistas, y para nosotros es irrelevante si son verdaderas o falsas; para un caso como el suyo, son muy útiles.

Y continuó explicándome lo que era la mitoterapia.

—En la vida no hay personajes que sean esencialmente principales o secundarios. En ese sentido, toda la ficción y la biografía, y casi toda la historiografía, son mentira. Todo el mundo es, por necesidad, el protagonista de la historia de su vida. *Hamlet*

podría contarse desde el punto de vista de Polonio y llamarse *La tragedia de Polonio, chambelán de Dinamarca*. Me atrevo a decir que Polonio no se consideraba un personaje secundario para nada. O imaginemos que usted es un ujier en una boda. Desde el punto de vista del novio, él es el personaje principal; los demás interpretan personajes secundarios, incluida la novia. Desde su punto de vista, en cambio, la boda es un episodio secundario en la interesantísima historia de su vida, y la novia y el novio son personajes secundarios. Lo que ha hecho usted, en la boda, es decidir interpretar el papel de un personaje secundario: puede resultarle agradable simular que es menos importante de lo que sabe que es en realidad, como hace Odiseo cuando se disfraza de porquero. Y cada uno de los invitados a la boda se ve a sí mismo como el personaje principal, que se digna, con cierta condescendencia, a presenciar el espectáculo. Por lo tanto, en este sentido, la ficción no es una mentira en absoluto, sino una verdadera representación de la manera en que todos distorsionamos la vida.

»Pero no sólo somos los protagonistas de la historia de nuestra vida; también somos los que concebimos la historia y los que proporcionamos a los demás su carácter esencial de personajes secundarios. Y como la vida de nadie, por lo general, es una historia con un argumento coherente, siempre estamos corrigiendo la concepción que tenemos de la clase de protagonista que somos y, por lo tanto, la de los personajes secundarios que esperamos que interpreten los demás. Esto es así casi siempre. Si alguien parece tener el mismo carácter todos los días y durante todo el día, es bien porque carece de imaginación, como un actor que fuera capaz de interpretar un único papel, bien porque tiene una imaginación tan amplia que ve cada situación particular de su vida como un episodio de una gran trama que lo abarca todo y logra distorsionar las distintas situaciones de modo que la misma clase de protagonista pueda hacerles frente a todas. Pero esto es muy poco frecuente.

»Esta asignación de roles equivale a la creación de mitos, y cuando se hace, consciente o inconscientemente, con el objetivo de alimentar o proteger al propio ego —y es probable que siempre se haga con este objetivo—, se convierte en mitoterapia. Yendo al grano: una inmovilidad como la que usted experimentó esa vez en la Estación Pensilvania sólo puede sobrevenirle a una persona que por algún motivo haya dejado de participar en la mitoterapia. Durante todo ese tiempo que usted pasó sentado en el banco, no era ni un personaje principal ni uno secundario: no era ninguna clase de personaje. Como esto ya le ha ocurrido una vez, es necesario que yo le explique algo que el resto de la gente vive con naturalidad. Es como enseñarle a un parálítico cómo volver a caminar.

»La cuestión es que muchas de las crisis vitales que sufre la gente ocurren porque el papel protagonista que ha asumido para una situación o para una serie de situaciones ya no sirve cuando se presenta una situación nueva, o —lo cual en la práctica es lo mismo— porque no tiene suficiente imaginación para distorsionar la nueva situación de manera que encaje con su antiguo papel. Esto es lo que les sucede a los padres, por ejemplo, cuando sus niños se hacen mayores, y a los amantes

cuando a uno de ellos empieza a dejar de gustarle el otro. Si la nueva situación es demasiado abrumadora para ignorarla y no consiguen encontrar una máscara con la que enfrentarse a ella, pueden volverse esquizofrénicos —una máscara de último recurso— o simplemente hundirse completamente. Todas las cuestiones relativas a la integridad moral tienen que ver con esto, ya que la integridad moral de un hombre consiste en ser fiel al guion que ha escrito para sí mismo.

»Como ya le he dicho, usted es demasiado inestable para interpretar un papel todo el tiempo, y también es demasiado poco imaginativo, así que lo mejor en su caso es afrontar estas crisis cambiando de guion todas las veces que sea necesario. Esto debería resultarle natural; lo importante es que se dé cuenta de lo que está haciendo para que no se vea de repente sin guion, o con un guion inapropiado para una determinada situación. Por ejemplo, lo hizo muy bien, para ser un principiante, cuando entró aquí hace un rato tan seguro de sí mismo, casi con arrogancia, y me asignó el papel de una especie de curandero. Pero tiene que ser capaz de cambiar de máscara de inmediato si, por algún medio, yo logro volver insostenible la que llevaba al entrar. Quizá —sólo estoy sugiriendo lo primero que se me ocurre— usted podría empezar a pensar en mí como El Viejo Guía Sagaz, una especie de Néstor maquiavélico, y en usted como El Joven Protegido Ingenuo Pero Prometedor, un joven Alejandro que algún día pondrá todas estas enseñanzas en práctica y superará ampliamente a su maestro. ¿Capta la idea? O —esto es repugnante, pero podría emplearse como último recurso— El Joven Secretamente Indignado, que tolera los desvaríos de un Charlatán Senil pero que abandonará este lugar sin que lo afecten en lo más mínimo. Digo que este recurso es repugnante porque si alguna vez lo usa, se imposibilitará el acceso a muchos conocimientos que todavía no posee.

»Es de extrema importancia que aprenda a asumir estas máscaras con total unción. No crea que haya nada detrás de ellas: «ego» significa «yo», y «yo» significa «ego», y el ego, por definición, es una máscara. Donde no hay ego —hablo de usted sentado en el banco—, no hay yo. Si algunas veces tiene la sensación de que su máscara es insincera —¡una palabra imposible!—, es sólo porque una de sus máscaras resulta incompatible con otra. No debe ponerse dos al mismo tiempo. Eso es causa de conflictos, y los conflictos entre máscaras, como la ausencia de ellas, es causa de inmovilidad. Cuanto más nítidamente pueda escenificar su situación y definir su propio papel y el de los demás, más seguro estará. No importa, en la mitoterapia para paráliticos, si uno interpreta un papel principal o secundario, con tal de que esté concebido con claridad, pero lo natural sería que siempre fuera principal. Y ahora diga algo.

No pude.

—¡Diga algo! —me ordenó el Doctor—. ¡Muévase! ¡Asuma un papel!

Traté con todas mis fuerzas de que se me ocurriera uno, pero no lo logré.

—¡Maldito sea! —gritó el Doctor. Tiró su silla hacia atrás y se abalanzó sobre mí, haciéndome caer al suelo, y empezó a golpearme con fuerza.



—¡Eh! —chillé, totalmente sobresaltado por su ataque—. ¡Pare! ¿Qué diablos?

Empezamos a forcejear y, como yo era más grande y más fuerte que él, pronto me lo quité de encima. Nos quedamos mirándonos con cautela, jadeando por el esfuerzo.

—¡Cuidado con lo que hace! —le dije amenazadoramente—. ¡Podría causarle muchos problemas si quisiera! ¡No lo dude!

—¿Algún problema? —preguntó la señora Dockey, asomando la cabeza por la puerta.

Nunca habría querido tener una disputa con ella.

—No, ninguno —dijo el Doctor, sonriendo y limpiándose las rodillas de sus pantalones blancos—. Una pequeña terapia pugilística para Jacob Horner. No pasa nada.

Ella cerró la puerta.

—¿Continuamos con nuestra charla? —me preguntó con un brillo en los ojos—. Estaba hablando sobre causarme problemas de una manera muy masculina.

Pero yo ya no estaba de humor para seguir con ese ridículo asunto. Ya había tenido suficiente de aquel viejo lunático por ese trimestre.

—O quizá ya haya tenido suficiente de El Viejo Charlatán por hoy, ¿no?

—¿Qué pensaría el *sheriff* de Wicomico de esta granja? —mascullé, bastante molesto—. ¿Qué pasaría si la policía viniera a investigar lo de la terapia sexual?

Mis amenazas no parecieron preocupar en absoluto al Doctor.

—¿Tiene la intención de denunciarme? —me preguntó afablemente.

—¿Acaso piensa que no sería capaz?

—No tengo ni idea —dijo él, todavía tranquilo.

—¿Quiere retarme a hacerlo?

Fue muy evidente que esta pregunta, por alguna razón, lo molestó: se quedó mirándome fijamente.

—La verdad es que no —dijo al instante—. Estoy seguro de que es capaz de hacerlo. Lo lamento si la táctica que he usado para movilizarlo hace un momento lo ha hecho enfadar. Lo hice con mi mejor intención. Se había vuelto a quedar paralizado, ¿sabe?

—¡Bobadas! —le dije con desdén—. ¡Usted y su parálisis!

—Está claro que ya ha tenido suficiente por hoy, Horner —dijo el Doctor. Ahora también él estaba enfadado—. ¡Fuera! ¡Espero que se quede paralizado conduciendo a noventa por hora de camino a su casa! —Y levantando la voz, añadió—: ¡Fuera de aquí, maldito imbécil!

Su enfado, claramente auténtico, hizo que se disipara el mío, que tras el instante inicial, por supuesto, sólo había sido una máscara nueva.

—Lo siento, Doctor —dije—. No volveré a perder los papeles.

Los dos sonreímos.

—¿Por qué no? —dijo, soltando una carcajada—. Perder los papeles, en ciertas situaciones, es terapéutico y placentero al mismo tiempo. —Volvió a encenderse el

puro, que se le había caído durante el altercado—. En este último rato se han demostrado dos cosas interesantes, Jacob Horner. No puedo hablarle de ellas hasta su próxima visita. Ahora váyase. Y no se olvide de pagarle a la señora Dockey.

Salió, con total indiferencia, y un momento después salí yo: Un Tanto Alterado, Pero Seguro De Mi Fuerza.

## 7. EL BAILE DEL SEXO: AUNQUE NO HUBIERA NINGÚN OTRO MOTIVO PARA CONVENIR

El baile del sexo: aunque no hubiera ningún otro motivo para convenir con Freud, ¿qué podría ser más fascinante que creer que todo el vodevil del mundo, todo el vertiginoso circo de la historia, no es más que un delicioso baile de cortejo? ¿Que los dictadores queman judíos y los hombres de negocios votan a los republicanos, que los timoneles pilotan los navíos y las señoras juegan al *bridge*, que las niñas estudian gramática y los niños ingeniería por mandato del Absoluto Genital? Cuando mi estado de ánimo me pide sintetizar, ¿qué podría ser más reconfortante que afirmar que ese sencillo capricho de la humanidad, el humilde coito, se basta para dar origen a las ciudades y los monasterios, a los párrafos y los poemas, a las carreras pedestres y las tácticas militares, a la metafísica y la hidroponía, a los sindicatos y las universidades? ¿Quién no disfrutaría al contarle a un turista extragaláctico: «En nuestro planeta, señor, los machos y las hembras copulan. Además, gozan copulando. Pero por diversas razones no pueden hacer esto siempre que lo desean, donde lo desean y con quien lo desean. De ahí surge todo el ajeteo que usted ve. De ahí surge el mundo»? ¡Es una idea de lo más terapéutica!

Mis clases comenzaron el 7 de septiembre, un día magnífico y tan vigorizante como las blusas blancas y almidonadas de las alumnas que entraron en fila a mi aula y ocuparon sus asientos un tanto nerviosas. De pie tras el atril, a las ocho en punto, con el traje bien planchado y la barbilla bien afeitada, noté que las aletas de la nariz se me dilataban como a un semental ante sus sexos apretados y calientes, temblorosos y rosáceos, sonrientes y húmedos; se me tensaron los muslos y bostecé con ferocidad. También los chicos, esbeltos e inexpertos, imberbes y elásticos, se estremecían y estiraban ante la mera cercanía de aquellos jóvenes pechos y nalgas, tan duros como peras verdes. En un aula, el primer día de un nuevo trimestre, el aire está eléctrico y lleno de sexo, como lo está de ozono tras una tormenta de verano, y todos lo percibíamos, aunque no todos pudieran identificar lo que estaba sucediendo: ellas sentían dulces picores y se crispaban en sus asientos y se estiraban las faldas por debajo de los hoyuelos de sus rodillas blancas; ellos, muy dinámicos, se flexionaban y despatarraban, se pasaban la mano con rapidez sobre el pelo rapado; yo crucé los brazos y apreté las nalgas y, apoyándome en el escritorio, coloqué suavemente la cremallera de mi pantalón contra su borde para sentir su roce como quien desea que lo guíen con mano firme. La primera hora de la mañana es un momento erótico, el comienzo de un trimestre escolar es una época erótica; en un día así, no se puede hacer mucho más que darle la razón a Freud.

Nos miramos, estudiándonos unos a otros.

—Me llamo Jacob Horner; mi despacho es el número veintisiete, doblando la esquina. En la puerta hay una lista de mis horarios de tutorías —dije con un

laconismo profesoral.

Después les mandé algunos textos y les hablé de la asignatura; eso fue todo, y fue suficiente. Mi aspecto de aptitud académica y el suyo de aplicada atención (anotaron mi nombre y el número de mi despacho como si les hubiera revelado la Clave del Misterio) eran tan evidentemente fingidos, éramos todos tan conscientes de estar interpretando el papel que exige una escuela, que intentar dar una clase habría sido absurdo. Qué raro que, al hacer frente a esa batería de senos y traseros, un hombre juntara las manos a pesar de su deseo; las ganas de abandonar aquel juego ceremonioso y abalanzarse sobre esas preciosas chicas allí mismo eran tremendas. Y qué consternación nacional, si una mañana de septiembre todos los jóvenes profesores universitarios del país gritaran lo que tenían en la cabeza: «¡Basta ya de tonterías, hombre! ¡Al carajo con todo! ¡A por ellas!». ¡Es una conjetura de lo más reconfortante!

—Es todo por hoy. Compren los libros y el próximo día haremos una prueba de ortografía con fines diagnósticos.

¡Desde luego! Cien palabras dictadas con rapidez suficiente para que mantengan las cabezas inclinadas hacia abajo y yo, instalado en las alturas de mi escritorio, pueda diagnosticar a mi antojo hasta la última protuberancia femenina que había en el aula (¡alabadas sean las facultades norteamericanas, donde las niñas pequeñas aprenden a sentarse en las primeras filas!). Después, tal vez, tras haberlas mirado con lujuria hasta quedarme satisfecho, podría ponerme a dar la asignatura. Y es que del mismo modo que uno tiene que acostumbrarse al mobiliario antes de sentarse a leer en una habitación, esa multitud de elementos femeninos debía ser asimilada antes de que nadie pudiera centrar su atención en las sobrias prescripciones de la gramática inglesa.

Realicé cuatro veces los saludos rituales, a las ocho y nueve de la mañana y a las dos y tres de la tarde. Entre las dos sesiones, estuve holgazaneando en mi despacho con una erección espléndida, regodeándome de mi posición y observando con mirada posesiva el desfile de jovencitas que pasaban por delante de mi puerta. No tenía nada que hacer además de urdir indolentes ensoñaciones de autoridad absoluta, una autoridad como la de Nerón o Calígula, con la que podría llenarme el despacho de jóvenes universitarias sexis y sumisas. ¡Ensoñaciones de profesor lascivo!

A las cuatro de la tarde, cuando hubo concluido mi primer día de trabajo, me había abandonado hasta tal punto al baile que prácticamente sentía dolor. Me metí en el coche, tiré mi maletín vacío al asiento de al lado y crucé la ciudad rumbo al instituto, en busca de la señorita Peggy Rankin; tras algunas averiguaciones en el despacho del director, la encontré justo cuando salía de la sala de profesores.

—¡Vamos! —le dije con urgencia—. ¡Tengo que verte ahora mismo!

Ella me reconoció, se sonrojó y balbuceó algo a modo de protesta.

—¡Vamos! —repetí sonriendo—. ¡No te imaginas lo importante que es!

La cogí del brazo y la llevé fuera rápidamente.

—¿Qué pasa, Jake? ¿Dónde vamos?

—Donde tú quieras —dije, abriéndole la puerta del coche.

—Jake, por el amor de Dios, ¿de verdad estás ligando conmigo otra vez? —me preguntó con incredulidad.

—¿Cómo que *de verdad*? No hay nada de verdad en esto, Peggy.

—¡Desde luego que no! ¡Es descabellado! ¿Qué te has creído que soy, por Dios? Pisé el acelerador.

—¿Vamos a tu casa o a la mía?

—¡A la mía! —dijo, furiosa—. ¡Y lo más rápido que puedas! ¡Nunca en mi vida había conocido a un monstruo como tú! ¡Eres simplemente un monstruo!

—No soy simplemente un monstruo, Peggy; soy, entre otras cosas, un monstruo.

—¡Eres un canalla increíble! Ésa es la palabra que mejor te describe: ¡eres un canalla absoluto! ¡Estás tan encerrado en ti mismo que no tienes ni una pizca de respeto por nadie más! Gira a la izquierda por aquí.

Giré a la izquierda.

—Es la cuarta casa de la acera de la derecha. Sí.

Aparqué el coche.

—Ahora mírame, Jake. ¡Mírame! —gritó—. ¿No te das cuenta de que yo soy un ser humano igual que tú? ¿Cómo se te ocurre volver a mirarme a los ojos después de lo que pasó la otra vez? Me habría parecido un escándalo que tuvieras la desfachatez de venir a disculparte, pero esto...

—Escucha, Peggy —la interrumpí—. Dices que no te respeto. ¿Es porque no me tomé la molestia de adularte en Ocean City, o de disculparme después, o de llamarte ayer para que quedáramos hoy?

—¡Por supuesto! ¿Por qué va a ser si no? Te comportas de una forma que no es nada normal, sin nada de cortesía, ni siquiera urbanidad. Estoy... ¡Estoy estupefacta! No te comportas como un hombre.

—Esto te lo voy a explicar sólo una vez —le dije solemnemente—. Di por hecho que eras lo bastante madura para entenderlo sin explicación, como deberían entenderse estas cosas.

—¿Dónde demonios quieres ir a parar?

—Me temo que te he sobrestimado, Peggy —afirmé—. Pensé, después de conocerte, que a lo mejor realmente eras la mujer superior que das la impresión de ser al principio. Pero al final va a resultar que eres completamente común.

Se quedó muda.

—¿Es que no entiendes —dije sonriendo, con los testículos doloridos— que probablemente me interese menos el sexo que a ningún otro hombre que hayas conocido?

—¡Pero por Dios!

—Lo disfruto, sí, igual que disfrutaría de tener un montón de dinero, pero no estoy dispuesto a soportar cualquier tontería a cambio.

—¡Ni siquiera a tratar a una mujer de una manera normal, mostrándole un poco de respeto!

—Eso es, es exactamente eso —dijo, muy sereno—: hay que ser normal, mostrar cortesía y respeto de una manera normal, todo tiene que parecer normal. El resultado de todo eso es una relación normal, cosa que no me interesa nada. Me parece que no eres la clase de chica que me gusta, Peggy, y eso que hubiera jurado que lo eras. La clase de chica que me gusta no quiere que la trate con un respeto normal; quiere un respeto fuera de lo normal, y eso implica una relación en la que nadie tiene que hacer concesiones.

—No te creo —dijo Peggy, preocupada y nerviosa.

—Entonces estás testificando en tu contra —le dije en voz baja—. ¿No entiendes que todo ese rollo de adulaciones y galanterías —todo el teatro que los hombres hacen para las mujeres— es una falta de respeto? Toda mentira es una falta de respeto, y una relación basada en esas tonterías es una mentira. La galantería es una ficción inventada por hombres que no tienen ningún interés por tomarse en serio a las mujeres. En cuanto un hombre y una mujer acceden a construir una relación en esos términos, dejan de considerarse seres humanos individuales: acceden a ello precisamente para no tener que pensar en su pareja. Lo cual es muy útil, desde luego, si el sexo es lo único que le importa a uno. Te voy a decir una cosa, Peggy, ahora que ya es demasiado tarde: eres la única mujer que me he atrevido a intentar respetar, y a tomarme completamente en serio, a mi manera, tan en serio como a mí mismo. Sin mentiras, sin mitos, sin concesiones, sin hipocresía. Ésa es la única clase de relación con una mujer que podría interesarme de forma permanente, tanto a nivel vertical como horizontal.

Peggy soltó una risa nerviosa.

—No deberías reírte de esto, Peggy —le dije, muy serio.

—¡Pero bueno! —dijo ella, y volvió a reírse—. ¡Pero bueno!

Solté el volante y, con mucho cuidado, le di una bofetada. El impacto hizo que se golpeará la cabeza contra la ventana. Empezó a llorar de inmediato.

—Como ves, todavía te tomo en serio —le dije.

—¡Ay!

—Tienes que tratar de entender que no me interesa demasiado acostarme con mujeres, Peggy. Puedo pasar sin eso. ¡Pero no voy a permitir que nadie se burle de mis valores más profundos! No me dedico a perseguir a las chicas. Al carajo las chicas. Lo que quiero es un ser humano femenino al que me pueda tomar tan en serio como a mí mismo. Si no te interesa, lárgate, pero no te rías del único hombre que te ha tomado en serio en toda tu vida.

—¡Jake, por el amor de Dios! —sollozó Peggy, abrazándome por la cintura. Brotaron las lágrimas—. ¡Es una situación horrible para una mujer!

Le di unas palmaditas en la cabeza.

—Nuestra sociedad hace que la sinceridad parezca lo más hipócrita de todo.

—¿Jake?

—¿Qué?

Como se le había pasado el bronceado veraniego, sus ojos rojos parecían más rojos que en julio.

—Me muero si me dices que ya es demasiado tarde.

Le acaricié el pelo.

—Te he dado una bofetada, ¿no? No hay nada menos galante que eso.

—¡Gracias a Dios que lo has hecho! —Inspeccionó en el espejo la marca que le había quedado en la mejilla—. Ojalá no se me quitara nunca.

—En realidad sólo iba a traerte hasta casa, ¿sabes, Peggy? —dije sonriendo y sacándome una última carta de la manga—. ¿Cuándo podemos quedar?

Ella estaba absolutamente desconcertada.

—¿Jake?

—¿Qué?

—¡Ay, Jake, ahora! ¡Tienes que subir a mi apartamento ahora mismo!

Rendí homenaje mentalmente a Joseph Morgan, *il mio maestro*, y al doctor Freud, el coreógrafo de todo el baile, y subimos al piso de la señorita Peggy. Un *pas de deux*, un *entrechat* y punto. Me fui con una promesa de cosas mejores que no tenía la intención de mantener.

Después de que sus ideas me sirvieran de apoyo de un modo tan espléndido aquella tarde, fue una pena que, al llegar la noche y mi primera visita realmente clandestina a Rennie, ya no estuviera preparado para ser Joe Morgan ni ningún otro tipo de bailarín. Nunca he tenido demasiada libido. En mi caso, los intervalos entre mujeres eran, por lo general, largos, y casi nunca me alteraba mucho si pasaba un tiempo sin tener relaciones sexuales con nadie. Ese estado de excitación erótica que se había apoderado de mí durante la mayor parte del primer día de clase era casi tan raro en mí como un arrebato maniaco, y se disipaba casi con la misma facilidad. Yo servía para una única vez; después, era tan inexcitable como un caballo castrado.

No fue así, creo, como me encontró Rennie la noche en que cometimos adulterio por primera vez, poco después de espiar a Joe —la energía que exige ser un amante vivaz me resulta difícil de reunir, pero no imposible—, pero fue así como me sentía aquella noche cuando fui a su encuentro. No estaba ni aburrido ni cansado ni triste, y tampoco excitado ni lleno de energía ni contento: no era más que un animal tranquilo.

El acto inicial había sido un paradigma de inevitabilidad asumida. Tres días después de que lo espiáramos, Joe se fue a Washington para investigar en la Biblioteca del Congreso, y antes de marcharse me pidió que le hiciera compañía a Rennie durante su ausencia, una petición de lo más morganesca. Fui a su casa y estuve toda la tarde jugando con los niños. No era en absoluto necesario que yo hiciera eso, pero tampoco era evidentemente comprometedor. Rennie, de un modo

muy poco sugerente, me invitó a que me quedara a cenar, y yo me quedé, aunque no tenía ningún motivo especial para no cenar, como de costumbre, en un restaurante. Apenas hablamos. «Me siento perdida sin Joe», dijo Rennie en cierto momento, pero no se me ocurrió nada adecuado que contestarle y, además, no estaba seguro de en qué sentido quería ella que interpretara yo ese comentario. Después de la cena, me ofrecí voluntario para vigilar el baño de los niños, improvisé un cuento para antes de dormir y les di las buenas noches. Podría haberme marchado entonces, pero el hecho de quedarme bebiendo cerveza con Rennie no tenía ningún significado claro, desde luego. Hablamos impersonal y esporádicamente —durante la mayor parte del tiempo no decíamos nada, pero con Rennie los silencios compartidos no eran ni inusuales ni incómodos— y lo cierto es que no recuerdo nada de aquella conversación, salvo que Rennie mencionó que estaba cansada y me dio las gracias por haberla ayudado con los niños.

Lo que quiero señalar es que a primera vista no hubo ningún acto manifiesto, ninguna palabra, ningún hecho que indicara sin ambigüedad un deseo por parte de alguno de los dos. Desde luego, tengo que admitir que aquel día Rennie me resultó atractiva. Toda su actitud denotaba el agotamiento de su fortaleza: durante toda la tarde, sus movimientos habían sido pesados y pausados, como los de un obrero después de trabajar dos turnos seguidos; al anochecer, se quedó sentada, casi sin moverse, y con frecuencia, al parpadear, dejaba los ojos cerrados medio minuto, y al fin los abría mucho y se quedaba mirándome fijamente y soltaba un sonoro suspiro. Yo admiraba todo esto, aunque de una manera más bien abstracta, y el deseo sexual que sentía también era más o menos abstracto. Hablamos poco de Joe, y no dijimos nada en absoluto sobre lo que habíamos visto por la ventana del salón.

Después, a eso de las nueve y media, Rennie dijo:

—Me voy a dar una ducha y a acostar, Jake.

—De acuerdo —dije yo.

Para llegar al baño, tenía que recorrer un pequeño pasillo que salía del salón; para coger mi chaqueta, yo tenía que ir hasta un armario abierto que había en ese mismo pasillo, por lo que no resultará nada sorprendente que los dos nos levantáramos al mismo tiempo y nos dirigiéramos al pasillo juntos. Allí, si ella se giró para mirarme de frente un instante ante la puerta del baño, ¿quién puede afirmar con seguridad que no teníamos un «buenas noches» en la punta de la lengua? Pero lo que ocurrió entonces fue que en vez de eso nos dimos un abrazo antes de tomar distintos caminos —creo que ni siquiera una filmación a cámara lenta podría mostrar quién se movió primero— y lo que ocurrió después (aunque no diría *por consiguiente*) fue que nuestros distintos caminos nos condujeron a la misma cama. Para entonces, si hubiéramos pensado en el concepto de «primer paso» —y yo, desde luego, no era en eso en lo que estaba pensando—, estoy convencido de que los dos habríamos asumido que el primer paso, fuera quien fuera el que lo hubiera dado, ya había sido dado. Menciono esto porque es algo que puede aplicarse con mucha frecuencia a la



manera en que la gente razona sobre su comportamiento en situaciones que después resultan ser lamentables: se puede contemplar el cielo desde la mañana hasta la medianoche, o desplazarse por el espectro desde los rayos infrarrojos hasta los ultravioleta, sin poder decir en qué punto exacto tiene lugar un cambio cualitativo; nadie puede decir: «es justo aquí cuando se pasa del crepúsculo a la noche», o el azul se convierte en violeta, o la inocencia en culpabilidad. Es posible, por lo tanto, meterse en una situación sin hallar una palabra o un gesto al que se le pueda atribuir cómodamente la responsabilidad inicial de haber propiciado tal situación, y hacerlo hasta tal punto que uno de repente se da cuenta de que el cambio ya ha ocurrido, ya es historia, y entonces tiene una sensación de inevitabilidad, de «ya es demasiado tarde», en la que no cree realmente, pero que por una u otra razón no le parece conveniente cuestionar.

Podría ilustrar este fenómeno a la perfección con el caso que nos ocupa, al menos hasta el momento en que los cuernos de Joe Morgan ya eran un hecho consumado, pero por delicadeza no lo haré. Pasamos una noche tumultuosa juntos, revolcándonos y flexionándonos, estremeciéndonos y sin apenas hablar; una noche emocionante de vivir pero aburrida de contar. Para que no me vieran los vecinos, me marché antes de que amaneciera.

Tengo un motivo para no decir nada más que esto sobre nuestro adulterio: todo el asunto careció de significado para mí. No tenía ni la menor idea de lo que tendría Rennie en la cabeza —ni la menor gana de penetrar su característica taciturnidad hasta más tarde—. Pero sé que la mía estaba vacía. No era que no hiciese ningún tiempo; mi estado de ánimo era de deseo, primero general y después específico, combinado con una curiosidad masculina evidente pero no excesiva: en otras palabras, primero quería copular, después quise copular con Rennie y, además, enterarme no sólo de «cómo era en la cama», sino también de cómo sería la relación íntima (no me refiero a la relación sexual) que, suponía, se establecería tras acostarnos juntos. Aunque no solía ser gregario, ni siquiera demasiado sociable, podía sentir una intensa curiosidad por una o dos personas en cada momento.

Eso era todo. Al margen de estos sentimientos no del todo manifiestos, no tenía nada en la cabeza. Rennie, una compañera de cama un poco demasiado atlética para mi gusto del momento, satisfizo de sobra mis deseos, tanto el general como el específico, y el hecho de que mi curiosidad fuera a quedar satisfecha con el tiempo me satisfizo también. No puedo decir que mi participación en aquel acto fuera gratuita en el sentido de que careciera de motivo —sé muy bien por qué decidí participar en él—, pero diría que fue específicamente (si no generalmente) no premeditado y absolutamente irreflexivo. El tipo que cometió dicho acto no pensaba en nada más que en su deseo.

Al día siguiente estuve absorto leyendo diversas obras de teatro que había sacado de la biblioteca de la facultad por orden del Doctor, y no le di más vueltas al asunto. Se trataba de algo que no tenía ningún significado ni ninguna importancia; por lo que

a mí respectaba, tampoco tendría por que tener ninguna consecuencia. No solía leer, pero cuando me daba un ataque, leía con voracidad; durante los siguientes cuatro días, apenas salí de mi habitación más que para comer, y me leí siete compilaciones de obras de teatro, unas setenta u ochenta obras en total. Al día siguiente de que me acabara el último volumen era el primer día del período lectivo, el día en que empieza este capítulo, y creo que no fue tanto el hecho de que hubiera hecho el amor cinco días antes, sino la terminación de aquella dieta alta en emociones vicarias, lo que me indujo un estado de ánimo fuertemente erótico.

Por la noche, después de cenar, me sentía como una tortuga, incluso como un líquen y, si por mí hubiera sido, me habría quedado en mi mecedora, poseído por un agradable letargo, hasta la hora de acostarme. Esta inercia, que debe distinguirse tanto de los momentos en que no hace ningún tiempo como de la inmovilidad del estilo de la que me aquejó en la Estación Pensilvania, es un estado de ligera euforia: mi mente no está vacía ni en silencio, sino desvinculada, y la perezosa carrera de ideas fugaces que tiene lugar en ella pasa ante una especie de conciencia omnipresente y cósmica, casi palpable y audible, que sólo puedo comparar al texto «Siento el aire de otros planetas», del Segundo Cuarteto de Cuerda de Schönberg o, de un modo menos esotérico pero igualmente preciso, a los ruidos atmosféricos que se sintonizan al subir al máximo el volumen de una radio. Es un estado del que puedo sustraerme a voluntad, pero en general soy reacio a hacerlo. Al final, como ocurrió cuando tuve el arrebato maníaco en julio, una llamada telefónica de Rennie hizo que aquel estado se desvaneciera.

—Jake, creo que deberías venir —dijo—. Tengo que verte.

—De acuerdo. —Ir no me producía ninguna emoción, sólo esa curiosidad especial y nada apremiante que ya he mencionado—. ¿Cuándo?

—Ahora. Joe está en la reunión de los *scouts*.

—De acuerdo.

Di por hecho al instante que lo que había en perspectiva era abrillantar la cornamenta de Joe. Mientras conducía hacia la casa de los Morgan, intenté, sin demasiado entusiasmo, disfrutar de la ironía de que mi amigo se encontrara en aquel momento en un acto de los *boy scouts*. Pero no lo conseguí. De hecho, estaba un tanto irritable y en absoluto deseoso; me sentía ordinario, convencional; incluso quería sentirme convencional; no tenía ninguna gana de pensar en mí mismo. Quizá como resultado de todo esto, por primera vez desde que había conocido a los Morgan, tuve un súbito y maravilloso sentimiento de culpa.

Y, inmediatamente después de la aparición de dicho sentimiento, la culpa empezó a llegar a raudales, con una violencia que me dejó boquiabierto y me hizo marearme al volante. La frente y las manos me empezaron a sudar y me dieron náuseas. ¿Qué estaba haciendo, en nombre del cielo? ¿Qué había hecho, por el amor de Dios? Me quedé horrorizado. ¿Acaso Jacob Horner traiciona al único hombre a quien considera su amigo, y después duplica la infamia ocultando su traición? Estaba angustiado

como nunca lo había estado en la vida. Y lo que es peor, mi angustia era totalmente inconsciente: no me daba cuenta de que estaba viendo a Jacob Horner sufrir un ataque de angustia. Si me hubiera dado cuenta, creo que habría visto un rostro muy parecido al del Laocoonte.

La asunción instantánea de esta carga de culpa me aplastó. Quise regresar, o, mejor, seguir adelante, salir de Maryland y no volver nunca más. Ése era un sentimiento nuevo para mí, y no tuve ni la fuerza ni el valor ni complejidad para mostrar siquiera un poco de curiosidad hacia él, como suelo hacer en los escasos momentos en que siento algo intensamente. Pero no tenía el coraje suficiente para escapar. Aparqué delante de la casa de Rennie, y al cabo de un rato, entré. No tenía ni idea de qué hacer; desde luego, era incapaz de repetir el crimen.

Rennie abrió la puerta. Estaba muy pálida. En cuanto me vio, trató de decir algo, se le trabó la lengua y se echó a llorar.

—¿Qué pasa, Rennie?

Apoyé las manos en sus hombros y me disponía a abrazarla, aunque sólo fuera para no caernos, pero ella se apartó, horrorizada, y se dejó caer en una silla. La intensidad de su agitación hizo que aumentaran mis náuseas: el sudor frío corría por debajo de mi ropa; sentí que me fallaban las rodillas y que estaba a punto de vomitar.

—¡Es increíble, Rennie! —grité.

Ella me miró pero no pudo decir nada, y los ojos se me llenaron de lágrimas. Tuve que sentarme.

—¡Dios, me siento muy débil! —dije. Le había hecho tanto daño a Joe que me resultaba casi insoportable pensar en ello. Nunca me había parecido más bueno ni más fuerte que en ese momento en que pensé en él en la reunión de los *boy scouts*—. ¿En qué mierda estaría pensando? ¿Dónde demonios estaba?

Rennie cerró los ojos y movió la cabeza de un lado al otro. Al cabo de unos momentos, se tranquilizó un poco y se secó los ojos con la parte superior de la muñeca.

—¿Qué vas a hacer, Jake?

—¿Ya lo sabe?

Ella negó con la cabeza y apoyó la frente en la palma de su mano.

—Estuvo trabajando muchísimo en Washington para conseguir mucho material y que le durara una buena temporada, y después, cuando volvió a casa —tuvo que hacer un esfuerzo para poder seguir hablando—, estuvo más cariñoso que nunca conmigo. Me quería morir. Y cuando pensé... en que estaba embarazada de él cuando sucedió...

Me consumían los remordimientos.

—¿Sabes lo que he hecho? Esta mañana he ido a mi médico y le he pedido Ergotrate, para abortar. Ha reaccionado de una forma terrible. Me conoce desde que era pequeña, y se ha enfadado y me ha dicho que debería darme vergüenza.

—Dios.

—Después ha resultado que no lo necesitaba. Esta tarde me ha venido la regla. No estaba embarazada, sólo tuve un retraso.

Se echó a llorar otra vez; por lo visto, el hecho de que no estuviera embarazada empeoraba las cosas.

—¿Se lo vas a contar a Joe? —le pregunté.

—No lo sé —dijo sombríamente—. No me puedo imaginar no contándoselo nunca. ¡Dios, lo último que haríamos es ocultarnos cosas! Estos cinco días han sido espantosos, Jake. He tenido que fingir que estaba contenta y feliz todo el tiempo. Te juro que la única razón por la que no me he suicidado es porque eso sería engañarlo más.

—¿Cómo se lo tomaría?

—¡No lo sé! Eso es lo que me parece espantoso. Me imagino que podría hacer cualquier cosa, desde reírse hasta pegarnos un tiro a los dos. Lo que es más espantoso es que realmente no tengo ni idea de cómo reaccionaría, porque ni en sueños se nos ha ocurrido hacerle al otro una cosa como ésta. ¿Crees que debería decírselo?

—No lo sé —dije, pero estaba tan perturbado por la culpa que la posibilidad de que se lo dijera me aterrorizaba.

—Le tienes miedo, ¿verdad? —preguntó Rennie.

Fue una suerte que me preguntara eso, porque aunque el matiz burlón que había en su tono de voz era muy leve —lo que quería decirme en realidad era que ella también le tenía miedo—, era también fundamental, tal vez la burla más fundamental que un ser humano puede hacerle a otro. Me puse firme al instante.

—Tengo miedo de la violencia —dije—. Siempre tengo miedo de la violencia, incluso de las emociones violentas. Pero quiero que entiendas que cuando hay algo importante en juego, no estoy dispuesto a ceder ni un milímetro para evitar la violencia. El miedo es distinto de la cobardía. Si no quiero que se lo cuentes a Joe es porque tengo miedo de una posible reacción violenta, pero nunca diría ni una palabra para intentar convencerte de que no se lo digas. No se puede hacer nada con respecto al miedo, pero la cobardía es algo que se elige.

Todo esto era bastante cierto; por lo menos, me parecía cierto en aquel momento. Por lo general, no sería cobarde salvo que me pillen por sorpresa. Pero me sentía débil, lamentablemente débil: débil por haberme acostado con Rennie, para empezar; débil por no habérselo contado a Joe de inmediato; y débil por tener tanto miedo ahora de que Joe se enterara. Una cosa era la violencia, y otra, igual de intensa, era el miedo a sentir que lo había decepcionado, que no aprobaba mi conducta, que le daba asco. Me sentía débil por tener miedo de esas cosas, que en circunstancias normales no me importarían. Podía justificarlo todo salvo la debilidad original —haber traicionado irreflexivamente a Joe—, porque la debilidad engendra debilidad, al igual que la fortaleza engendra fortaleza; pero no había ninguna manera de excusar esa debilidad original. Me sentía muy desgraciado.

Al cabo de un rato, Rennie dijo:

—Joe va a llegar dentro de poco.

Me levanté para irme.

—Rennie... Dios, lo siento. Haz lo que te parezca lo mejor.

Ella no me miró.

—No sé qué hacer. A veces me despierto por la mañana y me siento de maravilla. Él, siempre dormimos abrazados... —esto pareció abrumarla un momento—. Y entonces me acuerdo, contra mi voluntad, y me quiero morir. Pienso que ojalá no me hubiera despertado. Casi no me puedo creer que haya ocurrido. Supongo que en realidad no creo que haya ocurrido. No puede haber ocurrido, Jake; no puedo haberle hecho tanto daño.

—Así me siento yo —dije.

Estuve a punto de recordarle cuánto daño le haría enterarse, pero me contuve justo a tiempo, asustado de que si se lo decía, ella pensaría que estaba intentando convencerla para que no se lo contara —lo cual era precisamente mi intención— y entonces se lo contaría. Deseaba con todo mi corazón que no se lo contara.

—Haz lo que tengas que hacer —le dije—. Sé fuerte.

Me marché, cogí el coche y volví a mi habitación. Era inútil tratar de leer o de dormir: no había manera de deslizarme hasta un mundo ajeno ni de escapar de ninguna otra forma del mío, que me tenía agarrado por el cuello. Sólo podía pensar en Rennie ahí en su casa con Joe, quizá en la cama con él; me preguntaba cuánto resistiría la fortaleza de ella ante las caricias de él, ante su manera de abrazarla mientras dormían, ante su nueva manera de mostrarse cariñoso. Mi corazón estaba lleno en la misma medida de una profunda simpatía hacia Rennie, a quien sentía que había colocado en esa posición, y de miedo de que le contara a Joe lo que habíamos hecho. Él debía de haber llegado unos diez minutos después de que yo me fuera, y me entraban sudores al pensar que me había ido justo a tiempo.

Se me ocurrió que, dados esa profunda simpatía, ese cariño y esa preocupación por Rennie, podría haberme quedado para hacerle frente a Joe y contarle todo personalmente. A cada minuto que pasaba se incrementaba mi engaño. Por lo visto, tenía que admitir que era un cobarde, al fin y al cabo: un adúltero, un mentiroso, un traidor de los amigos y un cobarde. Y ahora me sentía de nuevo avergonzado; me observé negándome a reconocer que al lado de mi cama había un teléfono con el cual podía llamar a Joe Morgan; que aparcado en la puerta había un Chevrolet con el cual podía ir a su casa. La cobardía, parece, es tan prolífica como la debilidad. El acto de voluntad necesario para hacer un pequeño movimiento y descolgar el teléfono se encontraba más allá de mis posibilidades.

Con la vergüenza regresó la curiosidad. Apoyé mi mano sobre el teléfono y durante un tiempo estuve estudiando con interés al tipo ruborizado e incómodo que no conseguía descolgarlo.

## 8. TANTA CULPA COMO SENTÍA NO PODÍA PROLONGARSE, COMO TAMPOCO PODÍA PROLONGARSE EL DESPRECIO

Tanta culpa como sentía no podía prolongarse, como tampoco podía prolongarse el desprecio que sentía hacia mí mismo. Era impensable ponerle fin durmiendo, porque no podía dormir sin despertarme a cada rato. No surgió ninguna actividad interesante ni ningún nuevo estado de ánimo para quitármela de la cabeza. El asco que sentía hacia mí mismo me alteró las digestiones, de modo que la comida me caía en el estómago como arcilla, y me envenenó la conciencia, de modo que cualquier intento de distraerme —un libro o una película— me resultaba angustioso, e interpretar el papel de profesor me parecía una farsa de lo más desagradable. Como para complementar mi estado de ánimo, estuvo lloviendo durante tres días: me empapaba al salir corriendo del coche y al volver corriendo a él; las aulas olían a ropa húmeda, polvo de tiza y aire viciado; los estudiantes miraban por las ventanas con expresión huraña. Oírme parlotando sobre adverbios y adjetivos como un loro demenciado me ponía enfermo; nadie me prestaba atención. Encerrado en mi habitación, solo conmigo mismo, me ponía nerviosísimo.

Creo que si hubiera pasado una semana sintiéndome tan repugnante, habría acabado suicidándome: desde luego, esa posibilidad ocupaba mi mente buena parte del tiempo. Envidiaba a todas las cosas muertas —las grandes lombrices que yacían aplastadas en las aceras húmedas, los animales cuyos cuerpos fritos yo masticaba a la hora de comer, la gente que se descomponía en cementerios llenos de barro—, pero no tenía a mano ningún medio de autodestrucción para usar que me permitiera ser lo bastante valeroso.

Stendhal afirma que en una ocasión decidió posponer su suicidio sólo porque tenía curiosidad por la situación política de Francia: quería ver qué ocurriría a continuación. Y, además de la cobardía, había algo similar que me refrenaba. Desde la noche de mi última conversación con Rennie, Joe no había ido a la escuela. Shirley, la secretaria del doctor Schott, dijo que el señor Morgan estaba enfermo y que cualquier día se reincorporaría al trabajo. El suspenso causado por su ausencia me torturaba, desde luego: ¿de verdad estaría enfermo o Rennie habría confesado su adulterio? ¿Cuál era la relación precisa entre la confesión de ella y la ausencia de él? Y lo más importante, ¿cómo reaccionaría Joe? Eran preguntas aterradoras, pero aunque me hacían amilanarme al pensar en el momento en que finalmente me vería cara a cara con él, también contrarrestaban mis impulsos suicidas: no podía matarme por lo menos hasta conocer las respuestas, aunque sólo fuera por la razón de que así nunca me enteraría de si acabar con mi vida había sido lo adecuado.

El tercer día, después de comer, Joe se presentó en la escuela y dio sus clases de la tarde. Cuando me lo encontré por casualidad en el vestíbulo principal, en un

descanso, palidecí; el hecho de que apenas tuviéramos tiempo para saludarnos hacía que mi nerviosismo fuera más intenso. Él estaba muy tranquilo, pero estoy seguro de que a mí se me notaba en la cara lo que sentía. No tengo ni idea de cómo me apañé para dar mis últimas dos clases.

A las cuatro me fui a mi despacho para corregir las primeras redacciones, y al cabo de unos minutos entró Joe. Los dos hombres con los que compartía el despacho se habían ido a comer. Joe se sentó en el borde del escritorio que había junto al mío.

—¿Cómo va todo? —me preguntó.

Yo negué con la cabeza, con ganas de contarle todo antes de que él me dijera que ya lo sabía; pero para entonces ya estaba tan desmoralizado, y tan confirmada estaba mi debilidad, que lo único en que era capaz de pensar era en la remota posibilidad de que él todavía no lo supiera. Mientras existiera esta posibilidad, yo no era lo bastante fuerte como para confesar, y sin embargo sabía muy bien que si esta posibilidad desaparecía, mi confesión se volvería inútil.

—Las primeras redacciones —dije, con los ojos puestos en ellas—. ¿Qué tal te encuentras? Shirley dijo que estabas enfermo.

—Sí —dijo Joe.

Sin duda, la expresión de su rostro me habría servido para saber cómo entender su respuesta, pero no podía mirarlo a la cara. Fingí examinar una de las redacciones y me aferré a la esperanza de que Joe estuviera hablando literalmente.

—¿Qué tal tú? —me preguntó; no había nada de sarcasmo en su voz, sólo curiosidad. Me dio un vuelco al corazón.

—Bueno, como siempre.

—¿No te has resfriado con tanta lluvia?

—No. No me resfrío fácilmente.

¡Estuve a punto de soltar una carcajada de alivio! Seguro que más adelante me avergonzaba, pero en aquel momento, el hecho de haber escapado por tan poco me entusiasmaba. ¡Joe no lo sabía! Le di las gracias a Rennie en silencio y de todo corazón. Casi sentí amor por ella.

—¿Qué preferirías tener? —pregunté, más alegre y seguro de mí mismo—. ¿Mononucleosis o gonorrea?

Incluso me atreví a mirarlo para ver cómo reaccionaba ante mi pequeña broma.

—Horner —dijo con fastidio—, ¿por qué te has follado a Rennie, por todos los santos?

La pregunta fue como un golpe en la cabeza: me mareé y se me hizo un nudo en el estómago. Durante un momento, fui incapaz de hablar. Él esperaba, observándome con lo que me pareció que era una mezcla de asco y fascinación.

—Por Dios, Joe... —murmuré.

Al oír mi propia voz, al notar el esfuerzo que tenía que hacer para hablar, los ojos se me llenaron de lágrimas y me sonrojé y empecé a sudar. No tenía nada que decir.

Joe se colocó bien las gafas.

—¿Por qué quisiste hacer algo así? ¿Cuál fue tu motivo?

—Joe, ahora no puedo hablar.

—Sí, sí que puedes —dijo con tranquilidad—. Habla o te rompo la cara.

Esto, debo decir, aunque concordaba del todo con su naturaleza franca, era un doble error táctico por parte de Joe. En primer lugar, aunque su amenaza de violencia me daba miedo, también me ponía de inmediato a la defensiva, y si estar a la defensiva es muestra de un sentimiento de culpa, es al mismo tiempo una manera de librarse de él: un asesino concentrado en escapar del castigo tiene poco tiempo para especular sobre la vileza de su acto. En segundo lugar, me parece que, en términos generales, la única manera de que una persona obtenga respuestas sinceras de otra, y pueda confiar en que son de verdad sinceras, es crear la impresión de que cualquier respuesta será recibida cordialmente, sin castigo.

—No quise hacerlo, Joe. No sé por qué lo hice.

—No digas tonterías. Quizá no te parezca bien lo que hiciste, pero es evidente que quisiste hacerlo o no lo habrías hecho. Cuando alguien hace algo tiene que asumir la responsabilidad de haber querido hacerlo. ¿Por qué pensabas que lo estabas haciendo?

—No pensaba nada, Joe. Si lo hubiera pensado, no lo habría hecho.

—¿Pensabas que me iba a gustar la idea? ¿Qué clase de persona pensabas que era?

—No pensaba nada, Joe.

—Estás haciéndote el idiota, Horner, y eso me resulta muy irritante.

—Puede que sea idiota, pero te aseguro que no me lo hago. No sé qué motivos inconscientes puedo haber tenido, Joe, pero fueran los que fueran, eran inconscientes, así que no puedo saber nada de ellos. —Y, pensaba yo, no puedo hacerme responsable de ellos—. Pero te juro que no tenía ningún motivo consciente.

—¿Acaso no quieres hacerte responsable de lo que has hecho? —me preguntó Joe con incredulidad.

—Sí quiero, Joe, créeme —dije, sin demasiada convicción—. Pero no puedo darte razones cuando no tenía ninguna. ¿Quieres que me invente alguna razón?

—¿Qué imagen tenías de Rennie y de mí, por el amor de Dios? —dijo Joe, exasperado—. ¡Lo que más me horroriza es lo que pensarías de nuestra relación para hacer una jugarreta así! Sé que te has burlado de un montón de cosas nuestras; siempre te he perdonado todas tus gilipolleces porque me interesabas. ¿Decidiste que Rennie era una presa fácil porque yo la llevaba con mano firme o qué? Y si una presa te parece fácil, ¿ya nada más te importa? ¿No te molesta jugar sucio? ¿De verdad pensabas que podías separarla de mí hasta el punto de que me ocultara una cosa como ésa?

—¡Joe, por el amor de Dios, sé que fue una cosa espantosa! No estoy defendiendo el adulterio ni el engaño.



—Pero cometiste adulterio y engañaste. ¿Por qué lo hiciste? ¿Crees que me importa lo que pienses sobre el séptimo mandamiento? No me opongo al adulterio y al engaño en tanto pecados, Horner; me opongo a que te folles a Rennie y después intentes que no me lo cuente. Escucha, no me importas una mierda. Ya has perdido cualquier derecho que creyeras tener en relación con mi amistad. En ese nivel, tú y yo hemos acabado. Puede que Rennie y yo también hayamos acabado, pero no lo sé hasta que no haya oído la historia completa. Quiero oír tu versión del asunto, si es que tienes una. Ya he oído la de Rennie; eso es lo que he estado haciendo estos tres días. Pero su memoria no es perfecta, y además es selectiva, como la de todo el mundo. Por supuesto, lo que me ha contado es la mejor interpretación posible de lo que hizo ella y quizá la peor posible de lo que hiciste tú. Yo no estuve ahí, tío, acuérdate. Rennie no se está haciendo la inocente, pero quiero todos los hechos y todas las interpretaciones de los hechos.

—¿Qué puedo decir, Joe?

Él se bajó de la mesa dando un pequeño salto.

—Iré a verte después de cenar —me dijo—. Prefiero oír lo que tengas que contarme sin que esté Rennie delante. Y no te preocupes —añadió con cierto desdén—. No voy a pegarte un tiro, Jake. No habría mencionado la posibilidad de emplear la violencia si Rennie no me hubiera dicho que eso era lo que tú esperabas.

Lo cierto es que cené bastante inquieto. Sin embargo, la idea del suicidio ya no se me volvió a pasar por la cabeza. Como para simbolizar el cambio del tiempo en mi interior, la lluvia amainó por la tarde y a eso de las seis cesó completamente, aunque el cielo siguió cubierto. Me di cuenta de que había añadido el intenso sentimiento de culpa a la lista de mis otras debilidades, y por lo tanto lo lamentaba junto a las demás. No me sentía mejor en relación con lo que había hecho —fornicar con sus esposas a espaldas de mis amigos y después ocultárselo eran cosas que estaban mal, desde mi punto de vista, si es que podía decirse que yo tenía un punto de vista—, pero ahora me sentía diferente. Ahora que todo era de dominio público, me sentía muy aliviado. Y hablar de ello con Joe, en particular, me permitía dejar de centrar mi atención en mi sentimiento de culpa y dirigirla hacia lo que quizá pudiera hacer para salvaguardar mi amor propio. Si iba a seguir viviendo, tenía que vivir conmigo mismo, y como la mayor parte del tiempo era un animal moral, ese trabajo de salvaguardia era de extrema importancia. Lo que había ocurrido, había ocurrido, pero el pasado, al fin y al cabo, existe sólo en la mente de quienes piensan en él en el presente, y por lo tanto en las interpretaciones que se hacen de él. En ese sentido, nunca es demasiado tarde para hacer algo en relación con el pasado. No es que quisiera recrear el incidente, al estilo moscovita, de modo que yo saliera bien parado: mi dificultad consistía precisamente en que no tenía ningún deseo de defender lo que había hecho, ni la capacidad para explicarlo. El Jacob Horner que sentía un deseo desesperado de

defender no era el que se había revolcado como un imbécil en la cama de Joe Morgan con la mujer de Joe Morgan, ni el que se había consumido de vergüenza y terror durante los siguientes días, sino el que ahora era el objeto del asco de Joe: el Horner del momento presente y todos los Horner por venir. Y, para bien o para mal, el tipo que se alzaba en su defensa seguía contrito —profundamente contrito—, pero ya no estaba dispuesto a humillarse.

Joe se presentó en mi habitación poco después de las siete y se sentó, no muy relajado, en uno de mis grotescos sillones. El hecho de que acudiera a mi casa en vez de pedirme que fuera yo a la suya, aunque desde luego era la única forma posible de actuar, me pareció otro error táctico; al menos, su manera de tratarme era más suave que la de la tarde. Pero como habría dicho él si yo hubiera estado en posición de señalarle esto, Joe, por naturaleza, no tenía ninguna táctica. Por supuesto, el simple hecho de que no sintiera ningún interés por juzgarme era lo que hacía que el trabajo de defenderme me resultara más difícil, si no imposible.

—Déjame explicarte mi postura en esta cuestión, Jake —empezó a decir.

—¡Por Dios, Joe, la tuya es la única postura que no necesita explicación!

—Eso no es cierto. Y el hecho de que no te des cuenta de que no es cierto forma parte de tu incompreensión de Rennie y de mí.

—Joe, me doy perfecta cuenta de que habrías estado totalmente justificado para pegarme una paliza o incluso un tiro. No cuestiono mi culpa.

—Y a mí no me interesa nada tu culpa —dijo él—. Esto de insistir en tu culpa y en mi derecho a estar furioso es una simplificación excesiva del problema. Haciendo como que todo el problema tiene que ver con incumplir mandamientos, te autorizas a no tomártelo demasiado en serio, porque sabes tan bien como yo que los mandamientos no son valores absolutos. No tengo ningún interés por culpar a nadie de nada. Si de verdad nos entendieras, te darías cuenta de eso, pero claro, si de verdad nos entendieras, nada de esto habría pasado.

—Santo Dios, ojalá no hubiera sucedido —dije fervientemente.

—Qué tontería. Yo estoy contento de que haya pasado, porque ha servido para destapar problemas que no sabía que había. Intenta recordar que no estoy en absoluto interesado ni preocupado por ti. Si eso hiera tu orgullo, lo único que puedo decir es que tu orgullo no es lo que más me importa en este momento. Si puedo explicarte el problema que tenemos, a lo mejor entiendes lo que es relevante y lo que no lo es —dijo, y comenzó a explicármelo—: Para mí, lo más importante del mundo, uno de mis valores absolutos, supongo, es la relación que tenemos Rennie y yo. Rennie ya me ha contado todas las cosas que recordaba haberte contado durante vuestros paseos a caballo. El hecho de que te las haya contado es uno de mis problemas, pero ya que lo hizo, quizá lo mejor sea conocer también mi versión.

»Ya sabes que conocí a Rennie en Nueva York, cuando estaba en la Universidad de Columbia. Lo que me atrajo de ella fue que era la chica más autosuficiente que había conocido nunca; quizá la única, ya que en nuestra cultura no abundan. Era

bastante popular, pero no parecía necesitar en absoluto la popularidad; ni siquiera parecía que necesitara tener amigos. Si alguna vez se sentía sola, en esa época, creo que era porque no siempre comprendía su propia autosuficiencia; pero desde luego, no se sentía sola con mucha frecuencia. Eso fue lo que me atrajo. Yo había estado en el ejército antes de ir a Columbia y en una fraternidad universitaria antes que eso, y había hecho el tonto con mujeres lo bastante como para no confundir una clase de atracción con otra. ¿Tú te has tirado a muchas mujeres, Jake?

—No, a muchas no —contesté modestamente.

—Sólo te lo pregunto porque no sé si esa confusión entre distintas clases de atracción podría tener que ver con la forma en que te has comportado. Probablemente tuviera que ver con la forma en que se ha comportado Rennie: ella nunca se había acostado con nadie además de conmigo. —Tuve un ataque de vergüenza y remordimientos—. Fue debido a esa autosuficiencia que me pareció ver en ella que pude imaginarme teniendo el tipo de relación que te describió, una relación más o menos permanente. Eso sólo sería posible entre dos personas más bien independientes y que sintieran un respeto categórico por la autosuficiencia del otro. El hecho de que no nos necesitáramos en ningún sentido «básico» me pareció que significaba que podíamos funcionar estupendamente en muchos otros sentidos. Pero creo que ya has oído todo esto. Así se explica, por cierto, que me sorprendiera y molestara que Rennie te contase todo esto en el pinar; no es que la privacidad fuera tan importante en sí misma, pero es un indicador de la clase de independencia que creíamos tener.

»Bueno, debes saber que no tengo ninguna teoría sobre moral sexual. Dios me libre. Rennie y yo nunca hemos hablado sobre esto, pero creo que los dos asumimos tácitamente que el sexo extramarital no se contemplaba, del mismo modo en que la mentira o la homosexualidad no se contemplaban: no lo necesitábamos en absoluto. Y no sólo no tengo ninguna opinión sobre moral sexual; por lo visto, el tema tampoco me hace sentir nada de manera automática. Pero a Rennie sí. Y cosas muy fuertes. Estoy seguro de que no habría podido defenderlas racionalmente; ningún programa ético puede defenderse de una manera clara y racional, al fin y al cabo. Probablemente fuera un remanente de su familia y su educación. Pero el hecho de que tuviera esos sentimientos tan fuertes en relación con la fidelidad matrimonial era suficiente para asumirla como modo de funcionar: sus sentimientos no interferían en ninguna de mis ideas sobre la privacidad, y además encajaban bastante bien con la clase de relación que queríamos tener, ya que ayudaban a que todo quedara en casa.

»Así que ése era mi ideal de Rennie: autosuficiencia, fuerza (podría contarte un montón de cosas sobre su fuerza) y privacidad. Y ahí está el problema. Según la imagen que tengo yo de Rennie, lo que pasó no podría haber pasado. Según la imagen que tiene ella de sí misma, no podría haber pasado. Y sin embargo, ha pasado. Por eso todavía nos resulta muy difícil creer que realmente ha pasado: no sólo tenemos que aceptar que hiciera lo que hizo, sino también que quisiera hacerlo. Y no pienses

que te estoy acusando de violación. Aceptar esas dos cosas hace que sea necesario modificar la imagen que tenemos de Rennie, y en este momento no somos capaces de encontrar una versión que encaje con lo que ha ocurrido y también con la clase de relación que creíamos tener. Y nuestra relación era lo que dotaba al resto de nuestra vida, a todo lo que hacíamos, de unos valores. Para mí es más importante que ser un gran investigador o cualquier otra cosa. Si tenemos que separarnos, todo lo demás deja de tener sentido. No se trata de una reacción emocional; es la imagen más coherente que puedo darte de lo que considero que estábamos haciendo Rennie y yo, y la explicación de por qué ahora todo queda en suspenso hasta que decidamos qué significa lo que ha ocurrido. Rennie también se siente así. Es de lo que hemos estado hablando estos tres días, y es de lo que vamos a hablar durante una buena temporada, si no acaba con su vida mientras estoy aquí contigo.

Sentí una gran empatía hacia él.

—Lo siento, Joe.

—¡Pero eso no viene al caso! —dijo, y soltó una carcajada totalmente desprovista de humor—. El único motivo por el que me interesa tu participación en todo esto, el motivo por el que te pregunto una y otra vez por qué lo hiciste y qué opinión tenías de Rennie y de mí para intentarlo con ella, es que tengo que saber en qué medida tus actos influyeron en sus actos.

—Joe, te lo juro, asumo toda la responsabilidad por lo que ha pasado.

—Veo que no estás dispuesto a ayudarme. ¿Asumes toda la responsabilidad por el hecho de que ella se pusiera encima la primera vez? ¿Tú te mordiste a ti mismo en el hombro izquierdo? ¡Joder, ya te he dicho que Rennie no se ha hecho la inocente! Lo que queremos ella y yo del otro no es posible salvo que aceptemos que somos personas independientes, que finjamos que lo somos, por mucho que sospechemos que no es verdad. ¿Por qué insistes en jugar a esta clase de juegos, Jake? Es evidente que yo estoy siendo sincero, ¿no? ¡Deja de actuar y sé franco conmigo, joder, aunque sea por una vez!

—Lo hago lo mejor que puedo, Joe —afirmé, muy incómodo.

—¡Pero te niegas a olvidarte de ti mismo ni siquiera por un minuto! ¿Qué es lo que quieres? Si estás tratando de caerme bien, te prometo que así no vas a conseguirlo. No sé si algo de lo que digas va a tener ese efecto, pero la única posibilidad que hay es que seas completamente sincero.

—Mira, a mí me parece que no vas a aceptar como sincero nada que no sea lo que quieres oír, y no sé qué es lo que quieres oír o te lo diría. Hazme preguntas y yo las contestaré.

—¿Por qué te follaste a Rennie?

—¡No lo sé!

—¿Qué motivos piensas que podrías haber tenido?

—No puedo darte ningún motivo que considere verdadero.

—Joder, Horner, uno no hace las cosas porque sí. ¿En qué estabas pensando?

—No estaba pensando en nada.

Joe empezó a mostrar su indignación.

—Escucha, Joe —le rogué—. Tienes que admitir que la gente, quizá excluyéndote a ti, no siempre tiene motivos conscientes para todo lo que hace. Siempre hay algunas cosas de las que no podemos dar cuenta. Bueno, cuando pasa eso, todo el mundo es capaz de inventarse motivos conscientes, tal vez, en tu caso, se te ocurran en cuanto piensas en un acto después de haberlo hecho, pero no van a dejar de ser racionalizaciones posteriores a los hechos.

—Sí, muy bien —insistió Joe—. Si estuviera de acuerdo con todo lo que acabas de decir, igual tendría que añadir que incluso la racionalización posterior a los hechos debe hacerse, y que la persona debe hacerse responsable... hacerse a sí misma responsable... por sus racionalizaciones, si es que quiere ser un actor moral.

—Entonces tendrás que ir todavía un poco más lejos y admitir que a veces un hombre no es capaz de racionalizar, porque no se le ocurre nada. No aceptas que yo asuma toda la responsabilidad por lo que ha pasado, pero tampoco aceptarías que no asumiera ninguna responsabilidad. Pero en este asunto, no veo que haya ningún punto medio.

Encendí un cigarrillo. Estaba nervioso, y me sentía feliz y desgraciado al mismo tiempo debido al hecho de que a pesar de mi nerviosismo, me encontraba bastante bien, bastante seguro de mi razonamiento, bastante satisfecho de mi capacidad para interpretar un papel que me parecía a la vez un tanto abominable y sin embargo ineludible. Es decir, tenía la sensación de que era un papel, pero no estaba seguro de que ninguna otra cosa no fuera también un papel, y en cualquier caso no se me ocurría ningún otro papel que pudiera interpretar en aquella situación. Si, como quizá sea el caso, eso es todo lo que puede hacerse —al menos es todo lo que pude hacer yo —, entonces no creo que haya forma de actuar con más sinceridad.

—Nada de eso viene al caso —dijo Joe—. No me importa cuánta responsabilidad estás dispuesto a asumir. Lo que quiero saber es qué pasó, para poder saber cuánta responsabilidad atribuirte, la asumas o no. ¿Cuándo se te ocurrió que podías liarte con Rennie?

—No lo sé. Quizá no se me ocurriera hasta que ya estábamos en la cama, quizá en cuanto os conocí a los dos, quizá en algún momento intermedio. No era consciente de que se me hubiera ocurrido.

—¿Qué dijo o qué hizo ella para que se te ocurriera?

—No estoy seguro de que realmente se me hubiera ocurrido. Podría interpretar cada cosa que dijo y que no dijo ese día que pasé ahí en vuestra casa, cuando tú no estabas, como una prueba de que estaba dispuesta a hacer el amor conmigo, o podría no interpretar nada de eso de ese modo. Pero creo que en aquel momento no interpreté nada de ninguna manera.

—¿Qué fue lo que se dijo?

—¡Por Dios, no soy capaz de recordar las conversaciones! ¿No te lo dijo Rennie?

—Claro que me lo dijo. ¿No te acuerdas o es que estás haciéndote el tonto de nuevo?

—No me acuerdo.

—Bueno, y entonces ¿qué demonios voy a hacer? —gritó Joe—. Tú aseguras que no tenías ningún motivo consciente. Que no notaste la existencia de ningún motivo inconsciente. Que no quieres racionalizar. Que no hiciste ninguna interpretación, al menos conscientemente, de nada de lo que hizo Rennie. Y no eres capaz de recordar ninguna conversación. ¿Tengo que estar de acuerdo con Rennie en lo de que no existes? ¿Qué hace que un hombre pueda considerarse un ser humano, si no son estas cosas?

Me encogí de hombros.

—Podría añadir algunas cosas más a la lista de mis incapacidades.

—No te preocupes. Escucha, Horner. Si me convencieras de que una buena parte de lo que hizo Rennie lo hizo bajo tu influencia, no me quedaría a gusto, porque ella no debería haber estado en una posición en la que tú pudieras influirla demasiado. ¿Te das cuenta? Y si me convencieras de que casi nada de lo que hizo lo hizo bajo tu influencia, tampoco me quedaría a gusto, porque según la imagen que tenemos de ella, no debería haber elegido hacerlo. Así que no estoy tratando de resolver el problema cargándote el muerto a ti. La cuestión es que no puedo estar seguro de cuál es el problema que hay que resolver hasta que no sepa qué pasó exactamente y por qué pasó cada cosa.

En aquel momento, me sentí lo bastante fuerte como para contestarle:

—Creo que el problema sería mucho menor si tuvieras algo más de respeto por la respuesta «no lo sé». Puede ser una respuesta de lo más sincera, Joe. Cuando alguien cercano te hace daño de una manera inexplicable y le preguntas por qué mierda te ha hecho eso y te dice «no lo sé», a mi me parece que esa respuesta merece respeto. Y si te lo dice alguien que quieres o alguien en quien confías, y lo dice en tono arrepentido, creo que incluso podría ser una respuesta aceptable.

—Pero una vez que lo ha dicho —dijo Joe—, una vez que se encuentra en una posición en que no tiene más remedio que decirlo, ¿cómo puedes saber si el cariño y la confianza que hacen que la respuesta sea aceptable estaban justificados?

Desde luego, ¿cómo puede uno saberlo? Lo único que podría haberle contestado era que yo, personalmente, no podía imaginarme teniendo que hacerme esa pregunta, pero me imaginaba muy bien a Joe haciéndosela.

—En fin, eso no sirve para nada, Jake —dijo Joe, dispuesto para irse—. Si ésa es tu respuesta, no veo cómo relacionarme contigo, y si es la de Rennie, tampoco veo cómo relacionarme con ella. Esa respuesta no tiene ningún valor en el universo Morgan. A lo mejor estoy en el universo equivocado, pero es el único en el que me veo entablando relaciones serias. Tío, tendrías que saber que Rennie te culpa de casi todo lo que ocurrió.

Me quedé un poco sorprendido, pero me limité a arrugar la frente y a chasquear la lengua.

—No entiendo por qué no crees en ella —afirmé.

—Pero a ti te parece que es muy vulgar por su parte, ¿no? Es la clase de cosa que se espera de una mujer.

—No tengo ninguna opinión al respecto —dije—. O, mejor dicho, pienso las dos cosas al mismo tiempo.

Al oír esto, Joe apretó los puños, indignado, y salió de la habitación.

Podría decir que esta conversación me alteró, pero me parece más preciso decir que me estimuló: mi alteración tenía más que ver con el estímulo que con la culpa, era la misma alteración que provoca un debate complejo: la alteración ni agradable ni desagradable, pero siempre excitante, que genera cualquier duelo de argumentaciones en el que los duelistas aportan cosas lo bastante valiosas como para que la disputa, aunque no deje de ser un juego, sea por lo menos un juego serio.

¡La argumentación! A la argumentación es a lo que concedo un valor absoluto, si es que se lo concedo a algo. En cualquier caso, es la única cosa que se me ocurre con respecto a la que he tenido con cierta frecuencia la sensación que uno tiene en relación con aquello a lo que concede un valor absoluto. Convertir una experiencia en lenguaje —es decir, clasificarla, categorizarla, conceptualizarla, gramaticalizarla, sintactizarla— siempre es una traición, una falsificación; pero sólo al traicionarla de ese modo podemos asumirla, y sólo al asumirla de ese modo me he sentido yo un hombre vivito y coleando. Es por eso que, cuando tuve algún motivo para pensar en ello, reaccioné ante aquella meticulosa falsificación, ante aquella habilidosa y detallista creación mítica, con la frustrante excitación que siente todo artista ante su obra. Cuando afilé bien mis tijeras mitoplásticas, descubrí que era incomparable el placer que sentía al ir por ahí recortando la realidad.

Desde otros puntos de vista, naturalmente, no me creo ni una palabra de todo esto.

## 9. UNA DE LAS COSAS QUE NO ME PARECIÓ APROPIADO CONTARLE A JOE MORGAN

Una de las cosas que no me pareció apropiado contarle a Joe Morgan (pues hacerlo habría sido testificar contra mí mismo) es que nunca me ha supuesto un problema mantener con una absoluta falta de entusiasmo opiniones contradictorias o al menos opuestas sobre un determinado tema. Quizá lo hiciera en exceso, en los últimos tiempos, para evitar un nuevo episodio de inmovilidad. De este modo, me parecía que el Doctor era un insensato y un pensador profundo; que Joe era brillante y también absurdo; que Rennie era fuerte y débil; y que Jacob Horner —búho, pavo real, camaleón, burro y papagayo, huido de un bestiario medieval— era gigante y enano, estaba lleno y vacío y resultaba admirable y despreciable al mismo tiempo. Si le hubiera explicado esto a Joe, él lo habría añadido a su depósito de pruebas de que yo no existía: yo sentía que era y no era una prueba de mi inexistencia. Lo explico ahora para aclarar en la medida de lo posible a qué me refiero cuando digo que me sentí muy impresionado y nada sorprendido, molesto y encantado, excitado y aburrido, cuando la tarde posterior a la conversación recién transcrita Rennie se presentó en mi habitación. Yo había estado genial con mis alumnos, explicándoles los gerundios, participios e infinitivos, y mi elocuencia me había hecho sentir tanto culpabilidad como indiferencia con respecto al asunto de los Morgan.

—¡Joder! ¡Pero bueno! —dije al verla— ¡Pasa! ¿Te han excomulgado o qué?

—Yo no quería venir —dijo Rennie secamente—. No tenía ninguna gana de volver a verte, Jake.

—Ah. Pero si la gente quiere hacer las cosas que hace, ¿no?

—Me ha traído Joe. Me dijo que subiera.

Me pareció que su intención es que aquello cayera como una bomba, pero mi estado de ánimo no era nada explosivo.

—¿Para qué?

Rennie había empezado controlando la situación con bastante firmeza y solemnidad, pero ahora empezó a balbucear y no fue capaz de contestar mi pregunta, o no quiso hacerlo.

—¿Te está chuleando? ¿O es que te ha echado de casa?

—No. ¿No eres capaz de entender por qué me ha mandado aquí? ¡Por favor, no me hagas explicarlo!

La aparición de las lágrimas era inminente.

—La verdad es que no tengo ni idea, Rennie. ¿Debemos recrear el crimen de un modo más analizable o qué?

Bueno, eso acabó con su autocontrol; comenzó a mover la cabeza de un lado al otro. Por cierto, me pareció que estaba preciosa. Era evidente que había estado sufriendo intensamente durante los últimos días y eso, el agotamiento de sus fuerzas,



le proporcionaba el atractivo sexual que a veces tienen las mujeres atormentadas. Noté que se anunciaba la presencia de sentimientos tiernos y amorosos en mi interior.

—Todo lo que ha ocurrido me da una pena terrible —le dije, apoyándole la mano en el hombro—. Siento mucha empatía hacia Joe, y aún más hacia ti. Pero está haciendo un circo increíble de todo esto, ¿no te parece? Esto de hacerte venir aquí es la cosa más jodida que he visto en mi vida. ¿Se supone que es un castigo?

—No es ridículo salvo que estés decidido a verlo así —dijo Rennie, con lágrimas en los ojos pero enérgicamente—. Por supuesto, a ti te lo va a parecer, y así no tienes que tomarte en serio a Joe.

—¿De qué va todo esto, por el amor de Dios?

—Yo no quería volver a verte, Jake. Se lo dije a Joe. Él me contó lo que tú le dijiste anoche y al principio pensé que estabas mintiendo. Supongo que sabes que te odio desde que hicimos el amor; cuando se lo conté a Joe, no omití nada de lo que hicimos... ni un solo detalle..., pero te eché la culpa de todo.

—Me parece bien. La verdad es que no tengo ninguna opinión sobre el tema.

—No puedo seguir echándote la culpa —continuó Rennie—. Es demasiado fácil, y en realidad no arregla nada. Supongo que yo tampoco tengo ninguna opinión, y Joe tampoco.

—¿De verdad Joe tampoco?

—Joe está muy afligido. Y yo también. Pero él está decidido a no eludir la cuestión de ninguna manera, y a no adoptar una postura sólo para calmar el dolor. ¡No te das cuenta de lo obsesionado que está! A veces he pensado que la semana pasada nos volvimos locos los dos. ¡Esto nos está destrozando! Pero Joe está dispuesto a pasar por cualquier cosa antes que adular el problema. Por eso estoy aquí.

—¿Por qué?

Inclinó la cabeza.

—Le dije que no soportaría volver a verte, fueras el responsable de todo o no. Él se enfadó y me dijo que estaba poniéndome muy melodramática y eludiendo la cuestión. ¡Pensé que iba a pegarme de nuevo! Pero se tranquilizó e incluso me hizo el amor y me explicó que si queríamos acabar con el problema tendríamos que tener un cuidado especial para no inventarnos interpretaciones de las cosas que nos impidieran ver los hechos con claridad. En cualquier caso, dijo, teníamos que hacer todo lo que pudiéramos para enfrentarnos a los hechos con la mayor crudeza posible, y con la mayor frecuencia posible, por mucho que nos doliera. También dijo que tal como están las cosas ahora, hemos sido derrotados, y que la única posibilidad de salvar algo es no dejar de lado el problema ni por un minuto. Yo le dije que si tenía que seguir mucho tiempo viviendo con el problema, me moriría, y él dijo que a lo mejor él también, pero que era la única manera. Supongo que pensarás que esto es ridículo.

—No tengo una opinión —dije, queriendo decir que tenía opiniones contradictorias.

—Una de las cosas que Joe piensa que no debemos hacer es darte de lado todavía, o permitir que tú nos des de lado. Por eso me ha traído aquí. Negarme a verte de nuevo es eludir la cuestión.

—Bueno, yo estoy contentísimo de verte, pero debo decir que estoy totalmente a favor de eludir cualquier cuestión si es al mismo tiempo dolorosa e irresoluble. ¿Tú no?

Me di cuenta de que ella también, y con todo su corazón.

—No —dijo resueltamente—. Estoy de acuerdo con Joe.

—Bueno, ¿y qué se supone que tenemos que hacer? ¿Hablar de filosofía?

Movimiento de cabeza.

—Jake, por Dios, dime sinceramente lo que piensas de Joe.

—Si te soy sincero, tengo unas cuantas opiniones —dijo, sonriendo.

—¿Cuáles son?

—Bueno, en primer lugar... pero no en orden de intensidad..., opino que no se puede ser más noble.

Rennie empezó a reírse y a llorar al mismo tiempo.

—Es noble, fuerte y valiente, más que nadie que yo haya conocido nunca. Si sufre alguna catástrofe, también la sufren la razón, la inteligencia y la civilización, porque él es la quintaesencia de todas esas cosas. No hay nadie más que sea como él en los Estados Unidos. Eso es lo que creo.

Rennie se estaba derritiendo de tal modo que, si hubiese querido, habría podido abrazarla en aquel mismo momento sin que opusiera resistencia.

—En segundo lugar —dijo—, es completamente ridículo. Despreciable. Es un bufón, un sofista y un patán. Es arrogante, mezquino, intolerante, un poco cruel e incluso estúpido. Usa la lógica y esa sinceridad infantil como un arma y como un escudo al mismo tiempo. O podría decirse que es un demente, un monomaniaco: está atrapado en el delirio de que la inteligencia puede solucionar todos los problemas.

—¡Pero tú sabes muy bien que él podría contestarte a todas esas cosas!

—Claro, él puede defender su postura y su método, pero no puede resolver alegremente este problema empleándolos. Pero bueno, todas estas imágenes de él son elogiosas, porque son muy extremas. Mi última opinión, que no defiende más que las otras, es que Joe es un poco de todo esto, pero sobre todo es un tipo más bien común y corriente, más patético que trágico y más divertido que despreciable. Es ligeramente grotesco y, en última instancia, no demasiado encantador, ni siquiera agradable. Un poco bobo y terriblemente ingenuo. Ése es nuestro Joseph. No es un hombre al que haya que tomarse demasiado en serio, porque no defiende su postura con suficiente brillantez, ni siquiera con suficiente coherencia. Debería añadir que me parece que yo también soy todas estas cosas, y algunas otras.

—Jake, tú sabes que él podría responder a todas esas acusaciones.

—Desde luego. Pero lo bonito de esto es que no tiene ninguna importancia que pueda o no pueda. No son acusaciones: son opiniones. Joder, Rennie, no te

equivoques: a mí Joe me cae muy bien.

—Pues hablas de él con una superioridad espantosa.

Me reí.

—Una de mis opiniones, que se suma a la de que soy inferior a Joe en casi todo, es que soy superior a él en casi todo. Ahora sé sincera tú conmigo: ¿qué es lo que pretende realmente al mandarte aquí?

—Hemos tenido que aceptar que aunque tú fuiste el que empezó todo, yo no habría dejado que me influyeras si no lo hubiera querido. Te aprovechaste de mí en un momento de debilidad vital, pero no me violaste. No puedo rechazar la afirmación de Joe de que si acabé en la cama contigo es porque a fin de cuentas, lo quise así, por mucho que ahora me repugne esa idea. Por eso Joe insiste en que no viene al caso que me resultes tan desagradable. Me preguntó cómo me habría sentido hace tres semanas si me hubiese sugerido que hiciera el amor contigo, y tuve que decirle que no lo sabía. Entonces me preguntó cómo me sentiría si me lo sugiriera ahora, y le dije que la idea me horrorizaba y repelía. Él dijo que esa era la clase de reacción ante la que debíamos estar en guardia, porque oculta el problema. Tenemos que ser lo más sinceros que podamos y decir lo que realmente creamos, y no confundirlo con lo que pensemos que es más seguro o más prudente creer, y tenemos que actuar partiendo de nuestras verdaderas creencias para poder saber dónde estamos. Y aparentemente... según dijo Joe... yo creo que está bien que haga el amor con otros hombres, o al menos contigo, quiera o no quiera admitirlo ante mí misma, puesto que lo hice.

—¡Dios mío!

—Jake, me ha mandado aquí para que lo hagamos de nuevo.

—Pero tú no estás de acuerdo con él en esto, ¿verdad?

No lo estaba, desde luego, en la misma medida en que no estaba de acuerdo con la necesidad de no eludir la cuestión, pero ya se había comprometido a estar de acuerdo con él en eso y, ya puestos, en todo lo demás. Tardó un momento en responder.

—¡Detesto la idea, Jake! Siento un rechazo absoluto ante la idea. Pero este rechazo es igual que lo que siento por ti, Jake. No hace falta que nadie me señale eso. ¡Estoy perdida, Jake! No soy tan fuerte como Joe, ni siquiera como tú. ¡No soy tan fuerte como para verme metida en algo así!

Vaya cosa. Se me ocurrió que la postura de Joe, aunque era completamente ilógica (un único adulterio por parte de Rennie, por supuesto, no implicaba necesariamente que ella creyera que el sexo extramarital «estaba bien» en términos generales, ni con otros hombres en general ni conmigo en particular: como mucho, implicaba que había deseado hacerlo aquella única vez), me proporcionaba una oportunidad para acosarla, si eso era lo que quería. Era una gran tentación, ya que podía decirle «Vale, ahí está la cama»; pero no tenía ninguna gana de torturar a Rennie.

—¿Estás deseando hacerlo, entonces? —le pregunté.

—¡No! ¡Dios, es lo último que haría en el mundo!

—Joe está loco. Podría decir que me parece que es un perverso, por lo que está proponiendo.

—Bueno, pues dilo. Así no tendrás que tratar de entenderlo.

—¡Ésa es una frase extraordinaria! —dije, riéndome—. ¡Neutraliza cualquier crítica que se le pueda hacer! Esa frase y la de que es lo bastante fuerte como para poder ser una caricatura de sí mismo... Esas dos defensas sirven para hacer que cualquiera sea inatacable.

—Pero en su caso son ciertas —insistió Rennie.

—¿A qué hora va a venir a recogerte?

—Dimos por hecho que tú me llevarías a casa después —dijo ella con sospechosa elocuencia.

—¿Cuando hayamos acabado?

—¡Para, por favor!

—Bueno, ¿vamos? A tu casa, digo.

Me miró desconcertada.

—No te va a examinar cada vez, ¿verdad? —Sonreí—. Y tampoco podría saberlo, de todos modos. Lo único que tienes que hacer es jurar por tu honor de *scout* que hemos cumplido con nuestro deber.

Ahora, por primera vez, captó la auténtica naturaleza de su dilema: tenía que elegir entre meterse en la cama conmigo, lo cual le repugnaba, o mentirle a Joe, lo cual también le repugnaba, puesto que la tercera opción —reivindicar su propia opinión negándose a obedecer las decisiones de él— estaba, por lo visto, fuera de su alcance; no tenía fuerza suficiente para ello.

—¡Ay, Dios! ¿Qué harías tú si estuvieras en mi lugar, Jake?

—¡Yo le habría dicho que se fuera al carajo! —contesté alegremente—. Para empezar, no habría venido aquí. Pero ya que has venido, si yo fuera tú, no dudaría en mentirle. Dale un montón de detalles escabrosos. Dile que hemos hecho el amor cinco veces y que te he sodomizado dos. Lo está pidiendo. Apuesto a que no vuelve a mandarte a verme si consigues que suene excitante de verdad. Es el viejo truco de librarse de una mala ley cumpliéndola con exceso de celo.

Rennie se mordió los nudillos y movió un poco la cabeza.

—No puedo mentirle. No puedo volver a hacerlo.

—Entonces dile que se vaya al carajo.

—Tú no entiendes cómo le ha afectado todo esto, Jake. No es que esté loco; ni siquiera lo calificaría de neurótico. Creo que está pensando con más claridad e intensidad que nunca. Pero ésta es una cuestión de vida o muerte para él. Para los dos. Es la mayor crisis que hemos tenido.

—¿Qué crees que haría si le dijeras que por una vez no estás de acuerdo con él?

—Me lo imagino largándose para siempre, o suicidándose, o matándonos a todos. Incluso me lo imagino trayéndome aquí y subiendo también para asegurarse de...

—¿Para asegurarse de que haces lo que se supone que quieres hacer? ¡Dios, esto sí que es divertido!

—Pensaría que le estoy fallando. Que estoy tirando la toalla.

—Bueno, entonces vámonos a la cama, por el amor de Dios. Si no puedes fingir que te lo tomas en serio, vamos a tomárnoslo en serio de verdad. Te garantizo que no va a volver a mandarte aquí. —Me puse de pie—. Vamos, chica: podrás contarle todas las cosas que te he dicho antes y decir la verdad. Vamos a darle al viejo Joe una lección práctica.

—¿Cómo es posible que lo pienses siquiera? —gritó Rennie.

Lo cierto es que mis sentimientos eran ambivalentes, como de costumbre. El conflicto de Rennie era el clásico conflicto entre lo que a uno le apetece y lo que le parece bien —en este caso, entre lo que no le apetecía, seguir cometiendo adulterio, y lo que le parecía mal, mentirle a Joe—, pero el mío era entre dos cosas que me parecían bien y también entre dos cosas que me apetecían. Me parecía bien desvincularme de eso que tanto había perturbado la extraordinaria relación que tenían los Morgan (relación que, podría añadir, consideraba admirable, la verdad, pero que sabía perfectamente que nunca habría podido disfrutar en la mayoría de mis estados de ánimo), y al mismo tiempo me parecía bien la idea de seguirle la corriente a Joe llegados a ese punto, tanto porque había prometido cooperar como porque realmente creía que si probaba una buena dosis de su medicina, cambiaría su prescripción). Además, aunque en algunos momentos yo era muy capaz de disfrutar del sexo sádico, en aquel momento no estaba de humor como para desear un coito que para Rennie sería una tortura; en cualquier caso, como ya he mencionado, su sufrimiento ejercía una poderosa atracción física sobre mí. Mis sentimientos de culpa, por cierto, aunque todavía reconociera su existencia, habían pasado a un segundo plano en el melodrama que Joe había puesto en marcha. Estaba demasiado perplejo e intrigado por sus actos como para dedicar mucha atención a sentirme culpable.

—No voy a adoptar ninguna postura —afirmé—. Siempre he eludido los problemas. Me parecerá bien lo que tú quieras.

—¡No puedo hacerlo! —gimió Rennie.

—Entonces te llevo a casa. Vamos.

—¡No puedo! ¡Por favor, Jake! ¡Por favor! ¡Échame de aquí o viólame! ¡Yo no puedo hacer nada!

—No estoy dispuesto a decidir por ti —dije.

Esto también era sádico, supongo, pero además era muy cierto; no podría haber hecho con mucho convencimiento ninguna de las dos cosas que me había pedido, y sin mucho convencimiento es más fácil quedarse sentado que hacer cosas dramáticas. Rennie estuvo sollozando un par de minutos, acurrucada en el sillón: desde luego, aquel asunto la estaba destrozando.

¡Vaya, pensé, todo esto se podría haber gestionado de tantas otras maneras! Se me ocurrió que lo que quizá acabara destruyendo a los Morgan, al fin y al cabo, fuera la

falta de imaginación. Miré al Laocoonte: su sufrimiento era abstracto y poco sugerente.

## 10. LA DESINTEGRACIÓN DE RENNIE, ESE SEPTIEMBRE, NO ERA POR LO GENERAL UN ESPECTÁCULO ENTRETENIDO

La desintegración de Rennie, ese septiembre, no era por lo general un espectáculo entretenido de contemplar, pues aunque, como ella señaló, no es evidente que toda personalidad sea valorable simplemente por ser única, yo casi nunca podía disfrutar contribuyendo a la infelicidad de gente que había llegado a conocer en alguna medida. No hay en esto nada de humanitarismo: la humanidad, en general, no generaba en mí ninguna clase de emoción, y debo añadir que las tribulaciones de cierta gente concreta, como Peggy Rankin, por ejemplo, no me importaban en absoluto. Esto es sólo una descripción de mis sentimientos; nunca trataría de defenderlos como si formaran parte de una postura ante la vida.

El problema, supongo, es que cuanto más aprendemos sobre una persona, más difícil nos resulta atribuirle un carácter que nos permita relacionarnos con ella en una situación emocional. La mitoterapia, en resumen, se vuelve cada vez más difícil de aplicar, porque nos vemos obligados a admitir la inadecuación de cualquier papel que queramos atribuirle a alguien. La existencia no sólo precede a la esencia: en el caso de los seres humanos, más bien desafía a la esencia. Y en cuanto conocemos a una persona lo suficientemente bien como para tener opiniones contradictorias sobre ella, la mitoterapia pierde todo su sentido, salvo en las ocasiones en que apenas estamos medio despiertos.

Había ocasiones como ésa, pero eran escasas. La última parte de la tarde a la que acabo de referirme fue una: cuando al final llevé a Rennie a la cama (excitado por su abatimiento), sólo fui capaz de hacerlo porque, para bien o para mal, había perdido bastante lucidez como para poder concebir la situación de un modo teatral, como si fuera parte de una lucha romántica entre símbolos. Joe era La Razón, o El Ser (hice uso del universo de Rennie); yo era La Sinrazón, o El No Ser; y los dos combatíamos sin cuartel por la posesión de Rennie, como Dios y Satanás por el alma del hombre. Este bonito maniqueísmo ontológico no resistiría un examen más a fondo, pero tenía la triple ventaja de excusarme de tener que atribuirle a Rennie una esencia más específica que la personalidad humana, de proporcionarme la ocasión de fornicar con un deleite mefistofélico y de permitirme no cuestionar mis propios motivos, ya que lo que estaba haciendo era la esencia de mi esencia. ¿Acaso alguien espera que Satanás sea introspectivo?

En cuanto a Rennie, para entonces estaba a punto de alcanzar un estado de parálisis, y creo que no fue sin cierto alivio que me dejó que le atribuyera el papel de la humanidad; lo que no podía saber yo era cómo era el drama que se desarrollaba en su cabeza. Después, la llevé a casa.

—¿No vas a entrar un momento? —me preguntó, un poco aturdida.

Pero mi pequeña obra teatral se había desvanecido junto a mi deseo, y yo estaba vegetal.

—No. Ya nos veremos.

Por lo demás, sentía sobre todo una pena generalizada por los Morgan, especialmente por Rennie. Joe, a fin de cuentas, estaba actuando de un modo bastante coherente con su postura, y tener conciencia de ello puede ser reconfortante incluso en casos en los que una determinada postura nos conduce a la derrota o al desastre, como cuando, en una partida de *bridge*, alguien juega a la perfección una mala mano, o un Othello no ama sabía pero sí intensamente. Pero Rennie ya no tenía una postura con la que pudiera actuar de un modo coherente, ni siquiera la postura de quien actúa sin coherencia, y sin embargo, a diferencia de la mía, su personalidad era tal que parecía necesitar una postura para protegerse.

Vino a mi habitación tres veces en septiembre y una vez más en octubre. La primera de estas visitas ya la he contado. La segunda, el miércoles de la semana siguiente, fue muy diferente: Rennie se mostró más cálida y parecía fuerte e incluso alegre y un poco alocada. Hicimos el amor con entusiasmo de inmediato —llegó a burlarse de mí por ser un amante menos enérgico que su marido— y después se puso a hablar, muy animada, durante alrededor de una hora, mientras nos tomamos una botella de moscatel de California que había traído.

—¡Dios, qué boba he estado últimamente! —dijo, riéndose—. ¡Lamentándome y lloriqueando como una colegiala!

—¿Eh?

—¿Cómo me puedo haber tomado esto tan en serio? ¿Sabes lo que me pasó anoche?

—No.

—Me desperté a las tres de la mañana. Me pasa todas las noches desde que empezó esto; de repente, estoy completamente despierta. Casi siempre me dan temblores, y entonces me levanto y me paso el resto de la noche teniendo escalofríos y sudando o despierto a Joe y nos ponemos a hablar de todo lo que ha pasado. Bueno, pues anoche me desperté como siempre, y la luz de la luna entraba en el dormitorio y vi a Joe ahí dormido... ¡parece un adolescente cuando duerme!... y entonces, cuando lo estaba mirando, empezó a hurgarse la nariz. —El recuerdo le provocó una risita y el vino la hizo eructar levemente—. Perdón.

—Claro.

—Bueno, entonces me acordé de la noche que estuvimos espíándolo por la ventana del salón, sólo que esta vez en lugar de hacerme daño, me pareció gracioso. ¡Todo esto me pareció gracioso, y también cómo nos lo estábamos tomando! Joe me pareció un adolescente intentando hacer una tragedia por nada, y tú me pareciste un completo inútil. No te vas a enfadar por esto, ¿verdad? —dijo, riéndose.

—Por supuesto que no.



—Y yo, por mi parte, me he comportado como una mocosa, llorando por las esquinas y dejando que me intimidarais por una estupidez como ésta. Me sentía igual que me siento cuando dejo que los niños me dominen. Muchas veces, cuando los niños se pasan el día gritando y peleándose, me ponen tan nerviosa que acabo gritando y llorando yo también, y después siempre me siento boba y un poco avergonzada. ¿Cómo puede ser que la gente adulta haga tanto lío por una cosa tan tonta? Sobre todo, gente casada y con hijos.

—Pobre pequeño coito —dije con una sonrisa. Pero en realidad, el buen humor de Rennie me generaba el estado contrario: cuanto más contenta estaba ella, más melancólico me sentía yo, y cuanto más afirmaba tomarse el tema con ligereza, más grave me parecía a mí.

—¡Tomarnos en serio una cosa tan insignificante! ¡No vale la pena pensar en ello ni un minuto! ¡Como para permitir que estropee un matrimonio! ¡Podría acostarme con cien hombres distintos y seguiría sintiendo lo mismo por Joe!

—Bueno, a ver —protesté, un poco ofendido—. Desde luego, nada es importante en sí mismo, pero cualquier cosa puede ser seria si uno quiere tomársela en serio. No hay ningún motivo para burlarse de la seriedad de los demás.

—¡Anda, cállate! —gritó Rennie—. Eres igual que Joe. Creo que todos nuestros problemas vienen de que pensamos demasiado y hablamos demasiado. Nos ponemos a hablar y nos metemos en toda clase de líos que dejarían de existir si nos calláramos y dejáramos de darles vueltas. —Se acabó otra copa de vino, la cuarta o la quinta, mientras yo seguía con la primera—. ¿Sabes lo que creo? Creo que nada de esto habría sucedido si no tuviéramos tanto tiempo. De verdad. Dices que no sabes cómo fomentaste todo esto, pero yo creo que lo hiciste porque te aburres.

—¿En serio?

—No tienes ninguna ambición, no estás demasiado ocupado ni eres demasiado guapo, vives solo. Te imagino metido aquí todo el día, balanceándote en tu mecedora, soñando despierto y urdiendo planes, sólo porque te aburres. Creo que la clave de tu personalidad es simplemente que te aburres.

—La clave de mi personalidad no es simplemente nada —dije sin convicción—. Quizá *también* sea que me aburro, pero no es *simplemente* que me aburro.

Estaba claro que Rennie estaba practicando un poquito de mitoterapia profana: cualquiera que se ponga a hablar de la clave de la personalidad de alguien está haciendo mitos, porque el misterio de la gente no puede explicarse por medio de claves. Pero en aquel momento me sentía demasiado abatido como para fijarme más que de un modo superficial en la pieza dramática que ella estaba escribiendo.

—Bueno, pues yo pienso que simplemente te aburres; ya no me importa lo que penséis tú o Joe sobre todo este lío o sobre mí: he dejado de tomármelo en serio. Incluso he dejado de pensar en ello.

—Mejor para ti.

—Te fastidia, ¿verdad? —dijo, riéndose—. Si ya no sufro, esto deja de ser divertido, ¿verdad? ¡Pues a la mierda los dos! Ya no sufro. Mira qué deprimido te has quedado. Como si te hubieras hecho caca encima. —La idea le encantó y soltó una carcajada vinosa—. Esta mañana, Joe tenía esa misma cara; estaba más triste que un profeta. Y tú te has enfadado porque se te ha estropeado el juego. Vamos, ánimo y bebe conmigo, y si no, llévame a casa.

Vacíé mi copa y la volví a llenar.

—Te darás cuenta, desde luego, de que no me creo ni una palabra de lo que dices. Es audaz, pero no convincente.

—No te atreves a creértelo —se burló Rennie.

—No me atrevo, y tú tampoco te atreverías si te fuera la vida en ello.

—No me importa —afirmó Rennie—. No me importa una mierda.

—Y además no creo que Joe sepa nada de esto.

—No me importa.

—Joe no se pondría triste. Se largaría.

—Eso es lo que tú crees. Estamos demasiado unidos para que pase eso. No sé por qué me preocupé tanto al principio; ninguna tontería de este tipo podría separarnos a Joe y a mí. Haría falta una persona más fuerte que tú, Jake. En realidad, no sabes nada sobre nosotros. No sabes nada, joder.

—La última vez te dije que deberías mandarlo al carajo.

—A lo mejor os mando al carajo a los dos.

—Muy bien, chica, pero estate atenta a su gancho de izquierda cuando lo hagas.

Este comentario anuló el efecto de por lo menos tres copas de moscatel.

—No creo que Joe vuelva a pegarme nunca —dijo, muy seria.

—Entonces acábate la botella, vete a casa, retuércela la nariz y dile que ya no puedes seguir tomándote en serio una cosa tan boba como vuestra vida sexual —le sugerí—. Dile que el problema es que piensa demasiado.

—No me pegaría, Jake. Nunca volvería a pegarme.

—Te partiría la cara, joder. ¡Dile que se está comportando como un colegial! Te daría tal paliza que te dejaría inconsciente y lo sabes. Vamos, te acompaño. Si tienes razón, podemos pasárnoslo bomba haciendo el payaso y retorciéndonos las narices. Y luego nos damos todos la mano y se acabó el problema.

Rennie ya estaba completamente sobria.

—Te odio —dijo—. Ni siquiera me vas a dejar que intente estar un poco contenta ni medio minuto, ¿verdad? Ni siquiera puedo fingir que estoy contenta.

Y (*mirabile dictu*), en cuanto ella asumió mi abatimiento, yo me sentí libre de él; de hecho, me apoderé de la alegría que ella había perdido y me serví otra copa de moscatel.

—Te sientes muy bien, ¿no? —gritó Rennie.

—La alegre perversidad humana. Lo siento de veras, Rennie.

—¡Estás feliz de veras! —dijo ella, moviendo la cabeza de un lado al otro.

Pero un buen humor tan precario como el de Rennie y una crueldad tan innecesaria como la mía no eran lo habitual. Al igual que la segunda visita apenas se había parecido a la primera, la tercera (y última de septiembre) fue muy distinta de la segunda. Para entonces yo ya estaba hasta tal punto involucrado en la enseñanza que mi estado de ánimo, cada vez con mayor frecuencia, se originaba en lo que sucediera en el aula. Aquel día concreto, el último viernes de septiembre, me sentía muy agudo y perspicaz simplemente porque en mi clase de gramática, por la mañana, había explicado las reglas de los distintos casos de los pronombres ingleses: cualquiera se siente lúcido y a gusto, cuando no directamente excepcional, si es capaz no sólo de decir, sino también de comprender a la perfección, que los complementos predicativos de los infinitivos de los verbos copulativos sin sujeto expreso van en el caso nominativo, mientras que los complementos predicativos de los infinitivos de los verbos copulativos con sujeto expreso van en el caso acusativo. Hice este comentario ante mi congregación de jóvenes alumnos y concluí, triunfal:

—*I was thought to be he, but I thought John to be him*<sup>[9]</sup>. ¿Alguna pregunta?

—Bueno, dígame —protestó un pesado que se sentaba al fondo del aula, por supuesto, a quien yo ya había decidido suspender, si era posible, por su impertinencia —, ¿qué fue antes, la lengua o los libros de gramática?

—¿En qué está pensando, Blakesley? —le pregunté, negándome a participar en su juego.

—Bueno, parece bastante lógico que la gente hablara antes de escribir libros de gramática, y que lo que cuentan los libros es cómo habla la gente. Por ejemplo, si veo que alguien me sigue, puedo decir que va «detrás mío». Estoy seguro de que el noventa y cinco por ciento de los norteamericanos diría «detrás mío». Casi nadie diría «detrás de mí». Estoy seguro de que ni siquiera usted lo diría. Suena un pelín raro, ¿que no? —La clase soltó una risita—. Bueno, se supone que esto es una democracia, así que nadie más que unos pocos profes dicen «detrás de mí», ¿por qué seguir fingiendo que todos estamos equivocados menos ustedes? ¿Por qué no cambiar las reglas?

Una especie de Joe Morgan: primero hay que ver por dónde va la gente y después poner ahí los caminos. Lo odié con toda mi alma.

—Señor Blakesley, supongo que usted come el pollo frito con los dedos, ¿verdad?

—¿Qué? Claro que sí. ¿Usted no?

Todos se rieron con nerviosismo, absortos en el duelo, pero como esa última salida de Blakesley había sido más bien sosa, ya no estaban tan incondicionalmente de su lado como antes.

—¿Y el beicon del desayuno? ¿Con los dedos o con el tenedor, señor Blakesley?

—Con los dedos —dijo, desafiante—. Claro, desde luego, los dedos se inventaron antes que los tenedores, igual que el inglés se inventó antes que los libros de

gramática.

—Pero no sus dedos, como es evidente —dije, tranquilo y sonriente—. ¡Y tampoco el inglés que usted habla, desde luego!

La clase estaba totalmente de mi lado: la gramática prescriptiva había salido victoriosa.

—La cuestión —concluí dirigiéndome a la clase en general— es que si todavía fuéramos salvajes, el señor Blakesley sería libre de comer como un cerdo sin infringir ninguna regla, porque no habría ninguna regla que romper, y podría decir «suena un pelín raro, ¿que no?» y quedarse tan ancho sin que nadie pensara que es un analfabeto, porque ni la alfabetización ni las reglas de la gramática habrían sido inventadas todavía. Pero una vez que se establecen unas reglas de etiqueta o de gramática y se aceptan como la norma (y me refiero a un ideal, no a una cuestión estadística), entonces uno sólo es libre de infringirlas si está deseando que lo consideren un salvaje o un analfabeto. No importa lo dogmáticas o irracionales que puedan ser las reglas; son la convención. Y en el caso de una lengua, hay otro motivo para aceptar incluso las reglas más bobas. Señor Blakesley, ¿a qué hace referencia la palabra «caballo»?

El señor Blakesley no estaba muy comunicativo, pero contestó:

—Al animal. A un animal de cuatro patas.

—*Equus caballus* —dije, asintiendo—: un mamífero herbívoro y ungulado. Y ¿qué representa el signo algebraico de la equis?

—¿La equis? Cualquier cosa. Es una incógnita.

—Muy bien. Entonces la equis puede representar cualquier cosa que queramos que represente, con tal de que siempre represente lo mismo en una ecuación dada. Pero la palabra «caballo» también es un símbolo, un ruido que hacemos con la voz o unas rayas que trazamos en la pizarra. Y teóricamente podríamos hacer que representara lo que quisiéramos, ¿verdad? Quiero decir que si entre usted y yo nos pusiéramos de acuerdo para que «caballo» significara «libro de gramática», entonces podríamos decir «abra su caballo por la página veinte» o «¿hoy ha traído su caballo a clase?». Y los dos sabríamos perfectamente a qué nos estaríamos refiriendo, ¿verdad?

—Sí, supongo que sí.

El señor Blakesley deseaba con todo su corazón no estar de acuerdo. Notaba que estaba atrapado y que no tenía escapatoria.

—Desde luego que lo sabríamos. Pero nadie más nos comprendería; ése es el procedimiento que siguen los códigos secretos. En cualquier caso, no hay ninguna razón por la que el símbolo «caballo» no pueda referirse siempre al libro de gramática en lugar de al *Equus caballus*: los significados de las palabras son convenciones arbitrarias, en su mayor parte; accidentes históricos. Pero se acordó, antes de que usted y yo tuviéramos nada que decir al respecto, que la palabra «caballo» se referiría al *Equus caballus*, de modo que si queremos que nuestras oraciones resulten inteligibles para mucha gente, tenemos que aceptar esta

convención. Tenemos que decir «caballo» cuando queramos referirnos al *Equus caballus*, y «libro de gramática» cuando queramos referirnos al objeto ese que hay sobre mi mesa. Usted es libre de infringir las reglas, salvo que aspire a la inteligibilidad. Si realmente aspira a la inteligibilidad, la única manera de «liberarse» de las reglas es dominarlas hasta el punto de poder manejarlas de una forma automática. Ésa es la paradoja: en cualquier sociedad compleja, por lo general un hombre sólo es libre en la medida en que acepte todas las reglas de esa sociedad. ¿Quién es más libre en los Estados Unidos? —pregunté finalmente—. ¿El hombre que se rebela contra todas las reglas o el que las cumple de forma tan automática que ni siquiera tiene que pensar en ellas?

Esto último, desde luego, era una falacia absoluta, pero yo no tenía la intención de soltar un discurso edificante; mi intención era rescatar la gramática prescriptiva de las garras del impúdico señor Blakesley y, si era posible, crucificarlo en el mismo proceso.

—Pero señor Horner —dijo un joven preocupado que se sentaba en la primera fila, por supuesto—, la gente siempre está encontrando mejores formas de hacer las cosas, ¿no? Y muchas veces hay que cambiar las reglas para introducir mejoras. Si nadie se rebelara contra las reglas, nunca habría ningún progreso.

Miré al joven con benevolencia; me pareció que sobreviviría a cualquier estupidez que yo pudiera decir.

—Ésa es otra paradoja —le dije—. Los rebeldes y los radicales, en todas las épocas, son gente que se da cuenta de que las reglas suelen ser arbitrarias (en última instancia, siempre lo son) y que no puede soportar las reglas arbitrarias. Son los que practican el amor libre, las mujeres que fuman puros, los personajes de Greenwich Village que nunca se cortan el pelo y cualquier tipo de reformistas. Pero el mayor radical de cualquier sociedad es el hombre que ve la arbitrariedad de las reglas y las convenciones sociales, pero que siente tanto desprecio o tanta indiferencia hacia la sociedad en la que vive que acepta todas esas sandeces con una sonrisa. El mayor rebelde es el hombre que no cambiaría la sociedad por nada del mundo.

Bueno. Esto dejó muy preocupado a aquel brillante joven, estoy seguro, y para el resto de la clase sin duda resultó incomprensible, pero el efecto que tuvo en mí fue el de añadir a mi ya consolidada sensación de agudeza el delicado aroma de una paradoja ligeramente risueña. Ese estado de ánimo se mantuvo durante todo el día: me fui de la escuela sin poder dejar de pensar en la janosiana ambivalencia del universo, y atravesé el encantador equilibrio del mundo, su ubicua polaridad, hasta llegar a mi habitación, donde a las nueve de la noche Rennie me encontró balanceándome en mi mecedora, todavía sonriéndole débilmente a mi amigo Laocoonte, en cuya mueca consistía su belleza.

Estaba nerviosa y poco habladora. Nos saludamos y entonces se quedó de pie, incómoda, durante un minuto antes de sentarse. Era evidente que había comenzado una nueva fase.

—¿Y ahora, qué? —le pregunté.

No contestó; chasqueó la lengua y hizo un gesto con la mano derecha mientras miraba al vacío.

—¿Cómo está Joe?

—Igual.

—Vaya. ¿Y tú?

—No lo sé. Me estoy volviendo loca.

—Joe no te estará tratando mal, ¿verdad?

Ella me miró un instante.

—Joe es Dios —dijo—. Es Dios, y punto.

—Eso tengo entendido.

—Toda esta semana ha estado maravilloso. No como estuvo cuando volví de Washington; eso no era nada normal. Como si pensara que sucedió lo que sucedió y ahora toca pasar página.

—Así debería ser, ¿no? Eso fue lo que sentí yo al día siguiente de que ocurriera.

Ella soltó un suspiro.

—La cuestión es que comenté como de pasada que ya no me apetecía seguir viniendo aquí, que ya no le veía el sentido.

—Muy bien.

—Él no dijo ni una palabra. Sólo me echó una mirada larguísima. Me quise morir. Y luego esta tarde ha dicho que había llegado a aceptar casi del todo que esto era una parte de mí, aunque no podía comprender por qué había empezado a pasar, y que me respetaría más si era coherente que si rechazaba lo que había hecho. Después dijo que no veía la necesidad de seguir hablando de ello, y eso fue todo.

—Bueno, por Dios, entonces ya se acabó el problema, ¿no?

—Salvo que no me creo de veras lo que ha dicho, y aunque me lo creyera, ya no me reconozco en esa imagen.

—Eso no es tan terrible. Yo casi nunca me reconozco en ninguna imagen.

—Pero Joe sí. Así que no se va a solucionar nada hasta que yo no pueda ser tan auténtica como él, y verme a mí misma con tanta claridad como se ve él en lo que hace. Joe siempre es reconocible.

Yo sonreí.

—Siempre siempre.

—¿Te refieres a esa vez que lo espíamos? ¡Dios mío! —Negó con la cabeza—. Jake, ¿sabes una cosa? Ojalá me hubiera quedado ciega antes de mirar por esa ventana. Eso fue lo que hizo que todo empezara.

Dulce paradoja:

—También podrías decir que eso fue lo que hizo que todo acabara. Pero eso sólo puede hacer que todo empiece o acabe para un Morgan. Desde luego, no para un Horner. En mi universo, todo el mundo es medio chimpancé, sobre todo cuando está

solo, y nadie se sorprende demasiado por nada de lo que puedan hacer los demás chimpancés.

—Pero Joe no es así.

—Quizá el que menos se engaña a sí mismo sea quien admite que todos estamos haciendo el tonto.

¡Dulce, dulce paradoja!

—Joe y yo hemos hecho un Marcel Proust de esto —dijo Rennie con tristeza—. Lo hemos analizado desde todos los puntos de vista que hemos podido. A veces pienso que nunca en mi vida he entendido nada tan profundamente como esto, y otras veces, como después de la última vez que estuve aquí, o ahora, me doy cuenta de que no entiendo nada en absoluto. Todo me sigue pareciendo un misterio. Y eso me destroza, aunque no veo ningún motivo para sentirme destrozada.

—¿Qué piensa Joe de mí últimamente?

—No lo sé. Creo que ya no te odia. Probablemente no le interesa relacionarse contigo. Piensa que el papel que tuviste en esto probablemente sea característico de ti.

—¿Característico de mí? ¿De cuál mí, por el amor de Dios? —dijo, riéndose—. ¿Y qué piensas tú?

—Yo todavía te desprecio, creo —dijo Rennie impasiblemente.

—¿Seguro?

—Es lo que me parece.

Eso me impresionó muchísimo. Aquella noche no había sentido ningún interés por Rennie hasta que dijo eso, pero ahora me interesaba un montón.

—¿Me desprecias justo desde que nos acostamos?

—No estoy segura de hasta qué punto es algo retroactivo, Jake; en este momento creo que me resultas desagradable desde que te conozco, pero supongo que no es verdad. Sentía algo por ti por lo menos desde que empezamos con las clases de montar, y por lo que me parece ahora era una especie de desagrado. De repugnancia, creo que es una palabra más precisa. No creo en las premoniciones ni en nada de eso, pero te juro que desde agosto he estado deseando que no te hubiéramos conocido nunca, aunque no habría podido explicar por qué.

Me pareció que me encontraba en la cima de una montaña, pues podía pensar con amplitud y nitidez; ni siquiera Argos, el de los cien ojos, era más sinóptico.

—Apuesto a que hay un punto de vista que a Joe y a ti no se os ha ocurrido, Rennie.

—Los hemos pensado todos —dijo ella.

Me pareció que estábamos al final de una novela de Ellery Queen.

—Éste seguro que no. Y según el principio de economía, es bueno, porque explica la mayor cantidad posible de hechos utilizando la menor cantidad posible de suposiciones. Joder, es lo más sencillo del mundo, Rennie: no copulamos y ya está; hicimos el amor. Lo que sentías todo el tiempo y no podías admitir ante ti misma era que estabas enamorada de mí.

—Eso no es verdad —susurró Rennie, mirándome intensamente.

—Podría ser. No estoy siendo vanidoso. Por lo menos, no sólo estoy siendo vanidoso.

—No me refería a eso —dijo Rennie con cierta dificultad—. Me refería a que... no es verdad que nunca lo haya admitido ante mí misma.

Ahora sus ojos mostraban una repugnancia absoluta, pero no estaba claro qué o quién le repugnaba. Me puse bastante nervioso.

—¡Pero bueno!

—Ésa es una de las cosas que más daño me hacen —dijo Rennie—. La idea de que podría haber estado enamorada de ti todo el tiempo se me ocurrió junto con todas las demás, junto con la idea de que te desprecio y con la idea de que en realidad no podía sentir nada por ti porque tú no existes. Ya sabes a qué me refiero. No estoy segura de cuál de todas estas ideas es verdad.

—Supongo que todas son verdad, Rennie —señalé—. Y ya que estamos, ¿alguna vez se te ha ocurrido que quizá sea Joe el que no existe?

—No. —Movié la cabeza lentamente—. No lo sé.

—Creo que no deberías tener miedo de la idea de que sientes cierta clase de amor por mí. Desde luego, no implica nada en ningún sentido en relación con lo que sientes por Joe, salvo que quieras ponerte romántica. De hecho, creo que no supone nada en absoluto, salvo que todo el asunto es menos misterioso de lo que suponíamos, y quizá también menos sórdido.

Pero era obvio que Rennie no aceptaba nada de eso.

—Jake, esta noche no puedo hacer el amor contigo.

—Muy bien. Te llevo a casa.

En el coche la besé suavemente.

—Creo que esto es genial. Es lo más divertido del mundo.

—Es verdad.

—¿Le has contado a Joe que sospechabas eso junto con las demás cosas?

—No. —Bajé la mirada—. Y no puedo contárselo jamás. Ése es el problema, Jake —dijo, mirándome de nuevo—. Todavía lo quiero más de lo que nadie puede imaginarse, incluido él mismo, pero lo que teníamos antes ya se ha terminado. Esto lo hace imposible. Incluso si no fuera cierto que estoy enamorada de ti, la posibilidad de estarlo, el hecho de que no esté segura de que no lo estoy, acaba con todo. Esto no resuelve ningún problema: esto es precisamente el problema. ¿Te puedes imaginar cómo me siento cuando me dice que ha aceptado mi relación contigo y trata de comportarse como si no hubiera ocurrido nada? Toda nuestra historia a partir de ahora va a ser una mentira, joder. Ha sido una mentira desde que admití por primera vez ante mí misma que podía estar enamorada de ti.

—No hay por qué estropear nada, Rennie.

—Ya está estropeado, lo que teníamos antes Joe y yo, y era lo mejor que pueden tener un hombre y una mujer. Ahí no caben mentiras o sentimientos encontrados.



¡Siento como si me hubieran robado un millón de dólares, Jake! ¡Si le hubiera pegado un tiro no me sentiría peor!

—¿Quieres que entre contigo? —pregunté.

—No.

—A lo mejor sólo estás intentando retrasar las cosas.

—Sí, voy a intentar retrasar todas las cosas que pueda —dijo Rennie— y durante todo el tiempo que pueda. Estoy desesperada, y eso es lo único que se me ocurre hacer.

—Es muy probable que Joe se haya planteado esa posibilidad desde el principio —dije—. No tiene miedo de contemplar todas las alternativas.

—Eso no supondría ninguna diferencia.

—La verdad es que no acabo de ver por qué la situación es tan desesperada. En mi mundo, no lo sería.

—No me sorprende —dijo Rennie.

Yo no podía saber con seguridad si estaba llorando o no, porque en el coche estaba oscuro, pero creo que lloraba. Estuvimos allí unos minutos sin decir nada, y después ella abrió la puerta para salir.

—Dios, no sé adónde nos va a llevar todo esto, Jake.

—Joe tampoco lo sabe —dije jovialmente—. Justo ésas fueron sus primeras palabras.

—De todas maneras, intenta recordar una cosa, por el amor de Dios: si es que te quiero, no sólo te quiero. ¡Te juro que además te odio con todas mis fuerzas, joder!

—Lo recordaré —dije—. Buenas noches, Rennie.

Ella se fue sin contestar y yo conduje hasta mi casa para mecarme un rato y meditar sobre aquella nueva revelación. Me sentía sumamente halagado; reaccionaba con facilidad y desmesura ante cualquier muestra de cariño por parte de gente que admirara o respetara por algún motivo. Pero, aunque esto pueda parecer engañoso, el entendido siempre, por naturaleza, ve las cosas desde más de un punto de vista. La cuestión es que yo ni siquiera en ese estado de ánimo veía nada paradójico en los sentimientos de Rennie, lo cual me resultaba irritante. El entendido —y yo lo era desde las nueve y media de esa mañana— necesita que una paradoja, para provocarle esa débil sonrisa que lo señala como lo que es, sea algo más que una simple ambigüedad provocada por la inconcreción de ciertos términos lingüísticos; una paradoja, al menos idealmente, debería ser una contradicción de veras impactante de conceptos cuya compatibilidad sólo se vuelva perceptible tras una sutil oposición. La aparente ambivalencia de lo que Rennie sentía por mí, me temo, al igual que las opiniones contradictorias que con frecuencia me sorprendía poder tener simultáneamente, era sólo una pseudoambivalencia cuyo origen era lingüístico. Estoy seguro, de hecho, de que lo que Rennie sentía en realidad no era ni ambivalente ni siquiera complejo; era sencillo y simple, como todos los sentimientos, pero como todos los sentimientos era también absolutamente particular e individual, de modo

que el problema empezaba sólo cuando ella trataba de etiquetarlo con un nombre común como *amor* o *repugnancia*. Las cosas pueden representarse empleando nombres comunes sólo si uno ignora las diferencias que hay entre ellas; pero son precisamente estas diferencias, cuando se perciben en un nivel profundo, las que hacen que los nombres sean inadecuados y llevan al lego (pero no al entendido) a creer que tiene entre manos una paradoja, una ambivalencia, cuando en realidad se trata sólo de que la equis es en parte caballo y en parte libro de gramática, y no es ninguna de las dos cosas por completo. Asignar nombres a las cosas es como asignar roles a las personas: es necesariamente una distorsión, pero es una distorsión necesaria si uno quiere que avance la trama, y para el entendido, desde luego, es una sana diversión.

¡Rennie estaba enamorada de mí, pues, y también me odiaba! Digamos mejor que tenía unos sentimientos equis hacia mí, y entendía lo bastante como para no sonreír.

Durante ese mes, había visto a Joe unas cuantas veces en la escuela, desde luego, aunque nuestra amistad había concluido. Si hubiera sido posible, lo habría evitado por completo, no porque sintiera menos cariño, admiración o respeto por él —al contrario, sentía más de todas estas cosas, y además sentía compasión—, sino porque cuando lo veía, me embargaban unas intensas incomodidad y vergüenza, independientemente de lo que sintiera en otros momentos. Para no arrepentirse de nada de lo que uno ha hecho en el pasado, como Joe, hace falta al menos tener una fuerte sensación de unidad personal, y esa sensación es una de las cosas de las que siempre he carecido. De hecho, el conflicto entre puntos de vista individuales que Joe admitía que estaba cerca del núcleo de su subjetivismo es algo que tendría que tratar de desarrollar aún más, ya que el subjetivismo implica un yo, y cuando uno siente una pluralidad de yoes, sufre dicho conflicto en un nivel intensamente interno; cada uno de esos yoes reivindica la misma validez indiscutible de su punto de vista particular que, en el sistema de Joe, podrían reivindicar los individuos y las instituciones. En otras palabras, a juzgar por la visión más nítida que tenía de mí mismo, el individuo no es individual, al fin y al cabo, del mismo modo que el átomo no es verdaderamente atomista: puede seguir dividiéndose, y el subjetivismo no se vuelve del todo inteligible hasta que uno no acaba de localizar el sujeto. Diré que, si me pareciera que éste no es el caso, aceptaría entusiasmado la ética de Morgan. Como creo que lo es, si digo que a veces la acepto de todos modos y otras veces no, no puedo sentir realmente que esto represente una incongruencia mayor de la que puede hallarse en la afirmación «Alguna gente está de acuerdo con Morgan y otra gente no». De la misma manera, cuando al encontrarme con Joe por los pasillos, en la cafetería o en mi despacho, sentía una vergüenza espantosa por todos los problemas que le había causado —cuando en mi interior no sólo me arrepentía de haber cometido adulterio, sino que también renegaba de ello— lo que en realidad sentía era

que yo no haría lo que había hecho Jacob Horner: no sentía ninguna identidad con aquel estúpido tipejo. Pero por una cuestión de honor (en el que siempre había algún Horner que creía), no estaba dispuesto a reivindicar este pluralismo, por miedo a que Joe lo interpretara como una defensa.

En septiembre sólo una vez tuvimos lo que podría llamarse una conversación. Era casi a fin de mes cuando, al verme solo en mi despacho, entró para hablar unos minutos. Como siempre, tenía un aspecto fresco, radiante, limpio y despejado.

—El señor McMahan se queja de que sus caballos están engordando demasiado —me dijo—. ¿Cómo es que has dejado las clases de equitación?

Me sonrojé.

—Supongo que pensé que el curso ya había terminado.

—¿Quieres retomarlas? A él le resulta muy complicado encontrar tiempo para llevarlos a hacer todo el ejercicio que necesitan.

—No, creo que no. He perdido el interés, y no creo que a Rennie le apetezca demasiado.

—¿No? ¿Por qué no?

Debería decir que no noté nada de malicia en su voz, pero no pude evitar pensar que me estaba haciendo sentir incómodo aposta.

—Ya sabes por qué no, Joe. ¿Cómo se te ocurre siquiera sugerirlo? —De repente, me sentía indignado por Rennie—. Me siento fatal criticándote, joder, pero no logro entender por qué estás tan decidido a hacerla sentir peor de lo que ya se siente.

Se colocó bien las gafas.

—No te preocupes por Rennie.

—Quieres decir que ya es un poco tarde para empezar a tratarla con consideración. Estoy de acuerdo. Pero salvo que estés tratando de castigarla, no puedo entender por qué la haces venir a mi habitación.

—No estoy tratando de castigar a nadie, Jake. Eso ya lo sabes. Sólo estoy tratando de entenderla.

—¿Y no entiendes que está hecha polvo? Me sorprende que todavía no se haya derrumbado.

—Es bastante fuerte —dijo Joe, sonriendo—. Probablemente no te hayas dado cuenta de que Rennie y yo hemos sido más felices estas últimas semanas de lo que lo habíamos sido en mucho tiempo.

—¿Y eso?

—Para empezar, desde que empezó todo esto, he aparcado la disertación por una temporada, así que hemos tenido más tiempo para estar juntos. Y necesariamente hemos hablado de nuestra relación más que nunca, y todo eso.

Me quedé perplejo.

—No puedes decir que ella ha sido feliz.

—No en el sentido al que te refieres tú, supongo. Desde luego, no hemos estado despreocupados, pero se puede ser bastante feliz sin estar despreocupado. La cuestión

es que nos hemos estado relacionando de una manera bastante intensa y objetiva, explorándonos lo más profundamente que hemos podido. Eso ha estado muy bien. Y hemos estado mucho al aire libre, porque no queríamos que esto nos afectara a la salud. Probablemente nos hemos sentido más cerca que nunca, hayamos arreglado las cosas o no.

—¿Crees que habéis arreglado algo?

—Bueno, hemos aprendido algunas cosas, eso desde luego. Para empezar, hemos descubierto un montón de vínculos de los que no éramos conscientes, así que probablemente no nos vamos a separar aunque esto no se solucione. No creo que pueda volver a respetarla como antes, por lo menos no por las mismas cosas. Pero ella lo ha llevado todo muy bien. Ha sido bastante fuerte todo el tiempo, joder, y eso es algo que yo valoro. ¿Y tú qué piensas de mi amiga Rennie últimamente?

—¿Yo? —No había pensado mucho sobre lo que pensaba de ella, al menos desde su revelación de hacía dos noches. Ahora tenía que pensarlo con rapidez—. Bueno, no sé —dije para ganar tiempo.

—Debías tener una imagen muy extraña de nosotros. Me gustaría saber lo que piensas ahora de ella. ¿Estás enfadado con ella por no saber lo que siente?

Me incliné hacia atrás en mi silla y me quedé mirando el lápiz rojo con el que había estado corrigiendo los ejercicios de gramática.

—En realidad —dije—, puede que esté enamorado de ella. Puede que la quiera.

—¿De verdad? —me preguntó rápidamente, lleno de interés.

—No me sorprendería. Fue hace un par de días, de todos modos. Ahora no lo siento con demasiada fuerza, pero tampoco siento que no lo esté.

—¡Es estupendo! —dijo Joe, y soltó una carcajada. Supongo que lo que quería decir era «es interesante»—. ¿Sentías eso cuando te acostaste con ella por primera vez? Podrías haberlo dicho.

—No, entonces no sentía eso.

—¿Rennie lo sabe?

—No.

—¿Qué siente ella por ti?

—No hace mucho me despreciaba. Hace una semana, más o menos, me dijo que no le importaba una mierda.

—¿Ella está enamorada de ti? —me preguntó, sonriendo.

He estado todo el tiempo diciendo que Joe no tenía ninguna doblez, pero es casi imposible creer en serio que alguien no tenga ninguna doblez. Quizá fuera una gran injusticia que yo no pudiera confiar totalmente en la sonrisa amplia y en la frente despejada de Joe, pero confieso que no podía.

—Estoy bastante seguro de que me desprecia —dije.

Joe suspiró. Estaba sentado en la silla giratoria que había junto a la mía y puso los pies encima de la mesa y se agarró las manos por detrás de la cabeza.

—¿Alguna vez se te ha ocurrido que a lo mejor la culpa de todo esto la tengo yo? Hay muchas cosas que se entenderían muy bien si dijeras que por algún motivo perverso, yo planeé todo el asunto. Es sólo una posibilidad entre todas las demás. ¿Qué opinas?

—¿Perversidad? No lo sé, Joe. Si veo algo perverso es que ahora mandes a Rennie a mi habitación.

Él se rio.

—Supongo que ahora que sabemos lo que ha ocurrido, podrías decir que el hecho de que os alentara a veros es perverso, pero si lo fue, fue inconsciente. En cualquier caso, no puedes creer de verdad que insista en que vaya a tu habitación por perversidad. Eso en realidad es una forma de ponerla a prueba. Tiene que decidir de una vez por todas qué es lo que siente por ti y por mí, y cómo se siente consigo misma, y tú sabes tan bien como yo que si no fuera por esos viajes a tu habitación, reprimiría todo lo que pasó lo más rápido posible.

—¿No crees que lo único que estás haciendo es mantener las heridas abiertas?

—Supongo que sí. De hecho, eso es lo que quiero hacer, porque en este caso hay que mantener la herida abierta hasta que sepamos qué clase de herida es y cómo es de profunda.

—A mí me parece que lo más importante, cuando hay una herida, es curarla sea como sea.

—Te estás dejando llevar por la analogía —dijo Joe, sonriendo—. Ésta no es una herida física. Si la ignoras, puede parecer que desaparece, pero en una relación entre dos personas, las heridas de este tipo no se curan ignorándolas; aparecen una y otra vez si haces eso. —Cambió de tema—: ¿Así que estás enamorado de Rennie?

—No lo sé. He sentido eso una o dos veces.

—¿Te casarías con ella si no estuviera casada conmigo?

—No lo sé. De verdad.

—¿Qué harías si resultara que la mejor solución para todo esto fuera que tuvierais una relación sexual permanente? Hablo de un triángulo sin conflictos ni secretos ni celos.

—No creo que eso sea una solución. No creo que yo pudiera vivir con algo así, pero tampoco creo que Rennie o tú pudierais.

De hecho, me di cuenta con bastante interés de que a la menor mención al matrimonio y a un compromiso sexual permanente, empecé a sentirme un poco harto de Rennie. ¡La alegre perversidad humana! No tenía demasiada vocación de marido.

—Yo tampoco. ¿Cuál es la solución, Jake? Dímelo tú.

Negué con la cabeza.

—¿Os pego un tiro a cada uno? —dijo con una gran sonrisa—. Tengo un Colt cuarenta y cinco y como una docena de balas. Cuando Rennie y yo nos pusimos a hablar de todo esto, esa vez que falté a la escuela tres días, fui a buscar el viejo Colt

al sótano y lo cargué y lo dejé en un estante del armario del salón, por si alguno de los dos lo quería usar con el otro o con alguna otra persona.

Esa idea me generó una gran excitación. Tal vez fuera de Joe Morgan de quien estaba enamorado, después de todo. Él se levantó y me dio una palmada amistosa en el hombro.

—Conque no tenemos soluciones, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Joder, no sé qué decir, Joe.

—Bueno —dijo mientras se estiraba y salía por la puerta—, sigue ahí en el armario. A lo mejor todavía lo usamos.

El Colt 45, empleado como arma de mano por el Ejército de los Estados Unidos, es un revólver grande y pesado con aspecto de asesino. Tiene un retroceso que hace que al usuario se le levante la mano, y la enorme bala de plomo que dispara impacta en el blanco con tanta fuerza como para tirar a un hombre al suelo. La imagen de esta arma dominó completamente mi imaginación a lo largo de los siguientes tres o cuatro días; pensaba en ella, como debieron hacer Joe y Rennie, esperando, enorme, en el armario de su salón durante los días y noches que pasaron diseccionando el adulterio y examinando cada uno de sus detalles; esperando a que alguien llegara a alguna conclusión. ¡No es de extrañar que Rennie no pudiera dormir! Tampoco pude yo, una vez que esa máquina pasó tan alegremente a formar parte del problema. Incluso en mi habitación se hacía presente de una manera terrorífica, como la encarnación concreta de una alternativa: el hecho de que existiera llevaba el juego a otro tablero, por decirlo así; sazónaba todas mis reflexiones sobre el tema con una inmediatez que estoy seguro que los Morgan habían sentido desde el principio, pero que mi aislamiento, si no alguna otra cosa, me había impedido sentir.

Soñaba con esa pistola por la noche y pensaba en ella durante el día. En mi imaginación, sigo viéndola como un primer plano fotográfico, en la oscuridad de aquel armario, colocada impudicamente en su estante, mientras a través de la puerta entraban las voces tenues y confusas de Joe y Rennie, que hablaban día y noche. Hablaban, hablaban, hablaban. Yo sólo oía los distintos tonos de sus voces: el de Rennie, sereno, desesperado e histérico, por turnos; el de Joe, siempre tranquilo y sensato, hora tras hora, hasta que su tranquila sensatez llegaba a ser pesadillesca y demente. Puedo asegurar que nada nunca me ha ocupado la cabeza como la imagen de esa pistola. Adoptaba aspectos tan variados como los de la sonrisa del Laocoonte, pero infinitamente más fascinantes y, por supuesto, inapelables. Era esta inapelabilidad lo que le confería a la idea del Colt su persistencia. Estaba conmigo todo el tiempo.

Por lo tanto, fue como la materialización de una pesadilla cuando, poco tiempo después, me vi frente a frente con la verdadera arma en mi habitación, de la que ya

era inquietada en espíritu, y por eso palidecí y comencé a sentirme débil, pues no tengo un miedo abstracto a las pistolas. Rennie llegó a las ocho, tras haberme telefonado una hora antes para decir que quería verme y, para mi sorpresa, Joe vino con ella, y con Joe vino el Colt, en una bolsa de papel. Me pareció que Rennie había estado llorando —tenía las mejillas blancas y los ojos hinchados—, pero Joe parecía más bien alegre. Lo primero que hizo tras devolverme el saludo fue sacar la pistola de la bolsa y ponerla con mucho cuidado en un pequeño cenicero de pie que colocó en el centro de la habitación.

—Ahí la tienes, Jacob —dijo, soltando una carcajada—. Todo lo que tenemos es tuyo.

Me quedé admirando el revólver sin tocarlo, me reí brevemente con Joe ante el torpe elemento cómico de su gesto y, como he dicho antes, palidecí. Era una máquina formidable, tan grande en la realidad como había sido en mi imaginación, y con un aspecto no menos inapelable. Joe me miró a la cara.

—¿Una cerveza? —pregunté.

Cuanto más me reafirmaba en mi deseo de no dar señales de alarma —lo último que quería era dar señales de alarma—, más las percibía en mi voz y en mi actitud.

—De acuerdo. ¿Rennie? ¿Quieres una?

—No, gracias —dijo Rennie con una voz muy parecida a la mía.

Se sentó en el mullido sillón que había delante de la ventana principal, y Joe en el borde de mi monstruosa cama, de modo que cuando abrí las botellas de cerveza y ocupé el único asiento que quedaba, mi mecedora, formamos, de un modo sumamente embarazoso, un triángulo equilátero perfecto, con la pistola en el centro. Joe se dio cuenta justo al mismo tiempo que yo, y aunque no tengo ninguna certeza acerca de su sonrisa, sé que la mía no era jovial.

—Bueno, ¿qué pasa? —le pregunté.

Joe se colocó bien las gafas y cruzó las piernas.

—Rennie está embarazada —dijo con tranquilidad.

Cuando un hombre ha estado acostándose con una mujer, sean cuales sean las circunstancias, esta noticia siempre llega como la coz de un caballo. El revólver amenazaba, más conspicuo que nunca, y tardé unos cuantos segundos en recuperar el buen juicio y darme cuenta de que no tenía nada de que preocuparme.

—¡Enhorabuena!

Joe seguía sonriendo, sin cordialidad, y Rennie fijó la mirada en la alfombra. Nadie dijo nada durante un rato.

—¿Qué problema hay? —pregunté, sin estar muy seguro de qué debía temer.

—Bueno, supongo que es que no estamos seguros de a quién hay que darle la enhorabuena —dijo Joe.

—¿Por qué no? —Me empezó a arder la cara—. No tendrás miedo de que yo sea el padre, ¿verdad?

—No tengo especial miedo de nada —dijo Joe—. Pero es posible que seas el padre.

—No tienes por qué preocuparte por eso, Joe; créeme.

Miré un poco sorprendido a Rennie, a quien consideraba lo bastante lista como para no complicar las cosas innecesariamente.

—Te refieres a que has usado preservativos todas las veces, ¿no? Eso ya lo sé. Incluso sé cuántas veces los has usado, y de qué marca son los que usas, Jacob.

—¿Y entonces qué problema hay?

—El problema es que yo también he usado preservativos todas las veces. Y de la misma marca, por cierto.

Me quedé estupefacto. Ahí estaba la pistola.

—Así que —continuó Joe— si, como dice mi amiga Rennie, este triángulo no fue nunca un rectángulo, y si su obstetra no miente cuando dice que los condones son eficaces en un ochenta por ciento de los casos, las felicitaciones deberían ser mutuas. De hecho, en principio habría una posibilidad entre cuatro de que tú fueras el padre.

Ni la voz ni la frente de Joe indicaban cómo se sentía con respecto a esta posibilidad.

—¿Estás segura de que estás embarazada? —le pregunté a Rennie. Me salió una voz temblorosa, lo cual me disgustó bastante.

—Tengo... tengo un retraso bastante grande —dijo Rennie, aclarándose la garganta dos o tres veces—. Y he estado vomitando mucho los últimos dos días.

—Bueno, pero ya te ha pasado antes lo de pensar que estabas embarazada, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—Eso fue por las ganas que tenía. —Tuvo que esperar unos segundos antes de poder seguir hablando—. Esa vez quería estar embarazada.

—La verdad es que hay pocas dudas —dijo Joe—. No tiene sentido tener esperanzas de ese tipo. Los obstetras nunca se arriesgan a decir nada hasta que pasa un mes o algo así, pero Rennie reconoce los síntomas.

Solté un suspiro, sin saber qué decir. Joe seguía sin dar ninguna pista de cómo se sentía.

—Tío, esto complica las cosas, ¿no?

—Bueno, puede que sí y puede que no. ¿Tú por qué dirías que complica las cosas?

—Supongo que eso depende de cómo os sintáis.

—Y eso ¿por qué? Oye, Horner, deberías decidir cuál va a ser tu punto de vista. Rennie está a la misma distancia de mí que de ti.

—Tendríamos que haber tenido en cuenta esta posibilidad, supongo —dije con prudencia.

—No estarás diciendo que yo tendría que haber tenido en cuenta esta posibilidad cuando mandé aquí a Rennie, ¿no? Tuve en cuenta todas las posibilidades. Eso no



significa necesariamente que me guste la idea de que se haya quedado embarazada de ti. Esa posibilidad no me gusta una mierda, por si te interesa saberlo, y la verdad es que no quería que sucediera. Pero sí que tuve en cuenta esa posibilidad desde que me enteré de que te la habías tirado. Si vosotros no, es que sois imbéciles.

—Es una posibilidad que yo nunca tengo en cuenta en esos momentos —dije, sonriendo con remordimiento—. Un soltero estaría muy solo si lo hiciera.

—Dios no lo quiera.

Me encogí de hombros. No estaba seguro de hasta qué punto tenía derecho a sentirme molesto por su manera de hablarme: el asunto era muy complicado. Nos quedamos callados un rato. Joe se mordisqueaba la uña del pulgar distraídamente. Rennie seguía mirando la alfombra, y yo intenté apartar el revólver de mi vista y de mis pensamientos.

—¿Qué propones, Joe?

—No digas eso ahora —protestó—. No es del todo hijo mío. ¿Qué propones tú?

—Bueno, yo no puedo decir nada hasta que sepa si quieres quedarte con el niño o darlo en adopción o qué. Que sepas que yo pagaría el obstetra y el hospital y todo, y la manutención del niño, si decidieras quedártelo, o te ayudaría en todo lo que pudiera con la adopción. Y si pudiera criar al niño yo, lo haría.

—Pero no puedes vomitar en lugar de Rennie, ni hacerte cargo de la mitad de los dolores del parto.

—No, no puedo hacer eso.

—Estás simplificando demasiado el problema cuando me dices «si decidieras quedártelo». Lo conviertes en una responsabilidad mía. Dices que estás dispuesto a asumir los gastos, pero eso no significa nada y lo sabes. Convertirlo en un problema práctico, en una cuestión económica, es demasiado fácil. Me gustaría mucho que asumieras tu parte de responsabilidad. Pero no tienes por qué hacerte cargo de lo que me corresponde a mí. Eso también es demasiado fácil.

—¿Cómo puedo asumir mi responsabilidad? —pregunté—. Estoy deseoso de hacerlo.

—¡Entonces, por el amor de Dios, adopta una postura y mantenla para que podamos saber con quién estamos hablando! No me culpes a mí de todo. ¿Qué coño crees tú que debería hacer yo? Dile a Rennie lo que quieres que haga y dime lo que quieres que haga yo y nosotros también te lo diremos. Y entonces sí que podremos pensar bien en el problema, joder.

—Yo no tengo opiniones, Joe —dije secamente. Por supuesto, el problema era que tenía, como de costumbre, demasiadas opiniones. Estaba de parte de todo el mundo.

Joe se levantó de la cama de un salto, agarró la pistola y me apuntó a la cara.

—Si te dijera que voy a apretar el gatillo, ¿tendrías alguna opinión al respecto?

Yo estaba harto.

—Vamos, apriétalo.

—Y una mierda. Entonces no tendrías que hacer frente a nada.

Volvió a dejar la pistola sobre el cenicero de pie. Rennie había observado la escena con lágrimas en los ojos, pero no lloraba por ninguno de los dos.

—¿Y tú, qué quieres hacer? —le dijo Joe con aspereza, y cuando ella movió la cabeza de un lado al otro, vi que también a él se le humedecían los ojos, aunque nada cambió en la expresión de su rostro. No estaban aliados en mi contra.

—No me importa nada —dijo Rennie—. Haced lo que queráis vosotros.

—¡Joder! —gritó Joe con las mejillas llenas de lágrimas—. No voy a pensar yo por ti ni por él. ¡Piensa por ti misma o no quiero saber nada más de ti! ¡Lo digo en serio!

—No quiero tener ese niño —le dijo Rennie.

—¿Quieres darlo en adopción?

Ella negó con la cabeza.

—Eso no sería posible. Si lo llevara dentro nueve meses, acabaría queriéndolo, y no quiero quererlo. No quiero llevarlo dentro nueve meses.

—Muy bien, ahí está la pistola. Pégate un tiro.

Rennie lo miró con tristeza.

—Lo haré si eso es lo que tú quieres, Joe.

—¿Qué coño importa lo que yo quiera?

—Entonces lo que quieres es abortar, ¿no, Rennie? —pregunté.

Rennie asintió.

—Quiero librarme de este niño. No quiero tener este niño.

—¿Dónde mierda vas a encontrar un abortista por aquí? —le preguntó Joe, muy enfadado—. Esto no es Nueva York.

—No lo sé —dijo Rennie—. Pero no voy a tener este niño. No lo quiero.

—¿Vas a ir al doctor Walsh como la última vez y dejar que te insulte? —preguntó Joe—. ¡Te va a echar de la consulta! No creo que haya ni un solo abortista en este condado.

—No lo sé —dijo Rennie—. Voy a abortar, y si no, me pego un tiro, Joe. Ya lo he decidido.

—Bueno, eso parece una actitud muy valiente, Rennie, pero trata de pensar con claridad: no conoces a ningún abortista por aquí, ¿verdad?

—No.

—Y tampoco en Baltimore ni en Washington ni en ninguna otra parte. Y no conoces a nadie que haya abortado, ¿verdad?

—No.

—Bueno, dices que vas a abortar y que si no, te pegas un tiro. Imagínate que quisieras empezar mañana: ¿dónde te pondrías a buscar un abortista?

—No lo sé —gritó Rennie.

—Joder, si hay un momento en el que tienes que pensar con claridad, es éste, pero no estás pensando con claridad. Estás planteando alternativas que en realidad no

tienes.

Rennie soltó un gritito y se lanzó hacia el cenicero de pie, pero como yo había notado tan claramente como Joe que se estaba viendo empujada a eso, me hallaba preparado cuando lo hizo. Salté rápidamente de mi mecedora para coger la pistola. Me quedé corto (la coordinación física no era mi fuerte), pero me apoyé con los dedos en el borde del cenicero, y el cenicero y la pistola cayeron encima de mí. Rennie, con el apuro, me dio en la cabeza con el zapato, un golpe impresionante, y cayó de rodillas. Intentó coger la pistola, que había impactado sobre mi omóplato izquierdo y se había deslizado debajo de mi axila. Rodé para taparla con mi cuerpo, evitando que Rennie la cogiera, y me hice con ella. Después esquivé a Rennie y pude ponerme de nuevo en pie. Ella no trató de quitármela, sino que volvió a su sillón y se cubrió la cara con las manos. Muy alterado, dejé el cenicero en su sitio y me quedé con el arma.

—¡Estáis locos los dos! —dije.

Joe no se había movido, pero era evidente que también estaba alterado.

—Explica por qué, Horner —exigió, sumamente emocionado.

—¿Qué coño quieres que explique? —dije—. ¿Quieres que se vuele la cabeza, joder?

—Lo que quiero es que piense por sí misma —dijo Joe—. Como la has detenido, supongo que tienes alguna opinión. ¿O es sólo que no quieres que te deje la habitación hecha unos zorros? ¿Prefieres que nos vayamos a casa y nos peguemos un tiro allí?

—Por el amor de Dios, Joe, ¿quieres a tu esposa o no?

—Estás suplicando que te lo pregunte a ti. ¿Tú la quieres? ¿Por eso la has detenido?

—Ahora mismo no quiero a nadie. Creo que estáis locos los dos.

—Deja de decir cosas que no puedes explicar. ¿Preferirías obligarla a tener un niño que no quiere tener?

—No me importa un carajo lo que hagáis, pero voy a quedarme con esta pistola.

—No dices más que tonterías —dijo Joe, enfadado—. Te niegas a pensar. Sigues hablando de nosotros dos, y sabes que eso es una distorsión. Dices que no te importa un carajo lo que haga Rennie, pero le niegas la capacidad de elegir. Estás haciendo todo lo que puedes para enredarlo todo.

—¿Qué coño quieres? —grité.

—Quiero que te olvides de todo y que te des cuenta de lo que viene al caso y lo que no —dijo Joe con vehemencia—. La gente actúa cuando está lista para actuar, haya pensado las cosas con claridad o no, y si tengo una razón por la que me gustaría matarte, Horner, es porque estás retorciendo todo de manera que tengamos que actuar antes de haber pensado, o porque estás sacando cosas tan importantes como éstas del ámbito de las decisiones racionales. No te creas que hablo por hablar: me gustaría matarte por esto.

—¿Y entonces qué es lo que no viene al caso?

—Para empezar, la forma en que lo simplificas todo no viene al caso; y lo de preguntarme cuál es mi postura *como marido*; y lo de referirte a Rennie y a mí como conjunto, como si esto fuera una conspiración contra ti; y lo de impedirle hacer lo que quiere hacer; y lo de hablar de perversión y de locura.

—¡Joder, Joe, si no se lo hubiera impedido, ella ahora estaría muerta! ¿Eso es lo que quieres?

—¡No estamos jugando a un juego, Jake! Olvídate de todas las películas que has visto y de todas las novelas que has leído. Olvídate de todo salvo de este problema. Todo lo demás hace que esto se vuelva más oscuro y confuso. ¡Deja de mirarme como si fuera un monstruo! —gritó, perdiendo los nervios—. ¡Si hay alguien que piense en estas cosas con claridad, ése soy yo, joder! Por si te interesa, te diré que a estas alturas probablemente tú y yo también estaríamos muertos si Rennie se hubiera pegado un tiro; pero yo no se lo habría impedido. Nadie que hayas conocido nunca ha amado nunca a una mujer, Horner; sólo aman las imágenes que tienen en la cabeza. Si no amara a Rennie, ¿crees que me habría quedado aquí sentado cuando ella se lanzó a por la pistola? ¡En nombre del cielo, Horner, abre los ojos! ¡Sólo por esta vez, abre los ojos, joder, y trata de entender a alguien!

—¿Quieres que deje la pistola sobre la mesa?

—¡Deja de preguntarme lo que quiero!

Me encontraba perdido.

—Toma —dije, dándole el Colt a Joe—. Si estás tan decidido a actuar siguiendo tus ideas, déjalo tú.

Joe cogió el revólver y, sin dudarle ni un instante, se lo ofreció a Rennie.

—Toma —le dijo en voz baja, apoyándose en el respaldo del sillón—. ¿Lo quieres?

Rennie negó con la cabeza sin mirarlo.

—A lo mejor le gustaría que lo hicieras tú por ella —dije lo más mordazmente que pude, pero me había mareado de lo conmovido que estaba.

Joe me miró.

—¿Quieres que te pegue un tiro, Rennie? —preguntó con sarcasmo.

Ella negó con la cabeza de nuevo. Joe cogió el cenicero de pie, volvió a poner la pistola encima y volvió a sentarse sobre la cama.

—Bueno, Jake, ya has decidido que vamos a tener al niño. ¿Tienes alguna otra opinión?

Yo no podía hablar. Como Rennie, negué con la cabeza. Es muy desmoralizante tratar con un hombre dispuesto a explorar sus ideas hasta los límites más extremos, asumir las conclusiones que saque y actuar en consecuencia.

—Parece que no —dijo con desprecio. Se levantó y empezó a ponerse el abrigo—. ¿Quieres venir a casa ahora? —le preguntó a Rennie.

Rennie se levantó y se puso el abrigo. En el último momento, Joe se metió el Colt en el bolsillo. Estaba sumamente disgustado.

—Oye, Joe —grité cuando se estaban marchando—. Si Rennie pudiera encontrar un abortista, ¿qué te parecería?

—¿Qué quieres decir? ¿Qué importancia tiene lo que me pareciera a mí?

—Lo que quiero decir es qué te parecería que abortara.

—No me gusta nada la idea —dijo Joe rotundamente—. Si fuera un aborto realizado en un buen hospital de manera competente por un buen obstetra, no me importaría, pero no podría ser así. Rennie tiene una salud perfecta, y la única posibilidad de que abortara, incluso en la ciudad, sería en un sitio de lo más cutre con un médico de lo más cutre que podría dejarla jodida para el resto de su vida.

Se dio la vuelta para marcharse.

—Voy a ver si encuentro a alguien que lo haga —dije—, y si encuentro a alguien decente, lo pagaré yo.

—Qué gilipollez —dijo Joe.

## 11. A LA MAÑANA SIGUIENTE, MUY TEMPRANO, ABRÍ LOS OJOS DE REPENTE

A la mañana siguiente, muy temprano, abrí los ojos de repente y salté de la cama con la terrible sensación de que Rennie estaba muerta. Llamé a los Morgan al instante y apenas pude creerlo cuando la propia Rennie contestó el teléfono.

—Siento haberte despertado, Rennie. Dios, tenía miedo de que te hubieras pegado un tiro.

—No.

—Oye —le supliqué—. Prométeme que esperarás un poco, ¿vale?

—No puedo prometerte nada, Jake.

—¡Tienes que prometérmelo, joder!

—¿Por qué?

—Bueno, aunque no sea más que porque te quiero.

Me temo que esto no era cierto, por lo menos en la medida en que ninguna proposición carente de sentido puede ser cierta, aunque tampoco falsa. No estoy seguro de que supiera lo que estaba diciendo cuando le dije a Joe que quería a Rennie, pero en cualquier caso, ahora no podía encontrar ningún sentido en dicha afirmación.

—Joe también.

—Si, de acuerdo, digamos que él te quiere mucho más de lo que yo podría querer a nadie nunca. Te quiere tanto que está dispuesto a dejar que te pegues un tiro, y yo te quiero tan poco que no lo estoy.

Rennie colgó. Volví a marcar su número. Entonces contestó Joe.

—Rennie no quiere hablar contigo —dijo—. Ha sido muy estúpido lo que acabas de decirle. Estúpido o mezquino.

—Lo siento. Oye, Joe, ¿crees que se va a suicidar?

—¿Cómo coño voy a saberlo?

—¿Puedes quedarte hoy en casa con ella para asegurarte de que no lo haga? ¿Sólo hoy?

—Pues no, por supuesto que no. No se me ocurre nada que aumente más la probabilidad de que se suicide mañana.

—Entonces no quieres que se suicide, ¿verdad?

—Eso no viene al caso.

—¡Sólo hoy, Joe! Escucha, a lo mejor le consigo alguien si no permites que haga ninguna tontería hoy.

—¿Conoces un abortista? ¿Por qué no lo dijiste anoche?

—No estoy seguro. No conozco a ninguno personalmente, pero conozco a alguna gente en Baltimore que a lo mejor saben de alguno. Voy a llamarlos ahora mismo. Haz que te prometa que se va a quedar tranquila hasta que lo averigüe.

—Rennie no acepta mis órdenes.

—Las aceptará y lo sabes. Dile que conozco a un médico pero que tengo que llamarlo para organizar algunas cosas.

—No funcionamos así.

—¡Sólo hoy, Joe!

—Espera —dijo—. ¿Rennie? —lo oí llamarla—. ¿Tienes la intención de matarte hoy?

Oí a Rennie preguntándole por qué quería saberlo yo.

—Horner dice que puede que alguno de sus amigos de Baltimore conozca a un abortista —dijo Joe. Me puso furioso que le dijera la verdad—. Va a llamarlos para averiguar.

Rennie dijo algo que no entendí.

—Dice que no quiere hablar de nada —dijo Joe.

—Escucha, Joe, me voy a poner a llamar. A lo mejor ni siquiera es necesario que le practiquen un aborto. Voy a intentar conseguir Ergotrate. Con eso debería valer. Dile a Rennie que pasaré por ahí hoy en algún momento para llevarle el Ergotrate o contarle lo que he organizado.

—Vale, se lo diré —dijo Joe, y colgó.

No era del todo cierto —de hecho, no era cierto en absoluto— que yo tuviera amigos en Baltimore que pudieran conocer a algún abortista, ya que no tenía amigos en Baltimore ni en ninguna otra parte. Lo que hice entonces fue telefonar a todos los médicos de Wicomico, por orden alfabético. Al primero le dije:

—Hola. Me llamo Henry Dempsey. Acabamos de llegar a la ciudad y todavía no tenemos médico. A ver, oiga, mi esposa está en un aprieto terrible: ya tenemos dos niños y a ella le parece que está embarazada de nuevo. No es una chica muy sana; físicamente está bien, pero no es muy sana psicológicamente, ¿sabe? De hecho, está en tratamiento psiquiátrico. La verdad es que no creo que pueda soportar la tensión de otro embarazo.

—¿En serio? —dijo el médico—. ¿Quién es su psiquiatra?

—No creo que lo conozca —le dije—. Tiene su consulta en White Plains, en Nueva York, donde vivíamos antes. Banks. El doctor Joseph Banks.

—¿Y su esposa va a White Plains para seguir su tratamiento? —preguntó inocentemente el médico.

—Nos acabamos de mudar aquí, como le he dicho antes, y todavía no hemos podido encontrar otro psiquiatra.

—Bueno, ésa no es mi especialidad.

—Ya lo sé, señor; no se lo decía por eso. Tengo miedo de que mi esposa se suicide por este embarazo antes de que pueda llevarla a otro psiquiatra. Se encuentra en un estado terrible. La verdad es que me preguntaba si usted podría recetarle Ergotrate o algo así. Ya sé que no es su especialidad, pero se trata de un caso desesperado. En un año o dos puede que ya esté lo bastante equilibrada para que

podamos tener todos los niños que queramos. No queremos una familia muy grande, ¿sabe?, pero nos gustaría tener tres o cuatro. Un embarazo ahora puede ser catastrófico para ella.

—Lo siento, señor Dempsey —dijo el médico con frialdad—. No puedo hacer eso.

—¡Por favor, doctor! No le estoy pidiendo que haga nada ilegal. Le llevaré una declaración jurada del doctor Banks. ¿No basta con eso? Él asumirá toda la responsabilidad.

—No, señor Dempsey. Entiendo su situación, pero tengo las manos atadas.

—¿La ley no le permite tomar medidas cuando peligra la vida de una mujer?

—No es lo que diga la ley, me temo; es lo que la gente de la ciudad piensa que dice la ley, y la verdad es que la gente de por aquí se opone a los abortos tanto como yo, se lleven a cabo por medio de drogas o de intervenciones quirúrgicas. Además, si el problema de su esposa es mental, no está tan claro que sea una cuestión de vida o muerte.

—¡Lo es! ¡Se lo puede decir el doctor Banks!

—Lo siento, señor Dempsey. Adiós.

Probé a contarles la misma historia a los otros médicos que encontré en la guía telefónica —a los que se dignaron a hablar conmigo—, pero situé a mi psiquiatra mítico en Filadelfia en vez de en White Plains, por si tenía que ir hasta allí con el coche para que me matasellaran una carta falsa. También, tras consultar el directorio de Filadelfia en el vestíbulo del hotel Peninsula, cambié el nombre del psiquiatra de Joseph C. Banks a Harry L. Siegrist, un fiable profesional de la psiquiatría que elegí al azar. Pero todos los médicos me dijeron que no. Empecé a perder confianza: estaba tan predispuesto a obedecer la ley, y tanto temía, por lo general, que los demás se hicieran una mala opinión de mí, aunque se tratara de gente que no conocía y no me importaba, que me resultó difícil contar mi elaborado relato ficticio más de una vez, y con cada negativa, más me costaba repetirlo. Se trataba de un esfuerzo de lo más desmoralizador.

El médico número siete no me pareció tan poco receptivo, lo cual me supuso un alivio indescriptible. Se llamaba Morton Welleck y daba la impresión de ser más joven que sus colegas.

—A ver, señor Dempsey —dijo, cuando terminé mi relato—, usted se dará cuenta de que cualquier médico que acepte ayudar a su esposa está asumiendo una responsabilidad considerable, ¿verdad?

—Claro que sí, doctor Welleck. Si hay alguna manera en que yo pueda asumir toda la responsabilidad legal, lo haré encantado.

—Por desgracia, no la hay. Sin embargo, comprendo muy bien su situación, y la ley sostiene que cuando hay un peligro claro para la vida del paciente, pueden tomarse ciertas medidas a discreción del especialista. Usted afirma que la señora Dempsey está en buenas condiciones físicas, así que la cuestión es si su estado



psicológico es tan grave como usted cree. Eso sería algo difícil de demostrar si alguien quisiera hacer un problema de ello, y también le digo que algunos de mis colegas mayores de Wicomico no dejarían pasar la ocasión de hacer un problema de una cosa como ésta. Francamente, nunca he tenido vocación de mártir.

Pero por el tono de voz del doctor Welleck, noté que había una ligera oportunidad.

—¿Una declaración jurada del doctor Siegrist no serviría? —suplicué—. Él estaría dispuesto a proporcionarnos una.

—Podría ser —admitió el doctor Welleck—. Por supuesto, yo también tendría que examinar a la señora Dempsey, ¡aunque sólo fuera para asegurarnos de que está embarazada! —Los dos nos reímos, yo más nerviosamente que él—. Y me gustaría hacerle algunas preguntas, ¿sabe? Aunque no sea psiquiatra.

—Claro. Le diré que venga a su consulta.

Deseé con todas mis fuerzas que el doctor Welleck llevara poco tiempo en la ciudad.

—Hágalo —dijo—. Y dígame al doctor Siegrist que me llame desde Filadelfia, ¿de acuerdo? Así decidiremos si es recomendable que envíe una declaración jurada o no, y me podrá explicar el problema de la señora Dempsey con mayor detalle.

La perspectiva de ir conduciendo hasta Filadelfia para hacerme pasar por un psiquiatra me horrorizaba, pero parecía ser mi única esperanza.

—Muy bien —accedí—. Lo telefonaré en cuanto pueda y le pediré que lo llame.

—Estupendo —dijo el doctor Welleck. Entonces se quedó un momento callado. Después añadió—: Se dará cuenta, señor Dempsey, de que no puedo prometerle nada. Como muchas otras ciudades pequeñas, Wicomico está firmemente en contra de frustrar los designios de la Madre Naturaleza. Los responsables de ello son sobre todo los médicos más mayores, desde luego: dudo que haya habido un aborto legal aquí desde hace muchos años. Ética profesional aparte, todos tienen un carácter de lo más avinagrado. Si ellos y los grupos religiosos que hay en la ciudad se enteraran de algo como esto, crucificarían al pobre tipo que lo hubiera hecho. No siempre podemos ser tan liberales como a algunos nos gustaría ser.

—Lo entiendo perfectamente, doctor, pero realmente es cuestión de vida o muerte.

—Bueno. Veremos qué podemos hacer.

La actitud del doctor Welleck me hizo sentir confianza en que se dejaría engañar. Para empezar, hablaba demasiado: tres de los médicos que había llamado se habían negado a comentar nada en absoluto por teléfono, y ninguno de los otros se había mostrado, ni de lejos, tan parlanchín como el joven doctor Welleck. Además, por la conversación que habíamos tenido, deduje que le resultaba difícil competir con los otros médicos, quizá porque llevara poco tiempo en la ciudad. Cualquier profesional que esté dispuesto a criticar a sus colegas por teléfono ante un absoluto desconocido, pensé, era alguien con quien se podía llegar a un acuerdo.

¡Pero lo de Filadelfia! Escribir una carta falsa no era tan complicado —yo podía ser cualquiera en una carta— pero me parecía imposible hacerme pasar por el doctor Harry L. Siegrist por teléfono. ¡Si ya era difícilísimo fingir que era Henry Dempsey! No había tiempo que perder; ya eran las diez, y Filadelfia está a dos horas y media de Wicomico. Por suerte, era sábado: no tenía clases, pero la biblioteca de la facultad estaba abierta. Me dirigí allí de inmediato, saqué el primer manual de psicopatología que encontré y partí sin demora rumbo a Filadelfia. No había avanzado más de quince kilómetros cuando me di cuenta de que si tenía que enviar una declaración jurada desde Filadelfia, tendría que tratarse de un documento mecanografiado, y de que no iba a poder encontrar una máquina de escribir en una ciudad desconocida. Volví a casa, superando el límite de velocidad, y subí a toda prisa a mi habitación. Cuando llegué, ya eran más de las once. Escribí buscando desesperadamente las frases adecuadas:

A quien corresponda,

Susan Bates Dempsey, de veintiocho años de edad, esposa de Henry J. Dempsey, de Wicomico (Maryland), fue paciente mía desde el 3 de agosto de 1951 hasta el 17 de junio de 1953. Poco después de la mencionada fecha, el señor y la señora Dempsey dejaron Filadelfia para instalarse en Wicomico. La señora Dempsey acudió a mi consulta por recomendación de su marido y su médico, el doctor Edward R. Rice, de esta ciudad, tras sufrir frecuentes fases de depresión aguda. Durante dos o tres de estas fases, amenazó con quitarse la vida, y en una ocasión incluso se practicó cortes en las muñecas con un cuchillo de cocina. Tras el reconocimiento, se vio que la señora Dempsey tenía pronunciadas tendencias maniaco-depresivas, especialmente peligrosas porque durante las fases de depresión más aguda, sus dos hijos pequeños pasan a ser objeto de su hostilidad, aunque en otros momentos puede ser una madre competente e incluso excelente. La señora Dempsey sufría un miedo notable a perder el cariño de su esposo: en sus estados depresivos, tenía tendencia a creer que el nacimiento de sus hijos la había hecho perder su belleza, y esta creencia solía hacer que canalizara su resentimiento hacia sus hijos. Sin embargo, como sólo sentía hostilidad y no sufría una manía persecutoria, y como sus fases de abatimiento se alternaban con otras de intenso júbilo, e incluso euforia, mi diagnóstico fue de psicosis maniaco-depresiva subaguda y no de paranoia.

Durante el período de tratamiento, la amplitud del ciclo maniaco-depresivo de la señora Dempsey disminuyó de forma considerable y, desde que comencé a tratarla, en ningún momento amenazó con quitarse la vida o con quitarle la vida a sus hijos. Responde satisfactoriamente a la psicoterapia competente, y creo que con un tratamiento constante podría estabilizarse. Cuando los Dempsey se marcharon de Filadelfia, recomendé que continuara con el tratamiento si era posible, pero también le dije al señor Dempsey que no era imprescindible una

reanudación inmediata. Sin embargo, también recomendé que evitaran que la señora Dempsey se quedara embarazada hasta que no estuviera curada del todo, ya que sus anteriores embarazos habían sido, en buena medida, la causa de su problema.

Creo que, en este momento, un embarazo fortuito podría provocar una reaparición crítica de su depresión; que podría volver a amenazar con quitarse la vida para no tener otro hijo; y que podría cumplir su amenaza aunque se sometiera de inmediato a un tratamiento psiquiátrico. Por lo tanto, recomiendo sin ninguna duda, e incluso solicito, que por la seguridad de sus hijos y por la de ella misma, el embarazo de la señora Dempsey sea abortado lo antes posible.

Firmé la carta «Harry L. Siegrist, Doctor en Medicina», la metí en un sobre y volví corriendo a mi coche. En el camino paré para almorzar y empollarme la psicosis maníaco-depresiva, y apenas pasadas las tres de la tarde estaba en una farmacia Pen-Whelan que hay en Walnut Street, en Filadelfia, haciendo una llamada a larga distancia desde un teléfono público al doctor Welleck, de Wicomico. Me temblaban las manos y sudaba. Cuando oí que la recepcionista del doctor Welleck contestó, y la operadora me pidió que introdujera sesenta centavos, se me cayó una moneda de veinticinco al suelo; apenas tuve valor para recogerla y preguntar por el doctor Welleck.

—Lo lamento, doctor Siegrist —me dijo la recepcionista cuando me hube presentado—. El doctor Welleck está en el hospital en este momento.

—¡Vaya, qué lástima! —exclamé con aspereza y decepcionado—. Supongo que no podrá llamarlo ahí, ¿verdad?

—Me temo que no, señor. Esta tarde tiene quirófano.

—¡Qué desgracia!

Sentí un enorme alivio, casi alegría, por no tener que hablar con él, pero al mismo tiempo temí por mi plan.

—Le diré que lo llame en cuanto regrese, si le parece bien.

—Pues mire, no va a ser posible —dije de malos modos—. Hoy empiezan mis vacaciones, y la señora Siegrist y yo vamos a estar en las Bermudas todo octubre. El señor Dempsey me ha pillado justo cuando estábamos a punto de cerrar la consulta. ¡Gracias a Dios! Una hora más tarde y ya nos habríamos ido. Esto es una emergencia, ¿sabe?, pero mi avión sale dentro de dos horas y no sé bien dónde estaré durante este tiempo. El doctor Welleck le va a administrar Ergotrate, ¿verdad? Si no, puede haber una desgracia.

—Él quería hablar con usted, doctor Siegrist.

—Sí, sí, ya lo sé. Bueno, vamos a ver. Le voy a dictar una declaración jurada a mi secretaria antes de marcharme —es algo rutinario, ¿sabe?— y le diré que lo certifique ante notario y se lo envíe por correo urgente y todo eso. ¡Qué fastidio no poder hablar con el doctor Welleck personalmente! —dije con vehemencia—. No se imagina la

gravedad que puede tener una cosa como ésta en una maníaca-depresiva como la señora Dempsey. Puede actuar con absoluta normalidad en un determinado momento y pegarse de un tiro un instante después, si es que no lo ha hecho todavía. En serio, el doctor Welleck debería darle el Ergotrate lo más pronto posible. Esta noche, si puede ser, o mañana como muy tarde. Ya he hablado con el señor Dempsey para que uno de mis colegas se haga cargo de su esposa hasta que yo vuelva, pero esto es lo primero que ha de hacerse.

—Se lo diré al doctor Welleck en cuanto pueda —dijo la recepcionista, claramente impresionada.

—Por favor, hágalo. Recibirá la declaración jurada mañana por la mañana.

—¿Podría darme su dirección en las Bermudas, por si el doctor Welleck quisiera ponerse en contacto con usted?

¡Por el amor de Dios!

—La señora Siegrist y yo estaremos en el hotel Prince George —dije, esperando que existiera tal lugar.

—En el Prince George. Gracias, señor.

—Y por favor, dígame al doctor Welleck que le dé el Ergotrate a la señora Dempsey lo antes posible. No me gustaría nada que una paciente mía falleciera por una cosa tan tonta como ésta. No le reprocho que sea cauto, pero debo decir que si yo estuviera en su lugar, la señora Dempsey ya habría abortado. Cualquiera se puede dar cuenta de que es maníaco-depresiva, y sus tendencias suicidas se notan a la legua. Bueno, adiós.

Colgué el teléfono y estuve a punto de desmayarme. Había dejado atrás un gran obstáculo, pero todavía tenía otro mayor por delante. Encontré un notario público en una oficina de crédito que había en la misma Walnut Street, a dos manzanas de allí, y recé por que el doctor Siegrist no fuera un cliente habitual. Entré rápidamente, antes de que me fallara el ánimo. Resulta que parezco mayor de lo que soy, pero me costaba creer que alguien me pudiera tomar por un psiquiatra diplomado. Además, es más difícil representar una farsa cuando tenemos enfrente a la persona a la que le estamos mintiendo que cuando hablamos con ella por teléfono. Por último, no estaba muy seguro de si los notarios no exigían una identificación antes de poner su sello y firma. Adoptando la actitud más natural y confiada que pude, le pregunté a un conserje dónde estaba el notario público, y él me dirigió hacia el escritorio del subgerente, que estaba al otro lado de la habitación.

—¿Cómo está? —dijo, sonriendo, el subgerente, un hombre achaparrado y calvo que mascaba un chicle y llevaba unas gafas de montura de acero.

—Me llamo Siegrist —dije cordialmente—, Harry Siegrist. Traigo un documento para que me lo certifiquen, si es que no me lo he dejado en la consulta. —Sonreí y me puse a buscarlo sin ninguna prisa en el bolsillo—. Ah, sí, aquí estás, pillastre. —Me saqué la carta del bolsillo interior de la chaqueta, la abrí y la miré con indiferencia—. Mmm. Aquí tiene, señor.

El subgerente leyó el documento sin demasiada atención.

—Ay, ay, ay —dijo—. Esa mujer está como una cabra, ¿no, doctor?

—No tanto como otras que nos llegan —dije, ahogando una risa.

—¡Ja! —dijo el notario—. Debería ver los lunáticos que nos llegan a nosotros aquí. Podría ganar una fortuna con ellos.

Esperé a que me pidiera mis credenciales.

—Se lo juro —musitó distraídamente el notario—. Creo que están mal de la cabeza. Bueno... —Empezó a rebuscar en el cajón de su escritorio—. Levante la mano derecha, doctor.

Lo hice, y él también.

—Bueno, vamos allá, ¿jura ante Dios que el bla bla bla bla y todo eso? —me preguntó mientras seguía buscando con la otra mano en el cajón.

—Juro.

—No servirá de nada si no encuentro mi sello —dijo alegremente.

Estaba a punto de tener un ataque. Después de haber tenido la suerte de encontrar un notario tan cínico como crédulo, ¿podía fallar todo mi plan por un contratiempo como ése?

—Ah, por ahí resopla —dijo, cogiendo el sello. Estampó la marca oficial en mi carta y después firmó. Entonces llamó a los dos conserjes más cercanos para que firmaran como testigos—. No hace falta que la leáis —les dijo—. Poned vuestra firma donde corresponde y ya está. —Lo hicieron—. Muy bien, doctor. Es un pavo y medio.

Le pagué con un billete que saqué de la cartera, ocultando mi carnet de identidad, y me marché con mi carta, que metí en el primer buzón que encontré. Ya había terminado en Filadelfia. Eran las cuatro de la tarde y tenía que volver a casa a toda prisa. En términos generales, estaba sorprendido por el éxito de mi plan, pero había cuatro cosas que me perturbaban. La primera era que no tenía ni idea de si el doctor Welleck se dejaría convencer por mi declaración jurada, que no era nada técnica y que, me daba la impresión, cualquier médico sería capaz de reconocer como espuria a primera vista; en cualquier caso, era muy posible que si le quedaba alguna duda, la coincidencia que suponía que el doctor Siegrist se fuera de vacaciones justo entonces podía convertir dicha duda en escepticismo. Y si en cualquier momento Welleck dudaba lo bastante como para llamar a la consulta del auténtico doctor Siegrist, se acabó lo que se daba. La segunda era que no le había dejado un teléfono a Welleck y, por supuesto, no había ningún Henry Dempsey en el directorio telefónico de Wicomico; pese al hecho de que hay seres humanos que no tienen teléfono, si Welleck trataba de ponerse en contacto conmigo antes de que yo llegara a casa y lo llamara, podía hacer que aumentaran sus sospechas. La tercera incógnita era todavía más preocupante: incluso si todo lo demás salía a la perfección y Welleck aceptaba administrarle a Rennie el Ergotrate, era muy posible que no hubiera llegado a la ciudad hacía poco y que la conociera. Por último, aunque no la conociera, había un

peligro más: yo no sabía casi nada sobre abortos, y pensaba que quizá Welleck quisiera que Rennie fuera al hospital por algún motivo u otro, puesto que la cosa iba a ser legal, y que incluso en el caso de que él no la conociese, en el hospital seguro que había alguien que sabía quién era.

En cuanto llegué a mi habitación, llamé a Welleck a su casa.

—Ah, señor Dempsey —dijo con cierta frialdad—. Quería llamarlo.

—Lo siento, doctor. Todavía no nos han instalado el teléfono, así que tengo que usar el de mi casero. Lo habría llamado antes, pero he llevado a mi esposa a dar un paseo en coche por el campo, para que se distrajera un rato.

—El doctor Siegrist me ha llamado desde Filadelfia.

—¿En serio? ¡Qué bien! Tuve suerte de poder hablar con él antes de que se fuera de vacaciones. ¿Y ya lo han arreglado todo?

—No pude hablar con él. Estaba en quirófano. Habló con mi recepcionista, y va a mandar una declaración jurada. Tengo la impresión de que recomienda enérgicamente el aborto.

—¡Buf! —dije, y me reí—. No sabe lo aliviado que me siento.

—Sí. Bueno, le dije a mi recepcionista que tendría que darle el Ergotrate a su esposa esta noche, pero me temo que no puedo hacerlo hasta que haya recibido la declaración jurada. Si la ha enviado por correo urgente esta tarde, llegará como pronto el lunes por la mañana.

—Estupendo.

—Deme el número de su casero y lo llamaré cuando llegue para que pueda traer a la señora Dempsey a la consulta.

—Bueno, es que mi casero es un poco quisquilloso con lo de que me estén llamando, y la verdad es que esto no es asunto suyo. Preferiría que no se enterara, porque es un cotilla terrible. ¿No puedo llamarlo yo?

—Quizá sea lo mejor, sí. Aunque esto no es ilegal, más vale que lo llevemos con discreción. Llámeme el lunes a mediodía y si ya he recibido la declaración jurada, le daré cita para después de comer.

—Muy bien.

—Ah, una cosa más. Tengo un formulario de autorización que uso para las esterilizaciones, los abortos y cosas así. Su esposa y usted tendrán que firmarlo y llevarlo a que se lo certifiquen. Puede hacerlo el lunes por la mañana, si le viene bien. Pase por mi consulta y la recepcionista le dará el formulario.

—De acuerdo. Estupendo. Buenas noches, doctor.

Otro documento, otro notario, otro obstáculo que superar, pero para entonces ya no me importaba. Cogí el coche y me dirigí, agotado y triunfante, a la casa de los Morgan para anunciarles mi éxito. En la puerta de su casa me dio un sudor frío: llevaba casi todo el día fuera de la ciudad. ¿Y si ya era tarde? Joe abrió la puerta.

—Ah, hola, Jake. Tienes mal aspecto.

—¿Rennie está bien?

—Sigue entre nosotros, si te refieres a eso. Vamos, entra.

Rennie estaba encerando el suelo de la cocina. Apenas se dio por enterada de que yo había llegado.

—Bueno, creo que todo está arreglado —dije, fingiendo tranquilidad—. Si quieres abortar, Rennie, te pueden dar una inyección de Ergotrate el lunes por la tarde.

Joe no reaccionó de ninguna manera ante la noticia. Rennie vino hasta la puerta de la cocina, con el paño de encerar en la mano, y se apoyó contra el marco.

—Muy bien. ¿Dónde tengo que ir, a Baltimore?

—No. Va a ser aquí mismo. Sólo dime que no conoces al doctor Morton Welleck.

—Al doctor Welleck... No, no lo conozco. ¿Y tú, Joe?

—He oído hablar de él. Lleva aquí como dos años. ¿Y dices que ese imbécil es un abortista?

—No —dije, no sin cierto orgullo—. Es un médico completamente legal, y muy bueno, por lo que he oído. Y todo va a ser completamente legal. No tienes que sentirte culpable por ir a él, ni que tener miedo.

—¿Y eso? —preguntó Joe.

—De hecho, le he contado casi la verdad. Le he dicho que ya tenéis dos niños y que queríais tener más más adelante, pero que te había deprimido tanto quedarte embarazada en este momento que me daba miedo que te suicidaras. Bueno, era un poco más complejo que esto, desde luego.

—¿Cómo que era más complejo, Jake? —preguntó Rennie, perpleja.

—Bueno, tuve que adornarlo todo un poquito. Para empezar, los próximos días vas a ser mi esposa: la señora de Henry J. Dempsey, de los Dempsey de Filadelfia.

—¿Qué?

Entonces les conté, entusiasmado con mi historia y excitado por las aventuras del día, todos los detalles sobre las llamadas de teléfono, el viaje a Filadelfia, la carta, la suplantación del doctor Siegrist y el subgerente de la oficina de crédito. Me escucharon atónitos.

—Así que lo único que tienen que hacer ahora el señor y la señora Dempsey es firmar una autorización el lunes por la mañana y llevarla a un notario para que la certifique. Eso es todo. No tienes que hacerte la loca ni nada, y cuando te hayan puesto la inyección, podrás olvidarte de todo este asunto.

Joe se quedó mirando a Rennie con interés.

—Es absurdo —dijo ella de repente.

—¿No es genial? —dije, sonriendo y sin querer creerme que se refería a lo que me temía que se refería.

—¡Es horrible!

—Lo vas a hacer, ¿verdad?

—Por supuesto que no. No quiero ni pensarlo.

—¡Que no quieres ni pensarlo! Por Dios, Rennie, me he pasado el día de un lado para otro tratando de organizarlo todo y ahora dices que no quieres ni pensarlo. ¡No va a pasar nada, te lo juro!

—Ése no es el tema, Jake. Estoy harta de mentir. Incluso aunque no tuviera que firmar nada ni decir nada, sería mentir. Tendrías que haberte dado cuenta de que yo no iba a querer nada de esto.

Toda mi edificación se derrumbó. No noté ningún cambio en la expresión de Joe, pero sí una gran comunión espiritual entre él y Rennie. Yo estaba al margen.

—¡Entonces pégate un tiro, joder! —grité—. Llevo todo el día sudando tinta por ti para nada, si en realidad no quieres abortar. Evidentemente anoche sólo estabas siendo melodramática.

Rennie sonrió.

—Sí que voy a pegarme un tiro, Jake, en cuanto quede claro que no puedes organizar un aborto. No estaba siendo dramática. No me importa quién lo haga, ni dónde, ni en qué circunstancias, pero no pienso decir mentiras ni consentirlas, y tampoco estoy dispuesta a fingir que soy otra persona. Yo no conozco a nadie y Joe tampoco. Si no hubieras dicho que tú sí, no habría esperado tanto tiempo. —Se pasó la mano por el vientre—. No quiero este bebé, Jake. Podría ser tuyo.

Era evidente que hablaba en serio. Miré a Joe, buscando su apoyo con desesperación, pero él evitó comprometerse. Sentí de nuevo su comunión. Se me ocurrió acusarlos de romanticismo, burlarme de su extraño sentido del honor —Dios sabe que era necesario que alguien lo hiciera, y una gran parte de mí deseaba de todo corazón encargarme de esa labor—, pero ya no confiaba en esta estrategia, que tal vez sólo sirviera para confirmar lo que evidentemente ya era una decisión muy sólida.

—No lo hagas todavía, Rennie —le dije en voz baja—. Pensaré alguna otra cosa.

—¿Qué vas a pensar, Jake? Si tuvieras alguna idea de verdad, no habrías organizado una cosa tan descabellada. Y si crees que me vas a hacer cambiar de idea postergándolo, estás muy equivocado.

—¿Y qué pasa con los niños? ¿Te has parado a pensar en ellos, o vas a cargártelos también?

—Estás preguntando cosas que no deberías preguntar —dijo Joe.

—Déjate de tonterías, Jake —dijo Rennie—. ¿Tienes algún plan o no?

—Sí —dije—. Conozco a una mujer de aquí, de la ciudad, que ha abortado un par de veces. Se me habría ocurrido antes si no hubiera estado tan nervioso. Iré a verla mañana para averiguar dónde abortó.

—No te creo —dijo Rennie.

—Es la verdad, te lo juro.

—¿Cómo se llama, a ver? Y no te lo inventes.

—Peggy Rankin. Da clases de inglés en el instituto.

Rennie se dirigió de inmediato al teléfono y la buscó en el directorio.

—8401 —dijo—. Voy a llamarla y a preguntárselo.



—¡No seas boba! No está casada. ¿Crees que va a admitir algo así ante una desconocida?

—Entonces llámala tú. Ahora mismo. Tú no debes ser un desconocido si sabes eso de ella.

—Así es imposible. Las mujeres no actúan de ese modo, al menos las demás mujeres. Iré a verla mañana y te lo diré por la noche.

—Creo que sólo estás intentando postergarlo, Jake.

—¡Cree lo que quieras, joder! ¿Estás tan deseosa de apretar el gatillo que no puedes esperar veinticuatro horas?

Tenía la sensación de que estaba a punto de explotar debido a la desesperación, pero Joe seguía mirándonos, impasible. Había libros y cuadernos abiertos junto al teléfono, en el escritorio: ¡había estado trabajando en su tesis! Rennie se lo pensó un momento.

—Esperaré hasta mañana por la noche —dijo, y se puso de nuevo a encerar el suelo.

Rennie había dado en el clavo cuando me había acusado de tratar de postergar su suicidio con la esperanza de que cambiara de opinión, pero yo ya no podía seguir albergando esa esperanza. Desde luego, no tenía ni idea de si Peggy Rankin había abortado, y tampoco tenía ningún motivo para esperar que me ayudara aunque pudiera, ya que no la había visto desde aquella vez a principios de septiembre. Me había llamado por teléfono —primero esperanzada, después enfadada y al final suplicante— unas cuantas veces en las últimas semanas, pero yo había recibido sus llamadas sin interés. A la mañana siguiente, el domingo, la llamé yo.

—Soy Jake Horner. Peggy, tengo que verte. Es por una cosa importante.

—Pues yo no quiero verte —dijo ella.

—Es una cosa importantísima, Peggy, de verdad.

—Sí. Ya ha pasado como un mes, ¿no?

—Escucha, no tiene nada que ver con eso. Estoy tratando de ayudar a alguien que necesita ayuda desesperadamente.

—Eres muy humanitario.

—¡Peggy, por el amor de Dios! No voy a fingir que he sido muy considerado contigo, pero ésta es una cuestión realmente desesperada. Ya sé que no hay ninguna razón por la que tengas que hacerme favores.

—Eso es cierto.

—Escucha, me tienes entre la espada y la pared. A lo mejor no puedes ayudar a mis amigos aunque quieras, pero están en una situación realmente complicada y yo haría cualquier cosa por echarles una mano. Puedes poner las condiciones que te parezca.

—¿Qué quieres que haga?

—Lo único que quiero es que me dejes hablar contigo unos minutos. Como ya te he dicho, a lo mejor no puedes ayudar, pero quizá sí.

—¿Quiénes son esos amigos?

—No puedo hablar de esto por teléfono. ¿Puedo ir a verte hoy?

—Jake, si esto es otro truco, te mato.

—¡No es ningún truco! —dije con vehemencia—. Esto no tiene nada que ver conmigo. ¿Cuándo puedo ir a verte? Cuanto antes, mejor.

—Bueno, vale. Pues ven ahora. Pero Jake, por Dios, esta vez no me líes.

—No te estoy liando.

Cogí el coche y me dirigí a su casa sin perder ni un instante. Ella me recibió con suspicacia, como si esperase que me abalanzara sobre ella en cualquier momento.

—No me gusta nada que estés aquí —dijo, nerviosa—. ¿Qué pasa?

—La esposa de un amigo de la escuela está embarazada, Peggy, y se va a suicidar si no consigue abortar.

A Peggy se le endureció la expresión.

—¡Eres un monstruo! ¡Mira que venir a pedirme ayuda a mí!

—No lo entiendes. Los dos son muy amigos míos, y no saben dónde le pueden practicar el aborto.

—¿Y por qué voy a saberlo yo? ¿Por qué no tiene el niño, si está casada? —preguntó con un poco de amargura.

—Ya tiene dos, y la verdad es que hay ciertas dudas sobre quién es el padre. Por eso está tan desesperada. Su marido está al corriente de todo. Sólo ha tenido un desliz.

—Jake, ¿ese desliz fue contigo?

Me pareció que ésa era una pregunta crucial: su disposición a ayudar podía depender de mi respuesta, y no tenía ni idea de qué respuesta quería oír.

—Sí, Peggy. —La miré a los ojos, apostándolo todo a la sinceridad—. Fue lo más estúpido que he hecho en la vida, y ahora ella quiere pegarse un tiro. Les he hecho muchísimo daño. Lo único que puedo hacer ahora es tratar de reparar ese daño todo lo que pueda.

—¿Cuándo has empezado a reparar el daño que haces?

—Hace dos días. Si no encuentro una forma de ayudarlos antes de esta noche, será demasiado tarde. Ése es el tiempo que tengo.

—No se va a matar —dijo Peggy con desdén—. Si las mujeres se mataran cuando se arrepienten de algo, yo estaría muerta por lo menos desde julio.

—Sí que se va a matar, Peggy. Ya lo habría hecho si yo no se lo hubiera impedido, y lo hará mañana sin titubear si no logro ayudarla.

—¿Y a ti qué te importa?

Seguía mirándola a los ojos.

—Ya te he dicho que estoy tratando de reparar el daño que he hecho.

—Te referirás al daño que les has hecho a ellos.

—Me refiero al daño que he hecho en general.

—En algunos casos, ya es demasiado tarde.

—Puede ser. Pero voy a hacer todo lo que esté en mi mano.

—¿Y en qué consiste eso?

—No lo sé, Peggy. Esto es nuevo para mí. Ahora mismo haría cualquier cosa que me pidieran. Ya te dije que podías poner las condiciones que quisieras.

Peggy se me quedó mirando un rato.

—¿Quién es esa chica?

—Rennie Morgan. Su marido da clase de historia en la facultad.

Pero evidentemente Peggy estaba más preocupada por sí misma.

—¿Tú crees que yo he abortado alguna vez? Supongo que lo das por hecho, ¿verdad?

—No doy por hecho nada. Sólo tenía la esperanza de que conocieras a alguien que hubiera abortado, o de que hubieras oído hablar de algún abortista.

—¿Y si fuera así?

—Ya te he dicho que no tienes ningún motivo para ayudarme, y supongo que Rennie Morgan te da bastante igual, o quizá incluso te resulte antipática, no lo sé. Lo único que digo es que ésta es mi última oportunidad para evitar que se suicide, y que haría absolutamente cualquier cosa para conseguir que me ayudaras.

—Tienes que quererla mucho.

—Si la quiero, no me he enterado. ¿Conoces algún abortista, Peggy?

Tardó un rato en contestar.

—Sí. Tuve que buscar uno. Yo también tuve que abortar, hace dos años.

—¿Quién es?

—Todavía no he decidido si voy a ayudarte, Jake.

—Escucha —le dije con el tono más sincero que pude poner—, no tienes que reafirmar tu postura; sé muy bien cuál es tu postura. No tienes que regatear nada: ya te he dicho que pidas lo que quieras.

—Podría ayudarte —dijo Peggy—. El hombre ese sigue viviendo aquí y se encargaría de hacerlo. Su precio es de doscientos dólares.

Pensaba que resultaría útil acercarme a ella, apoyar las manos en sus hombros e inclinarme para mirarla a los ojos. Lo hice.

—¿Cuál es el tuyo? —le pregunté con la serenidad que merecía la ocasión.

—¡Ay, podría decirte un precio altísimo! ¡Tú llevas uno o dos días desesperado, pero yo llevo desesperada quince años!

—Dímelo.

—¿Para qué? En cuanto le hicieran la intervención, me dejarías.

—¿Quieres que me case contigo, Peggy?

—Ése sería mi precio —dijo ella.

—Lo haré.

—Supongo que lo harías. ¿Y qué harías después? Me dejarías tirada, o me torturarías durante toda la vida.

—Ninguna de esas cosas parece una buena manera de reparar daños —dije, sonriendo.

—Probablemente no podrías evitar odiarme. Nunca ha habido un hombre que ame a una mujer que lo ha obligado a casarse con él.

—Ponme a prueba.

Peggy estaba sumamente nerviosa, excitada por la posición en la que me había colocado y un poco asustada ante su propia osadía.

—¿Cómo puedo creerte, Jake? No has hecho ni una sola cosa que me permita creer que puedo confiar en ti.

—Lo sé.

—¿Y pese a todo, dices que esta vez estás siendo sincero?

—Sí.

—Tú no me quieres.

—Yo no quiero a nadie. Pero ya llevo bastante de soltero, e incluso al margen de lo del aborto, creo que tengo una deuda contigo como para una buena temporada.

Peggy me apartó las manos y movió la cabeza de un modo muy similar al de Rennie.

—¿Cómo puedes ser así? Incluso cuando tratas de ser amable, me pones en una posición que no es la mía, en una posición humillante.

—Bueno, entonces cállate un momento. Deja que te pida matrimonio. He decidido que quiero casarme contigo. Si alguna vez en la vida he sido sincero, es ahora.

—Conmigo no has sido sincero nunca, ¿verdad?

—Acabo de serlo. Me casaría contigo hoy mismo si pudiéramos conseguir la licencia en domingo. La conseguiremos mañana y nos casaremos el miércoles.

—Me has dicho que tiene que saberlo esta noche.

—Sí. Lo único que tienes que hacer es decirle que conoces a un tipo. Puedes llamarla ahora. Creo que con eso bastará. Dile que por razones personales no puedes darle su nombre hasta el miércoles, o algo así. Si acepta esperar, me quedaré satisfecho.

—¿Y si no acepta? ¿Adiós, muy buenas?

Otra pregunta crucial, pero la respuesta adecuada era obvia.

—Si no acepta, no puedo hacer nada más por ella, pero no veo por qué eso va a cambiar mi compromiso contigo. Tú habrías hecho todo lo que yo te he pedido, y yo haría todo lo que te he prometido.

Entonces Peggy empezó a llorar, presa de la indecisión.

—Me casaré contigo y te querré todo lo que pueda querer a nadie durante el resto de mi vida —le juré.

Estuvo llorando un rato sin contestar nada y empecé a preocuparme. Había que hacer algo de inmediato. Pensé en abrazarla, pero no estaba seguro de si eso serviría o lo estropearía todo. Era consciente de que cualquier cosa que hiciera podía ser decisiva; cualquier palabra o acto, cualquier silencio o ardid. ¡Peggy Rankin! Yo estaba maldecido con una imaginación demasiado fértil para resultar útil a la hora de predecir el comportamiento de mis congéneres: por muy íntimamente que los conociera, siempre era capaz de imaginarme y justificar reacciones contradictorias ante casi cualquier cosa. Si le daba un beso, ¿lo consideraría una prueba de que estaba sobreactuando, de que era demasiado sincero como para preocuparme por si ella sospechaba que no lo era? Si no hacía nada, ¿pensaría que mi inactividad demostraba que no podía seguir adelante con esa farsa, que estaba tan seguro de que me la había metido en el bolsillo que no era necesario hacer nada más, o que en mi absoluta sinceridad temía hacer nada por miedo a que ella pensara que mi petición de matrimonio no era, en realidad, más que una estratagema?

Le cogí la cabeza entre mis manos y levanté su rostro hacia mí. Ella dudó un instante y después aceptó un largo beso.

—Gracias a Dios que me crees, Peggy —le dije en voz baja.

—No te creo.

—¿Qué?

—No me creo ni una sola de todas las mentiras que has contado desde que has entrado aquí. Tendría que haber colgado el teléfono cuando llamaste. Por favor, vete.

—¡Por el amor de Dios, Peggy! ¡Tienes que creerme!

—Si no te vas, voy a empezar a gritar. Te lo digo en serio.

—¿No crees que Rennie Morgan va a pegarse un tiro? —grité.

Ella soltó un alarido, y tuve que taparle la cara con la mano para hacerla callar. Entonces empezó a darme patadas y puñetazos y trató de morderme la mano. La obligué a volver a su sillón, me senté en su regazo para que no pudiera mover las piernas y le atenacé el cuello con la otra mano. Ella era bastante fuerte, y eso era lo único que podía hacer para dominarla. Con Rennie no habría sido posible.

—¡Estoy más desesperado de lo que crees, joder! Cuando te dije que me casaría contigo iba en serio, y también es verdad que estoy dispuesto a estrangularte ahora mismo si no me ayudas.

Abrió mucho los ojos. Levanté la mano con que le tapaba la boca y en cuanto intentó aullar de nuevo, le apreté la tráquea con fuerza, con mucha fuerza, hundiéndole el pulgar y el índice a los lados del cuello.

—¡Para! —chilló. La solté, preocupado por si le había hecho daño de verdad. El aire entró rápidamente en sus pulmones haciendo un ruido fuerte y siniestro.

—¿Quién es el abortista? —pregunté.

—No hay ninguno —dijo, tocándose el cuello—. ¡No conozco a ninguno! Sólo estaba intentando...

Le di una bofetada con todas mis fuerzas y me largué corriendo.

No había nada que hacer: no importaba que yo hubiera sido sincero o no, ni que ella me hubiera mentado o no. Me fui a casa y me senté en la mecedora. Ya eran las once y media de la mañana. Me había quedado sin opciones y sin energía; había sido claramente derrotado. Intenté forzar mi imaginación en busca de alguna posibilidad remota, pero sólo podía pensar en Rennie, ocho o diez horas más tarde, dirigiéndose al armario del salón sin decir nada. Joe tal vez estuviese inclinado sobre un cuaderno, delante de su escritorio. Quizá oyera a Rennie dejar algo, el periódico que estaba leyendo, y dirigirse al armario. Podía imaginarme que él seguía mirando el cuaderno, pero ya sin entender las palabras que había escritas en él, o que se daba la vuelta para ver cómo ella abría la puerta del armario. Los niños estarían dormidos en su habitación. Yo no creía que Rennie fuera a volver al salón para hacerlo. Allí, ante el armario, donde la puerta medio abierta impediría que Joe la viera, cogería el Colt del estante, le quitaría el seguro, se apoyaría el cañón en la sien y apretaría el gatillo sin pensárselo dos veces, antes de que el tacto del arma contra su cabeza la hiciera vomitar. Pensé que a lo mejor se sentaría en el suelo del armario para hacerlo.

Eso era todo lo que podía imaginarme con cierta claridad, ya que nunca había visto un cadáver ensangrentado. Durante unas dos horas —es decir, hasta alrededor de la una y media— esta secuencia de actos se repitió una y otra vez en mi imaginación, hasta el momento del disparo. Soluciones drásticas: podía acercarme hasta allí y tratar de llevarme la pistola. Pero ¿qué haría con ella? Se quedarían mirándome tranquilamente y Rennie se quitaría la vida de otro modo un rato después. O atrapar a Rennie y sujetarla, si era posible. ¿Para siempre? O llamar a la policía y decir... que había una mujer a punto de suicidarse. ¿Y qué podía hacer la policía? Ella estaría sentada en el salón de su casa, leyendo el periódico, mientras Joe trabajaba en el escritorio. O decirle que le había organizado un aborto... ¿con quién? ¿Para cuándo? O decirle... ¿qué?

El movimiento de mi mecedora fue disminuyendo hasta volverse casi imperceptible. Salvo la idea de la pistola apoyada contra la sien de Rennie y la idea de la bala de plomo que espera en las profundidades del cargador —que no era una imagen, sino una tensión, una especie de zumbido que no se me iba de la cabeza—, mi imaginación ya no producía nada. Tenía la vejiga llena; necesitaba ir al baño, pero no fui. Al cabo de un rato, se pasó la urgencia. Decidí tratar de decir *La Pepsi sienta bien y deja huella*, pero tras el primer pareado, me olvidé de decir el resto. Las ganas urgentes de orinar regresaron, más fuertes que antes. No lograba tomar la decisión de levantarme.

Alguien, en el piso de abajo, encendió una radio a todo volumen, y yo me puse en pie de un salto. Eran las tres: ¡el medio minuto que pensaba que había dedicado a no

levantarme para ir al baño en realidad había sido una hora y cuarto! Un momento después, bajé a toda prisa, cogí el coche, pasé por delante de la casa de los Morgan a noventa kilómetros por hora, atravesé el campo en dirección a Vineland y llegué a la Granja de Removilización. Me encontré con la señora Dockey en el vestíbulo, atando unas grandes cajas de cartón.

—¿Dónde está el Doctor? Tengo que verlo ahora mismo.

Ella hizo un gesto con la cabeza indicando la parte trasera de la casa. Al pasar por la recepción vi alfombras enrolladas, muebles descolocados y más cajas de cartón.

—Está enfadado —comentó el Doctor en cuanto me vio. Vestido con un traje negro de lana, estaba leyendo el periódico del domingo en el porche trasero, que cuando hacía frío se convertía en un solárium. Por suerte, estaba solo: casi todos los pacientes estaban tomando el aire en el porche delantero o apoltronados en el salón social—. Siéntese.

—Esta tarde he tenido un pequeño ataque —le dije.

—¿De inmovilidad? —Dejó el periódico y me miró con más atención—. Entonces es que no ha seguido la terapia.

—No, confieso que no lo he hecho. Últimamente he estado terriblemente ocupado.

Fuera hacía fresco, frío incluso, pero el sol brillaba con fuerza y a lo lejos, sobre un riachuelo pantanoso que había detrás de la granja, una gran águila pescadora gris se cernía, inmóvil, contra el viento. Yo no sabía por dónde empezar.

—Si eso es cierto —dijo el Doctor críticamente—, no entiendo por qué se ha quedado inmovilizado.

—Creo que puedo explicarlo. Lo que he estado haciendo es tratar de solucionar algunos problemas que han ido surgiendo.

—Bueno. Esta vez me temo que tendré que saber qué problema es, ya que ha aparecido después de que comenzara la terapia. Quizá lo mejor sea que vayamos a la Sala de Progresos y Consejos.

—Puedo contárselo aquí mismo. No tardaré mucho.

—No. Vamos a la Sala de Progresos y Consejos. Vaya entrando —avise a la señora Dockey para que sepa dónde estamos— y yo iré en un momento.

Hice lo que me dijo, y poco después él entró y ocupó su sitio frente a mí. Se había cambiado y llevaba una bata blanca de médico.

—Bueno, ¿qué ha pasado?

Con las rodillas delante de mí y los brazos cruzados sobre el pecho, le conté la historia de mi breve aventura con Rennie y sus consecuencias. Para mi sorpresa, me salió con bastante facilidad, ya que me atuve a los hechos y no traté de explicar los motivos de nadie. Lo que me resultó más difícil fue saber hacia dónde dirigir la mirada durante el relato: el Doctor, como de costumbre, se inclinaba hacia delante, haciendo rodar su puro sin encender de un lado de la boca al otro, y observaba mi cara todo el tiempo; yo me centré primero en su ojo izquierdo, después en el derecho,

después en su frente, en el puente de su nariz, en su puro, y era de lo más desconcertante no poder mantener la mirada fija en algo más que unos instantes. Le conté todos los detalles de mi búsqueda de un abortista, e incluso mi visita a Peggy Rankin. Fue enormemente reconfortante articularlo todo.

—No hay ninguna duda sobre la determinación de Rennie —dije para concluir—. Se suicidará esta noche si no puedo decirle algo concreto, y esta mañana a las once y media me he quedado sin opciones. Fue después de eso cuando sufrí la parálisis, que me duró hasta hace una hora, más o menos, cuando alguien en el piso de abajo del mío encendió una radio. Se va a pegar un tiro dentro de cinco o seis horas.

—¿Esto es lo que usted entiende por una vida tranquila? —me preguntó el Doctor, irritado—. ¡Le dije que evitara las complicaciones! ¡Le dije específicamente que evitara historias con mujeres! ¿Pensaba que la terapia era un simple entretenimiento? ¿Estaba jugando conmigo para pasar el rato?

—No lo sé, señor.

—Claro que lo sabe. Durante mucho tiempo, me ha considerado una especie de charlatán, un matasanos o algo peor. Eso está muy claro, y yo he dejado que siguiera pensando eso, siempre que hiciera lo que le decía, porque en su caso esa clase de actitud puede ser terapéutica. Pero cuando empieza a ignorar mis consejos, esa actitud se vuelve muy peligrosa, como espero que se dé cuenta ahora.

—Sí, señor.

—¿Comprende que si hubiera seguido con el tratamiento, ahora no estaría aquí? Si se hubiera estudiado el *Almanaque Mundial* a diario, y no hubiera pensado en nada más que en sus alumnos de gramática, y hubiera puesto en práctica la Prioridad Siniestral, la Prioridad de Antecedencia y la Prioridad Alfabética —particularmente si lo considerara absurdo pero lo hubiera practicado de todos modos—, no habría tenido ningún problema.

—Doctor, la verdad es que últimamente he estado más preocupado por los Morgan que por mí.

—¡Y ya ve lo que le ha ocurrido! ¡No le dije que se hiciera amigos! Tendría que haber pensado sólo en su inmovilidad.

Había llegado el momento de decirle por qué había ido a verlo, pero continuaba hablando.

—Bueno, está claro que esta parálisis que acaba de tener es de una clase distinta de la que ha tenido antes. En la Estación Pensilvania fue la incapacidad para elegir lo que lo inmovilizó. Ése es el caso que a mí me interesa, y ése es el caso que he estado tratando. Éste es una cuestión mucho más simple: usted se ha metido en un callejón sin salida, en una situación vulgar y estúpida, que ni siquiera supone un dilema, y que a pesar de ello revierte todo lo que yo había conseguido.

—Disculpe, Doctor, pero esa chica va a pegarse un tiro.

—Si su marido le pegara un tiro a usted, le estaría bien merecido. La mitoterapia... la mitoterapia le habría servido para no involucrarse en nada, si la



hubiera practicado asiduamente. En realidad la practicó, pero como buen idiota se asignó el peor papel. ¡Incluso el papel del malo habría estado bien, si hubiera podido ser un malo completo, sin remordimientos! Pero se ha convertido en un penitente cuando es demasiado tarde para arrepentirse, y ése es el mejor papel que se me ocurre para inmovilizarlo. ¡Vaya! —exclamó, realmente alterado—. ¡Su caso era el más interesante que he tratado en años, y usted lo ha estropeado!

Durante dos largos minutos estuvo mordisqueando su puro en silencio, muy enfadado. Yo era sumamente consciente de cómo iba pasando el tiempo.

—No puede...

—¡Cállese! —gritó con impaciencia. Al cabo de un rato, dijo—: El suicidio de esa chica sería muy antiterapéutico. Incluso desastroso. Para empezar, el marido podría pegarle un tiro, o podría pegárselo usted mismo; ha recaído de un modo bastante grave. Podríamos prevenir esas dos eventualidades si se quedara aquí en la granja, pero él tal vez fuera a la policía al darse cuenta de su desaparición, y no quiero a la policía aquí. ¡Lo ha estropeado todo por completo! ¡Ha echado a perder dos años de mi trabajo con esta aventura estúpida!

—¿Usted no podría darle una inyección de Ergotrate, Doctor? —pregunté rápidamente.

El Doctor se sacó el puro de la boca un momento para poder mirarme de una manera más cáustica.

—Querido amigo, ¿cómo se le ocurre que puedo tener Ergotrate aquí? ¿Piensa que estas damas y estos caballeros conciben niños?

Me sonrojé.

—Bueno, ¿podría hacerle una receta?

—No sea más ingenuo de lo imprescindible. Lo mismo daría que la hiciera usted.

—Dios. No sé qué hacer.

—Horner, deje de hacerse el inocente. Usted ha venido aquí para pedirme que practique un aborto, no para hablar sobre su inmovilidad.

—¿Lo haría? —le supliqué—. Le pagaría lo que quisiera cobrar.

—Una frase hueca. Imagínese que quisiera cobrarle siete mil dólares. Lo que quiere decir es que está dispuesto a pagar hasta unos quinientos dólares. Y como incumpliría los pagos cuando el trabajo estuviera terminado, probablemente yo acabaría cobrando cien o doscientos. Si no me equivoco, eso es lo que debe tener en este momento.

—Tengo unos doscientos setenta y cinco, Doctor. Se los daré muy contento.

—Horner, no soy abortista. Tal vez haya practicado un par de abortos en toda mi carrera. Si hiciera un aborto pondría en riesgo esta institución, el bienestar futuro de mis pacientes y mi propia libertad. ¿Vale la pena hacer todo eso por doscientos setenta y cinco dólares? ¿O por cinco mil, ya puestos?

—No puedo ofrecerle nada más.

—Sí, sí que puede, y si lo hace, le practicaré un aborto a esa chica.

—Estoy dispuesto a aceptar cualquier cosa.

—Sin duda. Lo que no está tan claro es que vaya a mantener lo que acordemos. Estoy preparándome para trasladar la granja a otro sitio. Sin duda, se habrá fijado en todas las cosas que hay en el vestíbulo y en el salón social. Por una vez, nos vamos a mudar porque queremos y no porque tengamos que hacerlo; he encontrado un lugar mejor, en Pensilvania, y nos vamos el miércoles. La señora Dockey se habría puesto en contacto con usted mañana si no hubiera venido hoy. Bueno, si no fuera por esto, no querría ni oír hablar de practicar un aborto; pero como nos vamos a ir de todos modos, lo haré esta noche.

Me quedé tan impresionado que me eché a llorar y a reír al mismo tiempo.

—Lo que me gustaría hacer es darle un catéter para esa chica. Si va por ahí con eso metido durante un día o dos, induciría el parto y la haría abortar. Tendría una gran hemorragia, pero en el hospital tendrían que admitirla por tratarse de una emergencia. Eso sería lo mejor porque no tendría que venir aquí para nada, pero lleva demasiado tiempo: quizá no se pondría de parto hasta el miércoles, y se sentiría tan mal con el catéter metido en el útero que probablemente se mataría de todos modos. Tráigala esta noche y le haré un legrado uterino y ya está.

—¡Sí, la traeré! ¡Dios, esto es maravilloso!

—No es maravilloso en absoluto. Es sórdido y desagradable, pero lo haré porque es el último recurso y quiero echarle una mano. Lo que tiene que hacer a cambio es darme todo el dinero que tenga para ayudarme a trasladar la granja a Pensilvania, pero también dejar su trabajo y venir con nosotros. Le pido esto por dos razones: la primera y más importante es que quiero tenerlo vigilado las veinticuatro horas del día para poder asegurarme de que sigue su plan terapéutico; la segunda es que necesito un hombre joven para que haga unas cuantas tareas manuales mientras se va poniendo en marcha la nueva granja. Ésa será su primera terapia. ¿Le parece que mi tarifa es demasiado elevada?

Me acordé de los ancianos que había en el dormitorio.

—No se lo piense mucho, Horner —dijo el Doctor con severidad—, o me negaré a ayudarlo. Su caso es un hobby para mí, pero no es una obsesión, y usted me irrita tantas veces como me entretiene.

—De acuerdo —dije.

—Muy bien. Haré el aborto esta noche. Tendrá que traer un cheque, ya que es domingo. Mañana comunicará en la facultad que deja su puesto, y el miércoles por la mañana irá a la estación de autobuses de Wicomico a las ocho y media. Allí se reunirá con la señora Dockey y algunos de los pacientes y se subirá a un autobús con ellos.

—Muy bien.

—¿Quiere que le explique todas las cosas que puedo hacer para asegurarme de que cumple su promesa, o al menos de que si la incumple, lo lamentará profundamente?

—No hace falta, Doctor —dije—. Estoy agotado. La cumpliré.

—Estoy seguro de ello —dijo, sonriendo—, aunque usted no lo esté. Bueno, eso es todo. —Se levantó—. Los pacientes se van a la cama a las nueve. Traiga a esa chica a las nueve y media. Procure que la luz de los faros del coche no dé en la casa, y no haga ruido, o en el piso de arriba se despertarán todos muy asustados. Y traiga el cheque y la cartilla del banco para que yo pueda comprobar que me está dando todo lo que tiene. Adiós.

Cuando salí, me encontré con la señora Dockey, que seguía atando cajas imperturbablemente en el vestíbulo.

—El Doctor me ha contado lo del traslado —le dije—. Parece que iré con ustedes, al menos durante un tiempo.

—Vale —gruñó sin mirarme—. Trate de estar allí a las ocho y media. El bus sale a y cuarenta.

—Allí estaré —dije, y me dirigí al coche medio corriendo. Ya eran casi las cinco.

## 12. ME QUEDÉ DE PIE Y CON EL ABRIGO PUESTO EN EL SALÓN DE LOS MORGAN, YA QUE NADIE ME INVITÓ

Me quedé de pie y con el abrigo puesto en el salón de los Morgan, ya que nadie me invitó a cenar ni a ninguna otra cosa. Joe y Rennie estaban en la cocina, preparando tranquilamente la cena de los niños. Parecían de buen humor, y daba la impresión de que habían estado bromeando sobre algo.

—¿Dónde has estado esta vez? —preguntó Rennie.

—Ya está todo arreglado —dije.

—Lo único que tienes que hacer es tomar el próximo avión rumbo a El Vaticano —le dijo Joe, imitando la fatiga y el alivio que transmitía mi voz—, y decir que eres la concubina del Papa.

—He dicho que no voy a mentir y no voy a mentir —dijo Rennie entre risas.

—Pasaré a buscarte a las nueve —le dije—. La cita es a las nueve y media. No va a ser con Ergotrate.

A Rennie se le borró la sonrisa. Se puso un poco pálida.

—¿De verdad has encontrado a alguien?

—Sí. Es un especialista jubilado que dirige un sanatorio cerca de Vineland.

—¿Cómo se llama? —preguntó Joe, muy serio.

—Quiere mantenerse en el anonimato. Es bastante comprensible. Pero es un buen médico. Lo conozco desde hace varios años, desde antes de venir aquí. De hecho, lo de que me buscara un trabajo de profesor fue idea suya.

Estaban ligeramente sorprendidos.

—No sabía que hubiera un sanatorio en esa zona —dijo Rennie con cierta reserva.

—Eso es porque mantiene el sitio en secreto, por el bienestar de sus pacientes y porque es un médico negro con una clientela exclusivamente blanca. No hay mucha gente que lo conozca.

—¿Es seguro? —preguntó Joe con tono de desconfianza.

Los dos estaban de pie junto a la puerta de la cocina.

—Eso no importa —dijo Rennie rápidamente, y volvió a los fogones.

—¿Estarás lista a las nueve? —le pregunté.

—Estaré lista.

—Tú también querrás venir, ¿no? —le pregunté a Joe.

—No lo sé —dijo sombríamente—. Lo decidiré más tarde.

Era como si yo hubiera estropeado algo.

De vuelta en mi habitación, ya sin presión, tuve una reacción no sólo contra la excitación de los últimos días, sino también contra toda mi implicación. No era difícil

sentir alivio por haber logrado impedir al fin el suicidio de Rennie, pero era sumamente difícil sentirse escarmentado como yo quería sentirme escarmentado. Quería que la aventura me enseñara esto sobre mí mismo: que al margen de las cambiantes opiniones que yo pudiera tener sobre cuestiones éticas en abstracto, no era la misma persona de un modo lo bastante consistente (no era suficientemente «real», por usar el término que usaba Rennie) como para implicarme en serio en la vida de los demás sin hacer estragos y sin comprometer tampoco mi propia tranquilidad; que mis súbitos destellos irracionales de conciencia y crueldad, de compasión y cinismo —en resumen, mi incapacidad para desempeñar el mismo papel durante un cierto tiempo— podían causarme dolor a mí, además de a los otros, y que esta misma incoherencia hacía improbable que pudiera quedarme tranquilamente en posiciones dolorosas durante mucho tiempo, como podía quedarse, por ejemplo, Joe. No tenía una necesidad o un deseo coherentes de tener amigos, pero estaba claro (ésta era otra cosa que quería aprender) que, dada mi particular clase de integridad, si los tenía, no debía implicarme en sus vidas: debía dejarlos a su aire.

Se trataba de una lección sencilla, pero yo no lograba escarmentar como debía. Tenía sentimientos encontrados: de alivio, de ridículo, de vergüenza, de enfado, de orgullo herido, de un cariño sensiblero hacia los Morgan y de asco por ellos y por mí mismo, entre muchas otras cosas, incluyendo un sentimiento de indiferencia hacia todo el asunto.

Además, también estaba bastante cansado de mí mismo, y de mi conocimiento de mis yoes, y de mi pequeño misterio personal. Aunque en realidad no tenía la menor intención de mantener mi promesa de ir a Pensilvania con el Doctor, redacté una breve nota para el doctor Schott en la que le informaba de mi dimisión; lo cierto era que el papel de persona responsable me había agotado, y ya necesitaba dejar atrás Wicomico y a los Morgan. En una ciudad nueva, con amigos nuevos, incluso con un nombre nuevo, quizá pudiera fingir que tenía la suficiente unidad como para ser una persona y vivir en el mundo; quizá si fuera un actor lo bastante experimentado... A lo mejor podía casarme con Peggy Rankin, usar su apellido, hacerle un hijo. Sonreí.

Unos minutos antes de las nueve pasé a buscar a Rennie y la encontré, junto a Joe, terminando de cenar a la luz de las velas.

—Un gran acontecimiento —dijo secamente Joe. Encendió la luz al instante y apagó las velas de un soplo, y vi que habían cenado perritos calientes y chucrut. Dejando que Rennie se pusiera su abrigo sola, empezó a llevar los platos al fregadero —. ¿Cuánto va a tardar? —me preguntó.

—No lo sé, Joe —dije, muy incómodo—. No creo que demasiado.

—Estoy lista —dijo Rennie.

Tenía mal aspecto: estaba pálida y temblorosa. Joe le dio un beso y abrió el grifo del fregadero para lavar los platos.

—¿No vienes? —le pregunté.

—No.

—Bueno... —dije. Rennie ya se dirigía a la puerta—. Nos vemos luego.

Salimos. Rennie fue brincando por la acera delante de mí, sin ninguna gracia, y abrió la puerta del coche antes de que pudiera abrírsele yo. Resolló un poco, pero contuvo las lágrimas. Cogí la autopista rumbo a Vineland.

—Qué lío se ha armado, ¿verdad? —dije con lástima. Ella miraba por la ventana y no me contestó—. Siento muchísimo que haya pasado todo esto.

Rennie no mostraba en absoluto cómo se sentía. Lo que yo más agudamente percibía era su sensación de soledad en todo lo que había sucedido y en lo que estaba a punto de suceder, la soledad fundamental que, en último término, aqueja a todos los seres humanos en las situaciones críticas. Esto nunca es completamente cierto, pero es más evidente en algunas circunstancias que en otras, y en aquel momento la percibía de un modo muy claro como una persona que estaba al margen de Joe, de mí mismo, de todos los valores o motivos, del mundo y de la historia: un animal solitario en apuros. Y Joe, en casa, lavando los platos. ¡Animales solitarios! No hay causa, ni resolución, ni filosofía en la que podamos involucrarnos hasta tal punto que no quede una parte de nosotros en contacto con el asombro y la soledad.

—Este hombre es un médico excelente, de verdad —le dije unos instantes después.

Rennie me miró desconcertada, como si le hubiera hablado en otro idioma.

—Rennie, ¿quieres que te lleve a casa?

—Si lo haces, me pego un tiro —dijo con voz ronca.

Cuando llegamos al final de la entrada para coches de la granja, apagué los faros y entré en el patio conduciendo muy despacio. Le expliqué a Rennie que el Doctor no quería que molestáramos a sus pacientes, pero me temo que la teatralidad de todo no le sentó bien a sus nervios. Cuando la llevé al interior del edificio, noté que estaba temblando. La señora Dockey y el Doctor estaban esperándonos en el salón social. Ambos escudriñaron abiertamente a Rennie; la expresión de la señora Dockey mostraba algo de desdén.

—¿Cómo está, señora Morgan? —dijo el Doctor—. Podemos empezar ahora mismo. La señora Dockey la acompañará.

Sin decir una palabra, la señora Dockey se dirigió hacia la Sala de Tratamientos y Rennie, tras un instante de vacilación, siguió a aquella mujer extraordinaria. Se me humedecieron los ojos. No sabía cómo distinguir la compasión del amor: tal vez sólo fuera compasión lo que sentía por Rennie.

—¿Ha traído el cheque y la cartilla del banco? —me preguntó el Doctor.

—Sí. —Le entregué las dos cosas. En el resguardo del penúltimo cheque, figuraba el balance de mi cuenta: doscientos ochenta y siete dólares con treinta y dos centavos. El siguiente cheque estaba hecho por esa cantidad y firmado—. No sabía a qué nombre ponerlo.

—Eso lo rellenaré yo. Muy bien, venga conmigo. Quiero que vea esto, por su propio bien.

—No. Esperaré aquí fuera.

—Si quiere que le haga el aborto —dijo el Doctor—, tendrá que venir conmigo y mirar.

Fui, de muy mala gana. El Doctor se puso su bata blanca y entramos en la Sala de Tratamientos. Rennie ya estaba en la mesa de reconocimiento, con una sábana cubriéndola hasta el cuello. Me dio miedo que pusiera alguna objeción a mi presencia allí, pero no dio ninguna señal de aprobación o desaprobación. La señora Dockey estaba de pie a su lado, impassible. El Doctor se lavó las manos y levantó la sábana, dejando al descubierto el abdomen de Rennie.

—Bueno, lo primero es ver si está embarazada.

Cuando los dedos del Doctor la tocaron para empezar el reconocimiento, Rennie dio un respingo involuntariamente. Un minuto después, cuando él se puso unos guantes de goma, se echó un lubricante en las manos y comenzó el examen interno, ella comenzó a sollozar.

—Deje de hacer eso —dijo el Doctor, irritado—. Ya ha tenido hijos antes. —Y un rato después, le preguntó—: ¿Cuánto tiempo diría que tiene el feto?

Rennie no contestó nada y él no le preguntó nada más.

—Muy bien, ya podemos empezar. Páseme un dilatador y una cureta, por favor —le dijo a la señora Dockey, y ella se dirigió al esterilizador para cogerlos.

El instrumental quirúrgico tintineaba en el esterilizador. Los sollozos de Rennie eran cada vez más fuertes y descontrolados. Se retorció un poco en la mesa de reconocimiento e incluso comenzó a incorporarse.

—¡Tumbese y quédese callada! —le ordenó el Doctor con aspereza—. Va a despertar a todo el mundo.

Rennie volvió a acostarse y cerró los ojos. Yo empecé a sentir náuseas y mareos en cuanto la señora Dockey le entregó la brillante cureta al Doctor; decidí mirar a Rennie a la cara en vez de la operación.

—Ajuste las correas —le dijo el Doctor a la señora Dockey—. Tendría que haberlo hecho antes. —La señora Dockey le puso a Rennie una ancha correa de cuero sobre el diafragma—. Vale, y ahora sujétele la pierna derecha, y Horner, usted sujétele la otra. Como aquí no nos dedicamos a la obstetricia, no tengo una camilla con estribos.

Le levantamos y abrimos las piernas a Rennie y la colocamos en posición de litotomía. La señora Dockey le aferró una, apretándole la pantorrilla contra el muslo, y yo, a regañadientes, le cogí la otra.

—Lo siento, Rennie —le dije.

Rennie movió la cabeza de un lado al otro y soltó un gemido. Unos instantes más tarde —supuse que el Doctor ya estaba empleando la cureta, pero no quise mirar y averiguarlo— se puso a gritar y a dar patadas para soltarse.

—¡Sujétenle las piernas! —bramó el Doctor—. ¡Se está cortando toda! ¡Haga que se calle, Horner!

—Rennie... —dije, pero no pude continuar. Estaba aterrorizada; creo que no me reconocía. Su rostro parecía flotar sobre la superficie de mis lágrimas. Se relajó un instante, tratando de controlarse, pero casi de inmediato —¿otro raspado de la cureta? — volvió a soltar un chillido y a forcejear para incorporarse.

—Ya está —le dijo el Doctor, asqueado, a la señora Dockey—. Ya he terminado con la cureta. Suéltele la pierna y hágala callar.

La señora Dockey le empujó la cabeza hacia abajo a Rennie y le tapó la boca con la mano. Rennie empezó a patear violentamente con la pierna que tenía suelta. El Doctor esquivó una patada, tirando al suelo su taburete, y soltó un juramento. Yo, sin querer, miré hacia otro lado y vi sangre en la sábana bajo el abdomen de Rennie, sangre en la parte alta de sus muslos, sangre en los guantes del Doctor. Tuve un acceso de vómito y, a duras penas, logré tragármelo.

—Está sangrando mucho —le dijo el Doctor a la señora Dockey—. Hágala callar un momento, que voy a traer un anestésico.

Empecé a darme cuenta de lo asustada que estaba Rennie. Se quedó tumbada, quieta y en silencio durante un momento, y me miraba fijamente, suplicante.

—Quite la mano —le dije a la señora Dockey—. Ya no va a gritar más.

La señora Dockey levantó la mano con cautela, dispuesta a taponarle la boca de nuevo.

—Jake, tengo miedo —gimió Rennie en voz baja y temblando con todo el cuerpo—. Me está haciendo mucho daño. No me gusta tener miedo, pero no puedo evitarlo.

—¿Está seguro de que es demasiado tarde para dejarlo? —le dije al Doctor, que estaba en el otro lado de la habitación, colocando una manguera de goma en dos bombonas de gas que había sobre un carrito.

—No, ahora no se puede —dijo—. Ya habría terminado si no hubiera hecho tantas tonterías.

—¿Quieres irte a casa, Rennie?

—Sí —gimoteó ella—. Pero que termine. Quiero quedarme tranquila y en silencio, pero no puedo.

—Ahora nos vamos a ocupar de eso —dijo el Doctor, que ya no estaba irritado. Acercó el carrito con las bombonas de gas hasta la cabecera de la camilla—. Con los saltos que ha dado, no sé si no le habré perforado el útero. Está bien, relájese.

Rennie cerró los ojos. El Doctor le pasó la máscara a la señora Dockey, quien se la colocó a Rennie sobre la nariz y la boca con cierto deleite. Entonces el Doctor abrió unas válvulas y los gases hicieron un ruido suave al entrar en la máscara.

—Respire profundamente —dijo el Doctor, observando los calibradores de presión.

Rennie inhaló profundamente dos, tres, cinco veces. Parecía ansiosa por perder la conciencia. Continuó temblando, pero las piernas se le quedaron laxas.

—Tómele el pulso —le dijo el Doctor a la señora Dockey.



Pero cuando ésta le iba a coger la muñeca a Rennie, Rennie tuvo una convulsión estomacal y vomitó furiosamente en la máscara. Un segundo después, se oyó un espantoso ruido de succión procedente de su garganta, y después otro. Entreabrió los ojos un instante.

—¡El broncoscopio! —dijo bruscamente el Doctor, quitándole la máscara de un tirón. Rennie tenía la cara azul. El ruido de succión paró—. ¡Quítele la correa, Horner! ¡Rápido!

Traté de arrancarle la correa, pero no la veía bien porque tenía los ojos llenos de lágrimas. Entonces se oyó otro gorgoteo furioso que venía del pecho de Rennie.

—¡El broncoscopio! —gritó el Doctor.

La señora Dockey regresó corriendo junto a la camilla con un largo instrumento tubular, que el Doctor le quitó de las manos para introducirse a Rennie en la boca. El vómito le cubría toda la cara y había formado un pequeño charco debajo de su cabeza, en el pelo. La cara se le oscurecía cada vez más. Se le abrieron los ojos y las pupilas se le movían en cualquier dirección. Volví a marearme.

—¡Prepare el oxígeno! —ordenó el Doctor—. ¡Horner, tómeme el pulso!

Le cogí la muñeca a Rennie. Quizá sintiera una pulsación; desde luego, no más que eso.

—¡No siento nada! —grité.

—No —dijo él, menos nervioso. Le quitó el broncoscopio de la tráquea y lo dejó a un lado—. No se preocupe por el oxígeno, señora Dockey.

La señora Dockey se acercó a mirar sin ninguna prisa.

Así que ésta es la imagen que tengo que llevarme conmigo: la Sala de Tratamientos oscura salvo por el único foco del techo que iluminaba la camilla; Rennie ahí muerta, con el rostro todo manchado, los ojos como platos y la boca abierta; el vómito corriendo desde el charco de su boca hasta el charco que tenía debajo de la cabeza; el gran cinturón negro que había quedado sin desabrochar encima de la sábana que le cubría el pecho y el estómago; la parte inferior de su cuerpo desnuda y ensangrentada, con las piernas extendidas, sobresaliendo relajada y torpemente del borde de la camilla.

—Bueno —suspiró el Doctor.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó la señora Dockey.

—Ha debido comer mucho antes de venir —dijo él—. A quién se le ocurre. Vomitó por culpa del éter y después lo aspiró y se le metió en los pulmones. ¡Esto es un caos!

Yo estaba tan anonadado que no podía ni llorar. Estaba tan impresionado que tuve que sentarme en una silla para no caerme al suelo.

—Levántese, Horner. Ahora no debe quedarse ahí.

No pude contestarle. Tenía náuseas y estaba a punto de desmayarme.

—Vaya a acostarse en un sillón en el salón social —me ordenó—. Y ponga los pies para arriba. Así se le pasará. Nosotros vamos a limpiarla bien, y después tendrá

que llevársela de aquí.

—¿Dónde? —grité—. ¿Qué voy a hacer?

—Pues a su casa. ¿No le parece que su marido querrá el cuerpo?

Me dirigí dando tumbos hacia la puerta, pero caí redondo antes de llegar. Cuando volví en mí, estaba acostado en el salón social y el Doctor estaba de pie a mi lado.

—Tómese esto —me dijo, dándome dos pastillas y un vaso de agua—. Y ahora preste atención. La situación es complicada, pero todo irá bien si conserva la calma. La hemos llevado a su coche. No se le ocurra intentar librarse de ella sin que nadie se entere. He llamado a su marido y le he explicado que en un rato se despertará de la anestesia. Lo mejor que puede hacer es llevarla directamente a su casa y decirle a su marido que ha muerto. Tiene que mostrarse muy nervioso. Dígale que parecía que estaba bien hasta que habían recorrido la mitad del camino, y que entonces ella empezó a vomitar y se ahogó. La autopsia confirmará eso. Él llamará a una ambulancia y en el hospital descubrirán lo del aborto, pero no pasa nada. Le harán preguntas; tampoco pasa nada. No les diga dónde se hizo hasta mañana; entonces ya no importará. Esta noche me voy a ir con algunos pacientes en la furgoneta, y la señora Dockey se quedará aquí para terminar de resolver algunas cosas. La casa y el teléfono están a su nombre, y ella dirá que es una paciente mía que lo organizó todo aquí en la casa. Usted no sabe cómo me llamo, y ella les dirá un nombre falso y alegará que no tiene ni idea de nada. No podrán retenerlos, ni a usted ni a ella, y tampoco podrán encontrarme. Tome, coja esto. —Me dio un sobre—. Ahí está su billete de autobús y algo de dinero para que le llegue hasta el miércoles. Seguimos con el mismo plan. Reúnase con la señora Dockey y los demás pacientes el miércoles por la mañana en la estación de autobuses y entonces ella le dirá si ha habido algún cambio de planes. ¿Ya se siente capaz de conducir?

No pude contestarle: tuve un súbito ataque de pena sin conciencia.

—Tiene buen aspecto —me dijo bruscamente—. Esto ha sido culpa de todos, Horner. Que nos sirva de lección a todos. Ahora váyase; acabe con esto y olvídalo.

Las pastillas debieron funcionar: cuando me levanté ya no me sentí débil. Salí y me metí en el coche. Rennie estaba tumbada en el asiento de atrás, acurrucada, vestida, limpia y con los ojos cerrados. Lo que había pasado era demasiado gordo como para saber qué pensar de ello, qué sentir. Conduje mecánicamente hasta la casa de los Morgan.

Eran como las once cuando llegué. El jardín y la mayor parte de la casa estaban a oscuras, y no había nada de tráfico en la carretera. Llamé al timbre, y cuando Joe contestó, le dije:

—Ha muerto, Joe.

Él hizo una mueca de dolor y se colocó bien las gafas. Los ojos se le llenaron de lágrimas, que empezaron a deslizarse por sus dos mejillas al mismo tiempo.

—¿Dónde está?

—Ahí en el coche. Vomitó por el éter y se ahogó con el vómito.

Pasó a mi lado y se dirigió al coche. Con dificultad, la sacó del asiento de atrás y la llevó a la casa, donde la acostó con delicadeza en el sofá cama. Las lágrimas caían por su rostro, pero él no sollozaba ni hacía ninguna clase de ruido. Yo me quedé a su lado, sin poder hacer nada.

—¿Cómo se llama ese médico?

—No lo sé, Joe. Te juro por Dios que no lo estoy protegiendo. Me ha tratado durante un tiempo, pero nunca me ha dicho su nombre. Te lo puedo explicar cuando quieras.

—¿Dónde atiende?

—Pasado Vineland. Voy a ir a la policía...

—Sí, corre.

—De acuerdo —dije, y me fui.

Estuve toda la noche despierto, esperando noticias de Joe o de la policía, pero no llamó nadie. Tenía muchísimas ganas de llamar a la policía, de llamar al hospital, de llamar a Joe, pero ya no había ningún motivo para llamar. No tenía ni idea de lo que estaría haciendo Joe: tal vez todavía no hubiera hecho nada; tal vez siguiera mirándola, acostada en el sofá cama, tratando de tomar una decisión. Yo, por mi parte, había resuelto dejarlo hacer lo que quisiera —incluso matarme— sin interferir, ya que no había querido que lo ayudara. Salvo que me pidiera otra cosa, tenía la intención de contestar honestamente todas las preguntas que me hicieran, y deseaba que el Doctor se hubiera equivocado: deseaba con todas mis fuerzas que hubiera algún modo de que me consideraran legalmente responsable. Ansiaba asumir la responsabilidad.

Pero no llamó nadie. Por la mañana tuve que enfrentarme al problema de si ir a la escuela o no, y decidí ir. No podía llamar a Joe; quizá alguien de la escuela se hubiera enterado de algo.

Cuando llegué a la facultad, me dirigí directamente al despacho del doctor Schott con la excusa de recoger el correo. El doctor Schott estaba en la entrada de su despacho, con Shirley y el doctor Carter, y era evidente, por la expresión de sus rostros, que se habían enterado de la muerte de Rennie.

—Buenos días —dije, sin saber cómo me recibirían.

—Buenos días, señor Horner —me dijo el doctor Schott, un tanto alterado—. ¡Nos acabamos de enterar de una cosa terrible! ¡La mujer de Joe Morgan murió repentinamente ayer por la noche!

—¿Qué? —pregunté, fingiendo de forma automática que estaba sorprendido e impresionado. Entonces, por lo visto, no sospechaban que yo tenía algo que ver con su muerte: mi sorpresa fingida era adecuada hasta que descubriera qué pensaba hacer Joe.

—¡Es una cosa terrible! —repitió el doctor Schott—. ¡Una chica tan joven, y con dos niños pequeños!

—¿Y cómo sucedió, señor?

Se sonrojó.

—No me compete a mí decirlo, señor Horner. Como es natural, Joe no estaba demasiado coherente esta mañana al teléfono... Para él es un golpe, ¡un golpe terrible! Creo que murió a causa de la anestesia anoche, en el hospital, durante una operación de emergencia.

—Es espantoso —dije, negando con la cabeza.

—¡Una cosa terrible!

—¿Llamo al hospital? —le preguntó Shirley—. Quizá nos puedan dar algo de información.

—No, no —dijo el doctor Schott al instante—. No deberíamos fisgonear. Llamaré a Joe más tarde y le preguntaré si puedo hacer algo por él ¡No me lo puedo creer! ¡La señora Morgan era una joven estupenda, y tan saludable!

Me pareció evidente que sabía más de lo que decía, pero fuera lo que fuera lo que Joe le hubiese contado, estaba claro que no me había implicado en el asunto. El doctor Carter se dio cuenta de que se me habían humedecido los ojos y me dio una palmadita en el hombro. Todos sabían que yo tenía cierta amistad con los Morgan.

—Nunca se sabe —dijo—. Los mejores mueren jóvenes, y quizá sea para bien.

—¿Qué va a hacer con los niños? —pregunté.

—¡Sabe Dios! ¡Es una tragedia!

No entendí a qué se refería exactamente.

—Bueno, no hablemos de ello más de lo imprescindible —aconsejó el doctor Carter— hasta que no conozcamos más detalles. Es un golpe terrible para todos nosotros.

Supuse que el doctor Schott le había confiado la información que tuviera.

Por lo tanto, el lunes y el martes di mis clases como de costumbre, aunque sintiendo un gran vacío y una intensa ansiedad. El martes por la tarde fue el entierro de Rennie, pero como la facultad no podía cerrar por ese motivo, el doctor Schott fue el único representante del profesorado en el funeral. La señora Banning realizó una colecta para que entre todos le compráramos una corona funeraria. Yo aporté un dólar del escaso dinero que me había dado el Doctor. En el momento en que metieron a Rennie en la fosa, creo que yo estaba explicándoles el punto y coma a mis alumnos.

En la escuela dijeron que la señora Morgan no había muerto a causa de la anestesia, sino que se había ahogado tras atragantarse con un trozo de comida y que había fallecido de camino al hospital. Esto fue también lo que apareció en el periódico del martes; el doctor Schott debía tener bastantes influencias en la comunidad. Además, se rumoreaba que el señor Morgan había presentado su dimisión, y todo el mundo asumía que era debido al impacto que le había producido la muerte de su esposa; era muy comprensible que Joe quisiera cambiar de ambiente

durante una temporada. Los padres de Rennie, el señor y la señora MacMahon, se harían cargo de los niños.

Pero a última hora de la tarde del martes, el doctor Carter me abordó cuando estaba saliendo de la escuela por última vez para contarme la verdad del asunto.

—Sé que usted era amigo de Morgan —me dijo confidencialmente, llevándome lejos del grupo de alumnos que había junto a la puerta—, así que bien puede enterarse de lo que ha pasado en realidad. Estoy seguro de que será discreto.

—Por supuesto —le aseguré—. ¿Qué ha pasado?

—Al doctor Schott y a mí nos ha impresionado muchísimo, Horner —dijo—. Parece que en realidad la señora Morgan murió cuando le estaban haciendo un aborto ilegal por aquí cerca, en el campo.

—¡No!

—Me temo que sí. Cuando él la llevó al hospital, descubrieron que se había ahogado bajo los efectos de la anestesia, y había señales evidentes de que había abortado.

—¡Pero es una cosa terrible!

—¿Verdad que sí? El doctor Schott se las ha apañado para que nadie diga nada, y la policía está investigando en secreto, pero por ahora no han tenido suerte. Morgan afirma que no sabe quién es el médico que lo hizo ni dónde lo hizo. Dice que su esposa lo organizó todo por su cuenta y que él no estaba presente cuando sucedió. No sé si miente o no; no hay forma de saberlo.

—¡Por el amor de Dios! ¿Pueden culparlo de algo?

—No, de nada. Pero ahora viene lo malo: aunque Schott ha logrado mantenerlo todo bajo control, ha decidido que, por una cuestión de principios, no puede seguir contando con Morgan en el equipo. Es un problema en sí mismo, y sería peor si los alumnos llegaran a enterarse. Imagínese, una facultad pequeña en una ciudad pequeña como Wicomico. Podría resultar sumamente desagradable. Le ha pedido a Morgan que renuncie.

—¡Joder, pobre hombre!

—Sí, es una pena. No diré nada, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—No se lo contaré a nadie.

No iba a tener, por lo tanto, la posibilidad de asumir públicamente mi responsabilidad. Rennie estaba en la tumba, yo seguía en mi puesto de trabajo, mi reputación estaba intacta y Joe había perdido su empleo.

¡Dios, todo era tan injusto e imperfecto! Estuve dando vueltas en mi habitación, respirando profundamente, gimiendo con fuerza. Me imaginé que confesaba públicamente, pero eso sería una última afrenta para Joe, una afrenta aún mayor, que claramente quería eximirme de toda responsabilidad, o al menos preservar su sufrimiento al margen de mí. Me imaginé que llevaba esa carga en secreto, en Wicomico o no, casado con Peggy Rankin o no, con mi verdadero nombre o con otro,

pero eso sería jugar sucio con la sociedad, hacer trampas para que ésta no pudiera cumplir con su deber y para evitar el escarnio público. De hecho, no lograba decidir si casarme con Peggy sería un acto de compasión o de crueldad, ni si denunciar al Doctor a la policía estaría bien o mal. Ni siquiera lograba decidir lo que debería sentir: lo único que hallaba en mi interior era angustia, una angustia abstracta y sin objeto.

Estaba frenético. Empecé a escribir como media docena de cartas —a Joe, a la policía, a Peggy, otra vez a Joe— y no conseguí terminar ninguna. No tenía sentido: no era capaz de pensar con sencillez durante el suficiente tiempo como para echarle la culpa a alguien —al Doctor, a mí mismo, a cualquiera— ni para decidir qué era más correcto hacer. Tiré las notas a la basura y me quedé sentado, angustiado y sin moverme, en mi mecedora. La espantosa imperfección de todo me llenaba de cólera; mis músculos pedían a gritos actuar; pero mis extremidades estaban atadas como las de Laocoonte, por dos serpientes llamadas Conocimiento e Imaginación que habían crecido, con el paso del tiempo, hasta volverse enormes, y que ya no se dedicaban a tentar, sino a destruir.

Al cabo de un rato de desvestí y me acosté en la cama, en la oscuridad, aunque dormir era impensable, y empecé una conversación silenciosa con mi amigo.

—Hemos ido demasiado lejos —le dije al Laocoonte—. ¿Quién puede seguir viviendo en el mundo?

No hubo respuesta.

En algún momento de la noche sonó el teléfono. Yo estaba desnudo, y como no había corrido las cortinas antes de acostarme, contesté en la oscuridad. Oí la voz de Joe, fuerte, clara, tranquila y cercana.

—¿Jake?

—Dime, Joe.

Sentí un estremecimiento en cada nervio, mientras pensaba, entre otras cosas, en la gran pistola metida en el armario.

—¿Estás enterado de todo?

—Sí. Creo que sí.

Hubo una pausa.

—Bueno. ¿Qué planes tienes? ¿Algo especial?

—No lo sé, Joe. Me parece que no. Iba a adaptarme a lo que tú hicieras, fuese lo que fuese.

Otra pausa.

—Quizá me vaya de la ciudad yo también —le dije.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

Su voz no se alteró en absoluto, ni dio la más mínima pista de lo que pensaba o sentía.

—No lo sé. ¿Y tú, Joe? ¿Qué vas a hacer ahora?

Ignoró la pregunta.

—Bueno, ¿qué tienes en mente, Jake? ¿Qué piensas de lo que ha pasado?

Vacilé, completamente desconcertado.

—Dios, Joe, no sé por dónde empezar ni qué hacer.

—¿Qué?

Su voz seguía siendo clara, brillante y cercana. Las lágrimas empezaron a correrme, frías, por la cara y el cuello, me cayeron sobre el pecho, y sufrí unos violentos estremecimientos.

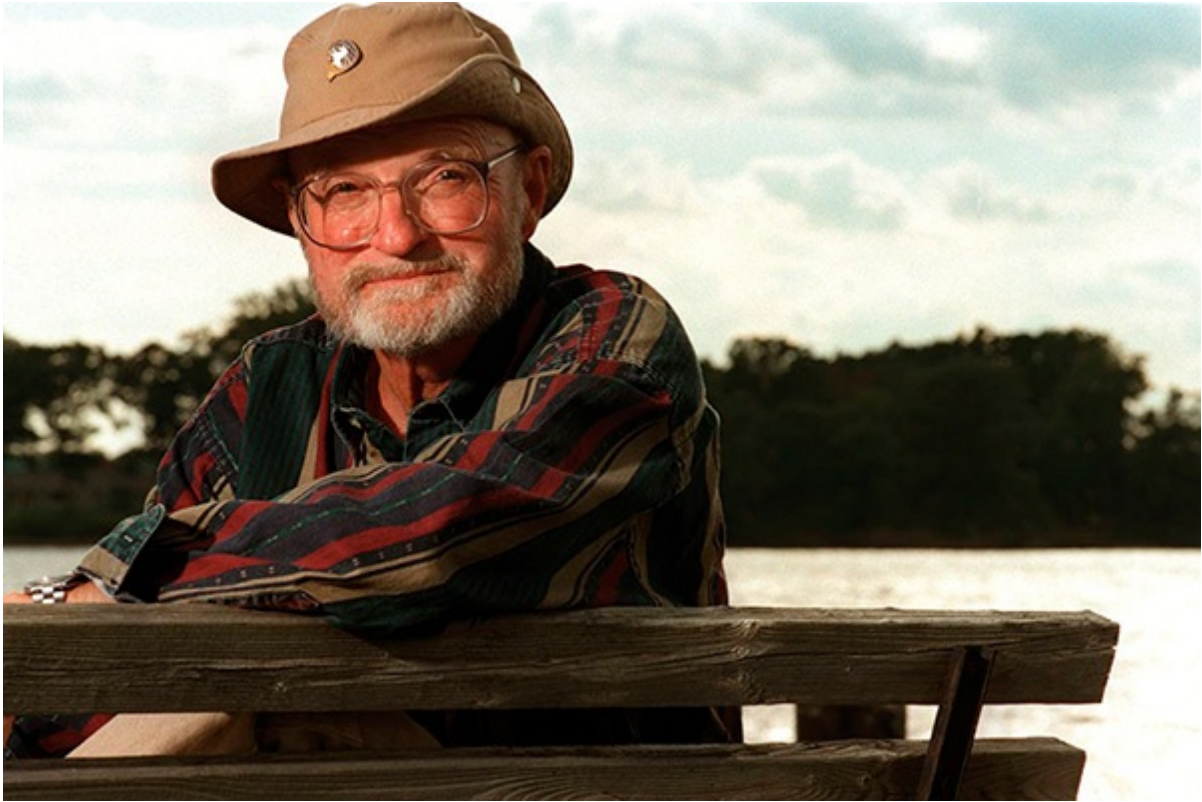
—He dicho que no sé qué hacer.

—Ah.

Otra pausa, una larga. Después colgó y yo me quedé con un aparato muerto en la oscuridad.

A la mañana siguiente me afeité, me vestí, preparé mi equipaje y llamé a un taxi. Mientras esperaba a que viniera, me quedé balanceándome en mi mecedora y me fumé un cigarrillo. No hacía ningún tiempo en mi interior. Unos minutos más tarde, el taxi tocó la bocina para que bajara; cogí mis dos maletas y salí, dejando el busto de Laocoonte donde estaba, sobre la repisa de la chimenea. También dejé mi coche, ya que no le veía ninguna utilidad, donde estaba, junto al bordillo, y me subí al taxi.

—A la estación de autobuses.



JOHN BARTH está considerado uno de los escritores norteamericanos más importantes del siglo xx. Tras una breve incursión en el jazz, se adentró en el mundo de las letras y estudió Periodismo en la Universidad Johns Hopkins, donde trabajó en la sección Clásica y Oriental de la biblioteca de la facultad. En 1973 ganó el National Book Award con *Quimera*. Es autor de una vasta obra novelística, que alternó con sus clases en las universidades de Penn State, Buffalo, Boston y Johns Hopkins. Destacan *El plantador de tabaco* y *Giles, el niño cabra*.



## NOTAS

[1] Los *minstrel shows* eran unas piezas teatrales en las que unos actores blancos, con la cara pintada y caracterizados como negros, se burlaban, por medio de una imitación exagerada, de las costumbres, las creencias y la forma de hablar de los afroamericanos. [N. del T.] <<

[2] Verso de Robert Browning (1812–1889). [N. del T.] <<

[3] Se trata de dos canciones populares cuyos títulos se pueden traducir como «Ah, esas pantuflas de oro» y «¿Qué vas a hacer cuando haya que pagar el alquiler?», respectivamente. [N. del T.] <<

[4] «De tierras salvajes», otra antigua canción popular norteamericana. [N. del T.] <<

[5] Canción picante muy popular en la Primera Guerra Mundial, cuya primera estrofa dice: «Oh, Mademoiselle from Armentieres, parlez-vous? / Oh, Mademoiselle from Armentieres, parlez-vous? / Mademoiselle from Armentieres, She hasn't been kissed for forty years! / Hinky-dinky, parlez-vous?». [N. del T.] <<

[6] Tambo y Bones son dos personajes de esta clase de espectáculos; tocan la pandereta (*tambourine*) y una especie de castañuelas que originalmente estaban hechas de huesos (*bones*). [N. del T.] <<

[7] En el original, *Steamboat Round the Bend*, película dirigida por John Ford en 1935. [N. del T.] <<



[8] Traduzco muy libremente el eslogan del anuncio al que se refiere Barth: *Pepsi-Cola hits the spot; twelve full ounces: that's a lot.* [N. del T.] <<

[9] «Pensaban que yo era él, pero yo pensaba que John era él». Oración en la que se ejemplifica lo que acaba de explicar el narrador. [N. del T.] <<

# Índice de contenido

Prólogo a la edición de Doubleday Anchor

La ópera flotante

Nota introductoria a la edición revisada de La ópera flotante (1967)

1. Afinando mi piano
2. El Club de Exploradores de Dorchester
3. Coito
4. La confesión del capitán
5. Una raison de coeur
6. Galletas de Maryland
7. Mis barcos inacabados
8. Una nota, una advertencia
9. El folleto
10. La ley
11. Una observación instructiva, aunque sofisticada
12. Un coro de ostras
13. Un espejo de la vida
14. Botellas, agujas, cuchillas
15. Esa sonrisa fruncida
16. El almuerzo del juez
17. El final del esquema
18. Una cuestión de vida o muerte
19. Una premisa que hay que tragarse
20. Música de calíope
21. Llevar leña al monte
22. Una visita a la ópera
23. Adiós, adiós
24. Tres millones de dólares
25. La investigación
26. El primer paso
27. La ópera flotante
28. Un paréntesis
29. La ópera flotante

El final del camino

1. En cierto sentido, soy Jacob Horner
2. La Escuela Estatal de Magisterio de Wicomico se encuentra en una gran pradera plana
3. Anular la cena hizo que se apagaran, de un modo sutil e inexplicable
4. Me desperté, rígido por haberme quedado dormido en el sillón
5. La combinación de torpeza y fuerza que había en Rennie me atrajo
6. En septiembre me tocaba ver de nuevo al Doctor

7. El baile del sexo: aunque no hubiera ningún otro motivo para convenir
8. Tanta culpa como sentía no podía prolongarse, como tampoco podía prolongarse el desprecio
9. Una de las cosas que no me pareció apropiado contarle a Joe Morgan
10. La desintegración de Rennie, ese septiembre, no era por lo general un espectáculo entretenido
11. A la mañana siguiente, muy temprano, abrí los ojos de repente
12. Me quedé de pie y con el abrigo puesto en el salón de los Morgan, ya que nadie me invitó

Sobre el autor

Notas